DONNA TARTT

El Secreto

AVE FÉNIX / SERIE MAYOR

PLAZA & JANES

Título original: *The Secret History* Traducción: Gemma Rovira Ortega Diseño de la colección: A.M.3 Ilustración de la portada: Fresco Pompeyano

Primera edición: Mayo, 1993

© 1992, Donna Tartt
© de la traducción, Gemma Rovira Ortega
© 1993, Plaza & Janes Editores, S. A.
Enric Granados, 86-88. 08008 Barcelona
Esta edición se publica por acuerdo con Alfred A. Knopf, Inc.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-38502-4 — Depósito Legal: B. 17.255 - 1993

Impreso en Primer Industria Gráfica, s.a. Sant Vicenç. dels Horts (Barcelona)

Para Bret Easton Ellis,
a cuya generosidad estaré eternamente agradecida; y
para Paul Edward McGloin,
musa y mecenas, el amigo más querido que jamás
tendré en este mundo.

Ahora me centro en la génesis de los filólogos y sostengo lo siguiente:

1. Un hombre joven no puede saber lo que son los griegos ni los romanos.

2. No sabe si está capacitado para averiguar algo acerca de ellos.

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Consideraciones intempestivas*

Venid, pues, y pasemos una hora de ocio contando historias, y nuestra historia versará sobre la educación de nuestros héroes.

PLATÓN, *La República,* Libro II

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Binky Urban, para cuyos innumerables esfuerzos por este libro no tengo palabras; a Sonny Mehta, que lo hizo todo posible; a Gary Fisketjon, *il miglior fabbro;* y a Garth Battista y Marie Behan, por la increíble paciencia que han tenido conmigo.

Y, pese al riesgo de sonar como un catálogo homérico de barcos, quiero darles las gracias a las siguientes personas por su ayuda, inspiración y amor: Russ Dallen, Greta Edwards-Anthony, Claude Fredericks, Cheryl Gilman, Edna Golding, Barry Hannah, Ben Herring, Beatrice Hill, Mary Minter Krotzer, Antoinette Linn, Caitlin McCaffrey, Paul y Louise McGloin, Joe McGinniss, Mark McNairy, Willie Morris, Erin «Maxfield» Parish, Delia Reid, Pascale Retourner-Raab, Jim y Mary Robison, Elizabeth Seelig, Mark Shaw, Orianne Smith, Maura Spiegel, Richard Stilwell, Kenzie Stubbins, Rebecca Tartt, Minnie Lou Thompson, Arturo Vivante, Taylor Weatherall, Alice Welsh, Thomas Yarker y, sobre todo, a mi querida y vieja familia Boushé.

PRÓLOGO

No reconocimos la gravedad de nuestra situación hasta varias semanas después, cuando la nieve de las montañas ya se estaba fundiendo. Bunny llevaba diez días muerto cuando lo encontraron. Fue la operación de búsqueda más intensa de la historia de Vermont: policía estatal, el FBI, incluso un helicóptero del ejército. Cerraron la universidad, cerraron la fábrica de tintes de Hampton, acudió gente de New Hampshire, de Nueva York y hasta de Boston.

Cuesta creer que el sencillo plan de Henry funcionara tan bien, a pesar de los imprevistos. No nos habíamos propuesto ocultar el cuerpo en un lugar donde no pudieran hallarlo. De hecho, no lo ocultamos en absoluto, sino que nos limitamos a dejarlo allí, donde había caído, con la esperanza de que algún infortunado paseante tropezara con él antes de que nadie notara siquiera su desaparición. La historia se sostenía perfectamente: las rocas sueltas, el cuerpo en el fondo del barranco con el cuello roto, y las huellas en el barro señalando la dirección en que había resbalado; un accidente de excursionista, ni más ni menos, y en eso se habría quedado, en unas cuantas lágrimas y un modesto funeral, de no ser por la nieve que cayó aquella noche; lo cubrió completamente, y diez días después, cuando por fin llegó el deshielo, la policía, el FBI y los voluntarios que lo buscaban se dieron cuenta de que habían estado pasando una y otra vez sobre su cadáver hasta convertir la nieve que lo cubría en una masa compacta, dura como el hielo.

Cuesta creer que se armara tanto alboroto alrededor de un acto del que yo era en parte responsable, y todavía cuesta más creer que yo hubiera pasado por todo aquello —las cámaras, los uniformes, la muchedumbre esparcida por el monte Cataract como hormigas negras en un azucarero— sin levantar la menor sospecha. Pero una cosa era pasar por ello y otra muy distinta, desgraciadamente, era pasar de ello; y, aunque creía que me había alejado para siempre de aquel barranco una tarde de abril, ahora ya no estoy tan seguro. Ahora que los que buscaban se han ido y que la vida ha vuelto a la normalidad, me he dado cuenta de que, si bien durante años puedo haber imaginado que me encontraba lejos de allí, en realidad he estado allí todo el tiempo: allí arriba, junto a las fangosas roderas marcadas en la hierba reciente, con aquel cielo oscuro sobre los temblorosos manzanos en flor y el primer frío de la nieve que va a caer por la noche ya en el aire.

¿Qué hacéis aquí arriba?, preguntó Bunny, sorprendido, cuando nos encontró a los cuatro esperándole.

Nada, buscar helechos, dijo Henry.

Nos quedamos un momento murmurando entre la maleza —un último vistazo al cuerpo y un último vistazo alrededor, a nadie se le han caído las llaves, nadie ha perdido las gafas, ¿todo el mundo lo tiene todo? —y echamos a andar en fila india por el bosque, y yo miré atrás, por entre los arbolitos que se cimbreaban cerrando el paso detrás de mí. Aunque recuerdo el camino de vuelta y los primeros copos de nieve solitarios que caían flotando entre los pinos, y recuerdo cómo nos apretujamos en el coche, agradecidos, y bajamos por la carretera como una familia en vacaciones, y a Henry que conducía con las mandíbulas apretadas sorteando los baches mientras los demás nos reclinábamos en los asientos hablando como niños; aunque recuerdo demasiado bien la larga y terrible noche que teníamos por delante y los largos y terribles días y noches que siguieron, me basta con mirar por encima del hombro, después de tantos años, para volver a ver detrás de mí el barranco, irguiéndose, verde y negro, entre los arbolitos, una imagen que nunca me abandonará.

Supongo que hubo un tiempo en que tenía muchas historias que contar, pero ahora no hay otra. Ésta es ya la única historia que jamás seré capaz de relatar.

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

¿Existe, fuera de la literatura, ese «defecto fatal», esa hendidura aparatosa y oscura que marca tu vida? Antes creía que no. Ahora creo que sí. Y creo que el mío es éste: un deseo enfermizo de lo pintoresco, a cualquier precio.

À moi. L'histoire d'une de mes folies.

Me llamo Richard Papen. Tengo veintiséis años y hasta los diecinueve nunca había estado en Nueva Inglaterra ni en el Hampden College. Soy californiano de nacimiento y, como he descubierto recientemente, también de naturaleza. Esto último es algo que reconozco sólo ahora, *a posteriori.* No es que importe.

Crecí en Plano, un pueblecito productor de silicio, al norte del estado. No tengo hermanos. Mi padre poseía una gasolinera y mi madre se quedó en casa hasta que me hice mayor; luego, llegaron tiempos difíciles y se puso a trabajar de telefonista en las oficinas de una de las fábricas de chips más grandes de las afueras de San José.

Plano. Esta palabra evoca *drive-ins,* casas prefabricadas, olas de calor subiendo del asfalto. Los años que pasé allí constituyeron un pasado prescindible, como un vaso de plástico de usar y tirar. Lo cual, en cierto sentido, es una gran suerte. Cuando me marché de casa pude inventar una historia nueva y mucho más satisfactoria, poblada de sorprendentes y simplistas influencias ambientales; un pasado lleno de color, al que los desconocidos podían acceder fácilmente.

Lo deslumbrador de esa infancia ficticia —llena de piscinas y naranjales, con unos padres que pertenecían al mundo del espectáculo, disolutos y encantadores— no logró en absoluto eclipsar el gris original. De hecho, cuando pienso en mi infancia real soy incapaz de recordar gran cosa, excepto un triste amasijo de objetos: las zapatillas de deporte que llevaba todo el año, los libros de colorear comprados en el supermercado y la vieja y deshinchada pelota de fútbol con la que contribuía a los juegos entre vecinos: pocas cosas interesantes y nada hermoso. Yo era tranquilo, alto para mi edad, propenso a las pecas. No tenía muchos amigos, no sé si debido a una elección propia o a las circunstancias. Al parecer no era mal estudiante, aunque nada excepcional. Me gustaba leer —Tom Swift, los libros de Tolkien—, pero también mirar la televisión, cosa que hacía a menudo al volver del colegio, tumbado sobre la alfombra de nuestra sala vacía, durante las largas y aburridas tardes.

Francamente, no recuerdo mucho más de aquellos años, salvo cierto estado de ánimo que impregnó la mayor parte de ellos, una sensación de melancolía que asocio con el programa *El maravilloso mundo de Disney* que emitían los domingos por la noche. El domingo era un día triste —temprano a la cama, colegio al día siguiente, preocupado por si habría hecho mal mis deberes—, pero mientras contemplaba los fuegos artificiales contra el cielo nocturno, por encima de los castillos inundados de luz de Disneylandia, me consumía una sensación más general de horror, de estar prisionero en el monótono círculo que me llevaba de la escuela a casa y de casa a la escuela: una circunstancia que, por lo menos para mí, ofrecía sólidos argumentos empíricos para el pesimismo. Mi padre era pobre, nuestra casa era fea y mi madre no me prestaba mucha atención; yo llevaba ropa barata y el pelo excesivamente corto, y en la escuela no le caía demasiado bien a nadie; y, dado que así estaban las cosas desde que yo tenía uso de razón, me parecía que las cosas seguirían siempre en ese

deprimente estado. En resumen, sentía que mi existencia estaba determinada de alguna manera sutil pero esencial.

Por lo tanto, supongo que no es de extrañar que me resulte difícil conciliar mi vida con la de mis amigos, o por lo menos con lo que a mí me parece que deben de ser sus vidas. Charles y Camila son huérfanos (¡cuánto he envidiado este cruel destino!) y los criaron sus abuelas y tías abuelas en una casa de Virginia; una infancia en la que me gusta pensar, con caballos, ríos y ocozoles. Y Francis. Su madre, que sólo tenía diecisiete años cuando él nació, era una muchacha pelirroja, frívola, caprichosa y con un padre rico, que se fugó con el batería de Vanee Vane and his Musical Swains. Al cabo de tres semanas estaba de nuevo en casa, y al cabo de seis el matrimonio había sido anulado. Como a Francis le gustaba decir, sus abuelos los habían educado como hermano y hermana, a él y a su madre, con tanta magnanimidad que hasta los chismosos quedaron impresionados; niñeras inglesas y escuelas privadas, veranos en Suiza, inviernos en Francia. Si se quiere, consideremos incluso al fanfarrón de Bunny. No tuvo una infancia de abrigos caros y lecciones de baile, como tampoco yo la tuve. Pero sí una infancia americana. Era hijo de una estrella de rugby de la Universidad de Clemson que se hizo banquero. Tenía cuatro hermanos, todos varones, en una casa grande y ruidosa de las afueras, con barcos de vela, raquetas de tenis y perdigueros de pelo dorado a su disposición; veranos en Cape Cod, internados cerca de Boston y picnics en el estadio durante la temporada de rugby; una educación que había marcado a Bunny en todos los aspectos, desde su forma de dar la mano hasta la de contar un chiste.

Ni ahora ni nunca he tenido nada en común con ninguno de ellos, nada excepto el conocimiento del griego y un año de mi vida en su compañía. Y si el amor es algo que se tiene en común, supongo que también compartíamos eso, aunque me doy cuenta de que, a la luz de la historia que voy a contar, puede parecer raro.

Cómo empezar.

Después del instituto fui a una pequeña universidad de mi ciudad natal, pese a la oposición de mis padres, que habían dejado bien claro que lo que querían era que ayudara a mi padre a llevar el negocio, uno de los numerosos motivos por los que yo ansiaba tanto matricularme. Durante dos años estudié allí griego clásico. No lo hice movido por mi estima por esa lengua, sino porque quería hacer los cursos preparatorios de medicina (el dinero, naturalmente, era el único medio de mejorar mi situación y los médicos ganan un montón de dinero, *quod erat demostrandum)* y mi tutor me había sugerido que cogiera una lengua para completar los estudios de humanidades; y, como daba la casualidad de que las clases de griego las daban por la tarde, elegí griego para no tener que levantarme temprano los lunes. Fue una decisión totalmente fortuita que, como se verá, resultó bastante fatídica.

El griego se me dio bien; destaqué en esta asignatura y en el último curso incluso gané un premio del departamento de clásicas. Era la clase que más me gustaba porque era la única que se impartía en un aula normal: no había tarros con corazones de vaca, ni olor a formol, ni jaulas llenas de ruidosos monos. Al principio pensé que si me esforzaba mucho lograría superar una fundamental repugnancia y aversión por la carrera que había elegido, que tal vez si me esforzaba aún más podría simular algo parecido al talento. Pero ése no fue el caso. Pasaban los meses y yo seguía igual de desinteresado, por no decir francamente asqueado, hacia mis estudios de biología; sacaba malas notas y tanto el profesor como mis compañeros me despreciaban. En un gesto que hasta a mí me pareció condenado y pírrico me pasé a la literatura inglesa sin decírselo a mis padres. Tenía la impresión de que yo mismo me estaba poniendo la soga al cuello, de que con toda seguridad me arrepentiría, pues aún estaba

convencido de que era mejor fracasar en una actividad lucrativa que medrar en una que, según mi padre (que nada sabía de finanzas ni de estudios académicos), era de lo menos provechosa; en una cuyo inevitable resultado sería que me pasaría el resto de la vida holgazaneando y pidiéndole dinero; dinero que, me aseguró enérgicamente, no tenía la menor intención de darme.

Así que estudié literatura, y me gustó mucho más. Pero no conseguí que me gustara más mi casa. No creo que pueda explicar la desesperación que me causaba aquel ambiente. Aunque ahora sospecho que, dadas las circunstancias y con mi carácter, hubiera sido infeliz en cualquier parte —Biarritz, Caracas o la isla de Capri —; por aquel entonces estaba convencido de que mi infelicidad provenía de aquel lugar. Si bien en cierta medida Milton está en lo cierto —el alma tiene un lugar propio y puede hacer de él un cielo o un infierno, etc.—, no por ello es menos evidente que los fundadores de Plano diseñaron su ciudad no según el Paraíso sino según ese otro lugar, más lamentable. Mientras estaba en el instituto adquirí la costumbre de vagar por las galerías comerciales después de clase, deambulando por los entresuelos brillantes y fríos hasta que estaba tan aturdido por los bienes de consumo y los códigos de los productos, por los pasillos y las escaleras mecánicas, por los espejos y el hilo musical y el ruido y la luz, que un fusible se quemaba en mi cerebro y de repente todo se volvía ininteligible: color informe, una burbuja de moléculas sueltas. Luego caminaba como un zombie hasta el aparcamiento y conducía en dirección al campo de béisbol, donde ni siquiera bajaba del coche, sino que simplemente permanecía sentado con las manos sobre el volante y contemplaba la verja de hierro y la amarillenta hierba invernal hasta que el sol se ponía y se hacía demasiado oscuro para ver nada.

Aunque tenía la confusa idea de que mi insatisfacción era bohemia, de origen vagamente marxista (cuando era un adolescente me las daba de socialista, sobre todo para irritar a mi padre), verdaderamente no alcanzaba a comprenderla; y me hubiera ofendido si alguien me hubiera insinuado que se debía a una inclinación puritana de mi naturaleza, que era de lo que realmente se trataba. Hace poco encontré este pasaje en un viejo cuaderno, escrito cuando tenía más o menos dieciocho años: «En este lugar hay un olor a podrido, el olor a podrido que despide la fruta madura. Nunca, en ningún lugar, ha sido tan brutal ni ha sido maquillado para parecer tan bonito el horrible mecanismo del nacimiento, la copulación y la muerte —esos monstruosos cataclismos de la vida que los griegos llaman *miasma,* corrupción—, ni tal cantidad de gente ha puesto tanta fe en las mentiras y la mutabilidad y la muerte la muerte la muerte.»

Esto, me parece, es bastante brutal. Por el tono que tiene, si me hubiera quedado en California podría haber acabado en algún tipo de secta o, al menos, practicando una misteriosa restricción dietética. Recuerdo que en esa época leía a Pitágoras y encontré algunas de sus ideas curiosamente atractivas: vestir prendas blancas, por ejemplo, o abstenerse de ingerir alimentos que tienen alma.

Pero, en lugar de eso, acabé en la costa Este.

Di con Hampden por una treta del destino. Una noche, tras un largo y lluvioso día de Acción de Gracias, con arándanos en lata y sesión continua de deportes de pelota por televisión, me fui a mi habitación después de pelearme con mis padres (no recuerdo esa pelea en particular, pero siempre nos peleábamos, por el dinero o por los estudios) y me puse a rebuscar frenéticamente en el armario tratando de encontrar mi abrigo, cuando salió volando un folleto del Hampden College, en Hampden, Vermont.

El folleto tenía dos años. Cuando estaba en el instituto, un montón de universidades me habían enviado propaganda porque había obtenido un buen

resultado en el examen de aptitud escolar, aunque desgraciadamente no lo bastante bueno para justificar que me concedieran una beca, y había guardado aquel folleto dentro del libro de geometría durante el año anterior de mi graduación.

No sé por qué estaba en el armario. Supongo que lo había guardado por lo bonito que era. Durante aquel año en el instituto me pasaba cientos de horas estudiando las fotografías, como si contemplándolas el tiempo suficiente y con el anhelo suficiente hubiera podido, en virtud de una especie de osmosis, ser transportado a su claro y puro silencio. Todavía ahora recuerdo aquellas fotos, como las ilustraciones de un libro de cuentos que uno adoraba de niño. Prados radiantes, vaporosas montañas en una temblorosa lejanía, espesos montones de hojas en un camino otoñal y ventoso; fogatas y niebla en los valles; violoncelos, cristales oscuros, nieve.

Hampden College; Hampden, Vermont. Fundada en 1895. (Este simple dato era motivo de asombro para mí; que yo supiera, en Plano no había nada que hubiera sido fundado mucho antes de 1962.) Número de estudiantes: quinientos. Enseñanza mixta. Progresista. Especializado en artes liberales. Altamente selectivo. «Hampden, que ofrece un completo ciclo de estudios de humanidades, tiene el objetivo no sólo de proporcionar a los estudiantes una sólida formación en el campo que elijan, sino también una visión de todas las disciplinas del arte, la civilización y el pensamiento occidentales. De esta manera esperamos formar el alumno no sólo con hechos sino con la pura fuente de la sabiduría.»

Hampden College; Hampden, Vermont. Incluso el nombre tenía una cadencia austeramente anglicana, al menos para mis oídos, que añoraban desesperadamente Inglaterra y eran indiferentes a los dulces y oscuros ritmos de las ciudades de misiones. Permanecí largo rato contemplando la fotografía del edificio que llamaban Commons. Estaba bañado de una débil y académica luz —distinta de la de Plano, distinta de cualquier cosa que yo hubiera conocido—, una luz que me evocó largas horas en polvorientas bibliotecas, en viejos libros, en el silencio.

Mi madre llamó a la puerta, gritó mi nombre. Yo no contesté. Rasgué el formulario que había al final del folleto y empecé a rellenarlo. Nombre: John Richard Papen. Dirección: 4487 Mimosa Court, Plano, California. ¿Desea recibir información acerca de las ayudas económicas? Sí, evidentemente. Y al día siguiente lo envié.

Los meses venideros fueron una interminable y aburrida batalla de papeleo, llena de puntos muertos, librada en las trincheras. Mi padre se negó a rellenar los papeles para la ayuda económica; finalmente, desesperado, cogí la declaración de la renta de la guantera de su Toyota y los rellené yo mismo. Luego llegó una notificación del decano de admisiones. Tenían que hacerme una entrevista, ¿cuándo podía viajar a Vermont? Yo no podía pagarme un billete de avión a Vermont y le escribí diciéndoselo. Otra espera, otra carta. Me reembolsarían los gastos del viaje si su propuesta de ayuda era aceptada. Entretanto había llegado el sobre con la propuesta de ayuda económica. Mi padre dijo que la contribución que él tenía que hacer era más de lo que se podía permitir y no estaba dispuesto a pagarla. Esta especie de guerra de guerrillas se prolongó ocho meses. Todavía hoy no acabo de entender del todo la cadena de acontecimientos que me condujo a Hampden. Profesores compasivos escribieron cartas; se hicieron en mi favor excepciones de diverso tipo. Y menos de un año después del día que me senté en la alfombra peluda y dorada de mi pequeño cuarto de Plano y rellené impulsivamente el cuestionario, cogí el autobús a Hampden con dos maletas y cincuenta dólares en el bolsillo.

Nunca había estado más al este de Santa Fe ni más al norte de Portland, y cuando bajé del autobús, tras una larga y angustiosa noche que había comenzado en algún lugar de Illinois, eran las seis de la mañana y el sol se levantaba sobre las montañas y

había abedules y prados increíblemente verdes; y a mí, aturdido por la noche que había pasado sin dormir y los tres días de autopista, me pareció un país de ensueño.

Los dormitorios no eran ni siquiera dormitorios —o, en cualquier caso, no eran como los que yo conocía, con paredes de hormigón y una luz amarillenta y deprimente—, sino casas blancas de madera, con postigos verdes, apartadas del comedor, en medio de bosques de arces y fresnos. De todas formas, jamás se me había pasado por la cabeza que mi habitación, estuviera donde estuviera, pudiera no ser fea y decepcionante, y cuando la vi por primera vez me produjo una especie de conmoción: una habitación blanca con grandes ventanas encaradas al norte, monacal y desnuda, con un suelo de nudoso roble y el techo inclinado como el de las buhardillas. La primera noche que pasé allí, me senté en la cama mientras atardecía y las paredes pasaban del gris al dorado y al negro, escuchando la voz de una soprano que subía y bajaba vertiginosamente en algún lugar al otro extremo del pasillo, hasta que ya no había luz y la lejana soprano subía más y más en espiral en medio de la oscuridad como un ángel de la muerte, y no recuerdo que el aire me haya parecido nunca tan alto y frío y enrarecido como aquella noche, ni recuerdo haberme sentido nunca tan lejos del bajo horizonte del polvoriento Plano.

Aquellos primeros días antes de comenzar las clases, los pasé solo en mi enjalbegada habitación, en las brillantes praderas de Hampden. Y durante aquellos días fui feliz como no lo había sido nunca, paseando igual que un sonámbulo, anonadado y embriagado de belleza. Un grupo de chicas de mejillas encendidas jugaban al fútbol, con sus colas de caballo al viento, sus gritos y su risa que llegaban débilmente a través de los aterciopelados y crepusculares campos. Árboles que crujían por el peso de las manzanas y, debajo, manzanas rojas caídas sobre la hierba; el penetrante y dulce aroma que despedían al pudrirse en el suelo y el incesante zumbido de las avispas a su alrededor. La torre del reloj del Commons: ladrillos cubiertos de hiedra, el pináculo blanco, hechizado en la brumosa distancia. La conmoción de ver por primera vez un abedul de noche, irguiéndose en la oscuridad, impenetrable y esbelto como un fantasma. Y las noches, más grandes de lo que quepa imaginar: negras, borrascosas e inmensas, desordenadas y salvajes, plagadas de estrellas.

Me proponía matricularme otra vez en griego clásico —era la única lengua en que destacaba—, pero cuando se lo dije al tutor académico que me habían asignado —un profesor francés llamado Georges Laforgue, de tez cetrina y nariz aplastada de anchas ventanas, como la de una tortuga—, se limitó a sonreír y a unir las yemas de los dedos.

—Me temo que pueda haber algún problema —dijo en un inglés con marcado acento.

—¿Por qué?

—Aquí sólo hay un profesor de griego clásico, y es muy exigente con sus alumnos.

—He estudiado dos años de griego.

—No creo que eso cambie las cosas. Además, si va a licenciarse en literatura inglesa necesitará una lengua moderna. En mi clase de francés elemental todavía hay sitio, y quedan también algunas plazas en alemán e italiano. Las clases —consultó su lista—, las clases de español están en su mayoría llenas, pero si quiere puedo hablar con el señor Delgado.

—Quizá pueda usted hablar con el profesor de griego.

—No sé si servirá de algo. Sólo admite un número limitado de alumnos. Un número *muy* limitado. Además, en mi opinión, sus criterios de selección son más personales que académicos.

El tono de su voz tenía un deje sarcástico; y también parecía sugerir que, si a mí no me importaba, prefería no seguir con aquel tema de conversación.

—No sé a qué se refiere —insistí. De hecho, creía saberlo. La respuesta de Laforgue me sorprendió.

—No tiene nada que ver con eso —dijo—. Desde luego, es un erudito. Por otra parte, es también un hombre muy agradable. Pero tiene unas ideas acerca de la enseñanza que a mí me parecen muy raras. Él y sus alumnos apenas si tienen contacto con el resto del departamento. No sé por qué siguen incluyendo sus cursos en el catálogo general; es engañoso, cada año se producen malentendidos al respecto, porque prácticamente las clases están cerradas. Me han dicho que para estudiar con él es preciso haber leído las cosas adecuadas, compartir sus puntos de vista. A menudo ha sucedido que ha rechazado estudiantes que, como usted, habían hecho griego anteriormente. Por lo que a mí respecta —levantó una ceja—, si un estudiante quiere aprender lo que enseño y está cualificado, lo admito en mis clases. Muy democrático, ¿no le parece? Es lo mejor.

—¿Ocurren con frecuencia esta clase de cosas aquí?

—Desde luego, en todas las escuelas hay profesores difíciles. Y aquí hay muchos —para mi sorpresa, bajó la voz—, muchos que son más difíciles que él. Aunque le agradecería que esto quedara entre nosotros.

—Por supuesto. —Su repentina actitud confidencial me había alarmado ligeramente.

—En serio. Es de vital importancia. —Se había inclinado hacia delante, susurrando, y hablaba sin mover apenas su diminuta boca—. Insisto en ello. Quizá no esté usted enterado, pero tengo varios enemigos temibles en el departamento de literatura. Aunque le cueste creerlo, los tengo incluso aquí, en mi propio departamento. Además —prosiguió con un tono más normal—, él es un caso especial. Lleva muchos años dando clase aquí y se niega a que le paguen por su trabajo.

—¿Por qué?

—Es un hombre rico. Dona su sueldo a la universidad, si bien acepta, creo, un dólar al año por motivos de impuestos.

—¡Ah! —dije. Aunque llevaba pocos días en Hampden, ya me había acostumbrado a las informaciones oficiales sobre las dificultades financieras, la reducida dotación, la necesidad de ahorro.

—En cambio, por lo que a mí se refiere —dijo Laforgue—, me gusta enseñar, pero tengo mujer y una hija que estudia en Francia, así que el dinero viene bien, ¿no?

—Tal vez hable con él de todas formas.

Laforgue se encogió de hombros.

—Puede probarlo. Pero le aconsejo que no le pida una entrevista, porque lo más probable es que no le reciba. Se llama Julian Morrow.

Yo no estaba especialmente empeñado en elegir griego, pero lo que me había dicho Laforgue me intrigó. Bajé y me metí en la primera oficina que vi. Una mujer delgada, con cara de pocos amigos y el cabello rubio y castigado, estaba sentada a una mesa en la habitación de enfrente comiéndose un bocadillo.

—Es mi hora del almuerzo —dijo—. Vuelve a las dos.

—Perdone, estaba buscando el despacho de un profesor.

—Bien, yo soy la secretaría, no el cuadro de distribución. Pero puede que lo sepa. ¿Quién es?

—Julian Morrow.

—Vaya. Julian Morrow —dijo, sorprendida—. ¿Qué quieres de él? Creo que está en el Ateneo.

—¿En qué aula?

—No hay nadie más. Le gusta la paz y el silencio. Lo encontrarás.

De hecho, encontrar el Ateneo no fue fácil en absoluto. Era un pequeño edificio situado en un extremo del campus, viejo y tan cubierto de hiedra que apenas se distinguía del paisaje. En la planta baja había salas de lectura y aulas, todas vacías, con pizarras limpias y suelos recién encerados. Vagué por allí, indeciso, hasta que al fin vi la escalera, pequeña y mal iluminada, al fondo del edificio. Me gustaba el ruido de mis zapatos sobre el linóleo y caminé con paso enérgico mientras miraba las puertas cerradas, buscando números o nombres, hasta que encontré una que tenía un soporte de latón con una tarjeta que decía Julian Morrow. Me detuve un momento y luego llamé con tres golpes secos.

Transcurrió un minuto más o menos, luego otro, y entonces la puerta blanca se abrió sólo una rendija. Un rostro me observó. Era un rostro pequeño, sagaz, tan despierto y en suspenso como una interrogación, y a pesar de que ciertos rasgos producían una impresión de juventud —la elevación de las cejas, como de elfo, las hábiles líneas de la nariz, mandíbula y boca—, no era en absoluto un rostro joven, y su cabello era blanco como la nieve. Tengo buen ojo para adivinar la edad de la gente, pero no hubiera podido, ni de manera aproximada, acertar la suya.

Me quedé allí un momento mientras él me miraba, perplejo, con sus ojos azules. Parpadeó.

—¿Puedo ayudarle en algo? —Su tono era tolerante y amable, como el que a veces adoptan los adultos afables con los niños.

—Yo... bueno, me llamo Richard Papen...

Ladeó la cabeza y parpadeó de nuevo, con sus ojos chispeantes, amigable como un gorrión.

—...y quiero asistir a sus clases de griego clásico. Me miró con expresión de abatimiento.

—¡Oh, lo siento! —El tono de su voz, por increíble que resulte, parecía indicar que lo sentía de verdad, mucho más que yo—. Nada me gustaría tanto, pero me temo que mi clase ya está completa.

En aquella excusa aparentemente sincera había algo que me dio ánimos.

—Seguro que hay alguna manera... —dije—, un alumno extra...

—Lo siento muchísimo, Mr. Papen —dijo, casi como si me estuviera consolando por la muerte de un amigo querido, intentando hacerme comprender que no estaba en su mano ayudarme—. Pero he limitado el número de alumnos a cinco y no quiero ni pensar en añadir otro.

—Cinco alumnos no es mucho.

Sacudió la cabeza rápidamente, con los ojos cerrados, como si la súplica le resultara insoportable.

—Realmente me encantaría tenerlo en clase, pero no puedo ni siquiera considerar esa posibilidad —dijo—. Lo siento muchísimo. ¿Le importaría excusarme? Estoy con un alumno.

Pasó más de una semana. Empecé las clases y conseguí un trabajo con un profesor de psicología llamado doctor Roland. (Tenía que ayudarle con cierta «investigación», cuya naturaleza nunca llegué a descubrir; era un tipo viejo, aturdido,

de mirada trastornada, un conductista que se pasaba la mayor parte del tiempo holgazaneando en la sala de profesores.) Hice algunos amigos, la mayoría estudiantes de primero que vivían en el mismo edificio que yo. Amigos quizá no sea la palabra exacta. Comíamos juntos, nos tropezábamos en los pasillos, pero la principal razón que nos había unido era que no conocíamos a nadie más —situación que en aquel momento no nos parecía necesariamente desagradable—. A los pocos que conocí que llevaban algún tiempo en Hampden les pregunté por Julian Morrow.

Casi todos habían oído hablar de él y recibí toda suerte de infomaciones contradictorias y fascinantes: que era un hombre brillante; que era un farsante; que no tenía ningún título universitario; que en los años cuarenta había sido un intelectual importante, amigo de Ezra Pound y T. S. Eliot; que su fortuna familiar provenía de la participación en una proba empresa bancaria o, por el contrario, de la adquisición de propiedades embargadas durante los años de la Depresión; que había escapado al alistamiento en alguna guerra (aunque cronológicamente eso era difícil de calcular); que tenía relaciones con el Vaticano, con una familia real derrocada de Oriente Medio, con la España de Franco. El grado de veracidad de cualquiera de estos datos era, por supuesto, imposible de comprobar, pero cuantas más cosas oía de él, más crecía mi interés. Empecé a buscarle, a él y a su pequeño grupo de pupilos, por el campus. Cuatro chicos y una chica. A distancia no parecían nada fuera de lo común. Sin embargo, vistos de cerca formaban, en mi opinión, un grupo atractivo. Yo nunca había visto a nadie como ellos, y me sugerían una variedad de cualidades pintorescas y ficticias.

Dos de los chicos llevaban gafas, curiosamente del mismo tipo: diminutas, anticuadas, de montura metálica redonda. El más alto de los dos —y era muy alto, más de metro ochenta y cinco— era moreno, de mandíbula cuadrada y piel áspera y pálida. Si no hubiera tenido las facciones tan marcadas ni unos ojos tan inexpresivos y vacíos, me habría parecido guapo. Vestía trajes ingleses oscuros, llevaba paraguas (una visión estrafalaria en Hampden) y caminaba muy tieso entre la muchedumbre de hippies, beatniks, preppies y punks con la tímida ceremoniosidad de una vieja bailarina, lo que resultaba sorprendente en alguien tan alto como él. «Henry Winter», dijeron mis amigos cuando lo señalé a cierta distancia, mientras él daba un largo rodeo para evitar a un grupo que tocaba los bongos en el jardín.

El más bajo de los dos, aunque no mucho más, era un chico rubio y desgalichado, de mejillas sonrosadas y que mascaba chicle, de conducta implacablemente jovial, y con los puños hundidos en los bolsillos de sus pantalones con rodilleras. Siempre llevaba la misma chaqueta, una prenda informe de *tweed* marrón desgastada por los codos y de mangas demasiado cortas. Llevaba el cabello, de color rubio dorado, peinado con raya a la izquierda, de modo que un largo mechón le tapaba uno de los ojos. Se llamaba Bunny Corcoran (Bunny era una especie de diminutivo de Edmund). Tenía una voz fuerte y chillona que resonaba en los comedores.

El tercer chico era el más exótico del grupo. Anguloso y elegante, era extremadamente delgado, de manos nerviosas, con un rostro albino y de expresión sagaz, y tenía una encendida mata del cabello más rojo que había visto nunca. Yo pensaba (erróneamente) que vestía como Alfred Douglas o el conde de Montesquieu: hermosas camisas almidonadas con puños franceses, magníficas corbatas, un abrigo negro que ondeaba tras él cuando andaba y que le hacía parecer el cruce de un príncipe estudiante y Jack el Destripador. En una ocasión, para mi regocijo, incluso le vi llevar quevedos. (Más tarde descubrí que no eran quevedos de verdad, que llevaba simples cristales sin graduar y su vista era, con mucho, más aguda que la mía.) Se llamaba

Francis Abernathy. Cuando quise indagar más, levanté las sospechas de mis compañeros masculinos, a quienes asombraba mi interés por semejante persona.

Y luego había una pareja, chico y chica. Los veía casi siempre juntos y al principio pensé que eran novios, hasta que un día los observé de cerca y me di cuenta de que debían ser hermanos. Después me enteré de que eran gemelos. Se parecían mucho; tenían el cabello grueso, de color rubio oscuro, y rostros asexuados tan limpios, risueños y graves como los de una pareja de ángeles flamencos. Pero lo que me llamaba la atención en el contexto de Hampden —donde abundaban los seudointelectuales y los adolescentes decadentes y donde vestir de negro era de *rigueur*— era que les gustaba llevar ropas de colores claros, sobre todo blanco. En medio de aquel enjambre de cigarrillos y oscura sofisticación parecían figuras de una alegoría, o asistentes, muertos hacía tiempo, a alguna olvidada recepción al aire libre. Fue fácil averiguar quiénes eran, ya que compartían la distinción de ser los únicos gemelos del campus. Se llamaban Charles y Camila Macaulay.

Todos ellos me parecían inaccesibles. Pero los observaba con interés cada vez que los veía: Francis, agachándose para jugar con un gato en el umbral de una puerta; Henry, pasando veloz al volante de un pequeño coche blanco, con Julian en el asiento del acompañante; Bunny, asomándose a una ventana del piso superior para gritar algo a los gemelos, que pasaban por el jardín. Poco a poco fui reuniendo mis informaciones. Francis Abernathy era de Boston y, según decían, bastante rico. De Henry también decían que era rico; pero destacaba más por ser un genio de la lingüística. Hablaba varias lenguas, antiguas y modernas, y con sólo dieciocho años había publicado una traducción comentada de Anacreonte. (Averigüé esto por Georges Laforgue, quien, por lo demás, se mostraba desabrido y reticente acerca del tema; más tarde me enteré de que Henry, durante el primer curso, había puesto en serios apuros a Laforgue delante de toda la Facultad de Literatura durante el debate que siguió a su conferencia anual sobre Racine.) Los gemelos tenían un apartamento fuera del campus y eran de algún lugar del Sur. Y Bunny Corcoran tenía la costumbre de poner los discos de marchas de John Sousa en su habitación, a todo volumen y a altas horas de la noche.

Esto no quiere decir que todo aquello me preocupara en exceso. En aquella época me estaba adaptando a la escuela; Las clases habían comenzado y yo estaba ocupado con mis trabajos. Mi interés por Julian Morrow y sus alumnos de griego, aunque todavía intenso, estaba empezando a desvanecerse cuando ocurrió una curiosa coincidencia.

Sucedió el miércoles por la mañana de mi segunda semana de clase. Yo me encontraba en la biblioteca haciendo unas fotocopias para el doctor Roland antes de la clase de las once. Al cabo de media hora más o menos, manchas de luz nadaban ante mis ojos, y cuando volvía a la mesa de la bibliotecaria a devolverle la llave de la fotocopiadora, me giré para marcharme y los vi. Bunny y los gemelos estaban sentados a una mesa cubierta de papeles, plumas y tinteros. Recuerdo especialmente los tinteros porque los encontré fascinantes, así como las plumas negras, largas y rectas, que parecían increíblemente arcaicas y difíciles de utilizar. Charles llevaba un suéter blanco de tenis y Camila un vestido de verano con cuello marinero y un sombrero de paja. La chaqueta de *tweed* de Bunny colgaba desaliñadamente del respaldo de su silla y el forro mostraba varios desgarrones y grandes manchas. Tenía los codos apoyados en la mesa, el cabello sobre los ojos, las arrugadas mangas de la camisa recogidas y sujetas con unas ligas a rayas. Sus cabezas estaban juntas y hablaban en voz baja.

De pronto sentí curiosidad por saber de qué estaban hablando. Me dirigí a la estantería de detrás de su mesa, recorriéndola como si no estuviera seguro de lo que

buscaba, hasta que me puse tan cerca que hubiera podido alargar la mano y tocarle el brazo a Bunny. Dándoles la espalda, cogí un libro al azar —resultó un ridículo texto de sociología— y fingí repasar el índice. Análisis Secundario. Desviación Secundaria. Grupos Secundarios. Escuelas Secundarias.

—No lo entiendo —decía Camila—. Si los griegos navegan *a* Cartago tendría que ser acusativo. ¿Os acordáis? Lugar a donde. Ésa es la regla.

—No puede ser —dijo Bunny. Su voz era nasal, gárrula, como la de W. C. Fields acentuada por un caso grave de trismo de Long Island—. No es lugar a donde, es lugar hacia el cual. Me apuesto algo a que es ablativo.

Se oyó un confuso revuelo de papeles.

—Espera —dijo Charles. Su voz se parecía mucho a la de su hermana: ronca, con un acento ligeramente sureño—. Mira esto. No sólo navegan a Cartago, navegan para atacar la ciudad.

—Estás loco.

—No, es así. Mira la frase siguiente. Necesitamos un dativo.

—¿Estás seguro? Más crujir de papeles. —Completamente. *Epi to kar chidona.*

—No lo veo —dijo Bunny. Su voz sonaba como la de Thurston Howell en *Gilligan's Island* —. Tiene que ser ablativo. Los casos difíciles siempre son ablativos.

Una breve pausa.

—Bunny —dijo Charles—, te equivocas. El ablativo es en latín. —Bueno, *desde luego,* eso lo sé —dijo Bunny, irritado, tras un momento de perplejidad que parecía indicar lo contrario—, pero ya sabes lo que quiero decir. Aoristo, ablativo, en realidad todo es lo mismo.

—Mira, Charles —dijo Camila—. El dativo no va bien.

—Sí que va. Navegan para atacar, ¿no?

—Sí, pero los griegos navegaban por el mar hacia Cartago. —Pero ya he puesto *epi* delante.

—Vale, podemos atacar y usar *epi,* pero tenemos que poner un acusativo, es la regla principal.

Segregación. Sí mismo. Concepto de sí mismo. Miré el índice y me devané los sesos para encontrar el caso que buscaban. Lugar adonde. Lugar de donde. Cartago.

De pronto se me ocurrió algo. Cerré el libro, lo coloqué en el estante y me volví.

—¿Perdón? —dije.

Inmediatamente dejaron de hablar, dieron un respingo y se giraron.

—Lo siento, pero ¿no iría bien un locativo? Durante un largo rato nadie dijo nada.

—¿Locativo? —dijo Charles.

—Sólo hay que añadir *zde* a *karchedo* —expliqué—. Creo que es *zde.* Entonces no necesitáis proposición, excepto el *epi* si van a luchar. Implica «hacia Cartago», así que no tenéis que preocuparos de ninguno de los dos casos.

Charles miró su hoja y luego a mí.

—¿Locativo? —dijo—. Eso es bastante ambiguo.

—¿Estás seguro de que existe para Cartago? —preguntó Camila. Eso no se me había ocurrido.

—Tal vez no —dije—. Sé que existe para Atenas. Charles alargó la mano, arrastró el diccionario hacia sí y empezó a hojearlo.

—¡Oh, demonios, no te preocupes! —dijo Bunny con voz estridente—. Si no hay que declinarlo y no necesita preposición, a mí ya me va bien. —Se giró en la silla y me miró—. Me gustaría chocar esos cinco, forastero. —Le tendí la mano; él la estrechó y la sacudió con firmeza, y al hacerlo estuvo a punto de volcar un tintero—.

Encantado de conocerte, sí, sí —dijo, levantando la otra mano para apartarse el pelo de los ojos.

Aquella súbita demostración de consideración me desconcertó; fue como si las figuras de mi cuadro predilecto, absortas en sus propias preocupaciones, hubieran levantado la vista más allá del lienzo y me hubieran dirigido la palabra. El día anterior, por ejemplo, Francis, envuelto en la elegancia del cachemir negro y el humo del cigarrillo, me había rozado al cruzarse conmigo en el pasillo. Por un momento, mientras su brazo tocó el mío, fue una criatura de carne y hueso, pero en seguida se convirtió de nuevo en una alucinación, una ilusión que andaba con paso majestuoso en dirección al vestíbulo y que me había hecho tan poco caso como, según dicen, los fantasmas hacen de los vivos en sus lúgubres rondas.

Charles, que seguía manoseando el diccionario, se levantó y me dio la mano.

—Me llamo Charles Macaulay.

—Richard Papen.

—Ah, eres tú —dijo de pronto Camila.

—¿Cómo?

—Tú fuiste el que preguntó por las clases de griego, ¿no?

—Ésta es mi hermana —dijo Charles—, y éste... Bun, ¿le has dicho ya tu nombre?

—No, creo que no. Me ha hecho usted un hombre feliz, caballero. Teníamos diez frases más como ésta y sólo cinco minutos para hacerlas. Me llamo Edmund Corcoran —dijo Bunny estrechándome de nuevo la mano.

—¿Cuánto tiempo has estudiado griego? —preguntó Camila. —Dos años.

—Eres bastante bueno.

—Es una pena que no estés en nuestra clase —dijo Bunny. Un silencio tenso.

—Bueno —dijo Charles, incómodo—, Julian es raro con estas cosas.

—Ve a verle otra vez. ¿Por qué no lo haces? —dijo Bunny—. Llévale unas flores y dile que adoras a Platón. Comerá de tu mano.

Otro silencio aún más desagradable que el primero. Camila sonrió, no exactamente a mí, con una sonrisa dulce y desenfocada, totalmente impersonal, como si yo fuera un camarero o el dependiente de una tienda. A su lado, Charles, que seguía de pie, también sonrió y enarcó educadamente una ceja, un gesto que tal vez era nervioso, y que realmente podía significar cualquier cosa, pero que yo interpreté como un ¿Eso es todo?

Musité algo y me disponía a marcharme cuando Bunny, que miraba en otra dirección, alargó el brazo y me asió por la muñeca.

—Espera —dijo.

Levanté la vista, sobresaltado. Henry acababa de cruzar la puerta, con su traje negro, su paraguas y demás.

Cuando llegó a la mesa fingió que no me veía.

—Hola —les dijo—, ¿Habéis terminado?

Bunny me señaló con la cabeza.

—Mira, Henry, queremos presentarte a alguien —dijo.

Henry me echó un vistazo. Su expresión no cambió. Cerró los ojos y luego volvió a abrirlos, como si encontrara extraordinario que alguien como yo pudiera interponerse en su campo de visión.

—Sí, sí —dijo Bunny—. Se llama Richard... ¿Richard qué?

—Papen.

—Sí, sí, Papen. Estudia griego.

Henry levantó la cabeza para mirarme.

—No aquí, desde luego —dijo.

—No —dije mirándolo, pero la expresión de sus ojos era tan descortés que aparté la vista.

—Oh, Henry, mira esto, ¿quieres? —dijo Charles precipitadamente, revolviendo de nuevo los papeles—, íbamos a poner un dativo o un Acusativo aquí, pero él sugirió el locativo.

Henry miró por encima del hombro de Charles y examinó la página.

—Humm... un locativo arcaico —dijo—. Muy homérico. Desde luego, sería gramaticalmente correcto, pero quizá un poco fuera de contexto. —Giró la cabeza para escudriñarme. La luz incidía en un ángulo tal que se reflejaba en sus diminutas gafas y me impedía verle los ojos—. Muy interesante —dijo—, ¿Eres especialista en Homero?

Podría haber dicho que sí, pero tenía la impresión de que se alegraría de pillarme en falta y de que no era capaz de hacerlo fácilmente.

—Me gusta —dije débilmente.

Me miró con frío desdén.

—Yo adoro a Homero —repuso—. Naturalmente estamos estudiando cosas bastante más modernas. Platón y los trágicos, cosas así.

Yo intentaba encontrar alguna respuesta, cuando apartó la mirada, desinteresado.

—Tendríamos que irnos —dijo.

Charles amontonó sus papeles y se levantó; Camila estaba junto a él y esta vez también me dio la mano. Uno al lado del otro, se parecían mucho, no tanto por la similitud de sus facciones como por su forma de comportarse: una correspondencia de gestos que reverberaba entre ellos, de manera que un parpadeo parecía provocar, un instante después, un movimiento espasmódico en el párpado del otro. Sus ojos, del mismo tono de gris, eran inteligentes y tranquilos. Ella era muy guapa, de una belleza perturbadora, casi medieval, que no percibiría un observador desatento.

Bunny empujó su silla y me dio una palmada entre los omóplatos.

—Bien, caballero —dijo—, tenemos que encontrarnos algún día y hablar del griego, ¿vale?

—Adiós —dijo Henry con una inclinación de la cabeza.

—Adiós —contesté. Se marcharon juntos, y yo me quedé donde estaba, mirando cómo se dirigían hacia la salida como una amplia falange, hombro con hombro.

Poco después fui al despacho del doctor Roland a dejar las fotocopias y le pregunté si podía adelantarme parte de mi sueldo.

Se reclinó contra el respaldo de la silla y me contempló con sus ojos vidriosos, bordeados de rojo.

—Bueno, sabe usted —dijo—, desde hace diez años tengo por norma no hacerlo. Déjeme explicarle el motivo.

—Lo sé, señor —dije apresuradamente. A veces los discursos del doctor Roland acerca de sus «normas» duraban media hora o más—. Lo comprendo, pero es que se trata de una emergencia.

Se inclinó de nuevo hacia delante y se aclaró la garganta.

—Y ¿cuál es esa emergencia? —preguntó.

Sus manos, cruzadas sobre la mesa, tenían venas abultadas y un tono azulado, color perla en los nudillos. Las observé. Necesitaba diez o veinte dólares, los necesitaba con urgencia, pero había ido sin preparar lo que tenía que decir.

—No *lo sé* —dije—. Ha surgido algo.

Frunció el ceño severamente. Se decía que el comportamiento senil del doctor Roland era una fachada; a mí me parecía completamente genuino, pero a veces, cuando uno tenía la guardia baja, mostraba un inesperado destello de lucidez que, si

bien con frecuencia no tenía nada que ver con el asunto en cuestión, era una prueba de que los procesos racionales todavía retumbaban en las fangosas profundidades de su conciencia.

—Se trata de mi coche —dije, súbitamente inspirado. No tenía coche—. Tengo que llevarlo al taller.

Yo no esperaba que inquiriera más, pero en cambio él añadió:

—¿Qué le pasa?

—Me parece que es la transmisión.

—¿Es de doble transmisión? ¿Refrigerado por aire? —Refrigerado por aire —dije, apoyándome en el otro pie. No me gustaba el giro que tomaba la conversación. No sé una palabra sobre coches y paso apuros hasta para cambiar una rueda.

—¿Qué tiene? ¿Uno de esos pequeños V-6?

—Sí.

—Todos los chicos parecen desear uno. Yo no dejaría que un hijo mío condujera por ahí un coche que no fuera un V-8.

No tenía idea de cómo responder a eso. Abrió el cajón del escritorio y empezó a sacar cosas, a llevárselas a los ojos y volverlas a guardar.

—Cuando la transmisión se rompe, el coche está acabado, lo digo por experiencia. Sobre todo un V-6. Lo podría llevar directamente al cementerio de coches. Yo, en cambio, llevo un 98 Regency Brougham que ya tiene diez años. Sólo tengo que hacerle las revisiones periódicas, un filtro nuevo cada veinticinco mil kilómetros y cambio de aceite cada cinco mil. Va de maravilla. Tenga cuidado con estos talleres de la ciudad —dijo secamente.

—¿Cómo?

Por fin había encontrado el talonario.

—Bueno, tendría que ir usted al tesorero, pero supongo que está bien así —dijo, mientras lo abría y empezaba a escribir laboriosamente—. Algunos de esos sitios de Hampden, en cuanto averiguan que es uno de la universidad, cobran el doble. Redeemed Repair suele ser el mejor; son un hatajo de cristianos reformados, pero aun así le sacarán todo el dinero que puedan si no los vigila.

Arrancó el cheque y me lo tendió. Le eché una ojeada y el corazón me dio un vuelco. Doscientos dólares. Y lo había firmado.

—No deje que le cobren ni un céntimo de más —dijo.

—No, señor —dije, apenas capaz de disimular mi alegría. ¿Qué iba a hacer yo con ese montón de dinero? Hasta cabía la posibilidad de que el doctor Roland olvidara que me lo había dado.

Se bajó las gafas y me miró por encima de la montura.

—Redeemed Repair —dijo—. Está en la Highway 6. El rótulo tiene forma de cruz.

—Gracias —dije.

Bajé al vestíbulo con el espíritu reconfortado y doscientos dólares en el bolsillo. Lo primero que hice fue ir al teléfono del piso de abajo y llamar un taxi para que me llevara a Hampden. Si para algo soy bueno es para no pegar sello. Es una especie de don que tengo.

¿Y qué hice en Hampden? Francamente, estaba demasiado asombrado por mi buena fortuna como para hacer gran cosa. Hacía un día espléndido. Estaba harto de ser pobre, de manera que, sin pensármelo dos veces, fui a una tienda cara de ropa de hombre que había en la plaza y me compré un par de camisas. Luego fui a la tienda del Ejército de Salvación y rebusqué en las cajas un rato hasta que encontré un abrigo de

tweed Harris y un par de zapatos marrones con puntera que me iban bien, y también unos gemelos y una vieja corbata muy curiosa con un estampado de hombres cazando ciervos. Al salir de la tienda comprobé, feliz, que todavía me quedaban casi cien dólares. ¿Me iba a la librería? ¿Al cine? ¿Compraba una botella de whisky escocés? Al final, agobiado por las muchas posibilidades que se apiñaron a mi alrededor, murmurando y sonriendo, en aquella acera otoñal —como un chico de pueblo acosado por un grupo de prostitutas—, me abrí paso entre ellas y me dirigí a la cabina telefónica de la esquina, desde donde llamé a un taxi que me llevó a la escuela.

Una vez en mi habitación extendí la ropa sobre la cama. Los gemelos eran labrados y llevaban unas iniciales, pero parecían de oro puro, centelleando de soporífero sol otoñal que entraba a raudales por la ventana y formaba estanques amarillentos sobre el suelo de roble; un sol voluptuoso, rico, embriagador.

Al día siguiente, por la tarde, tuve una sensación de *déjà-vu* cuando Julian contestó a la puerta exactamente como la primera vez, abriéndola sólo un poco y mirando a través de la rendija cautelosamente, como si en su despacho hubiera algo prodigioso que requiriera ser protegido, algo que él tenía mucho cuidado de que nadie viera. Era una sensación que en los meses siguientes llegaría a conocer bien. Aun ahora, años después y lejos de allí, sueño a veces que estoy ante aquella puerta blanca, esperando a que él salga, como el guarda de un cuento de hadas: sin edad, vigilante, astuto como un niño.

Cuando vio que era yo, abrió la puerta un poco más que la primera vez.

—¿El señor Pepin, no?

No me molesté en corregirle.

—Me temo que sí.

Me miró un momento.

—Tiene usted un nombre estupendo, ¿sabe? —dijo—. En Francia hubo reyes que se llamaban Pepin.

—¿Está usted ocupado?

—Nunca estoy demasiado ocupado para un heredero del trono de Francia, si es que lo es usted —dijo afablemente.

—Me temo que no.

Se rió y citó un breve epigrama griego que decía que la honradez es una virtud peligrosa, y, para mi sorpresa, abrió la puerta y me hizo pasar.

La habitación era bonita (no tenía en absoluto aspecto de despacho) y mucho más grande de lo que parecía desde fuera: espaciosa y blanca, con un techo alto y la brisa que mecía las cortinas almidonadas. En una esquina, cerca de una estantería baja, había una mesa enorme y redonda cubierta de teteras y libros de griego. Había flores —rosas, claveles y anémonas —por todas partes: en su escritorio, en la mesa, en los alféizares. Las rosas eran especialmente fragantes; su aroma flotaba en el aire, mezclándose con el aroma de bergamota, té negro chino y el débil olor a alcanfor de la tinta. Respiré hondo y me sentí embriagado. Dondequiera que miraba había algo hermoso: alfombras orientales, porcelanas, pinturas diminutas como joyas, un resplandor multicolor que me golpeó como si hubiera entrado en una de esas pequeñas iglesias bizantinas que por fuera son tan simples y por dentro tienen unas bóvedas absolutamente paradisíacas, pintadas de oro y recubiertas de mosaicos.

Se sentó en un sillón junto a la ventana y me hizo un gesto para que también yo me sentara.

—Supongo que ha venido por lo de las clases de griego —dijo. —Sí.

Sus ojos eran amables, francos, más grises que azules.

—El trimestre ya está bastante avanzado —dijo.

—Me gustaría volverlo a estudiar. Me parece una pena dejarlo después de dos años.

Enarcó las cejas —penetrante, malicioso— y se miró las manos un momento.

—Me han dicho que es usted de California.

—Así es —dije yo, bastante sobresaltado. ¿Quién se lo había dicho?

—No conozco a mucha gente del Oeste —dijo—. No sé si me gustaría ir allí. —Hizo una pausa; parecía preocupado—. Y ¿qué me cuenta de California?

Le solté mi perorata. Naranjos, estrellas de cine fracasadas, cócteles junto a la piscina a la luz de los farolillos, cigarrillos, tedio. Escuchaba con la mirada fija en mí, aparentemente hechizado por mis fraudulentos recuerdos. Nunca mis esfuerzos habían encontrado tanta atención, tan honda solicitud. Parecía hasta tal punto embelesado, que estuve a punto de adornar mi relato más de lo que quizás habría sido prudente.

—¡Qué *emocionante* !, —dijo calurosamente cuando yo, medio eufórico, terminé por fin, agotado—. ¡Qué romántico!

—Bueno, allí estamos todos bastante acostumbrados a esta clase de cosas, ¿sabe? —dije procurando no ponerme nervioso, sonrojado por mi éxito arrollador.

—Y, ¿qué busca en el estudio de los clásicos una persona con un temperamento tan romántico? —Lo preguntó como si, ante la buena suerte de atrapar a un ave tan rara como yo, estuviera ansioso por arrancarme mi opinión mientras aún estaba cautivo en su despacho.

—Si por romántico entiende usted solitario e introspectivo, creo que los románticos son con frecuencia los mejores clasicistas.

Se rió.

—Los grandes románticos son a menudo clasicistas fracasados. Pero esto no viene al caso. ¿Qué piensa de Hampden? ¿Se siente feliz aquí?

Le proporcioné una exégesis, no tan breve como hubiera sido de desear, acerca de por qué en aquel momento encontraba la escuela satisfactoria para mis propósitos.

—A los jóvenes suele aburrirles el campo —dijo Julian—. Lo cual no quiere decir que no les convenga. ¿Ha viajado mucho? Dígame lo que le atrajo de este lugar. Yo me inclinaría a pensar que un joven como usted se sentiría perdido fuera de la ciudad, pero tal vez está harto de la vida urbana, ¿no?

Llevó la conversación con tanta habilidad y simpatía que me desarmó y me condujo diestramente de tema en tema; y estoy seguro de que durante aquella charla, que me pareció que había durado tan sólo unos minutos, pero que en realidad fue mucho más larga, se las arregló para sonsacarme todo lo que quería saber de mí. No sospeché que su absorto interés pudiera provenir de otra cosa que el precioso placer de mi compañía, y aunque me encontré a mí mismo hablando con entusiasmo de una desconcertante variedad de temas —algunos bastante personales y expresados con más franqueza de lo que era habitual en mí—, estaba convencido de que actuaba por voluntad propia. Me gustaría poder recordar más de lo que se dijo aquel día; de hecho, recuerdo muchas de las cosas que dije, la mayor parte demasiado fatuas para que me apetezca contarlas. El único punto en que difirió de mí (excepción hecha de un incrédulo enarcar las cejas provocado por mi mención a Picasso; cuando le conocí mejor me di cuenta de que debió considerarlo casi como una afrenta personal) fue sobre psicología, un tema que, después de todo, ocupaba mis pensamientos desde que trabajaba con el doctor Roland.

—Pero ¿de verdad cree usted —preguntó, preocupado— que la psicología puede ser considerada una ciencia?

—Naturalmente, ¿qué es, si no?

—Pero incluso Platón sabía que la clase, los condicionamientos, etcétera, producen un efecto inalterable en el individuo. A mí me parece que la psicología es sólo otra palabra para aquello que los antiguos llamaban Destino.

—Psicología es una palabra terrible.

Asintió enérgicamente.

—Sí, es terrible, ¿verdad? —dijo con una expresión que parecía indicar que consideraba una falta de gusto por mi parte el mero hecho de pronunciarla—. Tal vez sea, en cierto modo, un concepto útil para hablar de determinada clase de mente. Los campesinos que viven cerca de mí son fascinantes, porque sus vidas están tan estrechamente ligadas al Destino, porque están verdaderamente predestinados. Pero —rió—, me temo que mis alumnos no me interesan demasiado porque siempre sé exactamente lo que van a hacer.

Yo estaba encantado con aquella conversación, y a pesar de creer que era más bien moderna y digresiva (para mí, la marca de una mente moderna es que le gusta divagar), ahora me doy cuenta de que conducía una y otra vez, mediante circunloquios, a los mismos puntos. Porque si la mente moderna es caprichosa y divagante, la mente clásica es intolerante, segura, implacable. No es una clase de inteligencia que uno suele encontrar en la actualidad. Pero aunque soy capaz de divagar, de hecho tengo un alma absolutamente obsesiva.

Hablamos un rato más y luego se produjo un silencio. Al cabo de un momento Julian dijo cortésmente:

—Si quiere, me alegrará tenerle por alumno, señor Papen.

Yo, que miraba por la ventana y casi me había olvidado de dónde estaba, lo miré, boquiabierto, y no supe qué decir.

—No obstante, antes de aceptar, hay unas cuantas condiciones con las que tiene usted que estar de acuerdo.

—¿Qué? —dije, súbitamente alerta.

—¿Irá mañana a secretaría a cursar una solicitud para cambiar de tutor? —Alargó la mano para coger una pluma de una copa que había en el escritorio; era increíble, estaba llena de plumas Mont Blanc, de Meidterstücks; por lo menos había una docena. Escribió rápidamente una nota y me la tendió—. No la pierda, porque la administración no me asigna tutorías si yo no las solicito.

La nota estaba escrita con una caligrafía masculina, más bien decimonónica, con eses griegas. La tinta todavía estaba húmeda.

—Pero ya tengo un tutor —dije.

—Mi política es no aceptar ningún alumno si no soy también su tutor. Algunos miembros de la facultad de literatura desaprueban mis métodos didácticos y usted tendría problemas si alguien pudiera vetar mis decisiones. También debería coger algunos formularios de renuncia. Creo que tendrá que dejar todas las clases a las que asiste actualmente, salvo la de francés, a la que le conviene ir. Parece usted deficiente en el área de lenguas modernas.

Yo estaba atónito.

—No puedo dejar todas las clases.

—¿Por qué no?

—El período de matriculación ya ha terminado.

—Eso no tiene ninguna importancia —dijo Julian tranquilamente—. Las clases a las que quiero que asista las impartiré yo. Probablemente hará tres o cuatro cursos conmigo por trimestre hasta que acabe sus estudios aquí.

Lo miré. No era de extrañar que sólo tuviera cinco alumnos.

—Pero ¿cómo puedo hacer eso? —dije.

Se rió.

—Me temo que no lleva mucho tiempo en Hampden. A la administración no le gusta mucho, pero no pueden hacer nada. De vez en cuando tratan de crear problemas con las exigencias de distribución, pero eso nunca ha causado ninguna dificultad real. Estudiamos arte, historia, filosofía, toda clase de cosas. Si considero que usted es deficiente en determinada área, puede que decida darle alguna clase particular, quizás enviarlo a otro profesor. Como el francés no es mi lengua materna, creo conveniente que siga estudiando con el señor Laforgue. El año próximo le introduciré en el latín. Es una lengua difícil, pero sabiendo griego le resultará más fácil. Estoy seguro de que le encantará.

Yo le escuchaba, un poco ofendido por su tono. Hacer lo que me pedía implicaba salir completamente del Hampden College para trasladarme a su pequeña escuela de griego antiguo, número de estudiantes, cinco, seis contándome a mí.

—¿Todas las clases con usted? —pregunté.

—No exactamente todas —contestó muy serio, y luego, al ver mi expresión, se echó a reír—. Considero que tener una diversidad de profesores es perjudicial y confuso para una mente joven, de la misma manera que considero mejor conocer un solo libro a fondo que cien superficialmente. Sé que el mundo moderno tiende a no estar de acuerdo conmigo, pero, después de todo, Platón sólo tuvo un maestro, y también Alejandro.

Yo asentía lentamente, mientras buscaba una forma diplomática de escabullirme, cuando mi mirada se cruzó con la suya y de pronto pensé: ¿Por qué no? Estaba algo apabullado por la fuerza de su personalidad, pero el radicalismo de su oferta no dejaba de ser atractivo. Sus alumnos —si es que el estar bajo su tutela los había marcado de algún modo— me impresionaban, y aunque eran distintos entre sí, compartían cierta frialdad, un encanto cruel y amanerado que no era moderno en absoluto, pero que tenía un extraño y frío aire de mundo antiguo: eran criaturas magníficas, con aquellos ojos, aquellas manos, aquella apariencia —*sic oculos, sic ille manus, sic ora ferebat* —. Los envidiaba y los encontraba atractivos. Además, aquella extraña cualidad, lejos de ser natural, tenía trazas de haber sido cultivada. (Lo mismo sucedía, como acabaría por saber, con Julian: aunque daba la impresión más bien contraria, de frescura y candor, no era espontaneidad, sino un arte superior lo que le hacía parecer natural.) Afectados o no, yo quería ser como ellos. Era embriagador pensar que aquellas cualidades eran adquiridas y que, tal vez, aquél era el camino para aprenderlas. Había recorrido un largo camino desde Plano y la gasolinera de mi padre.

—Y si asisto a sus clases, ¿serán todas de griego? —pregunté.

Se rió.

—Claro que no. Estudiaremos a Dante, Virgilio, todo tipo de cosas. Pero no le aconsejaría que saliera y comprara un ejemplar de *Goodbye, Columbus* —lectura obligatoria, como se sabía, de uno de los cursos de inglés de primero—, si me perdona la vulgaridad.

Cuando le conté lo que pensaba hacer, Georges Laforgue se mostró preocupado.

—Este asunto es muy serio —dijo—. Me imagino que se da cuenta de lo limitado que será su contacto con el resto de la facultad y con la escuela.

—Es un buen profesor —dije.

—Ningún profesor es *tan* bueno. Y si por casualidad tiene alguna discrepancia con él o es tratado injustamente de una forma u otra, nadie de la facultad podrá hacer nada por usted. Discúlpeme, pero no veo la finalidad de pagar treinta mil dólares de enseñanza para estudiar simplemente con un solo profesor.

Pensé que esa cuestión competía al Fondo de Dotación de Hampden College, pero no dije nada.

Se reclinó en el respaldo de la silla.

—Perdóneme, pero pensé que el elitismo del señor Morrow le repugnaría —dijo—. Francamente, es la primera vez que oigo que acepta a un alumno que disfruta de una beca tan considerable. Hampden College es una institución democrática y, por tanto, no se basa en tales principios.

—Bueno, no debe de ser tan elitista si me ha aceptado —dije. No captó mi sarcasmo.

—Me inclino a especular que no está enterado de que usted recibe una ayuda —dijo, muy serio.

—Bueno, si no lo sabe, no voy a ser yo quien se lo diga.

Julian impartía las clases en su despacho. Éramos muy pocos y, por otra parte, ningún aula podía compararse a aquella habitación en términos de comodidad o privacidad. Sostenía la teoría de que los alumnos aprendían mejor en una atmósfera agradable, no escolástica; y aquel lujoso invernáculo que tenía por despacho, con flores por doquier en pleno invierno, era una especie de microcosmos platónico de lo que en su opinión tenía que ser un aula. («¿Trabajo? —me dijo un día, sorprendido, cuando me referí a nuestras actividades con esta palabra—. ¿Realmente cree que lo que hacemos aquí es trabajar?» «¿Cómo podría llamarlo, si no?» «Yo lo llamaría el más glorioso de los juegos.»)

Cuando me encaminaba hacia allí mi primer día de clase, vi a Francis Abernathy cruzando el prado con paso majestuoso, como un pájaro negro, con su abrigo ondeando al viento, oscuro como un cuervo. Iba ensimismado, fumando un cigarrillo, pero la idea de que pudiera verme me produjo una inexplicable ansiedad. Me escondí en un portal y esperé a que pasara.

Cuando llegué al rellano de la escalera del Ateneo, me sobresalté al verle sentado en el alféizar de la ventana. Le eché una ojeada rápida y luego aparté la vista, y cuando me disponía a dirigirme al vestíbulo me dijo:

—Espera. —Su voz era fría y bostoniana, casi británica. Me volví.

—¿Tú eres el nuevo *neanías*? —preguntó con sorna. El nuevo hombre joven. Respondí que sí.

—*Cubitum eamus?*

—¿Cómo? —Nada.

Cogió el cigarrillo con la mano izquierda y me ofreció la derecha. Era huesuda y de piel suave, como la de una adolescente.

No se molestó en presentarse. Tras un breve e incómodo silencio, le dije mi nombre.

Dio una última calada al cigarrillo y lo tiró por la ventana abierta.

—Ya sé quién eres —dijo.

Henry y Bunny estaban ya en el despacho; Henry leía un libro y Bunny, inclinado sobre la mesa, le hablaba en voz alta, muy serio.

—... de mal gusto, eso es lo que es, tío. Me decepcionas. Creía que tenías un poco más de *savoir faire,* si no te importa que te lo diga...

—Buenos días —dijo Francis entrando detrás de mí y cerrando la puerta.

Henry levantó la vista y saludó con la cabeza, luego volvió a su libro.

—¡Hola! —dijo Bunny, y luego —: ¡Ah, hola! —dirigiéndose a mí—. Adivina —le dijo a Francis—, Henry se ha comprado una pluma Mont Blanc.

—¿De verdad? —preguntó Francis.

Bunny sacudió la cabeza en dirección a la copa de plumas brillantes y negras que había en el escritorio de Julian.

—Le he dicho que vaya con cuidado o Julian pensará que se la ha robado.

—Estaba conmigo cuando la compré —dijo Henry sin levantar la vista del libro.

—Por cierto, ¿cuánto cuestan esas cosas? —preguntó Bunny. No hubo respuesta.

—Venga, ¿cuánto? ¿Trescientos dólares? —Se apoyó con todo su notable peso en la mesa—. Recuerdo que solías decir lo feas que eran. Solías decir que nunca en tu vida escribirías con algo que no fuera una pluma normal y corriente, ¿no es cierto?

Silencio.

—Déjame verla otra vez, ¿quieres? —pidió Bunny.

Henry dejó el libro, buscó en el bolsillo de su camisa y sacó la pluma, dejándola sobre la mesa.

—Aquí la tienes.

Bunny la cogió y empezó a hacerla girar con los dedos.

—Es como aquellos lápices gruesos que usaba cuando iba a la escuela primaria —dijo—. ¿Te convenció Julian de que la compraras?

—Quería una pluma estilográfica.

—Ésa no es la razón por la que te compraste ésta.

—Estoy harto de hablar del tema.

—Yo creo que es de mal gusto.

—Tú —dijo Henry, cortante— no eres el más adecuado para hablar de gusto.

Se produjo un largo silencio, durante el cual Bunny permaneció reclinado en el respaldo de la silla.

—Vamos a ver, ¿qué clase de plumas utilizamos todos aquí? —dijo con tono familiar—. François, tú eres un hombre de plumilla y tintero como yo, ¿no?

—Más o menos.

Me señaló con el dedo como si fuera el moderador de un debate televisivo.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas? ¿Robert? ¿Qué clase de plumas te enseñaron a usar en California?

—Bolígrafo —dije. Bunny asintió con la cabeza.

—Un hombre honesto, caballeros. Gustos sencillos. Pone sus cartas sobre la mesa. Así me gusta.

Se abrió la puerta y entraron los gemelos.

—¿Por qué chillas, Bun? —preguntó Charles, risueño, mientras cerraba la puerta de un puntapié—. Te hemos oído desde el vestíbulo.

Bunny se lanzó a explicar la historia de la pluma Mont Blanc. Incómodo, me acerqué al rincón y empecé a examinar los libros de la estantería.

—¿Cuánto tiempo has estudiado a los clásicos? —dijo una voz muy cerca. Era Henry, que se había girado en la silla para mirarme.

—Dos años —contesté.

—¿Qué has leído en griego?

—El Nuevo Testamento.

—Bueno, naturalmente has leído *Koiné* —dijo, irritado—. ¿Qué más? Homero, seguro. Y los poetas líricos.

Éstos, lo sabía, eran la especialidad de Henry. Me daba miedo mentir.

—Un poco.

—¿Y Platón?—Sí.

—¿Todo Platón?

—Algo.

—Pero todo traducido, ¿no?

Vacilé demasiado rato. Me miró, incrédulo.

—¿No?

Hundí las manos en los bolsillos de mi abrigo nuevo.

—La mayor parte —dije, lo que estaba lejos de ser cierto.

—¿La mayor parte de qué? ¿Te refieres a los diálogos? Y, ¿qué me dices de cosas más tardías? ¿Plotino?

—Sí —mentí. Nunca he leído, hasta ahora, una palabra de Plotino.

—¿Qué?

Por desgracia, mi mente se quedó en blanco y no se me ocurrió absolutamente nada que tuviera la seguridad de que fuese de Plotino, ¿Las *Églogas?* No, maldita sea, eso era de Virgilio.

—En realidad, Plotino no me interesa demasiado —dijo.

—¿No? ¿Por qué?

Era como un policía en un interrogatorio. Pensé con tristeza en mi antigua clase, la que había dejado por ésta: Introducción al Drama, con el alegre señor Lanin, que nos hacía tumbar en el suelo y realizar ejercicios de relajación mientras él paseaba a nuestro alrededor y decía cosas como: «Ahora imaginaos que vuestro cuerpo se llena de un fluido frío y naranja.»

No había respondido a la pregunta sobre Plotino con la suficiente celeridad para gusto de Henry. Dijo algo en latín rápidamente.

—¿Cómo dices?

Me miró con frialdad.

—Déjalo —contestó, y se encorvó de nuevo sobre su libro. Para ocultar mi consternación, me volví hacia la estantería.

—¿Ya estás contento? —le oí decir a Bunny—. Seguro que le has dado un buen repaso, ¿eh?

Para mi alivio, Charles vino a saludarme. Era simpático y muy tranquilo, pero apenas acabábamos de intercambiar un saludo, cuando se abrió la puerta y se produjo un silencio. Julian entró en la habitación y cerró la puerta con cuidado.

—Buenos días —dijo—. ¿Ya conocéis al nuevo alumno?

—Sí —dijo Francis con un tono que me pareció aburrido, mientras le ofrecía una silla a Camila y se sentaba en la suya.

—Estupendo. Charles, ¿podrías poner el agua a hervir para el té?

Charles fue a una pequeña antecámara, no mayor que un armario, y oí correr el agua. (Nunca supe exactamente qué había en aquella antecámara, ni cómo Julian, de vez en cuando, se las arreglaba para sacar de allí, como por arte de magia, comidas de cuatro platos.) Luego salió, cerrando la puerta tras él, y se sentó.

—Bien —dijo Julian mirando en torno de la mesa—. Espero que estemos todos preparados para dejar el mundo fenomenológico y entrar en el sublime.

Era un orador maravilloso, un orador mágico, y me gustaría ser capaz de dar una idea más exacta de lo que dijo, pero a un intelecto mediocre le es imposible reproducir el discurso de un intelecto superior, sobre todo después de tantos años, sin que se pierda una buena parte en la transcripción. Aquel día la discusión versó acerca de la pérdida de sí mismo, las cuatro locuras divinas de Platón, la locura de todas clases. Empezó hablando de lo que él llamaba la carga del yo, y de por qué la gente quiere ante todo perder el yo. —¿Por qué nos atormenta tanto esa vocecita obstinada en el interior de nuestras cabezas? —dijo, mirando en torno de la mesa—. ¿Será porque nos recuerda que estamos vivos, nuestra mortalidad, nuestra alma individual, a la que, después de todo, nos asusta rendirnos y sin embargo nos hace sentir más desgraciados que ninguna otra cosa? Pero ¿no es el dolor lo que a menudo nos hace conscientes de nosotros mismos? Es terrible aprender, de niño, que uno es algo separado del resto del mundo, que nada ni nadie sufre con nosotros cuando nos escaldamos la lengua o nos hacemos un rasguño en una rodilla, que nuestros males y dolores son sólo nuestros. Aún más terrible, a medida que crecemos, es aprender que nadie, por muy querido que sea, podrá nunca comprendernos realmente. Nuestro propio yo nos hace profundamente infelices, y ésa es la razón por la cual estamos tan ansiosos de perderlo, ¿no lo creéis así? ¿Recordáis *Las Erinias* ?

—Las Furias —dijo Bunny, con los ojos brillantes y extraviados detrás del flequillo.

—Exacto. Y ¿cómo enloquecían a la gente? Subían el volumen del monólogo interior, magnificaban hasta el límite las características que ya existían en alguien y hacían que la persona fuera tan sí misma que no podía soportarlo.

»Y ¿cómo podemos perder este yo enloquecedor, perderlo por completo? ¿Con el amor? Sí, pero el viejo Céfalo oyó a Sófocles decir un día que hasta el último de nosotros sabe que el amor es un maestro cruel y terrible. Uno pierde su yo en favor del otro, pero al hacerlo se esclaviza y se convierte en un desdichado. ¿Con la guerra? Uno puede perder su yo en la alegría de la batalla, luchando por una causa gloriosa, pero hoy en día no hay muchas causas gloriosas. —Se rió—. Aunque después de haber leído a Jenofonte y a Tucídides me atrevería a decir que no hay demasiados jóvenes tan versados en tácticas militares como vosotros. Estoy seguro de que, si quisierais, seríais capaces de marchar sobre Hampden y tomarla vosotros solos.

Henry rió:

—Podríamos hacerlo esta tarde, con seis hombres.

—¿Cómo? —preguntaron todos al unísono.

—Uno corta la línea telefónica y la eléctrica, otro se sitúa en el puente de Battenhill, otro en la carretera principal que va al norte. Los demás podríamos avanzar desde el sur y el oeste. No somos muchos, pero si nos repartiésemos, podríamos cerrar todos los demás accesos... —Levantó la mano con los dedos muy separados— y avanzar hasta el centro desde todos los puntos. —Los dedos se cerraron en puño—. Desde luego, contaríamos con la ventaja de la sorpresa —agregó, y la frialdad de su voz me produjo escalofríos.

Julian rió.

—Y ¿cuántos años hace que los dioses han dejado de intervenir en las guerras de los hombres? Espero que Apolo y Atenea Nike bajaran a luchar a nuestro lado, «invitados o no», como dijo el oráculo de Delfos a los espartanos. Imaginad qué héroes seríais.

—Semidioses —dijo Francis riendo—. Podríamos sentarnos en tronos en la plaza del pueblo.

—Y los comerciantes del lugar os pagarían su tributo.

—Oro. Pavos reales y marfil.

—Queso Cheddar y galletas corrientes sería más probable —dijo Bunny.

—El derramamiento de sangre es algo terrible —dijo Julian, impaciente (el comentario acerca de las galletas le había molestado)—, pero las partes más sanguinarias de Homero y Esquilo son a menudo las más magníficas, por ejemplo ese discurso glorioso de Clitemnestra en *Agamenón* que a mí me gusta tanto. Camila, tú eras nuestra Clitemnestra cuando hicimos la *Orestíada,* ¿te acuerdas de algún fragmento?

La luz que entraba por la ventana le daba directamente en la cara. Bajo una luz tan intensa mucha gente parece demacrada, pero sus facciones, claras y delicadas, estaban iluminadas de tal manera que era asombroso mirarla: sus ojos, pálidos y radiantes, de negras pestañas, la luz trémula y dorada en su sien que se mezclaba gradualmente con su cabello lustroso, cálido como la miel.

—Me acuerdo un poco —dijo.

Con la mirada perdida en algún lugar de la pared por encima de mi cabeza, empezó a recitar los versos. Yo tenía la vista clavada en ella. ¿Tenía novio? ¿Francis, tal vez? Eran muy amigos, pero Francis no daba la impresión de interesarse demasiado por las chicas. No es que yo tuviera muchas posibilidades, frente a todos aquellos chicos inteligentes y ricos, vestidos con traje oscuro; yo, con mis manos toscas y mis modales pueblerinos.

Su voz, en griego, sonaba áspera, grave y encantadora.

Y así, murió, y su espíritu vomitó;
exhaló, entonces, un chorro de sangre impetuoso,
y me salpicó con gotas oscuras de sangriento rocío;
y yo me alegré no menos que las mieses ante el agua
de Zeus cuando está grávida la espiga.

Cuando terminó se produjo un breve silencio; para mi sorpresa, Henry le guiñó solemnemente desde el otro lado de la mesa. Julian sonrió.

—Qué hermoso pasaje —dijo—. Nunca me cansaría de escucharlo. Pero ¿cómo es posible que algo tan horrible, una reina que apuñala a su esposo en la bañera, nos parezca tan bello?

—Es el metro —explicó Francis—. El trímetro yámbico. Esas partes realmente horribles del *Infierno,* por ejemplo, Pier de Medicina con la nariz cortada hablando por una raja sanguinolenta en la tráquea...

—Se me ocurren cosas peores —dijo Camila.

—Y a mí. Pero ese pasaje es bello y es a causa de la *terza rima.* Su música. El trímetro tañe como una campana en el parlamento de Clitemnestra.

—Pero el trímetro yámbico es bastante común en la lírica griega, ¿no? —dijo Julian—. ¿Por qué resulta este pasaje en particular tan impresionante? ¿Por qué no nos atrae uno más tranquilo y agradable?

—Aristóteles dice en la *Poética,* —apuntó Henry— que cosas tales como los cadáveres, desagradables de ver en sí mismos, pueden volverse deliciosos de contemplar en una obra de arte.

—Y yo creo que Aristóteles está en lo cierto. Después de todo, ¿cuáles son las escenas de la poesía que quedan grabadas en nuestra memoria, las que más nos gustan? Precisamente éstas. El asesinato de Agamenón y la cólera de Aquiles. Dido en la pira funeraria. Las dagas de los traidores y la sangre de César... ¿Os acordáis de cómo Suetonio describe que se llevan su cuerpo en una litera y un brazo le cuelga fuera?

—La muerte es la madre de la belleza —dijo Henry.

—Y ¿qué es la belleza?

—El terror.

—Bien dicho —coincidió Julian—. La belleza raramente es suave o consoladora. Más bien al contrario. La genuina belleza siempre es bastante sobrecogedora.

Miré a Camila. Su cara resplandecía a la luz del sol, y pensé en aquel verso de la *Ilíada* que me gusta tanto, acerca de Palas Atenea y sus terribles ojos centelleantes.

—Y si la belleza es terror —dijo Julian—, entonces, ¿qué es el deseo? Creemos tener muchos deseos, pero de hecho sólo tenemos uno. ¿Cuál es?

—Vivir —dijo Camila.

—Vivir *eternamente* —dijo Bunny con la barbilla apoyada en la palma de la mano.

La tetera empezó a silbar.

Cuando las tazas estuvieron en la mesa y Henry, sombrío como un mandarín, hubo servido el té, empezamos a hablar de la locura inducida por los dioses: poética, profética y, finalmente, dionisíaca.

—Que es, con mucho, la más misteriosa —dijo Julian—. Estamos acostumbrados a pensar que los éxtasis religiosos sólo se dan en las sociedades primitivas, pero se producen frecuentemente en los pueblos más cultivados. La verdad es que los griegos no eran muy diferentes de nosotros. Eran un pueblo muy convencional, extraordinariamente civilizado y bastante reprimido. Y, sin embargo, con frecuencia se entregaban *en masse* al más salvaje de los entusiasmos (danzas, delirios, matanzas, visiones), lo que a nosotros, imagino, nos parecería una locura clínica, irreversible. Pero los griegos (en cualquier caso algunos) podían entrar y salir de ese arrebato cuando querían. No podemos descartar estos relatos como si fueran mitos. Están bastante bien documentados, a pesar de que a los comentaristas antiguos les desconcertaban tanto como a nosotros. Algunos dicen que todo era resultado de la oración y el ayuno; según otros, lo ocasionaba la bebida. Sin duda la naturaleza colectiva de la historia también tiene que ver con ello. Y aun así, es difícil explicar el radicalismo de este fenómeno. Al parecer, los participantes en la fiesta eran arrojados a un estado no racional, preintelectual, en que la racionalidad era remplazada por algo totalmente diferente, y por diferente entiendo, según todos los indicios, no mortal. Inhumano.

Pensé en *Las Bacantes,* una obra cuya violencia y salvajismo me hacían sentir incómodo, así como el sadismo de su dios sanguinario. Comparada con otras tragedias dominadas por principios de justicia reconocibles, por muy crueles que fueran, ésta representaba el triunfo de la barbarie —oscura, caótica e inexplicable— sobre la razón.

—No nos gusta admitirlo —prosiguió Julian—, pero la idea de perder el control es la que más fascina a la gente controlada, como nosotros. Todos los pueblos verdaderamente civilizados (los antiguos no menos que nosotros) se han civilizado a sí mismos mediante la voluntaria represión de su antiguo yo, su yo animal. ¿Somos nosotros, los que estamos en esta habitación, realmente muy distintos de los griegos o de los romanos, obsesionados por el deber, la piedad, la lealtad, el sacrificio? ¿Todas esas cosas que para el gusto moderno son tan frías?

Miré las seis caras alrededor de la mesa. Para el gusto moderno eran algo frías. Imagino que cualquier otro profesor no hubiera tardado ni cinco minutos en llamar al consejero psicológico si hubiera oído lo que Henry había dicho acerca de armar a la clase de griego y marchar sobre Hampden.

—Y es una tentación para cualquier persona inteligente, especialmente para perfeccionistas como los antiguos o nosotros, intentar matar nuestro yo primitivo, emotivo, apetitivo. Pero es un error.

—¿Por qué? —preguntó Francis, inclinándose ligeramente hacia adelante.

Julian enarcó una ceja; alzó la cabeza, con su larga y sabia nariz hacia arriba, como el etrusco de un bajorrelieve.

—Porque es peligroso ignorar la existencia de lo irracional. Cuanto más cultivada es una persona, cuanto más inteligente y más reprimida, más necesita algún medio de canalizar los impulsos primitivos que tanto se ha esforzado en suprimir. De otro modo, estas poderosas y antiguas fuerzas se concentrarán y fortalecerán hasta que sean lo bastante violentas para estallar, con más violencia a causa de la demora, a menudo lo suficientemente fuertes para destruir por completo la voluntad. Como advertencia de lo que sucede sin esta válvula de escape tenemos el ejemplo de los romanos. Los emperadores. Por ejemplo, pensad en Tiberio, el feo hijastro que intentaba vivir con arreglo a la autoridad de su tío Augusto. Pensad en la tremenda, imposible tensión que tuvo que soportar, obligado a seguir los pasos de un salvador, de un dios. El pueblo lo odiaba. Por mucho que lo intentara, nunca fue lo bastante bueno, nunca pudo librarse de su odioso yo, y al final las compuertas se rompieron. Se entregó a sus perversiones y murió, viejo y loco, perdido en los deliciosos jardines de Capri. Ni siquiera fue feliz allí, como se podía haber esperado, sino desdichado. Antes de morir, escribió una carta al Senado: «Ojalá todos los dioses y diosas me visitaran trayendo una destrucción más completa que la que sufro cada día.» Pensad en los que lo sucedieron. Calígula, Nerón.

Hizo una pausa.

—El genio romano, y tal vez su defecto —dijo—, era la obsesión por el orden. Se ve en su arquitectura, en su literatura, en sus leyes. Esa feroz negación de la oscuridad, la sinrazón, el caos. —Rió—. Es fácil comprender por qué los romanos, por lo general tan tolerantes con las religiones extranjeras, persiguieron sin piedad a los cristianos: qué absurdo pensar que un delincuente común había resucitado de entre los muertos, qué detestable que sus seguidores lo celebraran bebiendo su sangre. Lo ilógico de esta religión los aterrorizaba, e hicieron todo lo posible para aplastarla. De hecho, creo que si adoptaron medidas tan drásticas fue no sólo porque los aterrorizaba, sino porque los atraía terriblemente. Los pragmáticos son a menudo extrañamente supersticiosos. A pesar de toda su lógica, ¿quién vivía en un terror más abyecto de lo sobrenatural que los romanos?

»Los griegos eran diferentes. Sentían pasión por el orden y la simetría, como los romanos, pero sabían cuán insensato era negar el mundo oculto, los viejos dioses. Emoción, oscuridad, barbarie. —Miró un momento al techo, con una expresión casi turbada—. ¿Recordáis lo que decíamos antes, que las cosas sangrientas y terribles son a veces las más bellas? —continuó—. Es una idea muy griega y muy profunda. La belleza es terror. Temblamos ante todo lo que llamamos bello. Y ¿hay algo más terrorífico y bello, para almas como las griegas o las nuestras, que perder por completo el control? ¿Librarnos de las cadenas del ser por un instante, suprimir el accidente de nuestro yo mortal? Eurípides habla de las Ménades: la cabeza echada hacia atrás, la garganta hacia las estrellas, «más parecían ciervos que seres humanos». ¡Ser absolutamente libre! Desde luego, es posible rechazar estas pasiones destructivas con medios más vulgares y menos eficaces. Pero ¡qué glorioso liberarlas en un único estallido! Cantar, gritar, danzar descalzo por los bosques en plena noche, con tan poca conciencia de la mortalidad como un animal. Son misterios poderosos. El bramido de los toros. Manantiales de miel borbotando de la tierra. Si tenemos un alma

lo bastante fuerte, podemos arrancarnos el velo y contemplar cara a cara la desnuda y terrible belleza; dejar que el dios nos consuma, nos devore, nos quiebre los huesos. Y luego nos escupa renacidos.

Estábamos todos inclinados hacia delante, inmóviles. Yo tenía la boca abierta y era consciente de cada bocanada de aire.

—Y en esto, para mí, radica la terrible seducción del ritual dionisíaco. Es difícil de imaginar para nosotros. Ese fuego de puro ser.

Terminada la clase, bajé como sonámbulo; la cabeza me daba vueltas, pero era aguda, dolorosamente consciente de que estaba vivo; era joven y hacía un día hermoso; el cielo era de un azul profundo, casi hiriente; el viento esparcía las hojas rojas y amarillas en un torbellino de confeti.

La belleza era terror. Temblamos ante todo lo que llamamos bello.

Aquella noche escribí en mi diario: «Ahora los árboles están esquizofrénicos y han empezado a perder el control, encolerizados por la conmoción de sus nuevos colores, llameantes. Alguien —¿era Van Gogh?— dijo que el naranja es el color de la demencia. *La belleza es terror.* Queremos que nos devore, ocultarnos en ese fuego que nos purifica.»

Entré en la oficina de correos (estudiantes aburridos, ninguna novedad) y, todavía absurdamente exaltado, garabateé una postal para mi madre (arces rojos, un riachuelo en la montaña). Una frase al dorso aconsejaba: *«Planee un viaje a Vermont para ver la caída de las hojas entre el 25 de septiembre y el 15 de octubre, cuando está en su momento culminante.»*

Cuando me disponía a echarla en la ranura del buzón que decía «fuera de la ciudad», vi a Bunny al otro lado de la habitación, de espaldas a mí, examinando la hilera de casillas numeradas. Se detuvo ante la que, aparentemente, me pertenecía y se encorvó para introducir algo en ella. Luego se irguió subrepticiamente y salió presuroso, con las manos en los bolsillos y el cabello cayéndole desordenadamente.

Esperé hasta que se hubo marchado y me dirigí a mi casilla. Dentro encontré un sobre color crema. Era de papel grueso, crujiente y muy convencional, pero la escritura, a lápiz, era apretada e infantil como la de un párvulo. La nota que había en su interior también estaba escrita a lápiz; la letra, diminuta y desigual, costaba de leer:

Richard, colega

¿Qué te parecería si Almorzamos el Sábado hacia la una? Conozco un Magnífico lugar. Para unos cócteles. Yo invito. Ven, por favor. Un abrazo,

BUN

p.d. ponte Corbata. Estoy seguro de que ibas a llevarla de todos modos, pero se sacarán alguna horrorosa del bolsillo y te *arán* (sic) Ponerla si No la llevas.

Examiné la nota, me la metí en el bolsillo y al salir casi choqué con el doctor Roland, que entraba por la puerta. Al principio no dio muestras de haberme reconocido. Pero justo cuando pensaba que me podría escapar, la agrietada maquinaria de su cara empezó a rechinar y una tarjeta de presentación descendió, dificultosamente, desde el polvoriento proscenio.

—¡Hola, doctor Roland! —dije, abandonando toda esperanza.

—¿Cómo va, chico?

Se refería a mi imaginario coche. Chitty-chitty-Bang-bang.

—Bien —dije.

—¿Lo llevaste a Redeemed Repair?

—Sí.

—Problemas con el colector.

—Sí —dije, y entonces me di cuenta de que le había contado que se trataba del carburador. Pero el doctor Roland había iniciado una conferencia informativa referente a los cuidados y funcionamiento de la junta del colector.

—Y ése —concluyó— es uno de los problemas principales de los coches extranjeros. Se malgasta una enorme cantidad de aceite de esta manera. Esas latas de Penn State van muy bien, pero no se encuentran fácilmente.

Me lanzó una mirada significativa.

—¿Quién te vendió la junta? —preguntó.

—No me acuerdo —dije, muerto de aburrimiento y deslizándome imperceptiblemente hacia la puerta.

—¿Fue Bud?

—Creo que sí.

—O Bill. Bill Hundy es bueno.

—Creo que fue Bud —dije.

—¿Qué opinas de ese viejo arrendajo azul?

No estaba seguro de si se refería a Bud o a un arrendajo azul de verdad, o si nos estábamos introduciendo en el territorio de la demencia senil.

A veces resultaba difícil creer que el doctor Roland fuera profesor titular del Departamento de Ciencias Sociales de aquella distinguida escuela universitaria. Parecía más bien uno de esos vejetes parlanchines que se sientan a tu lado en el autobús y empiezan a mostrarte pedacitos de papel que guardan doblados en la cartera.

Estaba repitiendo parte de la información que me había proporcionado antes acerca de la junta del colector y yo esperaba la ocasión oportuna para recordar, de pronto, que llegaba tarde a una cita, cuando el amigo del doctor Roland, el doctor Blind, subió trabajosamente la escalera, radiante, apoyándose en su bastón. El doctor Blind (pronunciado «Blend») tenía unos noventa años y desde hacía cincuenta daba un curso llamado «Subespacios Invariables», célebre tanto por su monotonía y casi absoluta ininteligibilidad como por el hecho de que el examen final, hasta donde todo el mundo podía recordar, consistía siempre en el mismo cuestionario de sí o no. El cuestionario tenía tres páginas, pero la respuesta era siempre «sí». Eso era lo único que había que saber para aprobar «Subespacios Invariables».

Era, si cabe, un charlatán todavía mayor que el doctor Roland. Juntos, parecían una de esas alianzas de los superhéroes de cómic: invencibles, una inconquistable confederación de aburrimiento y confusión. Mascullé una excusa y me escabullí, abandonándolos a sus propios y formidables recursos.

CAPITULO 2

Esperaba que el día de mi almuerzo con Bunny hiciera fresco, porque mi mejor chaqueta era de *tweed* áspero y oscuro; pero el sábado, al despertarme, vi que hacía calor y que aún haría más.

—Va a hacer un día abrasador —dijo el conserje del vestíbulo cuando pasé por su lado—. El veranillo de San Martín.

La chaqueta era preciosa, de lana irlandesa gris jaspeada de verde musgo —la había comprado en San Francisco y me había costado hasta el último céntimo de lo que había ganado trabajando todo el verano—, pero era demasiado gruesa para un día soleado y cálido. Me la puse y fui al cuarto de baño para hacerme el nudo de la corbata.

No me apetecía hablar, y me sorprendió desagradablemente encontrarme allí con Judy Poovey, que se estaba cepillando los dientes. Judy Poovey se alojaba a un par de puertas de la mía y, al parecer, pensaba que como ella era de Los Ángeles teníamos mucho en común. Me abordaba en los pasillos, intentaba sacarme a bailar en las fiestas y les había contado a varias chicas que se acostaría conmigo, aunque su manera de decirlo había sido menos delicada. Llevaba ropas estrafalarias, el pelo con mechas, y un Corvette rojo con matrícula de California en la que ponía «Judy P» . Tenía una voz fuerte que a menudo se convertía en chillido y resonaba por toda la casa con los gritos de un terrorífico pájaro tropical.

—Eh, Richard —dijo, y escupió un buche de pasta dentífrica. Llevaba unos tejanos cortados con dibujos grotescos, frenéticos, que le habían pintado en el Magic Market, y un top de licra que dejaba al descubierto una cintura intensamente moldeada por el aeróbic.

—Hola —dije empezando a anudarme la corbata.

—Hoy estás muy guapo.

—Gracias.

—¿Has quedado con alguien?

Aparté la vista del espejo y la miré.

—¿Cómo?

—¿Adonde vas?

Por entonces me había acostumbrado a sus interrogatorios.

—A comer fuera.

—¿Con quién?

—Con Bunny Corcoran.

—¿Conoces a Bunny?

Me volví de nuevo para mirarla.

—Más o menos. ¿Y tú?

—Claro. Iba a mi clase de historia del arte. Es muy divertido. Pero odio a ese monstruo amigo suyo, ése de las gafas, ¿cómo se llama?

—¿Henry?

—Sí, ése. —Se acercó al espejo y empezó a ahuecarse el pelo girando la cabeza a derecha e izquierda. Llevaba las uñas pintadas de Chanel rojo, pero eran tan largas que debían de ser de esas que se compran en la perfumería.

—Es un gilipollas.

—Pues a mí me cae bastante bien —dije, ofendido.

—A mí no. —Se hizo la raya al medio usando la curvada garra del índice como peine—. Siempre me ha parecido un capullo. Y a esos gemelos también los odio.

—¿Por qué? Son muy simpáticos.

—¿Ah, sí? —dijo mirándome por el espejo con sus ojos llenos de rímel—. Mira. El trimestre pasado yo estaba en una fiesta, muy borracha, bailando, ¿vale? Todo el mundo chocaba con todo el mundo, y no sé por qué esa chica cruzaba la pista de baile y, ¡paf!, le di un golpe, un golpe realmente fuerte. Y entonces ella me dijo algo ofensivo, algo totalmente gratuito, y lo primero que se me ocurrió fue tirarle la cerveza a la cara. Era una noche de ésas. A *mí* me habían tirado encima al menos

seis cervezas, eso es lo que la gente hacía, ¿sabes? Total, que ella se pone a gritarme y en menos de medio segundo allí estaban el otro gemelo y ese tipo, Henry, mirándome como si fueran a pegarme. —Se echó el pelo hacia atrás recogiéndoselo en una coleta e inspeccionó su perfil en el espejo—. Yo estaba borracha, y esos dos tipos se inclinaban sobre mí de un modo amenazador, y ya conoces a ese Henry, es realmente *alto.* Estaba un poco asustada, pero demasiado borracha como para preocuparme, así que les dije que se fueran a tomar por el culo. —Apartó la cara del espejo y me sonrió, radiante—. Esa noche bebí Kamikazes. Cuando bebo Kamikazes siempre me sucede algo horrible. Destrozo el coche, me peleo con alguien...

—¿Qué pasó?

Se encogió de hombros y volvió a mirarme por el espejo.

—Ya te lo he dicho, simplemente los mandé a tomar por el culo. Y el gemelo empieza a *gritarme.* Como si quisiera matarme, ¿sabes? Y ese Henry se limitó a quedarse allí parado, vale, pero me daba más miedo que el otro. Total, que un amigo mío, uno que antes venía por aquí y que está muy fuerte, pertenecía a una de esas bandas de motoristas, con cadenas y mierdas, ¿no has oído hablar de Spike Romney?

Había oído hablar de él; de hecho, lo había visto en mi primera fiesta del viernes por la noche. Era tremendo, más de ochenta kilos, con cicatrices en las manos y punteras de metal en sus botas de motorista.

—Bueno, total, que viene Spike y ve a esa gente insultándome, le da un empujón al gemelo por la espalda y le dice que se largue, y en un segundo esos dos se abalanzan sobre él. La gente intentaba separar a ese Henry, un montón de gente, y no podía. Ni *seis tipos* pudieron separarle. Le rompió a Spike la clavícula y dos costillas, y le dejó la cara hecha un cristo. Le dije a Spike que tenía que haber llamado a la policía, pero estaba metido en no sé qué lío y se suponía que no podía *estar* en el campus. Fue una escena horrible. —Se soltó otra vez el pelo, que le cayó alrededor de la cara—. Spike está hecho un toro. Y tiene mala leche. Uno pensaría que era capaz de machacar a ese par de afeminados, con sus trajes y sus corbatas y todo eso.

—¡Hummm...! —exclamé, intentando no echarme a reír. Era divertido imaginarse a Henry, con sus gafitas redondas y sus libros, rompiéndole la clavícula a Spike Romney.

—Qué raro —dijo Judy—. Supongo que cuando esa gente tan estirada se vuelve loca, *realmente* se vuelve loca. Como mi padre.

—Sí, supongo que sí —dije volviéndome hacia el espejo y ajustándome el nudo de la corbata.

—Que te diviertas —dijo lánguidamente, y se dirigió a la puerta. Luego se paró—. Oye, ¿no vas a pasar calor con esa chaqueta?

—Es la única buena que tengo.

—¿Quieres probarte una de las mías?

Me di la vuelta y la miré. Se estaba especializando en diseño de vestuario y tenía toda clase de prendas raras en su habitación.

—¿Es tuya?

—La cogí del guardarropa del taller de disfraces. Iba a cortarla para hacerme un especie de *bustier.*

Fantástico, pensé, pero de todos modos fui con ella.

La chaqueta, inesperadamente, era maravillosa; tipo Brooks Brothers, de seda sin forro, color marfil con rayas verde pavo real. Un poco ancha, pero me iba bien.

—Judy —dije, mirando los puños—. Es maravillosa. ¿Seguro que no te importa?

—Puedes quedártela —dijo Judy—. No tengo tiempo para hacerme nada con ella. Estoy demasiado ocupada cosiendo esos malditos vestidos para la jodida *Como gustéis.* Se estrena dentro de tres semanas y no sé cómo me las voy a arreglar. Tengo a un montón de estudiantes de primero trabajando para mí, pero no distinguen una máquina de coser de un agujero en el suelo.

—Por cierto, me encanta tu chaqueta, tío —dijo Bunny cuando salíamos del taxi—. Es de seda, ¿no?

—Sí. Era de mi abuelo.

Bunny pellizcó un trozo de la rica y amarillenta tela cerca del puño y la frotó entre los dedos.

—Una prenda preciosa —dijo pomposamente—. Aunque no es lo más adecuado para esta época del año.

—¿No? —dije.

—No. Esto es la costa Este, chico. Ya sé que en esos parajes tuyos son muy *laissez-faire* con la manera de vestir, pero aquí no le permiten a uno andar todo el año en traje de baño. Negro y azul, ésa es la norma, negro y azul... Espera, deja que te abra la puerta. ¿Sabes?, creo que te gustará este sitio. No es el Polo Lounge, pero para ser Vermont no está del todo mal, ¿no te parece?

Era un restaurante pequeño, muy bonito, con manteles blancos y miradores que daban a un jardín campestre: setos y rosales emparrados, capuchinos al borde del sendero de losas. La mayor parte de los clientes era gente adinerada de mediana edad, hombres del tipo rubicundo-abogado-de-provincias, que de acuerdo con la moda de Vermont llevaban zapatos de suela de goma y trajes Hickey-Freeman; señoras con los labios pintados en tonos mate y faldas de chalí, bien parecidas, con un ligero bronceado. Una pareja nos miró cuando entrábamos, y yo era perfectamente consciente de la impresión que causábamos: dos estudiantes guapos, con padres ricos y ninguna preocupación en el mundo. Aunque las señoras eran, por lo general, lo bastante mayores como para ser mi madre, había una o dos realmente atractivas. Buen trabajo, si se pudiera conseguir, pensé, imaginándome a una matrona bien conservada con una gran casa, nada que hacer y un marido siempre de viaje de negocios. Buenas cenas, algún dinero de bolsillo, tal vez incluso algo realmente grande, como un coche... Un camarero se acercó sigilosamente.

—¿Han reservado mesa?

—Corcoran —dijo Bunny, con las manos en los bolsillos, balanceándose sobre sus talones—. ¿Dónde se ha metido Casper?

—Está de vacaciones. Vuelve dentro de dos semanas.

—Bueno, le sentarán bien —dijo Bunny cordialmente.

—Le diré que usted ha preguntado por él.

– Sí, *hágalo.*

—Casper es un tipo estupendo —dijo Bunny mientras seguíamos al camarero hasta la mesa—. Es el *maître.* Un tipo alto con bigote, austríaco o algo así. Y no... —bajó la voz y susurró— y no es marica, créeme. A los afeminados les encanta trabajar en los restaurantes, ¿no te has fijado? Quiero decir que *todos los maricas*...

Vi que la nuca del camarero se ponía ligeramente rígida.

—... que he conocido tenían una verdadera obsesión por la comida. Me pregunto por qué. ¿Será algo psicológico? Yo creo que...

Me llevé un dedo a los labios y señalé con la cabeza la espalda del camarero en el preciso instante en que éste se giraba y nos lanzaba una mirada increíblemente atravesada.

—¿Les parece bien esta mesa, *caballeros* ?, —preguntó.

—Por supuesto —dijo Bunny sonriendo.

El camarero nos ofreció la carta con una delicadeza afectada, sarcástica, y se fue con paso airado. Me senté y abrí la carta de vinos, con la cara ardiendo. Bunny se acomodó en su silla, bebió un sorbo de agua y miró a su alrededor, feliz.

—Es un sitio estupendo —dijo.

—Sí, muy bonito.

—Pero no es el Polo. —Apoyó un codo sobre la mesa y se apartó el pelo de los ojos—. ¿Vas a menudo? Al Polo, me refiero.

—No mucho. —Nunca había oído hablar de aquel lugar, lo cual tal vez era comprensible, dado que quedaba a más de seiscientos kilómetros de donde yo vivía.

—Parece ese tipo de sitios a los que uno va con su padre —dijo Bunny, pensativo—. Para hablar de hombre a hombre y cosas así. Mi padre hace eso en el Oak Bar del Plaza. Nos llevó a mí y a mis hermanos allí para ofrecernos nuestra primera copa cuando cumplimos dieciocho.

Soy hijo único; los hermanos de la gente me interesan.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Cuatro. Teddy, Hugh, Patrick y Brady. —Se rió—. Fue terrible cuando papá me llevó a mí, porque soy el pequeño, y era algo tan importante; decía cosas como «Aquí tienes, hijo, tu primera copa», «Pronto te sentarás en mi lugar», «Probablemente no tardaré mucho en morir» y tonterías así. Todo el rato que pasé allí estuve muerto de miedo. Hacía más o menos un mes, mi compañero Cloke y yo habíamos salido del Saint Jerome para pasar el día en Nueva York y trabajar en un proyecto de historia en la biblioteca, y habíamos dejado una cuenta enorme en el Oak Bar, escabulléndonos sin pagar. Ya sabes, bromas de niños, pero allí estaba de nuevo, con *papá.*

—¿Te reconocieron?

—Sí —dijo, sombrío—. Sabía que me reconocerían. Pero son muy discretos con esas cosas. No dijeron nada, se limitaron a sumar la cuenta a la de mi padre.

Intenté imaginarme la escena. El viejo padre borracho, con un traje de tres piezas, agitando su whisky escocés, o lo que fuera que bebiera, en el vaso. Y Bunny. Estaba un poco blando, pero era la blandura de los músculos convertidos en carne. Un chico alto, del tipo que juega a fútbol en el instituto. Y del tipo que todo padre desea secretamente: alto, afable y no demasiado brillante, aficionado a los deportes, con talento para los espaldarazos y los chistes viejos.

—¿Se dio cuenta? —pregunté—. ¿Tu padre?

—Qué va. Estaba borracho. Si yo hubiera sido el camarero del Oak Room no se hubiera enterado.

El camarero se dirigía de nuevo hacia nosotros.

—Mira, aquí viene *Twinkletoes* —dijo Bunny, enfrascándose en la carta—. ¿Sabes lo que quieres?

—¿Qué lleva eso? —le pregunté a Bunny, inclinándome para mirar la bebida que le había traído el camarero. Era del tamaño de una pecera pequeña, de color coral brillante, con pajitas de colores, sombrillas de papel y trocitos de fruta flotando en ángulos frenéticos. Bunny cogió una de las sombrillas y lamió su extremo.

—Un montón de cosas. Ron, zumo de arándano, leche de coco, Triple Sec, licor de melocotón, crema de menta y no sé qué más. Pruébalo, está muy bueno.

—No, gracias.

—Venga.

—No, de verdad.

—*¡Venga!*

—No, gracias, no me apetece.

—La primera vez que probé una de éstos fue cuando estuve en Jamaica, hace dos veranos —dijo Bunny, ensoñado—. Me lo preparó un barman que se llamaba Sam. «Bébete tres de éstos, chico —dijo—, y no serás capaz de encontrar la puerta.» Y por Dios no fui capaz. ¿Has estado alguna vez en Jamaica?

—No, recientemente no.

—Probablemente estás acostumbrado a las palmeras y los cocoteros y todo eso, allí en California. Yo lo encontré maravilloso. Me compré un bañador rosa con flores y todo. Intenté que Henry me acompañara, pero dijo que allí no hay cultura, cosa que, en mi opinión, no es verdad. Tienen una especie de pequeño museo o algo así.

—¿Te llevas bien con Henry?

—¡Oh, claro que sí! —dijo Bunny irguiéndose en la silla—. Fuimos compañeros de habitación durante el primer año.

—¿Y te cae bien?

—Claro, claro. Pero es difícil vivir con él. Detesta el ruido, detesta la compañía, detesta el desorden. Nada de llevar a tu ligue a la habitación a escuchar un par de discos de Art Pepper. No sé si me entiendes.

—Yo creo que es un poco maleducado. Bunny se encogió de hombros.

—Es su modo de ser. Mira, su cabeza no funciona de la misma forma que la tuya o la mía. Siempre está en las nubes, con Platón o lo que sea. Trabaja demasiado, se toma demasiado en serio a sí mismo, estudiando sánscrito y copto y todas esas lenguas de locos, Henry, le digo, si vas a perder el tiempo aprendiendo algo aparte de griego (eso y un inglés correcto es todo lo que un hombre *necesita,* es mi opinión personal), ¿por qué no te compras unos cuantos discos de la Berlitz y refrescas tu francés? Búscate a alguna chica cancán o algo así. *Vule vu cuché avec mua* y todo eso.

—¿Cuántas lenguas sabe?

—He perdido la cuenta. Siete u ocho. Sabe leer *jeroglíficos.*

—¡Caray!

Bunny asintió con la cabeza, lleno de afecto.

—Podría ser traductor de la ONU si quisiera.

—¿De dónde es?

—Missouri.

Lo dijo en un tono tan inexpresivo que pensé que bromeaba y me eché a reír.

Bunny enarcó una ceja, divertido.

—¿Qué pasa? ¿Creías que era del Buckingham Palace o algo así? Me encogí de hombros, todavía riendo. Henry era tan peculiar que costaba imaginar que fuera de algún lugar.

—Sí —dijo Bunny—. Un chico de St. Louis como el viejo Tom Eliot. Su padre es una especie de magnate de la construcción y no muy honesto, según me han contado mis primos de St. Louis. No es que Henry dé ninguna pista acerca de lo que hace su padre. Actúa como si no lo supiera y sin duda no le importa.

—¿Has estado en su casa?

—¿Bromeas? Es tan reservado que parece que sea el Proyecto Manhattan o algo así. Pero una vez conocí a su madre. Por casualidad. Se detuvo en Hampden camino de Nueva York y me topé con ella, que deambulaba por la planta baja de la Monmouth preguntándole a la gente si sabía cuál era la habitación de su hijo.

—¿Cómo es?

Una mujer guapa. De cabello oscuro y ojos azules, como Henry; abrigo de visón y demasiado pintalabios y maquillaje para mi gusto. Increíblemente joven. Henry es su único polluelo y le *adora.* —Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. La familia tiene más dinero del que te puedes *imaginar.* Millones y millones. Desde luego, son nuevos ricos, pero un dólar es un dólar, ¿me entiendes? —Guiñó el ojo—. Por cierto, te quería preguntar, ¿cómo se gana tu padre el vil metal?

—Petróleo —dije. En parte era verdad.

La boca de Bunny esbozó una pequeña y redonda «o».

—¿Tenéis pozos de petróleo?

—Bueno, tenemos uno —dije modestamente.

—Pero ¿es un buen pozo? —Tengo entendido que sí.

—Chico —dijo Bunny meneando la cabeza—. El Dorado Oeste.

—A nosotros nos ha ido bien —dije.

—¡Caramba! —dijo Bunny—. Mi padre no es más que un miserable presidente de banco.

Juzgué conveniente cambiar de tema, aunque fuera de una forma torpe, dado que nos adentrábamos en terreno cenagoso.

—Si Henry es de St. Louis —dije—, ¿cómo ha logrado ser tan inteligente?

Era una pregunta inocente, pero inesperadamente Bunny pegó un respingo.

—Henry tuvo un grave accidente cuando era pequeño —dijo—. Lo atropello un coche, o algo así, y estuvo a punto de morir. Dejó de ir al colegio un par de años. Tenía tutores y todo eso, pero durante una temporada lo único que pudo hacer fue

guardar cama y leer. Seguro que era uno de esos niños que leen correctamente cuando tienen sólo dos años.

—¿Lo atropello un coche?

Creo que sí. No me imagino qué otra cosa pudo ser. No le gusta hablar de ello. —Bajó la voz—. ¿No te has fijado cómo lleva la raya del pelo, de manera que le caiga sobre el ojo derecho? Tiene una cicatriz ahí. Estuvo a punto de perder un ojo, no ve muy bien con él. Y esa forma suya de andar tieso, con una especie de cojera. No es que importe, es fuerte como un buey. No sé lo que hizo, *levantó pesas* o qué, pero desde luego se puso fuerte de nuevo. Un auténtico Teddy Roosevelt, superando obstáculos y todo eso. Es digno de admiración, desde luego. —Volvió a echarse el pelo hacia atrás y le hizo una seña al camarero de que le trajera otra bebida—. Quiero decir, coge a alguien como Francis. En mi opinión es tan inteligente como Henry. Un chico de la alta sociedad, montones de dinero. Pero lo ha tenido demasiado fácil. Es perezoso. Le gusta el juego. Cuando terminan las clases no da ni golpe, se dedica a beber como un cosaco y a ir a fiestas. En cambio, a *Henry* —enarcó una ceja— no le podrías apartar del griego ni a tiros. ¡Ah, gracias! —le dijo al camarero, que sostenía otra bebida color coral con el brazo estirado—. ¿Quieres otra? —No, estoy bien.

—¡Venga, hombre! Por mí.

—Está bien. Otro martini —le dije al camarero, que ya se había vuelto. Se giró para mirarme—. Gracias —dije débilmente, y aparté la mirada de su persistente y odiosa sonrisa hasta que estuve seguro de que se había ido.

—¿Sabes?, no hay nada que odie tanto como un marica entrometido —dijo Bunny amablemente—. En mi opinión, tendrían que reunirlos a todos y quemarlos en la hoguera.

He conocido a hombres que criticaban la homosexualidad porque se sentían incómodos, tal vez porque escondían sus propias inclinaciones; y he conocido a hombres que criticaban la homosexualidad y eran sinceros. En principio había incluido a Bunny en la primera categoría. Su efusiva y universitaria camaradería era totalmente extraña y, por tanto, sospechosa; además, estudiaba a los clásicos, que sin duda son inofensivos, pero que en ciertos círculos todavía inspiran sospechas. («¿Quieres saber lo que son los clásicos? —me había dicho un decano borracho un par de años atrás—. Te diré lo que son los clásicos. *Guerras y homosexualidad.*» Una afirmación sentenciosa y vulgar, sin duda, pero que, como tantas vulgaridades, no deja de contener una brizna de verdad.)

Pero cuanto más escuchaba a Bunny, más evidente era que no había en él la risa afectada ni ansiedad que satisfacer. Por el contrario, tenía la alegre inconsciencia de un viejo e irritable veterano que ha luchado en una guerra extranjera, lleva años casado, es padre de una multitud de niños y encuentra este tema repugnante y divertido.

—Pero ¿y tu amigo Francis?

Supongo que me proponía ser sarcástico, o tal vez simplemente quería ver cómo salía de aquélla. Aunque Francis puede que fuera, o puede que no, homosexual —podía ser igualmente un tipo realmente peligroso para las mujeres—, era de esa clase de hombres vulpinos, bien vestidos, imperturbables, que, en alguien con el pretendido olfato de Bunny para estas cosas, tenía que levantar cierta sospecha.

Bunny enarcó una ceja.

—Qué tontería —repuso secamente—. ¿Quién te ha contado eso?

—Nadie. Sólo Judy Poovey —dije, cuando vi que no se contentaría con una evasiva.

—Bueno, entiendo por qué lo dice ésa, pero hoy en día todo el mundo es gay esto, gay lo otro. Todavía existe algo como un anticuado niño de mamá. Lo único que necesita Francis es una novia. —Me miró, entrecerrando los ojos, a través de sus diminutas y extravagantes gafas—. ¿Y tú, qué? —dijo, un poco beligerante.

—¿Qué?

—¿Eres un solitario? ¿Tienes a alguna pequeña animadora esperándote en el Hollywood High?

—Bueno, no —dije. No tenía ánimos de contarle mis problemas sentimentales, no a él. Hacía poco que me había desembarazado de una larga y claustrofóbica relación con una chica de California a la que llamaré Kathy. La conocí en el primer año de instituto, y al principio me había sentido atraído por ella porque me pareció una chica inteligente e insatisfecha, como yo; pero al cabo de un mes, durante el cual se me había pegado como una lapa, empecé a comprender con horror que sólo era una versión poco culta, con mentalidad pop, de Sylvia Plath. Duró años, como un lacrimógeno e interminable serial de televisión, con toda la dependencia, todas las quejas, todas las confesiones en el aparcamiento acerca de la «inadaptación» y el «menosprecio de sí mismo», todos esos horrores banales. Ella era una de las razones por las que yo me moría de ganas de marcharme de casa; también era una de las razones por las que me mostraba tan cauto con el radiante rebaño, aparentemente inocuo, de chicas nuevas que había conocido durante mis primeras semanas en la escuela.

Su recuerdo me había ensombrecido. Bunny se inclinó sobre la mesa.

—¿Es verdad que las chicas de California son muy guapas? —dijo. Me eché a reír tan fuerte que creí que la bebida me iba a salir por la nariz.

—¿Bellezas en bañador? —Me guiñó el ojo—. ¿Revolcones en la playa?

—Ya lo creo.

Bunny estaba encantado. Animado, se inclinó aún más sobre la mesa y empezó a hablarme de su novia, que se llamaba Marion.

—Seguro que la has visto —dijo—. Pequeñita. Rubia, de ojos azules, así de alta.

Lo cierto es que me sonaba. Había visto a Bunny en la oficina de correos, la primera semana de clase, hablando familiarmente con una chica que respondía a esa descripción.

—Sí —dijo Bunny, orgulloso, mientras deslizaba el dedo por el borde del vaso—. Es mi chica. Me ha hecho entrar en vereda, te lo puedo asegurar.

Esta vez me pilló a mitad de un trago y me reí tan fuerte que estuve a punto de ahogarme.

—Estudia magisterio. ¿No te parece adorable? —preguntó—. Quiero decir, es una chica como Dios manda. —Separó las manos como para indicar una medida entre ellas—. Pelo largo, un poco de carne sobre los huesos, no le da miedo llevar vestidos. Me gusta eso. Puedes tacharme de anticuado, pero no me interesan demasiado las cerebrales. Mira a Camila. Es divertida, buena chica y todo...

—Venga —dije, todavía sonriendo—. Es realmente guapa.

—Lo es, lo es —añadió, levantando una mano conciliadora—. Una preciosidad. Siempre lo he dicho. Se parece a la estatua de Diana que hay en el club de mi padre. Lo único que le falta es la mano firme de una madre, pero aun así, por mi dinero, es lo que se llama una rosa silvestre, totalmente opuesta a esas rosas de invernadero sin aroma. Pero no se preocupa tanto como debiera, ¿sabes? Y la mitad del tiempo va por ahí con la ropa vieja y desaliñada de su hermano, lo que quizás algunas chicas puedan permitirse, la verdad, francamente, no creo que ninguna chica pueda *realmente* permitírselo, pero ella no, desde luego. Quiero decir, Charles es guapo y tiene un carácter excelente, pero no me gustaría casarme con él, ¿verdad?

Estaba embelesado e iba a decir algo más, pero de pronto se detuvo, con expresión agria, como si se le hubiera ocurrido algo desagradable. Me sentí desconcertado y a la vez divertido. ¿Tenía miedo de haber dicho demasiado, de parecer estúpido? Estaba tratando de encontrar otro tema de conversación para sacarle del apuro, pero en aquel momento cambió de postura y miró de soslayo la habitación.

—Oye —dijo—. ¿Nos vamos? Es un poco tarde.

Pese a la gran cantidad de cosas que habíamos comido —sopa, langosta, patés, mousses, una mezcla espantosa—, todavía habíamos bebido más, tres botellas de Taittinger, además de los cócteles, y al final brandy, de manera que, gradualmente, nuestra mesa se convirtió en el único centro de convergencia del restaurante, alrededor del cual los objetos daban vueltas y se desdibujaban a una velocidad de vértigo. Yo seguí bebiendo copas que aparecían como por arte de magia, mientras

Bunny proponía brindis por todo, desde el Hampden College hasta Benjamin Jowet y la Atenas de Pericles, y los brindis se volvían más y más púrpura a medida que pasaba el tiempo, y para cuando llegó el café, ya estaba anocheciendo. Bunny estaba tan borracho que le pidió al camarero que nos trajera un par de puros; los trajo junto con la cuenta, con la cabeza baja, en una pequeña bandeja. La oscura habitación giraba ahora a una velocidad increíble, y el puro, lejos de impedirlo, me hizo ver una serie de manchas de luz, oscuras por los bordes, y recordé con desagrado esas horribles criaturas unicelulares que solía mirar por el microscopio hasta que la cabeza me daba vueltas. Lo dejé en el cenicero, o en lo que yo creía que era el cenicero, y que en realidad era mi plato de postre. Bunny se quitó las gafas de montura dorada, sacándoselas cuidadosamente de detrás de cada oreja, y empezó a limpiarlas con una servilleta. Sin ellas, sus ojos eran pequeños, débiles y amigables, irritados a causa del humo, con arruguitas en los extremos a causa de la risa.

—¡Ah! A esto lo llamo yo comer, ¿no, viejo? —dijo sujetando el puro con los dientes. Parecía un Teddy Roosevelt jovencito, sin bigote, a punto de conducir a los Rough Riders a las lomas de San Juan, o seguir la pista de una fiera salvaje, o algo así.

—Ha sido estupendo, gracias.

Soltó una densa bocanada de humo azulado y pestilente.

—Buena comida, buena compañía, copas a manta... ¿qué más se puede pedir? ¿Cómo decía aquella canción?

—¿Qué canción?

—*Quiero mi cena* —canturreó Bunny—, *un poco de charla* y... no sé qué, du, da, du.

—No lo sé.

—Yo tampoco. La canta Ethel Merman.

Estaba oscureciendo, y cuando intenté fijar la mirada en los objetos un poco distantes de nosotros me di cuenta de que nos habíamos quedado solos. Vi una pálida silueta en un rincón; me imaginé que sería nuestro camarero, un personaje oscuro, de aspecto ligeramente sobrenatural, y sin embargo sin ese aire de preocupación que presuntamente tienen los fantasmas. Nosotros éramos el único objeto de su atención, y sentí cómo nos lanzaba sus rayos de odio espectral.

—Uf —dije, y cambié de postura con un movimiento que estuvo a punto de hacerme perder el equilibrio—. Creo que tendríamos que irnos.

Bunny, magnánimo, agitó una mano y repasó la cuenta mientras revolvía en el bolsillo. Luego me miró, sonriente.

—Oye, colega —me dijo.

—Dime.

—Detesto tener que hacer esto, de verdad, pero ¿por qué no invitas tú esta vez?

Levanté una ceja hasta donde me permitió la borrachera y me reí.

—No llevo ni un centavo encima —confesé.

—Yo tampoco —dijo Bunny—. Es curioso. Por lo visto me he dejado la cartera en casa.

—Venga, hombre. Bromeas.

—En serio —dijo con toda tranquilidad—. No tengo ni un pavo. Te enseñaría mis bolsillos, pero Twinkletoes podría vernos.

Reparé en nuestro malévolo camarero, que, protegido por las sombras, debía de estar escuchando nuestra conversación con gran interés.

—¿A cuánto sube? —pregunté.

Bunny recorrió la columna de cifras con un dedo vacilante.

—Doscientos ochenta y siete dólares y cincuenta y nueve centavos —dijo—. Eso sin contar la propina.

La cifra me dejó estupefacto, y la despreocupación de Bunny me desconcertó.

—Es mucho dinero —dije.

—Claro, con tanta bebida...

—¿Qué podemos hacer?

—¿No puedes pagar con un talón, o algo así? —me preguntó, con la misma tranquilidad.

—No tengo talonario.

—Pues entonces paga con una tarjeta.

—No tengo tarjeta.

—Venga, hombre.

—No tengo, de verdad —insistí. Mi irritación se agravaba por momentos.

Bunny separó su silla de la mesa, se levantó y le echó un vistazo al restaurante con estudiada indiferencia, como si fuera un detective cruzando el vestíbulo de un hotel, y por un momento se me ocurrió pensar que iba a salir corriendo. Pero lo que hizo fue darme unas palmadas en el hombro.

—Tú no te muevas —me susurró—. Voy a llamar por teléfono.

Se fue con los puños en los bolsillos y con sus calcetines blancos destacando en la penumbra.

Tardó mucho en volver; tanto, que me pregunté si habría sido capaz de saltar por una ventana y dejar que yo me las apañara con la cuenta. Pero finalmente oí cerrarse una puerta, y Bunny cruzó lentamente la sala.

—No te preocupes —me dijo al sentarse—. Todo va bien.

—¿Qué has hecho?

—He llamado a Henry.

—¿Va a venir?

—En un abrir y cerrar de ojos.

—¿Está cabreado?

—En absoluto —dijo Bunny, descartando la idea con un ademán—. Está encantado. Que quede entre tú y yo, pero yo diría que no soporta estar encerrado en casa.

Pasaron unos diez minutos incomodísimos, que dedicamos a fingir que nos bebíamos los cafés, de los que sólo quedaban los posos, y entonces apareció Henry con un libro debajo del brazo.

—¿Lo ves? —susurró Bunny—. Sabía que vendría. Hombre, hola —dijo cuando Henry se acercó a nuestra mesa—. Me alegro de verte.

—¿Dónde está la cuenta? —dijo Henry con tono absolutamente neutro.

—Está por aquí —dijo Bunny rebuscando entre las tazas y los vasos—. Muchísimas gracias. Te debo...

—Hola —dijo Henry fríamente, mirándome.

—Hola.

—¿Cómo estás? —Hablaba como un robot.

—Muy bien.

—Me alegro.

—Mírala, tío —dijo Bunny, mostrándole la cuenta. Henry buscó el total, con expresión impenetrable.

—Bueno —dijo Bunny amistosamente, interrumpiendo el tenso silencio—, si no te hubieras traído el libro me disculparía por haberte apartado de él. ¿Es interesante?

Henry se lo pasó sin pronunciar palabra. El texto de la portada estaba en algún idioma oriental. Bunny le echó un vistazo y se lo devolvió.

—No está mal —dijo.

—¿Podemos marcharnos? —preguntó Henry sin más miramientos.

—Sí, claro —dijo Bunny. Al levantarse estuvo a punto de tumbar la mesa—. *Ándele, á ndele.* Lo que tú digas.

Henry pagó la cuenta mientras Bunny se escondía detrás de él como un niño travieso. El viaje de regreso fue insoportable. Bunny, sentado en el asiento trasero, hizo innumerables intentos —brillantes, pero todos inútiles— de entablar conversación, mientras Henry conducía sin desviar la vista de la calzada y yo, sentado

a su lado, jugueteaba con el cenicero, abriéndolo y cerrándolo hasta darme cuenta de lo irritante que era aquello y obligarme, aunque con dificultad, a estarme quieto.

Primero fuimos a casa de Bunny. Tras una retahíla de cumplidos incoherentes, Bunny me dio un espaldarazo y salió del coche.

—Bueno, Henry, Richard, sí, ya hemos llegado. Genial. Fantástico. Muchas gracias, ha sido una comida maravillosa, bueno, sí, hasta luego. —Dio un portazo y subió por el camino a buen paso.

Cuando Bunny hubo entrado en la casa, Henry se volvió hacia mí.

—Lo siento mucho —me dijo.

—No, hombre, no —repuse, avergonzado—. Ha sido un malentendido. Te devolveré el dinero.

Se pasó la mano por el cabello, y me sorprendió ver que le temblaba.

—Ni pensarlo —dijo bruscamente—. Ha sido culpa de Bunny.

—Pero...

—Te dijo que te invitaba a comer, ¿no?

En su voz había un leve tono acusador.

—Sí, la verdad es que sí —admití.

—Y se olvidó la cartera en casa. *Por casualidad.*

—Así es.

—Pues no —me atajó Henry—. Es una treta de muy mal gusto. ¿Cómo te lo ibas a imaginar? Bunny da por sentado que cualquiera que está con él puede sacar enormes sumas de dinero como si nada. Él ni se plantea estas cosas, lo desagradable que le resulta a los demás. Además, ¿qué habría pasado si no llego a estar en mi casa?

—Estoy seguro de que sencillamente se dejó la cartera.

—Fuiste al restaurante en taxi —dijo Henry, lacónico—. ¿Quién lo pagó?

Quise protestar, automáticamente, pero entonces me acordé. Bunny había pagado el taxi. De hecho se había empeñado en pagarlo.

—¿Lo ves? —dijo Henry—. Ni siquiera lo sabe hacer bien. No está bien que se lo haga a nadie, pero debo decir que jamás pensé que tuviera el descaro de intentarlo con un desconocido.

Yo no sabía qué decir. Fuimos hasta la Monmouth en silencio.

—Lo siento —dijo Henry.

—No te preocupes. Gracias, Henry.

—Buenas noches.

Me quedé de pie a la luz del porche viéndolo marcharse. Luego entré y subí a mi habitación, y me desplomé sobre la cama en un estupor alcohólico.

—Ya nos hemos enterado de lo de ayer —dijo Charles.

Me reí. Era domingo por la tarde, y yo me había pasado casi todo el día sentado en mi escritorio, leyendo a Parménides. El griego era difícil, pero además yo tenía resaca, y llevaba tantas horas leyendo que las letras ya ni siquiera parecían letras, sino algo indescifrable, como huellas de pájaro sobre arena. Estaba mirando por la ventana, en una especie de trance, y contemplando la hierba recién cortada de la pradera, que parecía de terciopelo verde, ondulando hacia las alfombradas colinas del horizonte, y vi a los gemelos, abajo, deslizándose por el césped como dos fantasmas.

Me asomé a la ventana y los llamé. Ellos se volvieron haciendo visera con la mano y entrecerrando los ojos para protegerse del resol del atardecer.

—¡Hola! —me gritaron, y sus voces, débiles y lejanas, sonaron como una sola que se alzó flotando hasta mí—. Baja.

Luego caminamos por la arboleda que había detrás de la escuela, junto al pequeño pinar, cubierto de maleza, que había al pie de las montañas. Los gemelos me flanqueaban.

Los dos llevaban zapatillas y jerseys blancos de tenis, y el viento despeinaba sus rubios cabellos; estaban de lo más angelical. Yo no entendía del todo por qué me

habían pedido que bajara. Los encontré cautelosos y ligeramente desconcertados, como si yo fuera de algún país de costumbres desconocidas y excéntricas, y ellos tuvieran que actuar con gran precaución para no asustarme ni ofenderme. Y sin embargo, se mostraban muy educados.

—¿Quién os lo ha contado? —dije—. Lo de la comida.

—Bun nos ha llamado esta mañana. Y Henry nos lo contó anoche.

—Me parece que estaba bastante mosqueado.

Charles se encogió de hombros.

—Con Bunny, tal vez. Pero contigo no.

—No se caen demasiado bien, ¿verdad?

Mi comentario los sorprendió.

—Son viejos amigos —dijo Camila.

—Yo diría íntimos amigos —le corrigió Charles—. Hubo una época en que no se separaban para nada.

—Me da la impresión de que discuten bastante.

—Bueno, claro —dijo Camila—, pero eso no tiene nada que ver con que no se quieran. Lo que pasa es que Henry es muy serio, y Bun es muy... bueno, no es *nada* serio. Por eso se llevan tan bien.

—Sí —añadió Charles—. *L'Allegro e Il Penseroso.* Hacen buena pareja. Creo que Bunny es la única persona capaz de hacer reír a Henry. —De pronto se detuvo y señaló algo a lo lejos—. ¿Has estado allí alguna vez? —me preguntó—. En aquella colina hay un cementerio.

Alcanzaba a verla, aunque con dificultad, por entre los pinos: una fila, plana e irregular, de lápidas desvencijadas, dispuestas de tal manera que daban una extraña sensación de movimiento, como si alguna fuerza histérica, tal vez un *poltergeist,* acabara de desordenarlas.

—Es muy viejo —dijo Camila—. Del siglo dieciocho. También había un pueblo, una iglesia y un molino. Sólo quedan los cimientos, pero todavía se ven los jardines que plantaron. Hay manzanas reinetas y wintersweet, y moss roses donde antes había habido casas. No se sabe lo que pasó allí arriba. Tal vez fuera una epidemia. O un incendio.

—O los mohawk —dijo Charles—. Un día tienes que subir a verlo. En particular el cementerio.

—Es muy bonito. Sobre todo cuando nieva.

El sol poniente, ardiendo por entre los árboles, proyectaba nuestras sombras, largas y deformadas. Caminamos un rato en silencio. El fresco aire del atardecer traía un lejano olor a hogueras. No se oía otra cosa que el crujir de nuestros zapatos sobre el sendero de grava y el silbido del viento en las ramas de los pinos; yo estaba soñoliento, me dolía la cabeza y en todo aquello había algo que no era del todo real, algo de ensueño. Tenía la impresión de que en cualquier momento me despertaría en mi escritorio, con la cabeza sobre un montón de libros, en una habitación oscura, a solas.

Camila se paró súbitamente y se llevó un dedo a los labios. En un árbol muerto, partido en dos por un rayo, había tres pájaros negros y enormes, demasiado grandes para ser cuervos. Yo jamás había visto nada parecido.

—Cuervos —dijo Charles.

Nos quedamos completamente inmóviles, contemplándolos. Uno de los pájaros se trasladó a saltitos, torpemente, hasta el extremo de una rama que, con el peso, crujió y cedió. El pájaro echó a volar, dando graznidos. Los otros dos lo imitaron, dando bruscos aletazos. Se alejaron hacia la pradera, volando en formación triangular, arrastrando sus negras sombras por la hierba.

Charles rió.

—Tres, como nosotros. Podría ser un augurio.

—Un presagio.

—¿De qué? —dije.

—No lo sé —me contestó Charles—. El ornitomántico es Henry. El intérprete de entrañas de pájaro.

—Es tan romano. Seguro que él sabría decirnos algo.

Íbamos en dirección a casa y, desde lo alto de una cuesta, vi los aguilones de la residencia Monmouth, de aspecto desolado. El cielo estaba frío y vacío. Una luna plateada, como el creciente blanco de una uña de pulgar, flotaba en la penumbra. Yo no estaba acostumbrado a aquellos tétricos crepúsculos otoñales, al frío y a la oscuridad temprana; oscurecía demasiado deprisa, y la quietud que invadía la pradera por la noche me llenaba de una extraña y trémula tristeza. Melancólico, pensé en la Monmouth: pasillos vacíos, hornillos de gas, la llave girando en la cerradura de mi puerta.

—Bueno, hasta luego —dijo Charles cuando llegamos a la puerta principal de la Monmouth, con el rostro pálido a la luz de una farola.

A lo lejos, vi las luces del comedor, del otro lado del Commons; vi oscuras siluetas pasando frente a las ventanas.

—Me lo he pasado muy bien —dije, con las manos metidas en los bolsillos—. ¿Queréis venir a cenar conmigo?

—Gracias, pero no. Tenemos que regresar a casa.

—Bueno —dije, decepcionado y al mismo tiempo aliviado—. Otra vez será.

—Oye, ¿por qué no...? —dijo Camila, volviéndose hacia Charles. Charles frunció las cejas.

—Hmmm —murmuró—. Tienes razón.

—Ven a cenar a casa —dijo Camila, volviéndose impulsivamente hacia mí.

—Oh, no —respondí sin titubear.

—Por favor.

—No. Pero muchas gracias. De verdad.

—Venga, hombre —dijo Charles animadamente—. No comeremos nada del otro mundo, pero nos encantará que vengas.

De pronto me sentí agradecido. La verdad es que estaba deseando ir.

—Si de verdad no es ninguna molestia... —dije.

—En absoluto —dijo Camila—. Vamos.

Charles y Camila vivían en un apartamento de alquiler, en el tercer piso de una casa de North Hampden. Al entrar, te encontrabas en un pequeño salón con paredes inclinadas y ventanas de buhardilla. Las butacas y el sofá, llenos de bultos y con los brazos pelados, estaban tapizados con brocado: dibujos de rosas sobre marrón, bellotas y hojas de roble sobre un verde ceniciento. Había tapetes viejos y raídos por todas partes. Sobre el manto de la chimenea (más adelante descubrí que no funcionaba) relucían un par de candelabros de vidrio emplomado y unas cuantas piezas de plata deslustrada.

El salón, en general, tenía un aspecto desordenado. Sobre todas las superficies disponibles había libros apilados; las mesas estaban abarrotadas de papeles, ceniceros, botellas de whisky, cajas de chocolatinas; en el estrecho pasillo, paraguas y chanclos dificultaban el paso. En la habitación de Charles había ropa esparcida por la alfombra, y de la puerta del armario colgaba una nutrida y desordenada colección de corbatas; la mesilla de noche de Camila estaba llena de tazas vacías, plumas sucias, caléndulas marchitas en un vaso de agua, y a los pies de la cama había una partida de solitario inacabada. La distribución del apartamento era muy extraña, con ventanas inesperadas y pasillos que no conducían a ninguna parte y puertas bajas por las que yo tenía que pasar agachado, y dondequiera que mirara hallaba otro objeto extraño: un viejo estereóptico (las avenidas con palmeras de una Niza fantasmal, en color sepia); puntas de flecha en una maleta polvorienta; un esqueleto de pájaro.

Charles se metió en la cocina y empezó a abrir y cerrar armarios. Camila me sirvió un vaso de una botella de whisky irlandés que había sobre una montaña de *National Geographyc*.

—¿Has estado en los pozos de alquitrán de La Brea? —me preguntó.

—No. —Me quedé mirando mi copa, desesperadamente perplejo.

—¿Te imaginas, Charles? —dijo hablando en dirección a la cocina—. Vive en California y nunca ha estado en los pozos de alquitrán de La Brea.

Charles se asomó, secándose las manos con un trapo.

—¿En serio? —dijo, con sorpresa infantil—. ¿Cómo es eso?

—No lo sé.

—Pero si son muy interesantes. De verdad, tienes que ir.

—¿Conoces a mucha gente de California que viva aquí? —me preguntó Camila.

—No.

—A Judy Poovey la conoces.

¿Cómo lo sabía?

—No es amiga mía —contesté.

—Ni mía —dijo Camila—. El año pasado me tiró un vaso en la cara.

—Algo había oído —le dije, riéndome. Pero ella no sonrió.

—No te creas todo lo que oigas —me dijo, y le dio un sorbo a su bebida—. ¿Sabes quién es Cloke Rayburn?

Lo conocía. En Hampden había una pandilla de californianos modernos y estirados, sobre todo de San Francisco y de Los Ángeles; Cloke Rayburn, el cabecilla, era todo sonrisas aburridas, ojos soñolientos y cigarrillos. Las chicas de Los Ángeles, incluida Judy Poovey, le rendían una ciega admiración. Era el tipo de tío que te encontrabas en el cuarto de baño en las fiestas, haciéndose líneas de coca en el borde del lavabo.

—Es amigo de Bunny.

—¿Ah, sí? —pregunté, sorprendido.

—Fueron juntos a la escuela preparatoria. A Saint Jerome, en Pennsylvania.

—Ya conoces Hampden —dijo Charles, y bebió un largo sorbo de su bebida—. En estas escuelas progresistas, les encantan los alumnos problemáticos, los perdedores. Cloke entró en Hampden después de hacer el primer curso en alguna universidad de Colorado. Se pasaba el día esquiando y nunca iba a clase. Hampden es el último rincón del mundo...

—Para la peor gente del mundo —añadió Camila, riéndose.

—Mujer, no hay para tanto —dije.

—Pues mira, en cierto modo creo que es verdad —dijo Charles—. La mitad de los estudiantes de esta escuela están aquí porque no los aceptaron en ningún otro sitio. No digo que Hampden no sea una escuela maravillosa. A lo mejor precisamente por eso es maravillosa. Mira a Henry, sin ir más lejos. Si no lo hubieran aceptado en Hampden, seguramente no habría podido ir a ninguna universidad.

—No me lo puedo creer —dije.

—Ya sé que suena absurdo, pero no quiso terminar el bachillerato, y ya me dirás cuántas universidades decentes están dispuestas a aceptar a semejante bicho raro. Y luego está lo de los exámenes estándar. Henry se negó a hacer el SAT; de haberse presentado, seguramente habría sacado la mejor nota, pero le tiene manía a ese examen, por motivos estéticos. Ya te imaginas cómo le puede sentar eso a la junta de admisiones. —Bebió otro sorbo—. ¿Y tú cómo llegaste aquí?

La expresión de su mirada era difícil de interpretar.

—Me gustó el catálogo —contesté.

—Y estoy seguro de que a la junta de admisiones ése le pareció un motivo perfectamente sensato para aceptarte.

Me hubiera gustado beber un vaso de agua. En el salón hacía calor, y yo tenía la garganta seca y el whisky me había dejado un gusto horrible en la boca. No es que el whisky fuera malo —en realidad era bastante bueno—, pero tenía resaca y llevaba todo el día en ayunas, y de repente me sentí mareado.

Se oyó un golpe en la puerta, al que siguieron otros muchos. Sin pronunciar palabra, Charles se terminó la copa y se metió de nuevo en la cocina mientras Camila iba a abrir la puerta.

Vi el destello de las gafitas redondas antes de que la puerta llegara a abrirse del todo. Hubo un coro de saludos, y allí estaban: Henry; Bunny, con una bolsa de papel marrón del supermercado; Francis, con su majestuoso y largo abrigo negro,

agarrando una botella de champán por el cuello con su mano enguantada. Fue el último en entrar, y se inclinó para besar a Camila, no en la mejilla sino en los labios. Fue un beso sonoro y satisfecho.

—Hola, cariño —le dijo—. Hemos cometido un error maravilloso: yo tengo champán, y Bunny ha traído cerveza de malta. Podemos hacer *black and tans.* ¿Qué hay para cenar?

Me levanté.

Guardaron silencio un instante. Luego Bunny le pasó la bolsa de papel a Henry y se adelantó para darme la mano.

—Vaya, vaya. Pero si es mi compinche —dijo—. Veo que no te cansas de ir a comer fuera, ¿eh?

Me dio una palmada en la espalda y empezó a parlotear. Yo tenía mucho calor y estaba bastante mareado. Le eché un vistazo a la sala. Francis hablaba con Camila. Henry, junto a la puerta, me dirigió una leve inclinación de cabeza y una sonrisa casi imperceptible.

—Perdóname —le dije a Bunny—. En seguida vuelvo.

Me dirigí a la cocina. Era la típica cocina de viejo, con linóleo rojo andrajoso y una puerta que conducía al tejado, muy acorde con aquel extraño apartamento. Llené un vaso con agua del grifo y me lo bebí de un trago. Demasiada y demasiado deprisa. Charles, con el horno abierto, estaba dándole a unas chuletas de cordero con un tenedor.

Nunca me ha gustado demasiado la carne, en gran parte debido a una excursión bastante angustiosa a una planta de empaquetado de carne que hice en sexto grado. El olor del cordero me habría molestado hasta en las mejores circunstancias, pero dado mi estado me resultaba particularmente repulsivo. Había una silla que mantenía abierta la puerta que conducía al tejado, y pasaba corriente. Volví a llenar el vaso y me coloqué junto a la puerta: «Respira hondo —me dije—, aire puro, ése es el truco...» Charles se quemó un dedo, soltó un taco, y cerró el horno de un portazo. Cuando se dio la vuelta se sorprendió de verme.

—Hombre, hola —dijo—. ¿Qué hay? ¿Te pongo otra copa?

—No, gracias.

Miró mi vaso.

—¿Qué bebes? ¿Ginebra? ¿De dónde la has sacado? Henry se asomó a la puerta.

—¿Tienes aspirinas? —le dijo a Charles.

—Están allí. Tómate una copa.

Henry se puso unas cuantas aspirinas en la palma de la mano, junto con un par de comprimidos que se sacó del bolsillo, y se las tragó con el whisky que le dio Charles.

Había dejado el bote de aspirinas sobre el mármol, y yo cogí un par disimuladamente, pero Henry me vio.

—¿Te encuentras mal? —preguntó con amabilidad. —No, sólo me duele la cabeza.

—No te pasará a menudo, ¿no?

—¿Pero qué pasa? —intervino Charles—. ¿Es que estáis todos enfermos?

—¿Qué hacéis todos aquí? —se quejó Bunny desde el pasillo—. ¿Cuándo cenamos?

—Calma, Bun, ya falta poco.

Bunny entró en la cocina y se quedó mirando la bandeja de chuletas que Charles acababa de sacar de la parrilla.

—Yo diría que están hechas —dijo. Alargó la mano y cogió una chuleta diminuta por el hueso y empezó a mordisquearla.

—No hagas eso, Bunny —objetó Charles—. No habrá suficiente para todos.

—Me estoy muriendo de hambre —repuso Bunny con la boca llena—. Hasta me encuentro mal.

—Si quieres podemos guardarte los huesos para que los peles —dijo Henry bruscamente.

—Cállate, tío.

—En serio, Bun. Podrías esperarte un momento —dijo Charles.

—Está bien —accedió Bunny, pero alargó de nuevo la mano y robó otra chuleta en cuanto Charles se dio la vuelta. Un delgado hilillo de jugo rosado le corrió por la mano y desapareció por el puño de su camisa.

Sería exagerado decir que la cena fue mal, pero tampoco puede decirse que fuera demasiado bien. Me sentía desanimado y malhumorado, aunque no hice ninguna estupidez ni dije nada que no debiera haber dicho; hablé poco y comí todavía menos. Gran parte de la conversación versó sobre sucesos de los que yo no estaba al tanto, y ni siquiera los amables comentarios explicativos entre paréntesis de Charles ayudaban a clarificarla. Henry y Francis discutieron infatigablemente sobre la distancia que separaba a los legionarios romanos: Francis sostenía que iban hombro con hombro, mientras que Henry estaba convencido de que los separaba cerca de un metro. Aquello desembocó en otra discusión, todavía más larga —para mí, difícil de seguir y aburridísima—, sobre si el caos primordial de Hesíodo era simplemente el espacio vacío o el caos en el sentido moderno de la palabra. Camila puso un disco de Josephine Baker; Bunny se comió mi chuleta de cordero.

Me marché temprano. Francis y Henry se ofrecieron para acompañarme en coche, y eso, no sé por qué, me hizo sentir todavía peor. Les dije que prefería caminar, gracias, y salí del apartamento, sonriendo, prácticamente delirante, ruborizado bajo aquella mirada colectiva de fría y curiosa solicitud.

La escuela no estaba lejos —sólo a unos quince minutos—, pero empezaba a hacer frío y me dolía la cabeza, y aquella velada me había dejado una profunda sensación de insatisfacción y fracaso que se iba intensificando a cada paso. Rememoré una y otra vez las horas pasadas, esforzándome por recordar las palabras exactas, los tonos de voz, cualquier insulto o cumplido sutil que pudiera haber pasado por alto, y mi mente me proporcionó, gustosamente, varias versiones.

Encontré mi habitación bañada en la luz de la luna, plateada y extraña; la ventana seguía abierta y el volumen de Parménides abierto sobre el escritorio, tal como lo había dejado. Junto al libro había una taza de café de plástico del bar, medio vacía. Hacía frío, pero no cerré la ventana. Me eché en la cama sin quitarme los zapatos y sin encender la luz.

Estaba echado de lado, contemplando un trozo de suelo iluminado por la luz de la luna, cuando una ráfaga de viento levantó las cortinas, largas y pálidas como fantasmas. Las páginas de Parménides se agitaron, como si una mano invisible lo estuviera hojeando.

Me había propuesto dormir sólo unas horas, pero a la mañana siguiente me desperté sobresaltado y vi que el sol entraba a raudales. Eran las nueve y cinco. Agarré mi libro de redacciones de prosa griega y mi Liddell and Scott y salí corriendo para el despacho de Julian, sin afeitarme, sin peinarme y sin cambiarme siquiera la ropa con que me había quedado dormido la noche anterior.

Habían llegado todos excepto Julian, que siempre ponía cuidado en retrasarse unos minutos. Los oí hablar desde el pasillo, pero cuando abrí la puerta se quedaron callados y me miraron.

Por un momento nadie dijo nada. Luego Henry me saludó:

—Buenos días.

—Buenos días —respondí. Bajo aquella luz norteña, tan clara, todos tenían un aire de frescura y de haber dormido bien. Mi aspecto los sorprendió; se quedaron mirándome mientras yo, cohibido, me pasaba una mano por el despeinado cabello.

—Por lo visto esta mañana no has encontrado la maquinilla, tío —me dijo Bunny—. Parece como si...

Se abrió la puerta y Julian entró en el despacho.

Aquel día teníamos mucho trabajo. Sobre todo yo, que iba muy atrasado. Los martes y los jueves podíamos pasarnos horas hablando de literatura o de filosofía, pero el resto de la semana estaba dedicado a la gramática griega y a la redacción en

prosa, y aquello era una tarea brutal, demoledora, que ese día yo —ahora que había envejecido y ya no aguantaba ciertos excesos— me sentía incapaz de cumplir. Tenía muchas otras cosas de que preocuparme además de la frialdad que aparentemente había infectado de nuevo a mis compañeros de clase, su tajante aire de solidaridad excluyente, la frialdad con que me atravesaban sus miradas. Por un momento habían abierto sus filas, pero habían vuelto a cerrarlas. Por lo visto yo había vuelto exactamente al punto desde donde había empezado.

Aquella tarde fui a ver a Julian con el pretexto de hablar con él sobre convalidaciones, pero con una idea muy diferente en mente. Porque de pronto me parecía que mi decisión de dejarlo todo por el griego había sido precipitada y estúpida, y que había llegado a ella equivocadamente. ¿Cómo se me había ocurrido? El griego me gustaba y Julian me caía bien, pero sus alumnos no me convencían y, en cualquier caso, ¿estaba seguro de que quería dedicar todos mis años de carrera, y por lo tanto mi vida, al estudio de imágenes de *kouroi* rotos y de las partículas griegas? Dos años atrás, había tomado una decisión igualmente precipitada que me había costado un año de conejos en cloroformo y viajes al depósito de cadáveres, del que me había librado por los pelos. Lo de ahora no era, ni con mucho, tan grave (recordé con un escalofrío el laboratorio de zoología, a las ocho de la mañana, las vacilantes cubas de fetos de cerdo), sin ninguna duda. Y sin embargo parecía un completo error, y el curso estaba demasiado avanzado y ya no podía volver a mis antiguas clases ni volver a cambiar de tutor. Supongo que había ido a ver a Julian para que él me devolviera mi debilitada confianza, con la esperanza de que me haría sentir tan convencido como el primer día. Y supongo que eso es precisamente lo que habría ocurrido si hubiera entrado a verlo. Pero resulta que no llegué a hablar con él. Al llegar al rellano donde estaba su despacho oí voces en el pasillo y me paré.

Eran Julian y Henry. Ninguno de los dos me había oído subir por la escalera. Henry estaba a punto de marcharse, y Julian estaba de pie en la puerta. Tenía el ceño fruncido y parecía preocupado, como si estuviera diciendo algo sumamente importante. Mi vanidad, o mejor dicho mi paranoia, me hizo pensar que quizás estuvieran hablando de mí, así que avancé un paso más y me asomé todo lo que pude.

Julian *acabó* de hablar. Apartó un momento la mirada, luego se mordió el labio inferior y miró a Henry.

Entonces Henry habló, en voz baja, pero decidida y muy clara:

—¿Hago lo que haya que hacer?

Julian le cogió las manos a Henry, cosa que me sorprendió mucho, y contestó:

—Es lo único que debes hacer, siempre: lo que haya que hacer.

«¿Pero qué demonios está pasando?», me dije. Me quedé en el rellano de la escalera, procurando no hacer ni el más mínimo ruido. Quería marcharme antes de que me vieran, pero me daba miedo moverme.

Y para colmo de mi sorpresa, Henry se inclinó y le dio un beso en la mejilla, rápido y formal, a Julian. Se dio la vuelta, pero afortunadamente miró por encima del hombro para hacer un último comentario. Bajé la escalera todo lo discretamente que pude, y al llegar al segundo rellano, una vez seguro de que ya no podían oírme, eché a correr.

La semana siguiente fue solitaria y surrealista. Estaban cayendo las hojas; llovía mucho y oscurecía temprano. En la residencia Monmouth los estudiantes se reunían alrededor de la chimenea de abajo, y quemaban leños robados por la noche de la casa del profesorado, y, descalzos, bebían sidra caliente. Pero yo iba directamente de clase a la Monmouth y subía a mi cuarto, pasando de largo ante aquellas escenas hogareñas y sin dirigirle la palabra a nadie, ni siquiera a los tipos más amistosos, que me invitaban a bajar y a participar en aquellas reuniones de residencia universitaria.

Me imagino que sencillamente estaba un poco deprimido, ahora que la novedad de todo aquello se iba esfumando, por el carácter inequívocamente salvaje del lugar en que me encontraba: una tierra extraña con costumbres y gentes extrañas y con un

clima impredecible. Pensaba que estaba enfermo, pero no creo que lo estuviera realmente; lo único que me pasaba era que siempre estaba constipado y que tenía insomnio. Había noches que sólo dormía una o dos horas. No hay nada más triste y más desconcertante que el insomnio. Me pasaba las noches leyendo griego hasta las cuatro de la mañana, hasta que me escocían los ojos y me daba vueltas la cabeza, hasta que la única luz encendida de toda la Monmouth era la mía. Cuando ya no me podía concentrar en el griego y las letras del alfabeto empezaban a transformarse por sí solas en incoherentes símbolos, me ponía a leer *El Gran Gatsby.* Es uno de mis libros favoritos, y lo había cogido de la biblioteca con la esperanza de que me animara; pero claro, lo único que conseguí fue sentirme peor, pues con el poco sentido del humor que tenía, no veía en el libro otra cosa que lo que interpretaba como ciertas coincidencias trágicas entre Gatsby y yo.

—Soy una superviviente —me dijo la chica en la fiesta.

Era rubia, de piel morena y demasiado alta —casi tanto como yo—, e incluso antes de preguntárselo supe que era de California. Supongo que era su voz; o aquella superficie de piel rojiza y pecosa, ceñida sobre una clavícula huesuda y un esternón y una caja torácica todavía más huesudos, y sin rastro de pechos, que asomaba por el *top* de Gaultier. Yo sabía que era de Gaultier porque ella lo había mencionado discretamente. A mí me parecía simplemente un bañador mojado, toscamente abrochado por delante.

Hablaba a gritos, porque la música estaba muy alta.

—He tenido una vida difícil, con el accidente y demás. —Eso ya lo había oído anteriormente: rotura de ligamentos; una pérdida para el mundo de la danza; una suerte para el mundo del teatro—. Pero supongo que me conozco muy bien, que conozco mis necesidades. Me importan los demás, desde luego, pero siempre consigo lo que quiero de la gente, ¿me explico?

Su voz tenía la brusquedad de *staccato* que a veces imitan los californianos cuando quieren parecer de Nueva York, pero también había un toque de jovialidad *Golden State.* Una animadora de réprobos. Era la típica chica guapa, quemada y superficial a la que en mi tierra no habría hecho ni caso. Pero me di cuenta de que pretendía ligar conmigo. Desde mi llegada a Vermont no me había acostado con nadie, salvo con una cría pelirroja que conocí en una fiesta, el primer fin de semana. Más adelante alguien me dijo que era la heredera de un magnate de Ontario. Ahora, cuando nos encontramos, siempre desvío la mirada (como deben hacer los caballeros, según las bromas de mis compañeros de clase).

—¿Quieres un cigarrillo? —le grité a la rubia.

—No fumo.

—Yo tampoco. Sólo en las fiestas.

Se rió:

—Va, dame uno —me gritó—. ¿Por casualidad sabes dónde podríamos encontrar un poco de hierba?

Mientras le estaba encendiendo el cigarrillo, alguien me dio un codazo en la espalda y tropecé. La música estaba exageradamente alta; la gente bailaba, había cerveza derramada por el suelo, y una violenta multitud se agolpaba en la barra del bar. Yo no alcanzaba a ver más que una dantesca masa de cuerpos en la pista de baile y una nube de humo suspendida cerca del techo, pero cuando la luz del pasillo hendía la oscuridad, veía un vaso alzado aquí, una ancha boca muy pintada riéndose allí. La fiesta era horrible, y cada vez se estaba poniendo peor —ya ciertos estudiantes de primer curso habían empezado a vomitar mientras esperaban, medio desmayados, en la cola del lavabo—, pero era viernes y yo había pasado toda la semana leyendo, y no me importaba. Sabía que allí no me encontraría a ninguno de mis compañeros de la clase de griego. Había asistido a todas las fiestas de los viernes por la noche desde el inicio del curso, y sabía que huían de ellas como de la peste.

—Gracias —me dijo la chica. Se había metido en la caja de la escalera, donde había un poco más de tranquilidad. Ahora podíamos hablar sin necesidad de gritar, pero yo me había tomado media docena de vodkas con tónica y ya no se me ocurría nada que decirle. Ni siquiera recordaba su nombre.

—¿Cuál es tu especialidad? —le dije por fin, con voz de borracho.

Ella sonrió:

—Teatro. Ya me lo has preguntado antes.

—Lo siento. No me acordaba. Me miró con aire crítico.

—Tendrías que relajarte un poco. Mira qué manos. Estás muy tenso.

—Esto es lo máximo que yo me relajo —repuse, y no mentía. Me miró, y de pronto se le iluminó la mirada.

—Yo sé quién eres —dijo, examinando mi chaqueta y mi corbata con dibujos de cazadores de ciervos—. Judy me ha hablado de ti. Eres el nuevo que estudia griego con esos capullos.

—¿Judy? ¿Que Judy te ha hablado de mí?

Ella no me hizo caso.

—Yo de ti me andaría con cuidado —dijo—. Me han contado cosas muy raras de esa gente.

—¿Por ejemplo?

—Que adoran al diablo.

—Los griegos no creen en el diablo —dije con aire pedante.

—Pues eso es lo que me han contado a mí.

—Y qué. Te equivocas.

—Eso no es todo. También me han contado otras cosas.

—¿Qué cosas?

No quería decírmelo.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Judy?

—No.

—¿Pues quién?

—Seth Gartrell —contestó, como si con aquello la discusión tuviera que quedar definitivamente zanjada.

Resultaba que yo conocía a Gartrell. Era un pintor (malo), y un chismoso de miedo; su vocabulario se componía casi únicamente de obscenidades, verbos guturales y la palabra «posmodernista».

—Hombre, el cerdo de Gartrell. ¿Lo conoces?

Me miró fijamente, recreándose en el antagonismo.

—Seth Gartrell es amigo mío.

Lo cierto es que yo había bebido demasiado.

—¿Ah, sí? Pues cuéntame cómo es que su novia va siempre con un ojo morado. ¿Y es verdad que se mea en sus cuadros, como Jackson Pollock?

—Seth —dijo ella fríamente— es un genio.

—No me digas. Entonces debe ser un maestro del engaño.

—Es un pintor excelente. Conceptualmente. En el departamento de arte todo el mundo lo dice.

—Bueno. Si *todo el mundo* lo dice, debe ser cierto.

—Hay mucha gente que no puede tragar a Seth. —Ahora estaba verdaderamente enfadada—. Supongo que hay muchos que le tienen envidia.

Una mano me tiró de la manga desde atrás, a la altura del hombro. Me deshice de ella. Con la gracia que me caracteriza, no podía ser otra que Judy Poovey intentando enrollarse conmigo, como hacía cada viernes por la noche a aquella hora. Pero el tirón se repitió, esta vez más fuerte e impaciente; me di la vuelta, irritado, y estuve a punto de darle un golpe a la rubia.

Era Camila. Al principio lo único que vi fueron sus ojos de color hierro, luminosos, divertidos, relucientes bajo la tenue luz de la barra.

—Hola —me dijo.

Me quedé mirándola.

—¡Hola! —respondí, intentando sonar imperturbable, pero encantado y radiante al mismo tiempo—. ¿Cómo estás? ¿Qué haces aquí? ¿Te apetece una copa?

—¿Te interrumpo?

Resultaba difícil pensar. Tenía unos atractivos ricitos dorados en las sienes.

—No, no, no interrumpes nada —le dije, mirando el maravilloso contorno de su frente en lugar de sus ojos.

—Si estás ocupado, dímelo —insistió ella en voz baja, mirando por encima de mi hombro—. No quiero interrumpirte.

Claro: Miss Gaultier. Me volví, esperando algún comentario sarcástico, pero la rubia había perdido el interés por mí y se había buscado otro interlocutor.

—No —dije—. No estoy haciendo nada.

—¿Quieres venir al campo este fin de semana? —¿Qué?

—Nos vamos ahora mismo. Francis y yo. Francis tiene una casa a una hora de aquí.

Estaba muy borracho; de otro modo no habría asentido y no la habría seguido sin hacerle ni una sola pregunta. Para llegar a la puerta tuvimos que abrirnos paso por la pista de baile: sudor y calor, parpadeantes lucecitas navideñas, un horrible montón de cuerpos. Finalmente salimos. Fue como caer en una piscina de agua fría y tranquila. A través de las ventanas cerradas llegaban los gritos y la música depravada.

—Dios mío —exclamó Camila—. Odio estas fiestas. Está lleno de gente vomitando.

El sendero de guijarros relucía a la luz de la luna. Francis estaba de pie en la oscuridad, bajo unos árboles. Al ver que nos acercábamos, salió a la luz de un salto.

—¡Uh! —gritó.

Camila y yo nos sobresaltamos. Francis sonrió; sus fraudulentos quevedos emitieron un destello. Exhaló el humo de su cigarrillo por la nariz.

—Hola —me dijo, y luego miró a Camila—. Temía que te hubieras escapado.

—Podías haber entrado conmigo.

—Me alegro de no haberlo hecho —dijo Francis—, porque aquí fuera he visto cosas interesantes.

—¿Por ejemplo?

—Unos guardias de seguridad sacando a una chica en camilla y un perro negro atacando a unos hippies. —Se rió. Lanzó las llaves de su coche al aire y las recogió—. ¿Listos?

Francis tenía un descapotable, un Mustang viejo. Hicimos todo el viaje con la capota bajada, los tres sentados en el asiento delantero. Por extraño que parezca, era la primera vez que montaba en un descapotable. Pero lo verdaderamente extraño es que consiguiera dormirme, cuando los nervios y la velocidad tendrían que haberme mantenido despierto. Pero me quedé dormido con la mejilla apoyada contra la acolchada piel de la portezuela. La semana de insomnio y los seis vodkas con tónica pudieron conmigo.

No recuerdo gran cosa de aquel viaje. Francis iba a una velocidad razonable: era prudente, no como Henry, que conducía deprisa y a menudo temerariamente, y que para colmo no veía muy bien. El viento nocturno que agitaba mis cabellos, su confusa charla, las canciones de la radio... todo se mezclaba y se confundía en mis sueños. De pronto reparé en el silencio y en la mano de Camila, que me rozó:

—Despierta —me dijo—, ya hemos llegado. —Yo habría jurado que sólo llevábamos unos minutos en el coche.

Aturdido y casi sonámbulo, no muy convencido de dónde me encontraba, agité la cabeza y me incorporé. Tenía babas en la mejilla, y las enjugué con el dorso de la mano.

—¿Estás despierto?

—Sí —mentí.

Estaba oscuro y no veía nada. Finalmente mis dedos agarraron la manilla de la portezuela y entonces, justo cuando salía del coche, la luna apareció por detrás de una

nube y vi la casa. Era impresionante. Vi la negra y afilada silueta de las torres y las puntas dibujadas contra el cielo.

—Caramba —exclamé.

Francis estaba detrás de mí, pero yo no me di cuenta hasta que lo oí, y me sorprendió la proximidad de su voz:

—De noche no se aprecia muy bien —me dijo.

—¿Es tuya? —pregunté.

Francis se rió.

—No, es de mi tía. Es demasiado grande para ella, pero no quiere venderla. Mi tía y mis primos vienen en verano, pero el resto del año sólo están los guardas.

En el vestíbulo había un olor dulzón a humedad, y estaba tan oscuro que parecía haber lámparas de petróleo. Las palmas dibujaban sombras animales por las paredes, y nuestras deformes sombras se perfilaban en los techos, tan altos que la cabeza me daba vueltas. En la parte trasera de la casa alguien estaba tocando el piano. El vestíbulo estaba forrado con fotografías y retratos con marcos dorados dispuestos en largas perspectivas.

—Qué mal huele —dijo Francis—. Mañana, si hace buen tiempo, airearemos la casa. A Bunny le da asma con tanto polvo... Ésa es mi bisabuela —dijo señalando una fotografía que me había llamado la atención—. Y el que hay al lado es su hermano. Pobrecito, se hundió con el *Titanic.* Tres semanas después encontraron su raqueta de tenis flotando en el Atlántico Norte.

—Ven a ver la biblioteca —me dijo Camila.

Francis nos siguió. Recorrimos el pasillo y pasamos por varias habitaciones: una sala de estar amarillo limón con espejos y candelabros dorados, un comedor amueblado en caoba... Yo me habría detenido para examinarlos, pero sólo pude echarles un vistazo. La música del piano sonaba más próxima: era Chopin, tal vez un preludio.

Al entrar en la biblioteca me llevé un verdadero susto: cuatro metros de estanterías con puertas de vidrio y paneles góticos cubrían las paredes hasta un techo con frescos y medallones de yeso. Al fondo de la habitación había una chimenea de mármol del tamaño de un sepulcro, y un quinqué adornado con flecos de cuentas de cristal relucía en la penumbra.

También había un majestuoso piano; Charles lo estaba tocando, con un vaso de whisky a su lado, en el taburete. Estaba un poco borracho; la música de Chopin sonaba fluida y ligada, y las notas se fundían perezosamente unas con otras. Una brisa agitaba las pesadas y apelilladas cortinas de terciopelo y le despeinaba el cabello.

—Ostras —exclamé.

Charles interrumpió su interpretación y levantó la mirada:

—¿Ya estáis aquí? Llegáis tardísimo. Bunny se ha ido a dormir.

—¿Dónde está Henry? —le preguntó Francis.

—Trabajando. A lo mejor baja antes de acostarse.

Camila se acercó al piano y bebió un sorbo del vaso de Charles. Luego me dijo:

—Tendrías que echarle un vistazo a estos libros. Hay una primera edición de *Ivanhoe.*

—Ése creo que lo vendieron —le corrigió Francis, que se había sentado en una butaca de piel y estaba encendiendo un cigarrillo—. Hay un par de cosas interesantes, pero lo demás es todo Marie Corelli y los *Rover Boys.*

Me acerqué a los estantes. Unos libros enormes, de sesenta centímetros de alto, titulados *London,* de un tal Pennant; seis volúmenes encuadernados en piel roja. Al lado, *The Club History of London.,* una colección igualmente enorme, encuadernada en piel de becerro clara. El libreto de *The Pirates of Penzance.* Innumerables *Bobbsey Twins.* El *Marino Faliero* de Byron, encuadernado en piel negra, con la fecha 1821 estampada en oro en el lomo.

—Oye, si tienes sed, sírvete una copa —le dijo Charles a Camila.

—No quiero nada. Sólo quiero un poco de la tuya.

Charles le dio su vaso con una mano, y con la otra recorrió el teclado con una difícil escala.

—Toca algo —le dije.

Puso los ojos en blanco.

—Venga, hombre —insistió Camila.

—No.

—Claro, en realidad no sabe tocar nada —apuntó Francis en voz baja, con tono compasivo.

Charles bebió un trago y subió una escala más, trinando disparatadamente las notas con la mano derecha. Luego le pasó el vaso a Camila, y, con la mano izquierda libre, inició un *rag* de Scott Joplin.

Tocaba con entusiasmo, las mangas recogidas, sonriendo, complacido por el resultado, pasando de los acordes bajos a los altos con la engañosa síncopa con que un bailarín de claqué sube una escalera Ziegfeld. Camila, sentada a su lado, me sonreía. Yo le correspondía la sonrisa, un poco aturdido. Los techos devolvían un eco fantasmal, y le daban a toda aquella desesperada hilaridad la calidad de memoria, incluso mientras yo escuchaba. Memorias de cosas que yo desconocía.

Charlestones bailados sobre las alas de biplanos. Fiestas en barcos semihundidos, con el agua helada burbujeando a la altura de la cintura de los miembros de la orquesta, que hendían el aire con un último y valeroso coro de *Auld Lang Syne.* En realidad, lo que cantaron la noche que el *Titanic* se fue a pique no era *Auld Lang Syne,* sino himnos. Muchos himnos, y el sacerdote católico rezaba *Ave Marías* en el salón de primera clase, que se parecía mucho a éste: madera oscura, palmeras, lámparas con pantallas de seda rosa con flecos oscilantes. No cabía duda de que había bebido demasiado. Estaba sentado de lado en una silla, agarrado a los brazos («Santa María, Madre de Dios»), y hasta el suelo oscilaba, como la cubierta de un barco a punto de hundirse; como si estuviéramos a punto de irnos todos al otro extremo, gritando como histéricos, con piano y todo.

Se oyeron unos pasos en la escalera y Bunny apareció en pijama, con los ojos hinchados y el cabello de punta.

—¿Qué demonios hacéis? —dijo—. Me habéis despertado.

Pero nadie le prestó atención, y finalmente Bunny se sirvió una copa y se fue con ella, descalzo, a la cama.

La ordenación cronológica de los recuerdos es un asunto bastante interesante. Mis recuerdos de aquel otoño anteriores a ese fin de semana que pasamos en el campo son borrosos y lejanos; pero de ahí en adelante se vuelven maravillosamente nítidos. Aquí es donde los envarados maniquíes de mis primeras amistades empiezan a bostezar y a desperezarse, empiezan a tomar vida. El brillo y el misterio de la novedad, que me impedían verlos con objetividad, tardaron meses en desvanecerse completamente —aunque su realidad era mucho más interesante de lo que podía ser cualquier versión idealizada—, pero es aquí, en mi memoria, donde dejan de ser totalmente extraños y donde por primera vez empiezan a mostrarse tal como eran.

También yo tengo algo de extraño en esos primeros recuerdos: atento y desconfiado, misteriosamente silencioso. La gente siempre ha confundido mi timidez con alguna modalidad de tristeza, esnobismo o malhumor. «¡No pongas esa cara de arrogante!», me gritaba mi padre cuando yo estaba comiendo, viendo la televisión o sencillamente ocupándome de mis asuntos. Pero esta expresión facial mía (en realidad creo que es eso, la caída de las comisuras de mis labios; no tiene nada que ver con mi estado de ánimo) me ha deparado tantas ventajas como inconvenientes. Varios meses después de conocer a aquellos cinco personajes, me enteré de que al principio yo los había desconcertado a ellos tanto como ellos a mí. Nunca se me ocurrió pensar que mi comportamiento pudiera parecerles otra cosa que torpe y provinciano, ni que pudiera resultar tan enigmático como de hecho resultaba. ¿Por qué no le había contado *nada* sobre mí a nadie?, me preguntaron finalmente. ¿Por qué me había tomado tantas molestias para esquivarlos? (Por lo visto, mi costumbre de esconderme en los portales no había pasado tan inadvertida

como yo creía.) ¿Y por qué no les había devuelto ninguna de sus invitaciones? Yo había pensado que me ignoraban, pero ahora me doy cuenta de que lo único que hacían era esperar educadamente, como tías solteronas, a que yo hiciera el siguiente movimiento.

Aquel fin de semana, en todo caso, las cosas empezaron a cambiar, como cuando vas en tren y los oscuros intervalos que separan a las farolas empiezan a acortarse cada vez más, y a alejarse; es la primera señal de que te aproximas a territorio familiar y de que tu tren pronto atravesará las conocidas y bien iluminadas calles de la ciudad. La casa era su triunfo, su más valioso tesoro, y aquel fin de semana me lo revelaron con sigilo, gradualmente: las habitaciones de aquellas vertiginosas torrecillas, el soleado ático, el viejo trineo adornado con cascabeles que había en el sótano, lo suficientemente grande para ir tirado por cuatro caballos. El cobertizo de los carruajes era ahora la casa de los guardas. («Aquella mujer que hay en el patio es la señora Hatch. Es muy buena persona, pero su marido es adventista del Séptimo Día o algo parecido, un tipo muy severo. Cuando entra tenemos que esconder todas las botellas.» «¿Y si no qué pasa?» «Pues que se deprime y empieza a repartir octavillas por toda la casa.») Por la tarde bajábamos paseando hasta el lago, civilizadamente compartido por varias propiedades vecinas. Por el camino me enseñaron la pista de tenis y el viejo cenador, un *tholos* falso, entre dórico y pompeyano, con algo de Stanford White (y D. W. Griffith y Cecil B. De Mille, matizó Francis, que se mofaba de ese afán clasicista del estilo Victoriano). Me dijo que estaba hecho de yeso, y que lo habían mandado desmontado del Sears Roebuck. En ciertos sitios, los jardines tenían señales de la decoración geométrica victoriana que había constituido su forma original: estanques vacíos, largas y blancas columnatas de pérgolas esqueléticas, parterres bordeados de rocas donde ya no crecían flores. Pero la mayoría de aquellos restos estaban descuidados; los setos crecían a su antojo y los árboles del lugar—olmos slippery y alerces americanos— superaban en número a los membrillos y los monkey puzzle.

El lago, rodeado de abedules, estaba reluciente y muy tranquilo. Entre los juncos había un pequeño bote de remos de madera, blanco por fuera y azul por dentro.

—¿Podemos cogerlo? —pregunté con curiosidad.

—Claro. Pero no podemos montarnos todos. Se hundiría.

Era la primera vez en mi vida que montaba en bote. Henry y Camila vinieron conmigo; Henry iba a los remos, con la camisa arremangada hasta los codos y la chaqueta oscura en el asiento, a su lado. Tenía la costumbre —más adelante lo descubrí— de recitar, absorto, monólogos didácticos y completamente originales acerca de cualquier tema en que estuviera interesado en ese momento: los Catuvellauni, o la pintura bizantina tardía, o la caza de cabezas en las islas Salomón. Aquel día iba hablando de Elizabeth y Leicester, lo recuerdo: el asesinato de la esposa, la barcaza real, la reina montada en un caballo blanco hablando con las tropas en Tilbury Fort, y Leicester y el conde de Essex sujetando las riendas... El chasquido de los remos y el hipnótico zumbido de las libélulas armonizaban con su académico discurso. Camila, ruborizada y soñolienta, arrastraba la mano por el agua. Las amarillentas hojas de abedul se desprendían de los árboles y acababan cayendo sobre la superficie. Muchos años después, y muy lejos de allí, tropecé con este pasaje de *La Tierra Baldía:*

Elizabetb y Leicester
remando
la popa, una concha
dorada
rojo y oro
el enérgico oleaje
azotaba ambas orillas
viento sudoeste
arrastraba río abajo
el repique de campanas
torres blancas

Ueialala leia
Ualala leilala

Fuimos hasta el otro extremo del lago y volvimos, cegados por la luz que se reflejaba en el agua, y encontramos a Bunny y a Charles en el porche, comiendo bocadillos de jamón y jugando a cartas.

—Rápido, tomad un poco de champán —nos dijo Bunny—. Se está muriendo.

—¿Dónde está?

—En la tetera.

—Al señor Hatch le daría un ataque si viera una botella en el porche —aclaró Charles.

Jugaban a *Go Fish.* Era el único juego de cartas que Bunny conocía.

El domingo me desperté temprano y la casa estaba en silencio. Francis le había dado mi ropa a la señora Hatch para que la arreglara; me puse el albornoz que me había prestado y bajé a sentarme en el porche para disfrutar de unos minutos de soledad.

Fuera reinaba un ambiente tranquilo y frío; el cielo tenía ese nebuloso tono de blanco típico de las mañanas otoñales, y las sillas de mimbre estaban mojadas. Los setos y las hectáreas y hectáreas de césped estaban cubiertos con una especie de telaraña donde quedaban atrapadas las gotas de rocío, que relucían, blancas, convertidas en escarcha. Los vencejos, preparándose para viajar hacia el sur, batían las alas y se paseaban, inquietos, por los aleros, y oí, procedente de la sábana de neblina suspendida sobre el lago, los agudos y lánguidos gritos de los patos silvestres.

—Buenos días —dijo una voz a mi espalda.

Me volví, sobresaltado, y vi a Henry sentado en el otro extremo del porche. No llevaba chaqueta, pero por lo demás iba impecablemente vestido para ser tan temprano: pantalones recién planchados, camisa blanca almidonada. Sobre la mesa que tenía delante había libros y papeles, una cafetera humeante y una tacita, y, sorprendentemente, un cigarrillo sin filtro en el cenicero.

—Qué temprano te has levantado —dije.

—Siempre me levanto temprano. Me gusta trabajar por la mañana. Miré los libros:

—¿Qué es? ¿Griego?

Henry devolvió la taza a su platillo.

—Una traducción de *El paraíso perdido* —contestó.

—¿A qué idioma?

—Al latín —dijo con solemnidad.

—Hmmm. ¿Por qué?

—Me interesa ver qué sale. Opino que Milton es nuestro mayor poeta inglés, mayor incluso que Shakespeare, pero creo que en cierto sentido fue una desgracia que eligiera el inglés para escribir. Escribió una considerable cantidad de poesía en latín, por supuesto, pero eso fue en una época muy temprana, en sus días de estudiante. Yo me refiero a su obra más tardía. En *El paraíso perdido* lleva el inglés hasta sus límites, pero creo que ninguna lengua sin casos nominales podría soportar el orden estructural que Milton intenta imponer. —Volvió a dejar el cigarrillo en el cenicero. Yo me quedé mirando cómo ardía—. ¿Te apetece un poco de café?

—No, gracias.

—Espero que hayas dormido bien.

—Sí, gracias.

—Yo duermo mucho mejor aquí —dijo Henry al tiempo que se ajustaba las gafas y se inclinaba sobre el diccionario. La curva de sus hombros mostraba una sutil evidencia de cansancio y de tensión que yo, veterano en lo que respecta a noches sin dormir, reconocí inmediatamente. De pronto me di cuenta de que seguramente aquella inútil tarea no era otra cosa que un método para hacer pasar las primeras horas de la mañana, igual que otros insomnes hacen crucigramas.

—¿Siempre madrugas tanto? —pregunté.

—Casi siempre —contestó Henry sin levantar la mirada—. Esto es muy bonito, pero la luz de la mañana puede hacer tolerables hasta las cosas más vulgares.

—Te entiendo —dije, y era cierto. En Plano, el único momento del día que soportaba era la primera hora de la mañana, casi el amanecer, cuando las calles estaban vacías y una luz dorada y suave caía sobre la hierba seca, sobre las verjas y sobre los robles solitarios.

Henry levantó la vista de sus libros y me miró, casi con curiosidad.

—No eras muy feliz donde vivías, ¿verdad? —dijo.

Su suspicacia me sorprendió. Henry sonrió ante mi desconcierto.

—No te preocupes. Lo disimulas muy bien —agregó, y volvió a concentrarse en su libro. Pero levantó la mirada una vez más—: Los otros en realidad no entienden este tipo de cosas, la verdad.

Lo dijo sin malicia, sin empatía, sin demasiado interés siquiera. Yo no estaba seguro de a qué se refería, pero por primera vez tuve una pista de algo que anteriormente no había entendido: por qué los otros apreciaban tanto a Henry. Los niños mayores (ya lo sé, es un oxímoron) tienden instintivamente a los extremos; el joven erudito es mucho más pedante que su contrapartida adulta. Y yo, que era joven, tomaba aquellos pensamientos de Henry muy en serio. Dudo de que el propio Milton pudiera haberme impresionado más.

Supongo que en la vida de todo ser humano hay un determinado intervalo crucial en que el carácter se fija definitivamente; el mío fue aquel primer trimestre de otoño que pasé en Hampden. Conservo tantas cosas de aquella época: aquellas preferencias en el vestir y en la lectura, e incluso en la comida —adquiridas entonces y en gran parte, debo admitirlo, fruto de la imitación del resto de los alumnos de la clase de griego— me han acompañado todos estos años. Incluso ahora me resulta fácil recordar sus rutinas diarias, que con el tiempo también yo adopté. Llevaban una vida muy ordenada, fuera cual fuera la circunstancia, y sorprendentemente había poco espacio para ese caos que siempre me había parecido parte inherente de la vida universitaria: alimentación y horario de trabajo irregulares, idas a la lavandería automática a la una de la madrugada. Había ciertas horas del día o la noche en que, pasara lo que pasara en el mundo, sabías que encontrarías a Henry en el estudio de la biblioteca; momentos en que era inútil buscar a Bunny, porque tenía su cita de los jueves con Marion o su paseo de los domingos. (De modo parecido a como el Imperio romano seguía funcionando solo, en cierta forma, incluso cuando ya no había nadie que lo hiciera funcionar y su razón de ser había desaparecido completamente, gran parte de esa rutina siguió intacta incluso durante los terribles días que siguieron a la muerte de Bunny. Siempre hubo, hasta el último momento, cena en el apartamento de Charles y Camila los domingos, salvo la noche del asesinato; aquella noche nadie tenía demasiado apetito y la cena se pospuso hasta el lunes.)

Me sorprendió la facilidad con que me incorporaron a su cíclica y bizantina existencia. Estaban todos tan acostumbrados a los demás que creo que me encontraban refrescante, y hasta el más mundano de mis hábitos los intrigaba: mi afición a las novelas de misterio y mi cinefilia crónica; mi costumbre de utilizar maquinillas de afeitar de usar y tirar que compraba en el supermercado y la de cortarme el cabello yo mismo en lugar de ir al barbero; hasta el hecho de que leyera periódicos y viera las noticias por televisión de vez en cuando (una costumbre que ellos consideraban una extravagancia de lo más escandaloso, propia sólo de mí; a ninguno de ellos le interesaba lo más mínimo nada de lo que ocurría en el mundo, y su ignorancia de los acontecimientos e incluso de la historia reciente era asombrosa. Un día, durante la comida, a Henry le sorprendió oírme decir que el hombre había llegado a la Luna. «No», dijo soltando el tenedor. «Es verdad», corearon los demás, que estaban al corriente de aquella noticia. «No me lo creo.» «Yo lo vi —dijo Bunny—. Lo pasaron por televisión.» «¿Cómo llegaron? ¿Cuándo fue?»).

Como grupo seguían siendo abrumadores, pero en realidad yo los conocí individualmente. De vez en cuando Henry, que sabía que yo también me acostaba tarde, pasaba a verme a última hora, cuando salía de la biblioteca y se iba a su casa. Francis,

que era un hipocondríaco acérrimo y se negaba a ir solo al médico, me llevaba a menudo consigo, y curiosamente fue durante aquellos viajes a la consulta del alergiólogo de Manchester o a la del otorrino de Keene cuando nos hicimos amigos. Aquel otoño, tuvo que someterse a un tratamiento odontológico durante unas cuatro o cinco semanas; cada jueves por la tarde se presentaba, pálido y silencioso, en mi habitación, e íbamos juntos a un bar de la ciudad y bebíamos hasta la hora de su cita, las tres. El propósito práctico de que yo fuera con él era acompañarle en coche a casa cuando salía, atontado por la anestesia, pero como yo lo esperaba en el bar mientras él acudía a la consulta del dentista, generalmente no estaba en mejores condiciones para conducir que él.

Los que mejor me caían eran los gemelos. Eran alegres y espontáneos conmigo, como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo. La que más me gustaba era Camila, pero al tiempo que disfrutaba de su compañía me sentía un poco incómodo en su presencia; no debido a falta de atención o amabilidad por su parte, sino a mi afán por demostrarle las mías. Siempre me alegraba de verla, y pensaba en ella con ansiedad y con frecuencia, pero me sentía más cómodo con Charles. Él no era como su hermana, impulsiva y generosa, sino más imprevisible; y aunque a veces tenía momentos depresivos, cuando estaba bien era muy hablador. Yo me llevaba bien con él tanto cuando estaba deprimido como cuando estaba contento. Le pedíamos el coche a Henry y nos íbamos a Maine para que Charles pudiera comerse un bocadillo en un bar de allí que le gustaba; íbamos a Bennington, a Manchester, al canódromo de Pownal, donde Charles acabó llevándose una perra demasiado vieja para correr, para que no la sacrificaran. La perra se llamaba *Frost.* Adoraba a Camila, y la seguía a todas partes. Henry citaba largos pasajes sobre Emma Bovary y su galgo: *«Sa pensée, sans but d'abord, vagabondait au hasard, comme sa levrette, qui faisait des cercles dans la campagne...»* Pero la perra estaba débil, y era muy nerviosa, y una hermosa mañana de diciembre tuvo un ataque de corazón en el campo, cuando salió felizmente del porche para perseguir a una ardilla. Aquello no nos cogió de sorpresa: el hombre del canódromo había advertido a Charles que el animal no viviría más de una semana; pero de todos modos los gemelos estaban apenados, y pasamos una tarde triste enterrándola en el jardín trasero de casa de Francis, donde una de las tías de Francis tenía un cuidado cementerio de gatos, lleno de lápidas.

La perra también quería mucho a Bunny. Solía venir con Bunny y conmigo a dar largos y agotadores paseos por el campo todos los domingos, saltando cercas y arroyos, atravesando pastos y pantanos. A Bunny le gustaba pasear tanto como a un perro viejo —sus paseos eran tan agotadores que le costaba mucho encontrar a alguien dispuesto a acompañarlo; de hecho, los únicos éramos la perra y yo—, pero gracias a aquellas caminatas me familiaricé con el terreno que rodeaba a Hampden, las carreteras de las explotaciones forestales y las pistas de los cazadores, todos sus saltos de agua ocultos y las secretas balsas donde nadar.

A Marion, la novia de Bunny, apenas la veíamos; en parte, creo yo, porque él no quería, pero supongo que también porque Marion se interesaba menos por nosotros que nosotros por ella. («Le gusta mucho salir con sus amigas —nos decía Bunny, jactancioso, a Charles y a mí—. Hablan de trapitos, de chicos y de todas esas chorradas. Ya sabes.») Era una pequeña y petulante rubia de Connecticut, con el mismo tipo de belleza estándar y vulgar de Bunny, y su estilo en el vestir era a la vez infantil y maduro: faldas floreadas, jerseys con iniciales, bolsos y zapatos a juego. De vez en cuando la veía desde lejos en el patio del Early Childhood Center, cuando yo pasaba por delante camino de clase. El Early Childhood Center pertenecía al Departamento de Educación Primaria de Hampden; allí tenían los niños de la ciudad su guardería y su parvulario, y allí estaba ella con sus jerseys con iniciales, soplando un silbato para que los niños se callaran y se pusieran en fila.

Nadie hablaba demasiado de ello, pero me enteré de que anteriormente había habido varios intentos de incluir a Marion en las actividades del grupo, pero habían acabado en desastre. A Marion le caía bien Charles, que generalmente era correcto con todo el mundo y tenía una infatigable capacidad de mantener conversaciones con cualquiera, desde niños pequeños hasta empleadas de la cafetería; y, como casi todos los que lo conocían, demostraba una especie de temeroso respeto por Henry;

pero odiaba a Camila, y entre ella y Francis había habido algún incidente catastrófico tan espantoso que nadie osaba mencionar. La relación de Marion y Bunny era singular; yo sólo podía compararla a la de algunos matrimonios que llevan más de veinte años casados. Era una relación que estaba entre lo enternecedor y lo irritante. Marion trataba a Bunny con un aire dominante y práctico, de forma parecida a como manejaba a sus alumnos del parvulario; él respondía amable, zalamero, cariñoso o malhumorado. La mayoría de las veces soportaba con paciencia las machaconas quejas de Marion, pero cuando no lo hacía se desataban unas peleas terribles. A veces Bunny llamaba a mi puerta a altas horas de la noche, ojeroso y extraviado y más enfadado que de costumbre, murmurando: «Déjame entrar, tío, tienes que ayudarme, Marion me tiene frito...» Poco después sonaban unos nítidos golpes en la puerta: *toc-toc-toc.* Era Marion, con los labios prietos, como una muñeca enfadada.

—¿Está Bunny? —preguntaba poniéndose de puntillas y estirando el cuello para mirar en la habitación por encima de mis hombros.

—No, no está aquí.

—¿Seguro?

—No está aquí, Marion.

—¡Bunny! —gritaba amenazadoramente.

No había respuesta.

—*¡Bunny!*

Y entonces, para mi vergüenza, Bunny se asomaba tímidamente a la puerta:

—Hola, cariño.

—¿Dónde te habías metido?

Bunny carraspeaba, vacilante:

—Oh, en ninguna parte...

—Bueno, creo que tenemos que hablar.

—Ahora estoy ocupado, cielo.

—De acuerdo... —Marion miraba su elegante relojito Cartier—. Ahora me voy a casa. Voy a estar levantada una media hora, y luego me voy a acostar.

—Muy bien.

—Entonces nos vemos dentro de veinte minutos.

—Oye, espera un momento. Yo no he dicho que tuviera intención de...

—Hasta ahora —decía Marion, y se marchaba.

—No pienso ir —rezongaba Bunny.

—No, yo tampoco iría.

—¡Hombre! ¿Pero quién se habrá pensado que es?

—No vayas.

—Algún día tendré que darle una lección. Tengo mucho trabajo. Siempre de acá para allá. Yo con mi tiempo hago lo que quiero.

—Exactamente.

A continuación había un largo e incómodo silencio. Finalmente Bunny se levantaba:

—Será mejor que me vaya.

—Muy bien, Bun.

—No creas que voy a casa de Marion —decía, poniéndose a la defensiva.

—Claro que no.

—Sí, sí —añadía Bunny distraídamente, y desaparecía.

Al día siguiente, Bunny y Marion estaban almorzando juntos o paseando por el parque infantil.

—Veo que Marion y tú habéis hecho las paces, ¿no? —le decía uno de nosotros cuando lo veía de nuevo a solas.

—Ah, sí —admitía Bunny, avergonzado.

Los ratos más felices eran los fines de semana en casa de Francis. Aquel año los árboles cambiaron pronto de color, pero las temperaturas siguieron siendo suaves hasta bien entrado octubre, y cuando íbamos al campo pasábamos la mayor parte del tiempo al aire libre. Nunca practicábamos actividades deportivas, aparte de algún que otro desapasionado partido de tenis (voleas altas que se salían de la pista, golpes

contra el suelo con la raqueta en busca de la bola perdida); aquel sitio tenía algo que invitaba a una magnífica pereza que yo no experimentaba desde la infancia.

Ahora que lo pienso, cuando estábamos allí bebíamos casi constantemente —nunca demasiado de golpe, pero el hilillo de licores que empezaba con los Bloody Marys del desayuno no se interrumpía hasta la hora de acostarnos, y ésa era seguramente la causa principal de nuestro torpor—. Si salía fuera con un libro para leer un rato, me quedaba dormido en la silla casi inmediatamente; cuando sacaba el bote, pronto me cansaba de remar y me dejaba ir a la deriva toda la tarde. (¡Aquel bote! A veces, cuando no puedo conciliar el sueño, intento imaginar que estoy echado en aquel bote de remos, con la cabeza apoyada sobre la tablilla de popa, con el agua golpeando la madera hueca y hojas de abedul amarillentas cayéndome con suavidad en la cara.) Ocasionalmente intentábamos algo un poco más ambicioso. Un día, Francis encontró una Baretta y balas en la mesilla de noche de su tía y realizamos una breve sesión de tiro (tuvimos que encerrar a la perra en el sótano, porque con los años se había acostumbrado a la pistola que marcaba la salida de la carrera). Disparábamos contra tarros alineados sobre una vacilante mesita que habíamos sacado al patio. Pero aquello se acabó cuando Henry, que era muy miope, mató un pato por error. Aquello lo disgustó bastante, así que guardamos la pistola.

A los otros les gustaba el croquet, pero a Bunny y a mí no; ninguno de los dos llegamos a entender el juego, y siempre golpeábamos la pelota con fuerza y con efecto, como si estuviéramos jugando a golf. De vez en cuando conseguíamos animarnos lo suficiente para ir de picnic. Siempre nos mostrábamos muy ambiciosos a la hora de los preparativos —el menú era complicado; el lugar elegido, lejano e indeterminado—, y siempre acababan con todos nosotros acalorados y soñolientos y ligeramente borrachos, poco dispuestos a iniciar la larga caminata de vuelta a casa con los trastos del picnic. Lo más corriente era que pasáramos toda la tarde echados en la hierba bebiendo martinis de los termos y observando cómo las hormigas avanzaban en fila india hacia el plato del pastel, hasta que se terminaban los martinis y se ponía el sol, y teníamos que volver a casa a oscuras.

Siempre que Julian aceptaba una invitación para cenar en el campo se armaba un gran revuelo. Francis encargaba todo tipo de comida en el colmado y se pasaba días hojeando libros de cocina y preocupado por lo que íbamos a servir, con qué vino lo íbamos a servir, qué platos íbamos a utilizar, y qué otro plato había de tener a punto por si el *soufflé* no crecía. Enviaban los esmóquines a la tintorería; llegaban flores de la floristería; Bunny escondía su ejemplar de *La novia de Fu Manchú* y se paseaba por la casa con un libro de Homero.

No sé por qué insistíamos tanto en hacer un espectáculo de aquellas cenas, porque siempre ocurría lo mismo: cuando llegaba Julian, estábamos todos nerviosos y cansados. Suponían una tremenda tensión para todos, incluido el invitado, estoy seguro —aunque él siempre se mostraba de excelente humor, elegante, cortés, e infatigablemente encantado con todos y con todo—, pese a que sólo aceptaba un promedio de una de cada tres invitaciones. Los otros disimulaban mejor, porque tenían más experiencia. Cinco minutos antes de que llegara Julian, los veías repantigados en el salón —las cortinas cerradas, la cena humeando en el calientaplatos en la cocina, todo el mundo tirando de los cuellos y con cara de cansancio—, pero en cuanto sonaba el timbre de la puerta se ponían tiesos, empezaban a hablar, y hasta las arrugas desaparecían de su ropa.

Entonces yo encontraba aquellas cenas cansadas y molestas, y sin embargo el recuerdo que ahora guardo de ellas tiene algo de maravilloso: aquella oscura y cavernosa habitación, con el techo abovedado y el fuego chisporroteando en la chimenea, nuestras caras entre luminosas y fantasmalmente pálidas. La luz del fuego agrandaba nuestras sombras, se reflejaba en la plata, parpadeaba por lo alto de las paredes; su reflejo anaranjado en los cristales de las ventanas hacía pensar que, fuera, toda una ciudad estuviera ardiendo. El ruido de las llamas recordaba a una manada de pájaros, atrapados y aleteando en un torbellino cerca del techo. Y no me hubiera sorprendido lo más mínimo que de pronto la larga mesa de caoba, con su mantel de

lino, cargada de porcelana, velas, fruta y flores, se hubiera desvanecido, como el cofre encantado de un cuento de hadas.

Hay una escena de aquellas cenas que se repite una y otra vez, como el obsesivo fondo de un sueño. Julian, a la cabecera de la larga mesa, se pone en pie y levanta su copa de vino. «Vida eterna», dice.

Y el resto de nosotros también nos levantamos y brindamos, como un regimiento haciendo chocar sus sables: Henry y Bunny, Charles y Francis, Camila y yo. «Vida eterna», coreamos, vaciando nuestras copas al unísono.

Y siempre, siempre, aquel mismo brindis: «Vida *eterna.»*

Ahora no entiendo cómo sabía tan poco de lo que estaba ocurriendo al final de aquel primer trimestre, pese a la frecuencia con que los veía. Físicamente no había muchos indicios de que estuviera pasando nada —eran demasiado listos—, pero además yo reaccionaba con una especie de ceguera voluntaria a las insignificantes discrepancias que se les escapaban. Es decir, yo quería mantener la ilusión de que conmigo actuaban con absoluta franqueza, de que éramos todos amigos, y de que no había secretos entre nosotros. Pero la verdad es que había muchas cosas que no me revelaron y que no me revelarían hasta pasado un tiempo. Y aunque yo intentaba ignorarlo, al mismo tiempo era consciente de ello. Sabía, por ejemplo, que a veces los cinco hacían cosas —no sabía exactamente qué— sin invitarme, y que si se veían en un aprieto se apiñaban y mentían acerca de ello, con falsa despreocupación y bastante convincentemente. De hecho eran tan convincentes, las variaciones y los contrapuntos de sus falsedades estaban tan impecablemente orquestadas (los gemelos, con su gélida indiferencia, soltando una nota afinada para contrarrestar las tonterías que decía Bunny, o la irritación de Henry cuando volvían a repetir una secuencia de acontecimientos trivial) que normalmente yo las creía, aunque tuviera motivos para hacer lo contrario.

Retrospectivamente, veo indicios de lo que estaba pasando —aunque lo cierto es que pocos—. En sus misteriosas desapariciones, que iban seguidas de confusas explicaciones de sus andanzas; en sus crípticos chistes y en los apartes en griego o incluso en latín que sin duda ellos sabían que yo no entendería. Aquello me disgustaba, pero aparentemente no tenía nada de alarmante o raro; aunque algunos de aquellos comentarios sin importancia y chistes privados acabaron adquiriendo una terrible significación. Hacia el final de aquel trimestre, por ejemplo, Bunny tenía la exasperante costumbre de ponerse a cantar *El granjero del valle;* yo lo encontraba sencillamente molesto y no entendía la violenta agitación que provocaba en los demás, pues entonces no sabía, como sé ahora, que aquello debía de helarles los huesos.

Notaba cosas, desde luego. Supongo que habría sido imposible que no notara nada, dado el tiempo que pasaba con ellos. Pero se trataba sobre todo de pequeñas contradicciones, detalles por lo general tan insignificantes que quizá sirvan para mostraros los escasos motivos que tenía yo para imaginar que estuviera pasando algo. Por ejemplo: los cinco parecían exageradamente propensos a los accidentes. Siempre los estaba arañando el gato, o se cortaban afeitándose, o tropezaban con taburetes. Sus explicaciones eran razonables, sin duda, pero para ser gente sedentaria tenían un extraño exceso de magulladuras y pequeñas heridas. También manifestaban una curiosa preocupación por el tiempo; a mí me parecía rara porque ninguno de ellos, que yo supiera, participaba en ninguna actividad en que las condiciones meteorológicas pudieran influir en modo alguno. Y sin embargo aquello los obsesionaba, a Henry particularmente. Le preocupaban sobre todo los descensos súbitos de temperatura; a veces, en el coche, se amorraba a la radio, frenético, como un capitán de barco ante una tormenta, buscando lecturas barométricas, previsiones a largo plazo, datos de todo tipo. La noticia de que bajaban las temperaturas siempre lo sumía en una inmediata e inexplicable tristeza. Yo me preguntaba qué le pasaría cuando llegara el invierno; pero para cuando llegó la primera nevada, su preocupación se había desvanecido para siempre.

Tonterías. Recuerdo que una vez, en el campo, me desperté a las seis, cuando todos dormían todavía, y bajé a la cocina. Acababan de fregar el suelo: estaba mojado, impecable salvo por la misteriosa huella de un pie descalzo —como la huella de Viernes en la playa desierta—. A veces, en el campo, me despertaba medio en sueños, pero vagamente consciente de algo: voces amortiguadas, movimiento, la perra gimiendo débilmente y arañando la puerta de mi dormitorio... En una ocasión oí un sigiloso diálogo entre los gemelos. Hablaban sobre unas sábanas:

—Tonto —susurró Camila, y conseguí ver un trozo de tela viejo y manchado de barro—, has cogido las que no debías. No podemos devolverlas así.

—Podemos cambiar las otras.

—Se enterarían. Las del servicio de lencería llevan una marca. Tendremos que decir que las hemos perdido.

Aunque no tardé en olvidar aquella conversación, recuerdo que me desconcertó, y aún más después de la poco satisfactoria respuesta de los gemelos cuando les hablé de ello. Una tarde descubrí un gran cazo de cobre hirviendo en el fogón de la cocina, del que emanaba un olor muy raro. Levanté la tapa y una nube de vapor, acre y amargo, me golpeó. El cazo estaba lleno de unas blandas hojas en forma de almendra, que hervía en dos litros de agua negruzca. Qué demonios es esto, pensé, perplejo y divertido; y cuando se lo pregunté a Francis me contestó, lacónico: «Es para mi baño.»

Es muy fácil ver las cosas retrospectivamente. Pero entonces yo no veía otra cosa que mi felicidad, y no sé qué decir aparte de que la vida parecía mágica en aquella época: una sarta de símbolos, casualidades, premoniciones, augurios. Todo encajaba, no sé cómo; una Providencia benévola y sigilosa se estaba revelando gradualmente, y yo, tembloroso, sentía que estaba al borde de un fabuloso descubrimiento, como si una mañana, cualquier mañana, todo tuviera que cobrar sentido: mi futuro, mi pasado, toda mi vida; y yo tuviera que incorporarme en la cama, como el rayo, exclamando «¡Ohhh!»

Aquel otoño pasamos tantos fines de semana felices en el campo que, desde mi posición aventajada de ahora, los días se pierden en una nube dulce y poco definida. Por Halloween, las últimas flores silvestres se marchitaron y el viento, que se volvió frío e intenso, lanzaba ráfagas de hojas amarillas sobre la superficie gris y arrugada del lago. En aquellas frías tardes, cuando las nubes cruzaban a toda prisa un cielo que parecía de plomo, nos quedábamos en la biblioteca, haciendo fuegos enormes para mantenernos en calor. Las desnudas ramas de los sauces golpeaban los cristales de las ventanas, como dedos de esqueleto. Mientras los gemelos jugaban a cartas en un extremo de la mesa, y Henry trabajaba en el otro, Francis se sentaba hecho un ovillo junto a la ventana con un plato de pequeños bocadillos en el regazo, leyendo en francés las *Memorias* del duque de Saint Simón (se le había metido en la cabeza que tenía que terminarlo). Había estudiado en varias escuelas europeas y hablaba un francés excelente, aunque lo pronunciaba con el mismo acento perezoso y esnob con que hablaba el inglés; a veces le pedía que me ayudara con mis ejercicios de primero de francés, aburridas historias sobre Mane y Jean-Claude yendo al *tabac* que Francis leía en voz alta con un deje lánguido e hilarante *(Marie a apporté des legumes à son frère)* que ponía histéricos a los demás. Bunny se echaba boca abajo sobre la alfombra, delante de la chimenea, y hacía sus deberes; de vez en cuando le cogía un bocadillo a Francis o, quejumbroso, hacía una pregunta. Tenía muchos problemas con el griego, pero lo cierto es que llevaba mucho más tiempo estudiándolo que el resto de nosotros, concretamente desde los doce años, y se pasaba la vida jactándose de esa circunstancia. Siempre decía, muy astutamente, que aquello no había sido más que un capricho infantil, una manifestación de genio temprano estilo Alexander Pope; pero lo cierto (lo supe por Henry) es que de pequeño Bunny tenía una dislexia bastante grave, y le habían impuesto el griego como terapia, pues en su escuela primaria tenían la teoría de que era conveniente obligar a los estudiantes disléxicos a estudiar lenguas como el griego, el hebreo y el ruso, que no utilizaban el alfabeto romano. Su talento como lingüista era, en todo caso, considerablemente menor de lo que él hacía creer a los demás, y era incapaz de resolver hasta los más sencillos ejercicios sin continuas

preguntas, quejas e ingestas de comida. Hacia el final del trimestre tuvo un acceso de asma y se paseaba por la casa en pijama y albornoz, estornudando, con el cabello de punta, respirando teatralmente con dificultad en su inhalador. Las pastillas que tomaba para el asma (según me contaron los otros) lo ponían irritable, le producían insomnio y le engordaban. Y yo acepté aquello como explicación del malhumor de que Bunny hacía gala al final del trimestre, que, como supe más adelante, se debía a motivos completamente diferentes.

¿Qué puedo contaros? ¿Lo de aquel sábado de diciembre en que Bunny recorrió toda la casa a las cinco de la mañana gritando «¡Nieva! ¡Nieva!» y nos despertó a todos saltando en nuestras camas? O la ocasión en que Camila intentó enseñarme el paso de *box;* o cuando Bunny hizo volcar el bote, con Henry y Charles dentro, porque le pareció ver una serpiente de agua. Lo de la fiesta de cumpleaños de Henry, o lo de las dos ocasiones en que la madre de Francis —pelirroja, zapatos de piel de cocodrilo, esmeraldas— se presentó en la escuela arrastrando su Yorkshire y a su segundo marido. (La señora era todo un personaje, y Chris, su nuevo marido, era actor secundario de seriales, poco mayor que Francis. Ella se llamaba Olivia. Cuando yo la conocí acababa de salir del Betty Ford Center, concluida una cura de alcoholismo y de una drogadicción no especificada, y había reemprendido con entusiasmo el camino del pecado. En una ocasión Charles me contó que Olivia había llamado a su puerta de madrugada y que le había pedido que se acostara con ella y con Chris. Yo sigo recibiendo sus felicitaciones cada Navidad.)

Pero hay un día que recuerdo particularmente bien, un radiante sábado de octubre, uno de los últimos días veraniegos de aquel año. Habíamos pasado la noche anterior, bastante fresca, bebiendo y hablando casi hasta el amanecer, y me desperté tarde, acalorado y ligeramente mareado; las sábanas estaban hechas un ovillo a los pies de la cama y el sol entraba a raudales por la ventana. Me quedé quieto un buen rato. El sol atravesaba mis párpados con un rojo intenso y doloroso, y el calor hacía hormiguear mis piernas húmedas. Notaba el resto de la casa: silenciosa, iluminada y agobiante.

Bajé la escalera, haciendo crujir los peldaños. La casa estaba inmóvil, vacía. Finalmente encontré a Francis y a Bunny en la parte sombreada del porche. Bunny llevaba una camiseta y unas bermudas; Francis, con el rostro enrojecido y los párpados cerrados y casi palpitando de dolor, llevaba un pestilente albornoz robado de un hotel.

Estaban bebiendo *prairie oysters.* Francis me ofreció su vaso, al tiempo que apartaba la mirada:

—Ten, bebe —me dijo—. Si lo vuelvo a ver voy a vomitar.

La yema se estremeció en su baño de ketchup y salsa Worcestershire.

—No, gracias —le dije, y aparté el vaso.

Francis cruzó las piernas y se tapó la nariz con el índice y el pulgar.

—No sé por qué hago estas cosas —dijo—. No sirven de nada. Tengo que ir a comprar Alka-Seltzer.

Charles salió de la casa y cerró la puerta de tela metálica, y caminó por el porche con aire decaído con su albornoz a rayas rojas.

—Lo que necesitas es una bomba helada —sentenció.

—Tú y tus bombas heladas.

—Funcionan, te lo digo yo. Es puramente científico. Las cosas frías van bien para combatir las náuseas, y...

—Siempre dices lo mismo, Charles, pero yo no creo que sea cierto.

—¿Quieres escucharme un momento? El helado retrasa la digestión. La coca te arregla el estómago y la cafeína te cura el dolor de cabeza. El azúcar te da energía. Y además te ayuda a metabolizar más deprisa el alcohol. Es el alimento perfecto.

—Ve a prepararme una, corre —dijo Bunny.

—Ve a preparártela tú —contestó Charles, súbitamente irritado.

—En serio —añadió Francis—. Creo que lo que necesito es un Alka-Seltzer.

A continuación apareció Henry —había estado levantado, y vestido, hasta el alba—, seguido de una soñolienta Camila, recién salida de la bañera, con su cabeza de crisantemo dorado despeinada y caótica. Eran casi las dos de la tarde. La perra estaba

echada de costado, dormitando, con uno de sus ojos, color de avellana, parcialmente cerrado y rodando de forma grotesca.

Como no había Alka-Seltzer, Francis entró y trajo una botella de ginger ale, unos cuantos vasos y hielo, y nos sentamos un rato mientras la tarde se hacía más clara y calurosa. Camila —que raramente se contentaba con quedarse sentada y siempre estaba ansiosa por hacer algo, cualquier cosa, jugar a cartas, ir de picnic o dar un paseo en coche— estaba aburrida e inquieta, y no se esforzaba por disimularlo. Sostenía un libro en las manos, pero no lo leía; tenía las piernas colgadas en el brazo de la silla y con el talón descalzo golpeaba, con un ritmo obstinado y letárgico, el costado de la silla de mimbre. Finalmente, Francis le preguntó si le apetecía ir a dar un paseo hasta el lago, supongo que para animarla. Camila se alegró instantáneamente. Como no había nada más que hacer, Henry y yo decidimos acompañarlos. Charles y Bunny se habían quedado profundamente dormidos en sus sillas.

El cielo estaba de un azul intenso, y los árboles eran como fieras pantallas rojas y amarillas. Francis, descalzo y con su albornoz, caminaba con dificultad sorteando piedras y ramas, intentando no derramar su vaso de ginger ale. Cuando llegamos al lago, se metió en el agua hasta que ésta lo cubrió hasta las rodillas, y se puso a hacernos señas, exageradamente, como san Juan Bautista.

Nos quitamos los zapatos y los calcetines. El agua de la orilla era de un verde pálido y transparente, y estaba fría, y la luz del sol moteaba los guijarros del fondo. Henry, con americana y corbata, y con los pantalones arremangados hasta las rodillas, como un anticuado banquero en un cuadro surrealista, se acercó a Francis. Una ráfaga de viento sacudió los abedules, agitando las pálidas caras inferiores de las hojas, y se enredó en el vestido de Camila y lo infló como si fuera un globo. Ella rió, y se lo alisó inmediatamente, pero el viento volvió a inflarlo.

Camila y yo nos quedamos caminando por la orilla, con el agua apenas cubriéndonos los pies. El sol relucía sobre la trémula superficie del lago; no parecía un lago de verdad, sino un espejismo sahariano. Henry y Francis se habían alejado bastante: Francis hablaba y gesticulaba aparatosamente con su albornoz blanco, y Henry, con las manos a la espalda, parecía Satán escuchando con paciencia el atolondrado discurso de un profeta del desierto.

Camila y yo caminamos un buen rato por la orilla del lago, y luego iniciamos el regreso. Camila, protegiéndose los ojos del sol con una mano, iba contándome una larga historia sobre algo que había hecho la perra —destrozar una alfombra de piel de oveja que pertenecía al casero, sus intentos por disimularlo y finalmente la destrucción de los restos de la alfombra—, pero yo no le prestaba demasiada atención: se parecía mucho a su hermano, y sin embargo la sencilla y absoluta belleza de Charles se volvía casi mágica cuando se repetía, con sólo leves variaciones, en ella. Para mí Camila era un sueño hecho realidad: con sólo verla, me imaginaba una serie casi infinita de fantasías que iban de lo griego a lo gótico, de lo vulgar a lo divino.

Iba mirando su perfil, escuchando sus dulces, guturales cadencias, cuando una aguda exclamación me despertó de mis sueños. Camila se detuvo.

—¿Qué te pasa?

Camila se había quedado mirando el agua.

—Mira —dijo.

En el agua, un oscuro penacho de sangre asomaba junto a su pie. Parpadeé, y un delgado zarcillo rojo se elevó en espiral por encima de sus pálidos dedos, ondulando en el agua como un hilo de humo carmesí.

—Por Dios. ¿Pero qué has hecho?

—No lo sé. Me he clavado algo. —Se apoyó en mi hombro y yo la sujeté por la cintura. Tenía un casco de vidrio verde de unos siete centímetros de largo clavado en el pie. Le brotaba abundante sangre, al ritmo del corazón; el casco, brutal, manchado de rojo, relucía al sol.

—¿Qué tengo? —dijo Camila, intentando inclinarse para ver—. ¿Es grave?

Se había cortado una arteria. La sangre manaba deprisa y con fuerza.

—¡Francis! —grité—. ¡Henry!

—Virgen Santa —exclamó Francis cuando se hubo acercado lo suficiente para ver, y empezó a salpicarnos, sujetándose los faldones del albornoz con una mano—. ¿Cómo te lo has hecho? ¿Puedes caminar? Déjame ver —dijo, casi sin aliento.

Camila se agarró con fuerza a mi brazo. Tenía la planta del pie teñida de rojo, y le caían unos gordos goterones que se extendían y dispersaban como gotas de tinta en las transparentes aguas.

—Dios mío —dijo Francis, y cerró los ojos—. ¿Te duele?

—No —contestó ella, lacónica. Pero yo sabía que mentía: notaba su temblor, y se había puesto pálida.

De pronto apareció Henry, que se inclinó sobre ella.

—Agárrate a mi cuello —le dijo; la levantó con habilidad y sin esfuerzo, como si Camila fuese de paja, un brazo debajo de su cabeza y el otro por detrás de las rodillas—. Corre, Francis, ve a buscar el botiquín de tu coche. Nos encontramos a medio camino.

—Muy bien —dijo Francis, contento de que le dijeran lo que tenía que hacer, y se dirigió a la orilla chapoteando.

—Bájame, Henry. Te estoy manchando de sangre. Henry no le hizo caso y se dirigió a mí:

—Richard, coge ese calcetín y átaselo alrededor del tobillo. Era la primera vez que hacía un torniquete; y pensar que me había pasado un año estudiando medicina.

—¿Te aprieta demasiado? —le pregunté a Camila.

—No, está bien. Henry, bájame, por favor. Peso demasiado. El le dirigió una sonrisa. Vi que tenía uno de los incisivos ligeramente mellado; eso le daba a su sonrisa un toque muy atractivo.

—Eres ligera como una pluma —dijo.

A veces, cuando ha habido un accidente y no podemos comprender una realidad demasiado repentina y extraña, lo surreal se apodera de la situación. La acción reduce su marcha y adopta un ritmo onírico, imagen por imagen; un ademán, una frase, pueden durar una eternidad. Las cosas pequeñas —un grillo instalado en un tallo, la nerviación de una hoja— se magnifican y resaltan del fondo con una claridad dolorosa. Y eso fue lo que pasó entonces, mientras caminábamos por el prado hacia la casa. Era un cuadro demasiado real para ser cierto: cada guijarro, cada brizna de hierba nítidamente dibujado, el cielo tan azul que me dolían los ojos si lo miraba. Camila iba desmayada en brazos de Henry, con la cabeza echada hacia atrás, como una niña muerta, luciendo la inerte y hermosa curva de su cuello. La brisa agitaba el borde de su vestido. Henry llevaba los pantalones salpicados de gotas del tamaño de monedas de veinticinco centavos, demasiado rojas para ser de sangre, como si le hubieran salpicado con una brocha. Durante la inquietante quietud que dominaba entre nuestros pasos sin eco, yo oía mi pulso, rápido y leve.

Charles bajó la colina patinando, descalzo. Todavía iba en albornoz, y Francis le seguía detrás. Henry se arrodilló y dejó a Camila sobre la hierba, y ella se incorporó apoyándose en los codos.

—¿Estás muerta, Camila? —dijo Charles, sin aliento, al tiempo que se arrojaba al suelo para examinar la herida.

—Alguien va a tener que sacarle ese vidrio del pie —sentenció Francis, desenrollando una venda.

—¿Quieres que lo haga yo? —preguntó Charles, mirando a Camila.

—Ten cuidado.

Charles le cogió el talón con una mano, y con la otra tiró suavemente del casco. Camila contuvo la respiración. Charles dio otro tirón, esta vez más fuerte, y ella gritó.

Charles retiró la mano, como si se hubiera escaldado. Se disponía a tocarle de nuevo el pie a Camila, pero no llegó a hacerlo. Tenía los dedos ensangrentados.

—Venga, sigue —dijo Camila con voz bastante firme.

—No puedo. Me da miedo hacerte daño.

—Me duele de todas formas.

—No puedo —insistió Charles con tristeza, mirándola a los ojos.

—Apártate —le ordenó Henry, impaciente. Se arrodilló rápidamente y cogió el pie con una mano.

Charles apartó la mirada; estaba casi tan pálido como ella, y yo me pregunté si sería cierto lo que se decía: que un gemelo sentía dolor cuando el otro se hacía daño.

Camila se encogió, con los ojos muy abiertos; Henry alzó el curvado trozo de vidrio con una mano ensangrentada.

—*Consummatum est* —dijo. Francis le aplicó el yodo y la venda.

—Dios mío —dije, cogiendo el casco manchado de rojo y examinándolo a la luz.

—Qué bien te has portado —dijo Francis, vendándole el arco del pie. Sabía comportarse con los enfermos, como la mayoría de los hipocondríacos—. Mira, ni siquiera has llorado.

—No me dolía tanto.

—¡Cómo que no! —dijo Francis—. Has sido muy valiente.

Henry se levantó.

—Ha sido muy valiente —corroboró.

Aquella misma tarde, Charles y yo nos sentamos en el porche. De pronto había refrescado; hacía un sol espléndido, pero se había levantado viento. El señor Hatch había entrado para encender la chimenea, y olía ligeramente a madera quemada. Francis también estaba dentro, preparando la cena; estaba cantando, y su voz, alta y clara, ligeramente desafinada, salía por la ventana de la cocina.

El corte de Camila no resultó grave. Francis la llevó en coche al ambulatorio —Bunny los acompañó, porque no se perdonaba haberse dormido y haberse perdido el accidente—, y al cabo de una hora ya había vuelto, con seis puntos en el pie, una venda y una botella de Tylenol con codeína. Ahora Bunny y Henry estaban fuera jugando a croquet y Camila estaba con ellos, saltando sobre su pie bueno y con la punta del pie malo, con unos andares que, desde el porche, resultaban extrañamente garbosos.

Charles y yo bebíamos whisky con soda. Charles había estado intentando enseñarme a jugar *a piquet* («porque es a lo que juega Rawdon Crawley en *La feria de las vanidades*»), pero yo era demasiado torpe, y habíamos abandonado las cartas.

Charles bebió un trago de su bebida. No se había molestado en vestirse en todo el día.

—Ojalá no tuviéramos que volver a Hampden mañana —dijo.

—Ojalá no tuviéramos que volver nunca —añadí—. Ojalá viviéramos aquí.

—A lo mejor podemos quedarnos.

—¿Qué?

—Ahora no. Pero es posible que podamos. Cuando acabe el curso.

—¿Cómo es eso?

Se encogió de hombros.

—La tía de Francis no quiere vender la casa porque quiere que siga en manos de la familia. Francis podría ponerla a su nombre cuando cumpla veintiún años. Y aunque no pudiera, Henry tiene tanto dinero que no sabe en qué gastarlo. Podrían llegar a un acuerdo y comprarla. Así de sencillo.

Su respuesta, tan pragmática, me dejó perplejo.

—Lo único que Henry quiere hacer cuando acabe la carrera, si es que la acaba, es encontrar un sitio donde escribir sus libros y estudiar las Doce Grandes Culturas.

—¿*Si* la acaba? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tal vez no quiere acabarla. Puede que se aburra. No sería la primera vez que habla de dejarla. No tiene por qué estar aquí, y nunca va a tener un empleo.

—¿Ah, no? —dije, curioso; siempre me había imaginado a Henry enseñando griego en alguna universidad, desamparada pero excelente, del Medio Oeste.

Charles emitió un bufido:

—Claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo? No necesita el dinero, y sería un profesor horrible. Y Francis no ha trabajado jamás. Supongo que podría vivir con su madre, pero no soporta a su marido. Prefiere vivir aquí. Además, Julian no estaría muy lejos.

Bebí un trago y dirigí la mirada hacia las distantes figuras que se movían por el césped. Bunny, con el cabello tapándole los ojos, se preparaba para disparar, doblando el mazo y moviéndose atrás y adelante, apoyándose en los pies, como un golfista profesional.

—¿Sabes si Julian tiene familia? —pregunté a Charles.

—No —contestó él con la boca llena de hielo—. Tiene unos sobrinos, pero los odia. Mira esto —me dijo de pronto, incorporándose en la silla.

Miré. Bunny acababa de disparar; la pelota pasó muy lejos de los arcos seis y siete, pero, increíblemente, golpeó el *turning stake.*

—Mira —dije—. Creo que se propone volver a tirar.

—Pero no lo conseguirá —dijo Charles, volviendo a sentarse pero sin dejar de mirar a los jugadores—. Fíjate en Henry. Está imponiendo su autoridad.

Henry señalaba los arcos que Bunny se había saltado y, aunque estaba lejos, supe que estaba citando el libro de normas; oímos los airados gritos de protesta de Bunny.

—Ya se me ha pasado la resaca —dijo Charles.

—A mí también.

En el jardín había una luz dorada que proyectaba largas y aterciopeladas sombras, y el cielo, radiante y nublado, parecía un cuadro de Constable; pese a que no quería admitirlo, estaba medio borracho.

Nos quedamos quietos un rato, observando. Desde donde estaba oía los débiles *toc* del mazo contra la pelota de croquet; por la ventana de la cocina llegaba la voz de Francis, por encima del ruido de cazos y portazos de armario; cantaba como si aquélla fuera la canción más alegre del mundo: *«We are little black sheep who have gone astray... Baaa baa boa...»*

—¿Y si Francis compra la casa? —dije por fin—. ¿Crees que nos dejaría vivir aquí?

—Claro. Si se quedara solo con Henry se moriría de aburrimiento. Me imagino que Bunny tendría que trabajar en el banco, pero podría subir los fines de semana, si dejara a Marion y a los niños en casa.

Me reí. La noche anterior Bunny nos había contado que quería tener ocho hijos, cuatro niños y cuatro niñas; aquello había desencadenado un largo y serio discurso de Henry sobre el hecho de que el cumplimiento del ciclo reproductor era, por naturaleza e invariablemente, preludio de un rápido declive y, finalmente, de la muerte.

—Es terrible —añadió Charles—. En serio, me lo imagino perfectamente en el patio, con un absurdo delantal puesto.

—Haciendo hamburguesas en la barbacoa.

—Y veinte criaturas correteando y chillando.

—Picnic de *kiwanis.*

—Hamacas La-Z-Boy.

—Dios mío.

Una brusca ráfaga de viento sacudió los abedules; las amarillentas hojas bajaron revoloteando, como confeti. Bebí un trago de whisky. Aquella casa me gustaba tanto como si hubiera crecido en ella; conocía perfectamente el chirrido del balancín, el dibujo de las clemátides sobre el enrejado, la aterciopelada ondulación del suelo que el horizonte dispersaba en tonos grises, y el breve trozo de autopista visible en las colinas, más allá de los árboles. Los colores de aquel lugar rezumaban en mi sangre: así como Hampden, en los años posteriores, siempre aparecía en mi imaginación en un confuso enredo de blanco y verde y rojo, la casa de campo aparecía primero como una preciosa bruma de acuarelas, de marfil y azul de ultramar, avellana y naranja y dorado, que gradualmente se separaban para dibujar los objetos recordados: la casa, el cielo, los arces. Pero incluso aquel día, en aquel porche, con Charles a mi lado y el olor a madera quemada en el aire, todo parecía pertenecer a la memoria; allí estaba, ante mis ojos, y sin embargo demasiado hermoso para ser cierto.

Estaba oscureciendo; la cena no tardaría en estar preparada. Me terminé la bebida de un trago. La idea de vivir allí, de no tener que regresar jamás al asfalto, a los centros comerciales, a los muebles modulares; la idea de vivir allí con Charles y Camila, con Henry, con Francis, y quizás incluso con Bunny; de que nadie se casara ni volviera a su casa ni se marchara a trabajar a una ciudad lejana ni cometiera ninguna de las traiciones que cometen los amigos cuando acabas la carrera, de que todo siguiera tal como estaba en aquel instante... aquella idea era tan maravillosa que no creo que pudiera pensar, ni siquiera entonces, que llegaría a hacerse realidad, pero me gusta pensar que así fue.

Francis estaba llegando a la apoteosis de su interpretación: *«Gentlemen songsters off on a spree... Doomed from here to eternity...»*

Charles me miró de reojo.

—¿Y tú qué? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—¿Tienes algún plan? —Se rió—. ¿Qué piensas hacer los próximos cuarenta o cincuenta años de tu vida?

En el jardín, Bunny acababa de golpear la pelota de Henry lanzándola a unos veinte metros fuera del campo de juego. Se oyó una carcajada; débil, pero clara, hendió el aire nocturno. Aquella risa todavía me sobrecoge.

CAPITULO 3

En cuanto pisé Hampden por primera vez, empecé a temer el final del trimestre, el día en que tendría que volver a Plano, a los paisajes llanos, a las gasolineras, al polvo. A medida que avanzaba el trimestre, a medida que las nevadas se hacían más intensas y las mañanas más negras, a medida que los días me iban acercando a la fecha de la estropeada fotocopia («17 de diciembre —todos los trabajos entregados») que había pegado en la parte interior de la puerta de mi armario, mi melancolía se iba transformando en alarma. Me sentía incapaz de soportar unas Navidades en casa de mis padres, con un árbol de plástico, sin nieve, y con el televisor continuamente encendido. Y a mis padres tampoco les entusiasmaba la idea de que yo pasara allí las vacaciones. En los últimos años habían trabado amistad con los MacNatt, una pareja de charlatanes sin hijos, mayores que mis padres. El señor MacNatt era vendedor de recambios de coche; la señora MacNatt tenía forma de paloma y vendía productos Avon. Había conseguido que mis padres se apuntaran a hacer cosas como excursiones en autocar a fábricas donde hacían una venta de saldos, o jugar a un juego de dados llamado Bunko y frecuentar el piano-bar del Ramada Inn. Estas actividades tenían lugar, sobre todo, durante las vacaciones, y mi presencia, que era breve e irregular, suponía un inconveniente y en cierto modo un reproche.

Pero el problema no se acababa con las fiestas. Como Hampden estaba tan al norte, y como los edificios eran viejos y resultaba caro calentarlos, la escuela cerraba los meses de enero y febrero. Me imaginaba a mi padre, apestando a cerveza, quejándose de mí al señor MacNatt, y a éste aguijoneándolo astutamente con comentarios que insinuaban que yo era un niño mimado y que él jamás permitiría que un hijo suyo lo pisoteara. Mi padre se ponía furioso, y finalmente irrumpía en mi habitación y me echaba, señalando la puerta con un índice tembloroso y con los ojos en blanco, como Otelo. Lo había hecho varias veces cuando yo asistía al instituto y luego a la Universidad de California, sin motivo aparente, salvo para imponer su autoridad frente a mi madre y sus colegas. En cuanto mi padre se cansaba de ser el centro de atención y permitía que mi madre «le hiciera entrar en razón», me dejaban volver. Pero ¿y ahora? Ya ni siquiera tenía habitación; mi madre me había escrito una carta en octubre para informarme que había vendido los muebles y que la había convertido en sala de costura.

Henry y Bunny se iban a Roma a pasar las vacaciones de invierno. Aquella noticia, que Bunny me transmitió a principios de diciembre, me sorprendió, sobre todo porque llevaban más de un mes enfadados el uno con el otro, sobre todo Henry. Yo sabía que Bunny llevaba varias semanas sacándole bastante dinero a Henry, y aunque Henry se quejaba parecía extrañamente incapaz de impedirlo. Yo estaba convencido de que el problema no era el dinero per se, sino el concepto; también estaba convencido de que Bunny creía que no había ninguna tensión.

Bunny no hablaba de otra cosa que del viaje. Se compró ropa, guías, un disco titulado *Parlano Italiano* que prometía enseñar italiano en menos de dos semanas («¡Incluso a los que nunca han tenido suerte con ningún otro curso de idiomas!», se jactaba la portada) y un ejemplar de la traducción de Dorothy Sayers del *Infierno.* Bunny sabía que yo no tenía dónde pasar las vacaciones de invierno y disfrutaba hurgando en mi herida. Me guiñaba el ojo y me decía: «Cuando vaya en una góndola bebiéndome un Campari me acordaré de ti.» Henry no hablaba mucho del viaje. Mientras Bunny parloteaba él se sentaba y daba profundas caladas a su cigarrillo, fingiendo no entender el falaz italiano de Bun.

Francis me dijo que le gustaría que yo pasara las Navidades con él en Boston y que luego lo acompañara a Nueva York; los gemelos telefoneaban a su abuela, que vivía en Virginia, y ésta les dijo que no le importaba que yo pasara las vacaciones de invierno con ellos. Pero estaba el problema del dinero. Tendría que trabajar hasta que se reanudaran las clases. Si quería volver en primavera, necesitaba dinero, y si me dedicaba a corretear con Francis no tendría ocasión de trabajar. Los gemelos, como hacían siempre en vacaciones, trabajarían en el despacho de un tío suyo que era

abogado, pero ya les costaba bastante tener trabajo para los dos —Charles le hacía de chófer al tío Orman en sus escasos desplazamientos a alguna que otra tienda y a la bodega, y Camila se quedaba por el despacho para contestar un teléfono que nunca sonaba. Estoy seguro de que no se les ocurrió que a mí también podía interesarme trabajar, pues se habían tragado todos los cuentos que circulaban sobre la buena vida que me pegaba en California. «¿Qué voy a hacer mientras vosotros estéis trabajando?», les preguntaba, con la esperanza de que picaran el anzuelo; pero no había manera. «Me temo que no tendrás mucho que hacer —se disculpaba Charles—. Leer, hablar con Nana, jugar con los perros.»

Por lo visto, no tenía más remedio que quedarme en Hampden. El doctor Roland estaba dispuesto a mantenerme empleado, pero pagándome un salario con el que no podía cubrir ningún alquiler decente. Charles y Camila iban a realquilar su apartamento y Francis tenía un primo quinceañero que le había pedido el suyo; el de Henry se quedaba vacío, pero él no me lo ofreció, y yo era demasiado orgulloso como para pedírselo. La casa de campo también estaba vacía, pero quedaba a una hora de Hampden y yo no tenía coche. Entonces me enteré de que había un viejo hippie, ex alumno de Hampden, que tenía un taller de instrumentos musicales en un almacén abandonado. Te dejaba vivir gratis en el almacén con la única condición de que de vez en cuando tallaras alguna clavija o lijaras alguna mandolina.

Como no quería ser objeto de la compasión ni del desdén de nadie, mantuve en secreto mi situación. Como mis modernos y frívolos padres no querían saber nada de mí durante las vacaciones, había decidido quedarme solo en Hampden (en un lugar no especificado) y estudiar griego, despreciando, orgulloso, sus tímidas ofertas de ayuda financiera.

Ese estoicismo, esa dedicación a mis estudios y ese desprecio general por las cosas mundanas, más propios de Henry, se ganaron la admiración por parte de todos, particularmente de Henry. «A mí tampoco me importaría quedarme aquí este invierno», me dijo una desapacible noche, a finales de noviembre, mientras volvíamos a casa desde el apartamento de Charles y Camila, con los zapatos hundidos hasta los tobillos en empapadas hojas que cubrían el camino. «La escuela está cerrada a cal y canto, y las tiendas de la ciudad cierran a las tres de la tarde. Todo está blanco y vacío, y no hay más ruido que el del viento. Antiguamente, la nieve llegaba hasta los aleros de los tejados, y la gente quedaba atrapada en sus casas y moría de hambre. No los encontraban hasta la primavera.» Lo decía con una voz suave y soñadora, pero a mí me producía inquietud; donde yo vivía ni siquiera nevaba.

Todo el mundo, menos yo, pasaba la última semana de clase haciendo maletas, escribiendo a máquina, haciendo reservas de avión y llamadas a casa. Yo no tenía necesidad de acabar mis trabajos pronto, porque no tenía adonde ir; podía hacer las maletas cuando quisiera, una vez que se hubieran vaciado los dormitorios. Bunny fue el primero en marcharse. Había pasado tres semanas histérico por culpa de un trabajo que tenía que redactar para una asignatura de cuarto que se denominaba algo así como «obras maestras de la literatura inglesa». Consistía en veinticinco páginas sobre John Donne. Todos nos preguntábamos cómo iba a ingeniárselas, porque no escribía demasiado bien; aunque su dislexia era una buena excusa, el verdadero problema era que su capacidad de concentración era tan limitada como la de un niño pequeño. Raramente leía los textos recomendados o los libros suplementarios de ninguna asignatura. Sus conocimientos sobre cualquier materia solían ser un batiburrillo de datos confusos, por lo general sorprendentemente irrelevantes o fuera de contexto, que Bunny conseguía recordar de las discusiones que habían tenido lugar en clase o que él creía haber leído en alguna parte. Cuando tenía que escribir un trabajo, completaba aquellos dudosos fragmentos interrogando a Henry (a quien tenía costumbre de consultar, como si fuera una enciclopedia) o con información extraída de *The World Book Encydopedia* o de un libro de consulta titulado *Men of Thought and Deed,* una obra de seis volúmenes de E. Tipton Chatsford, fechada en 1890, que consistía en breves esbozos de los grandes hombres de todas las épocas, escrito para niños y lleno de exagerados grabados.

Todo lo que escribía Bunny estaba destinado a sonar exageradamente original, pues partía de materiales de trabajo sumamente extraños a los que se ingeniaba para alterarlos

aún más mediante su alcoholizado examen, pero el trabajo sobre John Donne debía de ser el peor trabajo que jamás haya sido impreso. Después de su muerte, un periodista pidió una muestra del trabajo del joven erudito desaparecido, y Marion le dio una copia. Un párrafo laboriosamente corregido de aquel trabajo se publicó en la revista *People.*

Bunny había oído no sé dónde que John Donne había conocido a Izaak Walton, y esa amistad fue creciendo en algún rincón de su mente, hasta que aquellos dos hombres se hicieron prácticamente intercambiables. Nosotros nunca llegamos a comprender cómo había llegado a establecerse aquella fatal conexión: Henry culpaba a *Men of Thought and Deed,* pero nadie lo sabía a ciencia cierta. Una o dos semanas antes de la fecha de entrega del trabajo, Bunny empezó a presentarse en mi habitación a las dos o tres de la madrugada, con aspecto de haber sobrevivido milagrosamente a alguna catástrofe natural, con la corbata torcida y los ojos desorbitados. «Hola, hola —me decía al entrar, pasándose la mano por el despeinado cabello—. Espero no haberte despertado, no te importa que encienda la luz, ¿verdad?, sí, ya está...» Encendía todas las luces y empezaba a pasearse por la habitación sin quitarse el abrigo, con las manos a la espalda, moviendo la cabeza a uno y otro lado. De pronto se paraba y decía, con una mirada desesperada:

—Háblame del metahemeralismo. Dime todo lo que sepas sobre él.

—Tengo que averiguar algo acerca del metahemeralismo.

—Lo siento. No sé lo que es.

—Yo tampoco —decía Bunny con la voz quebrada—. Tiene algo que ver con el arte o con el pastoralismo o algo así. Es lo que me falta para atar a John Donne y a Izaak Walton, ¿entiendes? —Empezaba a pasearse de nuevo—. Donne. Walton. El metahemeralismo. Creo que ahí está el problema.

—Bunny, me parece que la palabra «metahemeralismo» ni siquiera existe.

—Claro que sí. Viene del latín. Está relacionado con la ironía y lo pastoral. Eso es. Con la pintura, la escultura...

—¿Sale en el diccionario?

—No lo sé. No sé cómo se deletrea. —Hizo un marco con las manos y añadió—: Es decir, el poeta y el pescador. *Parfait.* Dos alegres compañeros. Por los espacios abiertos. Pegándose la buena vida. El metahemeralismo tiene que ser el elemento consolidador, ¿me explico?

A veces Bunny continuaba así media hora o más, desvariando sobre la pesca, los sonetos, y Dios sabe qué más, hasta que en pleno monólogo se le ocurría un pensamiento brillante, y desaparecía tan súbitamente como había llegado.

Terminó el trabajo cuatro días antes de la fecha límite, y antes de entregarlo se lo enseñó a todo el mundo.

—Está muy bien, Bun —dijo Charles, cauteloso.

—Gracias, gracias.

—¿Pero no crees que tendrías que mencionar a John Donne más a menudo? ¿No era ése el tema?

—Ah, Donne —dijo Bunny, burlón—. No quiero meterlo en esto.

Henry se negó a leerlo.

—En serio, Bunny, creo que escapa a mi entendimiento —dijo, echando un vistazo a la primera página—. Oye, ¿cómo lo has mecanografiado?

—A triple espacio —contestó Bunny, orgulloso.

—Pero si los espacios tienen casi tres centímetros.

—Es como una especie de verso libre, ¿no te parece?

—Henry hizo un curioso ruido con la nariz.

—Es como una especie de menú —dijo.

Lo único que recuerdo de aquel trabajo es que terminaba con la frase: «Dejamos a Donne y a Walton a orillas del metahemeralismo y nos despedimos, emocionados, de aquellos famosos compinches de antaño.» Nos preguntábamos si le suspenderían. Pero Bunny no estaba preocupado: el esperado viaje a Italia, ahora lo suficientemente inminente para proyectar la oscura sombra de la torre de Pisa sobre su cama por la noche, lo había sumido en un estado de intensa agitación, y estaba ansioso por

marcharse de Hampden cuanto antes y liquidar sus compromisos familiares para poder partir.

Me preguntó si quería ayudarle a hacer las maletas, ya que yo no tenía nada que hacer. Le dije que sí, y lo encontré vaciando los cajones en las maletas, con ropa por todas partes. Descolgué cuidadosamente un grabado japonés que había en la pared y lo dejé sobre el escritorio. «No toques eso —me gritó Bunny; dejó caer el cajón de su mesilla de noche en el suelo y se abalanzó sobre mí para quitarme el cuadro de las manos—. Tiene más de doscientos años.» Pero resulta que yo sabía que aquello no era cierto, pues pocas semanas atrás le había visto recortarlo cuidadosamente de un libro de la biblioteca; no le dije nada, pero estaba tan irritado que me marché inmediatamente, sin atender a las parcas excusas que su orgullo le permitía. Más tarde, cuando Bunny ya se había marchado, encontré una torpe nota de disculpa en mi buzón, que envolvía un ejemplar de bolsillo de los poemas de Rupert Brooke y una caja de caramelos Júnior Mints.

Henry partió deprisa y sigilosamente. Una noche nos dijo que se iba, y a la mañana siguiente ya se había marchado. (¿A St. Louis? ¿A Italia? Nadie lo sabía.) Francis se marchó al día siguiente, y hubo largas y elaboradas despedidas: Charles, Camila y yo, de pie en el bordillo de la carretera, con la nariz roja y las orejas heladas, mientras Francis nos gritaba con la ventanilla bajada y el motor en marcha y grandes nubes de humo blanco envolviendo al Mustang durante más de tres cuartos de hora.

Lo que más me apenaba era que se marcharan los gemelos, tal vez porque iban a ser los últimos en irse. Cuando los bocinazos de Francis se desvanecieron en la nevada y silenciosa distancia, volvimos caminando a su casa, sin hablar demasiado, por el camino que atravesaba el bosque. Cuando Charles encendió la luz vi que el apartamento estaba increíblemente ordenado: el fregadero vacío, los suelos encerados y una hilera de maletas junto a la puerta.

Los restaurantes habían cerrado aquel día a mediodía; estaba nevando y oscurecía, y no teníamos coche; la nevera, recién fregada y con olor a Lysol, estaba vacía. Nos sentamos a la mesa de la cocina e hicimos una triste cena improvisada a base de sopa de champiñones en lata, galletas saladas y té sin azúcar ni leche. El tema principal de conversación era el itinerario de Charles y Camila: cómo se apañarían con el equipaje, a qué hora debían llamar al taxi para coger el tren de las seis y media. Yo participé en la charla viajera, pero una honda melancolía que me acompañaría durante semanas había empezado a instalarse a mi alrededor; el sonido del coche de Francis, disminuyendo hasta desaparecer en la nevada y sorda distancia, seguía en mis oídos, y por primera vez me di cuenta de lo solo que iba a estar en los próximos dos meses, con la escuela cerrada, con todo nevado y desierto.

Me habían dicho que no me molestara en ir a despedirlos a la mañana siguiente porque iban a salir muy temprano, pero de todos modos allí estaba yo otra vez a las cinco para decirles adiós. Era una mañana negra, sin nubes, incrustada de estrellas; el termómetro que había en el porche del Commons había bajado a cero. El taxi, envuelto en una nube de humo, esperaba delante. El taxista acababa de cerrar el maletero, lleno de equipaje hasta los topes, y Charles y Camila estaban cerrando la puerta tras ellos. Estaban demasiado preocupados e inquietos como para alegrarse demasiado de mi presencia.

No eran buenos viajeros: sus padres habían muerto en un accidente de coche, cuando cubrían el trayecto a Washington un fin de semana, y cuando tenían que ir a algún sitio se ponían muy nerviosos días antes.

Además, se estaban retrasando. Charles dejó su maleta en el suelo para darme la mano. «Feliz Navidad, Richard. No te olvides de escribirnos», me dijo, y corrió hacia el taxi. Camila arrojó a la nieve las dos enormes bolas con las que se estaba peleando y dijo: «Mierda, no podremos meter todo el equipaje en el tren.»

Respiraba entrecortadamente, y tenía las mejillas encendidas; yo jamás había visto a ninguna mujer tan enloquecedoramente hermosa como ella en aquel momento. Me quedé de pie parpadeando como un estúpido, notando el latido de mi corazón, y mis cuidadosamente ensayados planes de darle un beso de despedida olvidados, cuando,

inesperadamente, ella saltó y me abrazó. Su ronca respiración sonó en mi oído, y cuando un momento después apoyó su mejilla contra la mía, la noté fría como el hielo; cogí su mano enguantada y noté el rápido pulso en su delgada y desnuda muñeca, bajo mis pulgares.

El taxista hizo sonar la bocina y Charles sacó la cabeza por la ventanilla:

—¡Venga! —gritó.

Bajé a la acera y me quedé bajo la farola viendo cómo se alejaban. Iban en el asiento trasero, mirando hacia atrás por el cristal y diciéndome adiós con la mano. Me quedé de pie observándolos, y observando al fantasma de mi propio reflejo, distorsionado y cada vez más pequeño, en la curva del oscuro cristal, hasta que el taxi dobló en una esquina y desapareció.

Me quedé en aquella calle desierta hasta que no pude oír el ruido del motor, sólo el silbido del polvo de nieve que el viento arrastraba formando pequeños remolinos en el suelo. Y entonces inicié el regreso al campus, con las manos en los bolsillos y con el insoportable crujido de mis pasos. Las residencias estaban silenciosas y oscuras, y en el amplio aparcamiento que había detrás de la pista de tenis sólo había unos cuantos coches del personal y un solitario camión verde de mantenimiento. Los pasillos de mi edificio estaban llenos de cajas de zapatos y colgadores; las puertas, entreabiertas, y todo estaba oscuro y en silencio como una tumba. Jamás me había sentido tan deprimido. Bajé las persianas y me estiré en mi cama, deshecha, y me dormí otra vez.

Mis pertenencias eran tan escasas que podía llevarlas en un único viaje. Volví a despertarme hacia mediodía, hice las dos maletas y, tras dejar mi llave en la cabina de seguridad, las arrastré por la calle desierta y nevada hacia la dirección que el hippie me había dado por teléfono.

Estaba más lejos de lo que imaginaba, y pronto tuve que dejar la carretera principal para atravesar un campo particularmente desolado, cerca del monte Cataract. Caminaba siguiendo un río rápido y poco profundo, el Battenkill, cuyo curso estaba atravesado aquí y allá por puentes cubiertos. Había muy pocas casas, y hasta aquellas siniestras y horribles casas portátiles que tanto abundan en las zonas apartadas de Vermont, con enormes montañas de leña a un lado y un humo negro saliendo a borbotones por las chimeneas, escaseaban. No había ni rastro de coches, salvo algún que otro vehículo abandonado y apuntalado sobre cuatro ladrillos en el patio de alguna casa.

En verano habría sido un paseo agradable, aunque largo, pero en diciembre, medio metro de nieve y dos maletas pesadas, ni siquiera estaba seguro de que fuera a conseguirlo. Con los dedos de las manos y los pies congelados, tenía que pararme a descansar de vez en cuando, pero poco a poco el campo fue perdiendo su aire desierto y finalmente la carretera apareció donde me habían indicado: Prospect Street, en East Hampden.

Nunca había visto aquella parte de la ciudad, que no guardaba semejanza con la que yo conocía —arces, fachadas revestidas con tablillas, jardines públicos y el reloj del Palacio de Justicia—. Este otro Hampden era una arrasada extensión de depósitos de agua, vías de tren oxidadas, almacenes derruidos, y fábricas con las puertas tapiadas y las ventanas rotas. Era como si todo hubiera estado abandonado desde la Depresión, excepto un sórdido barucho que había al final de la calle y que, a juzgar por los camiones que había aparcados enfrente, trabajaba mucho, pese a ser muy temprano. Sobre los letreros de neón con anuncios de cerveza colgaban tiras de lucecitas navideñas y de acebo de plástico; eché un vistazo al interior y vi a una hilera de hombres con camisas de franela apoyados en la barra, con vasos de cerveza y de whisky delante, y, hacia el fondo del local, un grupo de jóvenes con gorras de béisbol apiñados alrededor de una mesa de billar. Me quedé detrás de la puerta, forrada de vinilo rojo, y miré un poco más por la portilla superior. ¿Y si entraba y le pedía a alguien que me indicara el camino, me tomaba algo y entraba en calor? Decidí hacerlo, y cuando puse la mano sobre el mugriento pomo de latón de la puerta reparé en el nombre del local, escrito en la ventana: Boulder Tap. Según los noticiarios locales, el Boulder Tap era el epicentro de la poca delincuencia que había en

Hampden: apuñalamientos, violaciones... Y jamás ni un solo testigo. No era precisamente el lugar más indicado para que un universitario perdido del barrio alto se parara, solo, a tomarse algo.

Pero al fin y al cabo no me costó demasiado averiguar dónde vivía el hippie. Uno de los almacenes, situado junto al río, estaba pintado de violeta.

Finalmente me abrió la puerta. Lo hizo de mala gana, como si lo hubiera despertado. «La próxima vez entra sin llamar, tío», me dijo, malhumorado. El tipo, bajo y gordo, con una camiseta con manchas de sudor y barba pelirroja, tenía aspecto de haberse pasado más de una noche con sus amigos alrededor de la mesa de billar del Boulder Tap. Me señaló la habitación que me correspondía, al final de una escalera de hierro (sin barandilla, naturalmente), y desapareció sin pronunciar palabra.

Era una habitación cavernosa y polvorienta con suelo de tablones y techo alto con las vigas vistas. Había un tocador roto y una silla de respaldo alto en un rincón, pero por lo demás el mobiliario se reducía a un cortador de césped, un bidón de aceite viejo y oxidado, y una mesa de caballete llena de papel de lija y herramientas de carpintería y unos cuantos trozos de madera que podían ser dermatoesqueletos de mandolinas. Serrín, clavos, envoltorios de alimentos y colillas de cigarrillo, *Playboys* de los setenta tiradas por el suelo; los cristales de las ventanas estaban helados y mugrientos.

Una a una, dejé caer las maletas de mis entumecidas manos; por un momento noté también mi mente entumecida, registrando aquellas impresiones sin hacer comentarios. Y de pronto oí un ruido agobiante, como un rugido. Me acerqué a las ventanas de la parte trasera y me asomé: vi una gran extensión de agua, apenas un metro más abajo. Un poco más allá, vi cómo el agua golpeaba un dique, y cómo saltaba la espuma. Intenté limpiar un trozo de cristal con la mano para ver mejor, y entonces me di cuenta de que también mi aliento era blanco, incluso allí dentro.

De pronto, me cayó encima algo que sólo puedo definir como un chorro helado, y miré hacia arriba. Había un enorme agujero en el techo; vi un cielo azul, una nube desplazándose de izquierda a derecha, a través del borde negro y mellado. Justo debajo había un delgado montoncito de nieve, que reproducía a la perfección la forma del agujero del techo, e intacto salvo por la firme silueta de una huella, la mía.

Mucha gente me preguntó después si se me había ocurrido pensar en los peligros a que me exponía pasando los meses más fríos del año en un edificio sin calefacción en el norte de Vermont, y para ser franco he de decir que no. Tenía vagamente presentes las historias que había oído sobre borrachos, sobre ancianos, sobre esquiadores temerarios que habían muerto congelados, pero todo aquello no parecía tener nada que ver conmigo. Mi habitación era incómoda, desde luego; guarra y fría, pero lo cierto es que nunca llegué a considerarla peligrosa. Yo no era el primer estudiante que se alojaba allí; el hippie también vivía en aquel edificio; me lo había dicho una recepcionista de la Student Referral Office. Lo que yo no sabía era que la habitación del hippie tenía calefacción, y que los anteriores estudiantes que habían vivido allí se habían llevado estufas y mantas eléctricas. Además, el agujero del techo era una novedad, de la que la Student Referral Office no tenía noticia. Supongo que si alguien hubiera sabido todos los detalles me habría advertido, pero resulta que nadie los conocía. Me daba tanta vergüenza vivir donde vivía, que no le había dicho a nadie dónde me alojaba, ni siquiera al doctor Roland; el único que lo sabía todo era el hippie, pero a él no le preocupaba en absoluto nada que no tuviera que ver directamente con su bienestar.

Me despertaba temprano, cuando todavía estaba oscuro, envuelto en mis mantas, en el suelo (dormía con dos o tres jerseys, calzoncillos largos, pantalones de lana y abrigo) y me iba caminando, tal como estaba, hasta el despacho del doctor Roland. El camino era largo, y a veces, cuando nevaba o hacía viento, angustioso. Llegaba helado y exhausto al Commons justo cuando el portero estaba abriendo las puertas. Entonces bajaba al sótano a ducharme y afeitarme en una sala bastante siniestra que no se utilizaba —paredes de azulejos, cañerías vistas, un desagüe en el suelo— y que

durante la Segunda Guerra Mundial había servido de enfermería. Los porteros utilizaban los grifos para llenar los cubos de limpieza, de modo que todavía había agua, e incluso un radiador. Yo guardaba una maquinilla de afeitar, jabón, y una toalla discretamente doblada en el fondo de uno de los armarios vacíos con puerta de espejo. Luego me preparaba una lata de sopa y un café instantáneo en el hornillo de la oficina de ciencias sociales, y cuando llegaban el doctor Roland y las secretarias, yo llevaba un buen rato trabajando.

El doctor Roland, que a aquellas alturas ya estaba acostumbrado a mis faltas a clase, a mis frecuentes excusas y a mi incapacidad de terminar las tareas en el tiempo previsto, estaba sorprendido y sospechaba de aquel súbito ataque de laboriosidad. Elogiaba mi trabajo y me interrogaba concienzudamente; en varias ocasiones le oí hablar de mi metamorfosis con el doctor Cabrini, el director del Departamento de Psicología, el único profesor del edificio que no se había marchado. Estoy seguro de que al principio pensó que todo aquello era otro de mis trucos. Pero a medida que iban pasando las semanas, y como cada día de trabajo entusiasta añadiera una estrella de oro más a mi brillante historial, empezó a creérselo, al principio tímidamente, pero al final triunfante. Hasta me aumentó el sueldo, a principios de febrero. Es posible que su conductismo le hiciera pensar que con ello me motivaría aún más. Pero cuando terminó el trimestre de invierno y yo volví a mi cómodo cuartito de la Monmouth y a todas mis malas costumbres, lo lamentó.

Trabajaba en el despacho del doctor Roland todas las horas que podía, y luego iba a cenar al bar del Commons. Había noches afortunadas en que incluso había sitios a los que ir después, y yo repasaba meticulosamente los tablones de anuncios en busca de aquellas reuniones de Alcohólicos Anónimos, aquellas representaciones de *Brigadoon* en el instituto. Pero lo normal era que no hubiera nada, y el Commons cerraba a las siete, y sólo me quedaba mi largo camino a casa por la nieve y la oscuridad.

En el almacén pasaba más frío del que había pasado jamás y del que jamás he pasado después. Supongo que, si hubiera sido un poco sensato, habría salido y me habría comprado un radiador eléctrico, pero había llegado hacía sólo cuatro meses de una de las regiones más cálidas de América, y ni siquiera estaba seguro de que aquellos artefactos existieran. Nunca se me ocurrió que la mitad de la población de Vermont no estaba experimentando aquello que yo me imponía cada noche: un frío glacial que me hacía doler las articulaciones, un frío tan brutal que impregnaba mis sueños: témpanos de hielo, expediciones perdidas, las luces de aviones de rescate sobrevolando las cabrillas mientras yo forcejeaba, solo, en negros mares árticos. Por la mañana, al despertar, estaba tan tieso y dolorido como si me hubieran dado una *paliza*.. Pensaba que era por dormir en el suelo. Pero más adelante me di cuenta de que la verdadera causa de mi malestar era un intenso y despiadado temblor que hacía contraer mis músculos mecánicamente, como inducidos por un impulso eléctrico, toda la noche, cada noche.

Curiosamente, el hippie, que se llamaba Leo, estaba molesto porque yo no dedicaba más tiempo a tallar mandolinas y a alabear maderas y a todas aquellas cosas que se suponía debía hacer. «Te estás pasando, tío —se quejaba cada vez que me veía—. A Leo nadie le toma el pelo. *Nadie.*» Se le había metido en la cabeza que yo había estudiado fabricación de instrumentos y que estaba capacitado para hacer todo tipo de trabajos técnicos y complejos, aunque yo nunca le había dicho tal cosa. «Tú me lo dijiste —insistía cada vez que yo pretextaba mi ignorancia—. Me lo dijiste. Me dijiste que te habías pasado un verano en las Blue Ridge Mountains haciendo dulcimers. En Kentucky.»

Yo no tenía respuesta para aquello. Estoy acostumbrado a tener que defender mis mentiras, pero las mentiras de los demás siempre me desconciertan. Lo único que podía hacer era negarlo y decir, con bastante sinceridad, que ni siquiera sabía lo que era un dulcimer. «Talla clavijas —me decía Leo con insolencia—. Barre.» A lo que yo contestaba que no podía tallar clavijas en unas habitaciones donde hacía tanto frío que ni siquiera podía sacarme los guantes. «Pues les cortas los dedos», reponía él, imperturbable. Nuestro contacto se limitaba a aquellos ocasionales acorralamientos en

el pasillo. Finalmente me di cuenta de que Leo, pese al gran amor profesado por las mandolinas, jamás pisaba el taller y por lo visto había dejado de hacerlo meses antes de mi llegada. Empecé a considerar que a lo mejor ni siquiera estaba al corriente del agujero del techo; un día cometí el error de mencionárselo. «Creía que ésa era una de las cosas que podrías arreglar», me contestó. Y era tan desgraciado que un domingo hasta llegué a intentarlo, con unos cuantos restos de madera de mandolina que encontré por allí. La pendiente del tejado era muy pronunciada, perdí el equilibrio y estuve a punto de caerme en el embalse; en el último momento conseguí sujetarme a una cañería de hojalata que milagrosamente aguantó mi peso. Logré salvarme con dificultad —me había cortado las manos con el metal oxidado, y tuve que ponerme la vacuna del tétanos—, pero el martillo y la sierra de Leo y los trozos de mandolina fueron a parar al agua. Las herramientas se hundieron, y seguramente Leo todavía no se ha dado cuenta de que han desaparecido, pero desgraciadamente los trozos de mandolina flotaron y consiguieron agruparse sobre el derramadero, justo bajo la ventana de la habitación de Leo. Y Leo, por supuesto, tuvo que decir lo que pensaba de aquello y de los universitarios a los que no les preocupaban las cosas de los demás, y que todo el mundo se pasaba la vida intentando tomarle el pelo.

Las Navidades pasaron discretamente, pero sin trabajo y con todo cerrado no tenía adonde ir a calentarme, salvo a la iglesia, unas cuantas horas. Luego volvía a casa y me envolvía en mi manta y me mecía, congelado, y pensaba en todas las Navidades soleadas de mi infancia: naranjas, bicicletas y hulahoops, y los oropeles verdes brillando bajo la cálida luz del sol.

De vez en cuando recibía una carta, dirigida al Hampden College. Francis me escribió una carta de seis páginas sobre lo aburrido y enfermo que estaba, en la que describía prácticamente todo lo que había comido desde que yo lo viera por última vez. Los gemelos, encantadores, me mandaron cajas de galletas que había hecho su abuela y cartas escritas en tintas alternas: negro para Charles y rojo para Camila. Hacia la segunda semana de enero recibí una postal de Roma, sin remitente. Era una fotografía de la Primaporta Augustus; junto a ella, Bunny había dibujado una caricatura muy ingeniosa de él y Henry con trajes de romanos (togas, pequeños anteojos redondos) mirando con curiosidad en la dirección señalada por el brazo extendido de la estatua. (César Augusto era el héroe de Bunny; nos había avergonzado a todos vitoreándolo espectacularmente cuando mencionaron su nombre durante la lectura de la historia de Belén según Lucas en la fiesta de Navidad del Departamento de Literatura. «Qué pasa —dijo cuando intentamos hacer que se callara—. Tendrían que haber puesto impuestos en todo el mundo.»

Todavía conservo aquella postal. El texto está en lápiz, como era de esperar. Con los años se ha puesto un poco borroso, pero todavía es bastante legible. No está firmado, pero su autoría es inconfundible:

> Richard, colega:
> ¿Ya te has helado? aquí hace bastante calor. Vivimos en una Penscione. Ayer en un restaurante pedí Conche por error era malísimo pero Henry se lo comió. Aquí son todos unos malditos católicos. Arrivaderci hasta pronto.

Francis y los gemelos me habían pedido con bastante insistencia mi dirección en Hampden. «¿Dónde vives?», decía Charles en tinta negra. «Eso, ¿dónde?», repetía Camila en rojo. (Empleaba un tono de rojo marroquí que a mí, que la añoraba desesperadamente, me recordaba la débil y encantadora ronquedad de su voz.) Como no podía darles ninguna dirección, ignoraba sus preguntas y en mis respuestas me extendía hablando de la nieve, de la belleza y de la soledad. A menudo pensaba en lo extraña que debía de parecerle mi vida a alguien que leyera aquellas cartas lejos de allí. La existencia que describían era impersonal y objetiva, global pese a lo impreciso, con grandes espacios en blanco que interrumpían al lector cada dos por tres; con algún que otro cambio de fechas y circunstancias, podrían haber sido atribuibles al Gautama.

Escribía aquellas cartas por la mañana, antes de irme a trabajar, en la biblioteca, y durante mis prolongadas sesiones de merodeo por el Commons, donde cada noche me quedaba hasta que el portero me echaba de allí. Daba la impresión de que toda mi vida estuviera compuesta de aquellas inconexas fracciones de tiempo, vagando de un lugar público a otro, como si esperara trenes que no llegaban nunca. Y, como uno de esos fantasmas que según dicen rondan de noche por las estaciones, preguntando a los transeúntes el horario del *Midnight Express* que descarriló veinte años atrás, me paseaba de luz en luz hasta aquella temida hora en que se cerraban todas las puertas y, saliendo del mundo del calor, de la gente y de las conversaciones lejanas, notaba cómo aquel frío tan familiar se agarraba de nuevo a mis huesos y entonces todo quedaba olvidado: el calor, las luces. Nunca había estado protegido del frío, jamás.

Me especialicé en hacerme invisible. Podía pasarme dos horas delante de un café, cuatro con una comida, sin que la camarera reparara en mi presencia. Cada noche, los porteros del Commons me echaban a gritos a la hora de cerrar, pero no creo que se dieran cuenta de que siempre se dirigían a la misma persona. Los sábados por la tarde, con mi capa de invisibilidad a los hombros, me sentaba en la enfermería, donde a veces pasaba hasta seis horas seguidas, leyendo plácidamente ejemplares de la revista *Yankee o* del *Reader's Digest,* sin que la recepcionista, el médico o el compañero de fatigas advirtieran mi presencia.

Sin embargo descubrí, como el Hombre Invisible de H. G. Wells, que mi don tenía su precio, que en mi caso, como en el suyo, tomaba la forma de una especie de oscuridad mental. Parecía que la gente no pudiera mirarme a los ojos, que intentara pasar a través de mí; mis supersticiones empezaron a convertirse en una especie de manía. Acabé convencido que en cualquier día uno de los vacilantes escalones metálicos que conducían a mi habitación cedería y yo caería y me rompería el cuello, o peor aún, una pierna; me congelaría o moriría de hambre antes de que Leo acudiera en mi ayuda. Un día subí la escalera con éxito y sin miedo mientras recordaba una vieja canción de Brian Eno *(«In New Delhi / And Hong Kong / They all know that it won't be long ...*»), y desde entonces tenía que cantarla cada vez que subía y bajaba.

Y cada vez que cruzaba el puente sobre el río, dos veces al día, tenía que pararme y hurgar en la nieve color café, al borde de la carretera, hasta que encontraba una piedra de un tamaño decente. Entonces me apoyaba en la helada barandilla y la arrojaba a la rápida corriente que burbujeaba sobre los moteados huevos de dinosaurio de granito que formaban el lecho. A lo mejor era una ofrenda al dios del río, por permitirme cruzar, o quizás un intento de demostrar que, pese a ser invisible, yo existía. Había sitios en que el agua era tan poco profunda y tan transparente que a veces oía el ruido de la piedra que había arrojado al dar contra el lecho del río. Agarrado con ambas manos a la helada barandilla, contemplaba el agua que se volvía blanca al golpear los cantos rodados y que burbujeaba sobre las piedras planas, me preguntaba lo que sentiría si me cayera y me abriera la cabeza contra una de aquellas brillantes rocas: un crujido espantoso, la repentina inconsciencia, los hilillos rojos veteando el agua cristalina.

Si me tiraba, ¿quién me encontraría en medio de aquel silencio blanco?, me preguntaba. ¿Me arrastraría el río por entre rocas, corriente abajo, hasta escupirme en aguas más tranquilas, detrás de la fábrica de tintes, donde alguna mujer me vería gracias a los faros de su coche mientras salía del aparcamiento a las cinco de la tarde? ¿O me quedaría atrapado, como los trozos de mandolina de Leo, entre unas piedras, en algún lugar tranquilo, esperando, con la ropa ondeando a mi alrededor, a que llegara la primavera?

Creo que aquello fue hacia la tercera semana de enero. La temperatura seguía bajando; mi vida, que hasta entonces sólo había sido solitaria y triste, se volvió insoportable. Iba y venía del trabajo diariamente, aturdido, a veces a diez o veinte bajo cero, a veces en medio de tormentas tan intensas que lo veía todo blanco y conseguía llegar a casa gracias a la valla de seguridad de la carretera. Una vez en casa, me envolvía en mis sucias mantas y me dejaba caer al suelo como un muerto. Los únicos momentos que no consumía con mis esfuerzos por escapar del frío estaban

consagrados a una morbosa fantasía estilo Poe. Una noche vi, en sueños, mi propio cadáver, con el cabello tieso y congelado y los ojos abiertos.

Llegaba al despacho del doctor Roland cada mañana puntualmente. Él, presunto psicólogo, no detectó ni una sola de las «diez señales de alerta del colapso nervioso», pese a estar cualificado para reconocerlas y enseñarlas. Lo que hacía era aprovecharse de mi silencio para hablar de fútbol, y sobre perros que había tenido de niño. Los escasos comentarios que me dirigía eran crípticos e incomprensibles. Me preguntó, por ejemplo, por qué no había actuado en ninguna obra de teatro, estando como estaba en el departamento de arte dramático. «¿Qué te pasa? ¿Eres tímido? Enséñales lo que vales.» En otra ocasión me confesó, con tono desenvuelto, que mientras estuvo en Brown había compartido habitación con el chico que vivía al final del pasillo. Un día me dijo que no sabía que mi amigo se hubiera quedado a pasar el invierno en Hampden.

—No tengo ningún amigo que se haya quedado en Hampden —le dije, y era la verdad.

—No deberías ahuyentar a tus amigos de esa forma. Las amistades que estás cultivando ahora son las mejores que jamás tendrás. Ya sé que no me crees, pero a mi edad empiezan a fallarte.

Por la noche, cuando volvía a casa, todo quedaba envuelto en blanco, y me daba la impresión de que yo no tenía pasado, ni recuerdos, de que llevaba toda la vida en aquel mismo tramo de carretera, luminosa y sibilante.

No sé exactamente qué me pasaba. Los médicos me diagnosticaron hipotermia crónica, agravada por una alimentación deficiente y un caso leve de neumonía, pero no sé si eso explica todas mis alucinaciones y mi confusión mental. Entonces ni siquiera me daba cuenta de que estaba enfermo: el clamor de mis desgracias más inmediatas apagaba cualquier síntoma, fiebre o dolor.

Porque estaba con el agua al cuello. Aquel enero fue el más frío que se había registrado en los últimos veinticinco años. Me aterrorizaba morir congelado, pero no tenía ningún sitio adonde ir. Supongo que habría podido preguntarle al doctor Roland si podía quedarme en el apartamento que él compartía con su novia, pero me daba tanta vergüenza hacerlo que prefería la muerte. No conocía a nadie más, y aparte de llamar a la puerta de extraños, no podía hacer gran cosa. Una noche, desesperado, intenté llamar a mis padres desde el teléfono público que había enfrente del Boulder Tap; caía aguanieve y yo estaba temblando con tal violencia que apenas podía meter las monedas en la ranura. No sabía lo que quería que me dijeran, aunque tenía la tímida esperanza de que me enviaran dinero o un billete de avión. Creo que imaginaba que desde la inhóspita Prospect Street me sentiría mejor simplemente con oír las voces de gente que estaba lejos de allí, en un lugar más cálido. Pero cuando mi padre contestó, al sexto o séptimo timbrazo, su voz, borracha e irritada, me provocó un nudo en la garganta, y colgué.

El doctor Roland volvió a mencionar a mi amigo imaginario. Esta vez lo había visto en la ciudad, caminando por una plaza a altas horas de la noche, cuando él iba a su casa.

—Ya le he dicho que no tengo ningún amigo aquí —insistí.

—Ya sabes a quién me refiero. Aquel clavel tan alto. Con gafas.

¿Alguien que se parecía a Henry? ¿O a Bunny?

—Debe de confundirse —le dije.

La temperatura descendió tanto que me vi obligado a pasar unas cuantas noches en el Catamount Motel. Era el único cliente del establecimiento, y mi única compañía era el desdentado viejo que lo llevaba; dormía en la habitación de al lado, y sus toses y sus escupitajos me impedían dormir. En mi puerta no había cerrojo, sólo uno de esos anticuados que se pueden abrir con una horquilla. La tercera noche tuve una pesadilla (una escalera cuyos escalones eran de diferente altura y profundidad; un hombre bajaba delante de mí, muy deprisa), y al despertarme oí un débil chasquido. Me incorporé en la cama y, horrorizado, vi que el pomo de la puerta giraba sigilosamente iluminado por la luz de la luna. «¿Quién hay ahí?», grité, y entonces se quedó quieto. Permanecí un buen rato despierto a oscuras. A la mañana siguiente me marché, pues

prefería una muerte más apacible en casa de Leo a que me asesinaran mientras dormía.

A principios de febrero hubo una tormenta terrible, acompañada de tendidos eléctricos derribados, conductores que quedaron atrapados en la nieve y, para mí, un montón de alucinaciones. El estruendo del agua, el silbido de la nieve, me traían voces que me susurraban: «Quédate echado», o «Vuélvete hacia la izquierda o te arrepentirás». Yo tenía la máquina de escribir colocada junto a la ventana del despacho del doctor Roland. Una tarde, cuando oscurecía, miré hacia el patio vacío y me sorprendió ver una figura oscura e inmóvil bajo una farola, de pie con las manos en los bolsillos de su abrigo oscuro y mirando hacia mi ventana. Estaba oscuro y nevaba intensamente. «¿Henry?», dije, y cerré los ojos hasta que empecé a ver estrellas. Al abrirlos de nuevo, no vi otra cosa que los copos de nieve cayendo en el brillante y vacío cono de luz.

Por la noche me tendía en el suelo y me echaba a temblar, observando los iluminados copos de nieve espolvoreando una columna a través del agujero del techo. Al borde de la estupefacción, mientras resbalaba por el pronunciado tejado de la inconsciencia, algo me decía en el último instante que si me dormía podía no despertar nunca más: luchaba hasta que conseguía abrir los ojos y de súbito la columna de nieve, que se elevaba, brillante y alta en su oscuro rincón, se me aparecía como una malvada amenaza, un mensajero de la muerte. Pero estaba tan cansado que no me importaba, e incluso mientras la miraba sentía cómo mi mano se iba soltando, y antes de que pudiera darme cuenta había resbalado y había caído en el oscuro abismo del sueño.

El tiempo empezaba a difuminarse. Seguía arrastrándome hasta el despacho, pero sólo porque allí no pasaba frío, y realizaba, aunque no sé cómo, las sencillas tareas que me encomendaban; pero la verdad es que no sé hasta cuándo habría podido seguir haciéndolo si no hubiera sucedido algo muy sorprendente.

Recordaré aquella noche mientras viva. Era viernes, y el doctor Roland iba a ausentarse de la ciudad hasta el miércoles siguiente. Para mí aquello significaba pasar cuatro días seguidos en el almacén, e incluso en mi aturdido estado era evidente que cabía la posibilidad de que muriera de frío.

Cuando cerraron el Commons me marché a casa. Había mucha nieve, y al poco rato noté que tenía las piernas insensibles hasta las rodillas. Cuando llegué al punto en que la carretera comunicaba con East Hampden, empecé a preguntarme seriamente si conseguiría llegar al almacén, y qué haría cuando llegara. En East Hampden todo estaba oscuro y desierto, hasta el Boulder Tap; la única luz en varios kilómetros a la redonda parecía ser la temblorosa bombilla de la cabina telefónica que había enfrente del bar. Me dirigí hacia ella, como si se tratara de un espejismo. Llevaba unos treinta dólares en el bolsillo, dinero más que suficiente para pagar un taxi que me llevara al Catamount Motel, a un desagradable cuartucho con una puerta que no se podía cerrar con llave y con quienquiera que fuera el que pudiera estar esperándome allí.

Me costaba articular las palabras, y la operadora no quería darme el número de una compañía de taxis.

—Tendrá que decirme el nombre de una *determinada* compañía —me dijo—. No estamos autorizadas a...

—No sé el nombre de ninguna compañía —repuse con voz poco clara—. Aquí no hay ningún listín telefónico.

—Lo siento, señor, pero no estamos autorizadas...

—Red Top —dije, desesperado, intentando adivinar algún nombre, inventármelo, lo que fuera—, Yellow Top, Town Taxi. Checker.

Supongo que al final acerté, o quizá fue que la operadora se compadeció de mí. Se oyó un chasquido, y luego una grabación que me dio un número. Lo marqué deprisa para no olvidarlo, tan deprisa que me equivoqué y perdí la moneda.

Me quedaba otra moneda en el bolsillo, la última. Me quité un guante y hurgué en el bolsillo con mis entumecidos dedos. Al final la encontré, pero cuando la tenía en la mano y estaba a punto de meterla en la ranura, se me escurrió entre los dedos y me

agaché para recogerla; me golpeé la frente contra la afilada punta de la bandeja metálica que había bajo el teléfono.

Permanecí unos minutos echado boca abajo sobre la nieve. Oía un ruido insistente: al caer, me había agarrado al auricular y lo había descolgado, y la señal del receptor sonaba muy distante.

Conseguí ponerme a cuatro patas. Me quedé mirando el sitio donde había tenido apoyada la cabeza, y vi una mancha oscura en la nieve. Me toqué la frente y me manché los dedos de sangre. Había perdido la moneda; además, ya no recordaba el número. Tendría que volver más tarde, cuando abrieran el Boulder Tap y pudiera pedir cambio. Me puse en pie con gran esfuerzo y dejé el auricular colgando del cable.

Logré subir la escalera, el primer tramo caminando y el resto a gatas. Me sangraba la frente. Al llegar al rellano me detuve para descansar, y noté que lo veía todo borroso: inmóvil, por un instante lo vi todo blanco; luego las líneas negras vacilaron y la imagen volvió, no muy definida pero reconocible. Cámara traqueteante, anuncio de pesadilla. Almacén de Mandolinas Leo. Última parada, el río. Alquileres bajos. Ténganos también en cuenta para todas sus necesidades de almacenamiento de carne en cámaras frigoríficas.

Empujé la puerta del taller con el hombro y empecé a palpar las paredes a ciegas en busca del interruptor, cuando de pronto vi algo junto a la ventana que me dejó atónito. Había una figura con un largo abrigo negro junto a la ventana, inmóvil, al otro lado de la habitación, con las manos a la espalda; junto a una de las manos distinguí la débil brasa de un cigarrillo encendido...

La luz se encendió, con un chisporroteo y un zumbido. La oscura figura, ahora sólida y visible, se dio la vuelta. Era Henry. Estaba a punto de soltar algún comentario gracioso, pero cuando me vio abrió mucho los ojos y se quedó embobado.

Nos quedamos un momento mirándonos el uno al otro.

—¿Eres tú, Henry? —dije por fin, y mi voz era poco más que un susurro.

Dejó caer el cigarrillo que tenía en la mano y dio un paso hacia mí. Era él: mojado, con las mejillas enrojecidas, con nieve en los hombros del abrigo.

—Dios mío, Richard —exclamó—. ¿Qué te ha pasado?

Fue la única vez que lo vi mostrarse sorprendido. Me quedé de pie donde estaba, mirándolo fijamente, vacilante. Lo veía todo demasiado brillante, con una aureola blanquecina. Intenté sujetarme al marco de la puerta, pero me caí, y Henry se adelantó para ayudarme.

Me dejó en el suelo y se sacó el abrigo para cubrirme con él. Lo miré de reojo y me sequé los labios con el dorso de la mano.

—¿De dónde sales? —le pregunté.

—Volví de Italia antes de lo previsto. —Me estaba apartando el cabello de la frente, intentando ver mi herida. Vi sangre en sus dedos.

—¿Te gusta mi apartamento nuevo? —pregunté, riendo.

Henry miró el agujero del techo.

—Sí —dijo bruscamente—. Se parece al Panteón. —Y volvió a inclinarse para examinarme la cabeza.

Recuerdo que estaba en el coche de Henry, y que había luces y gente que me miraba, y que me obligaban a incorporarme,, y también recuerdo que alguien quería extraerme sangre, y que yo me quejaba débilmente; pero lo que recuerdo con mayor claridad es que me incorporaba y me encontraba en una habitación blanca y débilmente iluminada, en una cama de hospital y con suero inyectado en el brazo.

Henry estaba sentado en una silla, junto a mi cama, leyendo a la luz de la lámpara de la mesilla. Cuando vio que me movía dejó el libro.

—La herida no es grave —me dijo—. Es poco profunda y limpia. Te han dado unos cuantos puntos.

—¿Dónde estoy? ¿En la enfermería?

—Estás en Montpelier. Te he traído al hospital.

—¿Para qué es este tubo?

—Tienes neumonía. ¿Quieres algo para leer? —dijo amablemente.

—No, gracias. ¿Qué hora es?

—La una de la madrugada.

—¿Pero tú no estabas en Roma?

—Volví hace un par de semanas. Si quieres volver a dormir, llamaré a la enfermera para que te ponga una inyección.

—No, gracias. ¿Por qué no te has dejado ver hasta ahora?

—Porque no sabía dónde vivías. La única dirección tuya que tenía era la de la escuela. Esta tarde estuve preguntando por los despachos.

—Por cierto —añadió—, ¿cómo se llama la ciudad donde viven tus padres?

—Plano. ¿Por qué?

—Pensé que tal vez querrías que los llamara.

—No te molestes —le dije, y me dejé caer de nuevo sobre la almohada. Notaba el frío del suero corriendo por mis venas—. Háblame de tu viaje.

—Está bien —accedió, y empezó a hablarme en voz baja sobre las maravillosas terracotas etruscas de la Villa Giulia, y de los estanques de nenúfares y las fuentes del *nymphaeum;* sobre la Villa Borghese y el Colosseum, la vista desde la Palatme Hill por la mañana temprano, y sobre lo bonitos que debieron de haber sido los Baños de Caracalla en los tiempos de los romanos, con aquellos mármoles y aquellas bibliotecas, y el gran *calidarium* circular, y el *frigidarium,* con su gran piscina vacía, que seguía allí, y seguramente de muchas otras cosas que no recuerdo porque me quedé dormido.

Pasé cuatro noches en el hospital. Henry estuvo conmigo casi continuamente; me traía sodas cuando se las pedía, y una maquinilla de afeitar y un cepillo de dientes, y un pijama suyo (algodón egipcio, muy sedoso, de color crema y maravillosamente suave, con las letras HMW (M de Marchbanks) bordadas en rojo sobre el bolsillo. También me trajo lápices y papel, que a mí de poco me servían, pero sin los que él se habría sentido perdido, y gran cantidad de libros, la mitad de ellos escritos en idiomas que yo no sabía leer y la otra mitad que ojalá lo hubieran estado. Una noche —me dolía la cabeza de leer a Hegel—, le pedí a Henry que me trajera una revista; se mostró bastante sorprendido, y volvió con un periódico comercial *(Pharmaco logy Update)* que encontró en una sala de espera. Apenas hablábamos. Él se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo, con una concentración que me parecía admirable; hasta seis horas seguidas, sin quitarle los ojos al libro. No me hacía ningún caso. Pero estuvo a mi lado las noches difíciles, cuando me costaba respirar y me dolían tanto los pulmones que no podía dormir; una vez, la enfermera de guardia tardó tres horas en traerme el medicamento, y él la siguió en silencio hasta el pasillo, donde le soltó, con su voz baja y monótona, una reprimenda tan seria y elocuente que la enfermera (una mujer desdeñosa y antipática, con el pelo teñido, con pinta de camarera vieja, y que trataba mal a todo el mundo) se quedó como apaciguada; y desde entonces, ella, que siempre me arrancaba los esparadrapos del suero sin ningún cuidado, y que me dejaba lleno de morados buscándome las venas, fue mucho más amable conmigo, y en una ocasión, mientras me tomaba la temperatura, hasta me llamó «guapo».

El médico me dijo que Henry me había salvado la vida. Aquello sonaba dramático y agradable —y yo se lo repetí a mucha gente—, pero yo creía que era una exageración. Sin embargo, con el paso de los años he llegado a la conclusión de que puede que el médico tuviera razón. Cuando era más joven, pensaba, como espero que hiciéramos muchos de nosotros, que era inmortal. Y aunque a corto plazo me recuperé deprisa, en un sentido más amplio nunca llegué a recuperarme de aquel invierno. Desde entonces siempre he tenido problemas pulmonares, y en cuanto refresca un poco me duelen los huesos, y ahora me constipo fácilmente, mientras que antes no me pasaba nunca.

Le conté a Henry lo que me había dicho el médico. Se disgustó. Frunció el ceño e hizo un seco comentario —la verdad es que me sorprende haberlo olvidado, porque me desconcertó bastante—, y no volví a mencionarlo. Pero creo que me salvó la vida. Y si en algún sitio hay una lista donde se lleva la cuenta de las buenas acciones, estoy seguro de que junto a su nombre hay una estrella dorada.

Pero me estoy poniendo sentimental. A veces me pasa, cuando pienso en estas cosas.

El lunes por la mañana me dieron el alta, y salí de allí con una caja de antibióticos y con el brazo lleno de pinchazos. Insistieron en llevarme hasta el coche de Henry en silla de ruedas, pese a que podía caminar y me ofendía que me llevaran como si fuera un paquete.

—Llévame al Catamount Motel —le dije a Henry cuando llegamos a Hampden.

—No. Vendrás conmigo —dijo él.

Henry vivía en el primer piso de una casa antigua de Water Street, en North Hampden, muy cerca de donde vivían Charles y Camila, y aún más cerca del río. No le gustaba que fuera gente a su casa. Yo sólo había estado allí una vez, y sólo un par de minutos. El piso era mucho mayor que el apartamento de Charles y Camila, y estaba mucho más vacío. Las habitaciones eran grandes y anónimas, con suelos de parqué ancho y sin cortinas en las ventanas, y paredes de yeso pintadas de blanco. Los muebles, aunque evidentemente buenos, estaban estropeados, y no había muchos. En general, el piso tenía un aire fantasmal y deshabitado; y en algunas habitaciones no había absolutamente nada. Los gemelos me habían dicho que a Henry no le gustaban las lámparas eléctricas, y vi unas cuantas lámparas de queroseno en los alféizares.

En mi anterior visita, el dormitorio de Henry estaba cerrado, sin duda intencionadamente. Allí estaban sus libros —no tantos como cabía esperar—; había una cama individual y poca cosa más, salvo un armario cerrado con un ostentoso candado. En la puerta del armario había una fotografía en blanco y negro de una revista vieja *(Life,* 1945). Era una foto de Vivien Leigh y, para mi sorpresa, de un Julian mucho más joven. Estaban en un cóctel, con las copas en la mano: él le susurraba algo al oído y ella reía.

—¿Dónde está hecha? —le pregunté a Henry.

—No lo sé. Julian dice que no se acuerda. De vez en cuando tropiezas con una fotografía suya en una revista vieja.

—¿Por qué?

—Julian conocía a mucha gente.

—¿A quién?

—La mayoría ya están muertos.

—*¿Quién?*

—No lo sé, Richard. De verdad —me contestó. Pero cedió—: He visto fotos en que sale con los Sitwell. Y con T. S. Elliot. Y hay otra muy graciosa en que está con aquella actriz... no recuerdo su nombre. Ya está muerta. —Pensó un momento— . Era rubia —añadió—. Me parece que estaba casada con un jugador de béisbol.

—¿Te refieres a Marilyn Monroe?

—Puede ser. La fotografía no era muy buena. Era de un periódico.

—Al parecer, mientras yo estaba ingresado Henry había ido a casa de Leo a recoger mis cosas. Mis maletas estaban a los pies de la cama.

—Henry, no quiero dormir en tu cama. ¿Dónde vas a dormir tú?

—En una de las habitaciones traseras hay una cama de esas que salen de la pared —dijo—. No sé cómo se llaman. Nunca la he utilizado.

—¿Y por qué no me dejas dormir a mí en ésa?

—No. Siento curiosidad por saber cómo se duerme. Además, de vez en cuando va bien cambiar de cama. Creo que tienes sueños más interesantes.

Mi intención era quedarme sólo unos días con Henry —al lunes siguiente volví al despacho del doctor Roland—, pero acabé quedándome hasta que se reanudaron las clases. No entendía por qué había dicho Bunny que era difícil vivir con Henry. Era el mejor compañero de piso que jamás he tenido: era tranquilo y ordenado, y pasaba la mayor parte del tiempo en la parte de la casa que le correspondía. Henry casi nunca estaba en casa cuando yo volvía del trabajo; nunca me decía dónde

había ido, y yo nunca se lo preguntaba. Pero a veces, al llegar a casa me encontraba la cena hecha —no era tan buen cocinero como Francis, y sólo sabía hacer platos sencillos, pollo asado con patatas, comida de soltero— y nos sentábamos a la mesa de la cocina, donde comíamos y charlábamos.

Por entonces yo había aprendido a no meterme en sus asuntos, pero una noche, vencido por la curiosidad, se lo pregunté:

—¿Sigue Bunny en Roma?

Tardó un rato en contestarme.

—Supongo —dijo, y soltó el tenedor—. Seguía allí cuando yo me marché.

—¿Por qué no volvió contigo?

—Creo que no quería irse. Yo había pagado el alquiler hasta febrero.

—¿Te hizo pagar a ti el alquiler?

Henry comió otro bocado.

—Mira —dijo, una vez hubo masticado y tragado—, aunque Bunny te diga lo contrario, la verdad es que ni él ni su padre tienen un centavo.

—Creía que sus padres eran ricos —dije, sorprendido.

—No exactamente —repuso Henry con calma—. Puede que lo fueran, pero hace mucho tiempo. Esa horrible casa debió de costarles una fortuna, y se jactan de pertenecer a no sé cuántos clubes náuticos y clubes de campo y de enviar a sus hijos a colegios caros, pero por culpa de eso están hasta el cuello de deudas. Puede que parezcan ricos, pero no tienen ni un céntimo. Creo que el señor Corcoran está poco menos que arruinado.

—Pero Bunny da la impresión de vivir muy bien.

—Desde que lo conozco, Bunny jamás ha tenido ni cinco en el bolsillo —dijo Henry con aspereza—. Y tiene unos gustos muy caros. Es una lástima.

Acabamos de cenar en silencio.

—Si yo fuera el señor Corcoran —añadió Henry al cabo de un rato—, habría metido a Bunny en mi negocio o le habría hecho aprender un oficio después del instituto. Bunny no tiene nada que hacer en la universidad. No aprendió a leer hasta los diez años.

—Dibuja bien —dije.

—Sí, eso es verdad. Verdaderamente no tiene madera de estudiante. Tendrían que haberlo puesto de aprendiz con un pintor cuando era más joven en lugar de enviarlo a todos esos colegios caros para aprender tonterías.

—Me mandó una caricatura muy buena; vosotros dos junto a una estatua de César Augusto.

Henry emitió un quejido de desesperación.

—Fue en el Vaticano —dijo—. Se pasaba el día haciendo comentarios en voz alta sobre los latinos y los católicos.

—Suerte que no sabe hablar italiano.

—Cuando íbamos a un restaurante y pedía los platos más caros del menú lo hablaba bastante bien —dijo Henry con sarcasmo.

Supuse que lo más sensato era cambiar de tema, y así lo hice.

El sábado anterior al inicio de las clases, estaba echado en la cama de Henry leyendo un libro. Henry se había marchado antes de que me despertara. De pronto oí que alguien golpeaba la puerta. Pensé que Henry había olvidado la llave y me levanté para abrir.

Era Bunny. Llevaba gafas de sol y un traje italiano, nuevo y llamativo, que no se parecía en nada a los pingos deformes de *tweed* que llevaba habitualmente. Además, había engordado unos diez kilos. Se sorprendió al verme.

—Hombre, Richard —dijo, y me dio la mano con cordialidad—. *Buenos días.* Me alegro de verte. No he visto el coche, pero acabo de llegar a la ciudad y se me ocurrió parar. ¿Dónde está el amo?

—No está en casa.

—¿Y qué haces tú aquí? ¿Allanamiento de morada?

—He pasado unos días aquí. Recibí tu postal.

—¿Vives aquí? —preguntó, mirándome de una forma rara—. ¿Porqué?

Me extrañó que no lo supiera.

—He estado enfermo —dije, y le expliqué por encima lo que había pasado.

—Uf —dijo Bunny.

—¿Te apetece un café?

Atravesamos el dormitorio en dirección a la cocina.

—Por lo visto, aquí estás como en tu casa —me dijo con aspereza, mirando mis pertenencias en la mesilla de noche y mis maletas en el suelo—. ¿Sólo tienes café americano?

—¿Qué quieres decir? ¿Folger's?

—Me refiero a si tienes *espresso.*

—Ah. No, lo siento.

—Me he aficionado al espresso —explicó—. En Italia no bebía otra cosa. Está lleno de sitios para sentarte a tomar café.

—Ya.

Se quitó las gafas de sol y se sentó a la mesa.

—¿Tienes algo decente para comer? —preguntó, echándole un vistazo al interior de la nevera cuando abrí la puerta para coger la leche—. Todavía no he almorzado.

Abrí la puerta del todo para que pudiera mirar.

—Mira, un poco de queso —dijo.

Corté una rebanada de pan y le preparé un bocadillo de queso, pues Bunny no parecía dispuesto a levantarse y hacérselo él mismo. Luego serví el café y me senté.

—Cuéntame algo de Roma —dije.

—Fabulosa —repuso Bunny con la boca llena—. La ciudad eterna.

—Muchas obras de arte. Iglesias por todas partes.

—¿Qué has visto?

—Montones de cosas. Es difícil recordar todos los nombres, ¿sabes? Cuando me marché hablaba el idioma como un nativo.

—A ver, di algo.

Bunny accedió, juntando el pulgar y el índice y agitándolos en el aire para enfatizar sus palabras, como un cocinero francés en un anuncio de televisión.

—Suena bien —dije—. ¿Qué significa?

—Significa «Camarero, tráigame los platos típicos de la región» —dijo, y atacó el bocadillo.

Oí el leve ruido de una llave girando en la cerradura y a continuación un portazo. Unos pasos se dirigieron tranquilamente hacia el otro extremo del apartamento.

—¿Henry? —bramó Bun—. ¿Eres tú?

Los pasos se detuvieron. Luego fueron muy deprisa hacia la cocina. Cuando llegó a la puerta, Henry se paró y se quedó mirando a Bunny con rostro inexpresivo.

—Ya me imaginaba que serías tú —dijo.

—Hombre, hola —dijo Bunny con la boca llena, recostado en la silla—. ¿Qué tal, chico?

—Muy bien —contestó Henry—. ¿Y tú?

—Me he enterado de que ahora te dedicas a acoger a los enfermos —dijo Bunny guiñándome un ojo—. ¿Acaso tienes remordimientos de conciencia? ¿Pensaste que te convenía hacer un par de buenas acciones?

Henry no contestó, y estoy convencido de que en aquel momento a cualquiera que no lo conociera le habría parecido perfectamente impasible, pero yo me daba cuenta de que estaba bastante nervioso. Cogió una silla y se sentó. Luego se levantó y fue a servirse una taza de café.

—Si no te importa, yo también tomaré un poco más —dijo Bunny—. Que alegría me da estar otra vez en casa. Hamburguesas crepitando en una barbacoa, y todo eso. La Tierra de las Oportunidades. Larga vida.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Llegué a Nueva York ayer por la noche.

—Lamento no haber estado aquí cuando has llegado.

—¿Dónde estabas? —preguntó Bunny con desconfianza.

—En el colmado. —Eso era mentira. Yo no sabía dónde había estado, pero desde luego no se había pasado cuatro horas haciendo la compra.

—¿Dónde está la compra? —quiso saber Bunny—. Puedo ayudarte a entrar las bolsas.

—He pedido que me la traigan.

—¿Desde cuándo hacen reparto a domicilio en Food King? —dijo Bunny, sorprendido.

—No he ido al Food King —puntualizó Henry.

Me levanté con intención de volver al dormitorio. Me sentía incómodo.

—No, no te vayas —pidió Henry. Bebió un largo sorbo de café y dejó la taza en el fregadero—. Bunny, ojalá hubiera sabido que venías. Pero Richard y yo tenemos que irnos en seguida.

—¿Adonde?

—Tengo una cita en el centro.

—¿Con un abogado? —Bunny rió su propio chiste.

—No. Con el oculista. Por eso he venido —me dijo—. Espero que no te importe. Me van a poner gotas en los ojos, y no podré conducir.

—Claro que no —contesté.

—No tardaremos mucho. No hace falta que me esperes, puedes acompañarme y pasar a recogerme más tarde.

Bunny nos acompañó hasta el coche; nuestros pasos hacían crujir la nieve.

—Oh, Vermont —exclamó, respirando hondo y dándose unas palmadas en el pecho, como Oliver Douglas en la secuencia inicial de *Green Acres* —. El aire me sienta bien. ¿A qué hora volverás, Henry?

—No lo sé —dijo Henry. Me pasó las llaves y se dirigió a la portezuela del lado del pasajero.

—Es que me gustaría hablar un rato contigo.

—Bueno, ya hablaremos. Ahora tengo prisa, Bun.

—¿Esta noche?

—Si quieres —dijo Henry. Se metió en el coche y cerró la portezuela.

Una vez en el coche, Henry encendió un cigarrillo y guardó silencio. Desde que había vuelto de Italia fumaba mucho, casi un paquete diario, lo que era raro en él. Llegamos al centro, y hasta que aparqué frente a la consulta del oculista Henry no se movió. Me miró con una mirada vacía:

—¿Qué pasa?

—¿A qué hora quieres que pase a recogerte?

Henry miró por la ventanilla y vio el bajo edificio gris y el letrero de la fachada: Centro Oftalmológico de Hampden.

—Dios mío —dijo, soltando un resoplido y una amarga risita—. No pares.

Aquella noche me acosté temprano, hacia las once; unos sonoros e insistentes golpes en la puerta principal me despertaron a las doce. Permanecí en la cama escuchando un momento, y luego me levanté para ver quién era.

Me encontré a Henry, con su albornoz, en el oscuro pasillo, intentando ponerse las gafas; sujetaba una lámpara de queroseno que proyectaba largas y extrañas sombras en las estrechas paredes. Al verme se llevó un dedo a los labios. Nos quedamos en el pasillo, escuchando. La lámpara daba una luz misteriosa, y allí de pie, inmóviles, con nuestros albornoces, adormilados, con sombras oscilando por todas partes, me sentí como si acabara de despertarme de un sueño y estuviera en otro sueño todavía más remoto, en algún extraño refugio de guerra del inconsciente.

Permanecimos allí un buen rato, o eso me pareció a mí, mucho después de que se interrumpieran los golpes y de que oyéramos unos pasos alejarse. Henry me miró y continuamos inmóviles un rato más. «Creo que ya está», me dijo por fin; de repente se

volvió, y se marchó a su habitación con la lámpara bamboleándose en una mano. Me quedé un momento en la oscuridad, y luego volví a mi habitación y me acosté.

Al día siguiente, hacia las tres de la tarde, estaba planchando una camisa en la cocina cuando volvieron a llamar a la puerta. Salí al pasillo y me encontré con Henry.

—¿Te parece que pueda ser Bunny? —preguntó en voz baja.

—No —contesté. Aquellos golpes eran mucho más flojos; Bunny siempre golpeaba la puerta como si quisiera echarla abajo.

—Ve a la otra ventana, a ver si consigues ver quién es.

Fui a la habitación que daba a la calle y avancé con cautela hacia la pared; no había cortinas, y era difícil llegar a las ventanas sin arriesgarse a ser visto. Desde donde estaba lo único que veía era el hombro de un abrigo negro, con un pañuelo de seda agitándose al viento. Volví sigilosamente a la cocina, donde me esperaba Henry.

—No se ve muy bien, pero creo que es Francis —le dije.

—Bueno, supongo que puedes dejarlo entrar —dijo Henry, y se dio la vuelta y volvió hacia su habitación.

Fui a la parte delantera de la casa y abrí la puerta. Francis miraba hacia atrás por encima del hombro, supongo que preguntándose si sería mejor marcharse.

—Hola —le saludé.

Se dio la vuelta y me vio.

—¡Hola! —exclamó. Francis tenía el rostro más delgado y afilado que la última vez que lo había visto—. Pensaba que no había nadie.

¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—Pues te veo bastante desmejorado.

—Tú tampoco tienes muy buen aspecto —dije, riéndome.

—Anoche bebí mucho y me duele el estómago. Tienes que enseñarme esa horrible herida que tienes en la cabeza. ¿Crees que te quedará cicatriz?

Le acompañé a la cocina y aparté la tabla de la plancha para que pudiera sentarse.

—¿Dónde está Henry? —preguntó mientras se quitaba los guantes.

—En la parte de atrás.

Empezó a desanudarse la bufanda.

—Voy un momento a saludarle y vuelvo —dijo, y se escabulló.

Tardó mucho rato. Yo me había cansado de esperar y casi había terminado de planchar la camisa, cuando de pronto oí la voz de Francis, muy exaltada. Me levanté y fui al dormitorio, desde donde podía oír mejor lo que decía.

—... pensando? Dios mío, pero si está fuera de sí. ¿Cómo puedes decirme que ya sabes que sería capaz de...?

Entonces oí un murmullo. Era la voz de Henry. Y a continuación oí de nuevo a Francis.

—No me importa —dijo, acalorado—. Ahora sí que la has liado. Sólo llevo dos horas en la ciudad y ya... ¡No me importa! —contestó a un nuevo murmullo de Henry—. Además ya es un poco tarde para eso, ¿no te parece?

Silencio. Henry empezó a hablar, pero yo no podía distinguir sus palabras.

—¿Que no te gusta? ¿Que *a ti* no te gusta? —replicó Francis—. ¿Me lo dices a mí?

De pronto se interrumpió, y luego volvió a empezar, pero esta vez en voz baja.

Me dirigí sigilosamente a la cocina y puse a hervir agua para el té. Todavía estaba pensando en lo que acababa de oír cuando, varios minutos después, se oyeron pasos y Francis apareció en la cocina. Rodeó la tabla de la plancha para recoger sus guantes y su pañuelo.

—Perdona por las prisas —me dijo—. Tengo que descargar el coche y empezar a limpiar mi apartamento. Ese primo mío lo ha destrozado todo. No creo que sacara la basura ni una sola vez en todo el tiempo que ha estado aquí. ¿Me enseñas la herida?

Me aparté el cabello de la frente y se la enseñé. Hacía ya tiempo que me habían quitado los puntos, y apenas quedaba señal.

Francis se inclinó y la observó con sus quevedos.

—Madre mía, debo de estar ciego, no veo nada. ¿Cuándo empiezan las clases? ¿El miércoles?

—Creo que el jueves.

—Pues hasta el jueves —dijo, y se marchó.

Colgué mi camisa, fui al dormitorio y empecé a hacer las maletas. La Monmouth abría aquella tarde; quizá Henry me acompañara a la escuela en coche con mis maletas.

Cuando casi había terminado, Henry me llamó desde el otro extremo del piso.

—¿Richard?

—¡Sí!

—¿Puedes venir un momento, por favor?

Fui a su habitación. Estaba sentado en la cama plegable, con la camisa arremangada hasta los codos y un solitario sobre la manta. Tenía el cabello caído hacia el lado contrario, y vi la larga cicatriz que tenía en el nacimiento del pelo, dentada y fruncida, con trozos de piel blanca zigzagueando hasta el hueso de la frente. Henry me miró:

—¿Puedes hacerme un favor? —preguntó.

—Claro que sí.

Respiró profundamente por la nariz y se ajustó las gafas.

—Llama a Bunny y pregúntale si quiere venir a verme un momento, por favor —me pidió.

Estaba tan sorprendido que tardé un momento en reaccionar. Luego dije:

—Sí. En seguida.

Henry cerró los ojos y se frotó las sienes con las yemas de los dedos. Luego me miró y guiñó el ojo.

—Gracias —dijo.

—De nada, hombre.

—Si quieres llevarte tus cosas a la escuela esta tarde, puedes coger el coche —me dijo con tono neutro. Entendí lo que quería decirme.

—De acuerdo, gracias —dije.

Hice las maletas, las cargué en el coche y me las llevé a la Monmouth; me encargué de que los de seguridad me abrieran la habitación y entonces, una vez hecho todo esto, llamé a Bunny desde la cabina de abajo, media hora más tarde y cuando yo ya estaba a salvo.

CAPITULO 4

Yo pensaba, por alguna razón, que cuando volvieran los gemelos, cuando todos hubiéramos vuelto a instalarnos, cuando reabriéramos nuestros Liddell and Scott y cuando hubiéramos descifrado juntos un par de ejercicios de prosa griega, todos retornaríamos a la cómoda rutina del trimestre anterior y todo volvería a ser como antes. Pero me equivocaba.

Charles y Camila habían escrito diciendo que llegarían a Hampden en el último tren del domingo, hacia medianoche, y el lunes por la mañana, cuando la Monmouth empezó a llenarse de estudiantes que trajinaban sus esquís, sus estéreos y sus cajas de cartón, pensé que tal vez pasaran a verme, pero no lo hicieron. Tampoco tuve noticias suyas el martes. Ni de ellos, ni de Henry ni de nadie, y menos de Julian, que me había dejado un cordial mensaje en el buzón dándome la bienvenida a la escuela y pidiéndome que tradujera una oda de Píndaro para nuestra primera clase.

El miércoles fui al despacho de Julian para pedirle que me firmara mis impresos de matrícula. Julian se alegró de verme.

—Tienes buen aspecto —me dijo—, pero puede mejorarse. Henry me ha tenido informado de tu recuperación.

—¿Ah, sí?

—Me alegré de que volviera antes de tiempo —dijo Julian mientras examinaba mis papeles—, pero me sorprendió. Vino a mi casa directamente desde el aeropuerto, en plena tormenta de nieve, a altas horas de la noche.

Aquello me interesaba.

—¿Se quedó en tu casa? —pregunté.

—Sí, pero sólo unos días. Él también se había puesto enfermo. En Italia.

—¿Qué le pasaba?

—Henry no es tan fuerte como parece. Tiene problemas con la vista, y unos dolores de cabeza espantosos. A veces lo pasa muy mal... A mí no me parecía que estuviera bien para viajar, pero fue una suerte que no se quedara más tiempo en mi casa, o no te habría encontrado a ti. Cuéntame. ¿Cómo fuiste a parar a un sitio tan horrible? ¿Se negaron tus padres a darte dinero, o es que no querías pedírselo?

—No quería pedírselo.

—Entonces eres más estoico que yo —dijo riéndose—. Pero tus padres no parecen muy orgullosos de ti, ¿me equivoco?

—No, la verdad es que no están locos por mí.

—¿Y cómo es eso? Perdona que lo pregunte. En mi opinión tendrían que estar bastante contentos, y sin embargo estás más abandonado que un huérfano. Cuéntame —me dijo, mirándome a los ojos—, ¿cómo es que los gemelos no han venido a verme?

—Yo tampoco los he visto.

—¿Dónde pueden estar? Ni siquiera he visto a Henry. Sólo os he visto a ti y a Edmund. Francis me telefoneó, pero sólo hablamos un momento. Tenía prisa, me dijo que pasaría más tarde, pero no lo hizo... Me parece que Edmund no ha aprendido ni una palabra de italiano, ¿tú qué crees?

—Yo no hablo italiano.

—Yo tampoco. Ya no. Antes lo hablaba bastante bien. Durante una temporada viví en Florencia, hace ya casi treinta años. ¿Vas a ver a alguien esta tarde?

—Puede ser.

—No tiene mucha importancia, desde luego, pero los formularios de matrícula tendrían que estar en el despacho del decano esta tarde, y le va a molestar que todavía no se los haya enviado. A mí no me importa, pero si quiere él puede poneros las cosas difíciles a cualquiera de vosotros.

Yo estaba un poco enfadado. Los gemelos llevaban tres días en Hampden y no me habían dicho nada. Después de hablar con Julian, pasé por su apartamento, pero no estaban.

A la hora de cenar tampoco los encontré. No encontré a nadie. Imaginaba que por lo menos vería a Bunny, pero cuando pasé por su habitación antes de bajar al comedor vi a Marion cerrando la puerta. Me dijo, con tono oficioso, que ellos dos habían quedado y que volverían tarde.

Cené solo y volví a mi habitación por el nevado crepúsculo, con una amarga sensación de decepción, como si fuera la víctima de una broma pesada. A las siete llamé a Francis, pero no contestaba. Henry tampoco contestó.

Estuve leyendo griego hasta medianoche. Después de cepillarme los dientes y de lavarme la cara, cuando estaba a punto de acostarme, bajé y volví a llamar. Pero seguían sin contestar. Después de la tercera llamada recuperé la moneda y la lancé al aire. Y entonces se me ocurrió marcar el número de la casa de campo de Francis.

Tampoco allí contestaban, pero algo me hizo esperar un poco más de la cuenta, y finalmente, después de unos treinta timbrazos, se oyó un chasquido y Francis contestó con voz ronca: «¿Diga?» Su tono de voz era más grave de lo normal, pues intentaba camuflar su voz, pero no consiguió engañarme: Francis era incapaz de no contestar al teléfono, y yo ya le había oído utilizar aquella estúpida voz más de una vez.

«¿Diga?», repitió, y la impostada gravedad de su voz le tembló al final de la palabra. Apreté el botón del auricular y oí cómo la línea se cortaba.

Estaba cansado, pero no podía dormir; mi enfado y mi perplejidad iban en aumento, acompañados de una ridícula sensación de desasosiego. Encendí la luz y busqué entre mis libros hasta dar con una novela de Raymond Chandler que me había traído de casa. Ya la había leído, y pensé que con una o dos páginas me quedaría dormido, pero no recordaba el argumento, y antes de darme cuenta ya había leído cincuenta páginas, y luego cien.

Pasaron varias horas y seguía sin tener sueño. Los radiadores estaban al máximo de potencia y en mi habitación hacía mucho calor. Empecé a sentir sed. Acabé de leer un capítulo y luego me levanté, me puse el abrigo encima del pijama y salí a buscar una coca-cola.

El Commons estaba impecable y desierto. Todo olía a recién pintado. Atravesé la lavandería —inmaculada, bien iluminada, las paredes color crema extrañas sin la maraña de *graffiti* que se habían ido acumulando a lo largo del otoño— y compré una coca-cola en el fosforescente expendedor que zumbaba al final del pasillo.

Al dar la vuelta, me sorprendió oír una débil musiquilla procedente de los salones. El televisor estaba encendido; en la pantalla, enturbiada por las interferencias, Laurel y Hardy intentaban subir un majestuoso piano por una escalera interminable. Al principio me pareció que no había nadie, pero vi una cabeza rubia y despeinada recostada en el respaldo de uno de los sofás, orientado hacia el televisor.

Me acerqué y me senté.

—Hola, Bunny —dije—. ¿Cómo estás?

Bunny me miró con ojos vidriosos y le costó un poco reconocerme. Apestaba a alcohol.

—Hombre, Dickie —dijo con voz pastosa.

—¿Qué haces?

Bunny eructó.

—Si quieres saber la verdad, me encuentro bastante mal.

—¿Estás borracho?

—Nooo —dijo, malhumorado—. Gripe intestinal.

Pobre Bunny. Nunca reconocía que estaba borracho; siempre decía que le dolía la cabeza, o que tenía que ir al oculista a que le revisara la graduación de las gafas. La verdad es que lo hacía con muchas cosas. Una mañana, después de haber salido con Marion, apareció en el comedor con su bandeja llena de leche y donuts y cuando se sentó vi que tenía un enorme mordisco en el cuello. «¿Cómo te has hecho eso, Bun?», le pregunté. Se lo decía en broma, pero él se ofendió muchísimo. «Me he caído por la escalera», dijo, esquivo, y se comió sus donuts en silencio.

Le seguí la corriente con lo del dolor de barriga.

—A lo mejor has pillado algo en Italia —le dije.

—Puede ser.

—¿Has ido a la enfermería?

—No. No pueden hacer nada. Hay que dejar que la enfermedad siga su curso. Será mejor que no te me acerques demasiado.

Yo estaba sentado en el extremo opuesto del sofá, pero me aparté un poco más. Nos quedamos un rato viendo la televisión sin decir nada. Se veía muy mal. Ollie le había tapado los ojos a Stan con el sombrero; Stan daba vueltas en círculo, tropezando con todo, tirando desesperadamente de las alas del sombrero con ambas manos. Tropezó con Ollie, que le dio un golpe en la cabeza con la palma de la mano. Bunny estaba concentradísimo. Tenía la mirada fija en el televisor, y la boca ligeramente abierta.

—Bunny.

—Qué —contestó sin mirarme.

—¿Dónde están todos?

—Durmiendo, supongo —repuso con tono irritado.

—¿Sabes si los gemelos están por aquí?

—Supongo.

—¿Los has visto?

—No.

—¿Pero qué os pasa a todos? ¿Te has enfadado con Henry, o algo parecido?

No me contestó. En su rostro, que yo veía de perfil, no se dibujaba ninguna expresión. Por un momento me desanimé y volví a mirar el televisor.

—¿Os pasó algo en Roma? ¿Os peleasteis?

De pronto Bunny se aclaró la garganta ruidosamente, y pensé que iba a decirme que me metiera en mis asuntos, pero en cambio me señaló con el dedo y se aclaró de nuevo la garganta:

—¿Vas a beberte esa coca-cola?

Me había olvidado de ella por completo. Estaba sobre el sofá, aún sin abrir. Se la di; *él* abrió la lata, bebió un trago enorme y eructó.

—La pausa que te refresca —dijo, y luego añadió—: Te diré algo sobre Henry, amigo.

—Adelante.

Bebió otro trago y volvió a fijar la vista en la pantalla.

—Henry no es como tú piensas.

—¿Qué quieres decir? —pregunté después de una larga pausa.

—Quiero decir que no es como tú piensas —repitió Bunny, esta vez en voz más alta—. Ni lo que piensan Julian ni ningún otro. —Bebió un poco más del refresco—. A mí también me ha tenido engañado a base de bien.

—Ya —dije, indeciso, al cabo de otra larga interrupción. Empezaba a temerme que todo aquello pudiera ser un asunto sexual del que más valía no enterarme. Volví a mirar el perfil de Bunny: petulante, irritable, las gafas caídas en la punta de su afilada naricita, y una incipiente papada. ¿Habría intentado ligárselo Henry en Roma? Parecía increíble, pero era una hipótesis posible. Desde luego, si lo hubiera intentado se habría producido una hecatombe. No se me ocurría ninguna otra cosa que justificara todo aquel silencio y aquel misterio, ni que pudiera afectar tanto a Bunny. Él era el único de nosotros que tenía novia, y yo estaba prácticamente convencido de que se acostaba con ella; pero al mismo tiempo Bunny era increíblemente mojigato —susceptible, se ofendía con facilidad, hipócrita hasta la médula—. Además, había algo extraño en la forma en que Henry le pasaba de continuo dinero a Bunny: le pagaba las cuentas, le daba dinero de bolsillo como un marido hace con una esposa manirrota. Podía ser que Bunny se hubiera visto traicionado por su avidez, y que se hubiera llevado un disgusto al comprobar que la generosidad de Henry exigía ciertas condiciones.

Pero ¿las exigía? Sin duda tenía que haber condiciones, aunque yo no estaba seguro de que aquéllas fueran las correctas. Sí, claro, estaba lo del beso a Julian en el pasillo; pero aquello había sido muy diferente. Yo había vivido un mes con Henry, y durante aquel tiempo no hubo el más leve indicio de ese tipo de tensión que yo, más bien poco

dispuesto a ella, suelo captar rápidamente. Había detectado intensas ráfagas por parte de Francis, a veces alguna débil brisa por parte de Julian; y hasta Charles, del que sabía que le interesaban las mujeres, tenía cierta timidez inocente e infantil que un hombre como mi padre habría interpretado con alarma. Pero de Henry, nada. Cero absoluto. En todo caso, era Camila la que parecía atraerle más; hacia Camila se inclinaba amablemente cuando ella hablaba, y Camila era la principal destinataria de sus escasas sonrisas.

Y aun suponiendo que Henry tuviera una faceta que yo desconocía (lo cual era posible), ¿cómo podía sentirse atraído por *Bunny?* La respuesta a esta pregunta era inequívoca: imposible. Henry no se comportaba como si no se sintiera atraído por Bunny, sino como si apenas pudiese soportarlo. Todo parecía indicar que Henry, que aparentemente despreciaba a Bunny en todos los sentidos, lo habría despreciado todavía más en ése. En cierto modo, yo podía reconocer que Bunny era guapo, pero si lo examinaba de cerca e intentaba enfocarlo desde el punto de vista sexual, lo único que conseguía ver era un confuso miasma de camisas apestosas, músculos convertidos en grasa y calcetines sucios. Aunque a las chicas no parecieran importarles aquellas cosas, para mí Bunny poseía el mismo erotismo de un viejo entrenador de fútbol.

De pronto me sentí muy cansado. Me levanté. Bunny se quedó mirándome boquiabierto.

—Tengo sueño, Bun —le dije—. Hasta mañana.

—Espero no haberte contagiado, tío —dijo.

—Yo también —repuse. Sentía mucha lástima por él—. Buenas noches.

El jueves me levanté a las seis de la mañana porque quería estudiar un poco de griego, pero no encontraba mi Liddell and Scott por ninguna parte. Lo busqué hasta que de pronto recordé: estaba en casa de Henry. Lo había echado en falta mientras hacía las maletas: por algún extraño motivo no estaba con el resto de mis libros. Había llevado a cabo una apresurada pero bastante diligente búsqueda que finalmente abandoné, diciéndome que ya volvería a buscarlo en otro momento. Ahora me encontraba en un grave aprieto. Mis clases de griego no empezaban hasta el lunes, pero Julian me había dado bastante trabajo y la biblioteca todavía estaba cerrada, pues estaban cambiando los catálogos y pasándolos de Dewey decimal a Library of Congress.

Bajé y marqué el número de teléfono de Henry; tal como imaginaba, nadie contestó. Oí cómo repicaban y susurraban los radiadores del frío pasillo. Mientras dejaba sonar el teléfono, de pronto se me ocurrió una idea: podía acercarme a North Hampden y coger mi libro. Henry no estaba en su casa —por lo menos, eso me parecía— y yo tenía la llave. El tardaría un buen rato en llegar de casa de Francis. Si me daba prisa, podía llegar en menos de un cuarto de hora. Colgué y me dirigí corriendo hacia la puerta.

Era muy temprano, el apartamento de Henry parecía vacío y su coche no estaba ni delante del edificio ni en ninguno de los sitios de la calle donde solía aparcarlo cuando no quería que nadie supiera que estaba en casa. Pero de todas formas llamé para asegurarme. No obtuve respuesta. Hice girar la llave cautelosamente y entré, con la esperanza de no encontrármelo de pie en el recibidor con su albornoz, mirándome detrás de una puerta.

No había nadie, pero el apartamento estaba hecho un desastre: libros, papeles, tazas de café y copas de vino vacías; todo estaba cubierto por una fina capa de polvo, y el vino de las copas se había secado hasta convertirse en una mancha pegajosa y rojiza en el fondo. La cocina estaba llena de platos sucios, y la leche, que se había quedado fuera de la nevera, se había cortado. Por lo general, Henry era extremadamente limpio, y durante el tiempo que yo había vivido allí con él jamás le había visto quitarse el abrigo sin colgarlo en su sitio. En el fondo de una taza de café había una mosca flotando.

Nervioso, como si hubiera descubierto la escena de un crimen, repasé las habitaciones; mis pasos resonaban en el silencio. En seguida encontré mi libro: estaba en la mesa del recibidor, uno de los sitios donde era normal que me lo hubiera dejado.

¿Cómo podía habérmelo olvidado? Antes de marcharme, lo había buscado por todas partes. Cabía la posibilidad de que Henry, habiéndolo encontrado, lo hubiera dejado allí para que yo pasara a recogerlo. Lo cogí con prisas y me dirigí hacia la puerta —con miedo, con ganas de irme de allí—, cuando me fijé en un trozo de papel que había encima de la mesa.

La letra era de Henry:

TWA 219 795 x 4

Debajo Francis había añadido un número de teléfono con el prefijo 617. Cogí el papel y lo examiné. La nota estaba escrita en el dorso de un aviso de la biblioteca con fecha de tres días atrás.

Sin saber muy bien por qué, dejé mi Lidell and Scott y fui con el papel a la habitación del fondo, donde había un teléfono. El prefijo correspondía a Massachusetts, seguramente a Boston; miré la hora y marqué el número, revirtiendo el cobro al despacho del doctor Roland.

Un momento de silencio, dos timbrazos, un chasquido. «Ha marcado usted el número del despacho de abogados de Robeson Taft de Federal Street —me informó una grabación—. En estos momentos nuestra centralita está cerrada. Por favor, vuelva a llamar entre las nueve y las...»

Colgué y me quedé de pie contemplando el papel. Recordé con cierta inquietud la broma que Bunny le había gastado a Henry preguntándole si necesitaba un abogado. Volví a descolgar el auricular y marqué el número de información para pedir el teléfono de la TWA.

—Soy Henry Winter —le dije a la operadora—. Llamo para confirmar mi reserva.

—Un momento, señor Winter. ¿Puede darme el localizador?

—Huy —dije, intentando pensar deprisa, paseándome arriba y abajo—, creo que ahora no lo tengo a mano, lo siento... —Entonces me fijé en el número que había en el extremo superior derecho del papel—. Un momento. A lo mejor es éste: 219.

Oí que la operadora tecleaba en su ordenador. Impaciente, di unos golpecitos con el pie y miré por la ventana por si aparecía el coche de Henry. Y entonces recordé que Henry no tenía su coche. Yo no se lo había devuelto después de tomarlo prestado el domingo, y seguía aparcado detrás de las pistas de tenis, justo donde lo había dejado yo.

Aterrorizado, estuve a punto de colgar —si Henry no tenía su coche, yo no tenía manera de oírle llegar—, pero en aquel preciso instante volvió la operadora.

—Todo en orden, señor Winter —dijo, lacónica—. ¿No le dijo su agente de viajes que no es necesario confirmar las reservas realizadas con menos de tres días de antelación?

—No —contesté, impaciente, y estaba a punto de colgar cuando me di cuenta de lo que la operadora acababa de decirme—. ¿Tres días?

—Bueno, generalmente las reservas se confirman en la misma fecha de la compra del billete, sobre todo con tarifas como éstas, no reembolsables. Su agente debería haberle informado de esto el martes, cuando usted compró los billetes.

¿Fecha de compra? ¿No reembolsable? Dejé de pasear.

—Permítame asegurarme de todos los datos —dije.

—Por supuesto, señor Winter —contestó con tono resuelto—. Vuelo 401 de TWA, sale del aeropuerto Logan de Boston mañana a las 20.45, embarque por la puerta 12; llega a Buenos Aires, Argentina, a las 6.01. Hace escala en Dallas. Cuatro billetes de setecientos no venta y cinco dólares, sólo ida, veamos... —pulsó algunas teclas más—, eso hace un total de tres mil ciento ochenta dólares, impuestos excluidos, y pagó usted con tarjeta American Express, ¿me equivoco?

La cabeza me daba vueltas. ¿Buenos Aires? ¿Cuatro billetes? ¿Sólo ida? ¿Mañana?

—Espero que usted y su familia tengan un viaje agradable con TWA, señor Winter —dijo la operadora con voz alegre, y a continuación colgó.

Me quedé allí de pie con el auricular en la mano, hasta que oí un zumbido en el otro extremo de la línea.

De pronto tuve una idea. Colgué el auricular, volví al dormitorio y abrí la puerta de par en par. En la estantería no había libros; el armario estaba abierto, vacío, con el candado colgando. Me quedé un momento mirando las mayúsculas romanas que rezaban YALE, y luego volví al otro dormitorio. En éste, los armarios también estaban vacíos; lo único que había eran perchas colgadas en la barra. Me volví rápidamente y estuve a punto de tropezar con dos enormes maletas de cuero, atadas con correas de piel negra, justo junto a la puerta. Cogí una de las maletas y su peso me hizo perder el equilibrio.

«Dios mío —pensé—, ¿qué estarán haciendo?» Volví al recibidor, dejé el papel en su sitio y salí presuroso del piso con mi diccionario.

Ya fuera de North Hampden, aminoré la marcha. Me sentía muy desconcertado, y la ansiedad impregnaba todos mis pensamientos. Sentía que tenía que hacer algo, pero no sabía qué. ¿Estaba Bunny al corriente de aquello? Me imaginaba que no, pero también me imaginaba que sería mejor no preguntárselo. *Argentina.* ¿Qué había en Argentina? Prados, caballos, una especie de vaqueros que llevaban sombreros de copa plana con borlas colgando del ala. Borges, el escritor. Decían que Butch Cassidy se había escondido allí, igual que Mengele, Martin Bormann y una serie de personajes bastante desagradables.

Recordé haber oído a Henry contar una historia, una noche en casa de Francis, sobre un país sudamericano, quizás Argentina, pero no estaba seguro. Hice un esfuerzo. Algo sobre un viaje con su padre, un viaje de negocios, una isla frente a la costa... ¿O lo estaba confundiendo con otra cosa? El padre de Henry viajaba mucho. Además, ¿qué tenía que ver aquello? ¿Cuatro billetes? ¿Sólo de ida? Y si Julian lo sabía —y por lo visto lo sabía todo sobre Henry, incluso más que los demás—, ¿por qué el día anterior me había preguntado dónde estaban?

Me dolía la cabeza. Ya cerca de Hampden, salí del bosque a una extensa y centelleante pradera cubierta de nieve y vi dos hilos de humo elevándose de las ennegrecidas chimeneas en ambos extremos del Commons. Todo estaba frío y quieto, excepto un camión de reparto de leche que traqueteaba junto a la puerta trasera, mientras dos hombres con aire adormecido descargaban en silencio las cestas de mimbre y las dejaban caer ruidosamente sobre el asfalto.

Los comedores estaban abiertos, pero a aquella hora de la mañana no había estudiantes, sólo los trabajadores de la cafetería y los encargados de mantenimiento, que desayunaban antes de empezar sus turnos. Subí y pedí una taza de café y un par de huevos pasados por agua, y desayuné solo en una mesa cercana de la ventana, en el desierto comedor principal.

Era jueves, y las clases empezaban ese día, pero yo no tenía clase con Julian hasta el lunes siguiente. Después del desayuno volví a mi habitación y empecé a trabajar en los segundos aoristos irregulares. No cerré los libros hasta casi las cuatro de la tarde; miré por primera vez por la ventana: por el oeste, la luz se iba apagando, y los fresnos y los tejos proyectaban sus largas sombras sobre la nieve. Era como si acabara de despertarme, medio dormido y desorientado, y me hubiera dado cuenta de que estaba oscureciendo y de que había dormido todo el día.

Aquélla era la noche de la gran cena de bienvenida: rosbif, *green beans almondine, soufflé* de queso y algún complicado plato de lentejas para los vegetarianos. Cené solo en la misma mesa en que había desayunado. Las salas estaban abarrotadas, todo el mundo fumaba, reía; se añadían sillas a las mesas ya completas, la gente iba de un grupo a otro con su bandeja para saludar. A mi lado había una mesa ocupada por estudiantes de arte, reconocibles por las uñas sucias de tinta y las pequeñas manchas de pintura de la ropa; había uno que estaba dibujando en una servilleta de tela con un rotulador negro; otro comía el arroz con dos pinceles cogidos del revés, a modo de palillos. Me bebí el café mientras le echaba un vistazo al comedor, y pensé que al fin y al cabo George Laforgue tenía razón: verdaderamente, estaba aislado del resto de la universidad, aunque en general no me interesaba demasiado intimar con gente que utilizaba pinceles como cubiertos.

Cerca de mi mesa, un par de neandertales intentaban por todos los medios conseguir dinero para una fiesta de cerveza que se iba a celebrar en el taller de escultura. A aquellos dos los conocía; era imposible estudiar en Hampden y no conocerlos. Uno era hijo de un conocido mafioso de la costa Este y el otro era hijo de un productor de cine. Eran presidente y vicepresidente, respectivamente, del consejo de estudiantes, y utilizaban sus oficinas principalmente para organizar concursos de bebida, concursos de camisetas mojadas, y torneos femeninos de lucha en el barro. Los dos eran altos, malhablados, imbéciles perdidos, e iban sin afeitar; de esos que en primavera nunca se meten dentro, sino que se quedan en el jardín con el torso desnudo bebiendo Styrofoam y con el radiocasete desde el amanecer hasta el ocaso. Todo el mundo los tenía por buena gente, y puede que fueran bastante decentes si les dejabas tu coche para que se emborracharan o les vendías hierba o lo que fuera; pero los dos tenían —en particular el hijo del mafioso— mirada de esquizofrénicos, de viciosos, que a mí no me gustaba nada. Le llamaban Party Pig, y no con demasiado cariño; pero a él le gustaba el apodo y hacía todo lo posible por estar a su altura. Se pasaba la vida emborrachándose y haciendo cosas como provocar incendios, o meter a los novatos por las chimeneas, o tirar barriles de cerveza vacíos por las ventanas.

Party Pig (alias Jud) y Frank se estaban acercando a mi mesa. Frank me enseñó un bote de pintura lleno de calderilla y de billetes arrugados.

—Hola —me dijo—. Esta noche hay fiesta de cerveza en el taller de escultura. ¿Quieres aportar algo?

Dejé la taza de café y me rebusqué en el bolsillo de la chaqueta. Encontré una moneda de veinticinco centavos y unos cuantos centavos.

—Venga, tío —dijo Jud con un tono que me pareció bastante amenazador—. Seguro que llevas algo más.

Hoi polloi. Barbaroi.

—Lo siento —dije. Me levanté de la mesa, cogí mi abrigo y me marché.

Volví a mi habitación, me senté a mi escritorio y abrí mi diccionario, pero no lo miré. «¿Argentina?», dije mirando la pared.

El viernes por la mañana fui a clase de francés. Había unos cuantos alumnos dormitando en las últimas filas, sin duda destrozados por las celebraciones de la noche anterior. El olor a desinfectante combinado con los vibrantes fluorescentes y la monótona cantinela de los verbos condicionales me hizo entrar también a mí en una especie de trance, y me senté en mi sitio balanceándome ligeramente de aburrimiento y cansancio, apenas consciente del paso del tiempo.

Al salir bajé a la cabina y marqué el número de la casa de campo de Francis. Dejé sonar el teléfono unas cincuenta veces. No contestó nadie.

Volví a la Monmouth caminando por la nieve y me dirigí a mi habitación. Me senté en la cama y me quedé pensando, o mejor dicho sin pensar, contemplando a través de la ventana los tejos cubiertos de hielo. Al cabo de un rato me levanté y me senté al escritorio, pero no podía trabajar. Billetes de ida, había dicho la operadora. No reembolsables.

En California eran las once de la mañana. Mis padres estarían trabajando. Bajé otra vez a la cabina, donde empezaba a sentirme como en casa, y marqué el número del apartamento de la madre de Francis, en Boston, con cobro revertido a mi padre.

—¡Richard, querido! —exclamó cuando por fin consiguió identificarme—. Me alegro de oírte. Creí que ibas a venir a pasar las Navidades con nosotros en Nueva York. ¿Dónde estás, cariño? ¿Quieres que envíe a alguien a recogerte?

—No, gracias. Estoy en Hampden —dije—. ¿Está Francis?

—¿Francis? Pero si está en la escuela.

—Perdone —dije, repentinamente nervioso; había sido un error llamar sin tener pensado lo que iba a decir—. Lo siento. He marcado un número equivocado.

—¿Cómo dices?

—Me pareció que Francis había hablado de ir a Boston hoy.

—Pues si ha venido yo no lo he visto. ¿Dónde has dicho que estás?

—¿Seguro que no quieres que envíe a Chris a buscarte?

—No, gracias. No estoy en Boston. Estoy...

—¿Llamas desde la escuela? —dijo, esta vez con alarma—. ¿Pasa algo, cariño?

—No, no, claro que no —dije; tuve la tentación de colgar, pero ya era demasiado tarde—. Anoche Francis vino a verme pero yo estaba medio dormido, y juraría que me dijo que se iba a Boston. ¡Oh! ¡Ahí está! —mentí estúpidamente, con la esperanza de que ella no se diera cuenta.

—¿Dónde, cariño? ¿Contigo?

—Está en el jardín, lo veo desde aquí. Muchas gracias, señora...

—hmmm, Abernathy —dije, histérico e incapaz de recordar el nombre de su actual marido.

—Llámame Olivia, cariño. Dale un beso al gamberro de mi hijo y dile que me llame el domingo.

Me despedí todo lo deprisa que pude —estaba sudando como un condenado— y ya me disponía a subir la escalera, cuando Bunny, mascando con energía un chicle enorme, vino hacia mí. Era la persona con la que menos preparado estaba para hablar, pero no tenía escapatoria.

—Hombre, hola —me dijo—. ¿Dónde está Henry?

—No lo sé —contesté después de una pausa.

—Yo tampoco —dijo Bunny con tono beligerante—. No lo veo desde el lunes. Ni a François ni a los gemelos. Oye, ¿con quién estabas hablando?

Vacilé:

—Con Francis. Hablaba con Francis.

—Hmm —dijo Bunny, con las manos en los bolsillos—. ¿Desde dónde llamaba?

—Supongo que desde Hampden.

—¿No era conferencia?

Sentí picor en el cuello. ¿Qué sabía él de todo aquello?

—No —dije—. Que yo sepa, no.

—Henry no te habrá comentado nada de marcharse de la ciudad, ¿no?

—No. ¿Por qué?

Bunny guardó silencio. Luego añadió:

—Hace varios días que en su casa no se ve ni una sola luz. Y su coche ha desaparecido. No lo tiene aparcado en Water Street.

Por algún extraño motivo, me eché a reír. Me acerqué a la puerta trasera, que en la parte superior tenía una ventana desde donde se veía el aparcamiento que había detrás de las pistas de tenis. Allí estaba el coche de Henry, justo donde yo lo había aparcado, a la vista de todos. Se lo enseñé.

—Mira, ahí lo tienes —dije—. ¿Lo ves?

Bunny masticó más despacio, y adoptó aire pensativo.

—Qué raro —dijo.

—¿Por qué?

Un globo rosado salió de sus labios, creció lentamente y estalló.

—Por nada —dijo, cortante, y empezó a masticar otra vez.

—¿Por qué tenía que haberse ido de la ciudad?

—Se apartó el cabello que le cubría los ojos.

—Si tú supieras —dijo, sonriente—, ¿Tienes algo que hacer?

Subimos a mi habitación. De camino, Bunny se paró en la nevera comunitaria; se agachó para examinar su contenido con gesto de miope.

—¿Hay algo tuyo? —preguntó.

—No.

Metió la mano y extrajo un pastel de queso helado. En la caja había una quejumbrosa nota que rezaba: «Por favor, no robar. Soy becaria. Jenny Drexler.»

—Esto mismo nos vendrá bien —dijo mientras echaba una rápida mirada a uno y otro lado del pasillo—. ¿Viene alguien?

—No.

Se metió la caja debajo del abrigo y, silbando, prosiguió hasta mi habitación. Una vez dentro, escupió el chicle y lo pegó en el borde interior de mi cubo de basura con un movimiento rápido y fintado, como si quisiera evitar que yo lo viera. Luego se sentó y empezó a comer el pastel de queso directamente de la caja con una cuchara que había encontrado en mi tocador.

—Uf —dijo—, está malísimo. ¿Quieres un poco?

—No, gracias.

Chupó la cuchara concienzudamente:

—Demasiado limón, ése es el problema. Y poca crema de queso.

—Hizo una pausa, y yo imaginé que estaba pensando en los defectos que acababa de mencionar; entonces dijo, bruscamente—:

Henry y tú pasasteis mucho tiempo juntos el mes pasado, ¿verdad?

Me puse en guardia.

—Sí, supongo.

—¿Hablasteis mucho?

—Un poco.

—¿Te explicó muchas cosas de cuando estuvimos en Roma? —preguntó, mirándome con expresión amable.

—No demasiadas.

—¿Te dijo algo de por qué se había ido antes de lo previsto?

Por fin, pensé con alivio. Por fin nos acercábamos al meollo de la cuestión.

—No, no me explicó gran cosa —dije, y no mentía—. Cuando se presentó aquí supe que se había ido antes. Pero no sabía que tú seguías allí. Finalmente, una noche se lo pregunté. Y me dijo que tú te habías quedado en Italia. Nada más.

Bunny, que ya estaba harto, comió otro poco de pastel.

—¿Te contó por qué se había ido?

—No. —Al ver que Bunny enmudecía de nuevo, añadí—: Lo que sí me dijo era que tú andabas mal de fondos, y que él había tenido que pagar el alquiler y demás. ¿Es verdad?

Bunny, con la boca llena, hizo un ademán de rechazo.

—Este Henry... Yo lo quiero mucho, y tú también, pero entre tú y yo: creo que tiene sangre judía.

—¿Qué? —dije, perplejo.

Acababa de engullir otro trozo de pastel de queso, y tardó un poco en contestarme.

—Nunca he visto a nadie que se quejara tanto por tener que ayudar a un colega —dijo—. ¿Quieres saber qué le pasa? Que teme que la gente se aproveche de él.

—¿Qué quieres decir?

Bunny tragó el trozo de pastel.

—Pues mira, seguramente cuando era pequeño alguien le dijo:

«Hijo mío, estás forrado de dinero, y algún día la gente intentará timarte.» —Se le había caído un mechón de cabello y le tapaba un ojo; me miró astutamente con el otro, y me recordó a un viejo lobo de mar—. No se trata del dinero, no sé si me entiendes. El no lo necesita. Es el concepto. Le gusta saber que le cae bien a la gente no por su dinero, sino por sí mismo.

Esta exégesis me sorprendió, pues se contradecía con la frecuente y a mi entender extravagante generosidad de Henry.

—Así que no se trata del dinero... —dije.

—No.

—Pues entonces de qué se trata, si no te molesta que te lo pregunte.

Bunny se inclinó hacia delante, pensativo y con una expresión de casi absoluta sinceridad. Cuando volvió a abrir la boca yo esperaba que dijese definitivamente a qué se refería. Pero lo que hizo fue aclararse la garganta y pedirme si no me importaba prepararle un café.

Aquella noche, mientras estaba echado en la cama leyendo griego, lo recordé como si de pronto me apuntasen con un foco: *Argentina.* La palabra todavía no había perdido su capacidad de sobresaltarme, y debido a mi ignorancia sobre su situación en

el mapa había adquirido una curiosa vida propia. El duro sonido *Ar* del principio evocaba oro, ídolos, ciudades perdidas en la selva, a los que seguía la silenciosa y siniestra *Gen,* con el brillante interrogante *Tina* al final. Tonterías, claro, pero en aquel momento tenía la impresión de que en cierto modo el nombre en sí, uno de los pocos hechos concretos a los que yo tenía acceso, podía ser un criptograma o una pista. Pero no fue aquello lo que me hizo incorporarme de un salto, sino el reparar, de súbito, en la hora que era: las nueve y veinte, comprobé cuando miré mi reloj. De modo que estaban todos en el avión (¿no?), viajando hacia la extraña Argentina de mi imaginación a una velocidad increíble, por oscuros cielos.

Dejé el libro y me senté en una silla, junto a la ventana. Aquella noche no trabajé más.

El fin de semana transcurrió con mucho griego, con comidas solitarias en el comedor comunitario y con una intensa sensación de desconcierto cada vez que regresaba a mi habitación. Me sentía herido, y los echaba de menos, más de lo que me habría gustado admitir. Para colmo, Bunny se comportaba de forma extraña. Aquel fin de semana lo vi un par de veces con Marion y sus amigas; hablaba con ellas dándose importancia, mientras ellas lo contemplaban admiradas (la mayoría eran estudiantes de magisterio, y supongo que lo encontraban sumamente erudito porque estudiaba griego y porque llevaba gafitas con montura de metal). En otra ocasión lo vi con su viejo amigo Cloke Rayburn. Pero yo no conocía mucho a Cloke, y no me decidí a pararme para saludarlo.

Aguardaba mi clase de griego del lunes con profunda curiosidad. Aquella mañana me desperté a las seis. Como no quería llegar demasiado pronto, permanecí un buen rato sentado en mi habitación, ya vestido, y cuando miré el reloj me llevé un susto: si no corría, llegaría tarde. Cogí los libros y salí de la habitación; antes de llegar al Ateneo iba corriendo, y me obligué a aminorar la marcha.

Cuando abrí la puerta trasera ya había recuperado el aliento. Subí la escalera despacio, con la mente en blanco, moviendo los pies maquinalmente, como cuando de pequeño, después de una Nochebuena de emoción casi delirante, recorría el pasillo hasta la puerta cerrada detrás de la cual estaban mis regalos, como si aquel día no tuviera nada de especial, súbitamente desprovisto de todo deseo.

Allí estaban, todos: los gemelos, serenos y alerta, en el alféizar; Francis dándome la espalda; Henry a su lado; y Bunny al otro lado de la mesa, balanceándose en la silla. Les estaba explicando no *sé* qué historia.

—Escuchad éste —les dijo a Henry y a Francis, y se volvió para echarles un vistazo a los gemelos. Todas las miradas estaban fijas en él, y nadie se había percatado de mi llegada—. El guardián dice: «Hijo mío, el gobernador no ha ordenado el indulto, y ya no podemos esperar más. ¿Quieres pronunciar tus últimas palabras?» Y el tío se lo piensa un momento, y cuando lo están entrando en la cámara —se llevó el lápiz a la altura de los ojos y lo examinó un momento— mira por encima del hombro y dice: «¡Pues desde luego, el gobernador se ha quedado sin mi voto para las próximas elecciones!» —Se echó a reír y se inclinó aún más hacia atrás; entonces me vio allí de pie, como un idiota—. Entra, entra —me dijo, y dejó caer las patas delanteras de la silla ruidosamente.

Los gemelos levantaron la vista, asustados como un par de ciervos. Henry estaba sereno como un Buda, salvo por cierta tensión en las mandíbulas. Pero Francis estaba pálido, casi verde.

—Estábamos contando chistes —dijo Bunny, cordial, inclinándose de nuevo hacia atrás. Se apartó el cabello de los ojos—. Bueno. Smith y Jones son acusados de robo a mano armada y condenados a pena de muerte. Los dos ejercen las instancias de apelación, por supuesto, pero a Smith se le agotan antes y lo mandan a la silla. —Hizo un gesto filosófico de resignación y luego, inesperadamente, me guiñó un ojo—. Bien —continuó—. Sacan a Jones para que presencie la ejecución, y cuando Jones está mirado cómo atan a su colega, me fijé en Charles, que tenía una mirada inexpresiva y se mordió el labio inferior, aparece el guardián. «¿Hay noticias de tu indulto,

Jones?», le pregunta. «No, de momento no», contesta Jones. El guardián consulta su reloj y le dice: «Pues entonces no vale la pena que te vuelvas a la celda, ¿no?» —Echó la cabeza hacia atrás y rió, encantado, pero ninguno sonrió siquiera.

Bunny se disponía a empezar otro («Y luego está aquél del Oeste, de cuando todavía colgaban a la gente...»), cuando Camila, que seguía en el alféizar, se giró y me dirigió una sonrisa nerviosa.

Me acerqué a la ventana y me senté entre Camila y Charles. Camila me besó en la mejilla:

—¿Cómo estás? —me dijo—. ¿Nos echabas de menos?

Es verdad, todavía no te habíamos visto —intervino Charles, volviéndose hacia mí y cruzando las piernas. Tenía un tobillo sobre la rodilla, y el pie le temblaba con violencia, como si tuviera vida propia; puso una mano encima para pararlo—. Hemos tenido un contratiempo horrible con el apartamento.

No sabía exactamente lo que esperaba que me dijeran, pero aquello, desde luego, no tenía nada que ver.

—¿Qué os pasó? —pregunté.

—Nos dejamos la llave en Virginia.

—Nuestra tía Mary-Gray tuvo que ir hasta Roanoke para mandárnosla por Federal Express.

—Tenía entendido que se lo habíais realquilado a alguien —dije, desconfiado.

—Sí, pero el inquilino se marchó hace una semana. Fuimos idiotas: le dijimos que nos mandara la llave por correo. La dueña está en Florida. Hemos estado todo este tiempo en la casa de campo de Francis.

—Atrapados.

—Francis nos llevó en coche, y cuando estábamos a unos tres kilómetros de la casa el coche se estropeó —continuó Charles—. Empezó a echar un humo muy negro y a hacer ruidos rarísimos.

—Se estropeó la dirección. Acabamos metidos en una zanja.

Hablaban los dos muy deprisa. Hubo un momento en que la voz de Bunny se elevó, estridente, por encima de la de los gemelos.

—Y al juez aquél le gustaba seguir un método peculiar. Los lunes colgaba a un ladrón de ganado, los martes a un tramposo, los miércoles a un asesino...

—... y después —prosiguió Charles— tuvimos que ir andando hasta la casa, y nos pasamos *días* llamando a Henry para que fuese a buscarnos. Pero Henry no contestaba al teléfono, ya sabes lo difícil que es comunicarse con él por teléfono...

—En casa de Francis no había comida. Sólo unas latas de aceitunas negras y una caja de Bisquick.

—Sí. Sólo comíamos aceitunas y Bisquick.

De pronto me pregunté si sería cierto todo aquello. Por un momento sentí alivio —qué estúpido había sido, Dios mío—, pero luego recordé el aspecto del apartamento de Henry, las maletas que había junto a la puerta.

Bunny se estaba preparando para un final espectacular: —Y va el juez y dice: «Hijo mío, hoy es viernes, y me encantaría colgarte ahora mismo, pero voy a tener que esperar hasta el martes, porque... »

—Ni siquiera había leche —me explicó Camila—. Teníamos que mezclar el Bisquick con agua.

Alguien se aclaró la garganta; levanté la vista y vi a Julian, que acababa de entrar, cerrando la puerta.

—Madre mía, menudas cotorras —dijo interrumpiendo el abrupto silencio—. ¿Dónde os habíais metido?

Charles tosió y, con la mirada en un punto imaginario al fondo de la habitación, empezó a contarle, de forma bastante mecánica, la historia de la llave del apartamento y del coche y la zanja y las aceitunas y el Bisquick. El sol invernal, que entraba de soslayo por la ventana, le daba a todo un aire helado, precisamente detallado; nada parecía real, y yo sentí como si aquello fuera una complicada película cuyo principio me había perdido y que no conseguía entender. Por algún extraño motivo, los chistes de prisiones de Bunny me habían sentado mal, pese a que recordaba que durante el

otoño había contado montones de ellos. Entonces, igual que ahora, no habían encontrado sino un absoluto silencio, pero entonces no parecían chistes malos y tontos. Yo siempre había dado por supuesto que los contaba porque tenía algún sobado libro de chistes para abogados en su habitación, o algo así, en el estante, al lado de la autobiografía de Bob Hope, las novelas de Fu Manchú y *Men of Thought and Deed.* (Y resultó que así era.)

—¿Por qué no me llamabais? —preguntó Julian, perplejo y quizás un poco ofendido, cuando Charles terminó de contar su relato.

Los gemelos lo miraron sin saber qué contestar.

—No se nos ocurrió —dijo Camila.

Julian rió y recitó un aforismo de Jenofonte que hablaba de tiendas y soldados y enemigos, pero que insinuaba que en tiempos difíciles lo mejor era acudir a los amigos de verdad en busca de ayuda.

Terminada la clase, regresé andando a casa, solo, sintiéndome desconcertado y confuso. Ahora mis pensamientos eran tan contradictorios e inquietantes que ya ni siquiera podía especular; lo único que podía hacer era preguntarme, como un estúpido, qué estaba ocurriendo alrededor de mí. No tenía más clases durante el resto del día, y no soportaba la idea de volver a mi habitación. Fui al Commons y me senté en una butaca junto a la ventana; estuve allí unos tres cuartos de hora. ¿Qué podía hacer? ¿Ir a la biblioteca? ¿Coger el coche de Henry —seguía teniéndolo yo— e ir a dar una vuelta, enterarme de si había alguna sesión matinal en el cine de la ciudad? ¿Pedirle un Valium a Judy Poovey?

Al final llegué a la conclusión de que la última de aquellas posibilidades era una condición previa a cualquier otro plan. Volví a la Monmouth y subí a la habitación de Judy, pero encontré una nota escrita con rotulador dorado enganchada en la puerta: «Beth: ¿Vienes a Manchester a comer con Tracy y conmigo? Estaré en el taller de vestuario hasta las once. J.»

Permanecí contemplando la puerta de la habitación de Judy, que estaba adornada con fotografías de accidentes de coche, llamativos titulares recortados del *Weekly World News* y una muñeca Barbie, desnuda, colgada del pomo por una soga. Era la una en punto. Me dirigí hacia mi impecable puerta blanca, al extremo del pasillo, la única de aquel piso que no estaba oscurecida con adhesivos de propaganda religiosa y pósters de los Fleshtones y epigramas suicidas de Artaud, y preguntándome cómo era la gente capaz de poner toda aquella porquería en la puerta de sus habitaciones, y por qué lo hacían.

Me tendí en la cama y contemplé el techo, intentando adivinar a qué hora volvería Judy, intentando pensar en algo que hacer mientras tanto. Y entonces llamaron a la puerta.

Era Henry. Abrí la puerta un poco más y lo miré, sin decir nada.

Me devolvió una mirada relajada y paciente. Estaba tranquilo y llevaba un libro bajo el brazo.

—Hola —dijo.

Hubo otra pausa, más larga que la primera. —Hola — respondí.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Me alegro.

Otro largo silencio.

—¿Haces algo esta tarde? —preguntó educadamente.

—No —contesté, sorprendido.

—¿Te apetece venir a dar una vuelta?

—Cogí el abrigo.

Cuando ya nos habíamos alejado bastante de Hampden, salimos de la autopista y cogimos una carretera de grava que yo no conocía.

—¿Adonde vamos? —pregunté, inquieto.

—He pensado que podíamos echarle un vistazo a una subasta privada que hay en Old Quarry Road —contestó Henry, imperturbable.

Cuando cerca de una hora después la carretera nos condujo finalmente a una gran mansión con un letrero en la fachada que rezaba SUBASTA, me llevé la gran sorpresa de mi vida.

La casa era maravillosa, pero la subasta resultó bastante pobre: había un piano enorme cubierto de objetos de plata y de artículos de cristal resquebrajado; un reloj de cuco; varias cajas llenas de discos, artículos de cocina y juguetes; y algunos muebles tapizados con arañazos de gato. Lo habían bajado todo al garaje.

Me puse a hojear unas partituras, sin dejar de mirar a Henry de reojo. Él examinó los artículos de plata con indiferencia y tocó sin mucho interés un compás del *Träumerei* en el piano con una mano; abrió la puerta del reloj de cuco y le echó un vistazo al mecanismo; entabló una larga charla con la sobrina del propietario, que acababa de salir de la mansión, acerca del momento más adecuado para sacar al exterior los bulbos de tulipán. Después de repasar todas las partituras, me dirigí a la cristalería y luego a los discos; Henry se compró una azada de jardinería por veinticinco centavos.

—Lamento haberte hecho venir hasta aquí —me dijo cuando volvíamos a casa.

—No pasa nada —repuse, repantigado en mi asiento, muy cerca de la puerta.

—Tengo un poco de hambre. ¿Y tú? ¿Te apetece comer algo?

Nos paramos en un restaurante de las afueras de Hampden. Era muy temprano y el local estaba prácticamente vacío. Henry pidió una cena muy abundante —crema de guisantes, rosbif, ensalada, puré de patatas con salsa, café, tarta— y la tomó en silencio y con un metódico entusiasmo. Yo comí perezosamente mi tortilla y tuve que hacer grandes esfuerzos para apartar la vista de Henry mientras cenábamos. Me sentía como en el vagón restaurante de un tren, por azar al lado de otro viajero solitario, alguien amablemente extraño, alguien que tal vez ni siquiera hablaba mi idioma pero de todos modos se alegraba de poder cenar conmigo, y que despedía un aire de tranquila tolerancia, como si me conociera de toda la vida.

Cuando terminamos de cenar, Henry sacó su paquete de tabaco del bolsillo de la camiseta (fumaba Lucky Strikes; siempre que pienso en él me acuerdo de aquel círculo rojo justo sobre su corazón); agitó el paquete hasta que asomaron dos cigarrillos, y levantando una ceja me ofreció uno. Negué con la cabeza.

Henry se fumó uno y luego el otro, y cuando nos trajeron la segunda taza de café levantó la vista.

—¿Por qué has estado tan callado esta tarde?

—Me encogí de hombros.

—¿No quieres saber nada de nuestro viaje a Argentina?

Dejé la taza en el platillo y lo miré fijamente. Me eché a reír.

—Sí —le dije—. Sí, claro. Cuenta.

—¿No sientes curiosidad por saber cómo me he enterado de que lo sabías?

Aquello no se me había ocurrido, y supongo que él lo adivinó en mi cara, porque se echó a reír.

—No es ningún misterio —me dijo—. Resulta que llamé para cancelar las reservas (me ponían problemas, claro, porque eran billetes no reembolsables, pero creo que eso ya está resuelto). En fin, cuando llamé a la compañía se mostraron muy sorprendidos porque acababa de llamar el día antes precisamente para confirmarlas.

—¿Cómo supiste que había sido yo?

—¿Quién iba a ser? Tú tenías la llave. Lo sé, lo sé —dijo cuando intenté interrumpirlo—. Te dejé aquella llave a propósito. Nos habría facilitado las cosas más adelante, por varios motivos, pero dio la casualidad de que fuiste precisamente cuando no debías. Yo sólo había salido del apartamento unas horas, sabes, y no se me ocurrió pensar que fueras a pasar entre medianoche y las siete de la mañana.

Creo que fue cuestión de minutos que no nos encontráramos. Si hubieras ido una hora más tarde, no habrías encontrado nada.

Henry se encogió de hombros.

—Porque yo creía —continuó— que no utilizarías la llave a no ser que fuera necesario. Si nos hubiéramos marchado, alguien, tarde o temprano, habría tenido que abrirle el apartamento a la propietaria, y yo te habría mandado instrucciones diciéndote con quién tenías que hablar y qué tenías que hacer con las cosas que había dejado, pero no me acordé del maldito Liddell and Scott. Bueno, no exactamente. Sabía que te lo habías dejado, pero tenía prisa y no pensé que volvieras a buscarlo *bei Nacht und Nebel,* por así decirlo. Pero fue una tontería por mi parte. Tienes los mismos problemas que yo para dormir.

—A ver si lo he entendido. ¿Así que no habéis ido a Argentina?

Henry soltó un bufido y cogió la cuenta.

—Claro que no —dijo—. Si hubiéramos ido no estaríamos aquí.

—Pagó la cuenta y me preguntó si quería ir a casa de Francis.

—No creo que esté —agregó.

—¿Entonces para qué quieres ir?

—Porque mi apartamento está hecho un desastre y me he instalado en su casa hasta que encuentre a alguien que me lo limpie. ¿Por casualidad conoces alguna agencia de asistentas domésticas? Francis dice que la última vez que contrató a una persona que le enviaron de la oficina de empleo le robaron dos botellas de vino y cincuenta dólares del cajón de su tocador.

De camino hacia North Hampden hubiera acribillado a Henry con preguntas, pero permanecí con la boca cerrada hasta que llegamos.

—Seguro que no está —dijo al abrir la puerta principal.

—¿Dónde está?

—Con Bunny. Se ha ido a cenar con él a Manchester, y creo que luego iban al cine a ver una película que a Bunny le interesaba. ¿Te apetece un café?

El apartamento de Francis estaba en un feo edificio de los años setenta, propiedad de la universidad. Era más amplio y más reservado que las viejas casas de suelo de roble en que vivíamos en el campus, y por consiguiente estaba más solicitado; había suelos de linóleo, salas mal iluminadas y muebles modernos y baratos como en un Holiday Inn. A Francis aquello no parecía molestarle demasiado. Él se había llevado sus propios muebles de la casa de campo, pero los había elegido con descuido y el resultado era una atroz mezcla de estilos, tapicerías y maderas oscuras y claras.

Una breve inspección nos reveló que Francis no tenía ni té ni café («No le iría mal pasar por el colmado», dijo Henry, mirando por encima de mi hombro el interior de otro armario vacío). En realidad lo único que tenía era unas cuantas botellas de whisky escocés y un poco de agua de Vichy. Cogí unos cubitos de hielo y un par de vasos y nos llevamos una botella semivacía de Famous Grouse al oscuro salón, nuestros zapatos taconeando por la espantosa desnudez del linóleo blanco.

—Así que no habéis estado en Argentina —dije cuando nos sentamos y Henry sirvió las copas.

—No.

—¿Por qué no?

Suspiró y se llevó la mano al bolsillo de la camisa para coger un cigarrillo.

—Por culpa del dinero —dijo, y encendió una cerilla que llameó en la penumbra—. Yo no tengo un depósito, como Francis; sólo tengo una asignación mensual. Generalmente me sobra para vivir, y llevo años ahorrando gran parte de ella cada mes. Pero Bunny se lo ha cepillado casi todo. No tenía forma de reunir más de treinta mil dólares, ni siquiera vendiendo el coche.

—¿Treinta mil dólares? Eso es mucho dinero.

—Sí.

—¿Para qué querías tanto?

Henry lanzó un anillo de humo hacia el amarillento círculo de luz de la lámpara, rodeado de oscuridad.

—Porque no pensábamos volver —dijo—. No tenemos visados de trabajo. El dinero que nos lleváramos iba a tener que durarnos a los cuatro mucho tiempo. A propósito —dijo elevando la voz como si yo hubiera intentado interrumpirlo—, nuestro destino no era Buenos Aires. Sólo era una escala.

—*¿Qué?*

—Supongo que si hubiéramos conseguido el dinero, nos hubiéramos ido a París o Londres, a un aeropuerto con mucho tráfico, y de ahí a Amsterdam y finalmente a América del Sur. De esta forma les habría costado más localizarnos, ¿entiendes? Pero como no teníamos el dinero, la alternativa era ir a Argentina y de ahí a Uruguay, un país adecuado para nuestros planes. Mi padre tiene participación en no sé qué negocios de ese país. No nos habría resultado difícil encontrar un sitio donde vivir.

—¿Lo sabía tu padre? —pregunté.

—Habría acabado enterándose. De hecho, tenía pensado pedirte que te pusieras en contacto con él cuando nosotros hubiéramos llegado. Él habría podido ayudarnos si nos hubiera ocurrido algo imprevisto; de ser necesario hasta habría podido sacarnos del país. Conoce a mucha gente. Gente del gobierno. No lo habría sabido nadie.

—¿Y crees que él lo habría hecho por ti?

—Mi padre y yo no estamos muy unidos —dijo Henry—, pero soy su único hijo. —Se acabó el whisky e hizo girar el hielo en el vaso—.

—En fin. No podía disponer de mucho dinero en efectivo, pero mis tarjetas de crédito podían servirme; sólo quedaba el problema de reunir poco a poco una cantidad suficiente como para vivir un tiempo.

—Y ahí es donde entraba Francis. Su madre y él viven de una renta, como creo que ya sabes, pero también tienen derecho a retirar hasta un tres por ciento de la suma total anualmente, lo cual habría supuesto unos ciento cincuenta mil dólares. La suma, generalmente, nunca se retira, pero en teoría cualquiera de los dos puede hacerlo cuando quiera. Los fideicomisarios son un bufete de abogados de Boston, y el jueves por la mañana nos fuimos de la casa de campo, vinimos a Hampden, donde estuvimos sólo unos minutos para que los gemelos y yo recogiéramos nuestras cosas, y luego marchamos todos a Boston y nos registramos en el Parker House. Es un hotel muy bonito, ¿lo conoces? ¿No? Dickens siempre se hospedaba ahí cuando venía a América.

»En fin. Francis tenía una cita con sus abogados, y los gemelos tenían que arreglar unas cosas en la oficina de pasaportes. Salir del país no es tan sencillo como te imaginas, pero lo habíamos solucionado prácticamente todo; nos íbamos la noche siguiente y parecía que nada podía fallar. Estábamos un poco preocupados por los gemelos, pero aunque hubieran tenido que esperarse unos diez días y viajar más adelante, no habría pasado nada. Yo también tenía algunas cosas que hacer, pero no muchas, y Francis me había asegurado que para retirar el dinero sólo tenía que ir al centro y firmar unos papeles. Su madre se enteraría de que lo había sacado, pero ¿qué habría podido hacer una vez nos hubiéramos ido?

»Pero Francis no volvió a la hora convenida; pasaron tres horas, cuatro horas. Llegaron los gemelos. Los tres habíamos pedido que nos subieran la comida a la habitación cuando apareció Francis, medio histérico. Resulta que el dinero de aquel año había desaparecido. Su madre había sacado todo el capital a principios de año y no se lo había dicho. La sorpresa era desagradable, pero dadas las circunstancias lo era aún más. Había intentado todo lo que se le ocurrió: pedir un crédito a cuenta del depósito e incluso ceder los intereses, que, si entiendes algo de depósitos, sabrás que es lo más desesperado que se puede hacer. Los gemelos eran partidarios de seguir adelante y arriesgarse. Pero... la situación era difícil. Si nos marchábamos, no podríamos volver, y de todas formas, ¿qué íbamos a hacer cuando llegáramos? ¿Vivir en una cabaña en la copa de un árbol, como Los Siete Secretos? —Henry suspiró—. Teníamos las maletas hechas y los pasaportes a punto, pero no teníamos dinero. Nada, ni cinco. Entre los cuatro no llegábamos a los cinco mil dólares. Discutimos

bastante, pero al final decidimos que nuestra única posibilidad era volver a Hampden. Por lo menos de momento.

Hablaba con bastante tranquilidad, pero mientras lo escuchaba se me iba haciendo un nudo en el estómago. El cuadro todavía estaba poco definido, pero lo poco que alcanzaba a ver no me gustaba nada. Guardé silencio un rato, mirando las sombras que la luz de la lámpara proyectaba en el techo.

—Dios mío, Henry —dije por fin. Mi voz me sonó llana y extraña incluso a mí mismo.

Henry levantó una ceja y no dijo nada; tenía el vaso vacío en la mano, y media cara en la penumbra. Lo miré.

—Dios mío —dije—. ¿Qué habéis hecho?

Henry forzó una sonrisa y se inclinó hacia delante, saliendo de la luz, para servirse un poco de *scotch.*

—Me parece que ya te lo imaginas —contestó—. Déjame preguntarte una cosa. ¿Por qué nos has estado encubriendo?

—¿Qué dices?

—Sabías que nos íbamos del país. Lo sabías desde el principio, y no se lo dijiste a nadie. ¿Por qué?

Las paredes se habían desvanecido y la habitación estaba a oscuras. La palidez del rostro de Henry, ahora completamente iluminado por la lámpara, contrastaba con la oscuridad, y unos aislados puntos de luz destellaban en el borde de sus gafas, relucían en las profundidades ámbar de su vaso de whisky, brillaban en sus ojos azules.

—No lo sé —contesté.

Sonrió:

—¿No?

Lo miré fijamente, pero no dije nada.

—Al fin y al cabo, nosotros no habíamos confiado en ti —dijo. Me miraba con una expresión firme e intensa—. Habrías podido detenernos, pero no lo hiciste. ¿Por qué?

—Henry, ¿qué demonios habéis hecho?

Sonrió una vez más:

—Dímelo tú.

Y lo horroroso era que yo lo sabía:

—Habéis matado a alguien, ¿no es eso?

Me miró un momento y luego se recostó en la silla y rió. Me quedé estupefacto.

—Muy bien —dijo—. Yo sabía que eras inteligente. Sabía que tarde o temprano lo averiguarías. Llevo tiempo diciéndoselo a los otros.

Una oscuridad densa, palpable, colgaba alrededor de nuestro diminuto círculo de luz. Por un momento experimenté el claustrofóbico sentimiento de que las paredes se nos venían encima, y al mismo tiempo tuve la vertiginosa sensación de que se alejaban infinitamente, dejándonos a los dos suspendidos en una extensión de oscuridad sin fronteras. Me sentí mareado. Tragué saliva y miré a Henry:

—¿A quién?

Henry se encogió de hombros.

—No tiene importancia, de verdad. Fue un accidente.

—¿No lo hicisteis a propósito?

—Cielo santo, no —exclamó sorprendido.

—¿Qué ocurrió?

—No sé por dónde empezar. —Hizo una pausa y bebió un sorbo—. ¿Te acuerdas del pasado otoño, en la clase de Julian, cuando estudiamos lo que Platón llamó la locura teléstica? *Bakcheia*. El arrebato dionisíaco.

—Sí —contesté, impaciente. Era típico de Henry ponerse a hablar así en aquel momento.

—Bueno, decidimos intentarlo.

Por un momento pensé que no le había entendido bien.

—¿Cómo dices?

—Digo que decidimos intentar hacer una bacanal.

—Anda ya.
—Lo digo en serio.
Lo miré:
—Me tomas el pelo.
—No.
—Nunca había oído nada tan chalado.
Se encogió de hombros.
—¿Cómo se os ocurrió una cosa así?
—No sé. A mí la idea me obsesionaba.
—¿Por qué?
—Bueno, que yo sepa, se habían dejado de hacer dos mil años atrás. —Al ver que no me había convencido, hizo una pausa—. Al fin y al cabo, la idea de dejar de ser tú mismo, aunque sea sólo por un rato, encierra un gran atractivo —dijo—. Trascender el accidente de tu momento de ser. Hay otras ventajas de las que es más difícil hablar, cosas que las fuentes antiguas sólo mencionan de pasada y que yo sólo comprendí *a posteriori.*
—¿Por ejemplo?
—Verás, es algo que se considera un misterio —dijo con amargura—. Créeme. Pero no hay que subestimar el atractivo primordial: salir de uno mismo, completamente. Y al salir de uno mismo, nacer al principio de la vida eterna, lejos de la prisión de la mortalidad y el tiempo. A mí eso me atraía desde el principio, pese a que no sabía nada sobre el tema y lo abordaba más como antropólogo que como *mystes* en potencia. Los comentaristas antiguos son muy circunspectos acerca de todo esto. Después de mucho trabajo, pudimos averiguar algunos de los rituales sagrados: los himnos, los objetos sagrados, lo que había que vestir, hacer y decir. El misterio en sí era más difícil: ¿cómo se lanzaba uno a semejante estado, cuál era el catalizador? —Hablaba con voz soñadora, divertida—. Lo probamos *todo.* Alcohol, drogas, oraciones, hasta pequeñas dosis de veneno. La noche del primer intento sólo conseguimos emborracharnos, y acabamos inconscientes cerca de casa de Francis, con nuestras túnicas, en medio del bosque.
—¿Ibais *en túnica*?
—Sí —dijo Henry, irritado—. Lo hacíamos todo movidos por el interés científico. Las confeccionamos con sábanas en el desván de Francis. En fin. La primera noche no pasó absolutamente nada, salvo que al día siguiente teníamos resaca y nos dolía todo porque habíamos dormido en el suelo. De modo que la segunda vez no bebimos tanto, pero allí estábamos, en plena noche, en la colina que hay detrás de casa de Francis, borrachos, con nuestras túnicas, y cantando himnos griegos como si aquello fuera una iniciación de una hermandad, y de pronto Bunny empezó a reírse a carcajadas, tanto que se cayó y echó a rodar colina abajo.
«Parecía evidente que el alcohol, por sí solo, no iba a servirnos de nada. Madre mía. No sabría decirte todo lo que probamos. Velas. Ayuno. Libaciones. Hasta me deprime pensarlo. Quemamos ramas de cicuta e inhalamos el humo. Yo sabía que las pitonisas mascaban hojas de laurel, pero eso tampoco dio resultado. ¿Te acuerdas de las hojas de laurel que encontraste en el horno de la cocina de Francis? Lo miré fijamente.
—¿Por qué no me contasteis nada? —pregunté.
—Henry cogió un cigarrillo.
—Hombre, creo que es evidente.
—¿Qué quieres decir?
—*Claro* que no te contamos nada. Apenas te conocíamos. Nos habrías tomado por locos. —Se interrumpió un momento—. Ya no sabíamos qué hacer. Supongo que en cierto modo me engañaron los informes de los Pythia, los *pneuma enthusiastikon,* los vapores venenosos y todo eso. Esos procesos, aunque imprecisos, están mejor documentados que los métodos báquicos, y yo pensaba que los dos debían estar relacionados. Pero después de un largo período de intentos y errores llegamos a la conclusión de que no lo estaban, y de que lo que estábamos pasando por alto era, con toda probabilidad, bastante sencillo. Y efectivamente lo era.

—¿Y de qué se trataba?

—Sencillamente: en éste como en cualquier otro misterio, para recibir al dios hay que estar en un estado de *euphemia,* pureza cúltica.

—El misterio báquico gira en torno de eso. Hasta Platón lo menciona.

—Para poder acoger a lo Divino, el yo mortal (el polvo, la parte que se pudre) debe purificarse todo lo posible.

—¿Y cómo se hace?

—Mediante actos simbólicos, la mayoría bastante universales en el mundo griego. Verter agua sobre la cabeza, baños, ayuno. Por cierto, a Bunny le costaba bastante entender lo del ayuno y lo de los baños, pero los demás lo hacíamos todo como es debido. Pero cuanto más hacíamos, menos significado parecía tener todo aquello, hasta que un día se me ocurrió algo bastante evidente: que todo ritual religioso es arbitrario a menos que veas más allá de él y busques un significado más profundo. —Hizo una pausa —¿Sabes lo que dice Julian de la *Divina Comedia* ?

—No, Henry, no lo sé.

Que si no eres cristiano no puedes entenderla. Que si quieres leer a Dante y entenderlo, tienes que convertirte en cristiano, aunque sólo sea por unas horas. Lo mismo pasaba con esto. Tenías que abordarlo en sus propios términos, no enfocándolo desde una óptica voyeurista, ni siquiera erudita. Supongo que al principio era imposible verlo de ninguna otra forma, pues teníamos una visión fragmentada, a través de los siglos. La vitalidad del acto estaba completamente ofuscada, la belleza, el terror, el sacrifico. —Dio la última calada al cigarrillo y lo apagó—. Sencillamente no teníamos fe. Y la fe era la única condición absolutamente necesaria. La fe y la entrega absoluta.

Esperé a que continuara.

—Como comprenderás, llegó un momento en que estuvimos tentados de dejarlo —dijo con seriedad—. La empresa había sido interesante, pero no demasiado, y además suponía muchos problemas. No te puedes imaginar la de veces que estuviste a punto de tropezar con nosotros.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Bebió un poco de whisky—. Supongo que no te acordarás de una noche, en la casa de campo, que bajaste a las tres de la mañana. A la biblioteca, a buscar un libro. Te oímos en la escalera. Yo estaba escondido detrás de un tapiz; de haberlo querido, habría podido tocarte con sólo alargar la mano. En otra ocasión te despertaste antes de que llegáramos a casa. Tuvimos que entrar sigilosamente por la puerta de atrás, subir la escalera como ladrones. Era agotador, teníamos que ir constantemente escurriéndonos descalzos en la oscuridad. Además, empezaba a hacer frío. Dicen que los *oreibasia* tenían lugar en pleno invierno, pero imagino que los inviernos del Peloponeso son bastante más suaves que los de Vermont.

«Llevábamos mucho tiempo trabajando y no tenía sentido no intentarlo una vez más antes de que el tiempo empezara a desmejorar. De repente todo empezó a cobrar seriedad. Por primera vez ayunamos tres días seguidos. Un mensajero se me apareció en sueños. Todo iba sobre ruedas, y yo tenía una sensación que nunca había tenido: que hasta la realidad que nos rodeaba se estaba transformando de una forma hermosa y peligrosa, que una fuerza inescrutable nos estaba arrastrando hacia un final que yo desconocía. —Bebió otro trago—. El único problema era Bunny. No entendía que las cosas habían cambiado significativamente. Estábamos más cerca que nunca, y cada día contaba; ya hacía un frío espantoso, y si nevaba, cosa que habría podido pasar cualquier día., hubiéramos tenido que esperar hasta la primavera. Yo no soportaba la idea de que, después de todo lo que habíamos hecho, él lo estropeara en el último momento. Y sabía que lo haría. En el momento crucial se pondría a contar algún chiste estúpido y lo estropearía todo. El segundo día ya tenía mis dudas, y entonces, la tarde de la noche definitiva, Charles lo vio en el Commons tomándose un bocadillo caliente de queso y un batido. Era la gota que colmaba el vaso. Decidimos irnos sin él. Como salir los fines de semana era demasiado arriesgado (tú ya habías estado a punto de descubrirnos varías veces), salíamos los jueves por la noche y volvíamos sobre

las tres o las cuatro de la mañana. Pero esa vez nos marchamos temprano, antes de cenar, y no le dijimos nada a Bunny. Encendió un cigarrillo. Hubo un largo silencio.

—¿Y? —dije—. ¿Qué pasó?

Henry rió.

—No sé qué decir.

—¿Cómo que no sabes qué decir?

—Bueno, pues funcionó.

—¿Qué funcionó?

—Sí, completamente.

—¿Pero cómo...?

—Funcionó.

—Me parece que no acabo de entender lo que quieres decir con «funcionó».

—Lo digo en el sentido literal de la palabra.

—¿Pero cómo?

—Fue maravilloso. Antorchas, vértigo, cantos. Lobos aullando a nuestro alrededor y un toro bramando en la oscuridad. El río bajaba, blanco. Recuerdo que pensé que era como una película a cámara rápida: la luna creciendo y menguando, las nubes recorriendo el cielo. De la tierra salían enredaderas que crecían a toda velocidad y trepaban por los árboles como serpientes. Era como ser un bebé. Yo no recordaba mi nombre. Tenía la planta de los pies destrozadas y ni siquiera me dolían.

—Pero estos rituales son básicamente *sexuales,* ¿no?

Era una afirmación, más que una pregunta. Henry se quedó esperando a que yo continuara y ni siquiera pestañeó.

—¿Sí o no? —insistí.

Se inclinó hacia delante para dejar el cigarrillo en el cenicero.

—Claro —dijo, sereno. Con su traje oscuro y sus ascéticas gafas parecía un cura—. Lo sabes tan bien como yo.

Nos quedamos un momento mirándonos mutuamente.

—¿Qué hicisteis exactamente? —pregunté.

—La verdad, no creo que sea oportuno entrar en detalles —dijo con delicadeza—. En el procedimiento hubo cierto elemento carnal, pero el fenómeno era de naturaleza básicamente espiritual.

—Supongo que visteis a Dioniso.

No lo preguntaba en serio, y me sorprendió que Henry asintiera como si tal cosa, como si le hubiera preguntado si había hecho los deberes.

—¿Lo visteis *corpóreamente* ? ¿Con piel de cabra? ¿Tirso?

—¿Acaso conoces el aspecto de Dioniso? —dijo Henry con cierta suspicacia—. ¿Qué crees que fue lo que vimos? ¿Una caricatura? ¿Un dibujo sacado de un jarrón?

—No puedo creer que hayáis *visto* con vuestros propios ojos...

—¿Y si nunca hubieras visto el mar? ¿Y si lo único que hubieras visto fuera un dibujo infantil: olas azules con la cresta blanca? ¿Reconocerías el verdadero mar si sólo hubieras visto el dibujo? ¿Serías capaz de reconocer lo real si lo vieras? Tú no sabes qué aspecto tiene Dioniso. Estamos hablando de Dios. Dios es una cosa muy seria. —Se apoyó en el respaldo y me examinó—. Mira, no hace falta que me creas. Éramos cuatro. Charles tenía un mordisco en el brazo que no sabíamos cómo se había hecho, pero no era un mordisco humano.

Demasiado grande. Y unas extrañas marcas de pinchazos en lugar de dientes. Camila dijo que durante parte del ritual creyó haberse convertido en ciervo; y eso también es extraño, porque el resto de nosotros recuerda haber perseguido a un ciervo por el bosque, por lo visto varios kilómetros. De hecho, me consta que fueron varios kilómetros. Al parecer estuvimos mucho tiempo corriendo, porque cuando nos recuperamos no sabíamos dónde estábamos. Más tarde imaginamos que habíamos cruzado por lo menos cuatro verjas de alambre de espino, aunque no sé cómo, y que estábamos muy lejos de la casa de Francis, a unos diez o doce kilómetros. Y aquí es cuando comienza la parte desafortunada de la historia.

»Sólo lo recuerdo muy vagamente. Oí algo a mi espalda, o a alguien, y me di la vuelta, y al hacerlo estuve a punto de perder el equilibrio. Intenté darle un puñetazo a

aquello (una cosa grande, indefinida, amarilla), con la mano izquierda, que es la mala. Sentí un agudo dolor en los nudillos y entonces, casi instantáneamente, algo me dejó sin respiración. Debes tener en cuenta que estaba oscuro, yo no veía nada. Volví a golpear, pero esta vez con la derecha, con todas mis fuerzas y ayudándome con todo el cuerpo, y oí un fuerte golpe y un grito.

»No tenemos muy claro qué pasó después. Camila se había adelantado bastante, pero Charles y Francis me seguían de cerca y pronto me alcanzaron. Recuerdo perfectamente que estaba de pie y los vi venir abriéndose paso por entre los arbustos. Dios mío. Es como si los estuviera viendo. Tenían el cabello enredado, lleno de hojas y barro y la ropa hecha jirones. Se quedaron de pie, jadeando, con una mirada vidriosa y hostil. Yo no los reconocí, y supongo que habríamos empezado a pelearnos de no ser porque la luna surgió por detrás de una nube. Nos miramos. Empezamos a comprender. Me miré la mano y vi que estaba cubierta de sangre, y de algo peor que sangre. Entonces Charles se adelantó y se arrodilló ante algo que había a mis pies. Yo también me agaché, y vi que era un hombre. Estaba muerto. Tenía unos cuarenta años y llevaba una camisa a cuadros amarilla (ya sabes, esas camisas de lana que llevan aquí). Tenía el cuello roto, y lo más desagradable: los sesos estaban esparcidos por su cara. En serio, no sé cómo ocurrió. Estaba hecho un desastre. Yo estaba empapado en sangre; hasta tenía sangre en las gafas.

»Charles cuenta otra cosa. Recuerda haberme visto junto al cuerpo. Pero dice que también recuerda haber luchado con algo, tirar de algo con todas sus fuerzas, y de pronto darse cuenta de que estaba tirando del brazo de un hombre, con el pie atrapado en su axila. Y Francis... Bueno, no sé. Cada vez que hablas con él recuerda algo diferente.

—¿Y Camila?

Henry suspiró.

—Supongo que nunca sabremos lo que ocurrió en realidad. No la encontramos hasta pasado un buen rato. Estaba tranquilamente sentada en la orilla de un arroyo, con los pies en el agua y la túnica blanca impecable, y sólo tenía sangre en el cabello. Lo tenía oscuro y apelmazado, totalmente empapado. Como si hubiera intentado teñírselo de rojo.

—¿Cómo pudo pasar?

—No lo sabemos. —Encendió otro cigarrillo—. El caso es que el hombre estaba muerto. Y nosotros allí, en medio del bosque, medio desnudos y cubiertos de barro y con aquel cadáver en el suelo. Estábamos todos atontados. Estuve apunto de desmayarme, pero Francis se agachó para examinar al cadáver de cerca y le dio un fuerte acceso de náuseas. Con aquello recobré el sentido. Le dije a Charles que buscara a Camila y luego me arrodillé y revisé los bolsillos del hombre. No había gran cosa; encontré un par de documentos en que figuraba su nombre, pero aquello no nos servía de ayuda.

»No sabía qué hacer. Debes recordar que empezaba a hacer frío, y que llevaba mucho tiempo sin dormir ni comer, y no tenía la mente muy despejada. Por un momento pensé (Dios mío, era muy desconcertante) en cavar una tumba, pero comprendí que sería una locura. No podíamos quedarnos allí toda la noche. No sabíamos dónde estábamos, ni con quién podíamos encontrarnos, ni siquiera sabíamos qué hora era. Además, no teníamos nada con que cavar una tumba. Hubo un momento en que estuve a punto de desesperarme (no podíamos dejar el cadáver allí en medio, ¿no?), pero finalmente me di cuenta de que era lo único que podíamos hacer. Dios mío. Ni siquiera sabíamos dónde estaba el coche. No me imaginaba arrastrando aquel cadáver por montañas y valles y quién sabe cuánto tiempo; y aunque consiguiéramos llevarlo hasta el coche, ¿qué íbamos a hacer con él? Así que cuando Charles volvió con Camila, nos fuimos. Y ahora creo que fue lo más inteligente que pudimos hacer. No creo que empiecen a enviar a equipos de detectives expertos al interior de Vermont. Es un sitio muy primitivo. Aquí hay muertes violentas y naturales continuamente. Ni siquiera sabíamos quién era aquel hombre; no había nada que nos ligara a él. Únicamente teníamos que preocuparnos de encontrar el coche y volver a casa sin que nos viera nadie. —Se inclinó hacia

delante y se sirvió un poco más de whisky—. Y eso fue exactamente lo que hicimos.

Yo también me serví otro vaso, y permanecimos un rato en silencio.

—Santo Dios, Henry —dije por fin.

El levantó una ceja.

—Fue más desagradable de lo que te imaginas, de verdad —me dijo—. Una vez atropellé a un ciervo. Era una criatura hermosa, y cuando la vi retorciéndose, ensangrentada, con las patas rotas...

—Esto fue bastante angustioso, pero por lo menos pensé que ya había pasado. Ni se me ocurrió que fuéramos a volver a oír hablar de aquello. —Bebió un trago—. Desgraciadamente, no ha sido así.

—Bunny se ha encargado de ello.

—¿Qué quieres decir?

—Ya le has visto esta mañana. Nos está volviendo locos con este asunto. Mi paciencia se está agotando.

Se oyó el ruido de una llave girando en la cerradura. Henry levantó el vaso y se bebió el resto del whisky de un solo trago.

—Debe ser Francis —dijo, y encendió la lámpara del techo.

CAPITULO 5

Cuando se encendió la luz y el círculo de oscuridad recuperó su forma mundana y familiar, convirtiéndose de nuevo en el salón —el desordenado escritorio, el sofá bajo y lleno de bultos, las polvorientas y elegantes cortinas que le habían caído a Francis después de uno de los accesos de decoradora de su madre—, fue como si encendiera la lámpara después de una larga pesadilla; pestañeé y me alivió descubrir que las puertas y las ventanas seguían en su lugar y que los muebles no habían cambiado de sitio por sí solos, como por arte de una magia diabólica, aprovechando la oscuridad.

El pestillo giró y Francis entró en la habitación. Respiraba con dificultad, e iba dándole unos desanimados tirones a uno de los guantes.

—Madre mía, Henry —dijo—. Menuda noche.

No podía verme desde donde estaba. Henry me miró y se aclaró la garganta discretamente. Francis se volvió.

Me pareció que le devolvía una mirada bastante despreocupada, pero no fue así. Se me debía de traslucir todo en la cara.

Me estuvo mirando un buen rato, con el guante a medio quitar colgándole de la mano.

—Oh, no —dijo finalmente sin quitarme la vista de encima—. Henry. No puede ser.

—Me temo que sí —dijo Henry.

Francis cerró los ojos con fuerza y luego volvió a abrirlos. Había palidecido, de un blanco seco como la tiza. Temí, por un momento, que fuera a desmayarse.

—No pasa nada —dijo Henry.

Francis ni se movió.

—En serio, Francis —insistió Henry, ligeramente malhumorado—, no pasa nada. Siéntate.

Francis cruzó la habitación, agitado, y se dejó caer en una butaca; rebuscó el paquete de cigarrillos en el bolsillo.

—Lo sabía —le explicó Henry—. Ya os lo dije.

Francis me miró, con el cigarrillo por encender en la mano.

—¿Lo sabías?

No contesté. Por un momento pensé si todo aquello no sería una monstruosa broma. Francis se pasó una mano por la cara.

—Supongo que a estas alturas lo sabe todo el mundo —dijo—. Ni siquiera tendría que preocuparme.

Henry había ido a la cocina a buscar un vaso. Sirvió whisky y se lo entregó a Francis.

—*Deprendi miserum est* —dijo.

Francis rió. No fue más que una risotada forzada, pero me sorprendió.

—Dios mío —dijo, y bebió un trago—. Qué pesadilla. Qué has de pensar de nosotros, Richard.

—Eso no importa —dije precipitadamente, pero me di cuenta, con cierto asombro, de que era cierto. La verdad era que no tenía demasiada importancia, por lo menos no en el sentido en que cabía esperar.

—Bueno, supongo que comprendes que estamos metidos en un buen lío —dijo Francis, frotándose los lagrimales con el índice y el pulgar—. No sé qué vamos a hacer con Bunny. En la cola de ese maldito cine he estado a punto de abofetearlo.

—¿Te los has llevado a Manchester? —le preguntó Henry.

—Sí. Pero la gente habla mucho, y nunca sabes con seguridad quién podría estar sentado detrás de ti, ¿sí o no? Y la película ni siquiera era buena.

—¿De qué iba?

—Una tontería sobre una despedida de soltero. Tengo ganas de tomarme un somnífero y meterme en la cama. —Bebió el resto del whisky y se sirvió un poco más—. Madre mía —me dijo—. Te has portado muy bien con nosotros. Todo este asunto me hace sentir muy mal.

Hubo un largo silencio. Finalmente dije:

—¿Qué pensáis hacer?

Francis suspiró.

—No teníamos intención de hacer nada —dijo—. Sé que no suena demasiado bien, pero ¿qué podemos hacer ahora?

Su tono de resignación me enfadó y me desanimó simultáneamente.

—No lo sé —dije—. ¿Por qué demonios no fuisteis a la policía?

—¿Bromeas? —dijo Henry con guasa.

—Podíais decir que no sabíais lo que había pasado. Que os lo habíais encontrado muerto en el bosque. Cielos, no sé, que lo habíais atropellado, que se había metido debajo del coche.

—Habría sido una tontería —replicó Henry—. Fue una desgracia y lamento que ocurriera, pero francamente no sé de qué nos serviría, ni a mí ni a los contribuyentes, que me pasara sesenta o setenta años en una cárcel de Vermont.

—Pero si fue un accidente. Tú mismo lo has dicho.

Henry se encogió de hombros.

—Si hubieras ido a la comisaría en seguida, habrías podido librarte con alguna acusación leve. Lo más probable es que no hubiera pasado nada.

—Puede que no —dijo Henry—. Pero recuerda que esto es Vermont.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Si se celebrara un juicio, nos juzgarían aquí. Y el jurado, por cierto, no lo formarían gente como nosotros.

—¿Y qué?

—Tú dirás lo que quieras, pero no me convencerás de que un jurado compuesto por ciudadanos de Vermont puede mostrar una pizca de piedad por cuatro universitarios juzgados por el asesinato de uno de sus vecinos.

—En Hampden, la gente lleva años soñando que pase algo así —añadió Francis mientras encendía un cigarrillo con la colilla del que acababa de fumar—. Como mínimo nos acusarían de homicidio involuntario. Tendríamos suerte si no nos mandaban a la silla.

—Imagínatelo —dijo Henry—. Nosotros somos jóvenes, cultos, ricos; y además no somos de Vermont. Supongo que cualquier juez mínimamente equitativo tendría en cuenta nuestra juventud y el hecho de que fuera un accidente y demás, pero...

— ¿Cuatro universitarios ricos? — dijo Francis — . ¿Borrachos?

— ¿Drogados? ¿ Paseando por la propiedad de aquel tipo en plena noche?

— ¿Estabais en su propiedad?

— Sí, parece que sí — dijo Henry — . En los periódicos ponía que lo habían encontrado muerto en su propiedad.

Yo no llevaba mucho tiempo en Vermont, pero sí lo suficiente para saber lo que cualquier habitante de Vermont que se preciara pensaría *de eso.* Entrar en la propiedad de alguien equivalía a entrar en su casa.

— Vaya por Dios — dije.

— La cosa no acaba ahí — añadió Francis — . Íbamos envueltos en *sábanas.* Descalzos. Bañados en sangre. Apestando a alcohol. ¿Te imaginas que nos presentamos en la comisaría para explicarle todo eso al sheriff?

— No estábamos en condiciones de explicar nada — dijo Henry — . En serio, no sé si imaginas en qué estado nos encontrábamos. Apenas una hora antes, estábamos todos absolutamente *idos.* Habíamos hecho un esfuerzo *sobrehumano* para desmadrarnos tanto, pero eso no es nada comparado con el esfuerzo que había que hacer para volver a ser uno mismo.

— No bastaba con chascar los dedos y ¡toma!, volvías a ser tú mismo — insistió Francis — . Créeme. Estábamos como para que nos hicieran un electroshock.

— La verdad, no sé cómo conseguimos volver a casa sin que nos vieran — añadió Henry.

— Era imposible intentar ponernos de acuerdo acerca de la historia que había que contar. Madre mía. Yo tardé semanas en recuperarme.

— Camila pasó tres días sin poder hablar.

Entonces lo recordé: Camila, con una bufanda roja al cuello, sin poder hablar. Laringitis, dijeron.

— Sí, fue muy extraño — dijo Henry — . Tenía la me nte bastante clara, pero no coordinaba bien el habla. Como si hubiera tenido un ataque de apoplejía. Cuando empezó a hablar de nuevo, le salió pri mero el francés del instituto, antes que el inglés o el griego. Palabras infantiles. Recuerdo que estaba senta do junto a su cama, escuchando cómo contaba hasta diez, y viendo cómo señalaba *la fenêtre, la chaise...*

Francis rió.

—Estaba muy graciosa —dijo—. Cuando le pregunté cómo se encontraba me dijo: *«Je me sens comme Hélène Keller, mon vieux.»*

—¿La llevasteis al médico?

—¿Estás loco?

—¿Y si no llega a recuperarse?

—A todos nos pasó lo mismo —dijo Henry—. Pero se nos pasó al cabo de un par de horas.

—¿No podíais hablar?

—Cubiertos de mordiscos y arañazos —prosiguió Francis—, mudos, medio locos... De haber ido a la policía, nos habrían acusado de todos los crímenes por resolver ocurridos en Nueva Inglaterra en los últimos cinco años. —Simuló levantar un periódico—: «Hippies acusados de crimen rural. El viejo Abe Nosequé, brutalmente asesinado.»

—«Satanistas adolescentes asesinan a un vecino de Vermont»— aportó Henry.

Francis rió.

—Si por lo menos tuviéramos la garantía de que el juicio iba a ser justo, sería diferente —dijo Henry.

—Personalmente, no me imagino nada peor que ser procesado por un juez de un tribunal de distrito de Vermont y un jurado lleno de operadoras de la telefónica.

—Las cosas no están demasiado bien —dijo Henry—, pero podrían estar peor, sin duda alguna. Ahora el problema más grave es Bunny.

—¿Qué le pasa?

—A él no le pasa nada.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Que no sabe tener la boca cerrada, sencillamente.

—¿No habéis hablado con él?

—Unos diez millones de veces.

—¿Ha intentado ir a la policía?

—Si continúa así —dijo Henry— no hará falta que lo haga. Vendrán ellos a buscarnos. No sirve de nada razonar con él. No se da cuenta de la gravedad de este asunto.

—Estoy seguro de que no quiere veros en la cárcel.

—Si lo pensara, se daría cuenta de que no —dijo Henry sin perder la calma—. Y también sé que él tampoco está interesado en acabar en la cárcel.

—¿Bunny? ¿Pero por qué...?

— Porque está al corriente de esto desde noviembre y no nos ha de nunciado — dijo Francis.

— Pero eso es otro asunto — dijo Henry — . Hasta él es lo bastante sensato como para no entregarnos. No tiene coartada para la noche del asesinato, y creo que debe de saber que si nosotros tuviéramos la desgracia de acabar en la cárcel, yo, por lo menos, haría todo lo que estuviera en mi mano para que él nos acompañara. — Apagó el cigarri llo — . El problema es que es idiota, y tarde o temprano va a meter la pata. Quizá no lo haga a propósito, pero tal como están

las cosas, el motivo no me importa. Ya le has oído esta mañana. Si la policía abriera una investigación, también él se vería en un buen aprieto, pero cree que esos estúpidos chistes son de lo más sutil y que sólo nosotros los entendemos.

— La inteligencia le alcanza lo justo para darse cuenta de que sería un error entregarnos — dijo Francis, y se detuvo para servirse otro vaso —. Pero no conseguimos hacerle entender que es por su propio interés que no debe ir por ahí hablando como lo hace. La verdad, no estoy convencido de que un buen día no vaya a ponerse confesional y vaya a *contárselo* a alguien.

— ¿Contárselo a alguien? ¿Pero a quién?

— A Marion. A su padre. Al decano. Es el típico tío que siempre se levanta, al fondo de la sala, en los últimos cinco minutos de *Perry Mason.*

—Bunny Corcoran, el joven detective — dijo Henry con sorna.

— ¿Cómo se enteró? Él no estaba con vosotros, ¿no?

— De hecho estaba *contigo* — dijo Francis. Miró a Henry, y me quedé sorprendido al ver que ambos se echaban a reír.

— ¿Qué pasa? ¿Qué os hace tanta gracia? — pregunté, asustado.

Eso los hizo reír todaví a con más ganas.

— Nada — dijo Francis por fin.

— De verdad, nada — dijo Henry, reprimiendo sus risas —. Última mente me río por cualquier cosa. — Encendió otro cigarrillo —. Aque lla noche Bunny estaba contigo. ¿No te acuerdas? Fuisteis al cine.

—*Treinta y nue ve escalones* —dijo Francis.

Y entonces lo recordé: una ventosa noche de otoño, luna llena os curecida por desgajados jirones de nube. Me había quedado traba jando hasta tarde en la biblioteca y no había bajado a cenar. Mientras caminaba hacia casa, con un bocadillo de la cafetería en el bolsillo, con las hojas secas correteando y revoloteando por el camino ante mí, me había encontrado a Bunny, que iba a ver una película del ciclo de Hitchcock organizado por la Filmoteca y que daban en el auditorio.

Llegamos tarde y no quedaban asientos, así que nos sentamos en una escalera enmoquetada; Bunny se apoyó sobre los codos y estiró las piernas. El viento sacudía las delgadas paredes; una puerta estuvo abriéndose y cerrándose hasta que alguien la apuntaló con un ladrillo. En la pantalla, locomotoras atravesaban ruidosamente una pesadilla en blanco y negro de abisales puentes de hierro.

—Después nos tomamos una copa —dije—. Y luego él se fue a su habitación.

Henry suspiró:

—Ojalá.

—No paraba de preguntarme si sabía dónde estabais.

—Lo sabía muy bien. Lo habíamos amenazado varias veces con dejarlo si no se comportaba.

—Y se le ocurrió la gran idea de ir a casa de Henry a darle un susto —dijo Francis, sirviéndose otra ración.

—Eso no me gustó nada —dijo Henry bruscamente—. Aunque no hubiera pasado nada, era muy rastrero. Él sabía dónde había otra llave, la cogió y entró.

—Aun así, pudo no haber pasado nada. Pero hubo una serie de lamentables coincidencias. Si nos hubiéramos parado en el campo para deshacernos de la ropa, si hubiéramos venido aquí, o a casa de los gemelos, si Bunny no se hubiera quedado dormido...

—¿Se había quedado dormido?

—Sí. De lo contrario, se habría cansado y se habría ido —intervino Henry—. No volvimos a Hampden hasta las seis de la mañana. Fue un milagro que consiguiéramos llegar al coche a oscuras, atravesando todos aquellos campos... Y la verdad, fue una tontería conducir hasta North Hampden con aquella ropa ensangrentada. Podría habernos parado la policía, podríamos haber pinchado una rueda, cualquier cosa. Pero yo me encontraba muy mal, no podía pensar con claridad, y supongo que conduje hasta mi apartamento por instinto.

—Bunny se marchó de mi habitación hacia medianoche.

—Pues estuvo solo en mi apartamento desde las doce y media hasta las seis de la mañana. Y el forense determinó que la muerte se había producido entre la una y las cuatro. Ésa es una de las pocas cosas que el destino puso a nuestro favor. Bunny no estaba con nosotros, pero de todos modos tendría dificultades para demostrarlo. Aunque esa carta sólo podríamos jugarla en las circunstancias más adversas, desgraciadamente. —Se encogió de hombros—. Con que hubiera dejado una luz encendida, algo que nos hubiera permitido darnos cuenta...

—Pero aquello tenía que ser una gran sorpresa. Ya ves, saltarnos encima saliendo de las sombras.

—Entramos y encendimos la luz, y ya era demasiado tarde. Se despertó al instante. Y nosotros...

—... allí plantados con nuestras túnicas ensangrentadas, como salidos de un relato de Edgar Allan Poe —dijo Francis, melancólico.

—Madre mía. ¿Y qué hizo él?

—¿A ti qué te parece? Le dimos un susto de muerte.

—Se lo merecía —dijo Henry.

—Cuéntale lo del helado.

—Aquello fue el colmo —dijo Henry, malhumorado—. Sacó un paquete de helado de mi nevera para comérselo mientras esperaba. No se tomó la molestia de servirse un poco, no; tenía que comérselo entero. Y luego se quedó dormido y el helado se le derritió encima y lo puso todo perdido: su ropa, mi silla y mi alfombrilla oriental. En fin. La alfombra era antigua, pero en la tintorería me dijeron que no podían hacer nada. Salió hecha un harapo. Y la silla. —Encendió un cigarrillo—. Cuando nos vio se puso a chillar como un endemoniado...

—... y no había manera de hacerlo callar —añadió Francis—. Recuerda: eran las seis de la mañana, los vecinos durmiendo... —Meneó la cabeza—. Recuerdo que Charles se le acercó para hablar con él, y Bunny hablando a gritos sobre asesinatos. Al cabo de un rato…

—Fueron sólo unos segundos —le corrigió Henry.

—... Al cabo de un momento, Camila le lanzó un cenicero de vidrio. Le dio en medio del pecho.

—No lo arrojó con fuerza —dijo Henry con aire pensativo—, pero sí en el momento preciso. Bunny se calló en el acto y la miró fijamente, y yo le dije: «Cállate, Bunny. Vas a despertar a los vecinos. Hemos atropellado a un ciervo.»

—Y entonces —intervino Francis— se secó la frente y puso los ojos en blanco y empezó con lo de siempre: que me habéis asustado, que debo de haberme quedado medio dormido, etcétera, etcétera, etcétera.

—Y mientras tanto —dijo Henry—, nosotros cuatro allí de pie, con aquellas sábanas ensangrentadas, las luces encendidas, sin cortinas en las ventanas, a la vista de cualquiera que pudiese pasar por la calle. Bunny hablaba tan alto, y la luz era tan intensa, y yo me sentía tan débil, tan cansado y tan aturdido, que no podía hacer otra cosa que contemplar a Bunny. Dios mío, estábamos cubiertos de sangre, de la sangre de aquel hombre, había manchas de sangre que llevaban hasta la casa, estaba saliendo el sol, y allí estaba Bunny, para colmo. No se me ocurrió qué podíamos hacer. Y entonces Camila, muy sensatamente, apagó la luz. Y comprendí que teníamos que quitarnos aquella ropa y lavarlo todo sin perder un minuto, sin importar la imagen que diésemos y sin importar quién hubiera allí.

—Tuve que arrancarme la sábana —dijo Francis—. La sangre se había secado y se me había pegado a la piel. Para cuando conseguí deshacerme de ella, Henry y los otros estaban en el baño. Había espuma flotando en el aire; el agua de la bañera estaba teñida de rojo y había salpicones en las baldosas. Era una pesadilla.

—No sabes lo desafortunado que fue que Bunny estuviera allí —dijo Henry, agitando la cabeza de un lado a otro—. Pero claro, no podíamos esperar a que se marchara. Había sangre por todas partes, los vecinos no tardarían en levantarse; en un santiamén la policía estaría llamando a la puerta.

—Era una lástima haberlo alarmado, pero bueno, tampoco teníamos la impresión de estar haciendo todo aquello delante de J. Edgar Hoover —dijo Francis.

—Exacto —coincidió Henry—. No quiero que pienses que la presencia de Bunny suponía una amenaza terrible en aquel momento. No era más que un inconveniente, porque yo sabía que él se preguntaba qué estaba pasando, pero entonces él era el menos grave de nuestros problemas. Si hubiéramos tenido tiempo, lo hubiera cogido y le hubiera explicado las cosas en cuanto entramos.

—Pero no había tiempo.

—Santo Dios —dijo Francis con un escalofrío—. Yo sigo sin poder entrar en el lavabo de Henry. La porcelana manchada de sangre. La navaja de Henry colgada de un gancho, íbamos llenos de magulladuras y arañazos.

—Charles era el peor de todos, sin duda.

—Dios mío. Tenía espinas clavadas por todo el cuerpo.

—Y aquel mordisco.

—No te lo puedes imaginar —dijo Francis—. Una herida de diez centímetros, con las marcas de los dientes. ¿Te acuerdas de lo que dijo Bunny?

Henry rió.

—Sí —contestó—. Díselo.

—Estábamos todos allí, y Charles se dio la vuelta para coger el jabón. Yo ni siquiera había reparado en que Bunny estaba allí, y de repente oigo que dice, con extraño tono formal: «Al parecer, el ciervo te dio un buen mordisco en el brazo, ¿no, Charles?»

—Se quedó un rato allí, haciendo comentarios diversos —dijo Henry—, pero de pronto desapareció. A mí me inquietó que se marchara sin decir nada, pero también me alegré. Teníamos mucho que hacer y no demasiado tiempo.

—¿No temíais que pudiera contárselo a alguien?

—Henry me miró:

—¿A quién?

—A mí. A Marion. A cualquiera.

—No. Entonces no había motivo para pensar que hiciera tal cosa. Ten en cuenta que él había estado con nosotros en anteriores intentos, de modo que nuestra aparición no podía resultarle tan extraordinaria como habría podido resultarte a ti. Todo este asunto era secreto. Él llevaba meses implicado. ¿Cómo habría podido contárselo a alguien sin explicarlo todo y sin ponerse en ridículo? Julian sabía lo que estábamos intentando hacer, pero yo estaba convencido de que Bunny no se atrevería a hablar con él sin hablar antes con nosotros. Y más adelante quedó demostrado que yo tenía razón.

Hizo una pausa y encendió un cigarrillo. Luego continuó:

—Estaba a punto de amanecer y todo seguía hecho un desastre: manchas de sangre en el porche y las túnicas en el suelo, donde las habíamos dejado. Los gemelos se pusieron ropa mía y salieron a encargarse del porche y del interior del coche. Yo sabía que las túnicas habría que quemarlas, pero no quería hacer una hoguera en el patio trasero; tampoco quería quemarlas dentro y arriesgarme a que sonara la alarma de incendios. Mi casera siempre me está recordando que no debo utilizar la chimenea, pero yo siempre sospeché que funcionaba.

Me la jugué y, afortunadamente, funcionaba.

—Yo no pude ayudar en nada —dijo Francis.

—No, desde luego —dijo Henry con malhumor. —No podía evitarlo. Tenía ganas de vomitar. Fui al cuarto de Henry y me quedé dormido.

—Supongo que a todos nos habría gustado irnos a dormir, pero alguien tenía que poner orden —dijo Henry—. Los gemelos entraron hacia las siete. Yo todavía estaba arreglando el baño. Charles tenía la espalda llena de espinas, como un acerico. Camila y yo estuvimos un rato quitándoselas con unas pinzas— luego volví al baño para terminar la faena. Lo peor ya estaba hecho, pero me sentía tan cansado que no podía tener los ojos abiertos. Las toallas no las habíamos utilizado, pero algunas se habían manchado, así que las metí en la lavadora. Los gemelos se quedaron dormidos en la

cama plegable de la habitación de atrás; aparté un poco a Charles y me quedé frito al instante.

—Catorce horas —dijo Francis—. Nunca había dormido tanto.

—Ni yo. Como un tronco. Sin sueños.

—Fue muy desconcertante —agregó Francis—. Cuando me acosté, estaba saliendo el sol, y cuando abrí los ojos me pareció que acababa de cerrarlos. Estaba oscuro y sonaba el teléfono, y no tenía *ni idea* de dónde estaba. El teléfono no paraba de sonar. Finalmente me levanté y conseguí llegar al recibidor. Alguien dijo «No lo cojas», pero...

—No conozco a nadie que disfrute tanto contestando un teléfono —dijo Henry—. Aunque sea en casa de otro.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que lo deje sonar? En fin, cogí el auricular, y era Bunny, más contento que unas castañuelas. Nos había visto muy mal, ¿acaso nos habíamos hecho nudistas? ¿Qué tal si íbamos todos a cenar a la Brasserie?

Me erguí:

—Un momento —dije—. ¿Fue la noche que...?

—Henry asintió con la cabeza.

—Tú también viniste —dijo—. ¿Te acuerdas?

—Claro —dije, emocionado al ver que por fin la historia empezaba a encajar con mi propia experiencia—. Claro que sí. Me encontré a Bunny, que iba de camino hacia tu casa.

—A todos nos sorprendió un poco verlo aparecer contigo. Espero que no te importe que te lo diga —me dijo Francis.

—Bueno, supongo que estaba deseando cogernos a solas y enterarse de qué había pasado, pero aquello podía esperar —dijo Henry—.

—Acuérdate de que nuestra aparición no podía haberle parecido demasiado extraña. El ya había estado con nosotros anteriormente, otras noches muy parecidas a... ¿cómo podría decirlo?

—... a la noche que vomitamos por todas partes y nos pusimos perdidos de barro y no volvimos a casa hasta el amanecer. Estaba lo de la sangre (y claro, él debía de preguntarse qué había pasado exactamente con el ciervo), pero aún así...

Pensé en las *Bacantes,* no sin cierta inquietud: pezuñas, costillas sangrientas, restos colgando de los abetos. En griego aquello tenía una palabra: *omophagia.* De pronto lo recordé: entrar en el apartamento de Henry, todas aquellas caras de cansancio, el sarcástico saludo de Bunny: *«¡Kairei,* asesinos de ciervos!»

Aquella noche estuvieron muy callados, callados y pálidos, aunque no tanto como para que su actitud me llamara la atención, siendo gente que tenía resacas particularmente malas. Lo único inusual era la laringitis de Camila. Me dijeron que la noche anterior habían bebido como cosacos; Camila se había dejado el jersey en casa y se había constipado al volver caminando a North Hampden. Fuera estaba oscuro y llovía mucho. Henry me dio las llaves del coche y me pidió que lo llevara yo.

Era viernes por la noche, pero hacía tan mal tiempo que la Brasserie estaba casi vacía. Comimos pan tostado con queso fundido y escuchamos la lluvia que azotaba el tejado. Bunny y yo tomamos whisky con agua caliente; los otros bebieron té.

—¿Mareados, *bakchoi*? —preguntó Bunny con sorna cuando el camarero hubo tomado nota de las bebidas.

Camila le hizo una carantoña.

Después de cenar, cuando salimos a buscar el coche, Bunny lo rodeó, examinó los faros y propinó unas pataditas a las ruedas.

—¿Es con éste con el que ibais anoche? —dijo, con los ojos entre cerrados, bajo la lluvia.

—Sí.

Se retiró un mechón de cabello empapado de los ojos y se inclinó para examinar el parachoques.

—Estos alemanes... —dijo—. Detesto tener que decirlo, pero la verdad es que no saben hacer coches. Ni un arañazo.

Le pregunté a qué se refería.

—Es que anoche estuvieron dando un paseo con el coche, borrachos. Poniéndose perdidos en la vía pública. Atropellaron a un ciervo. Por cierto, ¿lo matasteis o no? —le preguntó a Henry.

—¿Qué dices?

—El ciervo. Te pregunto si lo matasteis.

Henry abrió la puerta:

—Me parece que sí —contestó.

Hubo un largo silencio. Había mucho humo y me escocían los ojos. Cerca del techo se había formado una densa nube gris.

—¿Y cuál es el problema? —pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pasó? ¿Se lo contasteis o no?

—Henry respiró hondo:

—No —dijo—. Habríamos podido decírselo pero, evidentemente, cuanta menos gente lo supiera, mejor. Cuando lo vi solo por primera vez, saqué el tema a colación cuidadosamente, pero él parecía satisfecho con la historia del ciervo, y decidí dejar las cosas como estaban. Si no lo hubiera imaginado por su cuenta, no habría habido motivo para contárselo. Encontraron el cadáver y salió un artículo en el *Examiner* de Hampden; eso, sin embargo, no suponía ningún problema. Pero dos semanas después... maldita sea, supongo que porque en Hampden no ocurren cosas así a menudo, publicaron una historia complementaria. «Muerte misteriosa en Battenkill County.» Y ésa fue la que vio Bunny.

—Tuvimos muy mala suerte —añadió Francis—. *Nunca* lee el periódico. Nada de todo esto habría pasado de no ser por la estúpida de Marion.

—Tiene una suscripción. No sé qué del Early Childhood Center —dijo Henry, frotándose los ojos—. Bunny estaba con ella en el Commons, antes de comer. Marion hablaba con una de sus amigas, y supongo que Bunny se aburría y se puso a leer su periódico. Los gemelos y yo nos acercamos para decirle hola, y lo primero que nos dijo, a grito pelado fue: «Mirad, chicos, han matado a un criador de pollos cerca de la casa de Francis.» Luego leyó un trozo del artículo en voz alta. Fractura de cráneo, no habían encontrado el arma del delito, no había móvil ni pistas. Intenté pensar en la forma de cambiar de tema, pero entonces dijo: «Ostras. El *diez* de noviembre. Fue la noche que estuvisteis en casa de Francis. La noche que atropellasteis al ciervo.» «Me parece que te equivocas», le dije. «No, no. Seguro que era el diez. Me acuerdo porque era la víspera del cumpleaños de mi madre. Qué interesante, ¿no?» «Sí, desde luego», le dijimos. «Si fuera desconfiado —dijo Bunny—, pensaría que lo habíais matado vosotros, Henry. Porque aquella noche volvisteis de Battenkill County manchados de sangre de los pies a la cabeza.»

Henry encendió otro cigarrillo y prosiguió:

—Recuerdo que era la hora de comer. El Commons estaba lleno de gente, Marion y su amiga lo habían oído todo, y además ya sabes cómo habla Bunny... Nosotros reímos, por supuesto, y Charles dijo alguna gracia, y cuando finalmente conseguimos cambiar de tema Bunny volvió a mirar el periódico. «No puedo creerlo, chicos —dijo—. Un asesinato con todas las de la ley, y además en el bosque, a menos de cinco kilómetros de donde estabais vosotros. Si aquella noche os llega a parar la policía, ahora estaríais en la cárcel. Hay un teléfono donde se puede llamar si se tiene información. Si quisiera, me parece que podría meteros en un lío...» Etcétera, etcétera, etcétera.

»Yo no sabía qué pensar. No sabía si bromeaba o si sospechaba de nosotros. Finalmente conseguí que lo dejara, pero tenía la desagradable impresión de que él había advertido lo mucho que me había inquietado. Me conoce muy bien, tiene una especie de sexto sentido para esas cosas. Y te aseguro que yo *estaba* inquieto. Dios mío. Era la hora de la comida, había guardias de seguridad por todas partes, y la mitad de ellos tienen algo que ver con la policía de Hampden... Nuestra historia no se sostendría ni un minuto, y yo lo sabía. Era evidente que no habíamos atropellado a ningún ciervo. No había ningún arañazo ni marcas en ninguno de los coches. Y si alguien llegaba a relacionarnos siquiera casualmente con el muerto... Bueno, como

digo, me alegré de que por fin Bunny cambiara de tema. Pero ya entonces tuve el presentimiento de que aquello no iba a terminar así. Se pasó el resto del trimestre gastándonos bromas. Bastante inocentes, supongo, pero en público y en privado. Ya sabes cómo es. En cuanto se le mete una cosa así en la cabeza, no lo puede dejar.

Yo lo sabía. Bunny tenía una capacidad asombrosa para descubrir temas de conversación que incomodaban a su interlocutor y para ahondar en ellos con ferocidad. Llevaba meses, por ejemplo, gastándome bromas acerca de la chaqueta que yo llevaba el día que fui a comer con él por primera vez, y acerca de lo que él llamaba mi deplorable estilo californiano en el vestir. La verdad es que cualquier observador imparcial habría estado de acuerdo en que mi ropa no era muy distinta de la suya, pero supongo que sus sarcásticos comentarios eran tan infatigables e inagotables porque, pese a que yo reía y no les daba importancia, él debía de percatarse de que me estaba haciendo daño, de que lo cierto es que a mí aquellas diferencias en el vestir, prácticamente imperceptibles, y aquellas todavía más imperceptibles diferencias entre mi forma de comportarme y la de ellos, me cohibían. Yo poseo un don especial para adaptarme a cualquier ambiente —nunca ha habido ningún quinceañero californiano más típico que yo, ni un estudiante de medicina más disoluto e insensible—, pero pese a mis esfuerzos, nunca consigo adaptarme completamente, y en ciertos aspectos me quedo bastante al margen de mi entorno, como ocurre, por ejemplo, con los camaleones verdes, que conservan una entidad diferenciada de la hoja verde sobre la que se posan, por mucha que sea la perfección con que se ha aproximado a un color determinado. Cada vez que Bunny me acusaba en público de llevar una camisa con parte de poliéster, o señalaba que mis pantalones, perfectamente normales, idénticos a los suyos, tenían un aire que le recordaba a algo que él llamaba «estilo Oeste», gran parte del placer que ese deporte le proporcionaba se derivaba de su infalible y policial sentido de que ése era el tema que más podía incomodarme. Era imposible que no hubiera advertido lo mucho que le había afectado a Henry la mención del asesinato; y, una vez detectada su existencia, no habría podido evitar reincidir en el tema.

—No sabía nada, desde luego —dijo Francis—. En serio, no sabía nada. Para él, aquello era una broma fabulosa. Le gustaba soltar comentarios acerca de aquel granjero al que habíamos asesinado, sólo para vernos sobresaltar. Un día me dijo que había visto a un policía enfrente de mi casa, interrogando a la casera.

—A mí me hacía lo mismo —dijo Henry—. Siempre bromeaba diciéndome que iba a llamar al teléfono de información que aparecía en el periódico, y que los cinco podíamos repartirnos la recompensa.

—Cogía el teléfono y fingía marcar.

—Con el tiempo aquello se fue haciendo insoportable, ya te lo puedes imaginar. Dios mío. Decía cada cosa delante *de ti.* Lo peor era que nunca lo veías venir. Justo antes de que terminaran las clases metió un ejemplar de aquel periódico bajo el limpiaparabrisas de mi coche. «Muerte misteriosa en Battenkill County.» Sólo pensar que lo había guardado todo aquel tiempo, era horroroso.

Lo peor —dijo Henry— era que no podíamos hacer nada. Estuvimos tentados de contárselo todo, de ponernos a su merced, por decirlo así, pero entonces nos dimos cuenta de que, a aquellas alturas, era imposible predecir cómo iba a reaccionar. Estaba de malhumor, enfermo y preocupado por sus notas. Y además el trimestre estaba a punto de terminarse. Nos pareció que lo mejor era aguantarlo hasta las vacaciones de Navidad (llevarlo a sitios, comprarle cosas, hacerle mucho caso), y confiar en que lo olvidara durante el invierno. —Suspiró—. Desde que estudio con Bunny, cada final de trimestre me sugiere que nos vayamos de viaje, con lo que quiere decir que vayamos a algún lugar elegido por él y que yo pague los gastos. No tiene dinero para irse solo a Manchester. Y cuando salió el tema, y yo sabía que saldría, un par de semanas antes de que acabaran las clases, pensé: ¿por qué no? Así, por lo menos, uno de nosotros podría vigilarlo durante el invierno; y quizá un cambio de aires resultara beneficioso. Además pensé que no estaría mal que se sintiera un poco obligado conmigo. Bunny quería ir a Italia o a Jamaica. Yo sabía que no soportaría Jamaica, así que compré dos billetes para Roma y reservé habitaciones cerca de la Piazza di Spagna.

—Y le diste dinero para que se comprara ropa y todos aquellos inútiles libros de italiano.

—Sí. Los gastos fueron considerables, pero parecía una buena inversión. Hasta pensé que podría ser divertido. Pero jamás habría pensado... En serio, no sé por dónde empezar. Recuerdo que cuando vio nuestras habitaciones (eran bastante acogedoras, la verdad, con frescos en el techo, un bonito balcón, una vista maravillosa; yo me sentía bastante orgulloso de haberlas encontrado) se puso furioso, y empezó a quejarse de que el sitio era horrible, de que hacía frío y de que la calefacción era mala. Resumiendo, que aquello no era lo que él había imaginado y que no entendía cómo me había dejado engañar. Había pensado que yo era demasiado listo para que me timaran como a un turista cualquiera, pero ya veía que se había equivocado. Me insinuó que podrían degollarnos en plena noche. Yo estaba más dispuesto entonces que ahora a aceptar sus caprichos. Le pregunté dónde le gustaría alojarse, ya que no le agradaban las habitaciones, y me sugirió que reserváramos una suite, no una habitación, sino una suite, en el Gran Hotel.

«Insistió hasta que le dije que se lo quitara de la cabeza. Para empezar, el cambio estaba mal, y las habitaciones (que además estaban pagadas por adelantado, y con *mi* dinero) ya costaban más de lo que me podía permitir. Pasó días malhumorado, fingiendo ataques de asma, abatido, pegado a su inhalador y dándome la lata constantemente; me acusaba de ser tacaño y decía que a *él,* cuando viajaba, le gustaba hacerlo bien. Hasta que perdí la paciencia. Le dije que si a mí las habitaciones me parecían bien, sin duda tenían que ser mejores de lo que él estaba acostumbrado. Madre mía, era un palacio, propiedad de una condesa, había pagado una fortuna por ellas. Y no tenía ninguna intención de pagar medio millón de liras por noche para disfrutar de la compañía de turistas americanos y disponer de papel de carta con el membrete del hotel.

»Nos quedamos en la Piazza di Spagna, que él se encargó de convertir en un infierno. Me pinchaba continuamente: con las alfombras, las tuberías, con lo que consideraba insuficiente dinero de bolsillo. Vivíamos a sólo unos pasos de la Via Candotti, el centro comercial más caro de Roma. Me dijo que yo tenía suerte. Sin duda yo me lo estaba pasando en grande, porque podía comprar todo lo que me apetecía, mientras que él sólo podía quedarse en la buhardilla, jadeando como un huérfano. Hice todo lo posible por apaciguarlo, pero cuantas más cosas le compraba, más quería. Y casi nunca me perdía de vista. Si lo dejaba solo unos minutos, se quejaba; pero si le pedía que me acompañara a un museo o una iglesia (al fin y al cabo, estábamos *en Roma*) se aburría solemnemente y no hacía más que repetir que nos marcháramos. Llegó un momento en que ni siquiera podía leer sin que él intentara impedírmelo. Madre mía. Mientras me bañaba, se quedaba en la puerta farfullando. Un día lo sorprendí revolviendo mi maleta. Mira —dijo, e hizo una delicada pausa—. compartir habitaciones con alguien que no se inmiscuye para nada en tu vida ya resulta ligeramente molesto. Puede que me hubiera olvidado del año que convivimos, en el primer curso, o quizá sea sencillamente que me he acostumbrado a vivir solo, pero cuando llevábamos una o dos semanas así me encontré al borde del ataque de nervios. No podía ni verlo. Y también estaba preocupado por otras cosas. Supongo que te habrás enterado —me dijo bruscamente— de que a veces tengo dolores de cabeza muy fuertes.

Sí, lo sabía. Bunny, que disfrutaba detallando sus enfermedades y las de los demás, me los había descrito con un susurro de admiración: Henry, echado boca arriba en una habitación a oscuras, con cubitos de hielo en la cabeza y un pañuelo tapándole los ojos.

—Ahora ya no son tan frecuentes como antes. Cuando tenía trece o catorce años, los padecía continuamente. Pero por lo visto, ahora, cuando padezco uno (a veces sólo una vez al año), es mucho peor. Y cuando llevaba varias semanas en Italia, noté los síntomas. Son inconfundibles. Los ruidos se hacen más estridentes, los objetos relucen, mi visión periférica se reduce y veo todo tipo de cosas desagradables revoloteando en los límites de mi campo visual. Hay una presión terrible en el aire. No puedo leer las señales de tráfico; no entiendo ni la frase más sencilla. Cuando las cosas

se ponen así no hay mucho que hacer, pero hice lo que pude: me quedé en la habitación con las persianas cerradas, tomé el medicamento, intenté estar tranquilo. Finalmente comprendí que tendría que avisar a mi médico. Los medicamentos que me dan son demasiado fuertes y no los venden sin receta; generalmente voy al ambulatorio y me ponen una inyección. Pero no sabía lo que haría un médico italiano si un turista americano aparecía jadeando en su consulta pidiendo que le pusieran una inyección de fenobarbital.

»Pero reaccioné demasiado tarde. En cuestión de horas, el dolor de cabeza se había apoderado de mí, y después de eso me sentí incapaz de buscar un médico y de hacerme entender en caso de encontrarlo. No sé si Bunny intentó llamar uno. Su italiano es tan pobre que cada vez que intentaba comunicarse con alguien acababa insultándole. La oficina de American Express no estaba lejos de nuestro alojamiento, y estoy seguro de que allí le habrían dado las señas de un médico que hablara inglés, pero claro, a Bunny esas cosas no se le ocurren.

»No sé qué pasó exactamente los días siguientes. Continué echado en mi habitación con las persianas cerradas y papel de periódico en las rendijas. Ni siquiera podía pedir que me subieran hielo (lo único que podían traerme eran jarros de agua tibia), pero me costaba mucho trabajo hablar inglés, y todavía más italiano. Dios sabe dónde se había metido Bunny. No recuerdo haberlo visto; la verdad es que apenas recuerdo nada.

»En fin. Pasé varios días tendido boca arriba, a oscuras, apenas capaz de pestañear sin sentir que me estallaba la frente. A ratos estaba inconsciente, hasta que finalmente me fijé en un delgado hilo de luz que entraba por el borde de una persiana. No sé cuánto tiempo llevaba contemplándolo, pero poco a poco me di cuenta de que era de día, de que el dolor había cedido un poco, y que podía moverme sin tanta dificultad. También sentí muchísima sed. El jarro del agua estaba vacío, así que me levanté y me puse la bata, y salí a buscar algo para beber.

»Mi habitación y la de Bunny daban a una tercera habitación central con un techo de cinco metros decorado con un fresco al estilo de Carracci; puertaventanas que daban al balcón. La luz del día casi me cegó, pero vi una silueta inclinada sobre unos libros y papeles, en mi escritorio, e imaginé que sería Bunny. Esperé a que mis ojos se acostumbraran a la luz, apoyado con una mano en el pomo de la puerta para conservar el equilibrio, y entonces dije: Buenos día, Bun.

»Bunny pegó un respingo y revolvió los papeles como si quisiera esconder algo, y de pronto supe qué intentaba ocultar. Me acerqué y se lo quité de las manos. Era mi diario. Siempre estaba metiendo las narices, intentando echarle un vistazo; yo lo había escondido detrás de un radiador, pero supongo que durante mi enfermedad él se había dedicado a buscarlo. Ya lo había encontrado una vez, pero como escribo en latín, no creo que pudiera sacar nada en claro. En el diario ni siquiera utilizaba el verdadero nombre de Bunny. Me pareció que *Cuniculus molestus* lo definía bastante bien. Y él sería incapaz de descifrar aquello sin un diccionario.

»Durante mi enfermedad, Bunny había tenido muchas oportunidades, desgraciadamente, de hacerse con un diccionario. Y a pesar de que siempre nos reíamos de él por lo mal que se le da el latín, lo cierto es que había conseguido componer una traducción bastante competente de los últimos párrafos. La verdad, nunca pensé que fuera capaz de hacer tal cosa. Debió de llevarle días.

»Ni siquiera estaba enojado. Estaba demasiado perplejo. Miré la traducción y luego lo miré a él. De repente, Bunny retiró su silla y empezó a berrear. Habíamos matado a aquel tipo, di)o, lo habíamos matado a sangre fría y ni siquiera nos habíamos molestado en decírselo, pero él ya sabía que le estábamos ocultando algo, y que desde cuándo lo llamaba Conejo, y que estaba pensando en ir al consulado americano para que avisaran a la policía... Y entonces (fue una locura) le di una bofetada con todas mis fuerzas. —Se detuvo y suspiró—. No debí hacerlo. Ni siquiera lo hice movido por la ira, sino por la frustración. Estaba enfermo y cansado, temía que alguien pudiera oírle, no podía aguantarlo ni un segundo más.

»Y le di más fuerte de lo que era mi intención. Se quedó boquiabierto. Mi mano le había dejado una enorme marca blanca en la mejilla. De pronto su sangre volvió a circular y la cara se le puso de un rojo intenso. Empezó a gritar insultándome,

bastante histérico, y a soltarme puñetazos. Se oyeron unos pasos rápidos en la escalera, seguidos de unos fuertes golpes en la puerta y una delirante parrafada en italiano. Cogí el diario y la traducción y los arrojé a la estufa; Bunny intentó impedírmelo, pero yo le sujeté hasta que prendieron. Luego grité que entraran. Era la camarera. Irrumpió en la habitación hablando tan atropelladamente que no entendí ni una palabra de lo que decía. Al principio pensé que se quejaba del ruido. Pero luego me di cuenta de que no era eso. Ella sabía que yo estaba enfermo; habían pasado varios días sin que se oyera ni un ruido en mi habitación, y entonces, dijo, exaltada, había oído aquellos gritos. Había pensado que me había muerto en plena noche, quizá, y que el otro joven *signor* me había encontrado, pero evidentemente no era así, pues ahora estaba de pie ante ella. ¿Quería que llamara a un médico? ¿A una ambulancia? ¿Qué trajera *bicarbonato di soda* ?

»Le di las gracias y le dije que no, que me encontraba perfectamente bien, e intenté darle alguna explicación y pedirle disculpas por las molestias, pero ella parecía perfectamente satisfecha y se marchó a buscar nuestro desayuno. Bunny estaba bastante sorprendido. No tenía idea de lo que había pasado, por supuesto. Supongo que parecía bastante siniestro e inexplicable. Me preguntó a dónde iba la camarera, y qué había dicho, pero yo estaba demasiado mareado y enojado para contestarle. Volví a mi habitación y cerré la puerta, y permanecí allí hasta que la camarera volvió con el desayuno. Lo sirvió en la terraza y nosotros salimos.

»Bunny no tenía mucho que decir, curiosamente. Después de un breve y tenso silencio, me preguntó por mi salud y me dijo lo que había hecho mientras yo estaba enfermo, pero no hizo ningún comentario sobre lo que acababa de pasar. Tomé el desayuno y comprendí que lo único que podía hacer era conservar la calma. Sabía muy bien que había herido sus sentimientos (en el diario había varias cosas muy desagradables), así que decidí mostrarme tan amable con él como pudiera, con la esperanza de que no surgieran más problemas.

Hizo una pausa para beber un poco de whisky. Le miré.

—¿Quieres decir que pensaste que podía no haber más problemas? —pregunté.

—Conozco a Bunny mejor que tú —repuso Henry bruscamente.

—Pero ¿y lo que dijo de la policía?

—Richard, yo sabía que Bunny no estaba preparado para ir a la policía.

¿No lo entiendes? —me dijo Francis, inclinándose hacia delante—. Si se hubiera tratado sólo del muerto, las cosas habrían sido diferentes. A Bunny no le preocupa su conciencia. No experimenta ningún tipo de conflicto moral. Sólo siente que hemos sido injustos con él.

—Yo pensaba que no contándoselo le hacía un favor, francamente —continuó Henry—. Pero estaba enfadado *(está* enfadado) porque lo dejamos al margen. Se siente ultrajado. Marginado. Y lo mejor que podía hacer yo era reparar la ofensa. Somos viejos amigos.

—Cuéntale lo que compró Bunny con tus tarjetas de crédito mientras estabas enfermo.

—De eso no me enteré hasta más adelante —dijo Henry, melancólico—. Pero qué más da. —Encendió otro cigarrillo—. Supongo que al enterarse sufriría una especie de *shock.* Y además estaba en un país extranjero, no conocía el idioma y no tenía ni un centavo. Al principio se comportó. Sin embargo, en cuanto advirtió que, pese a que tenía las circunstancias en contra, yo estaba a su merced (y no tardó mucho en darse cuenta), no te imaginas la tortura a que me sometió. Hablaba *todo el rato* de lo mismo. En restaurantes, en tiendas, en los taxis. Era temporada baja, sí, y no había muchos ingleses, pero estoy seguro de que en Ohio hay familias enteras de americanos preguntándose si... Dios mío. Exhaustivos monólogos en la Hosteria dell'Orso. Una pelea en la Via dei Cestari. Una repugnante reproducción de los hechos en el Gran Hotel.

»Una tarde fuimos a una cafetería, y Bunny no paraba de hablar; vi que en la mesa de al lado había un hombre pendiente de lo que decía. Nos levantamos para marcharnos. El hombre también se levantó. Yo no sabía qué pensar. Sabía que era alemán, porque le había oído hablar con el camarero, pero ignoraba si sabía inglés o si

había oído a Bunny lo bastante como para entenderlo. A lo mejor sencillamente era homosexual, pero yo no quería correr ningún riesgo. Regresamos al hotel por atajos, y yo creía que lo habíamos despistado, pero por lo visto no fue así, porque al despertarme a la mañana siguiente miré por la ventana y lo vi de pie junto a la fuente. Bunny estaba encantado. Le parecía que aquello era como una película de espías. Quería salir y comprobar si el tipo intentaba seguirnos, y prácticamente tuve que impedírselo por la fuerza. Me pasé toda la mañana mirando por la ventana. El alemán se quedó por allí, fumó unos cuantos cigarrillos y al cabo de un par de horas se largó. Sobre las cuatro de la tarde Bunny, que había estado quejándose incansablemente desde mediodía, se puso tan pesado que al final fuimos a comer algo. Pero no nos habíamos alejado más de un par de manzanas de la piazza cuando me pareció ver al alemán de nuevo, siguiéndonos a cierta distancia. Me di la vuelta y retrocedí con intención de encararle. El tipo desapareció, pero al cabo de unos minutos me volví y allí estaba él otra vez.

»Hasta entonces había estado sencillamente preocupado, pero ahora empecé a sentir verdadero miedo. Enfilamos un callejón y regresamos al hotel dando un amplio rodeo. (Bunny no llegó a almorzar aquel día, estuvo a punto de volverme loco.) Me senté junto a la ventana y permanecí allí hasta que oscureció, diciéndole a Bunny que se callara e intentando pensar en lo que podía hacer. No creía que el alemán supiera exactamente dónde nos hospedábamos; si no, ¿por qué iba a quedarse rondando por la piazza, en lugar de venir directamente a nuestro piso, si es que tenía algo que decirnos? En fin. Abandonamos nuestras habitaciones a altas horas de la noche y nos registramos en el Excelsior, cosa que a Bunny le pareció bien. Había servicio de habitaciones. Pasé el resto de nuestra estancia en Roma nervioso y vigilando. Madre mía, pero si todavía sueño con él. Sin embargo, no volví a verlo.

—¿Qué crees que quería? ¿Dinero?

Henry se encogió de hombros:

—Quién sabe. A aquellas alturas, por desgracia me quedaba poco dinero para darle. Las visitas de Bunny al sastre y esas cosas me habían dejado casi sin blanca, y encima habíamos tenido que cambiarnos de hotel. El dinero no me importaba, de verdad, pero Bunny me estaba volviendo loco. No me dejaba solo ni un momento. Era imposible escribir una carta o hacer una llamada telefónica sin que Bunny estuviera al acecho, *arrectis auribus,* intentando escuchar. Mientras me bañaba, él se metía en mi habitación y revolvía mis cosas; yo salía del cuarto de baño y me encontraba la ropa hecha un lío y migas entre las páginas de mis libretas. Todo lo que yo hacía le inspiraba sospechas.

»Lo soporté todo el tiempo que pude, pero empezaba a sentirme desesperado y, francamente, bastante mal. Sabía que dejarlo solo en Roma podría ser peligroso, pero intuía que las cosas empeoraban cada día y al final llegué a la conclusión de que quedándome no solucionaba nada. Sabía que nosotros cuatro no podríamos volver a clase como de costumbre en primavera (y mira, ya nos ves), y que tendríamos que preparar un plan, seguramente uno bastante pírrico e insatisfactorio. Pero necesitaba tiempo y tranquilidad, y unas cuantas semanas en Estados Unidos si es que teníamos que hacer algo. Así pues, una noche, en el Excelsior, aprovechando que Bunny, borracho, dormía profundamente, hice mis maletas (le dejé el billete de vuelta y dos mil dólares, pero ninguna nota) y cogí un taxi que me llevó al aeropuerto, donde tomé el primer avión.

—¿Le dejaste dos mil dólares? —pregunté incrédulo.

Henry se encogió de hombros. Francis meneó la cabeza y soltó un resoplido:

—Eso no es nada —dijo.

Me quedé mirándolos.

—En serio, no es nada —dijo Henry sin darle importancia—. No imaginas lo que me costó ese viaje a Italia. Y mis padres son generosos, pero no tanto. Jamás había tenido que pedir dinero, hasta estos últimos meses. Ahora me he quedado prácticamente sin ahorros y no sé si podré seguir contándoles historias sobre complicadas reparaciones mecánicas y demás. Mira, yo estaba dispuesto a ser razonable con Bunny, pero al parecer él no comprende que no soy más que otro estudiante con una renta, y no la gallina de los huevos de oro... Y lo más terrible

es que no le veo final a esta historia. Ignoro qué podría pasar si mis padres se cansaran y cerraran el grifo, y eso es lo que acabará ocurriendo, y en breve, si las cosas siguen así.

—¿Te está chantajeando?

Henry y Francis se miraron.

—Bueno, no exactamente —dijo Francis.

Henry negó con la cabeza:

—Bunny no piensa en esos términos —dijo con cierto hastío—.

—Para entenderlo tendrías que conocer a sus padres. Los Corcoran mandaron a todos sus hijos a las escuelas más caras en que pudieron meterlos, y dejaron que allí se valieran por sí mismos. Sus padres no le dan ni un dólar. Por lo visto nunca le han dado nada.

—Me dijo que cuando lo enviaron a Saint Jerome's ni siquiera le dieron dinero para los libros de texto. Personalmente, encuentro que es un método de crianza bastante raro; parecido al de ciertos reptiles que empollan sus crías y luego las abandonan a su suerte. No me sorprende que esto le haya inculcado a Bunny la noción de que es más honesto vivir de gorra que trabajar.

—Pero yo tenía entendido que sus padres eran unos aristócratas —dije.

—Los Corcoran tienen delirios de grandeza, pero no tienen dinero. Sin duda a ellos debe de parecerles muy aristocrático y muy elegante el que otra gente mantenga a sus hijos.

—Es un descarado —añadió Francis—. Se aprovecha hasta de los gemelos, que son casi tan pobres como él.

—Cuanto mayor sea la suma, mejor; y jamás se le ocurre devolver nada. Preferiría morir antes que buscar trabajo, claro.

—Los Corcoran preferirían verlo muerto —dijo Francis agriamente; encendió un cigarrillo y tosió al exhalar—. Pero cuando te ves obligado a mantenerte a ti mismo, estos remilgos con el trabajo suelen desaparecer.

—Es inconcebible —dijo Henry—. Yo preferiría tener un empleo cualquiera, seis empleos, antes que mendigar. Mírate a ti —me dijo—: Tus padres tampoco son demasiado generosos contigo, ¿verdad? Pero eres tan escrupuloso, te cuesta tanto pedir dinero prestado, que resultas casi ridículo.

Guardé silencio.

—Creo que habrías preferido morir en aquel almacén antes que ponerte en contacto con alguno de nosotros para que te mandáramos doscientos dólares —añadió. Encendió un cigarrillo y soltó una potente nube de humo—. Es una cantidad ridícula. Estoy seguro de que a finales de la semana que viene ya nos habremos gastado el doble con Bunny.

Me quedé mirándolo.

—Bromeas —dije.

—Ojalá.

—A mí tampoco me importa prestar dinero —dijo Francis—. siempre que lo tenga. Pero Bunny pide por pedir. Ya en los viejos tiempos no le daba ninguna importancia a pedir cien dólares por la cara, sin dar ninguna explicación.

—Y jamás da las gracias —añadió Henry, irritado—. ¿En qué se lo gasta? Si tuviera un mínimo de dignidad, iría a la oficina de empleo y buscaría trabajo.

—Tú y yo acabaremos en la oficina de empleo si Bunny no cambia de actitud —dijo Francis, taciturno, y se sirvió otra generosa ración de whisky, derramando una buena cantidad sobre la mesa—. *Miles* —me dijo, y bebió un sorbo del tembloroso borde del vaso—. Y la mayoría en restaurantes, el muy cerdo. Aparentemente todo es muy amistoso, por qué no vamos a cenar *tú y yo,* y cosas así, pero tal como están las cosas, ¿cómo puedo negarme? Mi madre piensa que tomo drogas. Supongo que es comprensible. Les ha dicho a mis abuelos que no me den más dinero y desde enero no recibo ni un dólar salvo los intereses que me corresponden. Con eso voy tirando, pero no puedo invitar a la gente a cenas de cien dólares cada noche.

Henry se encogió de hombros:

—Siempre ha sido así —dijo—. Siempre. Es gracioso. Me caía bien.

—Sentía un poco de lástima por él. No me importaba prestarle dinero para sus libros de texto sabiendo que no me lo devolvería.

—Con la diferencia de que ahora —añadió Francis— no es sólo dinero para libros de texto. Y ya no podemos negarnos.

—¿Cuánto tiempo podréis resistirlo?

—No eternamente.

—¿Y qué pasará cuando os quedéis sin dinero?

—No lo sé —dijo Henry, y se levantó las gafas para frotarse los ojos otra vez.

—A lo mejor, si yo hablara con él...

—*No* —dijeron al unísono, con una prontitud que me sorprendió.

—¿Por qué...?

Hubo una incómoda pausa, que finalmente Francis rompió:

—Bueno, no sé si lo sabes, pero Bunny está un poco celoso de ti.

Está convencido de que nos hemos confabulado contra él. Si encima sospecha que tú te has puesto de nuestro lado...

—No debes decirle que lo sabes —dijo Henry—. Bajo ningún concepto. A no ser que quieras empeorar las cosas.

Guardamos silencio unos momentos. El apartamento estaba lleno de un humo azul a través del cual la amplia extensión de linóleo blanco parecía árida, surreal. La música del estéreo de un vecino se filtraba por las paredes. The Grateful Dead. Madre mía. *«Trouble ahead... The lady in red...»*

—Lo que hicimos es terrible —dijo Francis de pronto—. El tipo que matamos no era Voltaire, pero de todas formas... Es una lástima.

—Lo siento mucho.

—Sí, claro, yo también lo siento —dijo Henry—. Pero no lo suficiente para que me metan en la cárcel por eso.

Francis soltó un bufido y se sirvió otra ración de whisky. La bebió de un trago.

—No —añadió—. No tanto.

Nuevamente guardamos silencio. Me sentía adormilado, enfermo, como si aquello fuera un sueño persistente y dispéptico. Ya lo había dicho antes, pero lo dije otra vez, levemente sorprendido por el sonido de mi propia voz en la silenciosa habitación:

—¿Qué vais a hacer?

—No lo sé —contestó Henry, con tanta calma como si le hubiera preguntado qué planes tenía para aquella tarde.

—Yo sé lo que *yo* voy a hacer —dijo Francis. Se levantó con dificultad y tiró del cuello de su camisa con el dedo índice. Lo miré con sorpresa, y él se rió de mí.

—Me voy a dormir —dijo, con una mirada melodramática—. *«Dormir plutot que vivre!»*

—*«Dans un sommeil aussi doux que la* mort...» —apostilló Henry, sonriente.

—Vaya, Henry, lo sabes todo —dijo Francis—. Me pones enfermo. —Se dio la vuelta, vacilante, y salió de la habitación haciendo eses y aflojándose la corbata.

Oímos un portazo, y a continuación los grifos del lavabo.

—Me parece que está bastante borracho —dijo Henry—. Todavía es pronto. ¿Te apetece jugar a cartas?

Lo miré con asombro.

Alargó la mano y cogió una baraja de cartas de una caja que había en la mesa —cartas Tiffany, con el dorso azul celeste y el monograma de Francis grabado en oro—, y las barajó con manos de experto.

—Si quieres podemos jugar a bezique o a euchre —me dijo mientras el azul y el dorado se difuminaban en sus manos—. Yo prefiero el póquer; ya sé que es un juego bastante vulgar, y que no tiene gracia jugando sólo dos, pero de todos modos me atrae el factor azar.

Le miré, miré sus finas manos, el movimiento de las cartas, y de pronto tuve un extraño recuerdo: Tojo, en el momento crítico de la guerra, obligando a sus oficiales a jugar a cartas con él durante toda la noche.

Empujó la baraja hacia mí.

—¿Cortas? —dijo, y encendió un cigarrillo.

Miré las cartas, y luego la llama de la cerilla que ardía entre sus dedos, con claridad estática.

—No estás demasiado preocupado, ¿verdad que no?

Henry dio una honda calada, exhaló el humo y apagó la cerilla.

—No —admitió, mirando fijamente el hilo de humo que se elevaba del extremo—. Creo que sé lo que tengo que hacer para salir de ésta. Pero eso depende de que la oportunidad se presente por sí misma, y tendremos que esperar. Supongo que en cierta medida también depende de cuánto estemos dispuestos a hacer. ¿Reparto? —dijo, y volvió a coger las cartas.

Me desperté de un sueño sordo y profundo y me encontré echado en una incómoda posición en el sofá de Francis. El sol entraba por la hilera de ventanas que había a mi espalda. Me quedé un rato inmóvil, intentando recordar dónde estaba y cómo había llegado hasta allí; era una sensación agradable que se enturbió de pronto cuando recordé lo ocurrido la noche anterior. Me incorporé y me froté las marcas que el cojín del sofá me había hecho en la mejilla. Al moverme, sentí dolor de cabeza. Miré el cenicero, lleno a rebosar, la botella de Famous Grouse, casi vacía, el juego de solitario dispuesto sobre la mesa. De modo que todo había sido real, no había sido un sueño.

Tenía sed. Fui a la cocina, rompiendo el silencio con mis pasos, y bebí un vaso de agua, de pie frente al fregadero. El reloj de la cocina marcaba las siete de la mañana.

Volví a llenar el vaso, lo llevé al salón y me senté en el sofá. Mientras bebía, esta vez más despacio —había bebido el primer vaso demasiado deprisa y me había producido náuseas—, miré la partida de solitario de Henry. Debía de haberlo dispuesto mientras yo dormía. En lugar de buscar *el flux* en las columnas, y *full houses* y *fours* en las líneas, que era lo más prudente, había estado buscando *los flux* en las líneas, y no lo había conseguido. ¿Por qué había hecho una cosa así? ¿Para ponérselo más difícil? ¿O sería que, sencillamente, estaba cansado?

Cogí las cartas, las barajé y volví a ponerlas una a una, de acuerdo con las reglas estratégicas que él mismo me había enseñado, y le gané por cincuenta puntos. Las frías y desenvueltas caras me miraban: jotas blancas y rojas, la reina de picas con su sospechosa mirada. Una ola de fatiga y náuseas me invadió de pronto; me dirigí al armario, cogí el abrigo y me marché, cerrando la puerta con cuidado.

El pasillo, con la luz del día, parecía un pasillo de hospital. Vacilante, me detuve en la escalera y me volví para mirar la puerta de Francis, apenas distinguible de las otras en aquella larga y anónima hilera.

Supongo que si en algún momento dudé, fue entonces, de pie en aquella fría y fantasmal escalera mirando el apartamento del que acababa de salir. ¿Quién era aquella gente? ¿La conocía de verdad? ¿Podría confiar verdaderamente en alguno de ellos, llegado el caso? ¿Por qué me habían elegido a mí para contármelo?

Es curioso, pero ahora me doy cuenta de que aquel preciso momento, cuando me quedé de pie, pestañeando, en el rellano vacío, era el momento que habría podido elegir para hacer algo muy diferente de lo que acabé haciendo. Pero entonces no tomé aquel momento por lo que era; supongo que nunca lo hago. Lo que hice fue bostezar, sacudirme aquel aturdimiento momentáneo y seguir bajando la escalera.

Una vez en mi habitación, aturdido y cansado, lo único que deseaba era bajar las persianas y echarme en la cama, que de pronto parecía la cama más tentadora del mundo pese a la almohada mohosa y las sábanas sucias. Pero era imposible. Faltaban dos horas para la clase de prosa griega, y no tenía hechos los deberes.

El ejercicio consistía en una redacción de dos páginas, en griego, sobre cualquier epigrama de Calímaco. Sólo había hecho una página, y me puse a hacer el resto, con prisas y de forma ligeramente deshonesta, escribiendo primero en inglés y traduciendo palabra por palabra. Era algo que a Julian no le gustaba. Decía que el valor de la redacción en prosa griega no consistía en proporcionar una particular facilidad con el lenguaje que no pudiera obtenerse por otros métodos, sino que si se hacía debidamente, usando la cabeza, te enseñaba a pensar en griego. Tus esquemas mentales cambiaban, decía, cuando los ceñías a los confines de una lengua rígida y poco familiar. Ciertas ideas vulgares se volvían inexpresables; otras, antes impensables, cobraban vida y encontraban una nueva y milagrosa articulación. A mí me cuesta explicar en inglés exactamente lo que quiero decir, supongo que es inevitable. Sólo puedo decir que un *incendium* es completamente diferente del *feu* con que un francés enciende su cigarrillo, y que ambos son muy diferentes del decidido e inhumano *pur* que conocían los griegos, *el pur* que rugía en las torres de Ilion o que saltaba y gritaba en aquella desolada y ventosa isla, procedente de la pira funeraria de Patroclo.

Pur: para mí, esa sola palabra contiene la secreta, radiante y terrible claridad del griego clásico. ¿Cómo puedo describir esa luz extraña y dura que impregna los paisajes de Homero y que ilumina los diálogos de Platón, una luz desconocida, inarticulable en nuestra lengua vulgar? El idioma que compartimos es un idioma de lo complejo, de lo peculiar; un idioma habitado por calabazas, golfos, punzones, cervezas; el idioma de Ahab, de Falstaff, de Mrs. Gamp; y si bien lo encuentro perfectamente adecuado para este tipo de reflexiones, me falla por completo cuando intento describir con él lo que me encanta del griego, ese idioma que no conoce rarezas ni caprichos; un idioma obsesionado con la acción y con el placer de constatar cómo la acción se multiplica, cómo la acción marcha, implacable, y con más acciones uniéndose a ella a medida que avanza, cogiendo rápidamente el paso en la cola de la columna, formando una larga fila de causa y efecto que conduce a lo inevitable, al único final posible.

Ése es, en cierto sentido, el motivo por el que me sentía tan próximo a los otros en la clase de griego. Ellos conocían también ese hermoso y angustioso paisaje, muerto hace siglos: como yo, habían levantado la vista de los libros con ojos del siglo y y se habían encontrado con un mundo desconcertantemente lento y extraño, como si no fuera el suyo. Por eso admiraba a Julian y a Henry sobre todo. Tenían la razón, los ojos y los oídos, irrevocablemente puestos en los confines de aquellos ritmos austeros y antiguos —de hecho no vivían en el mundo, por lo menos como yo lo entendía—, y en lugar de ser visitantes ocasionales de aquella tierra que yo mismo sólo había visitado en calidad de turista admirado, eran sus habitantes permanentes, todo lo permanentes que podían. El griego clásico es una lengua difícil, muy difícil, y puedes pasarte la vida entera estudiándolo y seguir siendo incapaz de hablar ni una sola palabra. Pero incluso hoy en día sonrío cuando pienso en el inglés calculado y formal de Henry, el inglés de un extranjero bien educado, y lo comparo con la maravillosa fluidez y seguridad de su griego: rápido, elocuente, notablemente ocurrente. Cada vez que oía a Henry conversando en griego con Julian, discutiendo y bromeando, me maravillaba, pues jamás los oí hacerlo en inglés; he visto muchas veces a Henry contestar al teléfono con un irritado y cauteloso «Diga», y nunca olvidaré el duro e irresistible placer de su *«¡Kairei!»* cuando resultaba ser Julian el que estaba al otro lado de la línea.

Después de oír la historia que había oído, me hacía sentir un poco incómodo que los epigramas de Calímaco hablaran de mejillas ruborizadas, vino y besos de jóvenes imberbes a la luz de las antorchas. Había elegido uno bastante triste, que, traducido, dice así: «Al amanecer enterramos a Melanippus; al ocaso, la doncella Basilo se dio muerte, pues no soportaba dejar a su hermano en la pira y seguir ella con vida; y la casa vivió un doble infortunio, y todos los Cyrene bajaron la cabeza al ver tan desolado el hogar de aquellos niños felices.»

Terminé mi redacción en menos de una hora. Después de repasarla y de revisar las terminaciones, me lavé la cara, me cambié la camisa y me dirigí a la habitación de Bunny con mis libros.

Bunny y yo éramos los únicos de los seis que vivíamos en el campus; la residencia de Bunny estaba al otro lado del jardín, en el extremo opuesto del Commons. Tenía una habitación en la planta baja, y estoy convencido de que aquello era un inconveniente para él, porque se pasaba gran parte del tiempo arriba, en la cocina comunitaria: planchándose los pantalones, hurgando en la nevera, asomado a la ventana en mangas de camisa para hablar a gritos con la gente que pasaba. Como no me abrió la puerta, subí a buscarlo a la cocina y lo encontré sentado en el alféizar, en camiseta, bebiendo una taza de café y hojeando una revista. Me sorprendió un poco ver que los gemelos también estaban allí: Charles, de pie, con el tobillo izquierdo cruzado sobre el derecho, removía el café, malhumorado, y miraba por la ventana; Camila estaba planchando una camisa a Bunny, lo cual me sorprendió, porque a Camila no se le daban demasiado bien las tareas domésticas.

—Hombre, hola —me saludó Bunny—. Entra. Estábamos tomando un *kaffeeklatsch.* Sí, las mujeres sirven para una cosa *o dos* —añadió al ver que me quedaba mirando a Camila y la tabla de planchar—, aunque, como soy un caballero y estamos en presencia de una dama —continuó con un guiño— , no diré cuál es la otra cosa. Charles, dale una taza de café, ¿quieres? No hace falta que la laves, está limpia —dijo, casi a gritos, cuando Charles cogió una taza sucia del fregadero y abrió el grifo.

—¿Has hecho la redacción?

—Sí.

—¿Sobre qué epigrama?

—El veintidós.

—Hmmm. Al parecer todos os habéis inclinado por los sentimentaloides. Charles ha elegido el de la niña que se muere y todos sus amigos la echan de menos, y tú, Camila, tú has elegido...

—El catorce —dijo Camila sin levantar la vista, apretando con fuerza la punta de la plancha contra el cuello de la camisa.

—Eso. Yo he elegido uno de los picantes. ¿Has estado alguna vez en Francia, Richard?

—No —contesté.

—Pues podrías venir con nosotros este verano.

—¿Nosotros? ¿Quién?

—Henry y yo.

Me quedé tan sorprendido que no reaccioné.

—¿A Francia? —dije al fin.

—Un *tour* de dos meses. Una verdadera maravilla. Mira. —Me lanzó la revista, que era un folleto turístico.

Le eché un vistazo. El *tour* era una gozada, desde luego: un «crucero en barcaza de lujo» que empezaba en la cuna del *champagne* y luego te llevaba, en globo, a Borgoña, donde cogías otra barcaza, por Beaujolais, hasta la Riviera, Cannes y Montecarlo. El folleto tenía lujosas ilustraciones, estaba lleno de fotografías a todo color de comidas *de gourmet*, barcazas con flores en la cubierta, turistas felices descorchando botellas de champán y saludando con la mano desde la cesta de su globo a los contrariados campesinos que los miraban desde los campos.

—¿Qué te parece? —dijo Bunny.

—Fabuloso.

—Roma no estuvo mal, pero cuando la conoces te das cuenta de que no es más que un pozo negro. Además, a mí me gusta moverme más. Ir de un sitio a otro, conocer las costumbres del país. Entre nosotros: creo que Henry se lo va a pasar en grande.

Yo también, pensé, mientras contemplaba una fotografía de una mujer que sujetaba una barra de pan francés y sonreía a la cámara con gesto desencajado. Los gemelos evitaban concienzudamente que nuestras miradas se encontraran: Camila,

inclinada sobre la camisa de Bunny, y Charles dándome la espalda, con los codos apoyados en el aparador y mirando por la ventana de la cocina.

—Esto del globo es fantástico —dijo Bunny, locuaz—, pero la verdad es que siempre me he preguntado cómo haces para ir al lavabo.

¿Por encima de la cesta?

—Mira —le interrumpió Camila—, creo que esto me va a llevar un rato. Son casi las nueve. Por qué no vas tú con Richard, Charles. Dile a Julian que no nos espere.

—No creo que tardes *tanto,* ¿no? —dijo Bunny, malhumorado, alargando el cuello para mirar—. ¿Qué pasa? ¿Dónde has aprendido a planchar?

—En ningún sitio. *Nosotros* llevamos *nuestras* camisas a la lavandería.

Charles salió conmigo, unos pasos detrás. Recorrimos el pasillo y bajamos la escalera sin decirnos nada, pero una vez abajo se acercó y, cogiéndome por un brazo, me metió en una sala de juegos vacía. En los años veinte y treinta, el bridge se había puesto de moda en Hampden; cuando aquel entusiasmo desapareció, aquellas habitaciones no fueron destinadas a ningún otro uso, y no las utilizaba nadie, excepto para traficar con drogas, para escribir a máquina o para citas románticas ilícitas. Cerró la puerta. Observé la antigua mesa de juego, con un diamante, un corazón, un trébol y una pica incrustados en cada uno de los cantos.

—Henry nos ha llamado —dijo Charles mientras arañaba el extremo levantado del diamante con el pulgar, con la cabeza estudiadamente gacha.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, temprano.

Nos quedamos un momento callados.

—Lo siento —dijo Charles, y levantó la vista.

—¿Qué es lo que sientes?

—Siento que te lo haya contado. Siento todo esto. Camila estámuy disgustada.

Me pareció que estaba sereno, cansado pero sereno. Sus ojos me miraban con un plácido candor. De pronto me sentí muy mal. Francis y Henry me caían bien, pero no soportaba la idea de que a los gemelos pudiera pasarles algo. Sentí una punzada de dolor al pensar en lo amables que siempre habían sido conmigo; en lo dulce que había sido Camila aquellas primeras semanas tan antipáticas; en Charles que siempre se las había ingeniado para pasar por mi habitación, o para volverse hacia mí en medio de una multitud dando a entender que él y yo éramos amigos, lo cual siempre me emocionaba; en las caminatas y en los paseos en coche, y en las cenas en su casa; en sus perseverantes cartas, que yo había recibido durante los largos meses de invierno y que casi nunca contestaba.

Los ruidos de las cañerías me sacaron de mis cavilaciones. Nos miramos.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté. Tenía la impresión de que durante las últimas veinticuatro horas sólo había formulado esa pregunta y sin embargo nadie me había dado todavía una respuesta satisfactoria.

Se encogió de hombros; en realidad encogió sólo uno, como hacían siempre tanto él como su hermana.

—No tengo ni idea —dijo con aire cansado—. ¿Nos vamos?

Henry y Francis ya estaban en el despacho de Julian cuando nosotros llegamos. Francis no había terminado su redacción; escribía la segunda página a toda prisa y tenía los dedos manchados de tinta azul. Mientras tanto, Henry revisaba la primera página, y corregía con su pluma.

No levantó la mirada:

—Hola —nos dijo—. Cerrad la puerta, por favor.

Charles cerró la puerta de un puntapié:

—Malas noticias —anunció.

—¿Muy malas?

—Económicamente, sí.

Francis maldijo discretamente, sin interrumpir su trabajo, Henry añadió las últimas correcciones y agitó la hoja en el aire para secarla.

—Vaya por Dios —dijo—. Supongo que podrán esperar. No me apetece pasarme la clase pensando en eso. ¿Has terminado la segunda página, Francis?

—Un momento —dijo Francis, que seguía escribiendo a toda velocidad.

Henry se colocó detrás de la silla de Francis, se inclinó por encima de su hombro y empezó a repasar el principio de la última página, con un codo apoyado en la mesa.

—¿Y Camila? ¿Está con él? —nos preguntó.

—Sí. Planchándole su asquerosa camisa.

—Hmmmm. —Henry señaló algo con la punta de su pluma—.

—Francis, aquí has de poner el optativo en lugar del subjuntivo.

Francis se apresuró a corregirlo, dejando por un momento la línea en que estaba, casi al final de la página.

—Y esta labial se convierte en *pi,* no en *kappa.*.

Bunny llegó tarde y de mal humor.

—Oye, Charles —dijo al entrar—, si quieres que tu hermana encuentre marido, será mejor que le enseñes a planchar.

Yo estaba agotado y desanimado, y me costó trabajo seguir la clase. A las dos tenía francés, pero después de griego regresé directamente a mi habitación, me tomé un somnífero y me metí en la cama. El somnífero estaba de más: no lo necesitaba, pero la sola idea de no descansar, de una tarde llena de malos sueños y de lejanos ruidos de cañerías, era demasiado desagradable para arriesgarme.

Así que dormí profundamente, casi demasiado profundamente, y el día transcurrió sin contratiempos. Ya estaba oscureciendo cuando, desde las profundidades, advertí que alguien llamaba a mi puerta.

Era Camila. Mi aspecto debía de ser horrible, porque levantó una ceja y rió:

—Te pasas la vida durmiendo —me dijo—. ¿Por qué siempre que vengo a verte te encuentro durmiendo?

La miré. Las persianas de mi habitación estaban cerradas y en el pasillo no había luz, y a mí, medio drogado y medio dormido como estaba, Camila no me pareció aquella persona inasequible de siempre, sino una aparición nebulosa e inefablemente tierna de cinturas esbeltas, sombras, cabellos despeinados; la Camila intangible y encantadora que habitaba mis melancólicos sueños.

—Entra —dije.

Camila entró y cerró la puerta. Me senté en la cama, descalzo y con la camisa desabrochada, y pensé en lo maravilloso que sería que aquello fuera un sueño, que pudiera caminar hasta ella y cogerle la cara con las manos y besarla, besarle los párpados, los labios, aquel trozo de sien donde el cabello color miel se volvía de un dorado sedoso.

Permanecimos un buen rato mirándonos.

—¿Te encuentras mal?

El destello de su pulsera de oro en la oscuridad. Tragué saliva. No sabía qué decir. Camila se levantó:

—Será mejor que me vaya. No quería molestarte, lo siento. Venía a preguntarte si querías venir a dar una vuelta.

—¿Cómo?

—A dar un paseo. Pero da lo mismo. Otra vez será.

—¿Adonde?

—A donde sea. Da lo mismo. He quedado con Francis en el Commons dentro de diez minutos.

—No, espera —dije. Estaba maravillado. Sentía una deliciosa pesadez en los miembros, e imaginé lo fabuloso que sería pasear con ella (amodorrado, hipnotizado) hasta el Commons a la luz del ocaso, pisando la nieve.

Me levanté —tardé una eternidad en hacerlo; el suelo se fue alejando ante mis ojos como si yo creciese indefinidamente— y fui hasta el armario. El suelo oscilaba

bajo mis pies, pero muy suavemente, como el suelo de un avión. Encontré el abrigo y luego una bufanda. No me molesté en buscar unos guantes.

—Ya está ¿Nos vamos?

Camila levantó una ceja y dijo:

—Fuera hace un poco de frío. ¿No crees que deberías ponerte zapatos?

Anduvimos hasta el Commons bajo una lluvia de aguanieve. Charles, Francis y Henry nos estaban esperando. Me pareció significativo que estuvieran todos excepto Bunny.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada —me contestó Henry mientras hacía un dibujo en el suelo con la afilada y reluciente contera de su paraguas—. Vamos a dar una vuelta. Me pareció que no estaría mal... —hizo una delicada pausa— salir un rato de la escuela, cenar por ahí...

Sin Bunny, me dije. ¿Dónde estaba Bunny? La contera del paraguas de Henry emitió un destello. Levanté los ojos y vi que Francis me estaba mirando con las cejas levantadas.

—¿Qué pasa? —repetí, irritado, vacilando levemente.

Francis se rió:

—¿Estás borracho?

Todos me miraban extrañados.

—Sí —mentí. No me apetecía dar explicaciones.

Aquel cielo, frío, con una brumosa capa de llovizna a la altura de la copa de los árboles, hacía que hasta el paisaje que rodeaba a Hampden resultara indiferente y remoto. La niebla blanqueaba los valles y la cima del monte Cataract estaba completamente tapada. Como no podía ver aquella omnisciente montaña que para mí era inseparable de Hampden y de sus alrededores, me costaba orientarme y me daba la impresión de que estábamos entrando en un territorio desconocido, aunque había bajado por aquella carretera cientos de veces y con todo tipo de condiciones climáticas. Henry conducía bastante deprisa, como de costumbre; las ruedas zumbaban sobre la mojada calzada negra y levantaban agua a ambos lados.

—Hace un mes estuve mirando este sitio —dijo, aminorando la marcha cuando nos acercamos a una granja blanca situada sobre una colina. Unas desoladas balas de heno salpicaban el nevado pasto—.

—Todavía está en venta, pero creo que piden demasiado.

—¿Cuántas hectáreas? —preguntó Camila.

—Sesenta.

—¿Para qué demonios quieres tanto terreno? —Camila se retiró el cabello de los ojos y volví a captar el destello de su pulsera: *Dulce ca bello al viento, cabello oscuro al viento sobre una boca...* —. Imagino que no irás a cultivarla.

—En mi opinión —dijo Henry—, cuanta más tierra, mejor. Me encantaría tener tanto terreno que desde donde viviera no se viese ninguna carretera ni ningún poste de teléfono, ni nada que no quisiera ver. Supongo que hoy en día eso es imposible, y esa casa está prácticamente junto a la carretera. Vi otra granja, pasada la frontera del estado de Nueva York...

Un camión nos adelantó, arrojando una ráfaga de agua.

Todos parecían extraordinariamente tranquilos, y yo sabía por qué. Era porque Bunny no venía con nosotros. Todos evitaban aquel tema con deliberada despreocupación; ahora él debía de estar en algún sitio, me dije, haciendo algo, pero no quería preguntar. Me recosté contra el asiento y contemplé los plateados y temblorosos senderos que las gotas de lluvia dibujaban al recorrer el cristal de mi ventanilla.

—Si tuviera que comprarme una casa, me la compraría aquí —dijo Camila—. Siempre he preferido la montaña a la playa.

—Yo también —dijo Henry—. Supongo que en ese sentido, mis gustos son bastante helenistas. Me interesan los lugares que no tienen acceso al mar, los paisajes retirados,

los terrenos salvajes. El mar jamás me ha interesado lo más mínimo. ¿Os acordáis de lo que dice Homero sobre los Arcades? «No utilizaban los barcos para nada...»

—Eso te pasa porque creciste en el Medio Oeste —sugirió Charles.

—Pero según eso, tendrían que gustarme los terrenos planos y las llanuras. Y no es así. Las descripciones de Troya que hay en la *Ilíada* me parecen horribles: todo llanuras y sol abrasador. No. A mí siempre me ha atraído el terreno salvaje, escarpado. Las lenguas más extrañas proceden de lugares así, igual que las más extrañas mitologías, y las ciudades más antiguas, y las regiones más bárbaras. Pan nació en las montañas, por ejemplo. Y Zeus. *«En Parrhasia fue donde Rheis te tuvo* —dijo con aire soñador; luego continuó en griego—: *donde había una colina protegida por la más densa maleza...»*

Había oscurecido. Nos rodeaba un paisaje velado y misterioso, silenciado por la oscuridad y la bruma. Era una zona remota, poco transitada, un paisaje rocoso con densos bosques, sin el pintoresco atractivo de Hampden y sus suaves colinas, sus chalets de esquí y sus tiendas de antigüedades; era un sitio peligroso y primitivo; un lugar dejado de la mano de Dios.

Francis, que conocía el terreno mejor que el resto de nosotros, nos había asegurado que cerca de allí había una taberna, pero parecía mentira que pudiera haber algo habitado a menos de ochenta kilómetros a la redonda. Entonces, después de una curva, nuestros faros iluminaron un letrero de metal oxidado con señales de bala que nos informó que habíamos llegado a la Hoosatonic Inn, cuna de la Tarta *a la mode.*

El edificio estaba rodeado por un porche desvencijado —mecedoras viejas, pintura resquebrajada—. Dentro había un recibidor que era un revoltijo de muebles de caoba y de terciopelo apelillado, cabezas de venado, calendarios de estación de servicio, y una amplia colección de salvamanteles conmemorativos del bicentenario, enmarcados y colgados en la pared.

En el comedor sólo había unos cuantos vecinos cenando. Cuando entramos, todos nos miraron con franca e inocente curiosidad, intrigados por nuestros trajes oscuros y nuestras gafas, por los gemelos con iniciales de Francis y por su corbata Charvet, por Camila, con su corte de pelo masculino y su elegante chaquetón de astracán. Aquella conducta colectiva tan abierta me sorprendió un poco —ni miradas fijas ni miradas de desaprobación—, hasta que pensé que seguramente aquella gente no había caído en la cuenta de que éramos de la universidad. Más cerca de Hampden nos habrían identificado como niñatos de la escuela, de esos que arman bullicio y no dejan propina. Pero aquí no éramos más que extraños en un sitio donde no abundan los extraños.

Ni siquiera vinieron a preguntarnos qué queríamos tomar. La cena apareció como por arte de magia: cerdo rustido, galletas, nabos y batido de maíz y mantequilla de nueces, servida en gruesos boles de porcelana con retratos de los presidentes (hasta Nixon).

Una vez servidos los platos, el camarero, un joven rozagante con las uñas mordidas, nos preguntó tímidamente:

—¿Sois de Nueva York?

—No —contestó Charles, cogiendo la bandeja de galletas que Henry le había alargado—. De aquí.

—¿De Hoosatonic?

—No. De Vermont.

—¿No sois de Nueva York?

—No —repitió Francis con simpatía, y empezó a cortar su rustido—. Yo soy de Boston.

—Ah, yo he estado en Boston —dijo el chico, impresionado. Francis le sonrió cortésmente y cogió un plato.

—Seguro que os gustan los Red Sox.

—Sí, a mí sí —dijo Francis—. Mucho. Pero por lo visto nunca ganan, ¿no?

—A veces sí. Pero supongo que nunca ganarán las series.

Seguía de pie junto a nuestra mesa, intentando pensar en algo más que decir. Henry lo miró.

—Siéntate —le dijo de pronto—. ¿Por qué no comes algo con nosotros?

El chico vaciló un poco, pero finalmente cogió una silla y se sentó, aunque no quiso comer nada; nos dijo que el comedor cerraba a las ocho, y seguramente ya no entraría nadie.

—Estamos apartados de la carretera —dijo—. Y aquí la gente se acuesta temprano.

Nos dijo que se llamaba John Deacon; tenía veinte años —mi edad—, y había terminado el bachillerato en el Instituto Equinox de Hoosatonic hacía sólo dos años. Después de graduarse había trabajado en la granja de su tío; aquel empleo de camarero era nuevo, sólo lo hacía en invierno.

—Sólo llevo tres semanas aquí —dijo—. No está mal. Y me dan las comidas.

Henry, al que en general no le gustaban los *hoi polloi* —una categoría que en su opinión incluía a personas que iban de los adolescentes con *boom boxes* al decano de la Universidad de Hampden, un hombre adinerado licenciado en estudios americanos por la Universidad de Yale—, sentía en cambio una genuina simpatía por la gente pobre, la gente sencilla, del campo. Los funcionarios de Hampden lo despreciaban, pero los porteros, los jardineros y los cocineros lo admiraban. Aunque Henry no los trataba como a sus iguales —la verdad es que no trataba a nadie como a un igual—, tampoco recurría a la simpatía condescendiente de los ricos. «Creo que somos mucho más hipócritas sobre la enfermedad y sobre la pobreza que la gente de épocas más antiguas», recuerdo haberle oído decir a Julian en una ocasión. «En América, los ricos intentan hacer ver que los pobres son iguales que ellos en todos los aspectos salvo el dinero, y eso, sencillamente no es cierto. ¿Recuerda alguien la definición de Justicia que hace Platón en la *República*? En una sociedad, la justicia consiste en que cada nivel de una jerarquía funcione en el lugar que le corresponde y esté satisfecho con él. El hombre pobre que pretende superar su estatus sólo consigue hacerse innecesariamente miserable. Y los pobres inteligentes siempre lo han sabido, igual que los ricos inteligentes.»

Ahora no estoy tan seguro de que eso sea cierto —porque si lo es, ¿qué pasa conmigo?, ¿tendría que haberme quedado en Plano limpiando parabrisas?—, pero sin duda Henry tenía tanta confianza en sus propias capacidades y en su posición en el mundo, y se sentía tan cómodo con ellas, que tenía la extraña virtud de hacer que los otros (incluido yo) se sintieran cómodos con sus respectivas posiciones, más bajas, fueran cuales fueran. En general, a la gente pobre le impresionaba su conducta, salvo quizá los aspectos más ambiguos y admirativos; y de ese modo podían ver más allá, podían ver al verdadero Henry, al Henry que yo conocía, taciturno, educado, tan sencillo y franco, en muchos aspectos, como ellos mismos. Henry compartía ese don con Julian, al que la gente del campo que vivía a su alrededor admiraba profundamente, de forma parecida a como uno se imagina que los pobres de Comum y de Tifernum debían de admirar a Plinio.

Henry y el chico pasaron gran parte de la cena hablando con tono confidencial —y, para mí, desconcertante— sobre los terrenos que rodeaban Hampden y Hoosatonic —divisiones, urbanización, precio de la hectárea, terrenos salvajes, títulos y quién era el dueño de qué— mientras el resto comíamos y escuchábamos. Era la típica conversación que uno podría oír en cualquier estación de servicio o tienda de comestibles rurales, pero a mí me hizo sentir extrañamente feliz y en paz con el mundo.

Ahora, transcurrido el tiempo, encuentro extraño que aquel granjero muerto ejerciera tan poca influencia sobre una imaginación tan morbosa e histérica como la mía. Puedo imaginar las extravagantes pesadillas que semejante episodio habría podido provocar (abro la puerta de un aula, y veo una figura con camisa de franela y sin rostro macabramente apoyado contra un escritorio, o volviéndose para mirarme desde la pizarra), pero supongo que el hecho de que apenas pensara en él, y de que lo hiciera sólo cuando algo o alguien me lo recordaba, es bastante significativo. Creo que a los otros les preocupaba igual o incluso menos que a mí, como demuestra el hecho de que todos se habían incorporado ya hacía tiempo a la vida normal. Aunque todo aquel asunto era monstruoso, el cadáver en sí no parecía más que un muñecote de

atrezzo, algo que unos tramoyistas hubieran sacado en la oscuridad y colocado a los pies de Henry y que apareció cuando se encendieron las luces; la imagen de aquel cadáver, con la mirada fija, inerte, cubierto de sangre seca, siempre me provocaba un pequeño *frisson* nervioso, pero aun así, parecía relativamente inofensivo comparado con la amenaza, persistente y mucho más real, que Bunny significaba.

Bunny, pese a su apariencia de amable y sólida estabilidad, era en realidad un personaje sumamente caótico. Eso se debía a varios motivos, pero fundamentalmente a su absoluta incapacidad para pensar en algo antes de hacerlo. Navegaba guiado únicamente por las tenues luces del impulso y la costumbre, convencido de que en su camino no aparecerían obstáculos que no pudieran ser esquivados improvisadamente. Pero ante las nuevas circunstancias surgidas a raíz del asesinato, su instinto le había fallado. Ahora que habían cambiado los faros de sitio, el piloto automático por el que se regía su mente resultaba inútil; avanzaba con dificultad, a la deriva, con las cubiertas inundadas, encallándose en bancos de arena, virando constantemente en una y otra dirección.

Supongo que a simple vista seguía siendo el de antes, un tipo jovial que saludaba a la gente dándole palmadas en la espalda, que comía Twinkies y HoHos en la sala de lectura de la biblioteca y que siempre dejaba sus libros de griego llenos de migas. Pero detrás de aquella fachada estaban produciéndose cambios concretos y bastante importantes, cambios que yo ya había empezado a sospechar, pero que fueron haciéndose más evidentes con el tiempo.

En muchos aspectos era como si no hubiera pasado nada. Asistíamos a clase, hacíamos nuestros ejercicios de griego, y por lo general nos las ingeniábamos para fingir entre nosotros y de cara a los demás que todo iba bien. Me parecía alentador que Bunny siguiera cumpliendo la rutina de siempre con tanta facilidad, pese a lo trastornado que estaba. Pero ahora comprendo que la rutina era lo único que lo sostenía. Era el único punto de referencia que le quedaba, y se aferraba a él con una tenacidad feroz, en parte por inercia y en parte porque no tenía nada con que sustituirla. Supongo que, para los otros, la continuación de los viejos rituales era en cierto sentido una charada que servía para tranquilizar a Bunny; pero yo no lo veía así, y tampoco supe lo trastornado que estaba Bunny hasta que tuvo lugar el siguiente episodio.

Estábamos pasando el fin de semana en casa de Francis. Aparte de la tensión, apenas perceptible, que por aquel entonces acompañaba a todas las actividades en que participaba Bunny, las cosas parecían ir bastante bien, y aquella noche, durante la cena, Bunny había demostrado estar de buen humor. Cuando me fui a acostar él todavía estaba abajo, bebiendo el vino que había sobrado en la cena y jugando a backgammon con Charles, y aparentemente era el mismo de siempre; pero de madrugada, me despertaron unos fuertes gritos procedentes de la habitación de Henry, que se encontraba al final del pasillo.

Me incorporé y encendí la luz.

—A ti nada te importa, ¿verdad? —gritaba Bunny; a continuación oí un ruido estrepitoso, como si alguien hubiera tirado los libros del escritorio al suelo—. Nada. Sólo te importas tú mismo, tú y tus malditos amigos. Me gustaría saber lo que pensaría Julian, hijo de puta, si le dijera un par de... ¡No me toques! —chilló—. ¡Apártate!

Hubo más ruidos, como si volcaran muebles, y luego oí la voz de Henry, que habló deprisa y furioso. Pero Bunny gritaba más fuerte, tanto que estoy seguro de que despertó a toda la casa:

—¡Adelante! Intenta impedírmelo. No me das miedo. ¡Me das asco, marica asqueroso, nazi, judío de mierda!

Otro estruendo, esta vez de madera astillándose. Luego un portazo y unos pasos corriendo por el pasillo. Y por último sollozos, unos sollozos terribles, profundos y entrecortados.

Hacia las tres, cuando cesaron los ruidos y me disponía a apagar de nuevo la luz, oí pasos en el pasillo y, tras una pausa, llamaron a mi puerta. Era Henry.

—Madre mía —dijo, sorprendido de ver la cama de cuatro columnas deshecha y mi ropa esparcida por la alfombra—. Me alegro de que estés despierto. He visto la luz.

—¿Qué ha pasado?

Se pasó una mano por el despeinado cabello.

—¿A ti qué te parece? —preguntó con gesto inexpresivo—. No lo sé, la verdad. Debo de haber hecho algo que le ha molestado, pero te juro que no lo sé. Estaba en mi cuarto, leyendo; ha entrado a pedirme un diccionario. Bueno, me ha pedido que le buscara algo en el diccionario y... ¿Por casualidad tienes una aspirina?

Me senté en un lado de la cama y revolví el cajón de la mesilla de noche, lleno de pañuelos, gafas y panfletos de Ciencia Cristiana pertenecientes a una de las ancianas parientas de Francis.

—No veo ninguna —dije—, ¿Qué ha pasado?

Henry suspiró y se dejó caer en una butaca.

—En mi habitación tengo aspirinas —dijo—. Están en una caja en el bolsillo de mi gabardina. También hay una caja de cápsulas azules. Y mis cigarrillos. ¿Te importa ir a buscarlo?

Estaba tan pálido y destrozado que me pregunté si se encontraría enfermo.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Yo no quiero entrar.

—¿Por qué?

—Porque Bunny se ha quedado dormido en mi cama.

Lo miré.

—Vaya, pues yo no...

Henry descartó mis palabras con un ademán cansado.

—No pasa nada. De verdad. No voy porque me encuentro mal. Está profundamente dormido.

Salí de mi habitación sin hacer ruido y recorrí el pasillo. La habitación del Henry estaba al final. Me paré fuera con una mano en el pomo de la puerta, y oí el característico soplo de los ronquidos de Bunny.

Lo que vi me sorprendió, pese a lo que había oído hacía un rato: había libros esparcidos por todo el suelo de la habitación; la mesilla de noche estaba volcada; los restos de una silla negra de Malaca reposaban junto a una pared. La pantalla de la lámpara de pie, torcida, proyectaba una luz extraña e irregular. Bunny estaba en el centro de aquel caos, con la cara apoyada en el codo de su chaqueta de *tweed* y un pie, calzado todavía, colgando del borde de la cama; tenía la boca abierta y los ojos hinchados, que sin las gafas parecían raros, y hacía mucho ruido al respirar. Cogí las cosas que Henry me había pedido y me marché tan aprisa como pude.

Al día siguiente, Bunny bajó tarde, con los ojos enrojecidos y aire taciturno, mientras Francis, los gemelos y yo desayunábamos. Ignoró por completo nuestros tensos saludos y se dirigió directamente al armario a prepararse un bol de cereales. Luego se sentó a la mesa sin pronunciar palabra. En medio de aquel súbito silencio, oí al señor Hatch entrar por la puerta principal. Francis se levantó inmediatamente y pidió disculpas; luego los oí murmurar en el vestíbulo mientras Bunny, malhumorado, masticaba sus cereales. Pasaron unos minutos. Estaba mirando de reojo a Bunny, ocupado con su bol, cuando de pronto vi la distante figura del señor Hatch por la ventana; caminaba por campo abierto, más allá del jardín, con las oscuras y churriguerescas ruinas de la silla de Malaca a cuestas para arrojarlas al basural.

Esos arrebatos de histeria, aunque preocupantes, eran poco frecuentes. Pero ponían de manifiesto lo disgustado que estaba Bunny y lo desagradable que podía llegar a ponerse si se lo provocaba. Era con Henry con quien estaba más enfadado; era Henry el que lo había traicionado; y Henry era siempre el destinatario de aquellos ataques. Y sin embargo, era a Henry al que mejor toleraba cotidianamente. Bunny solía estar siempre irritado con todos los demás, incluso conmigo. Podía ponerse hecho un basilisco con Francis, por ejemplo, a causa de un comentario que le pareciera presuntuoso, o tomarla inexplicablemente con Charles si éste se ofrecía para comprarle un helado; pero con Henry no solía iniciar aquellas riñas insignificantes, tan triviales y arbitrarias. Y eso, pese al hecho de que Henry no se tomaba tantas molestias para aplacar las iras de Bunny como el resto de nosotros. Cuando salía a colación el tema del crucero —y sucedía bastante a menudo—, Henry le seguía el juego sin darle ninguna importancia, y sus respuestas eran mecánicas y falsas. A mí, la confiada expectación de Bunny me asustaba más que cualquier brote de ira; ¿cómo era posible

que se engañara a sí mismo de aquella forma? ¿Cómo podía pensar que el viaje llegaría a realizarse, o que sería algo más que una pesadilla? Pero Bunny, feliz como un enfermo mental, se pasaba horas hablando de la Riviera, sin reparar en la tirantez de la mandíbula de Henry, ni en los silencios vacíos y ominosos que se producían cuando se cansaba de hablar y permanecía sentado, acariciándose la barbilla con aire soñador.

Por lo visto, Bunny sublimaba la cólera que le inspiraba Henry con sus relaciones con todos los demás. Era ofensivo, maleducado y violento con prácticamente toda persona con la que tuviera alguna relación. Nos llegaban noticias de su comportamiento por varios canales. Les tiró un zapato a unos hippies que estaban jugando a hackysack cerca de su ventana; acusó al chico que vivía en la habitación contigua a la suya de robarle el dentífrico, y estuvo a punto de pegarse con él; y llamó troglodita a una de las secretarias del despacho de becas. Supongo que para nosotros era una suerte que su amplio círculo de amistades no incluyera a mucha gente a la que tratara a diario. Julian lo veía a menudo, pero apenas tenía relación fuera de clase. Su amistad con Cloke Rayburn, su antiguo compañero de clase, era más preocupante; pero la más inquietante de todas era Marion.

Teníamos constancia de que Marion había detectado, igual que nosotros, el cambio de comportamiento de Bunny, y de que estaba preocupada y molesta. Si hubiera visto cómo se comportaba con nosotros, sin duda se habría dado cuenta de que ella no era el motivo; pero resulta que lo único que veía era citas canceladas, cambios de humor, malas caras y enfados infundados que aparentemente sólo iban dirigidos a ella. ¿Estaría saliendo con otra? ¿Querría dejarlo? Una amiga suya del Early Childhood Center le dijo a Camila que un día Marion había llamado a Bunny seis veces desde el despacho, y que la última vez él le había colgado.

«Ten piedad, Dios mío, haz que lo plante», dijo Francis, mirando al cielo, al oír aquella filtración. No se habló más de aquello, pero los observábamos cuidadosamente y rezábamos para que ocurriera. Si estuviera en su sano juicio, seguramente Bunny tendría la boca cerrada; pero ahora, con el subconsciente descontrolado haciendo estragos por los pasillos de su mente, no había forma de saber lo que era capaz de hacer.

A Cloke no lo veía con tanta frecuencia. Bunny y él tenían pocas cosas en común aparte de la escuela preparatoria, y Cloke —que iba con un grupo muy numeroso, y que además tomaba muchas drogas— era bastante egocéntrico; no parecía que tuviera que preocuparse demasiado por el comportamiento de Bunny, ni siquiera que fuera a notar algo raro en él. Cloke vivía en el edificio contiguo al mío, la residencia Durbinstall —apodada Dalmane Hall por los guasones del campus; era el bullicioso centro de lo que la administración llamaba una «actividad relacionada con los narcóticos», y sus visitas allí solían verse interrumpidas por explosiones y pequeños incendios que eran la consecuencia de los experimentos que realizaban los estudiantes de química con diferentes tipos de drogas—, y afortunadamente para nosotros, Cloke vivía en la parte delantera de la planta baja. Como siempre tenía las persianas abiertas y no había árboles cerca, podíamos sentarnos tranquilamente en el porche de la biblioteca, a unos cincuenta metros de distancia, y disfrutar de una lujuriosa y clarísima vista de Bunny, que, enmarcado por la ventana, leía cómics, boquiabierto, o hablaba agitando los brazos con un Cloke invisible.

«Me gusta saber a donde va», decía Henry. Pero lo cierto es que era bastante fácil seguirle la pista a Bunny. Supongo que porque también él intentaba no perder de vista a los otros, y especialmente a Henry, por mucho tiempo.

Y si a Henry lo trataba con deferencia, éramos el resto de nosotros los que nos veíamos obligados a soportar el agotador y cotidiano peso de su ira. La mayor parte del tiempo lo único que hacía era ponernos nerviosos: por ejemplo, con sus frecuentes peroratas contra la Iglesia católica. La familia de Bunny era episcopalista, y mis padres, que yo sepa, no tenían ninguna filiación religiosa; pero Henry, Francis y los gemelos habían sido educados en el catolicismo; y aunque ninguno iba a misa, las ignorantes e inagotables blasfemias de Bunny no les hacían ninguna gracia. Le encantaba contar historias sobre monjas corruptas, niñas católicas guarras, curas

pederastas. («Y el cura le dice al monaguillo Tim Mulrooney —un chaval de nueve años que iba a mi grupo de Boy Scouts —: Hijo mío, ¿quieres venir a ver dónde dormimos los sacerdotes por la noche?») Relataba escandalosas y elaboradas historias de las perversiones de varios Papas; nos informaba acerca de puntos poco conocidos de la doctrina católica; divagaba sobre las conspiraciones del Vaticano, ignorando las objeciones de Henry y los apartes acerca de los nuevos ricos protestantes murmurados por Francis.

Lo peor era cuando la tomaba con una persona en particular. Tenía una habilidad para saber qué tema tocar y en qué momento para herir y ofender al máximo. Charles tenía buen carácter y no se enfadaba fácilmente, pero a veces las diatribas anticatólicas de Bunny lo alteraban tanto que la taza de té que sostenía en la mano temblaba sobre el platillo. También le afectaban los comentarios acerca de su afición a la bebida. La verdad es que Charles bebía mucho. Todos bebíamos, y sin embargo, aunque él no cometía excesos exagerados, con frecuencia yo había detectado olor a licor en su aliento a horas poco adecuadas; o al pasar por su casa sin avisar a primera hora de la tarde me lo encontraba con un vaso en la mano; lo cual, por otra parte, era comprensible, dadas las circunstancias. Bunny se divertía fingiendo una gran preocupación, que acompañaba con sarcásticos comentarios sobre alcohólicos y borrachos. Llevaba una cuenta exagerada del consumo de alcohol de Charles. Dejaba cuestionarios («¿Tiene usted a veces la impresión de que necesita una copa para acabar el día?») y panfletos (niño pecoso mirando lastimeramente a su madre y preguntándole: «Mami, ¿qué es un borracho?») en el buzón de Charles, y una vez llegó a darle su nombre al representante de Alcohólicos Anónimos del campus, con lo cual Charles fue víctima de una lluvia de octavillas y llamadas telefónicas e incluso una visita personal del bienintencionado representante.

Con Francis, en cambio, las cosas eran más mordaces y desagradables. Todos sabíamos que Francis era gay, pero nadie lo mencionaba jamás. Aunque no era muy promiscuo, de vez en cuando desaparecía bastante misteriosamente de una fiesta; y en una ocasión, cuando prácticamente acabábamos de conocernos, me hizo una sutil pero inconfundible insinuación. Ocurrió una tarde en que nos quedamos solos en un bote, borrachos. Se me había caído un remo, y cuando intentaba recuperarlo sentí sus dedos acariciando de forma casual pero deliberada mi mejilla. Levanté la mirada, perplejo, y nos miramos fijamente, mientras el bote se tambaleaba, con el remo ya perdido. Me puse muy nervioso; aturdido, aparté la mirada, y de pronto, sorprendentemente, Francis se echó a reír de mi apuro.

—¿No? —me dijo.

—No —le contesté, aliviado.

Podría presumirse que aquel episodio enfrió en cierta medida nuestra amistad. Dudo que a nadie que haya dedicado tanta energía al estudio de los clásicos pueda preocuparle demasiado la homosexualidad, y sin embargo es un tema con el que no me siento nada cómodo si me afecta directamente. Francis me caía bastante bien, pero siempre me había sentido incómodo en su compañía; curiosamente, fue aquella insinuación suya lo que aclaró las cosas entre nosotros. Supongo que yo me temía que era inevitable que acabaría pasando. En cuanto aquella posibilidad quedó descartada, empecé a sentirme perfectamente cómodo a solas con él, incluso en las situaciones más dudosas: borrachos, o en su apartamento, o apretujados en el asiento trasero del coche.

Pero con Francis y Bunny era diferente. No les importaba estar juntos siempre que hubiera más gente, pero cuando pasabas algún tiempo con cualquiera de ellos te dabas cuenta de que casi nunca hacían nada juntos ni se veían ellos dos solos. Yo sabía el motivo, todos lo sabíamos. Sin embargo, nunca pensé que no se tuvieran, en cierto sentido, un aprecio sincero, ni que los antipáticos chistes de Bunny ocultaran una profunda y muy aguda malicia hacia Francis en particular.

Creo que la sorpresa más desagradable es la que te llevas cuando descubres algo de lo que no te habías enterado. Yo nunca había considerado, aunque habría podido hacerlo, que aquellos estúpidos prejuicios de Bunny que yo encontraba tan divertidos no tenían nada de irónico, sino que eran terriblemente serios.

No es que Francis, en circunstancias normales, no fuera perfectamente capaz de cuidar de sí mismo. Era irascible y tenía una lengua terrible, y, aunque habría podido poner a Bunny en su sitio, se controlaba. Todos teníamos presente aquel metafórico frasco de nitroglicerina que Bunny llevaba encima día y noche y al que, de vez en cuando, nos permitía echarle un vistazo, para que nadie olvidara que lo llevaba siempre consigo, y que podía tirarlo al suelo cuando se le antojara.

La verdad es que no tengo ánimo para relatar todas las vilezas que le dijo y le hizo a Francis, las bromas pesadas, los comentarios sobre mariquitas, el humillante y público torrente de preguntas sobre sus costumbres y preferencias: preguntas clínicas e increíblemente detalladas referidas a cosas como enemas, jerbos y bombillas incandescentes.

«Sólo una vez —recuerdo haberle oído mascullar a Francis—. Aunque sólo fuera una vez, me gustaría...»

Pero nadie podía decir ni hacer absolutamente nada.

En aquella época yo era absolutamente inocente de crímenes contra Bunny o contra la humanidad, y por tanto no tenía por qué convertirme en objetivo de su fuego indiscriminado. Pero desgraciadamente —más para él que para mí— también la tomó conmigo. ¿Cómo pudo no ver el peligro que corría al anular la única parte imparcial, su único aliado en potencia? Porque a mí me caían bien los otros, pero Bunny también, y no me habría unido tan rápidamente a los otros si él no se hubiera vuelto contra mí con tanta ferocidad. Puede que él justificara aquello con los celos; su posición en el grupo había empezado a decaer casi coincidiendo con mi llegada; su resentimiento era de lo más primario e infantil, y estoy seguro de que nunca habría salido a la luz de no haber caído Bunny en un estado tan paranoide, incapaz de distinguir a sus amigos de sus enemigos.

Lo fui aborreciendo poco a poco. Despiadado como un perro de caza, captaba con un instinto rápido e infalible el rastro de todo aquello que me hacía sentir inseguro, todo aquello que más me esmeraba por ocultar. Había ciertos juegos repetitivos y sádicos que le gustaba poner en práctica conmigo. Le encantaba tentarme a decir mentiras: «Bonita corbata —me decía —Es Hermès, ¿no?» Yo asentía, y él alargaba la mano por encima de la mesa y exponía el humilde linaje de mi corbata. O en medio de una conversación, de pronto se interrumpía y me decía: «Oye, Richard, ¿cómo es que no tienes ninguna fotografía de tu familia por aquí?»

Era el típico detalle de que se valía. Su habitación estaba abarrotada de recuerdos de familia, todos ellos impecables como fotos de anuncio: Bunny y sus hermanos, agitando en el aire palos de *lacrosse* en un luminoso campo blanco y negro; fotografías de Navidad, unos padres elegantes con lujosas batas, cinco chiquillos rubios con pijamas idénticos rodando por el suelo con un alegre spaniel, y un tren de juguete ridículamente grande, y el suntuoso árbol al fondo; la madre de Bunny en su puesta de largo, joven y arrogante, tocada de visón blanco.

«¿Qué pasa? —preguntaba con fingida inocencia—. ¿Acaso no hay cámaras en California? ¿O es que no te gusta que tus amigos vean a tu mamá con un vulgar traje-chaqueta? Por cierto, ¿dónde estudiaron tus padres?», me decía, interrumpiéndome antes de que pudiera responder. «¿Son de la Ivy League? ¿O fueron a una especie de universidad estatal?»

Aquellas crueldades eran de lo más gratuito. Las mentiras que yo contaba acerca de mi familia eran comedidas, pero no podía soportar tan violentos ataques. Ni mi padre ni mi madre habían terminado el bachillerato; mi madre, efectivamente, llevaba un traje-chaqueta, se los compraba a un mayorista. En la única fotografía que tenía de mi madre, una instantánea, ella aparecía sonriendo, borrosa, a la cámara, con una mano sobre la Cyclone y la otra sobre el nuevo cortador de césped de mi padre. Evidente, la máquina era el motivo de que me hubiera enviado la fotografía, pues mi madre había pensado que me interesaría la adquisición; yo la conservaba porque era la única fotografía que tenía de mi madre, y la guardaba entre las páginas de un diccionario Webster (en la M de madre), que tenía en el escritorio. Pero una noche me levanté de la cama, consumido repentinamente por el temor de que Bunny se pusiera a revolver

mi habitación y la encontrara. Ningún escondite parecía lo bastante seguro. Finalmente la quemé en un cenicero.

Estas inquisiciones privadas ya eran bastante desagradables, pero no tengo palabras para expresar los tormentos que sufrí cuando decidió acosarme con su arte en público. Ahora Bunny está muerto, *requiescat in pace,* pero jamás olvidaré un entreacto de sadismo al que me sometió en el apartamento de los gemelos.

Bunny llevaba varios días insistiendo en que le dijera a qué escuela preparatoria había ido. No sé por qué, no quise revelar sencillamente la verdad: la escuela pública de Plano. Francis había estudiado en colegios sumamente exclusivos de Inglaterra y Suiza, y Henry en sus equivalentes americanos, antes de abandonar los estudios definitivamente sin haber terminado el bachillerato; pero los gemelos habían ido a una pequeña escuela rural de Roanoke, y hasta el tan venerado Saint Jerome de Bunny no era otra cosa que un colegio caro de enseñanza especial, el tipo de sitio que anuncian en la contraportada del *Town and Country* ofreciendo atención especializada para estudiantes con problemas. En aquel contexto, mi escuela no era particularmente vergonzosa, y sin embargo rehuí aquella pregunta cuanto pude hasta que finalmente, encontrándome entre la espada y la pared, le dije que había ido al Renfrew Hall, una escuela para niñatos, pero no demasiado conocida, cerca de San Francisco.

Aquello pareció satisfacerlo, pero un día, para gran inquietud mía, Bunny volvió a sacar el tema delante de todo el mundo.

—Así que estudiaste en Renfrew —dijo con aire amistoso, volviéndose hacia mí y metiéndose un puñado de pistachos en la boca.

—Sí.

—¿Cuándo te graduaste?

Le dije la fecha verdadera de mi graduación en el instituto.

—Ah —dijo, masticando concienzudamente—. Entonces ibas al mismo curso que Von Raumer.

—¿Cómo?

—Alee. Alee von Raumer. De San Francisco. Es amigo de Cloke. El otro día estaba en su habitación y nos pusimos a hablar. Dice que en Hampden hay mucha gente del Renfrew.

Guardé silencio, con la esperanza de que lo dejaría ahí.

—Así que conoces a Alee.

—Sí, de vista.

—Es curioso. Él dice que no se acuerda de ti —dijo Bunny, alargando la mano para coger otro puñado de pistachos sin quitarme los ojos de encima—. No se acuerda para nada.

—Es un colegio bastante grande.

Se aclaró la garganta:

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Von Raumer me dijo que era muy pequeño. Unos doscientos alumnos. —Hizo una pausa y se llevó otro puñado de pistachos a la boca, masticando mientras hablaba—. ¿En qué dormitorio dices que vivías?

—Qué más da. Seguro que no lo conoces.

—Von Raumer insistió en que te lo preguntara.

—Qué más da.

—Pero si no pasa nada, hombre —dijo Bunny amablemente—. Es que todo esto es muy raro, *n'est-ce pas?* Resulta que Alee y tú os pasasteis cuatro años juntos en ese minúsculo colegio, y él no te vio la cara ni una sola vez.

—Yo sólo pasé dos años allí.

—¿Cómo es que no figuras en el anuario?

—Claro que figuro en el anuario.

—No, tu foto no sale.

Los gemelos no sabían dónde mirar. Henry estaba de espaldas, fingiendo que no escuchaba. De pronto, y sin darse la vuelta, dijo:

—¿Y tú cómo sabes si figura o no en el anuario?

—Me parece que yo jamás he salido en ningún anuario —dijo Francis, irritado—. No soporto que me hagan fotografías. Cada vez que intento...

Bunny no le prestó ninguna atención. Se recostó en la silla.

—Mira —me dijo—. Te doy cinco dólares si me dices el nombre del dormitorio en que vivías. —Me miraba fijamente, con unos ojos en los que brillaba la malicia.

Dije alguna incoherencia y a continuación, consternado, me levanté y me dirigí a la cocina a buscar un vaso de agua. Inclinado sobre el fregadero, me apoyé el vaso contra la sien. En el salón, Francis susurró algo que no alcancé a oír, pero con voz enojada, y entonces Bunny rió descaradamente. Vacié el vaso en el fregadero y abrí el grifo para no tener que oír aquella risa.

¿Cómo es posible que una mente complicada, nerviosa y delicadamente calibrada como la mía pudiera reajustarse perfectamente después de un *shock* tan brutal como el asesinato, mientras que la de Bunny, evidentemente más tosca y ordinaria, quedó totalmente desencajada? A veces todavía me lo pregunto. Si lo que Bunny buscaba verdaderamente era vengarse, habría podido hacerlo fácilmente y sin exponerse. ¿Qué esperaba que iba a ganar con aquella especie de tortura, lenta y potencialmente explosiva, si es que se imaginaba que tenía algún propósito, alguna meta? ¿O eran sus acciones tan inexplicables para él como para nosotros?

Tal vez no fueran tan inexplicables. Porque, como Camila señaló en una ocasión, lo peor de todo esto no era que Bunny hubiera sufrido un cambio total de personalidad, una especie de crisis esquizofrénica, sino que varios elementos desagradables de su personalidad que hasta entonces sólo habíamos intuido, se habían orquestado y magnificado hasta un grado increíble. Por muy desagradable que fuera su comportamiento, ya lo habíamos visto antes, aunque no de aquella forma tan concentrada y virulenta. Siempre, hasta en los momentos más joviales, se había reído de mi acento californiano, de mi abrigo de segunda mano, y de la llamativa ausencia de bibelots en mi habitación, pero de una forma tan ingeniosa que yo sólo podía reírme. («Madre mía, Richard —exclamaba, cogiendo del suelo uno de mis zapatos y metiendo un dedo por el agujero de la suela—. ¿Pero de qué vais en California? Cuanto más ricos, más andrajosos. Ni siquiera vais al barbero. En cuanto me despiste, llevarás el cabello por los hombros y te pasearás por ahí envuelto en harapos como Howard Hughes.») Jamás se me ocurrió ofenderme; aquél era Bunny, mi amigo, que tenía menos dinero de bolsillo que yo y que además llevaba un desgarrón enorme en los pantalones. En parte, mi horror ante su nuevo comportamiento se debía al hecho de que se parecía muchísimo al viejo y francamente simpático estilo con que solía bromear conmigo, y su olvido de las normas me sorprendió y me enfureció tanto como si, de tener por costumbre practicar un poco de boxeo, me hubiera acorralado y me hubiera golpeado hasta dejarme inconsciente.

Y a pesar de todo eso, el viejo Bunny, al que yo conocía y quería, seguía existiendo. A veces, cuando lo veía a lo lejos —con las manos en los bolsillos, silbando, paseando con su paso saltarín—, sentía una aguda punzada de afecto mezclado de arrepentimiento. Lo perdonaba, una y mil veces, y nunca basándome en nada más sólido que una mirada, un gesto, cierta inclinación de su cabeza. Entonces parecía imposible que alguien pudiera haberse enfadado jamás con él, cualquiera fuese la falta que hubiera cometido. Aquellos eran, desgraciadamente, los momentos en que él se decidía a atacar. Estaba de lo más amistoso y encantador, charlando distraídamente, cuando de pronto, sin abandonar aquel tono distendido, se recostaba en la silla y salía con algo tan horrendo, tan ruin, tan incontestable, que yo me prometía no olvidarlo, y no volverlo a perdonar nunca. Rompí aquella promesa en numerosas ocasiones. He estado a punto de decir que era una promesa que finalmente tuve que cumplir, pero eso no es del todo cierto. Ni siquiera hoy en día logro sentir nada parecido al odio cuando pienso en Bunny. La verdad es que nada me gustaría más que verlo entrar en la habitación ahora mismo, con las gafas empañadas y oliendo a lana mojada, sacudiéndose

la lluvia del cabello como un perro y diciendo: «Oye, Dickie, ¿qué tienes para darle a un tipo sediento?»

Me gustaría pensar que hay algo de cierto en el tópico *amor vincit omnia.* Pero si algo he aprendido en esta corta y triste vida, es que ese tópico es mentira. El amor no lo conquista todo. Y el que lo crea es un insensato.

A Camila la atormentaba sencillamente por ser una chica. Ella era, en ciertos aspectos, su víctima más vulnerable, no a causa de ningún defecto propio, sino sencillamente porque en el mundo griego, en general, las mujeres son criaturas inferiores, a las que se mira pero no se escucha. Esta opinión, común entre los argivos, estaba tan enraizada que llegó a impregnar incluso el idioma; no se me ocurre mejor ejemplo que el hecho de que uno de los primeros axiomas que aprendí en gramática griega es que los hombres tienen amigos, las mujeres tienen parientes, y los animales tienen a sus semejantes.

Bunny defendía esa opinión, y no atraído por la pureza helénica, sino simplemente movido por su maldad. No le gustaban las mujeres, no disfrutaba en su compañía, y hasta a Marion, su reconocida *raison d'être,* la toleraba a regañadientes, como si fuera una concubina. Con Camila se veía obligado a adoptar una postura ligeramente más paternalista, y se dirigía a ella con condescendencia, como si fuera una niña tonta. Ante nosotros se quejaba diciendo que Camila estaba fuera de lugar, y que era un estorbo para el estudio. Nosotros lo encontrábamos divertido. A decir verdad, ninguno de nosotros, ni siquiera el más inteligente, iba a tener ningún futuro académico: Francis era demasiado perezoso, Charles demasiado difuso, y Henry demasiado caótico y extravagante, una especie de Mycroft Holmes de la filología clásica. Camila no era ninguna excepción; como yo, prefería secretamente los placeres fáciles de la literatura inglesa a la laboriosidad del griego. Lo gracioso era que el pobre Bunny se preocupaba por la capacidad intelectual de los demás.

Para ella debía de ser difícil ser la única mujer de un club de hombres. Milagrosamente, no intentaba compensar la desigualdad siendo pesada o peleona. Todavía era una niña, una niña menuda y encantadora que se echaba en la cama y se ponía a comer chocolatinas, una niña cuyos cabellos olían a jacinto y cuyos pañuelos blancos ondeaban, joviales, agitados por la brisa; la niña más fascinante e inteligente del mundo. Pero con todo lo extraña y maravillosa que era —un vestigio de seda en un amasijo de lana negra—, no era la criatura frágil que aparentaba ser. Era, en muchos aspectos, tan fría y competente como Henry; testaruda y de hábitos solitarios, y muchas veces reservada. Cuando íbamos al campo, no era raro descubrir que se había escabullido sola y se había ido al lago, o al sótano, donde una vez me la encontré, sentada en aquel enorme trineo abandonado, leyendo con el abrigo de piel encima de las rodillas. Sin ella, las cosas habrían sido terriblemente extrañas y desequilibradas. Ella era la reina que completaba el oscuro juego de valets, rey y joker.

Creo que el motivo por el que yo encontraba tan fascinantes a los gemelos era que tenían algo un poco inexplicable, algo que muchas veces estuve a punto de captar pero que siempre acababa escapándoseme. Charles, un espíritu amable y ligeramente etéreo, era una especie de enigma, pero Camila era un verdadero misterio, inescrutable.

Yo nunca estaba seguro de lo que ella pensaba, y sabía que Bunny la entendía todavía menos que yo. En los buenos tiempos, Bunny solía ofenderla con su torpeza, sin proponérselo siquiera; pero cuando las cosas se complicaron, intentaba insultarla y rebajarla por todos los medios, aunque casi nunca daba en el blanco. Los comentarios maliciosos acerca de su aspecto no la afectaban en absoluto; ella miraba fijamente a Bunny, sin pestañear, mientras él contaba los chistes más humillantes y vulgares; se reía si intentaba insultar su gusto o su inteligencia; ignoraba sus frecuentes discursos, salpicados de citas eruditas erróneas que debía de haberle costado gran trabajo encontrar, y con los que pretendía demostrar que todas las mujeres eran categóricamente inferiores a él: no habían sido creadas, como él, para la filosofía, el arte y el razonamiento elevado, sino para conseguir un marido y llevar la casa.

Sólo en una ocasión le vi llegar a molestarla. Estábamos en el apartamento de los gemelos, y era muy tarde. Afortunadamente, Charles había salido a buscar hielo con Henry; había bebido mucho, y si hubiera estado allí la situación se hubiese

complicado. Bunny estaba tan borracho que apenas se sostenía en la silla. Había estado toda la noche de un humor pasable, pero entonces, sin avisar, miró a Camila y le dijo:

—¿Cómo es que tu hermano y tú vivís juntos?

Ella se encogió de hombros, aquel gesto tan especial de los gemelos.

—Dímelo.

—Porque es cómodo —dijo Camila—. Y barato.

—Pues yo lo encuentro de lo más raro.

—Hemos vivido juntos toda la vida.

—Pero no disponéis de mucha intimidad, ¿verdad que no? En un piso pequeño como éste... Debéis de estar todo el día el uno encima del otro.

—Hay dos dormitorios.

—¿Y qué hacéis cuando por la noche, de pronto, os sentís solos?

Hubo un breve silencio.

—No sé qué estás insinuando —dijo Camila con frialdad.

—Claro que sí —dijo Bunny—. Cómodo, dices. Ya. Y muy clásico, Los griegos se lo montaban entre hermanos y hermanas por todo lo alto —dijo, cogiendo al vuelo el vaso de whisky que estuvo a punto de caerse del brazo de su silla—. Va contra la ley y todo eso —añadió—, pero a vosotros qué más os da. Una vez violada una ley, por qué no violar todas las demás, ¿no?

Yo estaba perplejo. Francis y yo nos quedamos mirando a Bunny, atónitos, mientras él, como si nada, se bebía el whisky y volvía a llenar el vaso.

Me llevé una gran sorpresa cuando Camila, cáustica, le respondió:

—No deberías suponer que me acuesto con mi hermano sólo porque no me acueste *contigo*.

Bunny emitió una discreta y desagradable risa:

—Yo no me acostaría contigo ni que me pagaran, nena —dijo—. Ni por todo el oro del mundo.

Ella lo miró con ojos absolutamente inexpresivos. Luego se levantó y se dirigió a la cocina, dejándonos a Francis y a mí ante uno de los silencios más embarazosos que jamás he experimentado.

Difamaciones religiosas, berrinches, insultos, coacciones, deudas: cosas en realidad insignificantes, meros elementos desestabilizadores: demasiado tontas, se diría, para mover a cinco personas razonables a cometer un asesinato. Pero tengo que decir que hasta que colaboré en matar a un hombre no sabía lo escurridizo y complejo que puede llegar a ser un asesinato, y no necesariamente atribuible a un solo y dramático motivo. Sería muy fácil imputarlo a un motivo así. Había uno, sin duda. Pero el instinto de supervivencia no es un instinto tan apremiante como podría parecer. Después de todo, el peligro que Bunny representaba no era inmediato, sino lento y progresivo, un tipo de peligro que, por lo menos en teoría, podía posponerse o distraerse de varias formas. No me cuesta imaginarnos allí, en el lugar y en el momento acordados, deseando, de pronto, planteárnoslo de nuevo, quizás incluso concediendo un desastroso indulto de última hora. El temor por nuestras propias vidas pudo habernos inducido a llevarlo al patíbulo y ponerle la soga al cuello, pero fue necesario un ímpetu más urgente que nos hiciera continuar y darle una patada a la silla.

Sin darse cuenta, Bunny nos había facilitado ese ímpetu. Me gustaría decir que hice lo que hice movido por algún motivo trágico y abrumador. Pero faltaría a la verdad si os hiciera creer que aquel domingo por la tarde del mes de abril me sentí movido por algo parecido.

Una pregunta interesante: ¿qué pensaba yo, mientras lo veía abrir los ojos con sorpresa e incredulidad *(«Venga, tíos, es una broma, ¿no?»)* por última vez? No en el hecho de que estaba ayudando a salvar a mis amigos, ni hablar; no en el miedo; no en la culpa. Pensaba en cosas insignificantes. En los insultos, las indirectas, las crueldades. En los cientos de pequeñas humillaciones sin vengar que llevaban meses

acumulándose en mí. Sólo en eso pensaba. Y por eso pude mirarlo a la cara, sin el más leve asomo de lástima o arrepentimiento, cuando vaciló en el borde del barranco durante lo que me pareció una eternidad —agitando los brazos, con los ojos saliéndose de las órbitas, como un cómico de película muda resbalando con una piel de plátano— antes de caer hacia atrás, hacia la muerte.

Yo sabía que Henry tenía un plan. Pero no sabía en qué consistía. Siempre desaparecía para hacer misteriosos recados, y quizá los de ahora no fueran diferentes a los de siempre; pero yo, deseoso de pensar que por lo menos alguien llevaba las riendas de la situación, les atribuía un cierto y esperanzado significado. Muchas veces se negaba a abrir la puerta, incluso a altas horas de la noche, cuando había una luz encendida y yo sabía que estaba en su casa; en más de una ocasión se presentó tarde a cenar, con los zapatos mojados, el cabello despeinado y barro en el borde de sus impecables pantalones oscuros. En el asiento trasero de su coche apareció un misterioso montón de libros, en un idioma oriental parecido al árabe, con el sello de la biblioteca del Williams College. Aquello era muy desconcertante, pues no me parecía que Henry supiera árabe; y dudaba de que tuviese derecho a retirar libros del Williams College. Subrepticiamente, le eché un vistazo a la solapa de uno de ellos: la tarjeta seguía allí, y la última persona en retirarlo de la biblioteca había sido un tal F. Lockett, en 1929.

Pero creo que lo que más me extrañó fue lo que vi una tarde que Judy Poovey me llevó en su Corvette a Hampden. Yo quería llevar ropa a la tintorería, y Judy, que iba a la ciudad, se ofreció a acompañarme. Habíamos hecho nuestros recados, y también nos habíamos hecho nuestras rayas de cocaína en el aparcamiento del Burger King, y estábamos parados en un semáforo en rojo escuchando una música horrible *(Free Bird)* por la emisora de radio de Manchester, y Judy, que era una charlatana empedernida, iba hablando de un par de tíos que conocía y que habían follado en el Food King («¡En la mismísima tienda! ¡En el pasillo de los congelados!»), cuando de pronto miró por la ventanilla y se rió. («Mira —me dijo—. ¿No es aquél tu amigo, el cuatroojos?»)

Sorprendido, me incliné hacia delante. En la otra acera había un pequeño mercadillo donde vendían pipas de agua, tapices, pósters psicodélicos y todo tipo de hierbas e inciensos. Yo nunca había visto a nadie en aquella tienda, salvo al triste hippie con gafas de abuelita, un licenciado de Hampden, que la regentaba. Pero ahora vi a Henry —traje negro y paraguas— entre los mapas celestes y los unicornios. Estaba de pie junto al mostrador, mirando una hoja de papel. El hippie fue a decirle algo, pero Henry no le hizo caso y señaló algo que había detrás del mostrador. El hippie se encogió de hombros y cogió una botellita de un estante. Me quedé mirándolos, casi sin aliento.

—¿Qué crees que está haciendo ahí, intentando atormentar a ese pobre colgado? Qué sitio tan asqueroso, por cierto. Una vez entré a comprar una báscula, pero no tenían. Sólo había bolas de cristal y mierdas de ésas. ¿Sabes esa balanza verde que tengo...? Oye, tú, no me escuchas —se quejó al ver que yo seguía mirando por la ventanilla.

—El hippie se había agachado y estaba buscando algo detrás del mostrador—. ¿Quieres que toque la bocina?

—*¡No!* —grité, exaltado por la cocaína, y le aparté la mano de la bocina.

Judy se llevó una mano al pecho:

—¡Oye, que me has asustado! Mierda, estoy histérica. Esa coca estaba cortada con Metadona o algo así. Vale, tío, vale —dijo, irritada, cuando el semáforo se puso verde y el camión que teníamos detrás hizo sonar la bocina.

Libros de árabe robados, un mercadillo de la ciudad... No me imaginaba qué podía estar haciendo Henry, pero por muy incongruentes que parecieran sus actos, yo tenía una fe infantil en él, y lo observaba tan confiadamente como el doctor Watson

observaba las acciones de su ilustre amigo, sabiendo que al final acabaría por entender sus intenciones.

Y así fue. Ocurrió al cabo de un par de días.

Un jueves por la noche, hacia las doce y media, estaba en pijama intentando cortarme el cabello con la ayuda de un espejo y unas tijeras de uñas (nunca conseguía un corte decente; siempre me quedaba infantil y lleno de puntas, a lo Arthur Rimbaud), cuando llamaron a la puerta. Fui a abrir con las tijeras y el espejo en la mano. Era Henry.

—Hola —le dije—. Entra.

Henry entró con cuidado de no pisar los montoncitos de pelo diseminados por el suelo, y se sentó a mi escritorio. Me miré el perfil en el espejo y continué con las tijeras.

—¿Qué pasa? —le pregunté, estirando el brazo para cortar un largo mechón que me había quedado detrás de la oreja.

—Tú empezaste la carrera de medicina, ¿verdad?

Sabía que aquello era el preludio de alguna consulta relacionada con la salud. Mi único año de medicina sólo me había proporcionado unos escasísimos conocimientos, pero los otros, que no sabían absolutamente nada de medicina, solían pedir mi opinión sobre sus males y dolencias, con el mismo respeto con que los salvajes consultan a su hechicero. Su ignorancia iba de lo enternecedor a lo llanamente asombroso; Henry sabía algo más que los demás, supongo que porque había estado enfermo a menudo, pero de vez en cuando también él me sorprendía con una pregunta perfectamente seria acerca del bazo y los humores.

—¿Te encuentras mal? —le dije, mirándolo por el espejo.

—Necesito una fórmula para hacer una dosis.

—¿Una fórmula para una dosis? ¿Una dosis de qué?

—Hay una fórmula genérica, ¿no? Una fórmula matemática que te indica la dosis adecuada que hay que administrar según la altura y el peso, o algo así.

—Depende de la concentración de la droga. Yo no puedo decírtelo.

—Tendrás que buscarlo en el *Physicians ' Desk Reference.*

—No puedo.

—Es muy fácil.

—No es que no sepa. Lo que pasa es que no sale en el *Physicians' Desk Reference.*

—¿Estás seguro de lo que dices? Búscalo bien.

Por un momento no se oyó otra cosa que el chasquido de mis tijeras. Por fin Henry dijo:

—No me has entendido. Se trata de una sustancia que los médicos no suelen utilizar.

Dejé las tijeras y miré el reflejo de Henry en el espejo.

—Oye, Henry —le dije—. ¿Qué es lo que tienes? ¿LSD o algo así?

—Supongamos que sí —me contestó con calma.

Dejé el espejo y me di la vuelta para mirar a Henry:

—Henry, no creo que sea buena idea —dije—. No sé si te lo había dicho, pero he tomado LSD un par de veces. Cuando estudiaba segundo en el instituto. Fue el peor error que jamás...

—Ya sé que es difícil determinar la concentración de una droga así —dijo sin alterarse—. Pero supongamos que tenemos cierta evidencia empírica. Pongamos por caso que sabemos que una cantidad *x* de la droga en cuestión es suficiente para afectar a un animal de treinta kilos, y que otra ligeramente mayor es suficiente para matarlo. Ahí tenemos una fórmula base, pero aun así estamos hablando de una ligera diferencia. Sabiendo esto, ¿cómo puedo calcular el resto?

Me apoyé contra la cómoda y me quedé mirándolo, olvidando la sesión de peluquería.

—Déjame ver qué tienes —le dije.

Me miró fijamente un momento, y luego se metió la mano en el bolsillo. Cuando abrió el puño, no pude creer lo que vi, pero luego me acerqué. Tenía un hongo pálido y de tallo fino en la palma de la mano.

—*Amanita caesaria* —dijo—. No es lo que te imaginas —añadió al ver mi expresión.

—Sé muy bien lo que es una amanita.

—No todas las amanitas son venenosas. Ésta es inofensiva.

—¿Qué es? —La cogí y la observé a la luz—. ¿Un alucinógeno?

—No. En realidad son comestibles. A los romanos les encantaban.

—Pero la gente tiene por norma desecharlas porque se confunden fácilmente con una seta letal que se les parece mucho.

—¿Con cuál?

—El *Phalloides* —dijo pausadamente—. *Death Cap.*

—Guardé silencio. Luego le pregunté:

—¿Qué quieres hacer?

—¿A ti qué te parece?

Me levanté, nervioso, y me dirigí a mi escritorio. Henry se guardó la seta en el bolsillo y encendió un cigarrillo.

—¿Tienes un cenicero? —preguntó educadamente.

Le di una lata de refresco vacía. Cuando volví a hablar él ya había terminado el cigarrillo.

—Henry, no creo que sea una buena idea.

Levantó una ceja:

—¿Por qué no?

¡Y me pregunta que por qué no!

—Porque el veneno se detecta —dije, un poco violento—. Cualquier tipo de veneno. ¿Acaso crees que a nadie le va a sorprender que Bunny aparezca muerto? Hasta el más idiota de los detectives podría...

—Ya lo sé —dijo Henry sin perder la paciencia—. Y por eso te estoy preguntando lo de la dosis.

—No tiene nada que ver. Hasta la más pequeña cantidad puede ser...

—... suficiente para que uno se ponga enfermísimo —dijo Henry, encendiendo otro cigarrillo—. Pero no necesariamente mortal.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir —dijo, ajustándose las gafas al puente de la nariz— es que existen numerosos venenos muy eficaces en términos estrictos de virulencia, muchos de ellos superiores a éste. Muy pronto los bosques estarán llenos de dedaleras y de monacatos. Podría obtener todo el arsénico que quisiera de los *flypaper*. Y hasta hierbas que aquí no son corrientes; madre mía, si los Borgia hubiesen visto la tienda de plantas medicinales que encontré la semana pasada en Brattleboro. Eléboros, mandrágoras, aceite puro de ajenjo... Supongo que la gente está dispuesta a comprar cualquier cosa con tal que sea natural. El ajenjo lo vendían como repelente de insectos orgánico, como si eso lo convirtiese en más seguro que el que venden en el supermercado. Una botella habría bastado para matar a todo un ejército. —Volvió a juguetear con las gafas—. El problema que tienen estas cosas es que, aunque son muy eficaces, son difíciles, como tú has dicho, de administrar. Las anatoxinas son un lío. Vómitos, ictericia, convulsiones. No como algunos brebajes italianos, que son relativamente rápidos y benignos. Pero, por otra parte, no hay nada más fácil de administrar. Mira, yo soy botánico. Ni siquiera a los micólogos les resulta fácil distinguir las amanitas. Unas cuantas setas cogidas del bosque... algunas venenosas se mezclan con las benignas... un amigo se pone terriblemente enfermo, y el otro... —Se encogió de hombros.

Nos miramos.

—¿Cómo estarás seguro de que *tú* no ingieres demasiado? —pregunté.

—Sinceramente, supongo que no puedo estar seguro. Mi propia vida debe correr un peligro convincente. Así pues, el margen de que dispongo es bastante delicado. Pero aun así, tengo excelentes posibilidades de alcanzar el éxito. Mira, de lo único que tengo que preocuparme es de mí mismo. Lo demás se hará solo.

Sabía a qué se refería. Su plan tenía varios defectos graves, pero en el fondo era inteligente: si en algo se podía confiar con certeza casi matemática era en que Bunny, sentado a la mesa, se las ingeniaría para comer casi el doble que cualquier otro.

Vi el rostro de Henry, pálido y sereno, a través del humo de su cigarrillo. Se metió la mano en el bolsillo y volvió a sacar la seta.

—Pues bien —dijo—. Un solo sombrerete, como éste, *de phalloides* basta para poner bastante enfermo a un perro sano de treinta kilos.

—Vómitos, diarrea; convulsiones no, que yo sepa. No creo que le provocara nada más grave que una alteración hepática, pero en fin, dejamos eso para los veterinarios. Es evidente que...

—Henry, pero ¿cómo lo sabes?

Se quedó callado un momento. Luego continuó:

—¿Sabes aquellos dos bóxers horribles, los de mis vecinos de arriba?

Era terrible, pero no pude evitar echarme a reír.

—No —dije—. No puede ser.

—Me temo que sí —dijo Henry secamente, y apagó el cigarrillo—. Desgraciadamente, uno ha sobrevivido. El otro ya no arrastrará más basura hasta *mi* porche. Tardó veinte horas en morir, y la dosis sólo era mínimamente mayor. No más de un gramo. Sabiendo esto, me parece que podría determinarse cuánta cantidad de veneno puede ingerir cada uno de nosotros. Lo que me preocupa es la variación de la concentración de veneno que pueda haber entre una seta y otra. No es como si lo midiera un farmacéutico. Quizá me equivoco (y seguro que tú sabes más que yo de esto), pero una seta de dos gramos puede contener tanto veneno como otra de tres, ¿no? He ahí el dilema.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de papel con cifras escritas.

—Lamento involucrarte en esto, pero eres el único que sabe algo de matemáticas, y yo no me fío de mí mismo. ¿Te importa echar un vistazo?

Vómitos, ictericia, convulsiones. Cogí la hoja de papel mecánicamente. Estaba llena de ecuaciones algebraicas, pero en aquel momento no me sentía capaz, francamente, de ponerme a hacer números. Meneé la cabeza y estuve a punto de devolverle la hoja, cuando levanté la mirada y se me ocurrió una cosa. Comprendí que yo podía poner fin a aquello, definitiva e inmediatamente. Henry necesitaba mi ayuda; de no ser así, no habría acudido a mí. No conseguiría nada a base de razonamientos emocionales, de eso estaba seguro, pero si fingía saber lo que hacía, quizá pudiera disuadirlo.

Llevé la hoja a mi escritorio y me senté con un lápiz. Repasé paso a paso todo aquel embrollo. Las ecuaciones sobre concentraciones químicas nunca habían sido mi punto fuerte en química, y ya son bastante difíciles cuando lo que intentas es averiguar una concentración fija en una suspensión de agua destilada; pero aquello, que se refería a concentraciones variables en objetos de forma irregular, era prácticamente imposible. Henry debía de haber utilizado todo el álgebra elemental que sabía, y al parecer no había hecho un mal trabajo; pero aquel problema no era de los que se resolvían con álgebra, si es que podía resolverse con algo. Un estudiante de farmacia, por ejemplo, podría haber conseguido algo que por lo menos pareciera un poco convincente; a base de retoques conseguí ajustar ligeramente su proporción, pero el poco cálculo que sabía se me había olvidado, y el resultado que obtuve, aunque probablemente más acertado que el suyo, distaba mucho de ser correcto.

Dejé el lápiz y levanté la mirada. Había tardado una media hora en repasar las operaciones. Henry había cogido un ejemplar del *Purgatorio* de Dante y lo estaba leyendo, muy concentrado.

—Henry.

Me miró, distraído.

—Henry, no creo que funcione.

Cerró el libro, marcando la página con un dedo.

—Cometí un error en la segunda parte —dijo—. Donde empiezan los factores.

—No está mal, pero con solo echarle un vistazo te puedo decir que el problema no se puede resolver sin tablas químicas y una considerable experiencia en cálculo y química. Es

la única forma. Las concentraciones químicas ni siquiera se miden en gramos o miligramos, sino en moles.

—¿Y tú no puedes hacerlo?

—Me temo que no, aunque he llegado hasta donde he podido. En resumen: no puedo darte un resultado real. Ni siquiera un profesor de matemáticas lo tendría fácil.

—Hmmm —murmuró Henry, echándole un vistazo a la hoja por encima de mi hombro—. Yo peso más que Bun. Unos once kilos. Eso ya es algo, ¿no?

—Sí, pero la diferencia de peso no es como para contar con ella, no con un margen de error potencialmente tan amplio. Mira, si pesaras veinte kilos más...

—El veneno no hace efecto por lo menos hasta pasadas doce horas —me interrumpió—. De modo que, incluso si tomo demasiado, tendré cierta ventaja, un período de gracia. Con tener un antídoto a mano, por si acaso...

—¿Un antídoto? —dije, sorprendido, y me recliné en la silla—. ¿Estás seguro de que existe?

—Atropina. Se encuentra en la belladona.

—Por el amor de Dios, Henry. Si no te mueres con una cosa, te morirás con la otra.

—La atropina, en dosis pequeñas, es bastante inocua.

—Lo mismo dicen del arsénico, pero yo no lo probaría.

—Su efecto es exactamente el opuesto. La atropina acelera el sistema nervioso: taquicardia y demás. Las anatoxinas lo relajan.

—De todas formas, eso de anular el efecto de un veneno con otro veneno no me convence.

—Te equivocas. Los persas eran unos expertos envenenadores, y dicen...

Recordé los libros que había visto en el coche de Henry.

—¿Los persas?

—Sí. Según el gran...

—No tenía ni idea de que supieras árabe.

—La verdad es que no lo domino, pero son las grandes autoridades en la materia, y la mayoría de los libros que necesito no están traducidos. Los he ido descifrando como he podido con un diccionario.

Pensé en los libros que había visto, llenos de polvo y de encuadernaciones viejas.

—¿De cuándo datan esos textos?

—Creo que son de mediados del siglo quince.

Solté el lápiz.

—Henry.

—Qué.

—Deberías tener cuidado, Henry. No puedes fiarte de unos textos tan antiguos.

—Los persas eran grandes envenenadores. Esos libros son muy prácticos y sencillos, verdaderos manuales. Nunca había visto nada igual.

—Hay una gran diferencia entre envenenar a la gente y curarla.

—La gente lleva siglos usando esos libros. Su precisión está fuera de toda discusión.

—Mira, yo siento tanto respeto por las enseñanzas de los antiguos como tú, pero no me gustaría jugarme la vida con un remedio de la Edad Media.

—Bueno, supongo que podré comprobarlo en algún otro sitio —dijo Henry, sin mucha convicción.

—Hablo en serio. Este asunto es demasiado serio para...

—Gracias —me dijo afablemente—. Me has ayudado mucho —Volvió a coger mi copia del *Purgatorio —.* Esta traducción deja bastante que desear —me dijo, hojeando el libro distraídamente—. Si no sabes italiano, la mejor es la de Singleton; bastante fiel, pero te pierdes toda la *terza rima,* claro. Para eso hay que leer el original. Cuando lees buena poesía, la música suele llegarte incluso aunque no conozcas la lengua. Yo empecé a adorar a Dante mucho antes de aprender una palabra de italiano.

—Henry —dije en voz baja, con tono apremiante.

Me miró con fastidio.

—Mira, haga lo que haga será peligroso —me dijo.

—Pero de nada servirá si te mueres.

—Cuanto más oigo hablar de barcazas de lujo, menos terrible me parece la muerte. Me has ayudado mucho, de verdad. Buenas noches.

Charles pasó a verme al día siguiente, por la tarde.

—Qué calor hace aquí —me dijo; se deshizo del abrigo mojado y lo colgó en el respaldo de una silla. Tenía el cabello empapado, y el rostro sonrojado y radiante. Una gota de agua temblaba en el extremo de su nariz, larga y delgada. Aspiró por la nariz y se la secó—. No se te ocurra salir a la calle —añadió—. Hace un día horrible. Por cierto, ¿has visto a Francis?

Me mesé el cabello. Era viernes y no había clase; no había salido de mi habitación en todo el día, y la noche anterior no había dormido demasiado.

—Anoche vino a verme Henry —dije.

—¿Ah, sí? ¿Qué te contó? Ay, casi me olvido. —Se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un bulto envuelto en servilletas de papel—. Como no te hemos visto a la hora de comer, te he traído un bocadillo. Camila dice que la camarera me ha visto robándolo y que ha puesto una cruz junto a mi nombre en la lista.

Era de queso fundido y mermelada, lo supe antes de verlo. A los gemelos los volvían locos aquellos bocadillos, pero a mí no me gustaban mucho. Desenvolví una esquina y le di un mordisco; luego lo dejé sobre el escritorio.

—¿Has hablado con Henry últimamente? —le pregunté a Charles.

—Esta mañana. Me ha acompañado al banco.

Cogí el bocadillo y le di otro mordisco. No había barrido, y el suelo seguía lleno de mechones de pelo.

—¿Te ha comentado algo sobre...?

—¿Sobre qué?

—Sobre invitar a cenar a Bunny dentro de un par de semanas.

—Ah, te refieres a eso —dijo Charles; se echó encima de mi cama y se puso unos cojines detrás de la cabeza—. Creía que ya estabas enterado. Henry lleva tiempo dándole vueltas. —Y tú, ¿qué opinas?

—Pues creo que le va a costar trabajo encontrar suficientes setas.

—Es demasiado pronto. La semana pasada Francis y yo tuvimos que salir con él a ayudarlo, pero no encontramos casi nada. Francis volvió muy emocionado, diciendo «Mira, mira cuántas setas he encontrado», pero en realidad sólo tenía un puñado de pedos de lobo.

—¿Pero crees que encontrará suficientes?

—Sí, claro. Pero tendrá que esperar un poco. No tienes tabaco, ¿verdad?

—No.

—No entiendo por qué no fumas. Cuando ibas al instituto no hacías deporte, ni nada de eso, ¿no?

—No.

—Bunny no fuma por eso. Cuando todavía estaba en la edad impresionable tuvo un entrenador de fútbol que le hizo un lavado de cerebro.

—¿Has visto a Bun últimamente?

—No, no mucho. Pero ayer vino a nuestro apartamento y se quedó hasta tardísimo.

—Dime una cosa, Charles —le dije mirándolo a la cara—. Todo esto va en serio, ¿no? Estáis decididos.

—Prefiero ir a la cárcel que tener a Bunny colgado del cuello por el resto de mi vida. Y no es que me haga demasiada ilusión ir a la cárcel. Oye —dijo; se incorporó y se dobló como si le doliera el estómago—, me muero de ganas de fumar un cigarrillo. ¿Cómo se llama esa tipeja que vive al fondo del pasillo? ¿Judy?

—Judy Poovey, sí.

—¿Por qué no vas y le pides un paquete? Es la típica fumadora que almacena varios cartones en la habitación.

El tiempo estaba cambiando. La nieve, sucia y picada por la lluvia, empezaba a abrir charcos por donde asomaba una hierba fangosa y amarillenta; los carámbanos se quebraban y caían como dagas de los puntiagudos tejados.

—Ahora podríamos estar en Sudamérica —dijo Camila una noche. Estábamos en mi habitación bebiendo bourbon en tazas de té y escuchando las gotas de lluvia que caían del alero—. ¿No lo encuentras gracioso?

—Sí —dije, aunque nadie me había invitado a ir a ninguna parte.

—Entonces la idea no me atrajo demasiado. Ahora creo que habríamos podido arreglárnoslas bastante bien.

—No sé cómo.

Apoyó la mejilla en un puño:

—No habría estado mal. Habríamos podido dormir en hamacas. Aprender español. Vivir en una casita con gallinas en el patio.

—Ponernos enfermos —dije—. Morir asesinados.

—Se me ocurren cosas peores —dijo ella, con una breve mirada de soslayo que me llegó al alma.

Una ráfaga de viento sacudió los cristales de la ventana.

—Bueno —dije—. Me alegro de que te quedaras aquí. Ella ignoró mi comentario y, mirando por la oscura ventana, bebió otro sorbo de la taza de té.

Habíamos llegado a la primera semana de abril y todos estábamos bastante alterados. Bunny, que llevaba una temporada relativamente tranquilo, estaba ahora furioso porque Henry se negaba a llevarlo a Washington D.C. para ver una exposición de biplanos de la Primera Guerra Mundial, en el Smithsonian. Los gemelos recibían dos llamadas diarias de un sospechoso B. Perry de su banco, y Henry de un tal D. Wade, del suyo; la madre de Francis había descubierto que su hijo había intentado retirar dinero de su depósito, y él recibía cada día un aluvión de mensajes.

—Virgen santa —murmuró después de abrir la última carta y leerla a regañadientes.

—¿Qué dice?

—«Cariño, Chris y yo estamos muy preocupados por ti —leyó Francis con tono inexpresivo—. Mira, no quiero dármelas de entendida en problemas de jóvenes, y a lo mejor estás pasando por algo que yo soy demasiado mayor para entender, pero siempre esperé que pudieras hablar con Chris cuando tuvieras un problema.»

—A mí me parece que Chris tiene muchos más problemas que tú —le dije. *En Jóvenes doctores* Chris interpretaba a un personaje que se acostaba con la mujer de su hermano y que estaba involucrado en una red de contrabando de recién nacidos.

—Desde luego que tiene problemas. Tiene veintiséis años y está casado con mi madre, ¿no? «Lamento tener que plantear esto —siguió leyendo Francis—, pero no se me habría ocurrido si Chris no hubiera insistido. Ya sabes, cariño, cómo te quiere, y dice que ya ha visto casos de éstos en el mundillo del espectáculo. Así que llamé al Betty Ford Center y, a ver qué te parece, cariño: tienen una habitación monísima para ti.» —Me eché a reír—. Espera, espera: «Ya sé que la idea no te gustará, pero no tienes que avergonzarte, es una enfermedad, cariño, eso es lo que me dijeron cuando fui, y eso me hizo sentirme mucho mejor, no te lo puedes imaginar. Claro que ni siquiera sé qué tomas, pero de verdad, cielo, seamos prácticos: sea lo que sea, debe de ser tremendamente caro, ¿no? Y para ser sincera contigo tengo que decirte que no nos lo podemos permitir, ya sabes cómo es tu abuelo, y con los impuestos de la casa y todo...»

—Deberías ir.

—¡Pero qué dices! Está en Palm Springs, o en un sitio así, y además me parece que te encierran y te obligan a hacer aeróbic. Mi madre ve demasiada televisión —dijo echándole un último vistazo a la carta.

El teléfono empezó a sonar.

—Maldita sea —dijo Francis con voz cansada.

—No contestes.

—Si no contesto, llamará a la policía —repuso, y descolgó el auricular.

Dejé a Francis paseándose por la habitación con el teléfono en la mano *«¿Rara?* ¿Que tengo la voz *rara*? ¿Qué quieres decir?» y fui a la oficina de correos. Me llevé una gran sorpresa al ver que en mi buzón había una elegante nota de Julian en que me invitaba a comer al día siguiente.

De vez en cuando, en ocasiones especiales, Julian invitaba a comer a sus alumnos. Era un cocinero excelente y, cuando era joven y vivía de su renta en Europa, tenía también una excelente reputación como anfitrión. De hecho, en eso se basaba su amistad con la mayoría de los famosos que había conocido. Osbert Sitwell menciona en su diario las «sublimes *petit fêtes»* de Julian Morrow, y hay referencias similares en las cartas de gente como Charles Laughton, la duquesa de Windsor o Gertrude Stein; Cyril Connolly, que destacaba por ser un invitado difícil de satisfacer, le dijo a Harold Acton que Julian era el americano más cortés que jamás había conocido —un cumplido de doble filo, desde luego—, y Sara Murphy, que tampoco era mala anfitriona, le escribió en una ocasión rogándole que le diera su receta de *sole veronique.* Yo sabía que Julian solía invitar a Henry a comida *à deux,* pero nunca había recibido una invitación para comer a solas con él, y me sentía a la vez halagado y ligeramente preocupado. En aquellos días, cualquier cosa que se apartara mínimamente de lo ordinario me parecía ominosa, y, pese a estar encantado, no podía evitar el temor de que Julian tuviera algún objetivo aparte de disfrutar de mi compañía. Me llevé la invitación a casa y la examiné. Su delicada y oblicua caligrafía no consiguió despejar mi presentimiento de que allí había gato encerrado. Llamé a la telefonista y dejé un mensaje para él diciéndole que llegaría a la una.

—Julian no sabe nada de lo que pasó, ¿verdad? —le pregunté a Henry en cuanto lo vi a solas.

—¿Qué? Ah, sí —me contestó, levantando los ojos del libro que estaba leyendo—. Claro.

—*¿Sabe que matasteis a aquel tipo?*

—Oye, no hables tan alto —me reprendió Henry, mirando por en cima del hombro. Continuó en voz baja—: Julian sabía lo que intentábamos hacer. Y lo aprobaba. El día después de que pasara aquello, fuimos a verlo a su casa de campo. Le contamos lo que había pasado. Se alegró de oírlo.

—¿Se lo contasteis todo?

—La verdad, no me pareció necesario preocuparlo, si te refieres a eso —dijo Henry. Se ajustó las gafas y reanudó la lectura.

Julian había preparado él mismo la comida, por supuesto, y comimos en la gran mesa redonda de su despacho. Después de varias semanas de nervios, de conversaciones desagradables y de comidas tensas en el comedor comunitario, la perspectiva de comer con él resultaba muy agradable; era una compañía excelente y sus comidas, aunque sumamente sencillas, tenían un carácter saludable y exuberante que siempre satisfacía.

Había cordero asado, patatas, guisantes con puerros e hinojo; y para acompañarlo, una hermosa y deliciosa botella de Château Latour. Estaba comiendo tan a gusto como no lo hacía desde hacía años, y de pronto reparé en que un cuarto plato había aparecido, como por un discreto arte de magia, junto a mi codo: setas. Unas setas pálidas y de tallo delgado, como unas que yo había visto hacía poco, humeantes y bañadas en una salsa de vino tinto que olía a ruda y coriandro.

—¿De dónde las has sacado? —pregunté.

—Ah. Eres muy observador —dijo Julian, satisfecho—. Son maravillosas, ¿verdad? Poco corrientes. Me las trajo Henry.

Bebí un corto trago de vino para disimular mi consternación. —Dice que... ¿Me permites? —Señaló la fuente con la cabeza. Le pasé la fuente y se sirvió unas cuantas setas.

—Gracias. ¿Qué te estaba contando? Ah, sí. Henry dice que al emperador Claudio le encantaban estas setas. Interesante; porque supongo que recordarás cómo murió Claudio.

Sí, lo recordaba. Una noche, Agripina añadió una seta envenenada en su plato.

—Son bastante buenas —dijo Julian, y le dio un bocado a una—.

¿Te ha llevado Henry con él en alguna de sus expediciones?

—Todavía no.

—A decir verdad, yo nunca había prestado demasiado atención a las setas, pero todas las que me ha traído hasta ahora han resultado deliciosas.

De pronto lo entendí. Aquello era un inteligente detalle que formaba parte de los planes de Henry.

—¿Ya te las ha traído otras veces?

—Sí. Tratándose de estas cosas, no me fiaría de cualquiera, por supuesto, pero por lo visto Henry es todo un experto en la materia.

—Sí, creo que sí —dije, y me acordé de los perros de sus vecinos.

—Todo lo que hace lo hace bien. Sabe cultivar plantas, reparar relojes como un joyero, calcular mentalmente sumas larguísimas. Cualquier cosa; algo tan sencillo como vendar un corte en un dedo. Todo lo hace mejor que nadie. —Se sirvió otro vaso de vino—. Tengo entendido que sus padres están disgustados porque consideran que se ha centrado demasiado exclusivamente en los clásicos. No estoy de acuerdo, por supuesto, pero en cierto sentido es una lástima. Habría podido ser un médico excelente, o un soldado, o un científico.

Me reí.

—O un gran espía —dije.

Julian también rió.

—Buenos espías podríais serlo todos —dijo—. Escondiéndoos por los pasillos de un casino, escuchando indiscretamente a un jefe de Estado... ¿Seguro que no quieres probar las setas? Están deliciosas.

Me bebí el resto del vino.

—Por qué no —dije, y cogí la fuente.

Después de comer, una vez retirados los platos y mientras charlábamos relajadamente, Julian me preguntó a bocajarro si había notado algo raro en Bunny últimamente.

—Pues no, la verdad —le dije, y bebí un sorbo de té.

Julian levantó una ceja.

—¿No? Yo tengo la impresión de que se está comportando de una forma *muy* extraña. Precisamente, ayer Henry y yo estuvimos hablando de lo brusco y caprichoso que se ha vuelto.

—Me parece que últimamente estaba de mal humor.

Julian meneó la cabeza.

—No sé. Edmund es una persona bastante sencilla. Nunca pensé que pudiera sorprenderme nada que dijera o hiciera, pero el otro día tuvimos una conversación muy curiosa.

—¿Curiosa? —dije, precavido.

—Puede que sencillamente hubiera leído algo que lo inquietó. No sé. Estoy preocupado por él.

—¿Por qué?

—La verdad, me temo que pueda estar al borde de alguna desastrosa conversión religiosa.

Me quedé atónito.

—¿En serio?

—He conocido casos parecidos. Y no le encuentro otra explicación a su repentino interés por la *ética.* No te diré que Edmund sea un libertino, pero la *moral* no le preocupa demasiado. Me sorprendió mucho que empezara a hacerme preguntas, con toda franqueza, sobre conceptos tan confusos como el pecado y el perdón. Sin duda

está pensando hacerse adepto de alguna Iglesia. ¿Te parece que esa chica puede tener algo que ver con esto?

Se refería a Marion. Tenía por costumbre atribuirle todos los defectos de Bunny: su pereza, su malhumor, sus lapsus de buen gusto.

—Es posible —dije.

—¿Sabes si es católica?

—Creo que es presbiteriana —le dije. Julian profesaba un educado pero implacable desprecio por la tradición judeocristiana en todas sus formas. No le gustaba aceptarlo abiertamente, y se escudaba en su admiración por Dante y Giotto, pero cualquier cosa manifiestamente religiosa lo alteraba; y secretamente la consideraba (como Plinio, al que se parecía en muchos aspectos) un culto degenerado llevado a límites extravagantes.

—¿Presbiteriana? ¿En serio? —dijo, descorazonado.

—Creo que sí.

—Bueno, cualquiera sea la opinión que te merezca la Iglesia romana, hay que reconocer que es un enemigo poderoso y digno. Estaría dispuesto a aceptar ese tipo de conversión. Pero si lo reclutan los presbiterianos, me llevaré un gran disgusto.

De pronto, la primera semana de abril, empezó a hacer un tiempo maravilloso, impropio de la estación. El cielo estaba despejado, la temperatura era agradable y no hacía viento, y el sol calentaba el suelo fangoso con una dulce impaciencia, como si estuviéramos en el mes de junio. En el lindero del bosque, los árboles jóvenes lucían sus primeras hojas; los pájaros carpinteros trinaban y golpeaban los sotos, y, echado en mi cama con la ventana abierta, alcanzaba a oír el rumor y el borboteo de la nieve fundida corriendo por los canalones toda la noche.

La segunda semana de abril todo el mundo esperaba con ansiedad ver si aquel tiempo duraría. Y duró. Los jacintos y los narcisos florecieron en los jardines, las violetas y las vincapervincas en las praderas; unas mariposas blancas, mojadas y manchadas de barro, revoloteaban por los setos como embriagadas. Guardé mi abrigo de invierno y mis botas de goma, y me paseaba por ahí, casi mareado de alegría, en mangas de camisa.

«Esto no durará mucho», presagió Henry.

La tercera semana de abril, el césped del jardín ya había verdecido por completo y los manzanos estaban en flor. El viernes por la noche estaba leyendo en mi habitación, con las ventanas abiertas y un viento fresco y húmedo que revolvía los papeles de mi escritorio. Al otro lado del jardín había una fiesta, y el aire nocturno me traía música y risas. Pasaba de la medianoche. Soñoliento, intentaba sostener la cabeza erguida cuando, fuera, alguien gritó mi nombre.

Sobresaltado, me incorporé justo a tiempo para ver un zapato de Bunny que entraba volando por mi ventana. Cayó al suelo con un ruido sordo. Me levanté y me asomé a la ventana. Vi su figura abajo, tambaleante y desgreñada, intentando conservar el equilibrio con ayuda del tronco de un arbolillo.

—¿Qué demonios te pasa?

No me contestó; sólo levantó la mano que tenía libre para hacer un ademán de saludo, y a continuación Bunny empezó a llamar ruidosamente a la puerta de mi habitación.

Abrí la puerta y él entró cojeando, con un solo zapato, dejando un fangoso rastro de macabras y discordantes pisadas. Llevaba las gafas torcidas y apestaba a whisky.

—Hombre, Dicky —balbuceó.

Por lo visto, el grito dado debajo de mi ventana lo había dejado agotado y sin muchas ganas de hablar. Se arrancó el calcetín, manchado de barro, y lo tiró con torpeza todo lo lejos que pudo. Aterrizó en mi cama.

Poco a poco, conseguí sonsacarle los acontecimientos del día. Los gemelos lo habían llevado a cenar, y luego a tomar unas copas a un bar de la ciudad; luego se había ido solo a la fiesta que había en el jardín, donde un holandés había intentado hacerle fumar hierba y una chica de primero le había dado tequila de un termo.

—Una chica bastante mona. Pero un poco hippie. Llevaba zuecos, ¿sabes? Y una camiseta desteñida. No los soporto. Oye, guapa, le dije, eres un encanto, ¿pero cómo se te ocurrió meterte en ese rollo?

—Interrumpió su relato súbitamente y salió dando bandazos. Dejó la puerta de mi habitación abierta, y oí una ruidosa vomitera.

Tardó bastante en volver. Despedía un olor amargo, y tenía el rostro húmedo y muy pálido; pero me dio la impresión de que se encontraba mejor,

—Uf —dijo, y se desplomó en mi silla. Se secó la frente con un pañuelo rojo—. Debe de haber sido algo que he comido.

—¿Has podido llegar al lavabo? —Yo tenía mis dudas. La vomitera había sonado sospechosamente cerca de mi propia puerta.

—No —dijo, respirando con dificultad—. Me he metido en el armario de las escobas. Dame un vaso de agua, ¿quieres?

En el pasillo, vi la puerta del armario de la limpieza parcialmente abierta, proporcionando una tímida visión del desastre que ocultaba. Pasé de largo y fui a la cocina.

Cuando volví, Bunny me miró con ojos vidriosos. Su expresión, que había cambiado por completo, tenía algo que me inquietó. Le di el agua y Bunny bebió un trago largo y ávido.

—No tan deprisa —le dije, alarmado.

Bunny no me hizo caso y se bebió el resto de un solo trago. Luego dejó el vaso sobre el escritorio con mano temblorosa. Le sudaba la frente.

—Dios mío —dijo—. Virgen Santa.

Me senté en la cama, un poco nervioso, intentando dar con algún tema poco comprometido, pero antes de que pudiera decir nada Bunny volvió a hablar.

—Ya no lo aguanto más —balbuceó—. No lo aguanto. Virgen Santísima.

No dijo nada.

Se pasó una mano por la frente. Le temblaba el pulso.

—Ni siquiera sabes de qué demonios estoy hablando, ¿no es así? —me dijo, y su voz había adquirido un tono extrañamente desagradable.

Cambié de postura, inquieto. Llevaba meses temiendo que llegara aquel momento. Sentí la tentación de salir corriendo de la habitación, de dejarlo allí sentado. Pero Bunny se tapó la cara con las manos.

—Es todo verdad —murmuró—. Todo verdad. Lo puedo jurar por Dios. Sólo yo lo sé.

Pensé, absurdamente, que podía tratarse de una falsa alarma. A lo mejor Marion y Bunny se habían peleado. A lo mejor su padre había muerto de un infarto. Me quedé donde estaba, paralizado.

Retiró poco a poco las palmas de su rostro, como si se lo estuviera secando, y me miró.

—No tienes ni idea —dijo. Tenía los ojos inyectados de sangre, y muy brillantes—. No tienes ni puta idea, tío.

No podía soportarlo ni un momento más: me levanté y eché un vistazo a la habitación distraídamente.

—¿Quieres una aspirina? Había olvidado preguntártelo. Si te tomas un par ahora, no te encontrarás tan mal por...

—Me tomas por loco, ¿no? —me interrumpió.

Siempre me había imaginado que pasaría así: estaríamos los dos solos, Bunny borracho, a altas horas de la noche...

—Pero qué dices. Lo único que necesitas es...

—Me tomas por un lunático. *Nadie me escucha* —añadió, elevando el tono de voz.

Yo estaba asustado.

—Cálmate —le dije—. Te estoy escuchando.

—Pues escucha lo que te voy a contar.

Acabó a las tres de la mañana. Me contó una historia incompleta e inconexa, desordenada y llena de digresiones; pero no me costó nada entenderla. Yo conocía aquella historia. Nos quedamos un rato allí sentados, en silencio. Me molestaba la luz de la lámpara de mi escritorio. La fiesta que había en el jardín todavía seguía, y una canción de rap, débil pero estrepitosa, latía, importuna, a lo lejos. La respiración de Bunny se había vuelto sonora, asmática. La cabeza le resbaló sobre el pecho, y se despertó con un respingo.

—¿Qué? —dijo, confuso, como si alguien se le hubiera acercado por detrás y le hubiera gritado su nombre al oído—. Ah, sí.

No dije nada.

—¿Qué te parece todo esto?

No pude contestar. Por un momento había albergado la esperanza de que Bunny hubiera perdido el conocimiento.

—Parece increíble. Pero la realidad se adelanta a la ficción, tío. No, no va así. ¿Cómo es?

—La realidad supera a la ficción —dije mecánicamente. Por fortuna, no tuve que hacer ningún esfuerzo por fingir sorpresa o perplejidad. Estaba tan disgustado que casi me mareé.

—*Just goes to show* —dijo Bunny con voz de borracho—. Podría ser el vecino. Podría ser cualquiera. Nunca se sabe. Me cubrí la cara con las manos.

—Díselo a quien quieras —continuó—. Díselo al maldito alcalde. No me importa. Que los encierren en esa birria de cárcel que tienen en el palacio de justicia. Se cree muy listo —murmuró—. Te diré algo: si esto no fuera Vermont, no dormirían tan bien por las noches.

Mira, mi padre es muy amigo del comisario de policía de Hartford. Si se entera de esto... Madre mía. Fueron juntos al colegio. Yo salía con su hija... —Se le estaba ladeando la cabeza, y pegó otro respingo—. Dios mío —dijo, y estuvo a punto de caerse de la silla.

Me quedé mirándolo.

—Dame el zapato, ¿quieres?

Se lo pasé, junto con el calcetín. Los miró un momento y luego los metió en un bolsillo de su chaqueta.

—Que no te piquen las chinches —dijo, y se marchó dejando la puerta de mi habitación abierta. Lo oí bajar la escalera cojeando.

Tenía la impresión de que los objetos de mi habitación se inflaban y se desinflaban con cada latido de mi corazón. Sumamente aturdido, me senté en la cama, con un codo en el alféizar de la ventana, e intenté recuperar la compostura. Aquella diabólica música de rap llegaba del edificio de enfrente, desde cuyo tejado un par de siluetas arrojaban latas vacías de cerveza a una desconsolada pandilla de hippies apiñados alrededor de una hoguera hecha en un cubo de basura, intentando fumarse un porro. Una lata de cerveza cayó del tejado, y luego otra que dio en la cabeza de alguien haciendo un débil ruido. Risas, gritos agraviados.

Estaba contemplando las chispas que salían volando del cubo de basura cuando de pronto se me ocurrió una idea angustiosa. ¿Por qué había decidido Bunny venir a mi habitación, en lugar de ir a la de Cloke o la de Marion? Estaba mirando por la ventana, y la respuesta era tan obvia que me estremecí. Porque mi habitación era la que estaba más cerca. Marion vivía en la residencia Roxburgh, en el otro extremo del campus, y Cloke en el extremo más alejado de la Durbinstall. Y Bunny no estaba en condiciones de llegar a ninguno de los dos sitios. Pero la Monmouth estaba a apenas unos treinta metros, y mi habitación, con su llamativa ventana iluminada, debió de surgir en su camino como un faro.

Supongo que sería interesante decir que en ese momento tuve ciertas dudas, que intenté resolver las consecuencias morales de cada uno de los caminos que podía tomar. Pero no recuerdo haber sentido nada parecido. Me calcé los zapatos y bajé a llamar a Henry.

El teléfono público de la Monmouth estaba junto a la puerta trasera, demasiado a la vista para mi gusto, de modo que fui hasta el edificio de ciencias, pisando la hierba

húmeda, y encontré una cabina particularmente aislada en el tercer piso, cerca de los laboratorios de química.

El teléfono sonó más de cien veces. No contestaban. Finalmente, desesperado, colgué y marqué el número de los gemelos. Ocho timbrazos, nueve; y entonces oí la soñolienta voz de Charles.

—Soy yo. Tengo que hablar contigo —dije, sin andarme con rodeos.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó, súbitamente atento. Oí cómo se incorporaba en la cama.

—Me lo ha contado. Hace un momento.

Hubo un largo silencio.

—¿Oye?

—Llama a Henry —dijo Charles—. Cuelga y llámalo inmediatamente.

—Ya lo he hecho. No coge el teléfono. Charles maldijo quedamente.

—Déjame pensar —dijo—. Mierda. ¿Puedes venir?

—Sí, claro. ¿Ahora?

—Voy a casa de Henry a ver si me abre la puerta. Cuando llegues a mi casa nosotros ya habremos vuelto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dije, pero él ya había colgado.

Cuando llegué, unos veinte minutos después, me encontré con Charles, que venía desde casa de Henry.

—¿No ha habido suerte?

—No —jadeó. Tenía el cabello revuelto y llevaba una gabardina encima del pijama.

—¿Qué podemos hacer?

—No lo sé. Sube. Ya se nos ocurrirá algo.

Acabábamos de quitarnos los abrigos cuando se encendió la luz de la habitación de Camila, y ella apareció en la puerta, pestañeando, con rubor en las mejillas.

—¿Charles? —Y al verme añadió—: ¿Qué haces *tú* aquí?

Charles le proporcionó un relato bastante incoherente de lo ocurrido. Camila se protegía los ojos de la luz con un soñoliento antebrazo, y escuchaba. Llevaba una camisa de pijama de hombre que le iba enorme, y reparé en que me había quedado mirándole las piernas desnudas —pantorrillas bronceadas, tobillos delgados, unos maravillosos pies de niño, con las plantas cenicientas.

—¿Y está en su casa?

—Tiene que estar a la fuerza.

—¿Estás seguro?

—¿Dónde quieres que esté a las tres de la mañana?

—Espera —dijo, y se dirigió al teléfono—. Quiero probar una cosa.

Marcó, escuchó un momento, colgó y volvió a marcar.

—¿Qué haces?

—Es un código —dijo, sujetando el teléfono con el hombro y la oreja—. Lo dejas sonar dos veces, cuelgas y vuelves a llamar.

—¿Un *código?*

—Sí. Una vez me lo dijo... Ah, hola, Henry —dijo de pronto, y se sentó.

Charles me miró.

—Maldita sea —dijo en voz baja—. Seguro que estaba despierto.

—Sí —decía Camila; tenía la mirada fija en el suelo y las piernas cruzadas, y movía distraídamente un pie arriba y abajo—. De acuerdo.

—Se lo diré. —Colgó el auricular y se dirigió a mí—: Dice que vayas, Richard. Te espera. —Luego se dirigió a Charles, irritada—: ¿Por qué me miras así?

—Conque un código, ¿eh?

—¿Qué pasa?

—Nunca me lo habías dicho.

—Es una tontería.

—¿Para qué necesitáis Henry y tú un código?

—No es ningún secreto.

—¿Entonces por qué no me lo habías dicho?
—No seas tan infantil, Charles.

Henry —estaba completamente despierto, pero no hubo explicaciones— me abrió la puerta en bata. Lo seguí a la cocina; me sirvió una taza de café y nos sentamos.

—Bueno —dijo—, cuéntame qué ha pasado.

Se lo conté. Él, sentado al otro lado de la mesa, fumaba un cigarrillo detrás de otro, con sus ojos azul oscuro clavados en los míos. Sólo me interrumpió una o dos veces para preguntarme algo. Me pidió que le repitiera algunas partes. Yo estaba tan cansado que me desviaba un poco del tema, pero él tuvo paciencia con mis digresiones.

Cuando terminé, había salido el sol y se oían los pájaros. Veía puntos negros. Una fresca y húmeda brisa agitaba las cortinas. Henry apagó la lámpara, se acercó a la cocina y, mecánicamente, se puso a preparar unos huevos con bacon. Observé cómo se movía por la cocina, tenuemente iluminada, con los pies descalzos.

Mientras comíamos, lo miré con curiosidad. Estaba pálido y tenía la mirada cansada y preocupada, pero nada en su expresión dejaba traslucir en qué estaba pensando.

—Henry —dije.

Me miró. Llevábamos más de media hora sin pronunciar palabra.

—¿En qué piensas?

—En nada.

—Si todavía estás pensando en envenenarlo...

—No seas absurdo —me atajó, molesto—. ¿Por qué no te callas un poco y me dejas pensar?

Me quedé mirándolo. Henry se levantó bruscamente y fue a servirse otro café. Se quedó un momento dándome la espalda, apoyado con las manos en el mostrador de la cocina, y luego se dio la vuelta.

—Lo siento —dijo con voz cansada—. No es muy agradable considerar algo a lo que has dedicado todo tu esfuerzo y darte cuenta de que es completamente ridículo. Setas envenenadas. Parece sacado de Walter Scott.

Aquel comentario me sorprendió.

—Yo creía que era una buena idea —dije.

Henry se frotó los ojos con el pulgar y el índice.

—Demasiado buena —dijo—. Supongo que cuando alguien acostumbrado al trabajo intelectual se enfrenta a una acción práctica, tiene tendencia al embellecimiento, a ser excesivamente ingenioso. Sobre el papel hay cierta simetría. Ahora que me enfrento a la posibilidad de ejecutarla, me doy cuenta de lo espantosamente complicada que es.

—¿Qué pasa?

Se ajustó las gafas.

—El veneno es demasiado lento.

—Creí que eso era precisamente lo que querías.

—Hay muchos problemas. Algunos los mencionaste tú. El control de la dosis es arriesgado, pero creo que el verdadero inconveniente es el tiempo. Desde mi punto de vista, cuanto más tiempo mejor, pero... En doce horas se puede hablar mucho. —Hizo una pausa—. No creas que no se me había ocurrido antes. La idea de matarlo es tan repugnante que sólo podía planteármela como una especie de problema de ajedrez. Como un juego. No tienes idea de las vueltas que le he dado. Incluso a los efectos del veneno. Tengo entendido que hace que se te inflame la garganta, ¿lo sabías? Dicen que las víctimas se quedan mudas, incapaces de nombrar a su ver dugo. —Suspiró—. Es muy fácil dejarse seducir por los Médicis, los Borgia, por los anillos y las rosas envenenados... ¿Sabías que se puede hacer? Puedes envenenar una rosa y regalársela a alguien. La dama se pincha un dedo y muere. Sé cómo hacer una vela que mata cuando la enciendes en una habitación cerrada. O cómo envenenar una almohada, o un libro de oraciones...

—¿Y con pastillas para dormir? —le interrumpí.

Me miró con fastidio.

—Lo digo en serio. Hay muchísima gente que se muere de sobredosis.

—¿De dónde las vamos a sacar?

—Estamos en el Hampden College. Aquí puedes conseguir todas las pastillas que quieras.

Nos miramos.

—¿Y cómo se las damos?

—Podríamos decirle que son Tylenol.

—¿Y cómo haces que se trague nueve o diez cápsulas de Tylenol?

—Podríamos abrirlas y ponerlas en un vaso de whisky.

—¿Y crees que Bunny se bebería un vaso de whisky con un dedo de polvos blancos en el fondo?

—Creo que es igual de plausible que haga eso o que se coma una bandeja de hongos venenosos.

Hubo un largo silencio; un pájaro trinó ruidosamente junto a la ventana. Henry cerró los ojos y se masajeó las sienes con las yemas de los dedos.

—¿Qué piensas hacer?

—Creo que voy a hacer unos recados —me contestó—. Vete a tu casa y métete en la cama.

—¿Se te ocurre algo?

—No. Pero quiero comprobar una cosa. Te acompañaría al campus, pero no creo que sea conveniente que nos vean juntos precisamente ahora. —Metió una mano en el bolsillo del albornoz y empezó a sacar cosas: cerillas, plumines, su caja de pastillas de esmalte azul. Finalmente encontró un par de monedas de veinticinco centavos y las dejó encima de la mesa—. Ten —me dijo—. Por el camino párate en el quiosco y compra un periódico.

—¿Para qué?

—Por si alguien se le ocurre preguntarse qué haces por ahí a estas horas. Es posible que esta noche tenga que hablar contigo. Si no te encuentro, dejaré un mensaje diciendo que te ha llamado el doctor Springfield. Y si no te he dejado el mensaje, no intentes comunicarte conmigo, a no ser que sea imprescindible, claro.

—Muy bien.

—Hasta luego —dijo al salir de la cocina. En el último momento se dio la vuelta y me miró—: Nunca olvidaré lo que estás haciendo, de verdad.

—Pero si no hago nada.

—Ya sabes que sí.

—Tú también me has hecho algún que otro favor —le dije, pero Henry ya había salido y no creo que me oyera. Y si lo hizo, no contestó.

Compré un periódico en la tiendecita del final de la calle y volví a la escuela atravesando las húmedas y verdes arboledas, sin seguir el camino, sorteando piedras y troncos podridos que de vez en cuando obstaculizaban mi camino.

Cuando llegué al campus todavía era temprano. Entré por la puerta trasera de la Monmouth y subí por la escalera; en el pasillo, vi a la delegada de la residencia rodeada de chicas en bata junto al armario de las escobas, exteriorizando su desesperación en diferentes grados de estridencia. Intenté abrirme paso, pero Judy Poovey, ataviada con un quimono negro, me agarró por el brazo.

—Oye —me dijo—, alguien ha vomitado en el armario de las escobas.

—Ha sido uno de esos asquerosos de primero —dijo una chica que tenía a mi lado—. Beben hasta reventar y luego suben aquí a soltar la vomitera.

—Bueno, no sé quién habrá sido —dijo la delegada—, pero había cenado espagueti.

—Hmmm.

—Eso quiere decir que no tenía ticket de menú.

Conseguí llegar a mi habitación y cerré la puerta con llave. Me acosté casi inmediatamente.

Dormí todo el día, con la cara hundida en la almohada; fue un sueño profundo, sólo remotamente alterado por la fría contracorriente de la realidad —voces, pasos, portazos—, que a rachas se deslizaba por las oscuras y tibias aguas de mi sueño. El día desembocó en la noche, y yo seguía durmiendo, hasta que el ruido de la cadena de un retrete me sacó a rastras de mi sueño.

Era sábado por la noche y se estaba celebrando una fiesta en el edificio de al lado, la residencia Putnam. Eso significaba que había pasado la hora de la cena, que el bar estaba cerrado, y que yo había dormido por lo menos catorce horas. La Monmouth estaba vacía. Me levanté, me afeité y tomé un baño caliente. Luego me puse la bata y bajé, descalzo, comiendo una manzana que había encontrado en la cocina comunitaria, a ver si había algún mensaje para mí junto al teléfono.

Había tres. Bunny Corcoran había llamado a las seis menos cuarto. Mi madre, desde California, a las ocho cuarenta y cinco. Y un tal doctor H. Springfield quería que pasara a verlo tan pronto como me fuera posible.

Llegué a casa de Henry muerto de hambre, y me alegré ver que Charles y Francis todavía estaban picando un poco de pollo frío y ensalada.

Me dio la impresión de que Henry no había dormido nada desde que yo me marché de allí. Llevaba una vieja chaqueta de *tweed* con los codos pelados, y tenía manchas de hierba en los pantalones, a la altura de las rodillas; llevaba unas polainas caqui atadas sobre los zapatos, manchados de barro.

—Si tienes hambre, coge un plato. Están en el aparador —me dijo mientras retiraba la silla y se dejaba caer en ella, como un viejo granjero que acaba de llegar del campo.

—¿Dónde has estado?

—Ya hablaremos de eso después de cenar.

—¿Dónde está Camila?

Charles se echó a reír.

Francis dejó el muslo de pollo en el plato:

—Tiene una cita —dijo.

—¿Una cita? ¿Con quién?

—Con Cloke Rayburn.

—Han ido a la fiesta —añadió Charles—. Han quedado antes para ir a tomar algo a otro sitio y todo.

—Marion y Bunny también han ido —dijo Francis—. Ha sido idea de Henry. A Camila le ha tocado vigilar a nuestro amigo esta noche.

—Nuestro amigo me ha dejado un mensaje esta tarde —les dije.

—Nuestro amigo se ha pasado el día en pie de guerra —dijo Charles, que se estaba cortando una rebanada de pan.

—Ahora no, por favor —dijo Henry con voz cansada.

Una vez retirados los platos, Henry apoyó los codos sobre la mesa y encendió un cigarrillo. No se había afeitado, y tenía ojeras.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Francis.

—Henry tiró la cerilla en el cenicero.

—Este fin de semana —dijo—. Mañana.

Me quedé inmóvil, con la taza de café frente a los labios, y lo miré.

—Pero cómo —exclamó Charles, desconcertado—. ¿Tan pronto?

—No podemos esperar más.

—¿Y qué vamos a hacer, si no tenemos nada planeado?

—A mí tampoco me gusta, pero si esperamos no tendremos otra oportunidad hasta el próximo fin de semana. Y después puede que no tengamos ya ninguna oportunidad.

Se produjo un breve silencio.

—¿Va en serio? —vaciló Charles—. ¿Es... definitivo?

—No hay nada definitivo —dijo Henry—. No podemos controlar completamente las circunstancias. Pero quiero que estemos preparados por si se presenta la oportunidad.

—Todo esto suena un poco ambiguo —opinó Francis.

—Lo es. Lamentablemente, no puede ser de otra forma, pues Bunny será el que haga casi todo el trabajo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Charles, apoyándose en el respaldo de la silla.

—Un accidente. Un accidente de excursionismo, para ser exactos —Henry hizo una pausa—. Mañana es domingo.

—Sí.

—Si hace buen tiempo, es probable que Bunny salga a dar un paseo.

—No siempre lo hace —dijo Charles.

—Pongamos que este domingo sí. Y sabemos por dónde.

—La ruta varía —dije. Durante el trimestre anterior yo solía acompañar a Bunny en sus paseos. Le gustaba cruzar arroyos, saltar vallas, tomar todo tipo de desvíos imprevistos.

—Sí, claro. Pero en líneas generales la conocemos —dijo Henry.

—Sacó del bolsillo una hoja de papel y la extendió sobre la mesa. Me incliné y vi que era un mapa—. Sale por la puerta trasera de su residencia, rodea las pistas de tenis, y cuando llega al bosque no se dirige hacia North Hampden, sino hacia el este, hacia el monte Cataract. Por esa zona los bosques son muy frondosos, y no suele haber nadie. Sigue hasta llegar al sendero de caza (y sabes a cuál me refiero, Richard, la pista señalada con una piedra blanca), y tuerce en dirección sudeste. El sendero tiene cerca de un kilómetro, y luego se bifurca...

—Pero si lo esperas ahí, puede que no lo encuentres —le interrumpí—. He ido con él por ese camino. A veces tuerce hacia el oeste en lugar de seguir hacia el sur.

—Bueno, la verdad es que podemos perderle la pista mucho antes —dijo Henry—. Me consta que a veces no toma ese camino y sigue caminando hacia el este hasta dar con la autopista. Pero estoy dando por sentado que no lo hará. Hace buen tiempo, y no se contentará con un paseo tan fácil.

—¿Y qué pasa con la segunda bifurcación? No puedes saber qué camino tomará.

—No hace falta. ¿Recuerdas dónde está? En el barranco.

—Ah —dijo Francis. Hubo un largo silencio.

—Mirad —dijo Henry y del bolsillo sacó un lápiz—. Sale del campus, es decir que viene por el sur. Nosotros podemos llegar al mismo punto por otra ruta completamente diferente, desde la Autopista 6, por el oeste.

—¿Iremos en coche?

—Sí, pero sólo parte del camino. Justo después del depósito de chatarra, antes de llegar al desvío de Battenkill, hay un camino sin asfaltar. Creía que sería un camino particular, y en ese caso habríamos tenido que evitarlo, pero esta tarde he ido al Palacio de Justicia y me he enterado de que no es más que un viejo camino de leñadores.

—Conduce al bosque, pero no tiene salida. Y nos llevará directamente al barranco, aproximadamente medio kilómetro. El resto del camino podemos hacerlo andando.

—¿Y cuando lleguemos?

—Pues esperamos. Esta tarde he recorrido dos veces el camino que hace Bunny desde la escuela hasta el barranco, ida y vuelta, y lo he cronometrado en los dos sentidos. Tardará por lo menos media hora desde que salga de la habitación. Y eso nos da tiempo de sobras para ir por el otro camino y sorprenderlo.

—¿Y si no viene?

—Pues en ese caso sólo habremos perdido el tiempo.

—¿Y no sería mejor que uno de nosotros fuera con él?

Negó con la cabeza.

—Ya lo había pensado —dijo—. No nos interesa. Si cae en la trampa por sí solo, por su propia voluntad, es difícil que luego puedan acusarnos.

—Si esto, si lo de más allá —dijo Francis con amargura—. A mí todo me suena bastante fortuito.

—Es lo que interesa: que sea fortuito.

—No entiendo qué tiene de malo el plan original.

—El plan original es demasiado estilizado, demasiado detallado.

—Pero es mejor el detalle que el azar.

—Henry alisó el mapa con la palma de la mano.

—No. Te equivocas —dijo—. Si pretendemos ordenar los acontecimientos demasiado meticulosamente, llegar a un punto *x* siguiendo un razonamiento lógico, es evidente que ese razonamiento lógico puede ser descubierto en el punto *x* y conducir hasta nosotros. Una mente perspicaz siempre acaba descubriendo la razón. ¿Pero la suerte? Es invisible, caótica, angelical. Desde nuestro punto de vista, lo mejor es dejar que Bunny elija las circunstancias de su propia muerte.

Todo estaba en silencio. Sólo se oía el monótono y penetrante canto de los grillos. Francis, que estaba muy pálido y sudoroso, se mordió el labio inferior.

—A ver si lo entiendo —dijo—. Lo esperamos en el barranco y rezamos para que pase por allí. Y si pasa, le damos un empujón (allí mismo y a plena luz del día) y nos volvemos a casa. ¿Me equivoco?

—Más o menos —dijo Henry.

—¿Y qué pasa si viene con alguien? ¿O si pasa alguien por casualidad?

—No nos pueden detener por pasear por el bosque una tarde de primavera —dijo Henry—. Podemos hacerlo incluso en el último momento, cuando se asome al borde del barranco. Y será sólo un instante. Si cuando volviéramos al coche nos cruzamos con alguien (no creo que ocurra, pero cabe la posibilidad), siempre podríamos decir que ha habido un accidente y que vamos a buscar ayuda.

—Pero ¿y si alguien nos ve hacerlo?

—Creo que es muy improbable —dijo Henry al tiempo que dejaba caer un terrón de azúcar en su café.

—Pero posible.

—Todo es posible, pero la probabilidad jugará a nuestro favor —dijo Henry—. ¿Qué posibilidad hay de que alguien aparezca por allí precisamente durante la fracción de segundo que tardaremos en empujarlo?

—Podría ocurrir.

—Podría ocurrir *cualquier cosa,* Francis. A Bunny *podría* atropellarlo un coche esta noche, y nos ahorraríamos muchos problemas.

Una ligera y húmeda brisa que olía a lluvia y a flores de manzano entró por la ventana. Yo había empezado a sudar y el aire que me daba en la mejilla me hizo sentir destemplado y un poco mareado.

Charles se aclaró la garganta y todos nos volvimos hacia él:

—¿Sabes si...? Bueno, ¿estás seguro de que es lo suficientemente alto? ¿Qué ocurriría si...?

—Hoy lo he medido —le explicó Henry—. El punto más alto tiene quince metros, y eso es más que suficiente. Lo más difícil consistirá en conseguir que vaya hasta ahí. Si cae desde otro punto no tan alto, sólo conseguiremos que se rompa una pierna. Claro que en gran parte depende de cómo caiga. Nos conviene que caiga de espaldas.

—A mí me han contado historias de gente que se ha caído de un avión y que no se ha matado —dijo Francis—. ¿Y si no muere?

Henry se frotó un ojo sin quitarse las gafas:

—Bueno, en el fondo del barranco hay un arroyo —dijo—. No es muy profundo, pero sí lo suficiente. Por lo menos estará atontado. Tendríamos que arrastrarlo hasta allí, sumergirle la cabeza un rato... Sería cuestión de dos minutos. Si estuviera consciente, bastaría con que un par de nosotros nos sentáramos encima...

Charles se pasó la mano por la frente, sudorosa y encendida:

—Madre mía —dijo—. ¿Cómo es posible que hablemos en estos términos?

—¿Qué pasa?

—¿Acaso estamos locos?

—¿Pero qué dices, Charles?

—Nos hemos vuelto locos. ¿Cómo es posible que estemos planificando esto?

—A mí no me hace más ilusión que a ti.

—Es una locura. Ni siquiera sé cómo nos atrevemos a hablar de esto. Tenemos que planear otra cosa.

Henry bebió un sorbo de café.

—Si se te ocurre algo —dijo—, por mí encantado.

—No sé. ¿No podemos desaparecer, sencillamente? Coger el coche y largarnos.

—¿Y adonde iremos? —dijo Henry, sin ninguna emoción—. ¿Con qué dinero?

Charles no contestó.

—Mirad —continuó Henry, dibujando una línea en el mapa con un lápiz—. Creo que no tendremos dificultades para marcharnos individualmente, aunque tendremos que poner especial cuidado al volver al sendero y salir a la carretera.

—¿En qué coche iremos? ¿En el tuyo o en el mío? —preguntó Francis.

—Creo que en el mío. El tuyo es demasiado llamativo.

—¿Y si alquiláramos uno?

—No. Eso podría estropearlo todo. Si nos comportamos con absoluta normalidad, nadie reparará en nosotros. La gente no le presta atención al noventa por ciento de lo que ve.

Hubo una pausa.

Charles tosió débilmente:

—¿Y después? ¿Nos vamos a casa?

—Nos vamos a casa —dijo Henry. Encendiendo un cigarrillo—. En serio, no hay de qué preocuparse —añadió mientras apagaba la cerilla—. Parece arriesgado, pero si lo piensas fríamente no podría ser más seguro. No parecerá un asesinato. Además, nadie sabe que tenemos un motivo para matarle. Ya, ya lo sé —arguyó, impaciente, al ver que yo intentaba interrumpirlo—. Pero me sorprendería muchísimo que se lo hubiera contado a alguien más.

—¿Cómo puedes saber lo que ha hecho? ¡Puede que se lo haya contado a todo el mundo en la fiesta!

—Me apuesto algo a que no lo ha hecho. Desde luego, Bunny es impredecible, pero de momento sus actos todavía tienen cierto rudimentario sentido. Yo sabía que tú serías el primero al que se lo contaría.

—¿Cómo lo sabías?

—No irás a pensar que fue una casualidad que te eligiera a ti, ¿verdad?

—No lo sé. A mí me tenía más a mano que a nadie.

—¿A quién más podía contárselo? —dijo Henry con impaciencia—. Sería incapaz de ir directamente a la policía. Si lo hiciera, tendría tanto que perder como nosotros. Y por ese mismo motivo, no se atrevería a contárselo a un desconocido. Con lo cual el número de confidentes en potencia queda muy reducido. Por una parte está Marion. Sus padres. Cloke. Julian es una posibilidad más remota. Y tú.

—¿Y qué te hace pensar que no se lo ha contado ya a Marion, por ejemplo?

—Puede que Bunny sea estúpido, pero no tanto. Al día siguiente lo sabría toda la escuela. Cloke tampoco sería el más adecuado. No es tan alocado, pero tampoco es de fiar. Es caprichoso e irresponsable.

Y muy egoísta. A Bunny le cae bien (creo que lo admira), pero nunca le contaría una cosa así. Tampoco se le ocurriría contárselo a sus padres. Ellos lo apoyarían, sin duda, pero irían directamente a la policía.

—¿Y Julian?

Henry se encogió de hombros:

—A Julian podría contárselo, eso no puedo negarlo. Pero todavía no se lo ha contado, y no creo que lo haga. Por lo menos, de momento.

—¿Por qué no?

Henry me miró y levantó una ceja:

—Porque ¿a quién crees que Julian creería antes? Nadie dijo nada. Henry le dio una honda calada al cigarrillo, exhaló y continuó:

—Bueno. Por eliminación. No se lo ha contado ni a Marion ni a Cloke, por miedo a que ellos se lo contaran a terceros. Por el mismo motivo, no se lo ha contado a sus padres, y no es probable que lo haga, salvo como último recurso. ¿Qué posibilidades le quedan? Sólo dos. Puede contárselo a Julian (que no le creería) o a ti, que podrías creerle y no se lo contarías a nadie.

Me quedé mirándolo y dije:

—Conjeturas.

—En absoluto. ¿Crees que si se lo hubiera contado a alguien más estaríamos aquí sentados? ¿Crees que ahora que te lo ha contado a ti cometería la temeridad de contárselo a otro, antes de saber siquiera cómo reaccionabas tú? ¿Por qué crees que te ha llamado esta tarde?

—¿Por qué crees que se ha pasado el día persiguiéndonos a todos?

No contesté.

—Porque estaba tanteando el terreno —añadió Henry—. Anoche estaba borracho, eufórico. Hoy no está tan seguro de lo que piensas. Quiere comprobar que todo va bien. Y buscará la pista en tu reacción.

—No lo entiendo —dije.

Henry bebió un poco más de café.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Por qué tienes tanta prisa por matarlo si estás convencido de que no se lo contará a nadie.

Se encogió de hombros:

—Lo que yo digo es que *todavía,* no se lo ha contado a nadie. Eso no quiere decir que no vaya a hacerlo, y puede que muy pronto.

—Quizá yo pueda disuadirlo.

—Francamente, no estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—Pues en mi opinión estás hablando de correr un riesgo mucho mayor.

—Mira —dijo Henry, levantando la cabeza y fijando sus cansados ojos en mí—. Perdona que sea tan categórico, pero si crees que tienes alguna influencia sobre Bunny, te equivocas. No te guarda aprecio excesivo, y si he de serte franco, creo que nunca te lo ha guardado. Si intentaras interceder precisamente tú, las consecuencias serían desastrosas.

—Él acudió a mí.

—Por motivos obvios, y ninguno de ellos muy sentimental. —Se encogió de hombros—. Mientras yo estaba seguro de que no se lo había contado a nadie, podíamos esperar indefinidamente. Pero tú eras el timbre de alarma, Richard. Después de contártelo a ti (no ha pasado nada, pensará, no ha sido tan grave), ya no le costará tanto contárselo a otro. Y luego a otro. Ha dado el primer paso, y cada vez le costará menos avanzar. Me temo que a partir de ahora los acontecimientos se precipitarán vertiginosamente.

Me sudaban las palmas. La habitación estaba cargada, pese a que la ventana permanecía abierta. Oía nuestras respiraciones: comedidas, pausadas, espantosamente regulares; cuatro pares de pulmones consumiendo el escaso oxígeno.

Henry entrelazó los dedos y, estirando los brazos, los hizo crujir.

—Si quieres, puedes irte —me dijo.

—¿Quieres que me vaya? —repuse con aspereza.

—Haz lo que quieras —contestó—. Pero no tienes por qué quedarte. Sólo quería que tuvieras una idea general, pero cuantos menos detalles sepas, mejor. —Bostezó—. Había algunas cosas que tenías que saber, o eso me pareció, pero creo que ya te he perjudicado bastante involucrándote en todo esto.

Me levanté y los miré a los tres.

—De acuerdo.

Francis me miró y enarcó una ceja.

—Deséanos suerte —me dijo Henry.

Le di unas palmadas en el hombro, torpemente.

—Buena suerte —dije.

Charles, que quedaba fuera del ángulo de visión de Henry, me hizo una seña. Sonrió y, moviendo los labios, me dijo: «Te llamo mañana, ¿de acuerdo?»

De pronto me sobrevino una ola de emoción que me cogió por sorpresa. Como temía decir o hacer algo infantil, algo de lo que pudiera arrepentirme, me puse el abrigo, bebí el resto del café de un solo trago y me marché sin pronunciar siquiera el más mecánico adiós.

Cuando volvía a casa por el oscuro bosque, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos, tropecé, casi literalmente, con Camila. Estaba borracha, y muy animada.

—Hola —dijo, cogiéndome del brazo y arrastrándome en dirección contraria a la que yo llevaba—. ¿Sabes qué? Hoy he salido con un chico.

—Eso me han dicho.

Rió. Una risa ahogada, dulce, que me enterneció.

—¿No lo encuentras gracioso? Me siento como si fuera una espía.

Bunny se acaba de ir a casa. Pero ahora tengo un problema: creo que a Cloke le gusto.

Estaba tan oscuro que apenas la veía. El peso de su brazo resultaba maravillosamente cómodo, y notaba en mi mejilla su cálido aliento, que tenía el olor dulzón de la ginebra.

—¿Se ha comportado? —le dije.

—Sí, ha sido muy amable. Me ha invitado a cenar, y luego me ha llevado a tomar algo. Una bebida muy rara, roja, que sabía a Popsicles.

Salimos del bosque y llegamos a las desiertas calles de North Hampden, con su luz azulada. A la luz de la luna, todo estaba silencioso y extraño. Una débil brisa hacía sonar el carillón de un porche.

Me paré, y ella tiró de mi brazo.

—¿No vienes? —me preguntó.

—No.

—¿Por qué?

Iba despeinada, y sus encantadores labios estaban manchados de aquella bebida extraña; con sólo mirarla, supe que Camila no tenía ni la más remota idea de lo que estaba pasando en casa de Henry.

Ella los acompañaría. Seguramente, alguien le diría que no hacía falta que fuera, pero de todos modos ella acabaría acompañándolos.

—Oye —dije.

—Qué.

—Ven a mi casa.

Camila frunció ligeramente el ceño:

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Por qué?

El carillón volvió a dejar oír su insidioso sonido.

—Porque quiero que vengas.

Me miró con serenidad, borracha como estaba; tenía un pie doblado por el tobillo formando una «L», y se apoyaba en la cara externa del pie con asombrosa e infantil facilidad.

Le había cogido una mano, y la apreté con fuerza. Las nubes pasaban deprisa por delante de la luna.

—¿Vamos?

Se puso de puntillas y me dio un beso fresco y suave que sabía a Popsicles. *Camila,* pensé. El corazón me latía muy deprisa. De pronto se separó de mí.

—Tengo que irme —dijo.

—No, por favor.

—De verdad. Se estarán preguntando dónde me he metido.

Me dio un beso rápido, se dio la vuelta y se marchó calle abajo. Me quedé observándola hasta que llegó a la esquina. Luego hundí las manos en los bolsillos y regresé a casa.

Al día siguiente desperté sobresaltado. Hacía sol y se oía música procedente del pasillo. Era tarde, mediodía, o quizá más; cogí el reloj de la mesilla y me llevé otro susto, esta vez mayor. Eran las tres menos cuarto. Salté de la cama y empecé a vestirme a toda prisa, sin preocuparme por afeitarme ni peinarme.

Cuando salí al pasillo, poniéndome la chaqueta, vi a Judy Poovey que caminaba deprisa hacia mí. Iba muy arreglada, sobre todo tratándose de Judy, e inclinaba la *cabeza hacia* un lado mientras intentaba ponerse un pendiente.

—¿Quieres que te lleve? —dijo al verme.

—¿Adonde? —pregunté, desconcertado, con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Qué te pasa? ¿Vives en Marte, o qué?

La miré fijamente.

—La fiesta —dijo con impaciencia—. La fiesta de la Primavera. Detrás de la Jennings. Hace una hora que ha empezado.

Judy tenía las ventanas de la nariz inflamadas e inquietas; se llevó una mano (con las uñas pintadas de rojo) a la cara para frotárselas.

—Me parece que ya sé lo que estabas haciendo —le dije.

Judy rió.

—Tengo más. El fin de semana pasado Jack Teitelbaum me llevó a Nueva York, y traje una tonelada. Y Laura Stora tiene éxtasis, y aquel tipo tan horrible del sótano de la Durbinstall (ya sabes, el que estudia química) ha preparado una montaña de metadrina. ¿Intentas decirme que no te habías enterado?

—No.

—La fiesta de la Primavera es la más sonada del año. La gente lleva meses preparándose. Lástima que no se celebrara ayer, con el tiempo tan maravilloso que hacía. ¿No has bajado a comer?

En realidad quería saber si aún no había salido de mi habitación.

—No —contesté.

—Pues hace buen tiempo, aunque un poco de frío. Yo he salido y entonces... Bueno, mira. Da lo mismo. ¿Vienes?

La miré y vacilé. Había salido escopeteado de mi habitación sin tener la menor idea de adonde iba.

—Tengo que comer algo —dije por fin.

—Buena idea. El año pasado fui a la fiesta sin haber comido y me puse a fumar hierba y bebí... no sé, unos treinta martinis. Estaba muy bien, pero *de repente* me metí en el Fun O'Rama, ¿te acuerdas? Aquella feria que montaron. Bueno, creo que tú no estabas. En fin. Qué equivocación. Llevaba todo el día bebiendo y además el sol me había quemado, y estaba con Jack Teitelbaum y con todos aquellos tipos.

Yo no tenía intención de montar en ninguna atracción, la verdad, pero me dije, bueno, la noria. En la noria me puedo montar tranquila mente.

Escuché educadamente el resto de su relato, que terminaba, como era de prever, con Judy vomitando detrás de un carrito de frankfurts.

—Así que pensé: este año, ni hablar. Sólo coca. La pausa que te refresca. Por cierto, tendrías que ir a buscar a ese amigo tuyo, cómo se llama, *Bunny,* y decirle que venga contigo. Está en la biblioteca.

—¿Qué? —dije, súbitamente atento.

—Sí. Sácalo de allí, hombre. Y dale algo, a ver si se anima un poco.

—¿Dices que está en la biblioteca?

—Sí. Lo he visto hace un rato por las ventanas de la sala de lectura. ¿No tiene coche?

—No.

—Pensé que tal vez podía acompañarnos. La Jennings está lejos. No sé, a lo mejor soy yo. Estoy hecha un desastre, te lo juro. Tengo que empezar a hacer aeróbic otra vez.

Eran las tres. Cerré la puerta con llave y bajé a la biblioteca, manoseando nerviosamente el llavero con la mano en el bolsillo.

Hacía un día extraño, apacible, agobiante. El campus parecía desierto —supuse que todo el mundo estaba en la fiesta—, y el césped y los llamativos tulipanes dominaban, expectantes, bajo el cielo cubierto. Oí una puerta de tela metálica que se cerraba. Por encima de mi cabeza, en las retorcidas y negras ramas de un olmo, vi un gatito solitario que se agitaba, nervioso, y luego se quedaba quieto. «Esto parece Kansas —me dije—. Parece Kansas poco antes de un ciclón.»

La biblioteca parecía una tumba; los fríos fluorescentes contrastaban con la luz del exterior y hacían que la tarde pareciera más fría y gris de lo que era en realidad. Las ventanas de la sala de lectura estaban brillantes y vacías: sólo se veían estanterías y mesas vacías, pero ni un alma.

La bibliotecaria —una vaca despreciable que se llamaba Peggy— estaba detrás de su mesa leyendo un ejemplar del *Women's Day,* y no levantó la vista. La máquina Xerox murmuraba quedamente en un rincón. Subí al segundo piso, di la vuelta por detrás de la sección de lenguas extranjeras y llegué a la sala de lectura. Tal como había imaginado, estaba vacía, pero en una mesa cerca de las ventanas había un elocuente montoncito de libros, papeles y grasientas bolsas de patatas fritas.

Me acerqué para examinarlo de cerca. Todo indicaba que lo habían dejado allí hacía poco: había una lata de zumo de uva, medio vacía, que todavía rezumaba, fría al tacto. Me quedé un momento pensando qué podía hacer —quizá sólo había ido al lavabo y volvía en cualquier momento—. Estaba a punto de marcharme cuando vi la nota.

Sobre un volumen de la *World Book Encyclopedia* había un sucio trozo de papel rayado doblado por la mitad, donde Bunny había escrito «Marion» con su diminuta y enrevesada letra. Lo abrí y lo leí rápidamente:

Nena
Me muero de asco. Bajo a la fiesta
a tomarme una cerveza. Hasta luego.
B

Volví a doblar la nota y me senté en el brazo de la silla de Bunny.

Cuando iba de paseo, Bunny solía salir a la una de la tarde. Ahora eran las tres. Estaba en la fiesta de la Jennings. Se les había escapado.

Bajé por la escalerilla de atrás, salí por la puerta del sótano y crucé hasta el Commons —su fachada de ladrillo rojo, plana como un telón de foro contra el cielo vacío— y llamé a Henry desde la cabina telefónica. No contestaba. En casa de los gemelos tampoco había nadie.

El Commons estaba vacío, salvo por un par de viejos y macilentos porteros y la telefonista de la peluca pelirroja, que se pasaba el fin de semana haciendo ganchillo y sin prestar atención a las llamadas. Las luces de la centralita, como de costumbre, se encendían y se apagaban incesantemente, y ella estaba sentada dándoles la espalda, ignorándolas igual que hiciera aquel radiotelegrafista de mal agüero del *Californian* la noche que se hundió el *Titanic.* Recorrí el pasillo hasta las máquinas expendedoras, donde cogí un deplorable café instantáneo antes de bajar a probar suerte con el teléfono otra vez. Pero seguían sin contestar.

Colgué y fui a la vacía sala comunitaria, con un ejemplar de la revista de ex alumnos que había encontrado en correos debajo del brazo, y me senté en una silla junto a la ventana a beber el café.

Pasaron quince, veinte minutos. La revista de ex alumnos era deprimente. Por lo visto, cuando salían de la escuela los graduados en Hampden no hacían otra cosa que montar tiendecitas de cerámica en Nantucket o viajar al Nepal. La dejé a un lado y me quedé mirando por la ventana. Fuera había una luz muy extraña. Tenía algo que

intensificaba el verde del césped de modo que toda su vasta extensión parecía artificial, luminosa, como de otro mundo. Una bandera americana, desolada y solitaria contra el cielo violeta, ondeaba en su mástil metálico.

Me quedé un minuto sentado mirándola y entonces, de repente, sin poder soportarlo un momento más, cogí el abrigo y me dirigí hacia el barranco.

En el bosque había una quietud sepulcral y el ambiente era terriblemente inhóspito: verde, negro e inmóvil, con los sombríos olores del barro y la putrefacción. No soplaba viento; no cantaba ningún pájaro, no se movía una hoja. Los brotes de cornejo, inmóviles, destacaban, blancos y surreales, contra el cielo que iba oscureciéndose, espesándose.

Me apresuré; oía las ramas quebrarse bajo mis pies y mi ronca respiración. El sendero no tardó mucho en conducirme al claro. Permanecí de pie, casi sin aliento, y tardé un rato en darme cuenta de que allí no había nadie.

El barranco estaba a mi izquierda: brutal, una profunda caída, y abajo las rocas. Me acerqué al borde, con cuidado de no asomarme demasiado. Había un silencio absoluto. Me volví y caminé hacia el bosque, por donde había venido.

Entonces oí un leve susurro y la cabeza de Charles surgió de la nada.

—¡Hola! —susurró alegremente—. ¿Qué demonios...?

—Cállate —dijo una voz más brusca, y un momento después Henry apareció de detrás de un arbusto como por arte de magia.

Yo estaba atónito, intrigadísimo. Henry me miró, enfadado, y se disponía a hablar cuando se oyó un súbito crujido de ramas. Me di la vuelta, sorprendido: Camila, con pantalones caqui, bajaba por el tronco de un árbol.

—¿Pero qué pasa? —dijo Francis, que estaba por allí cerca—. ¿Ya puedo fumar?

Henry no contestó.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó, muy disgustado.

—Hoy hay una fiesta.

—¿Qué?

—Una fiesta. Y Bunny está allí. —Hice una pausa—. No vendrá.

—¿Lo ves? Ya te lo dije —intervino Francis, agraviado, saliendo cautelosamente del arbusto y limpiándose las manos. Como de costumbre, no iba vestido adecuadamente, sino que llevaba un traje bastante elegante—. Nunca me hacéis caso. Hace más de una hora que digo que tendríamos que marcharnos.

—¿Cómo sabes que está en la fiesta? —me preguntó Henry.

—Ha dejado una nota en la biblioteca.

—Vámonos a casa —propuso Charles, secándose una mancha de barro de la mejilla con el dorso de la muñeca.

Henry no le hizo caso.

—Maldita sea —exclamó, e hizo un rápido movimiento con la cabeza, como un perro sacudiéndose agua—. Tenía tantas ganas de resolver esto de una vez.

Hubo un largo silencio.

—Tengo hambre —dijo Charles.

—Yo *me muero* de hambre —apuntó Camila, despistada, y luego abrió mucho los ojos—. Oh, no.

—¿Qué pasa? —preguntaron todos al unísono.

—La cena. Hoy es domingo. Esta noche tiene que venir a cenar a casa.

Se hizo un silencio sepulcral.

—No me había acordado —dijo Charles.

—Yo tampoco —añadió Camila—. Y no tenemos nada en la nevera.

—Tendremos que pasar por la tienda.

—¿Qué podemos comprar?

—No lo sé. Algo rápido.

—Es increíble —les dijo Henry, enfadado—. Os lo recordé anoche.

—Pero nos hemos olvidado —se defendieron los gemelos, con simultánea desesperación.

—Es increíble.

—Hombre, si te levantas con la idea de matar a alguien a las dos de la tarde, la verdad es que no piensas mucho en lo que vas a ofrecer de cenar al cadáver.

—Es temporada de espárragos —comentó Francis.

—Sí, pero ¿venden espárragos en el Food King?

—Henry suspiró y echó a andar hacia el bosque.

—¿Adonde vas? —le preguntó Charles con alarma.

—Voy a arrancar un par de helechos. Y luego nos vamos.

—Déjalo, hombre —le dijo Francis, encendiendo un cigarrillo y tirando la cerilla—: Nadie nos verá.

Henry se dio la vuelta:

—Podrían vernos, y entonces será mejor que tengamos una coartada sobre lo que hacíamos aquí. Y coge la cerilla —le dijo con amargura a Francis, que soltó una nube de humo y lo miró airadamente.

Estaba oscureciendo, y empezaba a hacer frío. Me abroché el abrigo y me senté sobre una húmeda roca desde la que se veía el barranco, contemplando el riachuelo enfangado y salpicado de hojas que discurría allá abajo, y oyendo cómo los gemelos discutían sobre lo que iban a preparar de cena. Francis se apoyó contra un tronco, fumando. Al cabo de un rato apagó el cigarrillo en la suela del zapato y vino a sentarse a mi lado.

Pasaron unos minutos. El cielo estaba tan cubierto que parecía de color púrpura. Una ráfaga de viento sopló por entre un grupo de luminosos abedules en la vertiente opuesta, y me estremecí. Los gemelos seguían discutiendo en voz baja. Cuando se ponían así, disgustados, molestos, me recordaban a Heckle y Jeckle.

De pronto Henry salió del bosque sacudiendo los arbustos, restregándose en los pantalones las manos sucias de tierra.

—Viene alguien —dijo en voz baja.

Los gemelos callaron y lo miraron.

—¿Qué? —dijo Charles.

—Por el camino de atrás. Escuchad.

Permanecimos callados y quietos, mirándonos unos a otros. Una helada brisa sacudió los árboles y una lluvia de pétalos blancos de cornejo cayó en el claro.

—No oigo nada —dijo Francis.

Henry se llevó un dedo a los labios. Los cinco continuamos inmóviles, esperando un momento más. Tomé aliento, y estaba a punto de hablar cuando de pronto oí algo.

Pasos, ramas quebrándose. Nos miramos. Henry se mordió el labio y echó un rápido vistazo alrededor. En el barranco no había dónde esconderse, y no podíamos dirigirnos en absoluto silencio hacia el bosque. Henry iba a decir algo, cuando de pronto se oyó ruido de arbustos, muy cerca, y Henry salió del claro por entre dos árboles, como quien va por la calle y se esconde a continuación en un portal.

El resto de nosotros, desamparados y a la vista, nos miramos y luego miramos a Henry, que estaba a unos diez metros, a salvo, bajo los árboles. Nos hizo señas con la mano, impaciente. Oí el repentino crujir de unos pasos sobre la grava, y, apenas consciente de lo que hacía, me di la vuelta y fingí examinar el tronco de un árbol cercano.

Los pasos se acercaban. Empecé a notar un picor en la nuca, y me incliné para examinar de cerca el tronco del árbol: una corteza plateada, fría al tacto; hormigas saliendo en formación por una fisura. Las contemplé atentamente, mientras contaba los pasos que se aproximaban.

De pronto se pararon, muy cerca de mí.

Levanté la mirada y vi a Charles: miraba al frente con una horrorosa expresión en el rostro. Estaba a punto de preguntarle qué le pasaba cuando, incrédulo, oí la voz de Bunny justo a mis espaldas:

—Pero bueno —dijo, animado—. ¿Qué es esto? ¿Una reunión del club ecologista?

Me di la vuelta. Era Bunny, desde luego. Había surgido a mis espaldas con un impermeable amarillo que le llegaba casi hasta los tobillos.

Se produjo un desagradable silencio.

—Hola, Bun —dijo Camila, débilmente.

—Hola —contestó él. Llevaba una botella de cerveza, una Rolling Rock, a la que dio un largo trago—. Uf, últimamente os estáis aficionando a pasear por el bosque. ¿Sabes qué? —añadió, dándome un golpe en las costillas—: Te he estado buscando.

Su brusca e inevitable proximidad era demasiado para mí. Permanecí mirándolo, aturdido, y él volvió a beber un trago, luego bajó la botella y se secó los labios con el dorso de la mano; estaba tan cerca de mí que hasta notaba su aliento.

—Ahhhh —dijo Bunny, retirándose el flequillo de los ojos. Luego eructó—. Y bien, ¿se puede saber de qué vais, mataciervos? ¿Os ha dado por venir a estudiar la vegetación?

Se oyó un crujido y una tímida tos procedente del bosque.

—No exactamente —dijo una voz serena.

Sorprendido, Bunny se dio la vuelta —yo le imité—, y vio a Henry saliendo de las sombras.

Henry se adelantó y miró a Bunny con simpatía. Llevaba un desplantador y tenía las manos negras de barro.

—Hola —dijo—. Qué sorpresa.

Bunny le dedicó una larga y severa mirada.

—Madre mía —suspiró—. ¿Qué estás haciendo, enterrar a los muertos?

Henry sonrió.

—La verdad es que me alegro de que hayas venido.

—¿Qué es esto? ¿Una asamblea?

—Más o menos —dijo Henry amablemente, después de una pausa—. Supongo que podríamos llamarlo así.

—*¿Podríamos?* —dijo Bunny burlón. Henry se mordió el labio inferior.

—Sí —continuó, con toda seriedad—. Podríamos. Aunque yo no emplearía ese término precisamente.

Todo estaba inmóvil. Oí la lejana y necia risa de un pájaro carpintero, procedente del bosque.

—Oye —insistió Bunny, y me pareció detectar en su voz, por primera vez, una pizca de sospecha—. ¿Pero *qué demonios* estáis haciendo aquí? —En el bosque había un silencio absoluto.

Henry sonrió.

—¿Que qué hacemos? Nada, buscar helechos —dijo, y se adelantó hacia él.

LIBRO SEGUNDO

Dioniso, Señor de las Ilusiones, podía hacer que creciera una vid del tablazón de cubierta de un barco, y, en general, que sus adoradores vieran el mundo de forma diferente de como en realidad es.

E. R. DODDS, *The Greeks and the Irrational*

CAPITULO 6

Tengo que decir que no me considero mala persona (aunque admito que eso es precisamente lo que diría un asesino). Siempre que leo alguna noticia sobre asesinatos, me sorprende la obstinada, casi entemecedora seguridad con que estranguladores múltiples, infanticidas, y en general todo tipo de depravados y culpables niegan su maldad; incluso se sienten inclinados a sostener una especie de falsa decencia. («En el fondo soy una buena persona.» Son palabras del autor del más reciente asesinato múltiple —dicen que no se librará de la silla—; no hace mucho, en Texas, se cargó a media docena de enfermeras con un hacha. He seguido su caso con interés.)

Nunca me he considerado muy buena persona, pero tampoco puedo decir que sea detestablemente malvado. Quizá sea imposible pensar en esos términos de uno mismo, y nuestro amigo de Texas es un buen ejemplo. Lo que hicimos es terrible, y sin embargo no me parece que ninguno de nosotros fuera exactamente malo; podéis llamarlo como queráis: debilidad, en mi caso; arrogancia, en el de Henry; o demasiadas redacciones de prosa griega.

No lo sé. Supongo que debí enterarme mejor de en qué me estaba metiendo. Sin embargo, el primer asesinato —el del granjero— había sido muy sencillo, como cuando tiras una piedra al lago y apenas se forman ondas. El segundo también fue fácil, por lo menos al principio, pero yo ignoraba lo diferente que sería. Lo que tomamos como un paso insignificante (un leve ruido sordo, una rápida caída, las aguas cubriéndolo sin dejar rastro), resultó ser una carga de profundidad, una carga que explotó súbitamente bajo la helada superficie, y cuyas repercusiones puede que ni siquiera ahora se hayan agotado.

Hacia finales del siglo XVI el físico italiano Galileo Galilei realizó varios experimentos relacionados con la caída de los cuerpos, arrojando objetos (según dicen) desde la Torre de Pisa para medir la aceleración que sufrían. Descubrió lo siguiente: que al caer, los cuerpos adquieren velocidad. Que cuanto más lejos cae un cuerpo, más deprisa se mueve. Que la velocidad de un cuerpo que cae equivale a la aceleración debida a la gravedad multiplicada por el tiempo de la caída en segundos. Resumiendo: que dadas las variables de nuestro caso, nuestro cuerpo viajaba, en su caída, a una velocidad de más de 9,7 metros por segundo cuando dio contra las rocas del fondo.

Ya os podéis imaginar lo rápido que fue. Y resulta imposible pasar esa película a *cámara* lenta, examinar cada uno de los fotogramas. Ahora veo lo mismo que vi entonces: imágenes que pasan con la rápida y engañosa facilidad de un accidente: lluvia de grava, brazos agitados en el aire, una mano que intenta agarrarse a una rama y no lo consigue. Una bandada de cuervos asustados surge de los matorrales, graznando, oscura contra el cielo. Henry retrocediendo del borde del barranco. Luego, un chasquido de la película en el proyector y la pantalla se oscurece. *Consummatum est.*

Si al acostarme por la noche me encuentro poco dispuesto a presenciar este desagradable pequeño documental (desaparece en cuanto abro los ojos, pero cuando los cierro siempre vuelve, incansable, desde el principio), me admiro de lo imparcial de su punto de vista, de lo increíblemente detallado, de lo sumamente vacío de fuerza emocional. De esa forma, me devuelve a aquella experiencia con más intensidad de la que uno se pueda imaginar. El tiempo y las repetidas proyecciones han dotado al recuerdo de un carácter amenazador que el original no poseía. Yo presencié el episodio con bastante calma —sin miedo, sin lástima, sin otra cosa que una especie de brutal curiosidad—, de modo que quedó grabado para siempre en mi retina. Pero curiosamente ausente de mi corazón.

Tardé varias horas en saber lo que habíamos hecho; días (¿meses? ¿años?) en empezar a comprender su magnitud. Supongo que sencillamente lo habíamos pensado demasiado, habíamos hablado de ello demasiado a menudo, hasta que el proyecto dejó de ser algo imaginario y adquirió vida propia... A mí jamás se me había ocurrido

pensar que aquello fuera otra cosa que un juego. Un aire de irrealidad bañaba hasta los más ordinarios detalles, como si no estuviéramos planeando la muerte de un amigo nuestro, sino el itinerario de un viaje fabuloso que, por lo menos yo, nunca llegué a creer que acabaríamos realizando.

«Lo que no se puede pensar no se puede hacer», solía decirnos Julian en la clase de griego. Y aunque creo que lo decía para animarnos a ser más rigurosos respecto a nuestros hábitos mentales, el comentario tiene cierta conexión, un tanto perversa, con el tema que nos ocupa. La idea de matar a Bunny era horrorosa, imposible; y sin embargo insistíamos en ella sin cesar, nos convencíamos de que no había alternativa, ideábamos planes que parecían ligeramente improbables y ridículos, pero que en realidad funcionaban bastante bien cuando los poníamos a prueba... No sé. Uno o dos meses antes, la idea de un asesinato, fuera cual fuera, me habría dejado estupefacto. Pero aquel domingo por la tarde, mientras presenciaba uno, me pareció la cosa más fácil del mundo. Qué deprisa cayó Bunny, qué pronto terminó todo.

Me resulta difícil escribir esta parte, supongo que porque el tema está inextricablemente asociado con demasiadas noches como ésta (acidez de estómago, nervios, las agujas del reloj avanzando lentamente de las cuatro a las cinco). Resulta también desalentador, porque reconozco que los intentos de análisis son prácticamente inútiles. No sé por qué lo hicimos. No estoy completamente seguro de que no volviéramos a hacerlo, llegado el caso. Y aunque en cierto sentido lo lamenté, seguramente eso no cambia las cosas.

También lamento presentar una exégesis tan imprecisa y decepcionante de lo que, de hecho, constituye la parte central de mi historia. Me he fijado en que hasta los más gárrulos y descarados asesinos se comportan con una extraña timidez cuando tienen que relatar sus crímenes. Hace unos meses, en la librería de un aeropuerto compré la autobiografía de un famoso asesino, y me decepcionó no encontrar en ella ningún detalle espeluznante. En los momentos de mayor *suspense* (noche lluviosa, calle desierta, unos dedos cerrándose alrededor del maravilloso cuello de la víctima número cuatro) cambiaba súbitamente de tema, no sin cierta timidez, para mencionar cualquier otra cosa que no venía al caso en absoluto. (¿Sabía el lector que en la cárcel lo habían sometido a un examen de cociente intelectual? ¿Que su puntuación era similar a la de Jonas Salk?) La mayor parte del libro estaba dedicada a aburridos discursos sobre la vida en la cárcel: mala comida, jolgorios en el patio, tediosos *hobbies* de presidiario reincidente. Lamenté haberme gastado cinco dólares en aquel libro.

Sin embargo, en cierto modo sé cómo se siente mi colega. No es que todo «se volviera negro», ni nada parecido; sólo que el hecho en sí está borroso a causa de algún efecto primitivo y paralizante que en aquel momento lo oscureció; el mismo efecto, me imagino, que hace posible que una madre, presa del pánico, cruce a nado un río helado o se arroje a las llamas para salvar a su criatura; el efecto que a veces hace posible que una persona profundamente desconsolada presencie un funeral sin derramar una lágrima. Hay cosas tan terribles que no podemos entenderlas inmediatamente. Y hay cosas —desnudas, farfullantes, indelebles de tan horrorosas— demasiado terribles para que lleguemos a entenderlas jamás. Sólo más adelante, en la soledad, en la memoria, nos damos cuenta: cuando las cenizas se han enfriado, cuando ya se han marchado los dolientes; cuando miras a tu alrededor y te encuentras, para tu sorpresa, en un mundo completamente diferente.

Cuando llegamos al coche todavía no había empezado a nevar, pero los árboles empezaban ya a encogerse bajo el cielo, silenciosos, expectantes, como si sintieran el peso del hielo que caería sobre ellos al anochecer.

—Pero cuánto barro —dijo Francis cuando metimos la rueda en otro bache más, y una ráfaga marrón golpeó la ventana con un sordo *rataplán.*

Henry puso la primera.

Otro bache hizo que me castañearan los dientes. Intentamos salir de él y las ruedas empezaron a chirriar, levantando salpicaduras de barro, y volvimos a caer dentro de golpe. Henry maldijo y puso la marcha atrás.

Francis bajó la ventanilla y sacó la cabeza.

—Oh, no —dijo—. Para el coche. No vamos a poder...

—No nos hemos encallado.

—Te digo que sí. Y lo estás empeorando. Henry, por Dios. Para el...

—Cállate —le ordenó Henry.

Las ruedas de atrás zumbaron. Los gemelos, sentados uno a cada lado de mí, se volvieron para mirar las salpicaduras de barro que manchaban el cristal trasero. Henry puso la primera con un movimiento brusco, y de un salto nos libramos de aquel bache.

Francis se desplomó de nuevo en su asiento. Conducía con mucha precaución, y cuando iba en coche con Henry al volante, incluso en las circunstancias más favorables, se ponía muy nervioso.

Una vez en la ciudad, fuimos al apartamento de Francis. Los gemelos y yo teníamos que separarnos e ir andando a casa —yo al campus, los gemelos a su apartamento—, mientras que Henry y Francis se encargaban del coche. Henry paró el motor. El silencio era fantasmal, horripilante.

Me miró por el retrovisor:

—Tengo que hablar un momento contigo —me dijo.

—¿Qué pasa?

—¿A qué hora saliste de tu habitación?

—Sobre las tres menos cuarto.

—¿Te vio alguien?

—No. Que yo sepa, no.

El coche, después del largo trayecto, seguía haciendo ruidos. Henry se quedó callado un momento, y cuando iba a hablar Francis señaló por la ventana:

—Mirad —dijo—. Está *nevando.*

Los gemelos se agacharon para mirar. Henry, mordiéndose el labio inferior, no le prestó atención.

—Nosotros cuatro —dijo por fin— hemos ido a la primera sesión del Orpheum, a ver un programa doble que ha durado desde la una hasta las cinco menos cinco. Después hemos ido a dar una vuelta en coche, y hemos vuelto... —miró su reloj— a las cinco y cuarto. Eso por lo que a nosotros respecta. No estoy seguro de qué hacer contigo.

—¿Por qué no puedo decir que he estado con vosotros?

—Porque no es verdad.

—¿Y quién lo va a saber?

—La chica de la taquilla del Orpheum. Le hemos comprado entradas para la primera sesión, y hemos pagado con un billete de cien dólares. Te aseguro que se acuerda de nosotros. Nos hemos sentado en el anfiteatro y hemos salido por la puerta de emergencia unos quince minutos después de que empezara la primera película.

—¿Y por qué no podemos habernos encontrado en el cine?

—Porque no tienes coche. Y no puedes decir que has ido en taxi, porque eso pueden comprobarlo fácilmente. Además, has estado paseando por ahí. Dices que antes de encontrarte con nosotros estuviste en el Commons, ¿no?

—Sí.

—Entonces, supongo que lo único que puedes decir es que te fuiste directamente a casa. No es una coartada ideal, pero ahora no tienes alternativa. Tendremos que imaginarnos que nos hemos encontrado contigo *después* del cine, por si alguien te ha visto, cosa bastante probable. Diremos que te llamamos a las cinco en punto y que te recogimos en el aparcamiento. Viniste con nosotros a casa de Francis (la verdad es que no tiene demasiado sentido, pero qué remedio) y que volviste a casa andando.

—De acuerdo.

—Cuando llegues a casa, pasa por centralita y comprueba si te han dejado algún mensaje entre las tres y media y las cinco. Si hay alguno, tendremos que pensar en alguna razón que explique por qué no recibiste las llamadas.

—¡Mirad, mirad! —nos interrumpió Charles—. ¡Pero si está *nevando* !

Copos diminutos, sólo visibles en las copas de los pinos.

—Otra cosa —dijo Henry—. No tenemos que comportarnos como si estuviéramos esperando una noticia trascendental. Id a casa. Coged un libro. Y esta noche no deberíamos hablar unos con otros, a no ser, por supuesto, que sea absolutamente necesario.

—Nunca había visto nevar en esta época del año —dijo Francis, que seguía mirando por la ventanilla—. Ayer estábamos a veinte grados.

—¿No lo habían anunciado? —preguntó Charles.

—Que yo sepa, no.

—Madre mía. Mira. Pero si estamos casi en Semana Santa.

—No sé por qué estáis emocionados —dijo Henry, molesto. Tenía un conocimiento pragmático, campestre, de la forma en que el tiempo afecta a las fases de crecimiento, germinación, florecimiento, etcétera—. Morirán todas las flores, y no ocurrirá nada más.

Volví a casa caminando a buen paso, porque tenía frío. Una quietud otoñal se estaba apoderando, como un terrible oxímoron, del paisaje primaveral. Ahora nevaba en serio; grandes y silenciosos pétalos flotando por los bosques verdecidos, ramilletes blancos contrastando con la oscuridad del cielo: una atmósfera de pesadilla, como sacada de un libro de cuentos. Pasé bajo una hilera de hermosos manzanos en flor que se estremecían en la penumbra, semejando una hilera de paraguas blancos. Los grandes copos de nieve pasaban flotando a través de ellos, silenciosos y blandos. Pero no me detuve a contemplarlos, sino que apuré el paso. El invierno que acababa de pasar en Hampden me había hecho aborrecer la nieve.

Abajo no había ningún mensaje para mí. Subí a mi habitación, me cambié de ropa, no se me ocurrió qué hacer con la que me había quitado, pensé en lavarla, pensé si eso parecería sospechoso, y finalmente la metí en el fondo de mi bolsa de la lavandería. Luego me senté en la cama y miré el reloj.

Era la hora de la cena y yo llevaba todo el día sin probar bocado, pero no tenía hambre. Me acerqué a la ventana y contemplé los copos de nieve que se arremolinaban en los arcos de luz que había sobre las pistas de tenis, y luego volví a sentarme en la cama.

Los minutos se sucedían lentamente. La anestesia que me había dominado toda la tarde estaba empezando a desvanecerse y, cada segundo que pasaba, la idea de quedarme toda la noche allí sentado, solo, me resultaba más insoportable. Encendí la radio, la apagué, intenté leer un poco. Al ver que no podía concentrarme en la lectura de un libro, cogí otro. Apenas habían pasado diez minutos. Volví a coger el primer libro y volví a cerrarlo. Finalmente, y aun sabiendo que no debería hacerlo, bajé a la cabina y marqué el teléfono de Francis.

Me contestó en seguida,

—Hola —dijo al reconocerme—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Seguro?

Oí a Henry murmurando algo. Francis, que había apartado el auricular, dijo algo que no entendí.

—¿Qué hacéis? —le pregunté.

—Nada. Estábamos tomando una copa. Espera un momento, por favor —dijo, después de otro murmullo.

Hubo una pausa, otro breve diálogo, y luego Henry se puso al teléfono.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estás? —me preguntó con tono enérgico.

—En casa.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Puedo ir a beber una copa con vosotros?

—No creo que sea buena idea. Estaba a punto de marcharme.

—¿Qué vas a hacer?

—Pues mira, la verdad es que tomaré un baño y me meteré en la cama.

Hubo un breve silencio.

—¿Estás ahí? —preguntó Henry.

—Henry, me estoy volviendo loco. No sé qué hacer.

—Haz lo que quieras —me dijo con tono afable—. Pero no te alejes demasiado de tu casa.

—Hombre, pero qué más da que...

—¿Has probado alguna vez en pensar en otro idioma, cuando algo te preocupa? —me interrumpió.

—¿Qué?

—Eso te tranquiliza. Impide que tus pensamientos se desboquen. Es una buena táctica, en cualquier circunstancia. También podrías probar lo que hacen los budistas.

—*¿Qué?*

—En el budismo zen hay el ejercicio *mudra.* Te sientas de cara a una pared vacía. Sientas la emoción que sientas, y por fuerte o violenta que sea, te quedas quieto. De cara a la pared. La disciplina consiste en quedarte sentado, claro.

Hubo un silencio durante el que intenté encontrar las palabras adecuadas para expresar la opinión que me merecía aquella chorrada de consejo.

—Mira —continuó Henry antes de que yo pudiera decir nada—. Estoy agotado. Ya nos veremos mañana en clase, ¿de acuerdo?

—*Henry* —insistí. Pero había colgado.

Subí en una especie de trance. Me moría por una copa, pero no tenía nada para beber. Me senté en la cama y me puse a mirar por la ventana.

Se me habían acabado las pastillas para dormir. Sabía que se habían acabado, pero fui a mi escritorio y lo comprobé, por si acaso. El bote estaba vacío; sólo había unas cuantas tabletas de vitamina C que me habían dado en la enfermería. Unas pastillitas blancas. Las puse encima del escritorio, hice unos cuantos dibujos con ellas y luego ingerí una, pensando que el reflejo de tragar me haría sentir mejor. Pero no fue así.

Permanecí allí sentado, inmóvil, intentando no pensar. Era como si estuviera esperando algo. No sabía qué; algo que aliviaría la tensión y me haría sentir mejor. Pero no se me ocurría nada, absolutamente nada que pudiera tener ese efecto. Parecía que hubiera transcurrido una eternidad. De pronto se me ocurrió una idea horrorosa: *¿Es esto lo que se siente? ¿Es esto lo que voy a sentir a partir de ahora?*

Miré el reloj. Apenas había pasado un minuto. Me levanté, y sin molestarme en cerrar la puerta al salir, fui hasta la habitación de Judy. La encontré, afortunadamente. Estaba borracha, pintándose los labios.

—Hola —me dijo, sin desviar los ojos del espejo—. ¿Quieres venir a una fiesta?

Le contesté alguna incoherencia. Que no me encontraba bien.

—Prepárate una copa —me aconsejó, girando la cabeza a uno y otro lado para examinarse el perfil.

—Prefiero una pastilla para dormir. ¿Tienes alguna?

Tapó el pintalabios y luego abrió el cajón de su tocador. En realidad no era un tocador, sino un escritorio, como los que había en todas las habitaciones; pero ella lo había convertido esmeradamente en una zona de cosmética, con una cubierta de vidrio, unos faldones de satén y un espejo triple con lámparas de maquillaje —como si fuera una salvaje incapaz de comprender su verdadera función y lo hubiera transformado en armero o en altar—. Empezó a revolver una montaña de polveras y lápices hasta dar con un bote; lo miró a la luz, lo tiró a la papelera y eligió otro.

—Esto te irá bien —dijo.

Examiné el bote. Había dos tabletas grisáceas en el fondo. En la etiqueta sólo ponía «Para el dolor».

—¿Pero qué es? —pregunté, inquieto.

—Tómate una. Te sentará bien. Hace mal tiempo, ¿verdad?

—Sí —dije; tragué la pastilla y le devolví el bote.

—Da lo mismo, quédatelo —dijo, de nuevo concentrada en su toilette—. Vaya, no hace más que nevar. No entiendo cómo se me ocurrió venir aquí. ¿Quieres una cerveza?

Tenía una nevera en la habitación, en el armario. Para conseguir la cerveza tuve que abrirme paso por una jungla de cinturones, sombreros y medias.

—No, no quiero —dijo Judy cuando vio que cogía una para ella—. Ya estoy bastante borracha. No has ido a la fiesta, ¿verdad?

—No. —Me quedé inmóvil, con la botella en los labios. El sabor, el olor de la cerveza tenían algo... Entonces lo recordé: a Bunny le olía el aliento a cerveza. Y la espuma de cerveza derramada en el suelo. La botella cayendo con él.

—Muy inteligente —dijo Judy—. Hacía frío, y los músicos eran malísimos. Vi a tu amigo. ¿Cómo se llama? El Coronel.

—¿Qué?

Rió.

—Laura Stora lo llama así. Antes eran vecinos, y ella acabó harta de sus discos de marchas de John Philip Sousa.

Se refería a Bunny. Dejé la botella.

Pero afortunadamente Judy estaba ocupada con el pincel de ojos.

—¿Sabes qué? —dijo—. Creo que Laura está enferma. No es anorexia, sino esa otra cosa que te pasas la vida vomitando. Anoche fui con ella y con Trace a la Brasserie, y se puso como una cerda, te juro que no exagero. Y cuando acabó, se fue a vomitar al lavabo de hombres, y Tracy y yo nos quedamos preguntándonos si aquello *era normal.* Y entonces Trace me dijo: Mira, ¿te acuerdas de aquella vez que Laura es tuvo en el hospital con un supuesto mono? Bueno, pues *en realidad...*

Siguió hablando. Yo la miraba fijamente, perdido en mis propios y espantosos pensamientos.

De pronto, advertí que se había quedado callada. Me miraba, expectante, esperando una respuesta.

—¿Cómo?

—Digo si no te parece de subnormales. Seguro que a sus padres les trae sin cuidado. —Cerró el cajón del maquillaje y se dio la vuelta hacia mí—. En fin. ¿Vienes a la fiesta?

—¿A qué fiesta?

—La de Jack Teitelbaum. No te enteras de nada. En el sótano de la Durbinstall. Viene el grupo de Sid, y Moffat toca la batería. Y me han dicho no sé qué de una *go-go girl* en una jaula. ¿Te animas?

No podía contestar. Estaba tan acostumbrado a rechazar las invitaciones de Judy, que me costaba decir que sí. Entonces pensé en mi habitación. La cama, la cómoda, el escritorio. Los libros abiertos, tal como los había dejado.

—Venga, hombre —insistió, coqueta—. Nunca sales conmigo.

—Vale —dije por fin—. Voy a buscar mi abrigo.

Lo que Judy me había dado era Demerol, pero yo no lo supe hasta mucho más tarde. Empezó a hacerme efecto cuando llegamos a la fiesta. Los ángulos, los colores, el espectáculo de los copos de nieve, el estrépito del grupo de Sid... todo era suave, agradable e infinitamente clemente. Veía una extraña belleza en la cara de personas que antes me parecían repulsivas. Le sonreía a todo el mundo y todo el mundo me devolvía la sonrisa.

Judy (la maravillosa Judy) me dejó con su amigo Jack Teitelbaum y un tipo llamado Lars y fue a buscar bebidas. Todo estaba bañado en una luz celestial. Jack y Lars hablaban de billar automático, de motos, de lucha libre femenina, y su empeño por hacerme participar en su conversación me enterneció. Lars me ofreció un porro. Aquel gesto me pareció tremendamente tierno, y de repente comprendí que me había formado una idea equivocada de aquella gente. Era buena gente, gente sencilla, la sal de la tierra; tenía que considerarme afortunado por conocerla.

Intentaba pensar cómo expresar esa epifanía cuando Judy volvió con las bebidas. Me tomé la mía, fui a buscar otra, me dejé llevar por un fluido y agradable aturdimiento. Alguien me dio un cigarrillo. Allí estaban Jud y Frank, Jud con una

extraña y graciosa corona —de cartón, del Burger King— en la cabeza. Con la cabeza echada hacia atrás y soltando carcajadas, blandiendo una enorme jarra de cerveza, parecía Cuchulain, Brian Boru, algún mítico rey irlandés. Cloke Rayburn estaba en la parte de atrás jugando a billar. Él no me veía, pero yo observé cómo le aplicaba la tiza al taco, muy serio, y se inclinaba sobre la mesa, con el cabello tapándole la cara. *Clic.* Las bolas de colores salieron disparadas en todas direcciones. Unas manchas de luz nadaban en mis ojos. Pensé en átomos, moléculas, cosas tan pequeñas que ni siquiera podías verlas.

Recuerdo que luego me sentí mareado, y me abrí paso por entre la multitud para conseguir un poco de aire. Vi que habían dejado la puerta entreabierta, y noté una ráfaga fría en la cara. Y luego no sé, debí de quedarme en blanco, porque lo siguiente que recuerdo es que estaba apoyado contra una pared, en un sitio totalmente diferente, hablando con una chica.

Poco a poco comprendí que debía de llevar bastante rato allí con ella. Parpadeé e intenté enfocarla. Era muy guapa, con una nariz pequeña y respingona y cara de buena; cabello oscuro, pecas, ojos azul claro. La había visto en algún sitio, quizá haciendo cola en el bar, pero no le había prestado mucha atención. Pero ahora estaba a mi lado, como una aparición, bebiendo vino tinto de un vaso de plástico y llamándome por mi nombre.

No entendía nada de lo que me decía, pero el timbre de su voz era muy claro pese al ruido: alegre, estridente, extrañamente agradable. Me incliné hacia delante —era bajita, no más de metro cincuenta— y me llevé la mano a la oreja:

—¿Qué? —dije.

Ella rió, se puso de puntillas, acercó su cara a la mía. Perfume. La violencia de sus cálidos susurros en mi mejilla. La cogí por la cintura.

—Hay demasiado ruido —le dije al oído; rocé su cabello con los labios—. Vamos fuera.

Ella volvió a reírse.

—Pero si acabamos de entrar —dijo—. Decías que te estabas muriendo de frío.

Hmmmm, pensé. Me miraba con sus ojos claros, como si me encontrase graciosísimo.

—Vamos a un sitio más tranquilo —dije.

Alzó su vaso y preguntó:

—¿A tu habitación o a la mía?

—A la tuya —contesté sin vacilar.

Era una buena chica. Dulces risas en la oscuridad y su cabello cayéndome sobre la cara; me hizo gracia su respiración entrecortada, que me recordaba a la de las chicas del instituto. Casi había olvidado el calor que se sentía al abrazar otro cuerpo. ¿Cuánto tiempo hacía que no besaba a nadie de aquella forma? Meses, muchos meses.

Era extraño pensar lo fáciles que podían ser las cosas. Una fiesta, unas cuantas copas, una chica guapa y desconocida. Así era como vivían la mayoría de mis compañeros: en el desayuno hablaban con bastante timidez sobre sus aventuras de la noche anterior, como si ese inofensivo e íntimo pequeño vicio, situado por debajo de la bebida y por encima de la gula en el catálogo de los pecados, fuera el colmo de la depravación y la disipación.

Pósters, flores secas en una jarra de cerveza, las luces piloto del estéreo en la oscuridad. Todo aquello me recordaba demasiado a mi juventud, y sin embargo ahora parecía increíblemente remoto e inocente, un recuerdo de algún lejano baile escolar. Su brillo de labios sabía a goma de mascar. Hundí el rostro en su cuello, blando y con un ligero olor acre, y me mecí con ella, murmurando, balbuceando, sintiendo cómo caía más y más en una vida oscura y medio olvidada.

Desperté a las dos y media —lo supe por la demoníaca luz roja intermitente de un reloj digital—, presa del pánico. Había tenido un sueño, en realidad no demasiado terrible, en que Charles y yo viajábamos en un tren, intentando evitar a un misterioso tercer pasajero, íbamos dando bandazos por los pasillos de los vagones, que estaban llenos de asistentes a la fiesta —Judy, Jack Teitelbaum, Jud con su corona de cartón—. Pero durante el sueño nada parecía tener demasiada importancia, y yo tenía un problema preocupante que no conseguía recordar. Y de pronto lo recordé, y desperté del susto.

Fue como despertar de una pesadilla en otra todavía peor. Me incorporé, con el corazón acelerado, y palpé la pared en busca del interruptor hasta que me di cuenta, horrorizado, de que no estaba en mi habitación. Extrañas siluetas y sombras se agolpaban a mi alrededor; no había nada que me ayudara a averiguar dónde estaba, y por un momento pensé que me había muerto. Entonces noté el cuerpo que dormía a mi lado. Me retiré instintivamente, y luego le di un suave codazo. No se movió. Me quedé un par de minutos en la cama intentando ordenar mis pensamientos. Luego me levanté, busqué mi ropa, me vestí lo mejor que pude a oscuras y me marché.

Al salir, pisé un escalón helado, resbalé y caí de bruces sobre más de un palmo de nieve. Permanecí inmóvil un momento, luego me puse de rodillas y miré alrededor, incrédulo. Una cosa era que cayeran cuatro copos, pero nunca hubiera dicho que el tiempo pudiera cambiar tan repentina y bruscamente. Las flores habían quedado enterradas, igual que el césped; todo había desaparecido. Una capa de nieve limpia e intacta se extendía, azulada y reluciente, hasta donde divisaba.

Tenía las manos y los codos magullados. Me puse en pie, no sin esfuerzo. Al darme la vuelta para ver dónde estaba, descubrí con horror que acababa de salir de la residencia de Bunny. Vi su ventana de la planta baja, negra y silenciosa. Me imaginé sus gafas de repuesto sobre el escritorio, la cama vacía, las fotografías de sus familiares sonriendo en la oscuridad.

Cuando llegué a mi habitación —fui por un camino muy raro, dando una larga vuelta— me desplomé sobre la cama sin quitarme el abrigo ni los zapatos. Las luces estaban encendidas y me sentí extrañamente descubierto y vulnerable, pero no quería apagarlas. La cama se mecía un poco, como una balsa, y dejé un pie en el suelo para controlarla.

Luego me quedé dormido, y dormí profundamente un par de horas, hasta que llamaron a la puerta. Sobrecogido de nuevo por el miedo, para incorporarme tuve que bregar con mi abrigo, que se me había enredado en las rodillas y parecía atacarme con la fuerza de un ser vivo.

La puerta se abrió con un chirrido. Luego, silencio. Hasta que una voz dijo:

—¿Qué demonios te pasa?

Era Francis. Estaba de pie en el umbral, con una mano enguantada en el pomo de la puerta, mirándome como si yo estuviera loco.

Me dejé caer sobre la almohada, tan contento de ver a Francis que sentí ganas de reír, y estaba tan ciego que seguramente fue lo que hice.

—*François* —dije como un idiota.

Francis cerró la puerta y se acercó a mi cama; se quedó de pie mirándome. Era él, sin duda: con nieve en el cabello y en los hombros de su largo abrigo negro.

—¿Estás bien? —preguntó, burlón, después de una larga pausa.

—Me froté los ojos y lo intenté de nuevo:

—Hola. Lo siento. Estoy bien, de verdad.

Siguió mirándome sin decir nada. Luego se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de una silla.

—¿Quieres un té? —preguntó.

—No.

—Si no te importa, voy a hacerme una taza.

Cuando volvió, ya me había recuperado un poco. Puso la tetera sobre el radiador y cogió unas bolsitas de té del cajón de mi cómoda.

—Ten —dijo—. Bebe un taza. En la cocina no he encontrado leche.

Me alivió que Francis estuviera conmigo. Me senté y bebí el té, mientras él se quitaba los zapatos y los calcetines. Los dejó junto al radiador para que se secaran. Tenía unos pies largos y delgados, demasiado largos para sus tobillos pequeños y huesudos. Movió los dedos de los pies, y luego me miró.

—Hace una noche espantosa —dijo—. ¿Has salido?

Le conté lo que había hecho, omitiendo la parte de la chica.

—Madre mía —exclamó, y se desabrochó el cuello de la camisa—. Yo estaba en mi apartamento, muerto de miedo.

—¿Has hablado con alguien?

—No. Mi madre me ha llamado sobre las nueve, pero no podía hablar con ella. Le dije que estaba haciendo un trabajo.

Me quedé mirándole las manos involuntariamente; las tenía apoyadas sobre mi escritorio y no paraba de moverlas. Él se dio cuenta y las puso planas.

—Nervios —dijo.

Guardamos silencio por un rato. Dejé mi taza sobre el alféizar y me recosté. El Demerol me daba la impresión de que dentro de mi cabeza zumbaban ruedas de coche a toda velocidad y alejándose. Estaba atontado, con la vista perdida —no sé cuánto rato estuve así—, y entonces, poco a poco, me di cuenta de que Francis me estaba mirando fijamente con una expresión atenta. Murmuré algo, me levanté y fui hasta la cómoda a buscar un Alka Seltzer.

Al levantarme me mareé un poco. Me quedé de pie, atontado, preguntándome dónde habría dejado la caja, cuando de pronto advertí que Francis estaba justo detrás de mí, y me volví.

Su cara estaba muy cerca de la mía. Me cogió por los hombros, se inclinó hacia delante y me besó en la boca.

Fue un beso en toda regla: largo, lento, deliberado. Me había cogido por sorpresa, y tuve que agarrarme a su brazo para no caerme. Francis aspiró bruscamente y bajó las manos por mi espalda, y sin darme cuenta, supongo que por reflejo, yo también le besé. Francis tenía la lengua puntiaguda. Su boca tenía un sabor amargo, masculino, a té y tabaco.

Se apartó, respirando ruidosamente, y empezó a besarme el cuello. Me quedé contemplando la habitación. «Dios mío —me dije—. Menuda noche.»

—Para, Francis.

Me estaba desabrochando el botón del cuello.

—Serás idiota —dijo riéndose entre dientes—. ¿Sabes que llevas la camisa del revés?

Estaba tan cansado y tan borracho que me eché a reír.

—Venga, Francis. Déjame.

—Te lo vas a pasar bien —dijo—. Te lo prometo.

Siguió adelante. Yo estaba reventado, pero empecé a inquietarme. Veía los ojos de Francis debajo de sus quevedos: enormes y salvajes. Se quitó los quevedos y los arrojó sobre la cómoda descuidadamente.

En ese momento llamaron a la puerta. Nos separamos bruscamente. Francis tenía los ojos muy abiertos. Nos miramos, y volvieron a llamar.

Francis maldijo por lo bajo, se mordió el labio. Yo, aterrorizado, abrochándome la camisa todo lo aprisa que me permitían mis torpes dedos, iba a decir algo, pero él se llevó un dedo a los labios.

—¿Pero y si es...? —susurré.

Había querido decir «¿Pero y si es Henry?», pero en realidad pensaba «¿Pero y si es la policía?». Sabía que Francis estaba pensando lo mismo que yo.

Volvieron a llamar, esta vez con mayor insistencia.

El corazón me latía a toda velocidad. Desconcertado por el miedo, me dirigí a la cama y me senté.

Francis se mesó el cabello.

—Está abierto —dijo.

Yo estaba tan demudado que tardé un rato en darme cuenta de que era Charles. Estaba apoyado contra el marco de la puerta con un codo, con la bufanda roja

colgándole descuidadamente del cuello. Cuando entró en la habitación comprendí que estaba borracho.

—Hola —le dijo a Francis—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Nos has dado un susto de muerte.

—Ojalá hubiera sabido que venías. Henry me ha llamado y me ha sacado de la cama.

Francis y yo lo miramos, esperando una explicación. Se libró de su abrigo trabajosamente y se volvió hacia mí, con una mirada intensa y vidriosa.

—He soñado contigo —me dijo.

—¿Qué?

Me miró, pestañeando.

—Acabo de acordarme. Esta noche he tenido un sueño, y salías tú.

Lo miré. Iba a decirle que yo también había soñado con él, pero Francis, impaciente, nos interrumpió:

—Venga, Charles, dinos qué pasa.

Charles se pasó la mano por el despeinado cabello.

—Nada —dijo. Metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un fajo de papeles doblados—. ¿Has hecho los ejercicios de griego que había para hoy? —me preguntó.

Puse los ojos en blanco. ¡Los ejercicios de griego!

—Henry pensó que tal vez te habías olvidado. Me llamó y me pidió que te trajera los míos para que los copies, por si acaso.

Charles estaba como una cuba. No articulaba mal, pero olía a whisky y le costaba conservar el equilibrio. Tenía el rostro sonrosado y radiante, como un ángel.

—¿Has hablado con Henry? ¿Sabes si ha oído algo?

—Está muy preocupado por el tiempo. Pero no se ha enterado de que haya pasado nada. Ostras, hace mucho calor —dijo, desprendiéndose de la chaqueta.

Francis, sentado en la silla junto a la ventana con un tobillo apoyado sobre la rótula de la otra pierna y la taza de té en equilibrio sobre el tobillo desnudo, miraba a Charles minuciosamente.

—Llevas una botella en el bolsillo, ¿no?

—No.

—Venga, Charles. La estoy oyendo.

—¿Y qué pasa?

—Dame un trago.

—Muy bien —dijo Charles, molesto. Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una petaca—. Ten, pero no te pases. Francis se acabó el té y cogió la botella.

—Gracias —dijo, y vertió en la taza el dedo que quedaba. Lo miré: traje oscuro, muy erguido, con las piernas ahora cruzadas por la rodilla. Era la respetabilidad en persona, de no ser por los pies descalzos.

De pronto podía verlo como lo veía el resto del mundo, como yo mismo lo había visto cuando lo conocí: moderno, elegante, rico, absolutamente irreprochable. Aquella ilusión resultaba tan convincente que hasta yo, que conocía su esencial falsedad, me sentí extrañamente consolado.

Bebió el whisky de un trago.

—Tienes que despejarte, Charles —dijo—. Dentro de un par de horas tenemos que estar en clase.

Charles suspiró y se sentó a los pies de mi cama. Parecía muy cansado; no tenía ojeras, ni estaba pálido, pero se le notaba en una especie de tristeza soñolienta.

—Ya lo sé —dijo—. Pensé que el paseo me ayudaría.

—Lo que necesitas es un poco de café.

Tenía la frente húmeda; se la secó con la muñeca.

—Necesito algo más que café —dijo.

Alisé las hojas, me senté al escritorio y empecé a copiar los ejercicios de griego.

Francis se sentó en la cama, al lado de Charles.

—¿Dónde está Camila?

—Durmiendo.

—¿Qué habéis hecho esta noche? ¿Emborracharos?

—No —dijo Charles, conciso—. Hemos limpiado la casa.

—No puedo creerlo.

—En serio.

Yo seguía tan drogado que no entendía nada del texto que estaba copiando, salvo alguna que otra frase. «Cansado por la marcha, los soldados se pararon a ofrecer sacrificios en el templo. Volví de aquella tierra y dije que había visto a la Gorgona, pero no me había convertido en piedra.»

—Tenemos la casa llena de tulipanes. Lo digo por si queréis unos cuantos —dijo Charles, inexplicablemente.

—¿Qué quieres decir?

—Antes de que se acumulara demasiada nieve, salimos a recogerlos. Ahora hay tulipanes por todas partes, hasta en los vasos de agua.

«Tulipanes», pensé mientras contemplaba aquel revoltijo de letras que tenía delante. ¿Los griegos los llamaban por otro nombre, si es que los conocían? En griego, la letra *psi* tiene forma de tulipán. En el denso bosque alfabético de la página empezaron a brotar de pronto pequeños tulipanes negros formando un rápido y desordenado dibujo, como si fueran gotas de lluvia.

Todo me daba vueltas. Cerré los ojos. Permanecí sentado un buen rato, adormilado, hasta que advertí que Charles me llamaba.

Me di la vuelta. Se iban. Francis estaba sentado en mi cama, abrochándose los zapatos.

—¿Adonde vais?

—Yo me voy a casa, a vestirme. Se está haciendo tarde.

No quería quedarme solo —más bien al contrario—, pero por otra parte sentía un fuerte deseo de librarme de ellos dos. Había salido el sol. Francis apagó la lámpara. La sobria y pálida luz de la mañana le infundía una horrible quietud a mi habitación.

—Nos vemos dentro de un rato —me dijo, y luego oí sus pasos bajando la escalera.

A la luz del amanecer, todo quedó borroso y silencioso —las tazas de té sucias, la cama deshecha, los copos de nieve que pasaban flotando por la ventana con una peligrosa y alegre calma. Me zumbaban los oídos. Cuando reemprendí el trabajo, con las manos temblorosas y manchadas de tinta, el rasgueo de la pluma sobre el papel lastimó el silencio. Pensé en la oscura habitación de Bunny y en el barranco, a kilómetros de donde me encontraba; en todas aquellas capas y capas de silencio.

—¿Y dónde está Edmund? —preguntó Julian mientras abríamos nuestros libros de gramática.

—En casa, supongo —contestó Henry. Había llegado tarde y no habíamos tenido ocasión de hablar. Parecía tranquilo, descansado; más tranquilo y descansado de la cuenta.

Los otros también estaban sorprendentemente tranquilos. Hasta Francis y Charles iban bien vestidos, recién afeitados, como si no hubiera pasado nada. Camila estaba sentada entre los dos, con el codo descuidadamente apoyado en la mesa y la barbilla en la mano, serena como una orquídea.

Julian miró a Henry con una ceja levantada.

—¿Está enfermo?

—No lo sé.

—Es posible que el mal tiempo le haya hecho retrasarse. Esperaremos un poco.

—Creo que es una buena idea —dijo Henry, y volvió a concentrarse en su libro.

Después de clase, una vez lejos del Ateneo y cerca del bosque de abedules, Henry echó un vistazo alrededor para asegurarse de que nadie podía oírnos; nos agrupamos para escuchar lo que tenía que decirnos, pero justo en aquel momento, cuando

estábamos de pie en círculo y despidiendo nubes de vapor por la boca, oí que alguien me llamaba, y vi al doctor Roland a lo lejos, caminando con dificultad por la nieve como un muerto viviente.

Me separé del grupo y me acerqué a él. Respiraba con dificultad, y entre toses y jadeos empezó a hablarme de algo que quería que hiciera en su despacho.

No podía hacer otra cosa que acompañarle, ajustando el paso a su pesado andar. Una vez dentro, se paró varias veces en la escalera para señalar restos de basura que el portero no había recogido, dándoles débilmente con el pie. Me entretuvo media hora. Cuando por fin conseguí librarme de él, con los oídos zumbándome y una montaña de papeles sueltos que amenazaban con salir volando, el bosque de abedules estaba vacío.

No sé qué me había imaginado, pero durante la noche la tierra no se había salido de su órbita. La gente iba con prisas de un lado a otro, como de costumbre. El cielo estaba gris y soplaba un viento helado procedente del monte Cataract.

Compré un batido en el snack-bar y me dirigí a mi casa. Iba por el pasillo, hacia mi habitación, cuando tropecé con Judy Poovey.

Me miró airadamente. Al parecer tenía una resaca de miedo y sus ojeras eran tremendas.

—Hola —le dije, sin detenerme—. Perdona.

—*Oye* —dijo Judy.

—Me di la vuelta.

—Así que has pasado la noche con Mona Beale... Al principio no la entendí.

—¿Qué dices?

—¿Qué tal? —me preguntó, curiosa—. ¿Te gustó?

Me había cogido por sorpresa. Me encogí de hombros y seguí caminando por el pasillo. Judy me siguió y me detuvo por un brazo.

—¿Sabes que tiene novio? Ya puedes rezar para que nadie se lo cuente.

—No me importa.

—El trimestre pasado le pegó una paliza a Bram Guernsey porque creía que Bram quería ligar con ella.

—Pero fue ella la que quiso ligar conmigo.

Me lanzó una mirada de soslayo, maliciosa.

—Ya, claro. Es que es un poco zorra.

Justo antes de despertar tuve un sueño espantoso.

Estaba en un cuarto de baño enorme y anticuado, como de película de Zsa Zsa Gabor, con grifos de oro, espejos y azulejos de color rosa en las paredes y el suelo. En un rincón había un pedestal, alto y delgado, con una pecera llena de peces de colores. Me acercaba a verlos —mis pasos resonaban en los azulejos—, y entonces advertía un leve *plink plink plink* procedente del grifo de la bañera.

La bañera, también de color rosa, estaba llena de agua, y Bunny, completamente vestido, yacía inmóvil en el fondo. Tenía los ojos abiertos, las gafas torcidas y las pupilas con diferente dilatación: una muy grande y negra, la otra apenas del tamaño de una *cabeza* de alfiler. El agua era transparente y estaba muy quieta. El extremo de su corbata ondulaba cerca de la superficie.

Plink plink plink. No podía moverme. Entonces, de pronto, oí unos pasos que se acercaban, y voces. Aterrorizado, comprendí que tenía que esconder el cadáver, pero no sabía dónde; metí las manos en el agua helada e intenté sacarlo, pero no había forma; la cabeza le colgaba hacia atrás y le entraba agua por la boca...

Forcejeaba con su cuerpo, tambaleándome hacia atrás. La pecera se caía del pedestal y se hacía añicos; había peces de colores saltando alrededor de mis pies, entre los trozos de cristal. Alguien llamaba a la puerta. Asustado, soltaba el cuerpo, que caía ruidosamente en la bañera, salpicándome, y me despertaba.

Estaba oscureciendo. Notaba un latido horrible e irregular en el pecho, como si un pájaro enorme estuviese atrapado en mi caja torácica y se golpease la cabeza. Me eché en la cama, jadeando.

Cuando me encontré un poco mejor, me incorporé. Temblaba de pies a cabeza y estaba bañado en sudor. Sombras alargadas, luz de pesadilla. Vi a unos niños que jugaban en la nieve: unas siluetas negras contra un cielo terrible, color salmón. Sus gritos y sus risas, con la distancia, tenían un tono muy desagradable. Me apreté los ojos con la parte interior de las muñecas. Manchas lechosas, lucecitas diminutas. *Dios mío,* pensé.

La cadena del retrete hizo tanto ruido que temí que me tragase. Era como todos los mareos que recordaba, todas las vomiteras de borracho que había protagonizado en los lavabos de gasolineras y bares. La misma vista de pájaro: aquellos extraños bultos en el fondo del retrete que en ninguna otra circunstancia adviertes; porcelana mojada, el murmullo de las cañerías, el prolongado barboteo del agua.

Mientras me lavaba la cara me eché a llorar. Las lágrimas se mezclaban fácilmente con el agua fría en el luminoso y goteante carmesí del cuenco que formaba con mis manos, y al principio ni siquiera me di cuenta de que lloraba. Los sollozos eran regulares y vacíos de emoción, tan mecánicos como las violentas náuseas que habían cesado hacía sólo un momento; no tenían motivo, no tenían nada que ver conmigo. Levanté la cabeza y me contemplé en el espejo con una mezcla de interés e indiferencia. «¿Qué significa esto?», pensé. Tenía un aspecto horrible. Yo era el único que se estaba desmoronando; allí estaba yo, temblando de pies a cabeza y viendo fantasmas, como Ray Milland en *Días sin huella.*

Por la ventana entraba un aire frío. Estaba temblando, pero el aire me refrescó. Me preparé un baño caliente con un buen puñado de sales de baño de Judy, y cuando salí y me puse la ropa me sentí mucho mejor.

«Nihil sub sole novum», pensé mientras caminaba por el pasillo hacia mi habitación. Toda acción acaba perdiéndose en la nada.

Aquella noche habíamos quedado para cenar en casa de los gemelos. Cuando yo llegué, todos estaban sentados alrededor de la radio y escuchando el parte meteorológico como si se tratara de un boletín de guerra con noticias del frente. «En cuanto a la previsión para los próximos días —dijo la animada voz del locutor—, esperamos temperaturas bajas el jueves, con cielos nublados y la posibilidad de chubascos, mientras que a partir del viernes se espera una ligera mejoría.» Henry apagó la radio.

—Con un poco de suerte, mañana por la noche ya no habrá nieve.

—¿Dónde has estado esta tarde, Richard?

—En casa.

—Me alegro de que hayas venido. Tienes que hacerme un pequeño favor, si no te importa.

—Dispara.

—Quiero que después de cenar vayas al centro para ver esas películas del Orpheum y que luego nos las cuentes. ¿Te importa?

—No.

—Ya sé que entre semana es un inconveniente, pero no creo que sea sensato que ninguno de nosotros vuelva al cine. Charles se ha ofrecido para copiarte los ejercicios de griego, si quieres.

—Si los hago en ese papel amarillo que utilizas —dijo Charles— y con tu estilográfica, es imposible que note la diferencia.

—Gracias —dije. Charles tenía un talento extraordinario para las falsificaciones; según Camila, lo había desarrollado en la infancia: firmas de experto en los boletines de notas en cuarto; cartas enteras justificando ausencias en sexto. Yo siempre le pedía que me firmara los horarios con la firma del doctor Roland.

—En serio —añadió Henry—, no me hace ninguna ilusión tener que pedírtelo. Creo que las películas son una porquería.

Eran bastante malas. La primera era una *road movie* de principios de los setenta sobre un hombre que abandona a su esposa para hacer una carrera a campo través. Por el camino se desvía hacia Canadá y se lía con una banda de tramposos; al final vuelve con su esposa y renuevan sus votos en una ceremonia hippie. Lo peor era la banda sonora: un sinfín de canciones a base de guitarra acústica con la palabra «libertad» cada dos por tres. La segunda era un poco más decente. Era sobre la guerra de Vietnam, y se titulaba *Fields of Shame.* Era una película de gran presupuesto y gran reparto. Pero los efectos especiales eran demasiado realistas para mi gusto. Piernas saltando por los aires...

Al salir vi el coche de Henry aparcado un poco más abajo y con los faros apagados. En casa de Charles y Camila, todos estaban sentados a la mesa de la cocina con las camisas arremangadas, concentrados en el griego. Cuando nosotros entramos, empezaron a moverse, y Charles se levantó y preparó una cafetera mientras yo leía mis notas. Las dos películas tenían un argumento bastante flojo, y me costó bastante trabajo comunicar su esencia.

—Qué horror —dijo Francis—. Me avergüenza que la gente piense que fuimos a ver semejantes películas.

—Espera —dijo Camila.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo Charles—. ¿Por qué bombardea el sargento el pueblo donde viven los buenos?

—Eso —dijo Camila—. ¿Por qué? ¿Y quién era el chico del cachorro que pasaba por allí? ¿De qué conocía a Charlie Sheen?

Charles había hecho un excelente trabajo con mis ejercicios de griego, y al día siguiente los estaba repasando antes de clase cuando entró Julian. Se paró en el umbral, le echó un vistazo a la silla vacía y se rió.

—Vaya —dijo—. ¿Otra vez?

—Eso parece —dijo Francis.

—La verdad, espero que nuestras clases no se hayan vuelto aburridas. Por favor, decidle a Edmund que si tiene intención de asistir a clase mañana, yo haré todo lo posible para que la clase resulte particularmente amena.

Hacia mediodía era ya evidente que el parte meteorológico no había acertado. La temperatura había bajado diez grados, y por la tarde volvió a nevar.

Los cinco habíamos quedado para ir a cenar. Cuando los gemelos y yo llegamos al apartamento de Henry, lo encontramos con un aire más taciturno de lo normal.

—A que no sabéis quién me acaba de llamar —nos dijo.

—¿Quién?

—Marion.

Charles se sentó y preguntó:

—¿Qué quería?

—Quería saber si había visto a Bunny.

—¿Qué le has dicho?

—¿Qué quieres que le haya dicho? Que no —dijo Henry, irritado—. Habían quedado el domingo por la noche y no lo ha visto desde el sábado.

—¿Estaba preocupada?

—No demasiado.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Nada. —Henry suspiró—. Espero que mañana cambie el tiempo.

Pero no cambió. El miércoles amaneció despejado y frío, y con cinco centímetros más de nieve acumulados por la noche.

—No me importa que Edmund se salte alguna clase de vez en cuando, desde luego —dijo Julian—, pero tres seguidas... Y ya sabéis lo que le cuesta ponerse al día.

—No podemos seguir así mucho tiempo —dijo Henry aquella noche en casa de los gemelos. Estábamos fumando ante nuestros platos de huevos con bacon, intactos.

—¿Qué podemos hacer?

—No lo sé. Lo único seguro es que ha desaparecido hace setenta y dos horas y que dentro de poco resultará extraño que no nos mostremos preocupados.

—Nadie está preocupado —dijo Charles.

—Nadie lo ve tan a menudo como nosotros. No sé si Marion estará en su casa —añadió, echándole un vistazo al reloj de pared.

—¿Por qué?

—Creo que voy a llamarla.

—Por el amor de Dios —dijo Francis—. No la metas en esto.

—No pretendo meterla en nada. Lo único que quiero es dejarle en claro que ninguno de nosotros ha visto a Bunny desde hace tres días.

—¿Y cómo esperas que reaccione?

—Supongo que llamará a la policía.

—¿Te has vuelto loco?

—Mira, si no llama ella, tendremos que llamar nosotros —dijo Henry, que empezaba a perder la paciencia—. Cuanto más tiempo lleve desaparecido, más sospechoso parecerá. No quiero que se arme un escándalo y que empiecen a hacer preguntas.

—¿Entonces para qué quieres llamar a la policía?

—Porque si lo hacemos con suficiente antelación, no creo que se arme ningún jaleo. Puede que envíen a un par de agentes a echar un vistazo por aquí, pensando que seguramente es una falsa alarma...

—Si nadie lo ha encontrado todavía —dije—, no sé por qué lo van a encontrar un par de agentes de tráfico de Hampden.

—Nadie lo ha encontrado porque nadie lo ha buscado. Está a menos de un kilómetro de aquí.

Contestaron en seguida, pero Marion tardó un buen rato en ponerse al teléfono. Henry esperó de pie pacientemente, con la vista fija en el suelo; poco a poco empezó a mirar alrededor, y al cabo de unos cinco minutos emitió un gemido de desesperación y miró al techo.

—Madre mía —dijo—. ¿Pero qué pasa? Dame un cigarrillo, ¿quieres, Francis?

Tenía el cigarrillo en los labios y Francis se lo estaba encendiendo cuando Marion se puso al teléfono.

—Hola, Marion —dijo Henry, exhalando una nube de humo y dándonos la espalda—. Me alegro de encontrarte. ¿Está Bunny?

Una pausa.

—Ya —dijo Henry. Alargó el brazo para echar la ceniza en el cenicero—. ¿Y sabes dónde está? Una larga pausa.

—Pues mira, yo iba a preguntarte lo mismo. Hace dos o tres días que no viene a clase.

Otra larga pausa. Henry escuchaba con el rostro distendido e inexpresivo. De pronto abrió mucho los ojos:

—¿Qué? —exclamó bruscamente.

Todos prestamos atención. Henry no nos miraba; tenía la vista puesta en la pared.

—Ya —dijo finalmente. Marion siguió hablando.

—Bueno, si pasa por ahí, dile que me llame. Apúntate mi teléfono.

Cuando colgó tenía una extraña expresión en el rostro. Todos le miramos.

—¿Qué pasa, Henry? —preguntó Camila.

—No está nada preocupada. Está enfadada. Está esperando que aparezca en cualquier momento. No sé —agregó contemplando el suelo—. Y una cosa muy rara.

Me ha dicho que una amiga suya, una tal Rika Thalheim, ha visto a Bunny paseándose por delante del First Vermont Bank esta tarde.

Enmudecimos. Francis soltó una risa breve e incrédula.

—Dios mío —exclamó Charles—. Pero es *imposible.*

—Desde luego —dijo Henry secamente.

—¿Pero por qué iba alguien a inventarse eso?

—No lo entiendo. Supongo que la gente se imagina que ve cosas. Está clarísimo que no lo vio —añadió malhumoradamente y dirigiéndose a Charles, que parecía bastante preocupado—. Pero no sé qué podemos hacer.

—¿Qué quieres decir?

—No podemos llamar y notificar su desaparición si resulta que lo han visto hace seis horas.

—¿Entonces qué podemos hacer? ¿Esperar?

—No —dijo Henry mordiéndose el labio inferior—. Tendré que pensar en algo.

—¿Dónde demonios está Edmund? —dijo Julian el jueves por la mañana—. No sé cuánto tiempo piensa ausentarse, pero es una descortesía de su parte que ni siquiera me haya dicho nada.

Nadie le contestó. Julian levantó la mirada de su libro, sorprendido por nuestro silencio.

—¿Qué pasa? —dijo, malhumorado—. ¿Qué significan estas caras?

¿Debo entender que estáis avergonzados de lo poco que habíais preparado la clase de ayer? —añadió, más tranquilo.

Vi que Charles y Camila se miraban. Precisamente aquella semana Julian nos había mandado muchísimo trabajo. Todos nos las habíamos ingeniado, de una forma u otra, para entregar los ejercicios escritos; pero nadie había cumplido con las lecturas, y el día anterior, en clase, hubo varios silencios insoportables que ni siquiera Henry pudo romper.

Julian le echó un vistazo a su libro.

—Antes de empezar, uno de vosotros tendría que telefonear a Edmund y pedirle que se una a nosotros, si no tiene inconveniente. No me importa que no haya leído esta lección, pero ésta es una clase importante y no me gustaría que se la perdiera.

Henry se levantó. Pero Camila, inesperadamente, dijo:

—No creo que esté en su habitación.

—¿Entonces dónde está? ¿Se ha ido de la ciudad?

—No estoy segura.

Julian se bajó las gafas y miró a Camila por encima de la montura.

—¿Qué quieres decir?

—Hace un par de días que no lo vemos.

Julian abrió mucho los ojos, con expresión de sorpresa, infantil y teatral. Pensé, y no por primera vez, en lo mucho que se parecía a Henry: los dos tenían la misma y extraña mezcla de frialdad y ternura.

—Vaya, vaya —dijo—. Qué raro. ¿Y no tenéis idea de dónde puede estar?

Lo dijo con un tono malicioso que me inquietó. Me quedé mirando los acuosos y ondulantes círculos de luz que el jarrón de cristal proyectaba sobre la mesa.

—No —dijo Henry—. Estamos un poco desconcertados.

—Ya me lo imagino. —Julian y Henry se miraron fijamente.

«Lo sabe —me dije, aterrorizado—. Sabe que le estamos ocultando algo. Pero no sabe de qué se trata.»

Después de comer y tras la clase de francés, me senté en el piso superior de la biblioteca con mis libros esparcidos sobre la mesa. Hacía un día extraño, espléndido, de ensueño. El jardín nevado —salpicado aquí y allá de siluetas distantes— estaba liso como el azúcar de un pastel de cumpleaños escarchado; un perro diminuto corría, ladrando, detrás de una pelota; de las chimeneas de casa de muñecas salían hilos de verdadero humo.

«Hace un año...», pensé. ¿Qué estaba haciendo? Ir a San Francisco con el coche de un amigo; pasearme por las secciones de poesía de las librerías, preocupado por mi

solicitud de ingreso en Hampden. Y ahora estaba sentado en una fría habitación, con ropa bastante rara y preguntándome si acabaría en la cárcel.

Nihil sub sole novum. Alguien estaba sacándole punta a un lápiz. Apoyé la cabeza en mis libros. Susurros, pasos quedos, olor de papel viejo. Unas semanas atrás, Henry se había enfadado porque los gemelos planteaban objeciones morales a la idea de matar a Bunny. «No digas tonterías», les dijo. «¿Pero cómo puedes *justificar* un asesinato a sangre fría?», replicó Charles, que estaba a punto de llorar. Henry encendió un cigarrillo y dijo: «Prefiero considerarlo como una redistribución de la materia.»

Me desperté, asustado, y me encontré a Henry y Francis de pie delante de mí.

—¿Qué pasa? —pregunté frotándome los ojos.

—Nada —dijo Henry—. ¿Vienes con nosotros al coche?

Los seguí por la escalera, adormilado; el coche estaba aparcado enfrente de la biblioteca.

—¿Qué pasa? —insistí una vez dentro.

—¿Sabes dónde está Camila?

—¿No está en su casa?

—No. Julian tampoco la ha visto.

—¿Para qué queréis verla?

Henry suspiró. Dentro del coche hacía frío, y una nube de vapor salió de su boca.

—Está pasando algo —dijo—. Francis y yo hemos visto a Marion en la caseta de seguridad con Cloke Rayburn. Estaban hablando con los guardas.

—¿Cuándo?

—Hace aproximadamente una hora.

—No creerás que hayan hecho algo, ¿no?

—No hay que sacar conclusiones precipitadas —dijo Henry, que contemplaba el tejado de la biblioteca, cubierto de hielo y reluciente al sol—. Lo que queremos es que Camila vaya a ver a Cloke y que se entere de lo que está pasando. Iría yo mismo, pero apenas lo conozco.

—Y a mí me odia —dijo Francis.

—Yo lo conozco un poco.

—No lo suficiente. Charles se lleva hasta bien con él, pero tampoco lo encontramos.

Desenvolví una tableta de Rolaids de un paquete que llevaba en el bolsillo y empecé a masticarla.

—¿Qué comes? —me preguntó Francis.

—Rolaids.

—Dame una, ¿quieres? —dijo Henry—. Vamos a pasar otra vez por su casa.

Esta vez Camila abrió la puerta, con mucha cautela. Henry iba a decirle algo, pero ella le lanzó una violenta mirada de advertencia.

—Hola —dijo—. Pasad.

La seguimos en silencio por el oscuro pasillo hasta el salón. Allí estaba Charles, con Cloke Rayburn.

Charles, inquieto, se levantó; Cloke se quedó donde estaba y nos miró con ojos adormilados, inescrutables. Iba sin afeitar y estaba quemado por el sol. Charles levantó las cejas y nos hizo saber, moviendo los labios, que Cloke estaba «ciego».

—Hola —dijo Henry después de una pausa—. ¿Cómo estás?

Cloke tosió —un ruido profundo y desagradable— y cogió un cigarrillo del paquete de Marlboro que había encima de la mesa.

—Bien —dijo—. ¿Y tú?

—Bien.

Se puso el cigarrillo en la comisura de los labios, lo encendió y volvió a toser.

—Hola —me dijo—. Qué tal.

—Muy bien.

—Tú estabas en la fiesta de la Durbinstall del domingo, ¿no?

—Sí.

—¿Has visto a Mona? —preguntó sin demasiado interés.

—No —dije bruscamente, y de pronto advertí que todos me miraban.

—¿Mona? ¿Qué Mona? —preguntó Charles después de un incómodo silencio.

—La chica esa —dijo Cloke—. Cursa segundo. Vive en la residencia de Bunny.

—Por cierto, hablando de Bunny —intervino Henry.

Cloke se reclinó en la silla y fijó sus enrojecidos e hinchados ojos en Henry.

—Sí —dijo—. Precisamente estábamos hablando de Bun. Hace un par de días que no lo veis, ¿no?

—Así es. ¿Y tú?

Cloke negó con la cabeza:

—No —dijo al fin con voz ronca, al tiempo que alargaba el brazo para coger un cenicero—. No tengo idea de dónde demonios puede haberse metido. Lo vi por última vez el sábado por la noche. Hasta hoy no me he dado cuenta.

—Anoche hablé con Marion —dijo Henry.

—Ya lo sé —dijo Cloke—. Está un poco preocupada. Esta mañana me la he encontrado en el Commons y me ha dicho que Bunny no pasa por su habitación desde hace cinco días. Creía que se había ido a su casa, pero llamó a su hermano Patrick y le dijo que no estaba en Connecticut. Y también habló con Hugh, y dice que en Nueva York tampoco está.

—¿Sabes si ha hablado con sus padres?

—Hombre, tampoco se trata de buscarle problemas.

Henry guardó silencio un momento. Luego dijo:

—¿Dónde crees que está?

Cloke apartó la mirada y se encogió de hombros, inquieto. —Tú lo conoces desde hace más tiempo que yo. Tiene un hermano en Yale, ¿no?

—Sí. Brady. Estudia empresariales. Pero Patrick dijo que acababa de hablar con Brady, ¿me entiendes?

—Y Patrick vive en casa de sus padres, ¿no?

—Sí. Está montando un negocio, una tienda de artículos de deporte o algo así.

—Y Hugh es el abogado.

—Sí. Es el mayor. Trabaja en el Milbank Tweed de Nueva York, ¿Y el otro hermano, el casado?

—El que está casado es Hugh.

—¿Pero no hay otro que también está casado?

—Ah, Teddy. No, con Teddy *seguro* que no está.

—¿Por qué?

—Teddy vive con sus suegros. No se llevan muy bien.

Hubo un largo silencio.

—¿Se te ocurre algún sitio donde pueda estar? —le preguntó Henry.

Cloke se inclinó hacia delante, con su cabello largo y oscuro tapándole la cara, y tiró la ceniza del cigarrillo. Tenía una expresión preocupada y reservada; al cabo de un rato levantó la mirada.

—¿Os habéis fijado —dijo— en que durante las últimas dos o tres semanas Bunny ha estado gastando un montón de pasta?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Henry con cierta brusquedad.

—Ya conoces a Bunny. Nunca tiene dinero. Pero últimamente tenía mucho. Pero *mucho.* A lo mejor se lo mandó su abuela, yo qué sé, pero seguro que sus padres no se lo dieron.

Otro largo silencio. Henry se mordió el labio.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó.

—Así que lo habéis notado.

—Ya que lo dices, sí.

Cloke cambió de postura.

—Os voy a decir algo en confianza.

Noté una sensación de vacío en el pecho, y me senté.

—¿Qué pasa? —dijo Henry.

—No sé si hago bien al contároslo.

—Si crees que es importante, adelante —dijo Henry secamente.

Cloke le dio una última calada al cigarrillo y lo apagó concienzudamente.

—Bueno, ya sabéis que de vez en cuando paso un poco de coca, ¿no? Poca cosa, algún que otro gramo. Pero sólo para mí y para mis amigos. Es muy fácil, y con eso me gano un dinerillo.

Nos miramos. Aquello no era ninguna novedad. Cloke era uno de los camellos más importantes del campus.

—¿Y bien? —le animó Henry.

Cloke se mostró sorprendido. Se encogió de hombros.

—Bueno, pues en Nueva York conozco a un chino de Mott Street, un tipo muy raro, pero le caigo bien y siempre me da lo que le pido con tal que le pague bien. Sobre todo perica; a veces un poco de hierba, pero eso es un rollo. Cuando Bunny y yo estábamos en Saint Jerome hicimos un par de negocios juntos. —Se interrumpió—. Bueno. Ya sabéis que Bunny nunca tiene dinero.

—Sí.

—La verdad es que siempre se ha interesado mucho por estos asuntos. Dinero rápido, ya me entendéis. Si él hubiera tenido dinero, yo habría podido meterlo en el asunto (me refiero a la parte financiera); y además a Bunny no le interesa. —Encendió otro cigarrillo—. En fin... Por eso estoy preocupado.

Henry frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que fue un error por mi parte, pero le dejé venir conmigo hace un par de semanas.

Nosotros estábamos al corriente de aquella excursión a Nueva York. Bunny se había pasado días jactándose de ella.

—¿Y? —preguntó Henry.

—No lo sé. Estoy un poco preocupado, nada más. Bunny sabe dónde vive ese tío, y va por ahí forrado de pasta, y mientras hablaba con Marion, yo...

—¿Crees que haya podido ir él solo? —preguntó Charles.

—No lo sé. Espero que no. En realidad ni siquiera llegó a conocer a ese chino.

—¿Crees que Bunny sería capaz de hacer una cosa así? —preguntó Camila.

—Francamente —contestó Henry, quitándose las gafas y frotándolas con el pañuelo—, creo que es la típica estupidez que Bunny cometería.

Nadie dijo nada. Henry nos miró. Sin las gafas, su mirada era fija, extraña, como de ciego.

—¿Está Marion enterada de esto? —preguntó.

—No —contestó Cloke—. Y preferiría que no se lo contarais, ¿de acuerdo?

—¿Tienes algún otro motivo para pensar así?

—No. Pero, si no, ¿dónde podría estar? Y Marion os dijo que Rika Thalheim lo había visto en el banco el miércoles, ¿no?

—Sí.

—Eso podría parecer extraño, pero si lo piensas bien, no lo es.

Pongamos que fue a Nueva York con doscientos dólares. Y que les dijo que tenía mucho más dinero. Esos tíos son capaces de despedazarte y meterte en una bolsa de basura por veinte pavos. No sé, la verdad. Quizá le dijeron que se fuera a vaciar la cuenta y volviera con todo el dinero.

—Pero si Bunny ni siquiera tiene cuenta bancaria.

—En teoría —señaló Cloke.

—Exactamente —dijo Henry.

—¿Y no puedes telefonear a esos tíos? —sugirió Charles.

—¿A quién quieres que llame? El chino no figura en el listín, y no va por ahí repartiendo tarjetas de visita.

—Entonces, ¿cómo te pones en contacto con él?

—Tengo que llamar a otro tío.

—Pues llama a ése —dijo Henry con calma, guardándose el pañuelo en el bolsillo y volviendo a colocarse las gafas.

—No me dirán nada.

—¿No dices que son muy amigos tuyos?

—¿Pero de qué vas? ¿Crees que son una pandilla de colegiales? Estoy hablando de profesionales.

Por un instante temí que Francis soltara una carcajada, pero milagrosamente consiguió transformarla en una absurda tos, ocultándose la cara con las manos. Sin apenas mirarlo, Henry le dio una fuerte palmada en la espalda.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —preguntó Camila.

—No lo sé. Me gustaría entrar en su habitación y ver si se ha llevado la maleta o algo.

—¿No está cerrada con llave? —preguntó Henry.

—Sí. Marion les pidió a los de seguridad que la abrieran, pero se negaron.

Henry se mordió el labio inferior.

—Bueno —dijo lentamente—. No creo que sea tan difícil entrar, aunque esté cerrada, ¿no?

Cloke apagó el cigarrillo y miró a Henry con renovado interés.

—No —dijo—. Seguro que no.

—Está la ventana. Y han quitado las contraventanas.

—Yo me encargo de las persianas.

Henry y Cloke se miraron.

—Podría ir ahora mismo e intentarlo —dijo Cloke.

—Vamos contigo.

—Hombre, *todos* no podemos ir —objetó Cloke.

Vi cómo Henry le lanzaba una rápida mirada a Charles, que, de pie detrás de Cloke, la captó:

—Iré yo —dijo con voz demasiado alta, y se acabó la bebida.

—Cloke, ¿cómo demonios te has metido en un asunto así? —dijo Camila.

Cloke rió, condescendiente.

—No es tan complicado como parece —dijo—. A esos tipos hay que tratarlos en su propio terreno. Y yo no dejo que me tomen el pelo.

Henry se acercó discretamente a Charles y le susurró algo al oído. Charles asintió con la cabeza, concisamente.

—Siempre intentan joderte, claro —añadió Cloke—. Pero yo sé cómo piensan. Pero Bunny no tiene ni idea, cree que es una especie de juego y que los billetes caen del cielo.

Para cuando Cloke acabó de hablar, Charles y Henry se habían puesto de acuerdo, y Charles había ido al armario a coger su abrigo. Cloke recogió sus gafas de sol y se levantó. Exhalaba un débil y seco olor a hierbas, una reminiscencia del olor a porrero que siempre flotaba en los polvorientos pasillos de la Durbinstall: pachulí, sándalo, incienso.

Charles se anudó la bufanda al cuello. En su expresión había una mezcla de indiferencia y dramatismo; tenía la mirada distante y la boca firme, pero le temblaban ligeramente las ventanas de la nariz.

—Ten cuidado —dijo Camila.

Se dirigía a Charles, pero Cloke se dio la vuelta y sonrió:

—Está chupado —dijo.

Camila los acompañó hasta la puerta. Cuando la cerró y se dio la vuelta, Henry se llevó un dedo a los labios.

Nos quedamos en silencio escuchando sus pasos por la escalera, hasta que oímos que Cloke ponía en marcha su coche. Henry se acercó a la ventana y retiró la andrajosa cortinilla de encaje.

—Ya se han ido —dijo.

—Henry, ¿estás seguro de que ha sido una buena idea? —dijo Camila.

Se encogió de hombros, sin apartar la vista de la calle.

—No lo sé —dijo—. Tenía que improvisar.

—¿Por qué no has ido con Cloke?

—Podría haber ido, pero es mejor así.

—¿Qué le has dicho?

—Bueno, creo que hasta Cloke comprenderá que Bunny no ha salido de la ciudad. Todo lo que tiene está en esa habitación. El dinero, las gafas de repuesto, el abrigo. Imagino que Cloke querrá marcharse y no decir nada, pero le he dicho a Charles que insista en llamar a Marion, por lo menos, para que vaya a echar un vistazo. Si *ella* ve... bueno. Ella no está al corriente de los problemas de Cloke, y si lo es tuviera le traería sin cuidado. Si no me equivoco, llamará a la policía, o por lo menos a los padres de Bunny, y no creo que Cloke pueda hacer nada para impedirlo.

—Hoy no lo encontrarán —dijo Francis—. Sólo falta un par de horas para la noche.

—Sí, pero con un poco de suerte empezarán a buscar mañana.

—¿Crees que alguien querrá hablar con nosotros?

—No lo sé —dijo Henry, abstraído—. No sé cómo funcionan estas cosas.

Un delgado rayo de sol dio en los prismas de un candelabro que había sobre el manto de la chimenea. Las inclinadas paredes de la buhardilla quedaron cubiertas de motas de luz. De pronto empezaron a asaltarme imágenes de todas las películas sobre crímenes que había visto en mi vida: la habitación sin ventanas, las luces brillantes y los pasillos estrechos, imágenes que no parecían dramáticas ni ajenas, sino imbuidas del carácter indeleble del recuerdo, de la experiencia vivida. «No pienses, no pienses», me dije, contemplando un reluciente y frío charco de luz que había aparecido en la alfombra, junto a mis pies.

Camila quería fumar un cigarrillo, pero no conseguía encender la cerilla. Henry le quitó la caja de las manos y encendió una; Camila se acercó a la llama y, protegiéndola con una mano, encendió el cigarrillo.

Los minutos avanzaban con una lentitud tortuosa. Camila trajo una botella de whisky a la cocina y nos sentamos a la mesa para jugar una partida de *euchre.* Francis y Henry jugaban contra Camila y contra mí. Camila jugaba bien —aquél era su juego favorito—, pero yo no era una buena pareja, y perdimos una partida tras otra.

El apartamento estaba en silencio; sólo se oían los vasos y las cartas. Henry se había arremangado la camisa hasta los codos, y el sol arrancaba destellos a los quevedos de Francis. Intenté concentrarme en el juego, pero una y otra vez me quedaba contemplando, a través de la puerta abierta, el reloj del manto de la chimenea. Era una de esas extrañas piezas de chatarra victoriana que gustaban a los gemelos tanto: un elefante de porcelana blanca con el reloj haciendo equilibrios en la silla, y un pequeño cornaca negro con turbante y pantalones de montar dorados señalando las horas. El cornaca tenía algo de diabólico, y cada vez que levantaba la cabeza me lo encontraba sonriéndome con malicia.

Acabé perdiendo la cuenta de los puntos y de las partidas. La habitación fue quedando en penumbra.

Henry puso sus cartas en el tapete:

—*March* —dijo.

—No puedo más —dijo Francis—. ¿Dónde se ha metido?

Se oía el metálico y arrítmico tictac del reloj. Dejamos las cartas y nos quedamos sentados, casi a oscuras. Camila cogió una manzana del cuenco que había sobre el mármol y se sentó en el alféizar de la ventana, comiéndosela lentamente mientras contemplaba la calle. Un llameante contorno de media luz brillaba alrededor de su silueta, ardía en su cabello y se difuminaba en la vellosa textura de su falda de lana, que le cubría descuidadamente las rodillas.

—¿Y si algo ha salido mal? —dijo Francis.

—No seas tonto. ¿Qué quieres que haya salido mal?

—A lo mejor Charles no ha podido aguantar.

Henry lo miró sin demasiada atención y le dijo:

—Tranquilízate. Me recuerdas a Dostoievski.

Francis fue a replicar, pero Camila pegó un respingo.

—Ya viene —dijo.

Henry se levantó.

—¿Dónde está? ¿Viene solo?

—Sí —dijo Camila, corriendo hacia la puerta.

Lo recibió en el rellano, y al cabo de unos instantes los dos entraron en el apartamento.

Charles tenía los ojos desorbitados, e iba despeinado. Se quitó el abrigo, lo tiró sobre una silla y se dejó caer en el sofá.

—Una copa, por favor —dijo.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—¿Y la copa?

Henry, impaciente, sirvió un poco de whisky en un vaso usado y se lo dio.

—¿Ha ido bien? ¿Ha estado la policía?

Charles bebió un largo trago, hizo una mueca de dolor y asintió con la cabeza.

—¿Dónde está Cloke? ¿En su casa?

—Supongo.

—Cuéntanoslo todo desde el principio.

Charles apuró el vaso y lo dejó. Tenía las mejillas enrojecidas, febriles, y estaba sudando.

—Tenías razón respecto a la habitación —dijo.

—¿A qué te refieres?

—Era impresionante. Terrible. La cama deshecha, polvo por todas partes, galletas en el escritorio y hormigas correteando sobre ellas...

—Cloke se asustó y quería largarse, pero llamé a Marion antes de que lo hiciera. Llegó al cabo de unos minutos. Echó un vistazo, se mostró sorprendida y no dijo gran cosa. Cloke estaba muy nervioso.

—¿Le dijo algo a Marion acerca de lo de las drogas?

—No. Lo insinuó un par de veces, pero ella no le hizo demasiado caso. —Miró a Henry—. ¿Sabes una cosa? Creo que cometimos un error no yendo allí en seguida. Tendríamos que haber repasado la habitación antes de que la viera nadie más.

—¿Por qué lo dices?

—Mira lo que he encontrado —dijo, y del bolsillo sacó un trozo de papel.

Henry se lo quitó de las manos y lo examinó.

—¿Cómo lo has encontrado?

Charles se encogió de hombros.

—Cuestión de suerte. Estaba encima del escritorio. Lo cogí disimuladamente en cuanto pude.

Miré por encima del hombro de Henry. Era una fotocopia de una página del *Examiner* de Hampden. Había un pequeño pero sospechoso titular entre la columna de servicios domésticos y un anuncio de herramientas de jardinería:

MISTERIOSA MUERTE EN BATTENKILL COUNTY

La oficina del sheriff de Battenkill County, junto con la policía de Hampden, sigue investigando el brutal homicidio de Henry Ray McRee, acaecido el pasado 12 de noviembre. El cadáver mutilado del señor McRee, criador de aves y ex miembro de la Asociación de Productores de Huevos de Vermont, fue hallado en su granja de Mechanicsville. Desde el primer momento se descartó el robo como móvil del crimen, y aunque McRee tenía varios enemigos en el sector de la cría de pollos y por todo Battenkill County, no se sospecha de ninguno de ellos.

Horrorizado, me adelanté un poco más —la palabra *mutilado* me había producido escalofríos, y era lo único que conseguía ver—, pero Henry le había dado la vuelta a la hoja y estaba examinando el dorso.

—Bueno —dijo—, por lo menos no es una fotocopia de un recorte.

—Lo más probable es que la hiciera en la biblioteca, de un ejemplar de la escuela.

—Imagino que tienes razón, pero eso no significa que sea la única fotocopia.

Henry puso la hoja en el cenicero y encendió la cerilla. Cuando la acercó al borde, una veta rojo brillante empezó a recorrerla, y en un momento la había devorado; las palabras se iluminaban un instante, luego se retorcían y desaparecían.

—Bueno —dijo—, ahora ya es demasiado tarde. Por lo menos encontraste ésta. ¿Y luego qué pasó?

—Marion fue a la Residencia Putnam, el edificio de al lado, y volvió con una amiga suya.

—¿Con quién?

—No la conozco. Uta o Ursula, algo así. Una de esas chicas con aire de sueca, con jersey de pescador. En fin, ella le echó un vistazo también, y Cloke se quedó sentado en la cama fumando un cigarrillo y como si le doliera el estómago, y al final esa Uta, o como se llame, sugirió que subiéramos y que habláramos con la delegada de la residencia de Bunny.

Francis se echó a reír. En Hampden, los delegados de las residencias eran las personas a las que te quejabas cuando las contraventanas se atascaban o cuando alguien ponía la música demasiado alta.

—Y me alegro de que lo hiciera —prosiguió Charles—, porque de lo contrario todavía seguiríamos todos allí de pie. Era esa pelirroja tan vulgar que siempre lleva botas de excursionista. ¿Cómo se llama? ¿Briony-Dillard?

—Sí —dije. Además de ser encargada, y uno de los más emprendedores miembros del consejo de estudiantes, era la presidenta de un grupo izquierdista del campus, y se pasaba la vida intentando movilizar a la juventud de Hampden, que respondía siempre con la más absoluta indiferencia.

—En fin. Tomó las riendas inmediatamente y lo puso todo en marcha —continuó Charles—. Anotó nuestros nombres. Nos hizo un montón de preguntas. Reunió a los vecinos de Bunny en el pasillo y los interrogó. Llamó a los Student Services, y luego a seguridad. Los de seguridad dijeron que enviarían a alguien. —Charles hizo una pausa para encender un cigarrillo—. Pero agregaron que la desaparición de un estudiante no era competencia suya, y que tendría que llamar a la policía. ¿Me pones otra copa? —dijo, volviéndose bruscamente hacia Camila.

—¿Y fueron?

Charles, con el cigarrillo entre los dedos, se secó el sudor de la frente con la cara interna de la muñeca.

—Sí —dijo—. Dos agentes. Y también un par de guardas de seguridad.

—¿Y qué hicieron?

—Los guardas de seguridad no hicieron nada. Pero la verdad es que los policías me parecieron bastante competentes. Uno de ellos le echó un vistazo a la habitación mientras el otro reunía a la gente en el vestíbulo y empezaba a hacer preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Quién había sido el último en verlo y dónde, cuánto tiempo llevaba sin aparecer, dónde podía estar. Suena bastante evidente, pero era la primera vez que alguien hacía aquellas preguntas.

—¿Y Cloke? ¿Dijo algo?

—No gran cosa. Había mucha gente y mucho follón; la mayoría se moría de ganas de decir lo que sabía, que no era nada. A mí nadie me hizo el menor caso. Una señora que había bajado del Student Services quería entrometerse; decía que aquello no era cosa de la policía, que ya se encargaría la escuela. Finalmente uno de los agentes se mosqueó. «Oiga —dijo—, ¿pero qué se han creído? Hay un estudiante que lleva una semana desaparecido y nadie lo había mencionado hasta ahora. Este asunto es muy serio, y si quiere saber mi opinión, creo que la escuela puede tener responsabilidades.» Aquello puso a la señora del Student Services en órbita, y

entonces, de repente, el policía que estaba en la habitación apareció con la agenda de Bunny.

»Se hizo el silencio. En la cartera había doscientos dólares, y todos los carnets de Bunny. El agente que la había encontrado dijo: Será mejor que llamemos a la familia de este chico. Todos empezaron a susurrar. La señora del Student Services palideció y dijo que subiría inmediatamente a su despacho a buscar la ficha de Bunny. El policía la acompañó.

»Para entonces el vestíbulo estaba abarrotado. Habían ido llegando curiosos que querían enterarse de todo. El primer policía les dijo que se marcharan y se ocuparan de sus asuntos, y Cloke, aprovechando la confusión, se escabulló. Antes de irse me llevó a un rincón y me dijo que no mencionara el asunto de las drogas.

—Supongo que esperarías a que te autorizaran a marcharte.

—Sí. No tardaron mucho. El policía quería hablar con Marion, y a esa tal Uta y a mí nos dijo que nos podíamos ir en cuanto hubo anotado nuestros datos. Eso fue hace más o menos una hora.

—¿Y por qué has tardado tanto?

—Eso es lo que os iba a contar. Como no quería encontrarme a nadie por el camino, atajé por la parte de atrás del campus y bajé por detrás de las oficinas de la facultad. Pero fue un grave error. Ni siquiera había llegado al bosque de abedules cuando esa pesada del Student Services, la señora que había iniciado la discusión, me vio desde la ventana del despacho del decano y me llamó.

—¿Y qué hacía ella en el despacho del decano?

—Había ido a telefonear. El padre de Bunny estaba al teléfono; les estaba gritando a todos, y amenazándolos con llevarlos a juicio. El decano estaba intentando calmarlo, pero el señor Corcoran seguía pidiendo que lo dejaran hablar con alguien a quien conociera. Habían intentado comunicarse contigo por otra línea, Henry, pero no te habían encontrado en casa.

—¿Había pedido que le dejaran hablar conmigo?

—Por lo visto, sí. Iban a mandar a alguien al Ateneo para que avisara a Julian, pero entonces la señora me vio por la ventana. Estaba lleno de gente: el policía, la secretaria del decano, cuatro o cinco personas que había visto en el vestíbulo, esa chalada que trabaja en archivos. En la puerta de al lado, el despacho de admisiones, alguien intentaba ponerse en contacto con el director. También había unos cuantos profesores. Supongo que el decano estaba en plena reunión cuando la señora del Student Services apareció con el policía. Tu amigo también estaba, Richard. El doctor Roland.

»En fin. Cuando yo llegué la gente empezó a marcharse, y el decano me pasó el auricular. El señor Corcoran se tranquilizó al ver quién era yo. En tono confidencial, me preguntó si todo aquello sería una gamberrada.

—Oh, no —dijo Francis.

Charles lo miró de reojo.

—Me preguntó por ti. «¿Qué hace el pelirrojo?», dijo.

—¿Qué más dijo?

—Estuvo muy amable. Me preguntó por todos vosotros y me pidió que os saludara de su parte.

Hubo una larga e incómoda pausa.

Henry se mordió el labio inferior y fue al bar a servirse una copa.

—¿Alguien llegó a comentar lo del banco? —preguntó.

—Sí. Marion les dio el nombre de la chica. Por cierto —Charles levantó la mirada, una mirada distraída e inexpresiva—, me olvidé de decírtelo: Marion le dio tu número a la policía. Y el tuyo también, Francis.

—¿Por qué? —dijo Francis, alarmado—. ¿Para qué?

—Querían saber quiénes eran sus amigos.

—¿Pero por qué el mío?

—Cálmate, Francis.

La habitación se había quedado a oscuras. El cielo estaba de color lila y las calles, nevadas, despedían un fulgor surreal, lunar. Henry encendió la lámpara.

—¿Crees que empezarán a buscar esta noche?

—Sí, lo harán, desde luego. Lo que no sé es si buscarán en el sitio correcto.

Nadie dijo nada. Charles, meditabundo, hizo sonar los cubitos de hielo de su vaso.

—¿Sabéis qué? Lo que hemos hecho es terrible.

—Tuvimos que hacerlo, Charles. Ya lo hemos hablado.

—Ya lo sé, pero no puedo dejar de pensar en el señor Corcoran. Las vacaciones que hemos pasado en su casa. Y por teléfono estuvo tan amable...

—Así estamos todos mejor.

—Algunos.

Henry sonrió, sardónico:

—No lo sé —dijo—. Πελλα'ιον βους μεγας ειγ'λιδη.

Aquello quería decir que, en el mundo de los muertos, un gran buey sólo costaba un penique, pero yo sabía a lo que se refería Henry, y me reí, a mi pesar. Entre los antiguos había una tradición según la cual en el Infierno las cosas eran más baratas.

Cuando Henry se marchó, se ofreció para llevarme a la escuela en coche. Era tarde, y cuando paramos delante de la residencia le pregunté si quería acompañarme al Commons a cenar algo.

Pasamos por la oficina de correos porque Henry quería revisar su correspondencia. Como sólo abría su buzón cada tres semanas, había un montón de cartas esperando; se quedó junto a la papelera, repasándolas con indiferencia y tirando la mitad de los sobres sin abrir. Y entonces se detuvo.

—¿Qué es?

Rió.

—Mira en tu buzón. Es un cuestionario de la facultad. Le están pasando revista a Julian.

Cuando llegamos estaban cerrando el comedor, y los porteros habían empezado a fregar el suelo. La cocina también estaba cerrada, de modo que fui a pedir un poco de pan y mantequilla de cacahuete mientras Henry se preparaba una taza de té. El comedor principal estaba vacío. Nos sentamos en un rincón; nuestras imágenes se reflejaban en los oscuros cristales de las ventanas. Henry sacó una pluma y empezó a rellenar el cuestionario de evaluación de Julian.

Mientras comía el bocadillo, me puse a mirar mi copia. Las preguntas tenían una puntuación que iba del «uno (pobre)» al «cinco (excelente)»: «¿Opina usted que este miembro de la facultad... es puntual? ¿Tiene una buena preparación? ¿Está dispuesto a ofrecer ayuda a sus alumnos fuera de clase?» Henry había recorrido la lista sin detenerse ni un momento y había rodeado todos los cincos. Ahora lo vi escribiendo el número 19 en un espacio en blanco.

—¿A qué corresponde eso?

—Es el número de clases que he tenido con Julian —dijo sin levantar la vista.

—¿Has tenido *diecinueve clases* con Julian?

—Hombre, contando las clases prácticas y todo, sí —dijo, molesto.

Hubo un silencio durante el cual sólo se oyó el ruido de la pluma de Henry y el lejano ruido de platos procedente de la cocina.

—¿Esto se lo mandan a todo el mundo o sólo a nosotros? —pregunté.

—Sólo a nosotros.

—No entiendo por qué se toman la molestia.

—Supongo que es para los archivos. —Henry iba por la última página, que estaba prácticamente en blanco. «Por favor, añada cualquier comentario adicional que pueda tener acerca de este profesor. Si es necesario puede añadir más hojas.»

Su pluma se quedó suspendida sobre la página. Luego dobló la hoja y la dejó a un lado.

—¿No vas a poner nada?

Henry bebió un sorbo de té.

—¿Cómo quieres que le haga entender al decano —dijo— que entre nosotros hay una divinidad?

Después de cenar volví a mi habitación. Me horrorizaba pensar en la noche que me esperaba, pero no por lo que podría suponerse: que estaba preocupado por la policía, o que me atormentaba la conciencia, ni nada parecido. Más bien al contrario. A aquellas alturas yo había desarrollado, por no sé qué medios meramente subconscientes, un eficaz bloqueo mental acerca del asesinato y todolo relacionado con él. Hablaba de aquel asunto cuando era menester, pero raramente pensaba en él mientras estaba solo.

Lo que sí experimentaba cuando estaba solo era una especie de horror neurótico general, una especie de ataque de nervios y de aversión a mí mismo elevado a la enésima potencia. Todas las cosas crueles y estúpidas que había dicho alguna vez volvían a mí magnificadas, y no servía de nada que intentara librarme de ellas: insultos, culpas y vergüenzas del pasado que se remontaban a la infancia —el niño cojo del que me había reído, el polluelo de Semana Santa al que le había retorcido el cogote— desfilaban ante mí uno a uno, con vigoroso y cáustico esplendor.

Intenté practicar un poco de griego, pero no sirvió de nada. Buscaba una palabra en el diccionario y cuando me disponía a escribirla ya se me había olvidado su significado; no recordaba ni los casos nominales ni las formas verbales. Hacia medianoche bajé y llamé a los gemelos. Camila cogió el teléfono. Tenía sueño y estaba un poco bebida, y se disponía a acostarse.

—Cuéntame algo divertido —le dije.

—No se me ocurre nada divertido.

—Lo que sea.

—¿El cuento de Caperucita? ¿Los tres cerditos?

—Cuéntame algo que te haya ocurrido de pequeña.

Y Camila me contó el único recuerdo que tenía de su padre, antes de que él y su madre se mataran. Estaba nevando, y Charles dormía, y ella estaba de pie en su cuna mirando por la ventana. Su padre estaba en el patio con un viejo jersey gris, arrojando bolas de nieve contra la valla.

—Debía de ser media tarde. No sé qué hacía mi padre allí. Sólo sé que yo lo veía, y que deseaba tanto ir con él que intenté saltar de mi cuna. Entonces entró mi abuela y levantó las barandillas para que yo no pudiera salir, y yo me eché a llorar Tío Hilary (el hermano de mi abuela; cuando éramos pequeños vivía con nosotros) entró en mi habitación y me vio llorando. «Pobrecita», dijo. Se hurgó los bolsillos hasta que encontró una cinta métrica, y me la dio para que yo jugara con ella.

—¿Una cinta métrica?

—Sí. De esas que se recogen solas apretando un botón. Charles y yo siempre nos peleábamos por ella. Todavía corre por casa.

Al día siguiente desperté tarde y con un desagradable susto, alguien llamaba a la puerta. Me levanté para abrir. Era Camila. Daba la impresión de que se hubiera vestido muy aprisa. Entro y cerró la puerta con llave, yo me quedé de pie en bata, adormilado.

—¿Has salido ya a la calle? —pregunto.

Un escalofrío de angustia me recorrió la nuca. Me senté en el borde de la cama.

—No —contesté—. ¿Por qué?

—No sé qué está pasando. La policía está hablando con Charles y con Henry, y no tengo idea de dónde esta Francis.

—¿Qué?

—Esta mañana, a las siete, un policía vino a casa preguntando por Charles. No dijo qué quería. Charles se vistió y se fueron juntos, y luego, a las ocho, me llamó Henry. Me preguntó si no me importaba que se retrasara un poco esta mañana Yo le

dije de qué estaba hablando, porque no habíamos quedado «Gracias —me contestó—, sabía que lo comprenderías. Es que ha venido la policía para hablar de lo de Bunny, y quieren preguntarme unas cuantas cosas.»

—Seguro que todo va bien.

Camila se pasó la mano por el cabello; era un ademán de exasperación que me recordó a su hermano.

—Pero no es sólo eso —continuó— Hay gente por todas partes. Periodistas. Policías. Parece una casa de locos.

—¿Lo están buscando?

—No sé qué están haciendo. Al parecer, van hacia el monte Cataract.

—Quizá tendríamos que salir del campus un rato.

Sus pálidos y plateados ojos le echaron un nervioso vistazo a la habitación.

—Sí, puede que sí —dijo—. Vístete, y ya veremos qué hacemos.

Estaba en el cuarto de baño afeitándome cuando Judy Poovey entró y se me echó encima con tanta violencia que me hice un corte en la mejilla.

—Richard —dijo, cogiéndome por el brazo—. ¿Te has enterado?

Me toqué la cara y miré la sangre de mis dedos; luego la miré, molesto.

—¿Enterarme? ¿De qué?

—De lo de Bunny —dijo, bajando la voz y con los ojos muy abiertos.

La miré sin saber lo que ella iba a decir a continuación.

—Me lo ha contado Jack Teitelbaum —prosiguió—. Cloke se lo contó anoche. Nunca había oído nada parecido Se ha *esfumado.* No lo entiendo. Y como dice Jack, si a estas alturas todavía no lo han encontrado.. Hombre, seguro que está bien, ¿no?, pero. . —dijo al ver la cara con que yo la miraba.

No se me ocurría nada que decir.

—Si te apetece pasar, estaré en mi cuarto.

—De acuerdo.

—Lo digo por si quieres hablar con alguien. Siempre estoy. Pásate cuando quieras.

—Gracias —dije bruscamente.

Judy me lanzó una mirada compasiva, solidarizándose con mi soledad y mi pena.

—Todo se arreglará —dijo, y me dio un apretón en el brazo.

Luego se marchó, pero una vez en la puerta se detuvo para dedicarme una última y lastimera mirada.

Pese a lo que Camila me había dicho, el jaleo que había fuera me sorprendió. El aparcamiento estaba lleno y había vecinos de Hampden por todas partes. En su mayoría eran, a juzgar por su aspecto, obreros de fábricas; unos iban con fiambrera, otros con sus hijos. Caminaban hacia el monte Cataract formando unas líneas amplias y espaciadas, golpeando el suelo con bastones, mientras los estudiantes se apiñaban y los miraban con curiosidad. Había policías, funcionarios, un par de policías montados; en el jardín, aparcados junto a un par de vehículos que parecían oficiales, había una camioneta de la radio, un camión de *catering,* y una camioneta de Actino News Twelve.

—¿Qué hace toda esta gente aquí? —pregunté.

—Mira —me dijo Camila—. Me parece que aquél es Francis.

Lejos, mezclado en la atareada multitud, vi una cabellera roja, una garganta tapada, un abrigo negro. Camila levantó el brazo y lo llamó.

Francis se abrió paso por entre un grupo de trabajadores de la cafetería que habían salido a ver lo que pasaba Iba fumando un cigarrillo y llevaba un periódico debajo del brazo.

—Hola —dijo— ¿Habéis visto?

—¿Qué pasa?

—La búsqueda del tesoro.

—¿Qué?

—Anoche los Corcoran ofrecieron una recompensa. Han cerrado todas las fábricas de Hampden. ¿Alguien quiere un café?

Nos dirigimos hacia el camión de *catering,* a través de una espesa y taciturna masa de porteros y personal de mantenimiento.

—Dos cafés con leche y uno solo, por favor —le dijo Francis a la gorda que había detrás de la barra.

—No queda leche. Sólo Cremora.

—Pues entonces solos. —Se volvió hacia nosotros— ¿Habéis visto el periódico de esta mañana?

Era la última edición del *Examiner* de Hampden. En la primera página había una columna con una fotografía, reciente y borrosa, de Bunny, con este pie: SE BUSCA A ESTE JOVEN, 24 AÑOS, DESAPARECIDO EN H AMPDEN.

—¿Veinticuatro años? —dije, sorprendido. Los gemelos y yo teníamos veinte años, y Henry y Francis veintiuno.

—Repitió uno o dos cursos en la escuela primaria —me explicó Camila.

—Ahh.

El domingo por la tarde, Edmund Corcoran, un estudiante de Hampden College conocido por familiares y amigos como *Bunny,* asistió a una fiesta del campus, de la que se marchó a media tarde para encontrarse con su novia, Marion Barnbridge, de Rye, Nueva York, también alumna del Hampden College. Desde entonces nadie ha visto a Bunny Corcoran.

La señorita Barnbridge, junto con algunos amigos de Edmund Corcoran, alertaron ayer a la policía local y estatal, que emitieron un boletín notificando la desaparición Hoy se inicia la búsqueda en la zona de Hampden La descripción del joven es la siguiente (continúa en la p 5)

—¿Has terminado? —le pregunté a Camila.

—Sí. Pasa la página.

metro ochenta y siete, ochenta y cinco kilos, cabello rubio y ojos azules. Lleva gafas, y en el momento de su desaparición vestía chaqueta de *tweed* de color gris, pantalones caqui e impermeable amarillo.

—Aquí tienes el café, Richard —dijo Francis girándose cautelosamente con una taza en cada mano.

En la escuela preparatoria St Jerome de College Falls, Massachusetts, Edmund Corcoran participó en diversos deportes universitarios, destacando en hockey y regatismo, y en su último año fue capitán del equipo de fútbol, los Wolverines, con el que participó en un campeonato estatal En Hampden, Edmund Corcoran era jefe de bomberos voluntario Estudiaba literatura e idiomas, especializándose en los clásicos, y sus compañeros de clase lo consideran «un erudito».

—Ja —dijo Camila.

Cloke Rayburn, amigo y compañero de Corcoran y uno de los primeros en dar aviso a la policía, dijo que Corcoran «es un chico muy serio, que no está metido en asuntos de drogas ni nada parecido».

Ayer por la tarde, preocupado, entró en la habitación de Corcoran, y a continuación notificó la desaparición a la policía.

—No fue así —dijo Camila—. Él no llamó a la policía. —No dicen ni una palabra de Charles.

—Gracias a Dios —dijo ella, en griego.

Los padres de Edmund Corcoran, Macdonald y Katherine Corcoran, de Shady Brook, Connecticut, llegarán hoy a Hampden para colaborar en la búsqueda del

menor de sus cinco hijos (véase «Mensaje de la Familia», p. 10). El señor Corcoran, presidente de la Bingham Bank And Trust Company y miembro del consejo de administración del First National Bank de Connecticut, dijo en una entrevista telefónica: «Desde aquí no podemos hacer gran cosa. Queremos colaborar en la medida de lo posible.» Dijo que había hablado por teléfono con su hijo una semana antes de su desaparición y que no había notado nada extraño en él.

Katherine Corcoran habló así de su hijo: «Edmund tiene muy en cuenta a su familia. Estoy segura de que si le hubiera ocurrido algo nos lo habría dicho a mí o a Mack.» La familia Corcoran, la Bingham Bank and Trust Company y la Hightland Heights Lodge of the Loyal Order of the Moose han ofrecido una recompensa de cincuenta mil dólares a quien ofrezca alguna información que ayude a averiguar el paradero de Edmund Corcoran.

Hacía viento. Doblé el periódico con ayuda de Camila y se lo devolví a Francis.

—Cincuenta mil dólares —dije—. Es mucho dinero.

—Ahora ya no te extrañará ver a toda esta gente de Hampden paseando por aquí —dijo Francis, y bebió un sorbo de café—. Por Dios, qué frío hace.

Nos fuimos hacia el Commons. Camila le dijo a Francis:

—¿Sabes lo de Charles y Henry, no?

—Bueno, a Charles le dijeron que seguramente querrían hablar con él, ¿no?

—Pero, ¿y Henry?

—Yo no perdería el tiempo preocupándome por él.

En el Commons, que estaba sorprendentemente vacío, hacía muchísimo calor. Nos sentamos los tres en un desagradable sofá de vinilo negro y nos tomamos el café. La gente entraba y salía, y había corriente de aire; de vez en cuando alguien se acercaba a preguntarnos si había alguna noticia. Jud *Party Pig* MacKenna se acercó, en calidad de presidente del consejo de estudiantes, con su lata de pintura vacía y nos pidió un donativo para organizar un grupo de rescate. Le dimos un dólar entre los tres, en calderilla.

Estábamos hablando con Georges Laforgue, que nos contaba con entusiasmo y detalladamente una desaparición similar acaecida en Brandeis, cuando de pronto Henry surgió de la nada.

Laforgue se dio la vuelta.

—Oh —dijo fríamente al ver quién era.

Henry hizo una ligera inclinación de cabeza:

—*Bonjour, Monsieur Laforgue. Quel plaisir de vous revoir* —le dijo.

Laforgue se sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz durante lo que a mí me parecieron cinco minutos. Luego lo dobló meticulosamente, le dio la espalda a Henry y retomó el hilo de su relato. Resultó que en aquel caso, el estudiante se había ido a Nueva York en autocar sin decírselo a nadie.

—Y este chico... Birdie, ¿no?

—Bunny.

—Eso. Este chico lleva mucho menos tiempo fuera. Ya aparecerá, y todo el mundo se sentirá ridículo. —Bajó el tono de voz—. Creo que la escuela teme que este asunto llegue a los tribunales, y quizá por eso lo están enfocando tan desproporcionadamente, ¿no? Que quede entre nosotros, por favor.

—Por supuesto.

—Ya sabéis que mi relación con el decano es un poco delicada.

—Estoy un poco cansado —dijo Henry en el coche—, pero no hay nada de que preocuparse.

—¿Qué querían saber?

—Nada especial. Cuánto tiempo hacía que lo conocía, si se estaba comportando de forma extraña, si sabía algún motivo por el que pudiera haber decidido irse de la escuela. Les dije que efectivamente durante los últimos meses se comportaba de forma

un tanto extraña, porque es la verdad. Pero también dije que últimamente no nos veíamos mucho. —Agitó la cabeza—. Me han retenido *dos horas.* No sé si me habría metido en todo esto de haber sabido las tonterías que tendríamos que soportar.

Pasamos por el apartamento de los gemelos y encontramos a Charles dormido en el sofá, boca abajo, con los zapatos y el abrigo puestos, y un brazo colgando que dejaba al descubierto unos diez centímetros de camisa.

Al despertar se llevó un susto. Tenía la cara congestionada, y el relieve de la tela del sofá se le había marcado en la mejilla.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó Henry.

Charles se incorporó un poco y se frotó los ojos.

—Bien. Supongo que bien. Querían que firmara una declaración sobre lo que había pasado ayer.

—A mí también han ido a verme.

—¿Ah, sí? ¿Qué querían?

—Lo mismo.

—¿Han estado amables contigo?

—No excesivamente.

—Pues conmigo, en la comisaría, se mostraron encantadores. Hasta me dieron el desayuno. Café y donuts rellenos.

Aquello fue un viernes, lo cual quiere decir que no había clase y que Julian no estaba en Hampden, sino en su casa. No vivía lejos de donde estábamos nosotros —a mitad de camino de Albany, hasta donde habíamos ido a comernos unas *crepés—,* y, después de comer, a Henry se le ocurrió proponer que fuéramos a ver si estaba.

Yo nunca había estado en casa de Julian, ni siquiera la había visto, pero suponía que los demás habían estado allí cientos de veces. La verdad es que Julian evitaba las visitas; Henry era, por supuesto, la excepción. Esto puede resultar sorprendente, pero no lo era; Julian mantenía una amable pero firme distancia entre él y sus alumnos; y pese a que nos apreciaba mucho más de lo que suelen apreciar los profesores a sus pupilos, la relación que manteníamos con él no era de igualdad, ni siquiera en el caso de Henry; y las clases que nos daba estaban más cerca de una dictadura benévola que de una democracia. «Yo soy vuestro maestro porque sé más que vosotros», nos dijo en una ocasión. Aunque a nivel psicológico su conducta era casi dolorosamente íntima, superficialmente era fría y práctica. Se negaba a ver en nosotros otra cosa que nuestras más atractivas cualidades, que cultivaba y exageraba al tiempo que excluía las aburridas y menos deseables. Yo sentía un placer delicioso adecuándome a aquella imagen atractiva e imprecisa de mí mismo —al final comprendí que más o menos me había convertido en el personaje que llevaba tanto tiempo interpretando habilidosamente—, y sin duda Julian no tenía ningún interés en conocernos enteramente, o en ver en nosotros más que los magníficos papeles que había inventado para nosotros: *genis gratus, corpore glabellus, arte multiscius, et fortuna opulentus* (mejillas lisas, piel suave, buena educación y riqueza). Creo que esa extraña ceguera suya para los problemas de índole personal al final le permitió convertir incluso los problemas de Bunny, puramente reales, en problemas espirituales.

Entonces, como ahora, yo no sabía prácticamente nada sobre la vida que Julian llevaba fuera de clase, y quizá precisamente eso le confería aquel atractivo aire de misterio a todo lo que él decía o hacía. Su vida privada tenía sin duda las mismas mellas que la de cualquier otro, pero él sólo nos mostraba una cara de sí mismo, tan pulida y perfecta que yo suponía que cuando no estaba con nosotros debía de llevar una existencia demasiado rara como para imaginármela.

De modo que yo sentía bastante curiosidad por ver dónde vivía. Era una gran casa de piedra situada sobre una colina, lejos de la carretera principal y rodeada de árboles y nieve; bastante impresionante, pero no tan gótica ni tan monstruosa como la de Francis. Me habían contado maravillosas historias sobre su jardín y sobre el

interior de la casa —jarrones áticos, porcelanas Meissen, cuadros de Alma-Tadema y Frith—. Pero el jardín estaba cubierto de nieve, y por lo visto Julian no estaba en casa; o por lo menos no nos abrió la puerta.

Mientras esperábamos en el coche, Henry se sacó un trozo de papel del bolsillo y escribió una nota. Luego la dobló y la dejó en el quicio de la puerta.

—¿Hay estudiantes en los grupos de rescate? —preguntó Henry cuando volvíamos a Hampden—. No quisiera ir a despertar sospechas, pero, por otra parte, ¿no os parece que a alguien podría extrañarle que nos quedáramos tan tranquilos en casa? Permaneció unos momentos pensativo.

—Quizá tendríamos que bajar a echar un vistazo —añadió—. Charles, tú ya has hecho bastante por hoy. Puedes irte a casa.

Dejamos a los gemelos en su casa y los tres nos dirigimos al campus. Yo suponía que los grupos de rescate ya se habrían cansado y se habrían marchado a casa, pero me sorprendió ver que había más movimiento que nunca. Había policías, empleados de la escuela, *boy scouts,* trabajadores de mantenimiento y guardas de seguridad, unos treinta alumnos de Hampden (unos cuantos formaban el grupo oficial, y el resto iba por libre), y una multitud de vecinos. Había muchísima gente, pero desde la cuesta nos parecían pequeños y extrañamente silenciosos en medio de toda aquella extensión de nieve.

Bajamos por la colina —Francis, malhumorado porque no quería ir, nos seguía a unos metros— y nos mezclamos entre la gente. Nadie nos prestó la más mínima atención. Oí, a mis espaldas, el inconfundible y torpe balbuceo de un *walkie-talkie,* y al darme la vuelta tropecé con el jefe de Seguridad.

—Cuidado —me gritó. Era un hombre achaparrado, con cara de bulldog y con granos en la nariz y las mejillas.

—Lo siento —dije—. ¿Puede decirme qué...?

—Estudiantes —refunfuñó, y volvió la cabeza como si fuera a escupir—. Siempre estorbando y metiéndose donde no los llaman. No sé qué demonios tenéis que hacer aquí.

—Eso es precisamente lo que intentamos averiguar —dijo Henry.

El hombre se volvió, y su mirada no se posó en Henry, sino en Francis, que estaba contemplando las nubes.

—Hombre, mira por dónde —dijo con sorna—. Pero si es mi externo favorito, que se cree con derecho a estacionar en el aparcamiento del profesorado.

Francis le lanzó una mirada furibunda.

—Sí, *tú.* ¿Sabes cuántas multas tienes acumuladas? *Nueve.* Precisamente la semana pasada le pasé tu expediente al decano. Pueden denunciarte, retenerte la licencia, lo que quieran. Cancelarte el carnet de la biblioteca. Si por mí fuera, te mandarían a la cárcel.

Francis se quedó mirándolo boquiabierto. Henry lo agarró por la manga y lo apartó.

Una larga y dispersa hilera de vecinos avanzaba por la nieve; algunos golpeaban la tierra apáticamente con sus bastones. Nos colocamos al final de la cola.

Como sabíamos que el cuerpo de Bunny yacía cerca de tres kilómetros más al sudeste, la búsqueda no resultaba demasiado interesante ni apremiante. Yo avanzaba, como sonámbulo, con la vista fija en el suelo. Al frente de la fila iba un autoritario grupo de policías y policías montados, con la cabeza gacha, hablando en voz baja mientras un pastor alemán daba vueltas a su alrededor, ladrando. El aire estaba pesado, y sobre las montañas el cielo estaba cubierto y nublado. El abrigo de Francis restallaba al viento ostentosamente; él iba mirando de reojo para ver si su inquisidor estaba cerca, y de vez en cuando emitía una débil y lastimosa tos.

—¿Por qué demonios no has pagado esas multas? —le susurró Henry.

—Déjame en paz.

Nos pasamos una eternidad caminando por la nieve, hasta que el intenso hormigueo que sentía en los pies se convirtió en una absoluta e incómoda

insensibilidad; pesadas botas negras de policía haciendo crujir la nieve, porras colgando amenazadoramente de pesados cinturones. Un helicóptero apareció sobre la copa de los árboles, se quedó un rato suspendido sobre nosotros, y luego se marchó por donde había venido. Estaba oscureciendo y la gente empezaba a remontar trabajosamente la colina para irse a su casa.

—Vámonos —insistió Francis, por cuarta o quinta vez.

Por fin nos íbamos, cuando un policía se interpuso en nuestro camino.

—¿Ya os habéis cansado? —dijo, sonriendo. Era un tipo gordo y rubicundo con bigote pelirrojo.

—Creo que sí —dijo Henry.

—¿Conocéis a ese chico?

—Sí.

—¿No se os ocurre adonde podría haber ido?

«Si esto fuera una película —pensé, mirando con aire despistado la amable y fornida cara del policía—, si esto fuera una película, estaríamos nerviosísimos y poniéndonos en evidencia.»

—¿Cuánto cuesta un televisor? —preguntó Henry mientras volvíamos a casa.

—¿Por qué?

—Porque esta noche me gustaría ver las noticias.

—Me parece que son un poco caros —dijo Francis.

—En el desván de la Monmouth hay un televisor —apunté.

—¿Es de alguien?

—De alguien tiene que ser.

—Bueno —dijo Henry—, ya lo devolveremos.

Francis se quedó vigilando mientras Henry y yo subíamos al desván y buscamos entre lámparas rotas, cajas de cartón y deplorables óleos de primero de bellas artes. Finalmente encontramos el televisor detrás de una vieja conejera, y lo bajamos al coche de Henry. Antes de ir a casa de Francis pasamos a recoger a los gemelos.

—Los Corcoran han estado intentando hablar contigo esta tarde —le dijo Camila a Henry.

—El señor Corcoran ha llamado un montón de veces.

—También ha llamado Julian. Está muy enfadado.

—Y Cloke —añadió Charles.

Henry paró:

—¿Qué quería?

—Asegurarse de que ni tú ni yo habíamos dicho nada de sus trapicheos a la policía esta mañana.

—¿Qué le has dicho?

—Le dije que yo no, pero que no sabía lo que habías dicho tú.

—Vamos —dijo Francis, mirando la hora—. Si no nos damos prisa, nos lo perderemos.

Colocamos el televisor en la mesa del comedor y empezamos a manipular los mandos hasta conseguir una imagen mínimamente decente. Estaban pasando los créditos de *Petticoat Junction,* sobre planos del depósito de agua de Hooterville y del expreso de Cannonball.

A continuación daban las noticias. Después de la cortina musical, apareció un pequeño círculo en el extremo izquierdo de la mesa de la locutora; dentro había un dibujo esquemático de un policía con una linterna y con un perro atado de una correa y, debajo, la palabra RESCATE.

La locutora miró a la cámara. «Cientos de personas participan en la búsqueda del alumno del Hampden College Edmund Corcoran, que se ha iniciado hoy.» La imagen dio paso a una panorámica de una zona de bosque denso; una fila de

personas, filmadas por detrás, avanzaba golpeando los matorrales con sus bastones, mientras aquel pastor alemán nos ladraba desde la pantalla.

—¿Y a vosotros no os han filmado? —preguntó Camila.

—Mira —dijo Francis—. El idiota aquel.

«Cien voluntarios —dijo la voz en *off*— llegaron esta mañana para ayudar a los alumnos del Hampden College en la búsqueda de su compañero desaparecido el pasado domingo por la tarde. De momento no hay pistas sobre el paradero del joven de veinticuatro años Edmund Corcoran, de Shady Brook, Connecticut, pero ActionNews Twelve acaba de recibir una importante información telefónica que, según las autoridades, podría arrojar nueva luz sobre el caso.»

—¿Qué? —dijo Charles dirigiéndose a la pantalla.

«Nos informa Rick Dobson, en directo.»

En la pantalla apareció un hombre con tabardo y sosteniendo un micrófono; al parecer se encontraba en una gasolinera.

—Ya sé lo que es eso —dijo Francis inclinándose hacia delante—. Es el taller Redeemed Repair, en la Highway 6.

—Shhh —siseó alguien.

Hacía mucho viento. El micrófono emitió un chirrido y luego enmudeció. «Esta tarde —dijo el reportero con la barbilla baja—, a las dos menos cinco, ActionNews Twelve ha recibido una importante información que podría significar una ayuda para la policía en el reciente caso de la desaparición en Hampden.»

La cámara se retiró para enfocar a un anciano con mono de trabajo, gorra de lana y una grasienta cazadora oscura. Miraba fijamente hacia un lado; tenía la cabeza muy redonda y un rostro tan apacible y afable como el de un bebé.

«Con nosotros está William Hundy —continuó el reportero—, copropietario de Redeemed Repair, de Hampden, miembro del Grupo de Rescate del Condado de Hampden, que acaba de presentarse con esta información.»

—*Henry* —dijo Francis, que de pronto había palidecido.

Henry sacó el paquete de tabaco:

—Sí —dijo, muy tenso—. Ya lo veo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Sin apartar la vista de la pantalla, Henry le dio unos golpecitos al cigarrillo contra el paquete.

—Ese tipo es el que me arregla el coche —dijo.

«Señor Hundy —dijo el reportero con aire muy serio—, ¿quiere explicarnos lo que vio el domingo por la tarde?»

—Oh, no —dijo Charles.

—Shhhh —ordenó Henry.

El mecánico miró tímidamente a la cámara, y luego hacia un lado. «El domingo por la tarde —dijo con el marcado acento nasal de Vermont—, un LeMans color crema, bastante viejo, repostó en aquel surtidor de allí.» Con torpeza, a destiempo, levantó el brazo y señaló hacia un lado. «Había tres hombres, dos iban en el asiento delantero y uno detrás. Forasteros. Parecían ir con prisas. No habría reparado en ellos de no ser porque ese chico iba con ellos. Lo reconocí al ver la fotografía en el periódico.»

El corazón me dio un vuelco —tres hombres, un coche —blanco—, pero los detalles no coincidían. Nosotros éramos *cuatro* hombres, y Camila, y Bunny no se había acercado para nada al coche aquel domingo. Y Henry tenía un BMW, que no se parecía demasiado a un Pontiac.

Henry había dejado de golpear el cigarrillo contra el paquete; ahora le colgaba de los dedos, todavía sin encender.

«Aunque la familia Corcoran no ha recibido ninguna nota exigiendo un rescate, las autoridades todavía no han descartado la hipótesis del secuestro. Rick Dobson, en directo para ActionNews Twelve.»

«Gracias, Rick. Si alguno de nuestros espectadores tiene más información sobre ésta o cualquier otra noticia, puede llamar a nuestro teléfono de colaboración ciudadana 363-TIPS entre las nueve y las cinco...»

Permanecimos contemplando el televisor, perplejos, varios minutos. Finalmente, los gemelos se miraron y se echaron a reír.

Henry meneó la cabeza con aire incrédulo.

—Estos pueblerinos... —dijo.

—¿Conoces a ese tipo? —le preguntó Charles.

—Hace dos años que le llevo mi coche.

—¿Está loco?

Henry volvió a menear la cabeza:

—O está loco, o miente, o quiere cobrar la recompensa. No sé qué pensar. Siempre me pareció bastante normal, aunque una vez me llevó a un rincón y empezó a hablarme del reino de Cristo...

—Bueno, de cualquier modo —dijo Francis— nos ha hecho un gran favor.

—No estés tan seguro —dijo Henry—. El secuestro es un crimen muy grave. Si se inicia una investigación, podrían tropezar con cosas que no nos interesa que se sepan.

—¿Pero cómo? No hay manera de que lo relacionen con nosotros.

—No me refiero a nada serio. Pero hay muchos detalles que si alguien se tomara la molestia de reunir podrían ponernos en un apuro. Por ejemplo, no debería haber pagado los billetes de avión con mi tarjeta de crédito. Ya me dirás cómo íbamos a explicar eso. ¿Y lo de tu cuenta, Francis? ¿Y nuestras cuentas corrientes? Reintegros considerables durante los últimos meses, y nada en que se hayan materializado. En el armario de Bunny hay un montón de ropa nueva, y no hay duda de que él no habría podido pagarla.

—Pero tendrían que investigar muy a fondo para llegar a eso.

—Bastaría con dos o tres llamadas telefónicas.

—Justo en aquel momento sonó el teléfono.

—Oh, no —se lamentó Francis.

—No contestes —le dijo Henry.

—Pero Francis contestó, como siempre.

—¿Diga? —dijo con cautela. Pausa—. Hola, señor Corcoran —prosiguió; se sentó y nos hizo la señal de OK con el pulgar y el índice—.

¿Hay alguna noticia?

Una pausa muy larga. Francis escuchó atentamente por unos minutos, mirando al suelo y asintiendo con la cabeza; al cabo empezó a mover el pie arriba y abajo con impaciencia.

—¿Qué pasa? —susurró Charles.

Francis se apartó el auricular del oído y, mediante mímica, nos dio a entender que Corcoran no paraba de hablar.

—Ya sé lo que quiere —dijo Charles sin entusiasmo—. Que vayamos todos a cenar a su hotel.

—La verdad es que ya hemos cenado... —estaba diciendo Francis—. No, claro que no... Sí. Sí, por supuesto. He intentado llamarle varias veces, pero ya sabe el jaleo que hay... Sí, desde luego...

Finalmente colgó. Nos quedamos mirándolo. Se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—. Lo he intentado. Nos espera en su hotel dentro de veinte minutos.

—¿A todos?

—No pretenderéis que vaya yo solo.

—¿Hay alguien con él?

—Sí. —Francis se había ido a la cocina; lo oímos abriendo y cerrando armarios—. Toda la familia. Sólo falta Teddy, que llegará en cualquier momento.

Una breve pausa.

—¿Qué haces? —le preguntó Henry.

—Me estoy preparando una copa.

—Ponme una a mí —le dijo Charles.

—¿Escocés?

—Prefiero un bourbon, si tienes.
—Que sean dos —dijo Camila.
—Anda, trae la botella —sugirió Henry.

Cuando se marcharon, me estiré en el sofá de Francis, fumándome su tabaco y bebiendo su whisky, y me quedé viendo *Jeopardy.* Uno de los concursantes era de San Gilberto, que está a sólo ocho o nueve kilómetros de donde yo me crié. Allí, todos esos barrios se confunden unos con otros, así que no siempre puedes decir dónde acaba uno y dónde empieza otro.

Después emitieron un telefilme sobre el riesgo de que la Tierra colisionara con otro planeta, y los intentos de todos los científicos del mundo para evitar la catástrofe. Había un astrónomo de pacotilla que siempre sale en programas de debate, bastante famoso, que se interpretaba a sí mismo.

A las once daban las noticias, y como no me apetecía verlas a solas, cambié de canal y vi un programa titulado *Historia de la meta lurgia.* La verdad es que era bastante interesante, pero yo estaba cansado y un poco borracho, y me quedé dormido antes de que terminara.

Al despertar, vi que me habían cubierto con una manta y que la habitación estaba bañada por la fría y azulada luz del amanecer. Francis estaba sentado en el alféizar de la ventana dándome la espalda; llevaba la misma ropa con que se había ido y comía cerezas marrasquino de un bote que tenía sobre las rodillas. Me incorporé.

—¿Qué hora es?
—Las seis —contestó Francis, dándose la vuelta, con la boca llena.
—¿Por qué no me has despertado?
—He llegado a las cuatro y media. Estaba demasiado borracho para acompañarte a tu casa. ¿Quieres una cereza?

Francis todavía estaba borracho. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado y la ropa arrugada; su voz era monocorde e inexpresiva.

—¿Dónde has pasado la noche?
—Con los Corcoran.
—*¿Bebiendo?*
—Pues claro.
—¿Hasta las cuatro?
—Cuando nos hemos ido ellos todavía no se habían rendido. En la bañera había cinco o seis cajas de cerveza.
—No sabía que se tratara de una reunión festiva.
—Era una donación del Food King —me explicó Francis—. Me refiero a la cerveza. El señor Corcoran y Brady cogieron unas cuantas cajas y se las llevaron al hotel.
—¿Dónde se alojan?
—No lo sé, pero es un sitio horrible. Uno de esos moteles de una planta con un letrero de neón y sin servicio de habitaciones. Todas las habitaciones se comunican. Los niños de Hugh no paraban de chillar y de tirar patatas fritas, había un televisor encendido en cada habitación. Un infierno, te lo aseguro —dijo malhumorado, mientras yo me reía—. Después de lo de anoche me siento capaz de cualquier cosa. De soportar una guerra nuclear. De pilotar un avión. Alguien (supongo que uno de aquellos enanos) cogió mi bufanda favorita de encima de la cama y envolvió una pata de pollo con ella. Era de seda con el estampado de relojes. Quedó perdida.
—¿Estaban muy disgustados?
—¿Quién? ¿Los Corcoran? Claro que no. No creo ni que se hayan dado cuenta.
—No me refiero a la bufanda.
—Ah. —Cogió otra cereza del bote—. Sí, supongo que estaban todos un poco disgustados. Nadie habló demasiado, pero tampoco parecían *desesperados.* Él interpretó su papel de padre afligido y preocupado, pero al cabo de un rato estaba jugando con los niños y sirviéndonos cerveza.
—¿Estaba Marion?

—Sí. Y Cloke. Cloke fue a dar un paseo con Brady y Patrick y volvieron apestando a marihuana. Henry y yo nos pasamos la noche sentados en el radiador hablando con el señor Corcoran. Creo que Camila fue a saludar a Hugh y a su esposa y no pudo librarse de ellos.

—A Charles ni siquiera sé qué le pasó.

Francis se interrumpió. Luego agitó la cabeza y continuó: —No sé, ¿no piensas a veces, aunque parezca horrible, en lo *divertido* que es todo esto?

—Hombre, la verdad es que muy divertido no lo encuentro.

—No, claro —dijo. Encendió un cigarrillo. Le temblaban las manos—. Y el señor Corcoran dijo que hoy llega la Guardia Nacional. Que follón.

Yo miraba el bote de cerezas, sin darme cuenta verdaderamente de lo que eran.

—¿Por qué comes esa porquería?

—No lo sé —dijo, mirando el bote—. La verdad es que son asquerosas.

—Tíralas.

Francis levantó la hoja de la ventana con dificultad, y ésta subió con un chirrido.

Una ráfaga de aire helado me golpeó en la cara.

—¡Eh! —me quejé.

Francis arrojó el tarro a la calle y luego tiró de la hoja de la ventana con todas sus fuerzas. Me levanté y fui a ayudarlo. Finalmente conseguimos cerrar la ventana, y las cortinas bajaron flotando plácidamente. El jugo de las cerezas había dejado un rastro de manchas rojas sobre la nieve.

—Un toque Jean Cocteau, ¿no te parece? —dijo Francis—. Estoy agotado. Voy a darme un baño, si no te importa.

Mientras Francis llenaba la bañera, y cuando yo estaba a punto de marcharme, sonó el teléfono. Era Henry.

—Perdona —me dijo—. Pensaba que había marcado el número de Francis.

—Es que estoy en casa de Francis. Espera un momento. —Bajé el auricular y lo llamé.

Francis vino en pantalones y camiseta, con la cara a medio enjabonar y con una navaja de afeitar en la mano.

—¿Quién es?

—Henry.

—Dile que estoy en el baño.

—Está en el baño —dije al auricular.

—No está en el baño —me dijo Henry—. Está de pie a tu lado. Lo estoy oyendo.

Le pasé el teléfono a Francis. Él sostuvo el auricular a cierta distancia de su cara para que no se manchara de espuma.

Oí hablar a Henry, pero no entendí lo que decía. Al cabo de un rato, Francis abrió mucho sus soñolientos ojos.

—Oh, no —dijo—. Yo no.

Luego insistió con su voz seca y muy seria:

—Que no, Henry, en serio. Estoy cansado y me voy a la cama, y no pienso...

De pronto su expresión cambió. Soltó una palabrota, lo cual me sorprendió, y colgó el auricular con tanta fuerza que emitió un cascabeleo.

—¿Qué pasa?

Francis se había quedado mirando el teléfono.

—Maldita sea —dijo—. Me ha colgado.

—¿Pero qué pasa?

—Quiere que vayamos otra vez con el grupo de rescate. *Ahora.* Yo no soy como él. *No puedo* pasarme cinco o seis días seguidos sin dormir y...

—¿Ahora? Pero si es muy temprano.

—Dice que hace una hora que han salido. Maldita sea. ¿Acaso no duerme nunca?

Todavía no habíamos hablado acerca del incidente ocurrido en mi habitación varias noches atrás y, aprovechando el soporífero silencio del coche, me propuse aclarar las cosas.

—¿Sabes una cosa, Francis?

—¿Qué?

Me pareció que lo mejor sería ir al grano.

—Mira, la verdad es que no me atraes nada. A ver si me entiendes, no es que...

—Qué curioso —me interrumpió—. Tú a mí tampoco me atraes.

—¿Y entonces...?

—Te tenía a mano, sencillamente.

Hicimos el resto del camino hasta la escuela en un silencio no demasiado cómodo.

Parecía increíble, pero durante la noche las cosas habían ido a más. Ahora había cientos de personas: unos con uniforme, otros con perros, megáfonos y cámaras; comprando pastas en el camión de *catering* e intentando ver algo por las ventanas oscuras de las furgonetas de la televisión —había tres, una de una cadena de Boston— aparcadas en el jardín del Commons, junto con los coches que no cabían en el aparcamiento.

Encontramos a Henry junto a la fachada principal del Commons. Leía con interés un diminuto volumen encuadernado en vitela y escrito en no sé qué lengua oriental. Los gemelos —soñolientos, con la nariz enrojecida, despeinados— estaban tumbados en un banco, como un par de adolescentes, compartiendo una taza de café.

Francis tocó con el pie la punta del zapato de Henry, que se sobresaltó.

—Ah, buenos días —dijo.

—¿Buenos días? Pero si todavía no he pegado ojo. Y llevo tres días sin comer.

Henry marcó la página del libro y se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—Bueno —dijo con tono amistoso—, pues ve a comprarte un donut.

—Estoy sin blanca.

—Yo te presto.

—No me apetece un donut.

Fui a sentarme con los gemelos.

—Anoche te perdiste una buena —me dijo Charles.

—Ya me lo han contado.

—La mujer de Hugh se pasó más de hora y media enseñándonos fotografías de bebés.

—Sí, por lo menos —dijo Camila—. Y Henry se bebió una cerveza de la lata.

Silencio.

—¿Y tú qué hiciste? —me preguntó Charles.

—Nada. Vi una película.

Los gemelos se animaron:

—¿Ah, sí? ¿La de los planetas que están a punto de colisionar?

—El señor Corcoran la estaba viendo, pero alguien cambió de canal antes de que acabara —dijo Camila.

—¿Cómo terminó?

—¿Dónde os quedasteis?

—Estaban en el laboratorio de la montaña. Los científicos jóvenes y entusiastas habían acorralado a aquel viejo científico cínico que no quería ayudarles.

Cuando les estaba explicando el *denouement,* vimos a Cloke Rayburn abriéndose paso a codazos entre la multitud. Interrumpí mi explicación, porque pensé que se dirigía hacia nosotros, pero pasó de largo en dirección a Henry, que ahora estaba de pie al borde del porche.

—Oye —le oí decir—. Ayer no pude hablar contigo. He hablado con esos tipos de Nueva York y resulta que Bunny no ha estado allí.

Henry guardó silencio un momento. Luego dijo:

—¿Pero no decías que no podías ponerte en contacto con ellos?

—Hombre, poder sí puedo, aunque es muy complicado. Pero el caso es que no lo han visto.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué?

—Tenía entendido que no podías fiarte de lo que te dijeran. Cloke se mostró sorprendido:

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Oye, mira —dijo Cloke, quitándose las gafas de sol. Tenía los ojos inyectados de sangre e hinchados—. Esos tipos me han dicho la verdad. No se me había ocurrido hasta ahora (bueno, supongo que todo esto es demasiado reciente), pero en fin, la historia ha salido en todos los periódicos de Nueva York. Si verdaderamente le hubieran hecho algo, no se quedarían en su apartamento y no contestarían a mis llamadas... Oye, tío, ¿qué pasa? —dijo, nervioso, al ver que Henry no contestaba—. ¿No le habrás contado nada a nadie, no?

Henry emitió un ruido indefinido con la garganta, que podría haber significado cualquier cosa.

—¿Qué?

—Nadie me ha preguntado nada —especificó Henry.

En su rostro no había ninguna expresión. Cloke, desconcertado, esperó a que continuara. Finalmente volvió a colocarse las gafas de sol, con un aire un poco a la defensiva.

—Bueno, hasta luego. Ya nos veremos —dijo.

Cuando se fue, Francis se volvió hacia Henry, con aire divertido.

—¿Qué demonios estás tramando? —le preguntó.

Pero Henry no le contestó.

El día transcurrió como en un sueño. Voces, ladridos, el ruido de un helicóptero. Hacía viento fuerte, y el ruido que hacía al agitar la copa de los árboles me recordaba al mar. El helicóptero lo habían enviado desde la sede de Albany de la policía estatal de Nueva York; nos dijeron que tenía un sensor especial de infrarrojos. Alguien había aportado, además, un ultraligero que revoloteaba por encima de los árboles. Ahora ya había verdaderas tropas, cabecillas de escuadrón equipados con megáfonos, y desfilábamos ordenadamente por las colinas nevadas.

Plantaciones de maíz, pastos, lomas con abundante maleza. A medida que nos aproximábamos al pie de la montaña, el terreno iba descendiendo. En el valle había una densa niebla, una latente caldera blanca de la que sólo sobresalía la copa de los árboles, tétricos y dantescos. Fuimos descendiendo poco a poco, y perdimos de vista el mundo. A Charles, que iba a mi lado, lo veía perfectamente, incluso con excesivo detalle, con sus mejillas rubicundas y respirando trabajosamente; pero un poco más abajo, Henry se había convertido en un espectro, y su enorme figura rodeada de niebla tenía un aspecto liviano y extrañamente inconsistente.

Pasadas varias horas, cuando el terreno empezó a ascender surgimos detrás de otro grupo, más reducido, en el que había gente a la que me sorprendió e incluso emocionó ver. Martin Hoffer, por ejemplo, un anciano y distinguido compositor del conservatorio de música; la señora encargada de comprobar las acreditaciones en la cola del comedor, que con su sencillo abrigo tenía un aire inexplicablemente trágico; el doctor Roland, al que se podía oír sonándose desde lejos.

—Mirad —dijo Charles—, ¿no es Julian?

—¿Dónde?

—No puede ser —dijo Henry.

Pero lo era. Julian hizo algo muy típico de él: fingió no habernos visto hasta que estuvimos tan cerca que le resultó imposible ignorarnos. Estaba escuchando a una mujer diminuta y con cara de zorro, una portera de las residencias.

—Dios mío —exclamó cuando ella terminó de hablar, retrocediendo con falsa sorpresa—. ¿De dónde salís? ¿Conocéis a la señora O'Rourke?

La mujer nos dirigió una tímida sonrisa.

—Os tengo vistos a todos —dijo—. Los chicos se creen que las empleadas no se fijan en ellos, pero yo os conozco de vista.

—Sólo faltaría —dijo Charles—. No se habrá olvidado de mí, ¿no?

—Residencia Bishop, número diez.

Lo dijo con tanta ternura que la mujer se ruborizó de satisfacción.

—Claro —dijo—. Ya me acuerdo de ti. Siempre te escapabas con mi escoba.

Mientras tenía lugar aquella conversación, Henry y Julian intercambiaron algunas palabras en voz baja.

—Tendrías que habérmelo dicho antes —le oí decir a Julian. —Ya te lo dijimos.

—Sí, es verdad, pero bueno. No es la primera vez que Edmund falta a clase —dijo Julian, que parecía angustiado—. Yo pensaba que se estaba haciendo el enfermo. La gente habla de secuestro, pero yo lo encuentro bastante ridículo. ¿Tú no?

—Si se tratara de un hijo mío, preferiría pensar que lo han secuestrado a que anda perdido seis días con esta nieve —dijo la señora O'Rourke.

—Sinceramente, espero que no le haya pasado nada malo. ¿Ya sabéis que ha venido su familia? ¿Los habéis visto?

—Hoy no —dijo Henry.

—Claro, claro —dijo Julian. Los Corcoran no le caían bien—. Yo tampoco he ido a verlos, no creo que sea el momento adecuado para inmiscuirse... Esta mañana me he encontrado al padre por casualidad, y también a uno de los hermanos. Llevaba un bebé a hombros, como si fuera a un picnic.

—No sé cómo se les ocurre sacar a una criatura tan pequeña con este tiempo —dijo la señora O'Rourke—. Sólo tiene tres años.

—Sí, estoy de acuerdo. No sé para qué tienes que traer al niño a un sitio como éste.

—Desde luego, yo no permitiría que un hijo mío gritara de esa forma.

—A lo mejor tenía frío —murmuró Julian con un tono de voz que indicaba delicadamente que estaba cansado de hablar de aquel tema. Henry se aclaró la garganta.

—¿Has hablado con el padre de Bunny? —preguntó.

—Sólo un momento. Él... Bueno, supongo que cada uno tiene su propia forma de actuar en estos casos. Edmund se parece mucho a su padre, ¿no?

—Todos los hermanos se le parecen —dijo Camila. Julian sonrió.

—¡Sí, es verdad! ¡Y son tantos! Parece un cuento... —Miró su reloj—. Dios mío, qué tarde es.

Francis salió de golpe de su silencio.

—¿Te vas? —le preguntó a Julian—. ¿Quieres que te acompañe?

Aquello era un descarado intento de escapar. A Henry se le inflaron las ventanas de la nariz con una especie de exasperada diversión: le lanzó una furibunda mirada a Francis, pero Julian, que estaba mirando hacia otra parte y no se había dado cuenta de lo crucial de su respuesta, negó con la cabeza.

—No, gracias —dijo—. Pobre Edmund. Estoy verdaderamente preocupado.

—Piense en cómo deben de sentirse sus padres —dijo la señora O'Rourke.

—Sí —coincidió Julian con un tono que fundía la lástima y la antipatía que sentía por los Corcoran.

—Si me pasara a mí, estaría desconsolada.

Repentinamente, Julian se estremeció y se levantó el cuello del abrigo.

—Anoche estaba tan preocupado que casi no pude dormir —dijo—. Es un chico encantador, tan simplón; yo lo aprecio mucho. Si le hubiera pasado algo no sé si lo soportaría.

Estaba contemplando la impresionante extensión de nieve que yacía a nuestros pies, aquel paisaje salvaje por el que se movían los hombres; y pese a que hablaba con cierta ansiedad, en su rostro había una extraña mirada de ensoñación. Yo sabía que aquel asunto lo había disgustado, pero también sabía que el carácter operístico de aquella operación de búsqueda debía de atraerle, y que en el fondo estaba encantado con su aspecto estético.

Henry también lo había pensado.

—Es un poco tolstoiano, ¿no? —comentó.

Julian lo miró por encima del hombro, y me sorprendió descubrir en su rostro una expresión de verdadero deleite.

—*Sí,* ¿verdad?

Hacia las dos de la tarde se nos acercaron dos hombres ataviados con gabardinas negras.

—¿Charles Macaulay? —dijo el más bajo de los dos. Era un tipo con mandíbula potente y mirada firme y atractiva.

Charles, que estaba detrás de mí, se paró y lo miró. El hombre metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una placa.

—Agente Harvey Davenport, Northeast Regional División, FBI.

—Por un momento pensé que Charles se iba a desmoronar.

—¿Qué quiere? —preguntó, pestañeando.

—Nos gustaría hablar con usted, si no le importa.

—Será sólo un momento —dijo el más alto. Era italiano, cargado de espaldas y con la nariz muy fea. Su voz, en cambio, era suave y agradable.

Henry, Francis y Camila se habían parado y se habían quedado mirando a los extraños con diferentes grados de interés y alarma.

—Además —dijo Davenport, irritado—, nos vendrá bien quedarnos un rato en un sitio donde no haga tanto frío. Tú también debes de estar congelado, ¿no?

Cuando se marcharon, nos quedamos erizados de angustia, pero como no podíamos hablar, seguimos avanzando, con los ojos fijos en el suelo, sin atrevernos a levantar la vista. En seguida dieron las tres, y luego las cuatro. Aquello no se había terminado, pero a los primeros síntomas de que iba a cesar la búsqueda por aquel día, nos fuimos al coche, rápidamente y en silencio.

—¿Qué crees que pueden querer de él? —preguntó Camila por enésima vez.

—No lo sé —dijo Henry.

—Pero si ya ha hecho una declaración.

—Ha hecho una declaración a la policía, no al FBI.

—¿Qué más da? ¿Por qué querrán hablar con él?

—No lo sé, Camila.

Al llegar al apartamento de los gemelos descubrimos con alivio que Charles había llegado antes que nosotros. Lo encontramos echado en el sofá, con una copa en la mesa, hablando por teléfono con su abuela.

Estaba un poco borracho.

—Recuerdos de la abuelita —le dijo a Camila cuando colgó el auricular—. Está muy preocupada. A las azaleas les han salido no sé qué bichos.

—Tienes las manos sucias. ¿Qué has hecho? —dijo Camila bruscamente.

Charles nos enseñó las palmas, que le temblaban considerablemente. Tenía la yema de los dedos negras.

—Me han tomado las huellas dactilares —dijo—. Ha sido interesante. Nunca me lo habían hecho.

Los demás no supimos qué decir. Henry se adelantó, le cogió una mano y la examinó a la luz.

—¿Sabes por qué lo han hecho? —le preguntó.

Charles se secó la frente con el dorso de la otra mano.

—Han precintado la habitación de Bunny —dijo—. Ahora hay gente recogiendo huellas y metiendo cosas en bolsas de plástico. Henry le soltó la mano.

—¿Pero por qué?

—No lo sé. Quieren tener las huellas de todas las personas que estuvieron en la habitación el jueves.

—¿De qué les va a servir? No tienen las huellas dactilares de Bunny.

—Por lo visto, sí las tienen. Bunny era de los Boy Scouts, y hace unos años a los de su grupo les hicieron no sé qué acreditación y les tomaron las huellas dactilares. Y deben de estar archivadas en alguna parte.

Henry se sentó.

—¿De qué querían hablar contigo?

—Eso fue lo primero que me preguntaron.

—¿Cómo?

«¿De qué crees que queremos hablar contigo?» —Se pasó la mano por la cara—. Esta gente sabe lo que se hace, Henry. Son mucho más listos que la policía.

—¿Cómo te trataron?

Charles se encogió de hombros.

—Ese tal Davenport es bastante seco. El otro, el italiano, es más agradable, pero me daba miedo. No hablaba mucho; se limitaba a escuchar. Es mucho más inteligente que el otro...

—¿Y? —dijo Henry, impaciente—. ¿Qué ha pasado?

—Nada. No sé. Tendremos que ir con mucho cuidado, nada más. Han intentado confundirme más de una vez.

—¿Qué quieres decir?

—Verás, cuando dije que Cloke y yo habíamos bajado a la habitación de Bunny el jueves hacia las cuatro, por ejemplo.

—Pero si fuiste a las cuatro —dijo Francis.

—Ya lo sé. Pero el italiano (es muy simpático, de verdad) empezó a mostrarse preocupado. «¿Seguro que no te equivocas, hijo? —me dijo—. Piénsalo bien.» Yo no entendía nada, porque *sé* que fuimos a las cuatro, y entonces Davenport dijo: «Será mejor que te lo pienses, porque tu amigo Cloke nos ha dicho que vosotros dos estuvisteis en aquella habitación una hora entera antes de llamar a nadie.»

—Querían saber si Cloke o tú teníais algo que esconder —dijo Henry.

—Puede ser. Y puede ser que sólo quisieran comprobar si estaba dispuesto a mentir.

—¿Y mentiste?

—No. Pero si me hubieran preguntado algo un poco más delicado, con lo asustado que estaba... No os lo podéis imaginar. Ellos son dos, y tú estás solo, y no tienes mucho tiempo para pensar... Ya lo sé, ya lo sé —dijo, desesperado—. Pero no tiene nada que ver con la policía. Estos policías de pueblo en realidad no esperan averiguar nada. Si les contaran la verdad, lo más probable es que no se la creyesen. Pero en cambio éstos... —Se estremeció—. Nunca me había fijado en la importancia de las apariencias. No es que seamos inteligentes, sino que no da la *impresión* de que hayamos matado a nadie. A los demás debemos de parecerles de lo más inofensivo. Pero estos tipos no se dejan engañar por las apariencias. —Cogió el vaso y bebió un poco—. Por cierto, me hicieron un montón de preguntas sobre vuestro viaje a Italia.

Henry lo miró, asustado.

—¿Te preguntaron algo sobre el dinero? ¿Quién lo había pagado?

—No. —Charles terminó la copa e hizo girar los cubitos de hielo un momento—. Yo estaba aterrorizado, pensando que me lo preguntarían. Pero creo que estaban bastante impresionados por los Corcoran. Creo que si les hubiera dicho que Bunny nunca se ponía los mismos calzoncillos dos veces, se lo habrían creído.

—¿Y qué me dices del mecánico? ¿Del que salió anoche por televisión? —preguntó Francis.

—No lo sé. Me dio la impresión de que están más interesados en Cloke que en ninguna otra cosa. Es posible que sólo quisieran asegurarse de que su historia coincidía con la mía, pero me hicieron un par de preguntas verdaderamente extrañas que... no sé. No me extrañaría que Cloke fuera por ahí contándole a la gente esa teoría suya, que a Bunny lo han secuestrado unos camellos.

—No puede ser —dijo Francis.

—Hombre, nos lo ha contado *a nosotros,* que ni siquiera somos amigos suyos. Aunque el FBI piensa que Cloke y yo somos íntimos.

—Esperaba que te ocuparas de corregirles —dijo Henry, encendiendo un cigarrillo.

—Estoy seguro de que Cloke se lo habrá dejado bastante claro.

—No necesariamente —dijo Henry. Apagó la cerilla y la tiró al cenicero; luego le dio una honda calada al cigarrillo—. Mira, al principio pensé que el vínculo que habíamos establecido con Cloke sería un inconveniente. Pero ahora me doy cuenta de que es una de las mejores cosas que podían pasarnos.

Antes de que nadie tuviera tiempo de preguntarle qué quería decir, Henry miró su reloj.

—Madre mía. —dijo—. Tenemos que irnos. Son casi las seis.

Camino de casa de Francis, una perra preñada nos cruzó por delante.

—Eso es un mal presagio —dijo Henry.

Pero no dijo de qué.

El noticiario acababa de empezar. El locutor levantó la vista de sus papeles, con aire grave y al mismo tiempo afable.

«Continúa la intensa búsqueda, hasta ahora infructuosa, del estudiante desaparecido, Edward Corcoran.»

—Ya podrían decir bien su nombre, ¿no? —dijo Camila, mientras metía la mano en el bolsillo de la chaqueta de su hermano para coger un cigarrillo.

En la pantalla apareció un plano aéreo en que se veían las colinas nevadas, salpicadas de diminutas figuras que daban a la imagen el aspecto de un mapa de guerra, y el monte Cataract, perfilándose, enorme y torcido, al fondo.

«Cerca de trescientas personas —dijo la voz en *off—,* entre las que se cuentan la Guardia Nacional, la policía, los bomberos de Hampden y los empleados del Central Vermont Public Service, participaron hoy, por segundo día consecutivo, en la búsqueda del joven desaparecido. El FBI, paralelamente, ha iniciado hoy una investigación en Hampden.»

La imagen tembló, y a continuación apareció un hombre delgado de cabello blanco y con sombrero tejano que, según los créditos, era Dick Postonkill, sheriff del Condado de Hampden. Estaba hablando, pero no se oía lo que decía; los miembros de los grupos de rescate se apiñaban a su alrededor, con curiosidad, y se ponían en cuclillas para asomarse al objetivo de la cámara.

Al cabo de un momento, volvió la señal de audio. El sheriff estaba a mitad de frase.

«... para recordarles a los excursionistas que salgan en grupos, que no se alejen de las pistas, que dejen un plano del itinerario previsto y que lleven abundante ropa de abrigo por si se producen descensos bruscos de la temperatura.»

«Acaban de oír al sheriff del condado de Hampden, Dick Postonkill —dijo el locutor—, que nos ha dado unos buenos consejos sobre el excursionismo de invierno.» Se dio la vuelta, y la cámara lo enfocó con un *zoom* desde otro ángulo. «Una de las únicas pistas, hasta el momento, sobre la desaparición de Edward Corcoran es la suministrada por William Hundy, empresario local y espectador de ActionNews Twelve, que telefoneó a nuestra línea de colaboración ciudadana para darnos cierta información referente al joven desaparecido. El señor Hundy ha estado colaborando con las autoridades locales y estatales para proporcionar una descripción de los presuntos secuestradores de Corcoran...»

—Locales y estatales —repitió Henry.

—¿Qué?

—No ha dicho nada de las federales.

—Claro que no —dijo Charles—. ¿Crees que el FBI se iba a tragar las tonterías que se pueda inventar uno de estos pueblerinos?

—Pues si no están dispuestos a creérselas, no sé para qué han venido —dijo Henry.

Aquella idea resultaba desconcertante. Se vio las imágenes en diferido de un grupo de hombres bajando a toda prisa las escaleras del Palacio de Justicia. Entre ellos se encontraba el señor Hundy, con la *cabeza,* gacha. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y vestía un traje azul en lugar del uniforme de la gasolinera.

Una reportera —Liz Ocavello, una especie de celebridad local que tenía su propio programa de actualidad y un apartado titulado «Movie Beat» en el noticiario local— se acercó, micrófono en mano. «Señor Hundy —dijo—, señor Hundy.»

El señor Hundy se detuvo, aturdido, y sus acompañantes siguieron adelante, dejándolo solo en la escalera. Luego se dieron cuenta de lo que estaba pasando, retrocedieron y se apiñaron a su alrededor formando un grupo de aspecto oficial, como si quisieran impedir que Liz hablara con él. Cogieron a Hundy por los codos e intentaron llevárselo, pero él se resistía.

«Señor Hundy —dijo Liz Ocavello, acercándose a él con dificultad—. Tengo entendido que hoy ha estado usted trabajando con la policía para componer los retratos de las personas a las que vio el domingo con el chico desaparecido.»

Él asintió con la cabeza. Su timidez y su comportamiento evasivo del día anterior habían dado paso a una postura más desenvuelta.

«¿Podría decirnos qué aspecto tenían?» Los hombres se agolparon otra vez alrededor del señor Hundy, pero él parecía extasiado por la cámara. «Bueno —dijo—, no eran de por aquí. Eran... morenos.» «¿Morenos?»

Ahora lo empujaban escaleras abajo, pero él miró hacia atrás por encima del hombro, como si estuviera desvelando una confidencia: «Árabes, ¿me entiende?»

Liz Ocavello, con sus gafas y su llamativo peinado de locutora, encajó aquella declaración con tanta naturalidad que pensé que yo no lo había oído bien. «Gracias, señor Hundy —dijo, y se dio la vuelta mientras Hundy y sus amigos desaparecían escaleras abajo—. Liz Ocavello, Palacio de Justicia del Condado de Hampden.»

«Gracias, Liz», dijo el locutor del estudio alegremente, haciendo girar su silla.

—Un momento —dijo Camila—. ¿He oído bien?

—¿Qué?

—*¿Árabes?* ¿Ha dicho que Bunny iba en el coche de unos *árabes*?

«Varias iglesias de la región —prosiguió el locutor— han organizado plegarias por el joven desaparecido. Según el reverendo A. K. Poole, de los Primeros Luteranos, varias iglesias de los tres estados vecinos, entre ellos los Primeros Baptistas, los Primeros Metodistas, el Santo Sacramento y la Asamblea de Dios se han ofrecido...»

—No entiendo qué pretende este mecánico tuyo, Henry —dijo Francis.

Henry encendió un cigarrillo. Cuando ya se había fumado la mitad, dijo:

—Charles, ¿te preguntaron algo de unos árabes?

—No.

—Pero si por televisión acaban de decir que Hundy no está colaborando con el FBI —dijo Camila.

—Eso no lo sabemos.

—¿Qué insinúas? ¿Que se trata de un montaje?

—No sé qué pensar.

Una mujer delgada de unos cincuenta años, bien arreglada —chaqueta de Chanel, collar de perlas, melena corta y lisa— estaba hablando con una voz nasal que me resultaba extrañamente familiar.

«Sí —dijo (¿dónde había oído yo aquella voz?)—, la gente de Hampden es muy amable. Ayer tarde, cuando llegamos al hotel, el conserje nos estaba esperando...»

—¿El conserje? —dijo Francis, despectivo—. Pero si en el Coachlight Inn no hay conserje.

Contemplé a aquella mujer con más interés.

—¿Es la madre de Bunny?

—Sí —dijo Henry—. Nunca me acuerdo de que no la conoces.

Era la típica mujer menuda, huesuda y con pecas en el escote; no tenía un gran parecido con Bunny, pero el cabello y los ojos eran del mismo color, y la nariz también era igual: una nariz diminuta, afilada e impertinente que en la madre

armonizaba perfectamente con el resto de las facciones, pero que en el contundente rostro de Bunny siempre había resultado un poco incongruente. Sus modales eran arrogantes y distraídos. «Sí, sí, ha habido una avalancha de todo el país. Cartas, llamadas, unas flores preciosas...»

—¿La habrán drogado? —pregunté.

—¿Por qué lo dices?

—Hombre, no parece muy afectada, ¿no?

«Sí, claro —dijo la señora Corcoran, pensativa—, estamos todos verdaderamente *desesperados* No le deseo a ninguna madre que tenga que pasar por lo que he pasado yo estos últimos días. Pero parece ser que el tiempo está empezando a cambiar, y hemos conocido a tanta gente encantadora, y la gente de Vermont ha sido tan generosa con nosotros...»

—La verdad, es bastante fotogénica, ¿no? —dijo Henry cuando pusieron los anuncios.

—Es un hueso.

—Es una insoportable —sentenció Charles, que ya estaba medio borracho.

—No, no está tan mal —contemporizó Francis.

—Lo dice porque siempre te está haciendo la pelota —replicó Charles— Por lo de tu madre y todo eso.

—¿Que me hace la pelota? ¿Pero qué dices? La señora Corcoran no me hace la pelota.

—Es asquerosa —insistió Charles— Es horrible enseñarles a tus hijos que el dinero es lo único que importa en la vida, pero que trabajar para conseguirlo es una desgracia. Y luego dejarlos colgados sin un céntimo. A Bunny jamás le ha dado...

—Pero el padre también tiene la culpa de eso —terció Camila.

—Sí, puede que sí. No lo sé. Nunca he conocido a gente tan superficial y codiciosa. Cualquiera que los conozca pensará que son una familia de lo más elegante y atractivo, pero no son más que un puñado de inútiles. Son como de anuncio —Charles me miró—. En su casa hay una habitación que se llama Salón Gucci.

—¿Qué?

—Sí. Está decorada a base de ese horrible estampado a rayas de Gucci. Salió en todo tipo de revistas. En *House Beautiful* le dedicaron un artículo de lo más ridículo sobre «caprichos decorativos» o qué sé yo. De ésos en que intentan convencerte de que el último grito consiste en pintar una gamba gigante en el techo de tu dormitorio —Encendió un cigarrillo— Ya te imaginas el tipo de gente que son Pura fachada. Bunny era el único que se salvaba, pero incluso él.

—A mí Gucci no me gusta nada —dijo Francis.

—¿Ah, no? —preguntó Henry, saliendo de su ensimismamiento—. ¿En serio? Yo lo encuentro magnífico.

—Venga, Henry.

—Es que es tan caro y tan feo a la vez, ¿no? Creo que hacen cosas feas a propósito. Y sin embargo la gente lo compra, por pura ignorancia.

—No sé qué tiene eso de genial.

—Cualquier cosa hecha a escala suficientemente grande es magnífica —explicó Henry.

Aquella noche, cuando me dirigía a casa, sin pensar a dónde iba, un tipo corpulento y con cara de malas pulgas me abordó cerca de los manzanos que había frente a la Residencia Putnam.

—¿Eres Richard Papen? —me preguntó.

Me paré, lo miré, y dije que sí.

El tipo me soltó un puñetazo a la cara. Caí de espaldas en la nieve y me di tal golpe que quedé sin respiración.

—¡Deja a Mona en paz! —me gritó— Si vuelves a acercarte a ella, te mato. ¿Entendido?

Estaba demasiado atónito para contestarle, y me quedé mirándole. Me dio una violenta patada en las costillas, y luego se largó a grandes zancadas. Oí los pasos sobre la nieve, y luego un portazo.

Miré las estrellas. Parecían muy lejanas. Finalmente me puse en pie —me dolía mucho el costado, pero no me pareció que tuviese algo roto— y me dirigí a casa cojeando en la oscuridad.

Al día siguiente desperté tarde. Al darme la vuelta y apoyar la mejilla en la almohada me dolía un ojo. Continué un rato tumbado, pestañeando, con el sol dándome en la cara, y fui recordando los confusos detalles de la noche anterior, como si se tratara de un sueño. Luego alargué la mano para coger el reloj de la mesilla de noche y vi que era tarde, casi mediodía. ¿Por qué no había venido nadie a buscarme?

Me levanté, y lo mismo hizo mi imagen, reflejada en el espejo que tenía enfrente; se paró y me miró —el cabello erizado, la boca entreabierta con una ridícula expresión de perplejidad—, como un personaje de cómic al que le acaba de caer un yunque en la cabeza, con una sarta de estrellitas y pájaros alrededor de la coronilla. Y lo más sorprendente de todo era el espléndido moretón que tenía alrededor del ojo, perfectamente dibujado y ricamente coloreado a base de azules, cereza y amarillo verdoso.

Me lavé los dientes, me vestí y salí. El primer conocido al que vi fue Julian, que iba hacia el Ateneo.

Se apartó de mí con un movimiento de inocente y exagerada sorpresa.

—Dios mío —dijo—, ¿qué te ha pasado?

—¿Ha habido alguna noticia?

—No —me contestó mirándome con curiosidad—. Pero qué ojo. Parece que vengas de una riña de bar.

En otro momento habría sentido demasiada vergüenza como para contarle la verdad, pero estaba tan harto de mentir que sentí la necesidad de ser sincero, por lo menos respecto a aquel tema. De modo que le conté lo ocurrido.

Su reacción me sorprendió.

—Así que *ha sido* una pelea —dijo con alegría infantil—. ¡Qué emocionante! ¿Y estás enamorado de ella?

—Me temo que no la conozco demasiado bien.

Julian se rió.

—Madre mía, pero qué franco estás hoy —dijo con notable claridad—. De pronto la vida se ha vuelto terriblemente dramática, ¿no te parece? Como si fuera ficción... Por cierto, ¿te he contado que ayer por la tarde tuve visitas?

—¿Quién?

—Dos caballeros. Al principio me puse bastante nervioso. Pensé que eran del Departamento de Estado o algo peor. Ya te habrás enterado de los problemas que tuve con el gobierno de Isram, ¿no?

No sé qué podía pensar Julian que el gobierno de Isram fuera a querer de él —sí, claro, es un Estado terrorista—, pero el origen de su temor residía en el hecho de haberle dado clases a la princesa en el exilio de aquel país, unos diez años atrás. La princesa se había visto obligada a esconderse después de la revolución, y había acabado, no sé cómo, en el Hampden College. Durante unos cuatro años, Julian le dio clases particulares supervisadas por el antiguo ministro de Educación de Isram, que de vez en cuando viajaba en avión desde Suiza y le llevaba caviar y bombones, para asegurarse de que el currículum era adecuado para la presunta heredera del trono de su país.

La princesa era inmensamente rica. (Henry la había visto en una ocasión —gafas oscuras, abrigo largo de marta—, bajando apresuradamente por las escaleras del Ateneo con sus guardaespaldas pisándole los talones.) La dinastía a que pertenecía se remontaba a la Torre de Babel, y había amasado una fortuna monstruosa desde entonces, gran parte de la cual sus familiares supervivientes y sus allegados habían conseguido sacar del país. Pero le habían puesto precio a su cabeza, y la princesa había pasado unos años aislada, sobreprotegida y sin amigos en Hampden. Se convirtió en una reclusa. Nunca se quedaba demasiado tiempo en el mismo sitio, pues

la aterrorizaba la idea de que la asesinaran; a todos los miembros de su familia —con excepción de una o dos primas y de un hermano retrasado mental que estaba internado en una institución— los habían ido eliminando uno a uno a lo largo de los años, y hasta el anciano ministro de Educación había muerto seis meses después de la graduación universitaria de la princesa, víctima del disparo de un francotirador mientras estaba sentado en el jardín de su chalet suizo, en Montreux.

Pese a la simpatía que le inspiraba la princesa y a su teórica preferencia por los realistas frente a los revolucionarios, Julian no estaba involucrado en la política de Isram. Pero se negaba a viajar en avión y no aceptaba paquetes por correo, evitaba las visitas imprevistas y llevaba ocho o nueve años sin salir del país. Yo no sabía si esas precauciones eran razonables o exageradas, pero no me parecía que su relación con la princesa fuera excesivamente vinculante, y, personalmente, sospechaba que *la jihad* islámica tenía cosas más importantes que hacer que perseguir a profesores de filología clásica por Nueva Inglaterra.

—No eran del Departamento de Estado, desde luego, pero tenían algo que ver con el gobierno. Es curioso, tengo un sexto sentido para estas cosas. Uno de ellos era italiano, muy agradable, verdaderamente... distinguido, a su manera. Yo estaba bastante aturdido. Me dijeron que Edmund andaba metido en drogas.

—¿Qué?

—¿Te sorprende? A mí me sorprende *muchísimo*.

—¿Qué les dijiste?

—Que no podía ser. No quiero parecer presuntuoso, pero creo que conozco a Edmund bastante bien. Es bastante tímido, casi... puritano. No me lo imagino haciendo nada parecido, y además, los jóvenes que toman drogas son todos estúpidos y prosaicos. ¿Pero sabes lo que me dijo ese caballero? Me dijo que con los jóvenes *nunca se sabe*. Yo no estoy de acuerdo. ¿Y tú? ¿Qué opinas?

Pasamos por el Commons —oí el ruido de platos en el comedor— y, con el pretexto de que tenía algo que hacer en aquella parte del campus, acompañé a Julian al Ateneo.

Aquella zona de la escuela, la que daba a North Hampden, solía estar tranquila y desolada; la nieve que había bajo los pinos estaba intacta hasta la primavera. Pero ahora estaba pisoteada y sucia, como si hubieran montado una feria. Alguien había chocado con un jeep contra un olmo: cristales rotos, parachoques torcido, una hendidura horrorosa, amarillenta, en el tronco. Un grupo de chavales del pueblo, muy escandalosos y malhablados, bajaba por una pendiente con un trineo hecho de cartón.

—Vaya —exclamó Julian—. Pobres niños.

Nos separamos en la parte trasera del Ateneo y yo me dirigí al despacho del doctor Roland. Era domingo y él no estaba; una vez dentro, cerré la puerta con llave y pasé la tarde felizmente retirado: corrigiendo exámenes, bebiendo un turbio café de máquina en una taza en la que se leía RHONDA, y escuchando, sin prestar demasiada atención, las voces procedentes del pasillo.

Imagino que, de hecho, aquellas voces eran audibles, y que si les hubiera prestado atención habría podido entender lo que decían. Pero no lo hice. Sólo más adelante, después de marcharme del despacho y cuando ya las había olvidado, me enteré de a quién pertenecían y de que aquella tarde no había estado, quizá, tan a salvo como yo creía.

Henry me explicó que los agentes del FBI habían instalado temporalmente su cuartel general en un aula vacía al final del pasillo donde estaba el despacho del doctor Roland, y allí fue donde hablaron con él. Nos separaban unos seis metros, y hasta bebimos el mismo turbio café de la misma cafetera que yo utilizaba en la sala de profesores.

—Qué raro —dijo Henry—. En cuanto probé aquel café me acordé de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Tenía un sabor extraño. A quemado. Como el café que haces tú.

Según me contó Henry, en el aula había una pizarra cubierta de ecuaciones de segundo grado, dos ceniceros llenos y una larga mesa de reuniones, a la que se sentaron los tres. También había un ordenador portátil, un expediente con la insignia amarilla del FBI y una caja de caramelos de azúcar de arce. Los caramelos eran del italiano. «Para mis chicos», explicó.

Henry lo hizo estupendamente, por supuesto. No lo dijo, pero no hacía falta. En cierto sentido, él era el autor de aquel drama, y llevaba mucho tiempo entre bastidores esperando aquel momento, el momento de subir al escenario y representar el papel que él mismo se había escrito: frío pero amistoso, vacilante, parco en detalles, inteligente, pero no tanto como lo era en realidad. Me dijo que en realidad se lo había pasado muy bien hablando con ellos. Davenport era muy vulgar, no valía nada, pero el italiano era sombrío y educado, bastante encantador. («Como uno de esos florentinos que Dante conoce en el Purgatorio.») Se llamaba Sciola. Estaba muy interesado en el viaje a Roma, y le hizo muchas preguntas sobre aquello, no tanto como investigador sino como turista. («¿Por casualidad fuisteis a ese sitio... cómo se llama... San Prassede, al salir de la estación de ferrocarril? ¿Con aquella capillita a un lado?») Además hablaba italiano, y Henry y él mantuvieron una breve y alegre conversación que fue rápidamente interrumpida por un enfadado Davenport, que no entendía ni palabra y quería ir al grano.

Henry no fue muy explícito, por lo menos conmigo, sobre aquel episodio. Pero me dijo que, fuera cual fuera la pista que estaban siguiendo, creía que no era la correcta.

—Es más —agregó—. Creo que ya sé quién les interesa.

—¿Quién?

—Cloke.

—¿Insinúas que creen que Cloke lo mató?

—Creen que Cloke sabe más de lo que ha dicho. Y creen que su comportamiento es sospechoso. Y de hecho, lo es. Saben un montón de cosas que estoy seguro que Cloke no les ha contado.

—¿Por ejemplo?

Los detalles de sus negocios con los camellos. Fechas, nombres, lugares. Cosas que pasaron antes incluso de que viniera a Hampden.

Y me pareció que intentaban relacionarme a mí con algunas de ellas, cosa que por supuesto no consiguieron. Madre mía. Hasta preguntaron por mis recetas, las de los calmantes que me daban en la enfermería en primer curso. Tenían montañas de archivadores, datos a los que nadie tiene acceso: historiales médicos, exámenes psicológicos, comentarios de los profesores, ejercicios, notas... Y se encargaron de hacerme saber que tenían todo aquello. Supongo que querían intimidarme. Yo sé con bastante exactitud lo que hay en mis fichas, pero en las de Cloke. . Malas notas, drogas, expulsiones.. Me atrevería a decir que ya lleva una buena carrera. No sé si han sido los archivos *en sí* lo que les ha abierto la curiosidad, o si ha sido algo que el propio Cloke dijo cuando hablaron con él; pero lo que querían de mí (y de Julian, y de Brady y Patnck Corcoran, con los que hablaron anoche) eran detalles de la relación de Bunny con Cloke. Julian no sabía nada, por supuesto. Por lo visto, Brady y Patnck les han contado muchas cosas. Y yo también.

—¿Pero a qué te refieres?

—Brady y Patnck estuvieron con Cloke en el aparcamiento del Coachlight Inn fumando hierba hace dos noches.

—¿Pero tú qué les dijiste?

—Lo que Cloke nos contó. Lo de los camellos de Nueva York. Me recliné en el respaldo de la silla.

—Oh, no —dije—. ¿Seguro que sabes lo que haces?

—Claro —contestó Henry con serenidad—. Es lo que querían oír.

—Llevaban toda la tarde dándole vueltas al tema sin abordarlo directamente, y cuando finalmente decidí dejarlo caer... Me temo que a Cloke le esperan un par de días malos, pero la verdad, creo que hemos tenido mucha suerte. No se me ocurre nada mejor para tenerlos entretenidos hasta que se funda la nieve. ¿Y te has fijado en

el buen tiempo que ha hecho estos dos últimos días? Creo que las carreteras ya se están despejando.

Mi moretón fue objeto de mucho interés, especulaciones y debates —le dije a Francis que me lo habían hecho los del FBI, sólo para ver qué cara ponía—, pero no tanto como un artículo que apareció en el *Boston Herald.* El día anterior habían enviado a un reportero, igual que el *New York Post* y el *Neu York Daily News,* pero el reportero del *Herald* se llevaba la palma:

LA DESPARICION DE UN JOVEN EN VERMONT PODRÍA ESTAR RELACIONADA CON LAS DROGAS

Los agentes federales encargados de la investigación de la desaparición, ocurrida el pasado 24 de abril, de Edmund Corcoran, un alumno de veinticuatro años del Hampden College de Vermont, al que se busca desde hace tres días, han encontrado indicios de que el joven podría estar relacionado con el tráfico de drogas. Las autoridades federales que registraron la habitación de Corcoran, encontraron diversos artículos para la manipulación de estupefacientes y restos de cocaína. Aunque no hay pruebas de que Corcoran haya tenido anteriormente problemas con la droga, fuentes cercanas al joven dicen que Corcoran, de carácter extrovertido, se había vuelto esquivo y reservado en los meses anteriores a su desaparición. (Véase «Lo que su hijo nunca le contará», p 6)

Aquella información nos desconcertó, pero por lo visto el resto de estudiantes del campus estaba al corriente de todo. A mí me lo contó Judy Poovey.

—¿Sabes qué encontraron en su habitación? Un espejo de Laura Stora. No conozco a nadie de la Durbinstall que no se haya hecho rayas en ese espejo. Es viejísimo, con unos surcos grabados en el marco; Jack Teitelbaum lo llamaba «la reina de la nieve» porque siempre podías sacar un par de rayas en un momento de desesperación. Y sí, claro, supongo que técnicamente el espejo es de Laura, pero en realidad es de uso público, y ella dijo que hacía una eternidad que no lo veía, que alguien se lo había llevado de una sala de una de las residencias nuevas, en marzo. Bram Guernsey dijo que Cloke asegura que no estaba en la habitación de Bunny, y que los federales lo pusieron allí, pero luego Bram dijo que Cloke sospecha que todo este asunto es una especie de montaje. Una acusación falsa. Como en *Misión imposible,* o en uno de esos libros de paranoia de Philip K. Dick. Le dijo a Bram que creía que los federales colocaron una cámara oculta en la Durbinstall, y cosas así. Bram dice que es porque a Cloke le da miedo irse a dormir y que lleva cuarenta y ocho horas de meta Se sienta en su habitación, con la puerta cerrada con llave, haciéndose rayas y escuchando una y otra vez una canción de Buffalo Springfield, ¿sabes cuál? *«Something's happening here what it is ain't exactly clear* ». Es curioso. Cuando alguien se lleva un disgusto, de repente le da por ponerse a escuchar esas horteradas hippies que, si estuviera en su sano juicio, no podría soportar. A mí, cuando murió mi gato, me dio por Simon y Garfunkel. En fin. —Encendió un cigarrillo—. ¿Qué te estaba contando? Ah, sí. Laura está aterrorizada; han averiguado que el espejo era suyo, y ella está en libertad condicional, ya sabes, el otoño pasado tuvo que hacer un montón de trabajo voluntario porque Flipper Leach se metió en un lío y denunció a Laura y a Jack Teitelbaum. Bueno, ya te acuerdas, ¿no?

—Nunca he oído hablar de Flipper Leach.

—Sí, hombre. A Flipper la conoces. Es una zorra. Todo el mundo la llama Flipper porque en primero destrozó el Volvo de su padre unas cuatro veces.

—¿Pero qué tiene que ver esa Flipper con todo lo demás?

—Es que no tiene nada que ver, Richard. Eres igual que el tipo de *Dragnet,* que siempre quiere hechos. Lo que pasa es que Laura está aterrorizada, ¿me entiendes?, y que los del Student Services la han amenazado con llamar a sus padres si no les cuenta cómo llegó aquel espejo a la habitación de Bunny, y ella no tiene ni la más ligera idea, y para colmo, los del FBI se enteraron de los éxtasis que Laura tuvo la semana pasada, y

quieren sacarle algunos nombres. Yo le dije: «No lo hagas, Laura, será como aquello de Flipper y todo el mundo te odiará y tendrás que pedir el traslado a otra universidad.» Y como decía Bram...

—¿Y Cloke dónde está?

—Eso es lo que te quería decir, pero no me dejas hablar. Nadie lo sabe. Estaba histérico, y anoche le pidió a Bram que le prestara su coche, para irse de aquí, pero esta mañana el coche ha aparecido en el aparcamiento con las llaves dentro, y a Cloke nadie lo ha visto, y en su habitación no está. Y seguro que también le ha pasado algo raro, pero no tengo idea de qué... Yo, por si acaso, no vuelvo a tomar meta. Eso seguro. Oye, por cierto, ¿qué te ha pasado en el ojo?

Me reuní con los gemelos en casa de Francis —Henry estaba comiendo con los Corcoran— y les dije lo que me había contado Judy.

—Pero si ya sé de qué espejo hablan —dijo Camila.

—Yo también —dijo Francis—. Uno viejo y lleno de manchas. Bunny lo tenía en su habitación desde hace tiempo.

—Yo creía que era suyo.

—Me pregunto de dónde lo sacaría.

—Si esa chica lo dejó en una sala —dijo Charles—, seguramente Bunny lo encontró y se lo llevó.

Era muy probable. Bunny tenía una ligera tendencia a la cleptomanía, y era propenso a birlar cualquier objeto, pequeño y sin valor, que le llamara la atención; cortaúñas, botones, carretes de cinta adhesiva. Luego los escondía por su habitación. Practicaba aquel vicio en secreto, pero al mismo tiempo no mostraba ningún escrúpulo en llevarse descaradamente objetos de mayor valor que tuviese a su alcance. Lo hacía con tanta seguridad y con tanta autoridad —escondía botellas de licor o se llevaba desatendidas cajas de la floristería bajo el brazo y salía sin siquiera volver la vista atrás—, que yo dudaba que supiera que lo que hacía era robar. En una ocasión le oí explicar a Marion, con tono enérgico y decidido, lo que en su opinión deberían de hacer con la gente que robaba comida de las neveras de las residencias.

A Laura Stora no le iban demasiado bien las cosas, pero al infeliz de Cloke todavía le iban peor. Más adelante nos enteramos de que no había devuelto el coche de Bram Guernsey voluntariamente, sino que los del FBI le habían parado en la carretera cuando no había recorrido ni quince kilómetros y le habían obligado a hacerlo. Se lo llevaron a la habitación donde habían instalado su cuartel general, y lo retuvieron allí casi toda la noche del domingo. No sé qué le dijeron, pero sí sé que el lunes por la mañana Cloke había exigido la presencia de un abogado en el interrogatorio.

Henry nos contó que la señora Corcoran estaba indignada de que alguien se hubiera atrevido a insinuar que Bunny andaba metido en drogas. Durante la comida en la Brasserie, un periodista se había acercado a la mesa de los Corcoran para pedirles algún comentario sobre los «sospechosos artículos» que habían encontrado en la habitación de Bunny.

El señor Corcoran, aturdido, frunció el ceño y empezó: «Bueno, sí, verá, eeeh...», pero la señora Corcoran, mientras troceaba su bistec *au poivre* con violencia contenida, inició una amarga diatriba sin siquiera levantar la mirada del plato. Aquellos «sospechosos artículos» no eran drogas, y era lamentable que la prensa hiciera acusaciones contra personas que no estaban presentes para defenderse, y ya lo estaba pasando bastante mal tal como estaban las cosas y sólo le faltaba que vinieran unos extraños insinuando que su hijo era un drogadicto. Y todo lo que dijo era bastante razonable y cierto, y el *Post* lo reprodujo fielmente al día siguiente, junto con una fotografía poco favorecida de la señora Corcoran con la boca abierta y un pie que rezaba: LA MADRE DICE: MI HIJO NO.

El lunes, hacia las dos de la madrugada, Camila me pidió que la acompañara a su casa desde casa de Francis. Henry se había marchado hacia medianoche, y Francis y Charles, que no habían parado de beber desde las cuatro, no parecían muy dispuestos a dejarlo. Estaban atrincherados en la cocina de Francis, con la luz apagada, preparando, con una hilaridad que me pareció alarmante, unos peligrosos cócteles llamados «Blue Blazers», para lo que había que verter whisky en llamas en dos jarras alternativamente, formando un arco.

Cuando llegamos, Camila, temblorosa, preocupada y con las mejillas enrojecidas de frío, me pidió que subiera con ella a beber una taza de té.

—No sé si hemos hecho bien dejándolos solos —dijo mientras encendía la lámpara—. No me extrañaría que quemaran la casa.

—No te preocupes —dije, aunque yo me temía lo mismo.

Tomamos el té. La luz era agradable, y el apartamento estaba tranquilo y acogedor. Las escenas con que yo soñaba secretamente en mi cama siempre empezaban así: era tarde y nos quedábamos solos, cansados y un poco borrachos; ella me rozaba sin querer, o se acercaba mucho a mí, hasta que nuestras mejillas se tocaban, para mostrarme una frase de un libro; y yo convertía aquellas oportunidades, suave pero decididamente, en el preámbulo de placeres más violentos.

La taza estaba demasiado caliente; me quemaba los dedos. La dejé y miré a Camila: distraída, fumaba un cigarrillo, a medio metro de mí. Me sentía capaz de perderme eternamente en aquella singular carita, en el pesimismo de su hermosa boca. «Ven aquí. Vamos a cerrar la luz, ¿de acuerdo?» Cuando me imaginaba a Camila pronunciando aquellas frases, las palabras me parecían casi insoportablemente dulces; ahora, sentado a su lado, ni siquiera podía imaginarme a mí mismo diciéndolas.

Y sin embargo, ¿por qué? Ella había participado en el asesinato de dos hombres; había presenciado la muerte de Bunny con una serenidad de Madonna renacentista. Recordé la fría voz de Henry, apenas seis semanas atrás: *Sí, hubo cierto componente carnal, desde luego.*

—Oye, Camila.

Me miró, distraída.

—¿Qué pasó exactamente aquella noche, en el bosque?

Esperaba que Camila reaccionara, si no con sorpresa, por lo menos fingiendo sorpresa. Pero ni siquiera pestañeó:

—La verdad es que no recuerdo gran cosa —dijo lentamente—. Y lo poco que recuerdo es casi imposible de describir. Ahora está mucho más confuso que hace unos meses. Supongo que debería haber intentado escribirlo.

—¿Pero qué es lo que recuerdas?

Tardó un poco en contestar.

—Estoy segura de que Henry ya te lo ha contado todo —dijo—.

—Hasta parece un poco ridículo hablar de ello. Recuerdo una jauría de perros. Serpientes enroscándose en mis brazos. Árboles en llamas, pinos prendiendo como enormes antorchas. Había una quinta persona entre nosotros, aunque no todo el tiempo.

—¿Una quinta persona?

—Sí. Aunque no *era persona* todo el rato.

—No te entiendo..

—Ya sabes cómo llamaban los griegos a Dioniso. Πολυει λησ. El polimorfo. A veces era un hombre, a veces una mujer. Y a veces otra cosa. De una cosa sí me acuerdo —agregó bruscamente.

—¿De qué? —pregunté, con la esperanza de que fuera por fin algún detalle voluptuoso.

—De aquel muerto. Tendido en el suelo. Tenía el estómago abierto, y emanaba vapor.

—¿El *estómago?*

—Hacía mucho frío. Nunca olvidaré aquel olor. Me recordó a cuando mi tío despedazaba un venado. Pregúntaselo a Francis. Él también lo recuerda.

Estaba tan horrorizado que no sabía qué decir. Camila cogió la tetera y se sirvió un poco más de té.

—¿Sabes por qué creo que estamos teniendo tan mala suerte últimamente?

—¿Por qué?

—Porque los cadáveres que no han sido enterrados dan mala suerte. ¿Te acuerdas del pobre personaje de *la Eneida* que se pasó una eternidad atormentándolos? Al granjero ese lo encontraron en seguida. Pero me temo que no podremos dormir en paz hasta que Bunny esté bajo tierra.

—No digas tonterías. Rió.

—En el siglo cuarto antes de Cristo, demoraron la partida de toda la flota ática sólo porque un soldado había estornudado.

—Me parece que has estado hablando demasiado con Henry. Guardó silencio un momento.

—¿Sabes lo que nos hizo hacer Henry un par de días después de lo del bosque? —preguntó al cabo.

—¿Qué?

—Matar un cochinillo.

Aquella declaración no me sorprendió tanto como la pasmosa calma con que la enunció.

—Por el amor de Dios —dije.

—Le cortamos el cuello. Luego nos turnamos para sostenerlo sobre los demás, de modo que su sangre chorreara sobre nuestras cabezas y manos. Fue horrible. Francis se mareó.

La idea de mojarse con sangre —aunque fuera sangre de cerdo— inmediatamente después de cometer un asesinato no me parecía demasiado sensata, pero lo único que dije fue:

—¿Y qué se proponía con eso?

—El asesinato contamina. El asesino mancilla a todo el que toca. Y la única forma de purificar la sangre es mediante la sangre. Dejamos que el cerdo se desangrara sobre nosotros. Luego entramos y nos lavamos. Y con eso nos purificamos.

—¿Intentas decirme que...?

—No, no te preocupes —se apresuró Camila—. No creo que lo intente esta vez.

—¿Por qué no? ¿Acaso no funcionó?

Camila no captó el sarcasmo de mi comentario.

—No, no. Claro que funcionó.

—¿Pues por qué no repetirlo?

—Porque creo que Henry imagina que la idea podría disgustarte. Oímos el ruido de una llave hurgando en la cerradura. Era Charles. Se quitó el abrigo y lo dejó caer en la alfombra.

—¡Hola! —canturreó, avanzando a grandes zancadas y librándose de su chaqueta con el mismo descuido con que se había librado del abrigo. No entró en el salón, sino que giró bruscamente en el pasillo que conducía a los dormitorios y al baño. Abrió una puerta y luego otra.

—Milly, nena —gritó—. Cariño, ¿dónde estás?

—Oh, no —gimió Camila—. Estamos aquí, Charles —dijo en voz alta.

Charles acudió al salón. Se había aflojado la corbata y tenía el cabello despeinado.

—Camila —dijo, apoyándose contra el marco de la puerta—. Camila. —Y entonces me vio—. Hombre —dijo, sin demasiada educación—. ¿Qué haces aquí?

—Estamos tomando té —dijo Camila—. ¿Quieres un poco?

—No. —Charles dio la vuelta y desapareció por el pasillo—. Es muy tarde. Voy a acostarme.

Oímos un portazo. Camila y yo nos miramos. Me levanté.

—Bueno, será mejor que me vaya —dije.

Todavía había grupos de rescate, pero el número de vecinos participantes había descendido notablemente, y apenas quedaban estudiantes. La operación se había

vuelto tensa, secreta, profesional. Oí decir que la policía había hecho venir a un médium, a un experto en huellas dactilares, a un grupo especial de perros rastreadores adiestrados en Dannemora. Como me imaginaba que también yo estaba secretamente contaminado —de forma imperceptible para la mayoría de los mortales, pero quizá discernible para el olfato de un perro (en las películas, el perro siempre es el primero en descubrir al discreto y nada sospechoso vampiro)—, la idea de los perros rastreadores me incomodó, e intenté alejarme cuanto pudiera de todo tipo de perros, incluso de los atontados labradores de la profesora de cerámica que se pasaban el día correteando con la lengua fuera, buscando a alguien con quien jugar. Henry —imaginándose, quizás, a una temblorosa Casandra farfullando profecías ante un grupo de policías— estaba mucho más preocupado por lo del médium.

—Si nos descubren —dijo, taciturno—, será por eso.

—No me digas que crees en esas cosas.

—Me sorprendes —repuso—. Sólo crees en la existencia de lo que ves.

La médium era una joven madre de familia de un pueblo del interior de Nueva York. Se había electrocutado mientras manipulaba unos cables eléctricos, y había pasado tres semanas en coma; al despertar poseía capacidad de «saber» cosas palpando un objeto o tocándole la mano a un extraño. La policía ya la había utilizado con éxito en varios casos de desapariciones. En una ocasión, con sólo señalar una zona en un mapa, había localizado el cuerpo de un niño estrangulado. Henry, tan supersticioso que a veces dejaba un platillo de leche en la puerta de su casa para alejar a los espíritus malignos que pudieran acercarse, la observaba, fascinado, mientras ella paseaba a solas por el campus, con sus gruesas gafas, su abrigo vulgar, su cabellera pelirroja recogida con un pañuelo de lunares.

Sin embargo, a la mayoría de nuestros compañeros les dio mucho trabajo la noticia —cierta o no, eso sigo sin saberlo— de que la DEA había mandado un par de agentes que estaban realizando una investigación secreta. Théophile Gautier, escribiendo sobre el efecto del *Chatterton* de Vigny en la juventud de París, dijo que en el siglo XIX, por la noche, podías oír las detonaciones de las armas de los solitarios; aquí y ahora, en Hampden, durante la noche no se oían más que cadenas de retrete. Los alumnos se paseaban perezosamente, con los ojos vidriosos, aturdidos por la súbita pérdida de sus pastillas y sus papelas de coca. Hubo uno que tiró tanta hierba por un retrete del taller de escultura, que tuvieron que llamar a un fontanero para que lo desembozara.

Aquella tarde, hacia las cuatro y media, Charles se presentó en mi habitación.

—Hola —me dijo—. ¿Vienes a comer algo?

—¿Y Camila?

—No lo sé —contestó, examinando la habitación con sus ojos claros—. ¿Vienes?

—... Sí, claro. Charles se animó:

—Perfecto. Tengo un taxi esperando.

El taxista, un tipo de rostro colorado que se llamaba Júnior —era el que nos había llevado a Bunny y a mí al centro aquella primera tarde de otoño, y el que dentro de tres días llevaría a Bunny a Connecticut por última vez, ésta en un coche fúnebre—, nos miró por el retrovisor mientras salíamos a College Drive.

—Vais al *Brazeer,* ¿no, chicos?

Se refería a la Brasserie. Era un chiste tonto que siempre nos hacía.

—Sí —contesté.

—No —me contradijo Charles. Iba repantigado como un niño, apoyado contra la portezuela y golpeando el apoyabrazos distraída mente—. Vamos al número 1910 de Catamount Street.

—¿Y eso qué es? —le pregunté.

—No te importa, ¿verdad? —me dijo, sin mirarme directamente a los ojos—. Me apetece ir a un sitio diferente. No está muy lejos, y además, estoy harto de la comida de la Brasserie, ¿tú no?

El sitio al que fuimos a parar —un bar llamado The Farmer's Inn— no destacaba por su comida, por su decoración —sillas plegables y mesas de fórmica—, ni por su escasa clientela, básicamente formada por pueblerinos borrachos de más de sesenta y cinco años. De hecho, era peor que la Brasserie en todos los aspectos salvo en uno: aquellos vasos de whisky sin marca, descomunales, que servían en la barra por cincuenta centavos.

Nos sentamos al final de la barra, junto al televisor. Transmitían un partido de baloncesto. La camarera —de unos cincuenta años, con sombra de ojos color turquesa y muchos anillos de turquesas a juego— nos miró de arriba abajo, sin perderse detalle de nuestros trajes y corbatas. Parecía sorprendida por lo que Charles había pedido: dos whiskys dobles y un bocadillo.

—Vaya —dijo con voz de loro—. Se ve que de vez en cuando os dejan echar un trago, ¿eh?

Yo no la entendía. ¿Se estaba metiendo con nuestra ropa, con el Hampden College, quería que le enseñásemos nuestros documentos de identidad? Charles, que apenas hacía un momento estaba sumido en la tristeza, la miró y le dedicó una cálida y dulce sonrisa. Sabía cómo tratar a las camareras. En los restaurantes siempre le atendían deprisa, y se metían en todo tipo de líos para satisfacer sus deseos.

Ésta lo miró —satisfecha, incrédula— y soltó una carcajada.

—¡Qué pasada! —dijo a voz en grito, y cogió el Silva-Thin que ardía en el cenicero con su mano ensortijada—. Y yo que pensaba que los mormones ni siquiera bebían coca-cola.

En cuanto volvió a la cocina para pasar nuestra nota («¡Bill! ¡Oye, Bill!», la oímos exclamar), la sonrisa se esfumó del rostro de Charles. Cogió su vaso y se encogió de hombros, taciturno.

—Lo siento —me dijo—. Espero que no te importe que te haya hecho venir aquí. Es más barato que la Brasserie, y además no nos conoce nadie.

No le apetecía hablar —a veces era muy parlanchín pero también podía ser callado y serio como un niño pequeño—, y se puso a beber, con ambos codos sobre la barra y el cabello tapándole la frente. Cuando le trajeron el bocadillo, lo abrió, comió el bacon y dejó el resto, mientras yo bebía mi copa y miraba a los Lakers. Resultaba extraño estar allí, en aquel cochambroso y oscuro bar de Vermont, viéndolos jugar. En California, en mi antigua universidad, el pub Falstaffs tenía una pantalla gigante de televisión. Yo tenía un amigo bastante tonto que se llamaba Cari y siempre me llevaba allí a beber cerveza barata y ver el baloncesto. Seguramente debía de estar allí ahora, sentado en un taburete de secoya, viendo aquel mismo partido.

Mientras yo me dedicaba a pensar aquellas cosas tan deprimentes y otras por el estilo, y cuando Charles iba ya por su cuarto o quinto whisky, alguien empezó a cambiar de canal con el mando a distancia: *Jeopardy, La Ruleta de la Fortuna, NacNeil-Lehrer,* y por fin dejaron una tertulia del canal local. Se llamaba *Tonight in Vermont.* El decorado del estudio imitaba una típica granja de Nueva Inglaterra, con falsos muebles shaker y antigüedades, horcas y demás, colgando del fondo de tablillas. Liz Ocavello era la conductora del programa. Tenía un espacio de preguntas y respuestas, como en Oprah and Phil, al final de cada programa, que generalmente no era demasiado interesante, porque sus invitados solían ser bastante insulsos: el comisario estatal para los asuntos de los veteranos, religiosos fomentando las donaciones de sangre («¿Volvemos a repetir la dirección, Joe?»).

Aquella noche, el invitado era William Hundy. No lo reconocí a la primera. Llevaba un traje —no aquel traje azul de *sport,* sino uno viejo, como de predicador de pueblo— y, por algún motivo que yo no alcanzaba a comprender, hablaba con tono autoritario sobre los árabes y la OPEP. «La OPEP es la responsable —decía— de que ya no queden estaciones de servicio Texaco. Recuerdo que en mi infancia estaba lleno de gasolineras Texaco, pero estos árabes hicieron una especie de boicot.»

—¡Mira! —dije a Charles, pero cuando le hube sacado de su estupor ya habían cambiado otra vez de canal y habían dejado *Jeopardy.*

—¿Qué?

—Nada.

Jeopardy, La Ruleta de la Fortuna... Luego dejaron *MacNeil-Lehrer* un buen rato, hasta que alguien gritó:

—Quita esa mierda, Dotty.

—¿Pues qué queréis ver?

—*La Ruleta de la Fortuna* —respondió un coro.

Pero *La Ruleta de la Fortuna* se estaba acabando (Vanna acababa de lanzar su reluciente beso), y a continuación volvimos a la simulada granja, con William Hundy. Ahora estaba hablando acerca de su aparición del día anterior en el programa *Today.*

—Mira —dijo uno de los clientes—. Es el dueño de Redeemed Repair.

—No es *el dueño.*

—¿Ah, no?

—No. Son dos socios: ése y Bud Alcorn.

—Cállate, Bobby.

«No —dijo Hundy—, no vi a Willard Scott. Si lo hubiera visto, supongo que no habría sabido qué decir. Han organizado una gran operación, aunque por televisión no parezca tan importante.»

Le di una patada en el pie a Charles.

—Ya —me dijo, sin interés, y volvió a levantar el vaso con mano vacilante.

Me sorprendió lo locuaz que se había vuelto el señor Hundy en sólo cuatro días. Y me sorprendió aún más la calurosa respuesta del público presente en el estudio: le hacían elaboradas preguntas acerca de temas que iban desde el sistema de la justicia penal hasta el papel de los pequeños empresarios en la comunidad, y se reían a carcajadas cuando Hundy hacía la más mínima broma. Me pareció que semejante popularidad sólo podía deberse a lo que él había visto, o a lo que decía haber visto. Había perdido aquel aire de pasmado vacilante. Ahora, con las manos entrelazadas sobre el estómago, contestando preguntas con la pacífica sonrisa de un pontífice concediendo dispensas, estaba tan en su salsa que saltaba a la vista que en todo aquello había algo deshonesto. ¿Cómo era posible que nadie lo advirtiera?

Un hombre menudo y moreno, en mangas de camisa, y que llevaba un rato haciendo señas con la mano, consiguió por fin llamar la atención de Liz y se levantó:

«Me llamo Adnan Nassar y soy palestino-americano —dijo—. Llegué a este país hace nueve años, procedente de Siria, y desde entonees he conseguido la ciudadanía americana y ahora soy subdirector del Pizza Pad de la Highway 6 »

Hundy ladeó la cabeza. «Mira, Adnan —dijo con cordialidad—, me imagino que en tu país esa historia sonaría bastante extraña. Pero aquí el sistema funciona así. Funciona para todo el mundo Y no importa la raza ni el color de la piel » Aplausos.

Liz bajó al pasillo, micrófono en mano, y señaló a una señora que llevaba un peinado bufado, pero el palestino agitó los brazos con enfado y la cámara volvió a enfocarlo.

Liz retrocedió hasta el palestino, y apoyó la mano en su brazo para consolarlo. En la tarima, William Hundy, sentado en su silla shaker, cambió lentamente de postura y se inclinó hacia delante.

«¿Te gusta vivir aquí», preguntó. «Sí.» «¿Quieres volver a tu país?» «Un momento —intervino Liz—. Aquí nadie ha dicho que...» «Porque hay barcos de ida *y de vuelta»,* explicó Hundy, elevando aún más la voz Dotty, la camarera, se rió, admirada, y le dio una calada al cigarrillo.

—Así se habla —dijo.

«¿De dónde es tu familia? —preguntó el árabe, sarcástico— ¿Acaso eres indio americano?»

Hundy no se dio por aludido.

«Te pago el billete —continuó—. ¿Cuánto cuesta un billete de ida a Bagdad? Si quieres, estoy dispuesto a...» «Creo que no has interpretado bien a este señor —se apresuró a decir Liz—. Lo que intenta decir es que...» Cogió al palestino por los hombros, pero él se soltó, furioso.

«Te has pasado la noche ofendiendo a los árabes —gritó—. No sabes lo que es un árabe. —Se golpeó el pecho con el puño—. Yo lo sé. Lo llevo en el corazón.» «Como tu colega Saddam Hussein.» «¿Cómo te atreves a decir que todos somos

codiciosos, y que todos ansiamos conducir coches lujosos? Eso me ofende. Yo soy árabe y protejo los recursos naturales...» «Sí, incendiando los pozos petrolíferos, ¿no?» «. . conduciendo un Toyota Corolla.» «No me refería a ti *en particular* —dijo Hundy—. Me refería a esos desgraciados de la OPEP y a los psicópatas que han secuestrado a este chico. ¿Crees que van por ahí en Toyota Corolla? ¿Crees que aquí perdonamos el terrorismo? ¿Es eso lo que hacen en tu país?» «¡Mientes!», gritó el árabe.

En un momento de confusión, la cámara enfocó a Liz Ocavello; tenía la vista perdida en otra dirección, y yo sabía que ella estaba pensando exactamente lo mismo que yo: *Oh, no. Ya está.*

«No miento —contestó Hundy, furioso—. Lo sé. Llevo treinta años trabajando en estaciones de servicio. ¿Crees que no me acuerdo de cuando Carter era presidente, en el setenta y cinco? ¡En menudos apuros nos pusisteis! Y ahora venís aquí como si fuerais dueños del país.»

Liz se había quedado mirando a un lado, e intentaba dar órdenes.

El árabe soltó una brutal obscenidad.

«¡Basta! ¡Se acabó!», gritó Liz Ocavello, desesperada.

Hundy se puso en pie, echando fuego por los ojos, y señalando con un tembloroso dedo al público y se puso a gritar «¡Moracos! ¡Moracos! ¡Mor. .!»

La cámara dejó de enfocarlo y dibujó una rápida panorámica hasta el otro extremo del estudio. Se vieron unos cables negros enredados, focos. La imagen se desenfocó un par de veces y finalmente pusieron un anuncio de MacDonald's.

—¡Uhhhhhh! —gritó alguien, agradecido.

—Hubo algunos aplausos.

—¿Has oído eso? —me preguntó Charles al cabo de un rato.

—Me había olvidado de él por completo. Hablaba con dificultad, y el cabello sudado le tapaba la frente.

—Ten cuidado —le dije en griego, y señalé a la camarera con la cabeza—. Podría oírte.

Charles murmuró algo, tambaleándose en su taburete cromado y envuelto en vinilo.

—Vámonos. Es tarde —dije, buscando el dinero en mi bolsillo.

Charles, vacilante, me miró fijamente a los ojos, se puso en pie y se agarró a mi muñeca. La luz del *jukebox* le iluminó los ojos, dándoles un aspecto extraño, enloquecido; por un momento me recordaron a la mirada criminal que a veces, inesperadamente, brillaba en el rostro de un amigo en una fotografía instantánea.

—Cállate, tío —me dijo—. Escucha.

Retiré la mano y me di la vuelta sin bajar del taburete, pero entonces oí un tamborileo largo e insistente. Y truenos. Nos miramos.

—Está lloviendo —susurró Charles.

Cuando me desperté supe que lo encontrarían aquel día; lo supe desde el momento en que miré por la ventana y vi la nieve sucia y encharcada, salpicada de verde y goteando por todas partes.

Era uno de aquellos días misteriosos y opresivos que a veces había en Hampden, uno de aquellos días en que la niebla se tragaba las montañas que se erguían, amenazantes, en el horizonte, y el mundo parecía liviano, vacío y un poco peligroso. Caminabas por el campus, con la hierba húmeda chafándose bajo tus pies, y te sentías como si estuvieras en el Olimpo, el Valhalla o en alguna tierra extraña, por encima de las nubes; los puntos de referencia que conocías —el reloj de la torre, las casas— flotaban como recuerdos de una vida previa, aislados e inconexos en la niebla.

Llovizna y humedad. El Commons olía a ropa húmeda; todo estaba oscuro y callado. Encontré a Henry y a Camila arriba, en una mesa junto a la ventana, con un cenicero lleno de colillas entre los dos, Camila con la barbilla apoyada en una mano y un cigarrillo consumiéndose entre sus dedos manchados de tinta.

El comedor principal estaba en el segundo piso, en un anexo que daba a una de las puertas de servicio. Unos cristales enormes, azotados por la lluvia —estaban teñidos de gris, de modo que el día parecía más terrible de lo que era— sustituían a las

paredes en tres de los lados, y teníamos una vista excelente de la puerta de servicio, donde a primera hora de la mañana llegaban los camiones de los huevos y la mantequilla, y de la estrecha y negra carretera que serpeaba entre los árboles y desaparecía en la niebla en dirección a North Hampden.

De menú había sopa de tomate y café con leche desnatada, porque la entera se había terminado. La lluvia golpeaba el vidrio de las ventanas. Henry estaba distraído. El FBI había vuelto a visitarle la noche anterior —no me dijo qué querían—, y estaba hablando en voz baja sobre el *Ilios* de Schliemann, con los dedos de sus enormes y cuadradas manos apoyados en el borde de la mesa, como si fuera un tablero de espiritismo. Durante el tiempo que viví con él, en invierno, a veces iniciaba aquellos monólogos didácticos que podían durar horas, y soltaba un pedante y sorprendentemente preciso torrente de conocimiento con una tranquilidad semejante a la de un sujeto sometido a hipnosis. Estaba hablando sobre las excavaciones de Hissarlik: «Un sitio terrible, un sitio maldito —dijo, absorto—; ciudades y ciudades enterradas unas debajo de otras, ciudades destruidas, ciudades quemadas y sus ladrillos fundidos convertidos en vidrio... un sitio terrible —dijo, ausente—, un sitio maldito, nidos de diminutas culebras marrones de esas que los griegos llaman *antelion* y miles y miles de pequeños dioses muertos con cabeza de búho (diosas, en realidad, una especie de prototipos monstruosos de Athenea) que miran fijamente, fanáticas y rígidas, desde los grabados.»

No sabía dónde estaba Francis, pero no hacía falta preguntar por Charles. La noche anterior había tenido que llevarlo a casa en taxi, ayudarle a subir y a meterse en la cama, donde, a juzgar por el estado en que lo había dejado, debía de seguir. Junto al plato de Camila había dos bocadillos de queso y mermelada envueltos en servilletas de papel. Camila no estaba en su casa cuando acompañé a Charles, y me pareció que acababa de levantarse de la cama: despeinada, sin pintalabios, con un jersey de lana gris que le iba grande. Las volutas de humo de su cigarrillo eran del mismo color que el cielo. Un coche blanco, diminuto, bajaba por la húmeda carretera, procedente del pueblo, tomando una curva tras otra y aumentando de tamaño a medida que se aproximaba.

Era tarde. Habían cerrado la cocina y la gente iba saliendo. Un portero viejo y contrahecho entró cojeando con su fregona y su cubo y, gruñendo de cansancio y fastidio, se puso a fregar el suelo, junto al rincón de las bebidas.

Camila estaba mirando por la ventana. De pronto abrió mucho los ojos. Lentamente, con incredulidad, alargó el cuello; y al cabo de un momento se levantó de la silla para ver mejor.

Yo también lo vi, y me eché hacia delante: había una ambulancia aparcada justo debajo de nosotros. Dos enfermeros, rodeados de fotógrafos, salieron corriendo con las cabezas gachas para protegerse de la lluvia y con una camilla. El cuerpo que transportaban iba cubierto con una sábana, pero justo antes de que lo metieran a toda prisa en la ambulancia (un movimiento largo y fácil, como el de meter el pan en el horno) y cerraran las puertas, alcancé a ver unos quince centímetros de impermeable amarillo colgando de un extremo.

Gritos lejanos, en la planta baja del Commons. Un portazo, la confusión que crecía, voces ordenando a gritos que no gritaran, y luego una voz elevándose sobre las demás:

—¿Está vivo?

Henry respiró hondo. Cerró los ojos; y al exhalar, se dejó caer en la silla como si acabaran de dispararle.

Esto fue lo que ocurrió.

El martes por la tarde, hacia la una y media, Holly Goldsmith, una estudiante de primer curso, de dieciocho años, de Taos, Nuevo México, decidió sacar a pasear a su perro *Milo*.

Holly, que estudiaba danza moderna, estaba enterada de la desaparición de Bunny y de la operación que habían organizado, pero, como tantos otros estudiantes de su curso, no había participado en ella, aprovechando aquella interrupción para recuperar horas de sueño y estudiar para los parciales. Como no quería encontrarse

con ningún grupo de rescate, decidió llevar a *Milo* por detrás de las pistas de tenis hasta el barranco, porque aquella zona ya la habían rastreado días atrás y además al perro le gustaba mucho.

Esto fue lo que dijo Holly:

«Yo estaba allí [en el borde del barranco] esperándolo. Había estado revolviendo el terraplén y había empezado a ladrar y a correr, como siempre. Aquel día me había olvidado su pelota de tenis. Creía que la llevaba en el bolsillo, pero no era así, por lo que fui a buscar unos cuantos trozos de rama para tirárselos. Al volver al borde del terraplén, *Milo* tenía algo entre los dientes y lo agitaba a uno y otro lado. Lo llamé, pero no me obedeció. Pensé que debía de haber cazado un conejo o algo así..

«Supongo que *Milo* lo había desenterrado, la cabeza y. . el pecho, supongo, no lo vi muy bien. Lo que vi fueron las gafas, se le habían soltado de una oreja y le colgaban. . oh, Dios.. *Milo* le estaba lamiendo la cara. . Al principio pensé que. .» [ininteligible].

Bajamos los tres a toda prisa (el portero boquiabierto; los cocineros sacando la cabeza por la puerta de la cocina; las camareras con sus uniformes asomadas a la barandilla), pasamos por delante del bar, por delante de la oficina de correos, donde por una vez la mujer de la peluca pelirroja de la centralita había dejado a un lado su colcha de punto y su bolsa llena de hilos y estaba de pie en la puerta, con un Kleenex arrugado en la mano, siguiéndonos, curiosa, con la mirada mientras nosotros corríamos por el pasillo hasta la sala central del Commons, donde había un grupo de policías compungidos, el sheriff, el guardabosques, varios guardas de seguridad, una desconocida llorando y un hombre que tomaba fotografías, y todo el mundo hablando al mismo tiempo hasta que alguien nos miró y gritó:

—¡Eh! ¡Vosotros! Vosotros lo conocíais, ¿no?

Empezaron a disparar flashes y nos rodearon de micrófonos y grabadoras.

—¿Desde cuándo lo conocíais?

—¿...conexión con las drogas?

—. . de viaje por Europa, ¿no es así?

Henry se pasó la mano por la cara, nunca olvidaré su aspecto: estaba blanco como la tiza, tenía gotas de sudor en el labio superior y los focos se reflejaban en sus gafas.

—Dejadme en paz —murmuró; cogió a Camila por las muñecas e intentó llegar hasta la puerta.

La gente se apiñó aún más para cerrarle el paso.

—¿... querrían comentar...?

—¿... íntimos amigos?

Le pusieron una grabadora en las narices Henry le dio un manotazo y el aparato salió disparado y dio contra el suelo con un fuerte ruido, y las pilas rodaron en todas direcciones. Su propietario, un gordo que llevaba una gorra de los Mets, le chilló, se agachó un poco, consternado, y luego se irguió, soltando tacos, como si fuera a agarrar a Henry por el cuello. Rozó con los dedos la parte de atrás de la chaqueta de Henry, y éste se volvió, con una agilidad sorprendente.

El hombre se echó atrás. La gente, curiosamente, nunca parecía darse cuenta a primera vista de lo fuerte que era Henry. Quizá a causa de su forma de vestir: su ropa era como un insulso pero impenetrable disfraz de un héroe de cómic (¿por qué nadie se da nunca cuenta de que detrás del formal Clark Kent se esconde *Superman?).* O quizá fuera que él, deliberadamente, ofrecía cierta imagen. Otro de sus talentos, bastante más notable, consistía en hacerse invisible —en una habitación, en un coche; podía desmatenalizarse a su antojo—, y quizá este don no era más que el opuesto del otro la súbita concentración de sus moléculas, que de repente convertían a su imperceptible silueta en un cuerpo sólido, una metamorfosis que siempre sorprendía al que la presenciaba.

La ambulancia se había marchado. La carretera se extendía resbaladiza y vacía bajo la llovizna. El agente Davenport subía apresuradamente al Commons, con la

cabeza gacha, sus zapatos negros golpeando ruidosamente el mármol mojado Al vernos se detuvo. Sciola, que iba tras él, subió trabajosamente los últimos dos o tres escalones, apoyando una mano en la rodilla. Se quedó de pie detrás de Davenport y nos miró un momento, mientras recobraba el aliento.

—Lo siento —dijo.

Oímos un avión, pero las nubes lo tapaban.

—Así que está muerto —dijo Henry. —Me temo que sí.

El zumbido del avión se desvaneció en la húmeda y ventosa distancia.

—¿Dónde lo han encontrado? —preguntó Henry por fin. Estaba lívido y con las sienes sudorosas, pero por lo demás muy entero. Hablaba con voz monótona.

—En el bosque —contestó Davenport.

—No muy lejos —añadió Sciola, frotándose un ojo con los nudillos—. A menos de un kilómetro de aquí.

—¿Estaban ustedes allí?

—Sciola dejó de frotarse el ojo:

—¿Cómo?

—¿Estaban ustedes allí cuando lo encontraron?

—Estábamos almorzando en el Blue Ben —contestó Davenport, un poco molesto. Respiraba ruidosamente por la nariz, y llevaba el cabello salpicado de gotas de llovizna—. Hemos ido a echar un vistazo. Y ahora vamos a ver a la familia.

—¿Todavía no lo saben? —preguntó Camila, después de una pausa de sorpresa.

—No, no es eso —contestó Sciola. Se palpaba el pecho, mientras buscaba con sus largos y amarillentos dedos en el bolsillo de su abrigo—. Vamos a llevarles una autorización. Nos gustaría llevarlo al laboratorio de Newark para hacerle unas pruebas. Pero en estos casos... —su mano cogió algo, y lentamente extrajo un arrugado paquete de Pall Mall—, en estos casos no es fácil convencer a la familia de que firme. Es comprensible. Esta gente lleva una semana esperando, está toda la familia aquí, lo que querrán es enterrarlo cuanto antes...

—¿Qué pasó? —le preguntó Henry—. ¿Lo saben?

Sciola buscó sus cerillas, las encontró y, tras dos o tres intentos, encendió el cigarrillo.

—Es difícil decirlo —dijo, dejando caer la cerilla, todavía encendida—. Estaba en el fondo de un precipicio, con el cuello roto.

—Pero no creen que se haya suicidado, ¿verdad que no? La expresión de Sciola no cambió, pero el humo que salió por su nariz se enroscó de una forma que, sutilmente, indicaba sorpresa.

—¿Por qué lo dices?

—He oído que alguien lo comentaba.

Sciola miró a Davenport, y luego se dirigió a Henry:

—Mira, hijo, yo no le haría mucho caso a esta gente. No sé a qué conclusión llegará la policía, ya se apañarán, pero no creo que lo califiquen de suicidio.

—¿Por qué?

Nos miró con aire tranquilo, con sus ojos de tortuga:

—No hay nada que lo demuestre —dijo—. Que yo sepa. El sheriff cree que salió a dar un paseo, que no iba suficientemente abrigado, que el tiempo empeoró y quizás él iba deprisa porque quería llegar a casa...

—No lo han comprobado —agregó Davenport—, pero por lo visto parece que había estado bebiendo.

Sciola hizo un gesto de resignación, muy italiano:

—Y aunque no hubiera estado bebiendo —continuó—, el suelo estaba embarrado. Llovía. Es posible que ya hubiera oscurecido.

Hubo un largo silencio.

—Mira, hijo —dijo Sciola con cierta amabilidad—. Ya que me lo preguntas, te diré lo que pienso: tu amigo no se mató. He visto el sitio por donde cayó. La maleza del borde estaba toda... —Hizo un dibujo en el aire: algo tenue, desgajado.

—Despedazada —dijo Davenport bruscamente—. Tenía tierra en las uñas. Al caer debió de intentar agarrarse.

—No intento explicar lo que pasó —dijo Sciola—. Lo único que digo es que no debes creer todo lo que digan. Ese sitio es peligroso, deberían vallarlo o algo... ¿No quieres sentarte un momento? —le dijo a Camila, que había palidecido.

—De cualquier forma, la universidad tendrá problemas —dijo Davenport—. Supongo que intentarán eludir toda responsabilidad; lo digo por las cosas que decía la mujer del Student Services. Si se emborrachó en esa fiesta... Hace unos dos años hubo un caso parecido en Nashua, donde yo vivía. Un chico se emborrachó en una fiesta de un club de estudiantes, se desmayó en la nieve, y no lo encontraron hasta que sacaron los arados. Supongo que todo depende de cuánto se emborracharan y de dónde tomaran la última copa, pero aunque no hubiera estado borracho, no es muy buena publicidad para la escuela. Cuando un chaval está estudiando y tiene un accidente así en el mismo campus... No quisiera faltarles al respeto, pero he conocido a sus padres, y son los típicos fulanos que denuncian la escuela.

—¿Y usted? ¿Qué cree que pasó? —le preguntó Henry a Sciola.

Aquella pregunta no me pareció la más acertada, sobre todo allí y en aquel momento, pero Sciola sonrió, mostrando una feroz dentadura de perro viejo o de zarigüeya: demasiados dientes descoloridos y manchados.

—¿Yo?

—Sí.

Le dio una calada al cigarrillo y asintió con la cabeza:

—Lo que yo piense no tiene ninguna importancia, hijo. Esto no es un caso federal.

—¿Qué?

—Que no es un caso federal —repitió Davenport—. Aquí no se ha violado ninguna ley federal. Es competencia de la policía local A nosotros nos llamaron por lo del chalado ese, ya sabes, el de la gasolinera, y resulta que no tenía nada que ver en todo esto. Antes de que viniéramos nos mandaron bastante información sobre él desde Washington. ¿Quieres saber lo chalado que está? En los años setenta se dedicaba a mandar anónimos al presidente egipcio Sadat: catálogos de venta por correo con fotografías de mujeres orientales desnudas. Nadie le hacía demasiado caso, pero... ¿cuándo fue?, en el ochenta y dos, cuando asesinaron a Sadat, la CÍA le siguió la pista a Hundy, y la CIA nos proporcionó los archivos sobre Hundy. No tenía antecedentes, ni nada parecido, pero menudo chalado. Se había gastado miles de dólares poniendo conferencias a Oriente Medio; yo vi una carta que le había escrito a Golda Meir, y la llamaba su alma gemela...

—Mira, cuando un tipo así entra en acción, hay que ir con cuidado. Parecía bastante inofensivo, ni siquiera perseguía la recompensa; le mandamos un agente secreto con un cheque jugoso, y ni siquiera lo tocó. Pero con tipos como ése nunca se sabe. Me acuerdo de Embry Lee Harden, en el setenta y ocho: parecía un ángel, se dedicaba a reparar relojes y a regalarlos a los niños pobres, pero jamás olvidaré el día que entraron en la trastienda de su relojería...

—Es imposible que estos chicos se acuerden de Embry, Harv —dijo Sciola, tirando el cigarrillo al suelo— Ni siquiera habían nacido.

Seguimos allí un rato más, formando un extraño semicírculo sobre las baldosas, y cuando parecía que todos íbamos a decir a la vez que nos íbamos, oí que Camila emitía un ruido extraño. Me giré, sorprendido. Estaba llorando.

Nadie supo qué hacer. Davenport nos dirigió una mirada asqueada a Henry y a mí y se apartó un poco, como diciendo: «Todo esto es culpa vuestra »

Sciola, sumamente consternado, alargó la mano dos veces para coger a Camila por el brazo, y al tercer intento finalmente sus lentos dedos llegaron a tocarle el codo.

—¿Quieres que te acompañemos a tu casa? —le dijo.

Tenían el coche —el típico sedán Ford negro— al pie de la colina, en el aparcamiento que había detrás del edificio de Ciencias. Camila caminaba entre los dos hombres. Sciola iba hablando con ella, dulcemente, como si fuese una niña pequeña;

su voz nos llegaba por encima del crujir de los pasos, las gotas y el viento que agitaba las ramas de los árboles.

—¿Está tu hermano en casa? —le preguntó.

—Sí.

Sciola asintió con la cabeza.

—Mira, tu hermano me cae bien —continuó—. Es un buen chico. Es curioso, yo no sabía que un chico y una chica pudieran ser gemelos. ¿Y tú, Han? ¿Lo sabías? —preguntó a su compañero.

—No.

—Yo tampoco ¿Os parecíais más de pequeños? Hombre, ahora tenéis cierto aire, pero ni siquiera tenéis el cabello del mismo color. Mi mujer tiene unas primas que también son gemelas. Se parecen mucho, y además las dos son asistentas sociales —Hizo una pausa—. Tu hermano y tú os lleváis bastante bien, ¿verdad?

Camila contestó con un breve balbuceo.

Sciola hizo un gesto afirmativo.

—Qué bien —dijo—. Seguro que tenéis alguna historia interesante. Sobre telepatía y esas cosas. Las primas de mi mujer van de vez en cuando a unas reuniones de gemelos, y cuando vuelven nos cuentan cosas increíbles.

Cielo blanco. Árboles desdibujados en el horizonte, montañas invisibles. Mis manos colgaban por los puños de mi chaqueta, como si no me pertenecieran. Nunca llegué a acostumbrarme a aquel horizonte que de pronto se borraba y te dejaba a la deriva, abandonado, en un paisaje de ensueño, incompleto, que era una especie de boceto del mundo conocido: la silueta de un solo árbol en representación de toda una arboleda, farolas y chimeneas flotando, fuera de contexto, antes de que el resto del cuadro estuviera completo; una tierra de amnésicos, una especie de Cielo distorsionado, donde los antiguos puntos de referencia, aunque reconocibles, estaban demasiado separados y desordenados, y se habían vuelto terribles por culpa del vacío que los rodeaba.

Había una zapatilla vieja en medio de la calzada, frente al almacén, donde pocos minutos antes se había detenido la ambulancia. No era de Bunny. No sé de quién era ni cómo llegó allí. No era más que una vieja zapatilla de tenis. No sé por qué me he acordado de ella ahora, ni por qué me impresionó tanto.

CAPITULO 7

Bunny no tenía muchos amigos en Hampden, pero como era una universidad tan pequeña, casi todo el mundo lo recordaba por una cosa u otra; había quien lo conocía de nombre, quien lo conocía de vista, quien recordaba su voz, que sin duda era uno de sus aspectos más característicos. Yo conservo un par de fotografías de Bunny, y aun así, curiosamente, no es su cara lo que me ha acompañado todos estos años, sino su voz, su desaparecida voz: estridente, gárrula, exageradamente resonante; después de oírla una vez, ya no la olvidabas fácilmente. Durante los primeros días después de su muerte, en los comedores se echaba en falta aquel poderoso sonido ronco procedente del rincón donde Bunny solía sentarse, junto al expendedor de leche.

Por tanto, era normal que lo echaran de menos, e incluso que lamentaran su pérdida, porque cuando se muere alguien en una escuela como Hampden, donde todos estábamos tan aislados y tan juntos, no resulta fácil seguir adelante. Pero me sorprendió la desenfrenada manifestación de dolor que se desató en cuanto la noticia de su muerte se hizo oficial. No sólo parecía gratuita, sino, dadas las circunstancias, incluso vergonzosa. Su desaparición no parecía haber afectado demasiado a nadie, ni siquiera los últimos días, cuando parecía evidente que cuando hubiera noticias éstas serían malas; y la búsqueda, en general, parecía un gran inconveniente, más que ninguna otra cosa. Pero ahora, conocida la noticia de su muerte, la gente se había puesto frenética. De pronto todo el mundo lo conocía, todo el mundo estaba desconsolado, todo el mundo iba a tener que esforzarse para seguir adelante sin él. «Es lo que a él le habría gustado.» Aquella semana oí esa frase en numerosas ocasiones de gente que no tenía idea de lo que Bunny quería: empleados de la universidad, plañideras anónimas, desconocidos que sollozaban fuera de los comedores; el consejo de administración, en una declaración defensiva y meticulosamente redactada, decía que «de acuerdo con el peculiar espíritu de Bunny Corcoran, así como de los ideales humanos y progresistas del Hampden College, se ha hecho una importante donación en su nombre a la American Civil Liberties Union», una organización que sin duda Bunny, de haber conocido su existencia, habría aborrecido.

La verdad, podría extenderme bastante sobre el histrionismo público de los días que siguieron a la muerte de Bunny. La bandera ondeaba a media asta. Los psicólogos estaban de guardia las veinticuatro horas. Unos cuantos chalados de la facultad de ciencias políticas se paseaban con brazaletes negros. Proliferaron las plantadas de árboles, las misas conmemorativas, las donaciones y los conciertos. Una chica de primer curso intentó suicidarse —por motivos que no tenían relación con la muerte de Bunny— comiendo bayas venenosas que había frente al conservatorio de música, pero aquello formaba parte de la histeria general que se había desencadenado. Todos llevaban gafas de sol. Frank y Jud, convencidos, como siempre, de que la vida debía seguir su curso, iban por ahí con su lata de pintura recogiendo fondos para celebrar una fiesta de la cerveza en honor de Bunny. Algunos empleados de la universidad opinaron que aquella idea era de muy mal gusto, sobre todo teniendo en cuenta que la muerte de Bunny había sacado a la luz el elevado número de celebraciones alcohólicas que tenían lugar en Hampden, pero Frank y Jud no se inmutaron. «A él le habría gustado que lo celebrásemos», dijeron, lacónicos, y desde luego no era el caso. Pero claro, tenían aterrorizados a los de la oficina del Student Services. Sus padres eran miembros vitalicios de la junta directiva; el padre de Frank había hecho una donación para la nueva biblioteca, y el de Jud había construido el edificio de ciencias. Corría el rumor de que ambos eran inexpulsables, y una reprimenda del decano no iba a impedirles hacer lo que se les antojara. Así que la fiesta de la cerveza acabó celebrándose, y fue tan incoherente y de mal gusto como cabía esperar. Pero me estoy yendo por las ramas.

El Hampden College, como institución, siempre había tenido una exagerada tendencia al histerismo. La gente, ya sea debido al aislamiento, a la maldad o simplemente al aburrimiento, era mucho más crédula y emocional de lo que generalmente se espera de la gente educada, y esta atmósfera hermética y acalorada se prestaba al melodrama y la distorsión. Recuerdo muy bien, por ejemplo, el ciego terror animal que se desató cuando a algún bromista se le ocurrió tocar la alarma de defensa civil. Alguien dijo que era un ataque nuclear. Daba la casualidad de que aquella noche las señales de televisión y de radio, que en aquella zona montañosa nunca eran demasiado buenas, se recibían particularmente mal, y a causa de la estampida que se produjo hacia los teléfonos, la centralita se colapsó, dejando a la escuela sumida en un violento y casi inimaginable pánico. Los coches chocaban unos con otros en el aparcamiento. La gente gritaba, sollozaba, regalaba sus pertenencias, se reunía en pequeños grupos en busca de consuelo y cariño. Hubo unos hippies que se atrincheraron en el edificio de ciencias, en el refugio antinuclear, y se negaron a dejar entrar a nadie que no supiera la letra de *Sugar Magnolia.* Se formaron bandos cuyos líderes surgían del caos. Pese a que en realidad el planeta no había desaparecido, todo el mundo se lo pasó en grande y la gente comentó durante años y con nostalgia aquel episodio.

La manifestación de dolor por Bunny, aunque menos espectacular, fue, en muchos aspectos, un fenómeno similar: una afirmación de la comunidad, una expresión metafórica de homenaje y congoja. El lema de Hampden es «Aprender Haciendo». La gente experimentaba una sensación de invulnerabilidad y bienestar a base de asistir a sesiones de rap, conciertos de flauta al aire libre; disfrutaba cuando le daban un pretexto oficial para comparar sus pesadillas o desmoronarse en público. En cierto sentido, era mero teatro, pero en Hampden, donde la expresión creativa estaba más valorada que ninguna otra cosa, el teatro mismo era una especie de trabajo, y la gente se dedicaba a su dolor con tanta seriedad como los niños pequeños juegan a veces, con bastante frialdad y sin placer, en imaginarios despachos y tiendas.

El lamento de los hippies era el de mayor significado antropológico. En vida, Bunny había estado en guerra casi perpetua con ellos: los hippies vertían tinte en la bañera y ponían música a todo volumen para molestarlo; Bunny los bombardeaba con latas vacías de soda y llamaba a seguridad cada vez que creía ver a alguien fumando hierba.

Ahora que estaba muerto, marcaron su tránsito a otra esfera de forma impersonal y casi tribal: recitando, tejiendo mandalas, tocando los bongos, poniendo en práctica sus propios ritos, inescrutables y misteriosos. Henry los observaba desde lejos, con la punta del paraguas apoyada en la punta de su zapato, envuelto en polainas caqui.

—¿Sabes si «mándala» es una palabra pali? —le pregunté.

Hizo un gesto negativo con la cabeza:

—No. Sánscrito. Significa «círculo».

—Entonces es hindú, ¿no?

—No necesariamente —me dijo, observando a los hippies como si fueran animales del zoo—. A los mandalas se los asocia con el tantrismo. El tantrismo se convirtió en una especie de influencia corruptora del panteón budista hindú, aunque, desde luego, algunos de sus elementos fueron asimilados por la tradición budista básica y reestructurados, hasta que hacia el año ochocientos, más o menos, el tantrismo ya tenía una tradición propia. Una tradición corrupta, a mi modo de ver, pero tradición al fin y al cabo.

Hizo una pausa y se quedó mirando a una chica con una pandereta que iba dando vueltas, alelada, por el césped.

—Pero para contestar a tu pregunta —añadió Henry—, creo que los mandalas, en realidad, tienen un lugar bastante respetable en la historia del propio budismo. Aparecen en los túmulos de la llanura del Ganges y en muchos otros sitios desde el siglo uno.

Después de releer las últimas páginas, creo que en ciertos aspectos he cometido una injusticia con Bunny. En realidad, a la gente le caía bien. Nadie lo conocía en profundidad, pero una de las extrañas características de su personalidad consistía en que cuanto menos lo conocías, más creías conocerlo. Su carácter, contemplado a cierta distancia, proyectaba una impresión de solidez y de entereza que de hecho era tan inconsistente como un holograma; visto de cerca, era todo motas y luz, podías atravesarlo con la mano. Si te retirabas lo suficiente, sin embargo, la ilusión regresaba, y él aparecía, en tamaño natural, mirándote con los ojos entrecerrados a través de sus gafitas y retirándose un mechón de cabello con la mano.

El suyo era de esos caracteres que se desintegran cuando se los somete a análisis. Sólo puede definirse mediante la anécdota, el encuentro fortuito, la frase suelta. Personas que jamás habían hablado con él recordaban de pronto, sumamente emocionados, haberlo visto arrojándole palos a un perro o robando tulipanes del jardín de un profesor. «Influyó en la vida de los demás», dijo el director de la escuela, inclinándose hacia delante, apoyado en el podio con ambas manos. Aquella misma frase la repitió dos meses después en una misa en memoria por la chica de primer curso (que había tenido más suerte con una hoja de afeitar que con las bayas venenosas); pero de todos modos, en el caso de Bunny era sorprendentemente cierta. Es cierto que Bunny influyó en la vida de otros, en la vida de extraños, de una forma completamente imprevista. Y eran éstos los que de verdad lamentaban su muerte —o eso creían ellos— con una pena no menos aguda por el hecho de no conocer íntimamente a su objeto.

Esta irrealidad de su carácter, ese aspecto de personaje ficticio, incluso, era el secreto de su atractivo y lo que finalmente hizo que su muerte fuera tan triste. Como todo gran comediante, Bunny coloreaba su entorno allí donde iba; te lo imaginabas en todo tipo de situaciones extrañas con el fin de maravillarte de su versatilidad: Bunny montando en camello, Bunny haciendo de niñera, Bunny en el espacio. Ahora, ya muerto, su versatilidad se transformaba en algo completamente diferente: era un conocido actor secundario representando el papel trágico con sorprendente acierto.

Cuando la nieve por fin se fundió, desapareció tan deprisa como había llegado. En veinticuatro horas no quedaba ni rastro de ella, salvo unos pocos charcos en el bosque —ramas blancas abriendo agujeros en las capas más duras con sus goteras— y los grisáceos montones de los arcenes de la carretera. El jardín del Commons se extendía amplio y desolado como un campo de batalla napoleónico: revuelto, sórdido, pisoteado.

Fueron momentos extraños, fragmentados. En los días que precedieron al funeral, no nos vimos demasiado. Los Corcoran habían convencido a Henry de que les acompañara a Connecticut; Cloke, que en mi opinión estaba al borde del ataque de nervios, se instaló, sin que nadie lo invitara, en casa de Charles y Camila, donde se pasaba el día bebiendo cerveza Grolsch hasta que se quedaba dormido en el sofá con un cigarrillo encendido. A mí se me pegaron Judy Poovey y sus amigas Tracy y Beth. Venían a recogerme, sin falta, a la hora de comer («Richard —me decía Judy, alargando la mano para cogerme la mía y apretármela—, tienes que comer»), y el resto del tiempo tenía que cumplir con las actividades que planeaban para mí, cine al aire libre y comidas mexicanas, o ir al apartamento de Tracy a beber margaritas y ver programas de MTV. El cine no me molestaba, pero en seguida me harté de aquel desfile de nachos y bebidas a base de tequila Se volvían locas por una cosa que llamaban Kamikazes, y les gustaba teñir los margaritas de un azul horroroso.

La verdad es que su compañía me resultaba generalmente agradable. Judy, pese a sus defectos, era una buena persona, y era tan mandona y charlatana que con ella siempre me sentía a salvo. Beth no me gustaba. Era bailarina, de Santa Fe, tenía la cara de goma y una risita idiota, y cuando se reía le salían hoyuelos por todas partes. En Hampden se la consideraba una belleza, pero yo odiaba sus andares —torpes, como de cocker spaniel— y su vocecilla de niña pequeña, que encontraba muy afectada y

que frecuentemente degeneraba en un gañido. Además había sufrido un par de ataques de nervios, y a veces, cuando estaba relajada, bizqueaba de una forma que me ponía nerviosísimo. Tracy, en cambio, me caía muy bien. Era guapa y judía; tenía una sonrisa encantadora y cierta debilidad por Mary Tyler Moore, apreciable en la forma en que se abrazaba a sí misma o en que giraba trazando círculos, con los brazos extendidos. Las tres fumaban mucho y contaban historias larguísimas y muy aburridas («Y nos pasamos *cinco horas* metidos en el avión, haciendo cola en la pista»), y hablaban sobre gente que yo no conocía. Yo, el desconsolado y despistado, tenía derecho a quedarme mirando tranquilamente por la ventana. Pero a veces me cansaba de ellas, y si me quejaba de que me dolía la cabeza o decía que quería irme a dormir, Tracy y Beth desaparecían rápidamente, y me quedaba a solas con Judy. Supongo que Judy tenía buenas intenciones, pero el tipo de consuelo que a ella le habría gustado ofrecerme no me atraía demasiado, y después de diez o veinte minutos a solas con ella yo ya estaba preparado para otra tanda de margaritas y MTV en casa de Tracy.

Francis era el único que seguía libre, y de vez en cuando pasaba a verme. A veces me encontraba solo; cuando estaba con las chicas, se sentaba rígido en la silla de mi escritorio y fingía, como habría hecho Henry, examinar mis libros de griego, hasta que incluso la tontorrona de Tracy captaba la indirecta y se marchaba. En cuanto se cerraba la puerta y Francis oía pasos en la escalera, cerraba el libro, marcando la página con un dedo, y se inclinaba hacia delante, nervioso, pestañeando. Aquellos días, nuestra mayor preocupación era la autopsia que había pedido la familia de Bunny; nos quedamos perplejos cuando Henry, desde Connecticut, anunció que le estaban practicando una; para contárnoslo tuvo que escabullirse de casa de los Corcoran una tarde y llamar a Francis desde una cabina, bajo las ondeantes banderas y los toldos a rayas de un establecimiento de venta de coches de segunda mano, con el ruido de una autopista al fondo. Había oído a la señora Corcoran decirle al señor Corcoran que era mucho mejor, que de otro modo (y Henry juró que había oído aquellas palabras perfectamente) *nunca estarían seguros.*

Una de las cosas que más me llaman la atención del sentimiento de culpa es la diabólica capacidad de invención que te da. Yo pasé las dos o tres noches peores de mi vida, despierto y borracho, con un horrible sabor a tequila en la boca y pensando en hilos de ropa, huellas dactilares, restos de cabello. Lo único que sabía sobre autopsias era lo que había visto en *Quincy,* pero no se me ocurrió pensar que mi información podía ser inexacta por venir de un programa de televisión ¿Acaso no comprobaban aquellas cosas meticulosamente, no trabajaban con un forense? Me incorporé, encendí las luces; tenía la boca teñida de un tétrico azul. Vomité en el lavabo, y el vomito era de un azul transparente, un chorro de intenso y ácido turquesa.

Pero Henry, que tenía plena libertad para observar a los Corcoran en su propio hábitat, pronto averiguó lo que estaba pasando. Francis estaba tan impaciente con aquella alegre noticia que ni siquiera esperó a que Tracy y Judy salieran de la habitación, y me la dijo inmediatamente, en un griego imperfecto, mientras la dulce Tracy se preguntaba en voz alta para qué demonios queríamos estudiar en momentos como aquél.

—*No temas* —me dijo Francis—. *Es la madre. Está preocupada por la deshonra de que el hijo hubiera tenido que ver con el vino.*

No entendí lo que quería decirme. La forma «deshonra» (τιμία) que utilizó también significa «pérdida de los derechos civiles».

—*¿Atimia?* —repetí.

—Sí.

—*Pero si los derechos son para los vivos, y no para los muertos.*

—Οὐ μοι —dijo Francis, al tiempo que negaba con la cabeza—. No, hombre, no.

Castañeó los dedos, intentando dar con la palabra adecuada, mientras Judy y Tracy nos miraban con interés. Mantener una conversación en una lengua muerta es más difícil de lo que parece.

—*Ha habido muchos rumores* —dijo por fin—. *La madre está afli gida No por el hijo* —añadió al ver que yo iba a interrumpirle—, *pues es una mujer malvada. Está afligida por la vergüenza que ha caído sobre su casa.*

—*¿Vergüenza? ¿Qué vergüenza?*

—Οιγογ —dijo, impaciente—. Οαρμαχογ. *Ella quiere demostrar que no hay vino en el cuerpo de su hijo.* —Y aquí empleó una metáfora muy elegante, intraducible: poso en el vacío odre de su cuerpo.

—*¿Y por qué tiene tanto interés en demostrarlo?*

—*Porque los ciudadanos murmuran. Es una vergüenza para un joven morir borra cho.*

Eso era cierto; por lo menos lo de las murmuraciones. La señora Corcoran, que al principio se había puesto a disposición de cualquiera que quisiera escucharla, estaba muy molesta por la poco decorosa posición en que ahora se encontraba. Los artículos del principio, que la habían descrito como «bien vestida», «atractiva», «perfectamente correcta», habían dado paso a otros, sarcásticos y vagamente acusatorios, como el titulado LA MADRE DICE MI HIJO NO. Aunque lo único que sugería la presencia de alcohol era una miserable botella de cerveza, y aunque no había pruebas reales de nada que tuviera que ver con drogas, en el noticiario de la noche los psicólogos hablaron de familias conflictivas y señalaron que las tendencias adictivas solían pasar de padres a hijos. Fue un golpe muy duro. La señora Corcoran, al marcharse de Hampden, se abrió paso entre sus antiguos amigos los periodistas desviando la mirada y dibujando una brillante sonrisa de odio con los dientes prietos.

Era injusto, desde luego. Según las noticias, uno habría pensado que Bunny era el estereotipo de drogadicto o de quinceañero atormentado. No importaba en absoluto que quienes lo conocían (incluidos nosotros. Bunny no era ningún delincuente juvenil) lo negáramos; no importaba que la autopsia no revelara más que un porcentaje mínimo de alcohol en la sangre y ni rastro de drogas; no importaba que ni siquiera fuera un quinceañero: los rumores, que revoloteaban en círculos por encima de su cadáver, como buitres, habían descendido por fin y habían clavado sus garras. En el *Examiner* de Hampden apareció un párrafo que reproducía llanamente los resultados de la autopsia. Pero en la escuela se le recuerda como un borracho empedernido; todavía se habla, en habitaciones oscuras, de su embriagado fantasma, para asustar a los novatos, junto con los decapitados de aquel accidente de tráfico y la *bobby soxer* que se colgó en la buhardilla de la Putnam y todo el resto de tenebrosos muertos de Hampden.

El funeral iba a celebrarse el jueves. El lunes por la mañana, encontré dos sobres en mi buzón, uno de Henry y otro de Julian. Primero abrí el de Julian. Llevaba matasellos de Nueva York y estaba escrito deprisa, con la pluma roja que utilizaba para corregir nuestros ejercicios de griego.

Querido Richard.

Esta mañana me siento desgraciado, y sé que este sentimiento me acompañará durante un tiempo. La noticia de la muerte de nuestro amigo me ha entristecido enormemente. No sé si habrás intentado hablar conmigo, he estado fuera, no me encontraba bien, no creo que vuelva a Hampden hasta después del funeral.

Que triste es pensar que el jueves será la última vez que estemos juntos. Espero que estés bien. Un abrazo.

Firmaba con sus iniciales.

La carta de Henry, desde Connecticut, era pomposa como un criptograma procedente del frente del oeste.

Querido Richard:

Espero que estés bien. Llevo varios días en casa de los Corcoran. Aunque tengo la impresión de que les proporciono menos consuelo del que ellos, en su desesperación, creen, me han permitido serles de ayuda en diversos asuntos domésticos.

El señor Corcoran me ha pedido que escriba a los amigos de Bunny de la escuela y que les invite a pasar la noche anterior al funeral en su casa. Imagino que os alojarán en el sótano. Si no tienes intención de asistir, por favor, llama a la señora Corcoran y házselo saber.

Espero verte en el funeral, o mejor aún antes.

La carta no estaba firmada, pero había una cita de la *Ilíada,* en griego. Pertenecía al libro undécimo, cuando Odiseo, separado de sus amigos, se encuentra solo en territorio enemigo.

Sé fuerte, dijo mi corazón, soy un soldado, he visto cosas peores que ésta.

Fui a Connecticut con Francis. Esperaba que los gemelos vendrían con nosotros, pero se marcharon un día antes con Cloke —que, sorprendentemente, había recibido una invitación personal de la señora Corcoran—. Nosotros creíamos que no iban a invitarle. Después de que Sciola y Davenport lo pescaran intentando marcharse del pueblo, la señora Corcoran se había negado a hablar siquiera con él. («Lo hace para salvar las apariencias», dijo Francis) En cualquier caso, Cloke había recibido la invitación, igual que sus amigos Rooney Wynne y Bram Guernsey Herny se había encargado de hacérselas llegar.

En realidad los Corcoran habían invitado a bastante gente de Hampden: amigos de la residencia, gente que yo ni siquiera sabía que Bunny conociera. Una chica llamada Sophie Dearbold, que yo conocía de vista de la clase de francés, iba a venir con Francis y conmigo en el coche.

—¿De qué la conocía Bunny? —le pregunté a Francis cuando íbamos a recogerla.

—No creo que la conociera demasiado bien. Pero le gustaba. Estoy seguro de que a Marion no le gustará nada que la hayan invitado.

Yo me temía que el viaje pudiera resultar incómodo, pero la verdad es que el ir con una desconocida supuso un maravilloso alivio. Casi nos divertimos, con la radio puesta y Sophie (ojos castaños, voz grave) en el asiento delantero hablando con nosotros, y Francis de mejor humor del que recordaba haberlo visto desde hacía una eternidad. «¿Sabes que te pareces a Audrey Hepburn?», le dijo. Sophie nos dio Kools y caramelos de canela, nos contó historias graciosas. Yo me reía, miraba por la ventana y rezaba para que nos pasáramos la salida. Jamás había estado en Connecticut. Tampoco había estado jamás en un funeral.

Shady Brook estaba en un estrecho camino que arrancaba en la carretera y avanzaba, curva a curva, durante muchos kilómetros, con puentes, atravesando pastizales y campos de cultivo. Al cabo de un rato las colinas dieron paso a un campo de golf. El Club de Campo de Shady Brook, rezaba el letrero de madera que colgaba frente al chalé estilo Tudor. A continuación estaban las casas: grandes y elegantes, muy amplias, cada una con sus dos o tres hectáreas de terreno.

Aquello era una especie de laberinto. Francis buscaba el número correcto en los buzones, equivocándose una y otra vez, maldiciendo, cambiando de marcha bruscamente. No había letreros, ni lógica aparente respecto a los números de las casas, y cuando llevábamos una media hora asomando por la ventanilla sin éxito, empecé a albergar esperanzas de que no llegáramos a encontrar la casa, de que pudiéramos dar media vuelta y volver tranquilamente a Hampden.

Pero la encontramos, por supuesto. Era una enorme torre moderna «de diseño», situada al final de su propio *cul-de-sac,* de cedro descolorido, construida en diferentes niveles, con terrazas asimétricas y deliberadamente desnudas. El pavimento del patio era de ceniza negra, y no había más vegetación que unos cuantos bonsai colocados en tiestos posmodernos, muy separados unos de otros.

—Uau —exclamó Sophie, que, fiel a la filosofía de Hampden, siempre admiraba lo novedoso.

Miré a Francis, que se encogió de hombros.

—Le gusta la arquitectura moderna —dijo.

Nunca había visto al hombre que nos abrió la puerta, pero lo reconocí al instante, y eso me produjo una sensación un poco misteriosa. Era alto y tenía la piel sonrosada, una fuerte mandíbula y una densa mata de cabello blanco. Se quedó un momento mirándonos, dibujando una prieta *o* con su pequeña boca. Y entonces, rápidamente, con un movimiento bastante infantil, se adelantó y le agarró la mano a Francis.

—¡Hombre! —exclamó. Tenía una voz nasal, gárrula, como la de Bunny—. Pero si es el pelirrojo. ¿Qué tal estás, chico?

—Muy bien —contestó Francis, y me sorprendió ligeramente la sinceridad y el cariño con que lo dijo, así como la fuerza con que le devolvió el apretón de manos.

El señor Corcoran lo rodeó con su fuerte brazo.

—Es como de la familia —nos dijo a Sophie y a mí, despeinándole el cabello a Francis—. Todos mis hermanos eran pelirrojos, y en cambio yo no he tenido ni un solo hijo así. No lo entiendo. ¿Y tú quién eres, preciosa? —le preguntó a Sophie, soltando a Francis y tendiéndole la mano a ella.

—Hola. Me llamo Sophie Dearbold.

—Ah, me alegro de conocerte. Qué chica tan guapa. Eres igual que tu tía Jean.

—¿Qué? —dijo Sophie después de una pausa.

—Tu tía. La hermana de tu padre. Jean Lickfold, la que ganó el torneo femenino de golf del club el año pasado.

—No, no. Yo me llamo *Dearbold.*

—Ah, Dearfold. Ya. Qué curioso. No conozco a ninguno Dearfold por aquí. Pero conocí a un tipo que se llamaba Breedlow, aunque de eso hace mucho tiempo, más de veinte años. Era empresario. Dicen que hizo un desfalco de cinco millones.

—Yo no soy de aquí.

La miró con la ceja enarcada, un gesto que me recordó a Bunny:

—¿Ah, no?

—No.

—¿No eres de Shady Brook? —dijo, como si le costara creerlo.

—No.

—¿Y entonces de dónde eres, preciosa? ¿De Greenwich?

—De Detroit.

—Pues te agradezco mucho que hayas venido desde tan lejos.

Sophie, sonriente, hizo un gesto de negación con la cabeza y empezó a explicarse, pero el señor Corcoran de pronto la rodeó con sus brazos y se echó a llorar.

Nos quedamos horrorizados. Veíamos los ojos de Sophie, por encima de los espasmódicos hombros del señor Corcoran, redondos y espantados, como si la hubiera atravesado con un cuchillo.

—Ay, querida —gimió el señor Corcoran, con la cara hundida en su cuello—. Querida, ¿qué vamos a hacer sin él?

—Señor Corcoran —dijo Francis, tirándole de la manga.

—Le queríamos mucho, querida —dijo él entre sollozos—. ¿Verdad? Y él te quería mucho a ti. Seguro que le habría gustado que lo supieras. Lo sabes, ¿verdad, cielo?

—Señor Corcoran —insistió Francis, cogiéndolo por los hombros y sacudiéndolo con fuerza—. *Señor Corcoran.*

Se dio la vuelta y se dejó caer sobre Francis, llorando a lágrima viva.

Me coloqué a su lado y conseguí pasar su brazo por detrás de mi cuello. Le fallaron las rodillas; estuvo a punto de tirarme al suelo, pero tambaleándonos bajo su peso, Francis y yo conseguimos mantenerlo en pie y lo entramos en el recibidor. «Mierda», le oí murmurar a Sophie. Una vez dentro, sentamos al señor Corcoran en una silla.

Seguía llorando. Su cara había enrojecido intensamente. Intenté aflojarle el cuello de la camisa, pero él me cogió por la muñeca.

—Se ha ido para siempre —gimoteó, mirándome fijamente a los ojos—. *Mi niño.*

Aquella mirada desconsolada, brutal, me hizo añicos. De pronto, y por primera vez, me di verdadera cuenta de lo que estaba pasando, del mal que habíamos hecho. Fue como precipitarse a toda velocidad contra un muro. Desconcertado, le solté el cuello de la camisa. Quería morirme.

—Dios mío —murmuré—. Que Dios me ayude, lo siento...

Noté un duro golpe en el tobillo. Era Francis. Estaba blanco como la tiza.

Un rayo de luz me lastimó los ojos. Me agarré al respaldo de la silla, cerré los ojos y vi una intensa luz roja, mientras el señor Corcoran emitía unos rítmicos sollozos.

Y de pronto cesaron. Se hizo el silencio. Abrí los ojos. El señor Corcoran —las últimas lágrimas todavía le bajaban por las mejillas, pero por lo demás había recobrado la compostura— estaba mirando con interés a un cachorro de cocker que le mordisqueaba la punta del zapato.

—*¡Jenny!* —dijo, severo—. ¡Mala! ¿No te ha sacado mamá? ¿Eh?

Haciendo gorgoritos, levantó a la perrita, que agitó las patas, furiosa, y la sacó de la habitación.

—Venga, vete —le ordenó—. Largo.

Oímos el portazo de una puerta de tela metálica. Y al cabo de un momento el señor Corcoran regresó: tranquilo, radiante, como el padre ideal de anuncio.

—¿A alguien le apetece una cerveza?

Nos quedamos perplejos. Nadie contestó. Yo lo miré fijamente, tembloroso, lívido.

—Vamos, chicos —dijo, y nos guiñó un ojo—. ¿Seguro que no?

Francis, por fin, se aclaró la garganta:

—Bueno, sí, creo que yo tomaré una.

Hubo un silencio.

—Yo también —dijo Sophie.

—¿Tres? —me dijo el señor Corcoran, jovial, levantando tres dedos.

Moví los labios, pero de mi boca no salió ningún sonido. El señor Corcoran ladeó la cabeza y me miró fijamente:

—¿Tú y yo nos conocemos? —me preguntó.

Hice un gesto de negación.

—Macdonald Corcoran —dijo, y me tendió la mano—. Llámame Mack.

Murmuré mi nombre.

—¿Cómo? —dijo él, poniéndose la mano detrás de la oreja.

Lo repetí, esta vez más fuerte.

—¡Ah! ¡Pero si eres el de California! ¿Dónde te has dejado el bronceado, hijo? —Rió de su propio chiste y fue a buscar las cervezas.

Me senté, agotado y casi mareado. Estábamos en una habitación amplísima, estilo *Architectural Digest,* parecida a un *loft,* con tragaluces y una chimenea de piedra, con sillones tapizados con piel blanca, una mesa baja de diseño —moderna, cara, de esas italianas—. La pared del fondo estaba ocupada por una larga vitrina llena de copas de la amistad, cintas, recuerdos escolares y deportivos; había también, ominosamente cerca, varias coronas funerarias que, junto con los trofeos, le daban a aquel rincón de la habitación un aire de Derby de Kentucky.

—Qué salón tan bonito —dijo Sophie. Su voz rebotó en las lisas superficies y en el suelo encerado.

—Gracias, encanto —dijo el señor Corcoran desde la cocina—. El año pasado salimos en *House Beautiful,* y el año anterior en la sección de decoración del *Times.* No es exactamente mi estilo, pero la decoradora de la familia es Kathy, ¿sabes?

Sonó el timbre de la puerta. Nos miramos. Sonó otra vez —dos melodiosas notas de carillón—, y la señora Corcoran salió de la parte trasera de la casa y pasó por entre nosotros sin decirnos nada y sin mirarnos.

—*Henry* —gritó—. Han llegado tus invitados. —Entonces abrió la puerta de la calle—. Hola —le dijo al mozo que esperaba fuera—. ¿De dónde vienes? ¿De Floristería Sunset?

—Sí, señora. Firme aquí, por favor.

Un momento. He llamado a la tienda hace un rato. Quiero saber por qué habéis traído todas estas coronas aquí esta mañana, cuando yo no estaba.

—Yo no las he traído. Hacemos turnos.

—Pero trabajas para la Floristería Sunset, ¿no?

—Sí, señora. —El chico me daba lástima. Era un quinceañero, con la cara salpicada de crema antiacné.

—Insistí en que aquí no enviaran más que ramos y plantas. Todas esas coronas tendrían que estar en la funeraria.

—Lo siento, señora. Si quiere hablar con el encargado...

—Veo que no lo entiendes. No quiero esas coronas en mi casa. Quiero que las metas en la camioneta y te las lleves a la funeraria. Y ésta que traes, también —dijo mientras sostenía en alto una llamativa corona de claveles rojos y amarillos—. Sólo quiero que me digas quién la envía.

El chico consultó su libreta:

—El señor y la señora Bartle.

—¡Ah! —exclamó el señor Corcoran, que había regresado con las cervezas; las llevaba todas cogidas con las manos, sin bandeja—. ¿Es de Betty y Bob?

La señora Corcoran no le prestó atención.

—Las plantas puedes entrarlas —le dijo al mozo, echándoles un despectivo vistazo a los tiestos envueltos en papel de aluminio.

Cuando el chico se marchó, la señora Corcoran empezó a inspeccionar las plantas, levantando las frondas para ver si había hojas muertas, y haciendo anotaciones en el reverso de los sobres con un diminuto lápiz de plata.

—¿Has visto la corona que han enviado los Bartle? —le dijo a su marido.

—Sí. Qué amables, ¿no?

—La verdad, no me parece muy adecuado por parte de un empleado enviar una cosa así. ¿No será que Bob está pensando pedirte un aumento de sueldo?

—No, cariño.

—Y lo de estas plantas tampoco lo entiendo —continuó, clavando el dedo índice en la tierra—. Esta violeta africana está casi muerta. Si Louise lo supiera, se llevaría un disgusto.

—La intención es lo que cuenta.

—Ya lo sé, pero de todas formas, si algo he aprendido de eso es que no hay que encargar flores en la Floristería Sunset. Todo lo que han traído de Tina's Flowerland está mucho mejor. *Francis* —dijo con el mismo tono aburrido y sin levantar la mirada—. No habías venido a vernos desde Semana Santa.

Francis bebió un poco de cerveza:

—Tienes razón —dijo con aire teatral—. ¿Cómo estás?

Ella suspiró y meneó la cabeza:

—Lo he pasado muy mal. Estamos haciendo todo lo posible por asumirlo. Jamás había pensado lo difícil que puede ser para unos padres encajar una cosa así y... Henry, ¿eres tú? —dijo en voz alta al oír a alguien arrastrar los pies en el rellano.

Una pausa.

—No, mamá. Soy yo.

—Ve a buscarlo, Pat, y dile que baje —dijo la señora Corcoran. Luego se volvió hacia Francis—. Esta mañana hemos recibido un ramo precioso de tu madre —le dijo—. ¿Cómo está?

—Muy bien. Ahora está en la ciudad. Se llevó un disgusto al enterarse de lo de Bunny —dijo, incómodo. (Francis me había dicho que habían hablado por teléfono y que ella se puso tan histérica que tuvo que tomarse una pastilla.)

—Es encantadora —dijo la señora Corcoran con dulzura—. Lo lamenté mucho cuando me contaron que había ingresado en el Betty Ford Center.

—Sólo estuvo un par de días —dijo Francis. La señora Corcoran levantó una ceja:

—¿Ah, sí? Pues sí que le sentó bien. Siempre me habían dicho que era un sitio excelente.

Francis se aclaró la garganta.

—Bueno, la verdad es que fue a descansar. Hay mucha gente que lo hace.

La señora Corcoran se mostró sorprendida:

—No te molesta hablar de este tema, ¿verdad? —dijo—. No tiene por qué molestarte. Creo que tu madre ha demostrado ser muy moderna al reconocer que necesita ayuda. Hace un tiempo, no demasiado, la gente no admitía ese tipo de problemas. Cuando yo era pequeña...

—Hombre, hablando del Papa de Roma... —interrumpió el señor Corcoran.

Henry, con traje oscuro, bajaba la escalera lentamente con paso comedido y rígido.

Francis se levantó. Yo lo imité. Henry nos ignoró.

—Ven aquí, hijo —le dijo el señor Corcoran—. Coge una cerveza.

—No, gracias —dijo Henry.

Me sorprendió ver lo pálido que estaba. Tenía la cara rígida, y en su frente había gotas de sudor.

—¿Qué habéis estado haciendo ahí arriba toda la tarde? —dijo el señor Corcoran, masticando hielo.

Henry lo miró, pestañeando.

—¿Eh? —insistió el señor Corcoran, jovial—. ¿Leyendo revistas de chicas? ¿Montando una radio?

Henry se pasó una temblorosa mano por la frente.

—Estaba leyendo —contestó.

—*¿Leyendo?* —dijo el señor Corcoran, como si fuera la primera vez que oía aquel verbo.

—Sí, señor.

—¿Qué leías? ¿Algo interesante?

—Los Upanishads.

—Así me gusta. Mira, en el sótano tengo una librería llena de libros. Si quieres puedes echarles un vistazo. Hasta tengo un par de Perry Masons. Son bastante buenos. Igual que la serie de televisión, sólo que de vez en cuando Perry se le insinúa a Della, y a veces suelta algún que otro taco.

La señora Corcoran se aclaró la garganta.

—Henry —dijo con tono afable al tiempo que cogía su vaso—, estoy segura de que *la juventud* querrá ver dónde va a alojarse. A lo mejor llevan maletas en el coche.

—De acuerdo.

—Mira en el cuarto de baño de abajo y asegúrate de que hay suficientes toallas. Si faltan, coge unas cuantas del armario del pasillo.

Henry asintió con la cabeza, pero antes de que pudiera responder el señor Corcoran apareció a sus espaldas:

—Este chico —dijo, y le dio una palmada en los hombros; vi cómo Henry contraía el cuello y se mordía disimuladamente el labio inferior— es *único*. ¿Verdad que es fabuloso, Kathy?

—Sí, nos ha ayudado mucho —afirmó la señora Corcoran fríamente.

Desde luego que sí. No sé qué habríamos hecho sin él esta semana. Ya podéis estar orgullosos —dijo el señor Corcoran, con una mano sobre el hombro de Henry— de tener un amigo así. Hoy en día no abundan. No señor. Nunca olvidaré la primera noche que Bunny pasó en Hampden. Me llamó por teléfono. «Papá —me dijo—, tendrías que ver al chalado que me ha tocado de compañero de habitación.» «Aguanta un poco, hijo —le aconsejé—, dale una oportunidad.» Y al cabo de unos pocos días, sólo hablaba de él: Henry por aquí, Henry por allá, y va y se cambia de especialidad, ya no me acuerdo cuál era, para estudiar griego clásico. Y sale disparado para Italia. Más contento que unas pascuas. —Se le estaban llenando los ojos de lágrimas—. Sí señor —añadió, meneando el hombro de Henry con una especie de brusco cariño—.

Las apariencias engañan. Este Henry puede parecer un tipo estirado, pero os aseguro que es una buena persona. Precisamente, la última vez que hablé con mi hijo estaba emocionado porque se iba a Francia con él este verano...

—Por favor, Mack —dijo la señora Corcoran, pero era demasiado tarde. Estaba llorando otra vez.

No fue tan grave como la primera vez, pero de todos modos fue desagradable. Rodeó a Henry con sus brazos y se echó a sollozar sobre su solapa mientras Henry, de pie, con la mirada extraviada, aguantaba con una calma estoica.

Nos sentíamos todos muy incómodos. La señora Corcoran se dedicó a arreglar las plantas y yo, con las orejas ardiendo, me contemplaba fijamente las rodillas cuando oí un portazo y dos jóvenes entraron en la amplia sala de altos techos. No había duda de quiénes eran. Tenían la luz a sus espaldas y no pude verlos muy bien, pero iban riendo y hablando y, Dios mío, me dio un terrible vuelco el corazón al reconocer el eco de Bunny —áspero, burlón, vibrante— en su risa.

Las lágrimas de su padre no los impresionaron, y se dirigieron directamente a él.

—Oye, papá —dijo el mayor. Tenía el cabello rizado, unos treinta años, y se parecía muchísimo a Bunny. Llevaba a un niño pequeño con una gorrita que rezaba «Red Sox» cogido en brazos.

El otro hermano —pecoso, más delgado, con un bronceado demasiado oscuro y con ojeras— cogió al bebé.

—Ven —dijo—. Dile hola al abuelo.

El señor Corcoran dejó de llorar inmediatamente; levantó al niño en vilo y lo miró, embelesado.

—¡Hola, campeón! —exclamó—. ¿Has ido a pasear con papá y tío Brady?

—Lo hemos llevado a McDonald's —dijo Brady—. Se ha tomado una Happy Meal.

El señor Corcoran abrió la boca, maravillado.

—¿Te la has comido toda? —le preguntó al niñito—. ¿Una Happy Meal entera?

—Di que sí —dijo el padre del niño haciéndole pucheros a su hijo—. *Sí, abuelito.*

—No mientas, Ted —dijo Brady, riéndose—. Ni la ha probado.

—Pero le ha tocado un premio, ¿verdad que sí? ¿A que sí? ¿Eh?

—A ver, enséñamelo —dijo el señor Corcoran, abriéndole los deditos a su nieto.

—Henry —dijo la señora Corcoran—, ¿te importa ayudar a esta joven con sus maletas y enseñarle sus habitaciones? Brady, tú podrías acompañar a los chicos abajo.

El señor Corcoran le había cogido el regalo al niño —un avión de plástico— y lo estaba haciendo volar.

—¡Mira! —dijo, fingiendo admiración.

—Como sólo es una noche —nos dijo la señora Corcoran—, estoy segura de que a nadie le importará dormir acompañado.

Nos fuimos con Brady, y dejamos al señor Corcoran echado en la alfombra, haciéndole cosquillas al niño. Mientras bajábamos la escalera oía los estridentes gritos de terror y placer del niño.

Íbamos a alojarnos en el sótano. Junto a la pared del fondo, cerca de las mesas de billar y de ping-pong, habían puesto varias camas de campaña y en el rincón había un montón de sacos de dormir.

—Menuda porquería —dijo Francis cuando nos quedamos solos.

—Sólo será una noche.

—No soporto dormir en habitaciones llenas de gente. No podré pegar ojo.

Me senté en uno de los camastros. La habitación olía a humedad y a cerrado, y la luz de la lámpara que había sobre la mesa de billar era verdosa y deprimente.

—Además, hay mucho polvo —dijo Francis—. Creo que deberíamos ir a un hotel.

Olfateó ruidosamente, quejándose del polvo, mientras buscaba un cenicero, pero a mí ni siquiera me hubiera importado saber que estaban llenando la habitación de radón. Lo único que me importaba era saber, en nombre del cielo y de Dios misericordioso, cómo iba a pasar las horas venideras. Sólo llevábamos veinte minutos en aquella casa y ya estaba deseando pegarme un tiro.

Francis seguía quejándose y yo seguía sumido en la desesperación, cuando bajó Camila. Llevaba unos pendientes de azabache, zapatos de charol y un elegante vestido ceñido de terciopelo negro.

—Hola —le dijo Francis, ofreciéndole un cigarrillo— Vámonos al Ramada Inn.

Camila se llevó el cigarrillo a los labios, resecos, y me di cuenta de lo mucho que la había echado de menos aquellos días.

—Mira, no te puedes quejar —le dijo Camila a Francis— Anoche yo tuve que dormir *con Marion.*

—¿En la misma habitación?

—En la misma *cama.*

Francis abrió mucho los ojos, con admiración y horror.

—¿En serio? Vaya, qué desagradable —dijo en voz baja, con respeto.

—Charles está arriba con ella. Está histérica porque alguien invitó a esa pobre chica que ha venido con vosotros.

—¿Dónde está Henry?

—¿Todavía no lo has visto?

—Sí, verlo sí. Pero no he podido *hablar* con él. Camila exhaló el humo.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Hombre, no tenía muy buen aspecto ¿Por qué?

—Porque está enfermo. Dolor de cabeza.

—¿Uno de los fuertes?

—Eso dice.

Francis la miró, incrédulo.

—¿Y cómo es que está levantado y dando vueltas?

—No lo sé. Se pasa el día drogado. Lleva días tomando esas pastillas suyas.

—¿Y ahora dónde está? ¿Por qué no se queda en la cama?

—No lo sé. La señora Corcoran lo ha enviado a Cumberland Farms a buscar leche para ese maldito niño.

—¿Pero puede conducir?

—No lo sé.

—Francis —dije—, el cigarrillo.

Francis dio un salto, lo cogió precipitadamente y se quemó los dedos. Lo había dejado en el borde de la mesa de billar y se había consumido hasta llegar a la madera, el barniz se estaba quemando.

—¿Chicos? —dijo la señora Corcoran por el hueco de la escalera—.

—¡Chicos! ¿Puedo bajar a mirar el termostato?

—Rápido —susurró Camila, apagando su cigarrillo—. Aquí abajo no se puede fumar.

—¿Quién hay? —preguntó la señora Corcoran— ¿No se está quemando algo?

—No, señora —dijo Francis, frotando el chamuscado de la mesa y escondiendo la colilla mientras la señora Corcoran bajaba la escalera.

Aquélla fue una de las peores noches de mi vida. La casa se estaba llenando de gente, y las horas transcurrían en medio de una espantosa agitación, parientes, vecinos, llanto de niños, fuentes de comida, bocinazos, timbres de teléfono, luces, caras extrañas, conversaciones desagradables. Un tipo asqueroso me tuvo acorralado en un rincón durante horas, hablándome, jactancioso, de sus torneos de pesca y de sus negocios en Chicago, Nashville y Kansas City, hasta que al final me excusé y me encerré en una habitación del piso superior, ignorando los golpes y los desesperados gritos de un pequeñajo sin identificar que me rogaba, entre sollozos, que lo dejara entrar.

La cena se sirvió a las siete, consistía en una poco atractiva combinación de comida lista para llevar (ensalada orzo, pato con salsa de Campan, tarteletas de *foie gras)* y comida que habían preparado los vecinos, cazuela de atún, Tupperware de gelatina y un postre terrorífico llamado *wacky cake,* verdaderamente inefable. La gente iba de un lado a otro con sus platos de papel. Fuera estaba oscuro y llovía. Hugh Corcoran, en mangas de camisa, iba de un lado a otro con una botella, animando los refrescos, abriéndose paso a codazos por entre la oscura y murmurante multitud. Pasó por mi lado sin siquiera mirarme. De todos los hermanos, era el que más se parecía a Bunny (la muerte de Bunny empezaba a convertirse en una especie de acto generativo, y allá donde miraba encontraba un Bunny, se reproducían como setas), era como mirar hacia el futuro y ver cómo habría sido Bunny a los treinta y cinco, así como mirar a su padre era como verlo a los sesenta. Yo lo conocía, pero él no me conocía. Sentía una fuerte necesidad, casi irresistible, de cogerlo por el brazo, decirle algo, no sé qué sólo para ver cómo fruncía las cejas rápidamente de aquella forma que yo tan bien conocía, para ver aquella expresión de asombro en sus ojos, inocentes y aturdidos.

«Yo maté a la prestamista y a su hermana Lizaveta con un hacha para robarles »

Risas, vértigo. Desconocidos que se acercaban para hablar conmigo. Me libré de uno de los primos adolescentes de Bunny —que, al saber que yo era de California, había empezado a hacerme un sinfín de preguntas complicadísimas sobre *surfing—, y,* abriéndome paso por entre la bulliciosa multitud, encontré a Henry. Estaba solo delante de unas puertas de vidrio, de espaldas a la sala, fumando un cigarrillo.

Me quedé de pie a su lado Él no me miró, ni me dirigió la palabra. Las puertas daban a una terraza vacía, iluminada por focos —ceniza negra, alheña en tiestos de cemento, una estatua blanca, rota, en el suelo—. La lluvia se veía en los focos, dispuestos para proyectar sombras largas y exageradas. El efecto era interesante, posnuclear, pero al mismo tiempo antiguo, como una especie de patio pompeyano cubierto de lava.

—Es el jardín más feo que he visto en mi vida —dije.

—Sí —dijo Henry. Estaba muy pálido— Cascotes y ceniza.

A nuestras espaldas, la gente seguía hablando y riéndose. La sombra de las gotas de lluvia de la ventana manchaba el rostro de Henry.

—¿No crees que estarías mejor en la cama? —le dije al cabo de un rato.

Se mordió el labio. La ceniza de su cigarrillo medía casi tres centímetros.

—No me quedan pastillas —dijo.

Lo miré.

—¿Puedes aguantar sin pastillas?

—Qué remedio, ¿no? —repuso, sin moverse un ápice.

Camila cerró con llave la puerta del cuarto de baño y, a gatas, nos pusimos a revolver entre los medicamentos que había debajo del lavabo.

—«Para la hipertensión» —leyó.

—No.

—«Para el asma.»

—Llamaron a la puerta.

—Está ocupado —grité.

Camila tenía la cabeza metida en el armario que había junto a las cañerías, de modo que sólo le veía el trasero. Oía el tintineo de los botes de medicinas.

—¿«Oído interno»? —dijo— «Una cápsula dos veces al día.»

—Déjame ver.

Me pasó unos antibióticos que por lo menos tenían diez años.

—No —dije, y me acerqué un poco más— ¿No ves nada con un envase no rellenable? Como de dentista.

—No.

—Busca algo donde ponga «Puede causar somnolencia», «No conducir», «No manejar maquinaria peligrosa», o algo así.

Volvieron a llamar a la puerta, y esta vez hicieron girar el pomo. Di unos golpecitos desde dentro, luego me levanté y abrí los dos grifos.

No encontramos nada interesante Si Henry hubiera tenido urticaria, fiebre del heno, reumatismo, conjuntivitis o cualquier otra cosa, habría sido diferente, pero el único calmante que encontramos fue Excedrin. Desesperado, cogí un puñado, y también un par de cápsulas sospechosas que según la etiqueta podían producir «somnolencia», aunque sospechaba que eran antihistamúlicos.

Creía que nuestro misterioso amigo se habría ido, pero al salir del cuarto de baño tropecé nada menos que con Cloke. Me miró con desdén, pero al ver que Camila salía detrás de mí —despeinada, estirándose la falda—, su expresión cambió y me miró fijamente.

Camila no dio muestras de sorpresa.

—Hola —le dijo a Cloke, y se agachó para sacudirse el polvo de las rodillas.

—Hola. —Cloke desvió la mirada con un gesto estudiado, desenvuelto. Todos sabíamos que Cloke tenía cierto interés en ella, pero aunque no lo hubiera tenido, Camila no era exactamente el tipo de chica que uno espera encontrarse saliendo acompañada de un cuarto de baño.

Camila pasó por en medio de los dos y desapareció escaleras abajo. Yo también iba a marcharme, pero Cloke soltó una tosecilla que no podía ignorar, y me di la vuelta.

Se apoyó contra la pared, mirándome como si me conociera desde la infancia.

—Vaya, vaya —dijo. Llevaba una camisa sin planchar y los faldones salidos de los pantalones, y aunque tenía los ojos enrojecidos, yo no sabía si estaba ciego o sólo cansado— ¿Qué tal?

Me paré en el rellano. Camila estaba al pie de la escalera, y ya no podía oírnos.

—Muy bien —dije.

—Conque muy bien.

—¿Cómo dices?

—Yo de vosotros procuraría que Kathy no me pescara follando en su lavabo. Podría poneros de patitas en la calle.

Hablaba con tono monocorde. Sin embargo, me recordó el episodio del novio de Mona, hacía sólo una semana. Pero Cloke no suponía una verdadera amenaza física, y además, ya tenía bastante con sus propios problemas.

—Mira —le dije—, me parece que te equivocas.

—Pero si no me importa. Sólo es un consejo.

—Bueno, piensa lo que quieras, pero te digo que te equivocas.

—Cloke, perezoso, se metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de Marlboro, tan arrugado y tan plano que parecía imposible que dentro hubiese un cigarrillo. Me dijo:

—Pensaba que salía con alguien.

—Por el amor de Dios.

Cloke se encogió de hombros.

—No es asunto mío —dijo, sacando un aplastado cigarrillo y arrugando el paquete vacío con una mano—. En la escuela, la gente se metía mucho conmigo, y me quedé unos días en su casa antes de venir aquí. Y he oído a Camila hablando por teléfono.

—¿Hablando? ¿De qué?

—De nada, pero es que eran las dos o las tres de la madrugada, y hablaba susurrando, y claro, qué iba yo a pensar. —Sonrió con tristeza—. Supongo que ella se imaginaba que yo estaba dormido, pero la verdad es que últimamente no duermo demasiado bien... En fin —dijo, al ver que yo no contestaba—. Tú no sabes ni una palabra.

—No, no sé nada.

—Ya.

—En serio. No sé nada.

—¿Y qué hacías en el lavabo?

Me quedé mirándolo un momento; luego abrí el puño y le enseñé las pastillas que tenía en la mano.

Cloke se inclinó, con el ceño fruncido, y de repente sus nublados ojos recobraron el brillo. Seleccionó una cápsula y la acercó a la luz, con aire profesional.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Lo sabes?

—Sudafred —le dije—. No te molestes. Dentro no hay nada.

—Cloke chascó la lengua.

—¿Sabes por qué? —dijo, mirándome por primera vez con verdadera simpatía—. Porque te has equivocado de sitio.

—¿Qué?

Me indicó la dirección con la cabeza:

—Al fondo del pasillo. Delante del dormitorio principal. Si me lo hubieras consultado, te lo habría dicho. Me sorprendió.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Cloke se metió la cápsula en el bolsillo y me miró con una ceja levantada.

—Pero si yo me crié en esta casa, tío —dijo—. Kathy toma unas dieciséis drogas diferentes.

Miré la puerta del dormitorio principal.

—No —dijo Cloke—. Ahora no.

—¿Por qué?

—La abuela. Después de comer tiene que hacer la siesta. Ya subiremos más tarde.

Abajo la situación había mejorado un poco, pero no demasiado. No vi a Camila por ningún sitio. Charles, aburrido y borracho, estaba en un rincón con un vaso pegado a la sien mientras Marion, llorosa, hablaba con él —llevaba el cabello recogido con uno de esos llamativos lazos que salen en el catálogo de Talbots—. Yo no había tenido ocasión de hablar con él, porque desde nuestra llegada Marion lo había monopolizado; no sé por qué se había pegado a él de aquella forma, pero a Cloke no le dirigía la palabra, y los hermanos de Bunny estaban casados o comprometidos, y del resto de varones de su edad —los primos de Bunny, Henry y yo, Bram Guernsey y Rooney Wynne—, Charles era el más guapo, con bastante ventaja sobre los demás.

Charles me miró por encima del hombro de Marion. No tuve valor de acercarme y rescatarlo, y desvié la vista; pero justo en aquel momento uno de los mocosos —iba huyendo de su malvado y orejudo hermano— se metió entre mis piernas y estuvo a punto de tirarme al suelo.

Empezaron a perseguirse dando vueltas a mi alrededor. El más pequeño, aterrorizado, chillando, acabó agarrándose a mis rodillas:

—¡Cerdo! —dijo, sollozando.

El otro se paró y retrocedió un paso, y en su mirada vi algo desagradable, casi lascivo.

—¡Papá, papá! —gritó con voz almibarada.

Hugh Corcoran, que estaba en el otro extremo de la sala, se dio la vuelta con el vaso en la mano.

—No me hagas ir hasta ahí, Brandon —dijo.

—Es que Corey te ha llamado cerdo, papi.

—Tú eres el cerdo —gimoteó el pequeño—. ¡Tú, tú, tú!

Me lo arranqué de la pierna y salí en busca de Henry. El señor Corcoran y él estaban en la cocina, rodeados de un semicírculo de gente; Corcoran, que tenía a Henry abrazado por los hombros, llevaba unas cuantas copas de más.

—Kathy y yo —dijo en voz alta, con tono didáctico— *siempre he mos abierto las puertas a los jóvenes.* Siempre ha habido un plato más en nuestra mesa. Sin que te dieras cuenta, venían a hablar con Kathy y conmigo de sus problemas. Como este chico —dijo, zarandeando a Henry—. Nunca olvidaré la noche que vino a verme después de cenar. Me dijo: «Mack —porque a mí todos los chicos me llaman Mack—, me gustaría pedirte consejo sobre una cosa, de hombre a hombre » «Está bien —le dije yo—, pero antes de que empieces, hijo, quiero decirte una cosa. Me parece que conozco bastante bien a los jóvenes. He criado a cinco hijos. Y yo me crié

con cuatro hermanos, así que creo que puedes considerarme una autoridad en la materia...»

Siguió hablando de sus fraudulentos recuerdos mientras Henry, pálido y enfermo, soportaba sus codazos y sus palmadas como un perro bien adiestrado toleraría los tirones de un niño gamberro. La historia, de por sí, ya era grotesca. En ella, un dinámico y sorprendentemente tozudo joven Henry quería comprarse un avión, pese a la oposición de sus padres.

—Pero el chico estaba decidido —dijo Corcoran—. Iba a comprarse aquel avión pasara lo que pasara. Cuando me lo hubo contado todo, me quedé un momento callado; luego respiré hondo y le dije:

—«Henry, hijo, estoy seguro de que es precioso, pero sintiéndolo mucho, tengo que decirte que estoy de acuerdo con tus viejos. Y te voy a decir por qué.»

—Oye, papá —dijo Patnck Corcoran, que acababa de entrar para prepararse otra copa. Era más menudo que Bun, más pecoso, pero tenía el mismo cabello rubio que Bunny y su misma naricita afilada—. Papá, te estás haciendo un lío. Ése no era Henry. Era aquel amigo de Hugh, Walter Ballantme.

—No, hombre, no —dijo el señor Corcoran.

—Que sí. Y acabó comprándose el avión ¡Hugh! —gritó, asomando la cabeza por la puerta—. Hugh, ¿te acuerdas de Walter Ballantine?

—Sí, claro —dijo Hugh, y se acercó a la puerta. Cogió a su hijo Brandon por la cintura; el niño intentaba librarse de él con todas sus tuerzas—. *¿Por* qué?

—¿Verdad que Walter acabó comprándose aquel Bonanza?

—No era un Bonanza —le corrigió Hugh, ignorando con calma glacial los tirones y los golpes de su hijo—. Era un Beechcraft. Ya sé lo que estáis pensando —dijo al ver que Patrick y su padre empezaban a objetar—. Fui con Walter a Danbury a ver un pequeño Bonanza de segunda mano, pero el tipo pedía demasiado dinero Esos aviones son carísimos de mantener, y además había que hacer muchas reparaciones. Lo vendía porque no podía mantenerlo.

—¿Y qué me dices del Beechcraft? —dijo el señor Corcoran. Había soltado a Henry—. Tengo entendido que es un aparato excelente.

—Walter tuvo algunos problemas con él. Lo consiguió a través de un anuncio en el *Pennysaver;* era de un congresista retirado de New Jersey. Lo había utilizado para ir de un sitio a otro durante la campaña electoral y...

De pronto, Hugh se inclinó hacia delante, mientras el niño se libraba de él de un tirón y salía disparado. Consiguió esquivar a su padre y a su tío Patrick, y mientras corría mirando hacia atrás, se dio de bruces contra el abdomen de Henry.

Fue un fuerte golpe. El niño se echó a llorar. Henry dejó caer la mandíbula y se quedó lívido. Por un momento pensé que Henry iba a desplomarse, pero consiguió mantenerse en pie, con la dignidad y el impresionante esfuerzo de un elefante herido, mientras el señor Corcoran echaba la cabeza atrás y se reía alegremente del desafortunado incidente.

Yo no me creía del todo lo que Cloke me había contado sobre las drogas que había en el piso de arriba, pero cuando subí con él otra vez vi que no me había mentido. Junto al dormitorio principal había un pequeño vestidor, y un pequeño tocador lacado, negro, con numerosos compartimentos y una llave diminuta, y dentro de uno de los cajoncillos había una caja de chocolates Godiva y una ordenada colección de píldoras de colores. El médico que las había recetado —doctor E. G. Hart, que por lo visto era más imprudente de lo que sus elegantes iniciales sugerían— era un tipo generoso, sobre todo con respecto a las anfetaminas. La mayoría de las señoras de la edad de la señora Corcoran solían darle bastante al Valium y esas cosas, pero ella tenía anfetaminas suficientes como para organizar una salida al campo con una banda de Ángeles del Infierno.

Yo estaba nervioso. La habitación olía a ropa nueva y a perfume; en el techo había unos grandes espejos que reproducían y multiplicaban cada uno de nuestros movimientos; no había escapatoria ni pretexto posible que explicara nuestra presencia allí en caso de que entrara alguien. Yo tenía un ojo puesto en la puerta, y Cloke, con una habilidad admirable, repasó meticulosamente los botes.

Dalmane. Amarillo y naranja. Darvon. Rojo y gris. Fiorinal. Newbutal. Miltown. Cogí dos pastillas de cada uno de los botes que me dio.

—¿Pero cómo? ¿Sólo te llevas eso?

—No quiero que la señora Corcoran se dé cuenta.

—Que se vaya al infierno —dijo Cloke; abrió otro bote y vació la mitad del contenido en su bolsillo—. Coge las que quieras. Pensará que ha sido una de las cuñadas. Mira, coge un poco de esto: son anfetas —dijo, vertiendo el resto del bote en mi mano— Buenísimas. Farmacéuticas. En temporada de exámenes puedes pedir de diez a quince dólares por cápsula, fácil.

Bajé con el bolsillo derecho de mi chaqueta lleno de estimulantes y el izquierdo lleno de tranquilizantes. Francis estaba al pie de la escalera.

—¿Sabes dónde está Henry? —le pregunté.

—No. ¿Has visto a Charles?

—Estaba medio histérico.

—¿Qué pasa?

—Me ha robado las llaves del coche.

—¿Qué?

—Ha cogido las llaves del bolsillo de mi abrigo y se ha largado. Camila lo ha visto salir con el coche. Con la capota *bajada.* Y además mi coche se cala cuando llueve, pero en fin. Mierda —dijo, pasándose la mano por el cabello—. Tú no tienes idea de adonde iba, ¿verdad?

—Lo he visto con Marion hace cosa de una hora.

—Sí, ya he hablado con ella. Le dijo que iba a comprar tabaco, pero de eso hace más de una hora. No lo has visto, ¿verdad? ¿No has hablado con él?

—No.

—¿Estaba borracho? Marion dice que sí ¿Te pareció que estuviera borracho?

Francis era el que parecía estar bastante borracho.

—No mucho —le dije—. Venga, ayúdame a encontrar a Henry.

—Ya te lo he dicho, no sé dónde esta. ¿Para qué lo buscas?

—Tengo una cosa para él.

—*¿Qué?* —me preguntó en griego—. *¿Medicinas?*

—Sí.

—Dame un poco, por el amor de Dios —dijo, abalanzándose sobre mí.

Estaba demasiado borracho para tomar tranquilizantes. Le di un Excedrin.

—Gracias —me dijo, y se lo tomó con un largo trago de whisky—.

—Espero morirme esta misma noche ¿Pero dónde se habrá metido? ¿Qué hora es?

—Las diez.

—No se habrá ido a casa, ¿verdad? A lo mejor ha cogido el coche y se ha ido a Hampden. Camila dice que no, que siendo el funeral mañana no sería *capaz,* pero no sé, el hecho es que ha desaparecido. Si es cierto que ha ido a comprar tabaco, ¿no crees que ya debería haber vuelto? No sé a qué otro sitio puede haber ido ¿Tú qué crees?

—Ya aparecerá —le dije—. Lo siento, Francis. Tengo que dejarte. Ya nos veremos.

Busqué a Henry por toda la casa y lo encontré solo en el sótano, sentado en un camastro, a oscuras.

Me miró por el rabillo del ojo, sin mover la cabeza.

—¿Qué es? —me preguntó cuando le ofrecí un par de cápsulas.

—Newbutal. Tómatelas.

Las cogió y se las trago.

—¿Tienes más? —me preguntó.

—Sí.

—Pues dámelas.

—No puedes tomar más de dos.

—Dámelas.

Se las di.

—Oye, Henry, lo digo en serio. Ten cuidado.

Henry las miró, se metió la mano en el bolsillo, sacó la cajita de esmalte azul y las guardó dentro.

—¿Serías capaz de subir y traerme una copa?

—Si tomas las pastillas no deberías beber.

—No importa. Ya he bebido.

—Lo sé.

Hubo un breve silencio.

—Oye —dijo, ajustándose las gafas—. Tráeme un whisky con soda.

En un vaso largo. Largo de whisky, corto de soda, con mucho hielo.

Y un vaso de agua, sin hielo, aparte. Me lo traes, ¿vale?

—No. No pienso traértelo.

—Si no me lo traes —me dijo—, subiré yo mismo.

Fui a la cocina y se lo preparé, pero le puse bastante soda.

—Eso es para Henry, ¿no? —me dijo Camila, que entró en la cocina cuando yo acababa de preparar el primer vaso y estaba llenando el segundo con agua del grifo.

—Sí.

—¿Dónde está?

—Abajo.

—¿Cómo se encuentra?

Estábamos solos en la cocina. Sin dejar de vigilar la puerta, le conté lo del cofre lacado.

—Muy típico de Cloke —dijo ella, riéndose—. Es bastante simpático, ¿no? Bun siempre decía que le recordaba a ti.

Aquel comentario me desconcertó y me molestó un poco. Iba a contestar algo, pero dejé el vaso y dije:

—¿Con quién hablas por teléfono a las tres de la madrugada?

—¿Qué?

Su sorpresa parecía perfectamente natural, pero Camila era una excelente actriz.

La miré a los ojos. Ella me sostuvo la mirada sin pestañear, con el ceño fruncido, y cuando empezaba a pensar que permanecía callada demasiado rato, movió la cabeza y se echó a reír otra vez:

—¿Pero qué te pasa? —me dijo—. ¿De qué estás hablando?

Yo también me reí. Siempre ganaba ella.

—No pretendo ponerte en un aprieto —le dije—. Pero ten cuidado con lo que dices por teléfono cuando Cloke esté en tu casa.

—Ya tengo cuidado.

—Eso espero, porque Cloke te ha estado escuchando.

—Es imposible que me haya oído.

—Pues no será que no lo haya intentado.

Nos miramos. Camila tenía un lunar, diminuto y encantador, justo debajo del ojo. Movido por un impulso irresistible, me incliné y la besé.

Camila rió.

—¿Y esto por qué?

De pronto mi corazón, que se había detenido un instante, sorprendido de mi osadía, empezó a latir con fuerza. Me di la vuelta y me ocupé de los vasos.

—Por nada —dije—. Es que estás muy guapa. —Y habría dicho algo más si Charles no hubiera entrado por la puerta de la cocina, chorreando, con Francis pisándole los talones.

—¿Pero por qué no me lo decías? —le recriminó Francis, enfadado, en voz baja. Estaba temblando, y ruborizado—. No me importa que los asientos estén empapados, ni que cojan humedad y se pudran, y que encima tenga que irme a Hampden mañana. Da lo mismo. No me importa. Lo que no me cabe en la cabeza es que subieras a buscar mi abrigo *deliberadamente,* que cogieras las llaves y...

—No es la primera vez que te veo conducir bajo la lluvia y sin la capota —dijo Charles secamente. Estaba de espaldas a Francis, sirviéndose una copa. Tenía el cabello empapado, y a sus pies se estaba formando un pequeño charco.

—Qué dices —masculló Francis—. *Jamás.*

—Mentira —replicó Charles, sin girarse.

—A ver. Dime cuándo.

—Pues mira, aquella tarde que estábamos en Manchester, unas dos semanas antes de que empezaran las clases, y decidimos ir a la Equinox House para...

—Eso fue *en verano.* Estaba *lloviznando.*

—Ni hablar. Llovía bastante. Lo que pasa es que ahora no quieres hablar de aquello porque fue la tarde que intentaste hacerme...

—Estás loco —le interrumpió Francis—. Lo de aquel día no tiene nada que ver con esto. Está muy oscuro y llueve *a mares,* y tú no te enteras de nada. Es un milagro que no hayas matado a nadie. Y dime, ¿adonde demonios has ido a comprar tabaco, si es puede saber? La tienda más cercana está a...

—No estoy borracho.

—Ja, ja. ¿Dónde has comprado el tabaco? Me apuesto algo...

—Te digo que no estoy borracho.

—No, claro que no. Me apuesto algo a que ni siquiera lo has comprado. Si lo hubieras comprado, estaría chorreando. A ver, enséñame el paquete.

—Déjame en paz.

—No. En serio. Enséñamelo. Me gustaría ver ese famoso...

Charles dejó el vaso de un golpe y se dio la vuelta.

—*Déjame en paz* —susurró.

Lo más terrible no era el tono de su voz, sino su mirada. Francis se quedó mirándolo, con los labios ligeramente abiertos. Durante unos largos diez segundos no se oyó más que el rítmico goteo de la ropa empapada de Charles.

Cogí el whisky con soda de Henry, bastantes cubitos de hielo y el vaso de agua, y salí de la cocina.

Estuvo lloviendo toda la noche. Me escocía la nariz por el polvo que había en el saco de dormir, y el suelo del sótano —de cemento, cubierto con una delgada e incómoda capa de moqueta— me hacía doler los huesos, me pusiera como me pusiera. La lluvia golpeaba las altas ventanas y la luz de los focos del exterior, al iluminar los cristales, proyectaban unas extrañas sombras en las paredes. Parecía que el agua se estuviera colando por el techo y que bajara hasta el suelo. Charles roncaba en su camastro, con la boca abierta; Francis se quejaba en sueños. De vez en cuando se oía un coche, y los faros iluminaban momentáneamente la habitación: la mesa de billar, las raquetas que había en la pared y la máquina de remo, la butaca en que estaba sentado Henry, inmóvil, con un vaso en la mano y el cigarrillo consumiéndose entre los dedos. Su cara, pálida y atenta como la de un fantasma, destacaba un instante y luego, gradualmente, volvía a desaparecer.

Al día siguiente desperté, dolorido y desorientado, a causa de una contraventana que golpeaba. Llovía todavía más fuerte que el día anterior. La lluvia azotaba con oleadas rítmicas las ventanas de la cocina, blanca y bien iluminada, mientras los invitados, sentados alrededor de la mesa, tomábamos en silencio un triste desayuno de café y Pop Tarts.

Los Corcoran estaban arriba, vistiéndose. Cloke, Bram y Rooney bebían el café con los codos encima de la mesa y hablaban en voz baja. Iban recién duchados y afeitados, con sus trajes de domingo, pero se los veía incómodos, como si tuvieran que presentarse ante un tribunal. Francis, con los ojos hinchados y el cabello, liso y pelirrojo, lleno de absurdos remolinos, todavía iba en bata. Se había levantado tarde y estaba furioso, aunque hacía todo lo posible para contenerse, porque en el depósito del sótano no quedaba agua caliente.

Charles y él estaban sentados frente a frente, y los dos hacían todo lo posible para evitar que sus miradas se encontraran. Marion —los ojos enrojecidos, la cabeza

llena de rulos térmicos— también estaba seria y callada. Iba elegantemente vestida, con un traje azul marino, pero con zapatillas de color rosa encima de las medias color carne. De vez en cuando se llevaba las manos a la cabeza para ver si los rulos se habían enfriado.

Henry era el único de nosotros que iba a ser portador del féretro; los otros cinco eran amigos de la familia o compañeros de trabajo del señor Corcoran. Me pregunté si el ataúd pesaría mucho y si Henry podría con él. No me pareció que estuviera borracho, aunque despedía un ligero y amoniacado olor a sudor y whisky. Las píldoras lo habían sumido en una calma impecable e insondable. Un cigarrillo sin filtro ardía peligrosamente cerca de sus dedos, y de él salían delgados hilos de humo. Aquel estado habría podido parecer sospechosamente narcótico, de no ser porque difería muy poco de su comportamiento normal.

Según el reloj de la cocina, eran poco más de las nueve y media. El funeral empezaba a las once. Francis se fue a vestir y Marion a quitarse los rulos. El resto de nosotros seguíamos sentados alrededor de la mesa de la cocina, incómodos e inertes, fingiendo disfrutar de la segunda y la tercera taza de café, cuando la mujer de Teddy entró en la cocina. Era una abogada bastante guapa que fumaba de continuo y llevaba el cabello rubio recogido en un moño. La mujer de Hugh la acompañaba: una mujer menuda y apacible que parecía demasiado joven y frágil para haber tenido tantos hijos. Por una desgraciada circunstancia, las dos se llamaban Lisa, y aquello creaba una gran confusión en la casa.

—Henry —dijo la primera Lisa, inclinándose hacia delante y dejando el Vantage a medio fumar en el cenicero. Llevaba perfume Giorgio, y se había puesto demasiado—. Nos vamos a la iglesia a arreglar las flores del presbiterio y a recoger las tarjetas antes de que empiece la misa. La madre de Ted (a las dos Lisas les caía mal la señora Corcoran, un sentimiento completamente recíproco) dice que vengas con nosotras para reunirte con los otros portadores.

Henry, con la luz reflejada en la montura metálica de sus gafas, no dio muestras de haberla oído. Yo estaba a punto de darle una patada por debajo de la mesa, cuando, muy lentamente, levantó la mirada.

—¿Por qué? —dijo.

—Porque los portadores del féretro tienen que estar en el vestíbulo a las diez y cuarto.

—¿Por qué? —repitió Henry con calma védica.

—No me preguntes por qué. Yo sólo te digo lo que ella me ha dicho. Todo este numerito está programado como si fuera natación sincronizada. ¿Estás listo o vas a tardar mucho?

—Brandon, por favor —le dijo la mujer de Hugh a su hijo en voz baja; el niño había entrado corriendo en la cocina e intentaba columpiarse de los brazos de su madre como un mono—. Por favor. Vas a hacer daño a mamá. *Brandon.*

—Lisa, no dejes que se te cuelgue así —dijo la primera Lisa mientras miraba su reloj.

—Brandon, *por favor.* Mamá tiene que irse.

—Ya es mayorcito para hacer esas cosas. Yo de ti, me lo llevaba al lavabo y le daba una tunda.

La señora Corcoran bajó al cabo de unos minutos, vestida de negro y rebuscando algo en su bolso de piel acolchada.

—¿Dónde están todos? —dijo al vernos a mí, a Camila y a Sophie Dearbold esperando junto a la vitrina de los trofeos.

Como nadie le contestó, se paró en el escalón, molesta:

—¿Y bien? —insistió—. ¿Ya se han ido todos? ¿Dónde está Francis?

—Creo que se está vistiendo —dije, y me alegré de que hubiera preguntado algo que yo podía contestar sin necesidad de mentir. Desde donde ella estaba, en la escalera, no veía lo que nosotros veíamos por las puertas de vidrio de la sala; Cloke, Bram, Rooney y Charles, de pie bajo la parte cubierta de la terraza, fumando porros.

No era corriente ver a Charles fumando hierba, y el único motivo que se me ocurría era que con aquello esperaba cobrar ánimo, igual que con una copa. Y si así era, estaba seguro de que se llevaría una desagradable sorpresa. Cuando yo tenía doce y trece años, fumaba porros en el colegio —no porque me gustara, pues me daban unos sudores fríos espantosos—, sino porque la categoría de porrero daba un prestigio fabuloso, y también porque yo era un experto en esconder los síntomas paranoides que me producían.

La señora Corcoran me miraba como si yo acabara de pronunciar una especie de juramento nazi.

—¿*Vistiéndose?* —dijo.

—Eso creo.

—¿Pero cómo es posible que todavía tenga que vestirse? ¿Qué habéis estado haciendo esta mañana?

Yo no sabía qué decir. La señora Corcoran iba bajando la escalera, paso a paso, y ahora nada le impediría ver las puertas del patio —cristales golpeados por la lluvia, y los despreocupados porreros al fondo— si decidía mirar en esa dirección. Estábamos todos sobrecogidos por el *suspense.* Había madres que no sabían lo que era la hierba, pero la señora Corcoran era de las que sí sabían reconocerla.

Cerró el bolso de un manotazo y miró a su alrededor con una mirada de ave de rapiña (era lo único de aquella mujer que habría podido recordarme a mi padre, y me lo recordó).

—¿Y bien? —dijo—. ¿Quiere *alguien* hacer el favor de decirle que se dé prisa?

Camila reaccionó:

—Ya voy, señora Corcoran —dijo, pero en cuanto dobló la esquina corrió a la puerta de la terraza.

—Gracias, querida —dijo la señora Corcoran. Había encontrado lo que quería (sus gafas de sol) y se las puso—. No entiendo lo que les pasa a los jóvenes —dijo—. No me refiero a vosotros *en particular,* pero estamos pasando por una situación difícil y todos soportamos una gran presión, y debemos intentar que las cosas salgan lo mejor posible.

Cloke levantó la mirada, una mirada sanguinolenta y desconcertada, cuando Camila le hizo señas desde la ventana. Luego miró hacia el interior de la sala y de pronto su expresión cambió. Vi que decía «Mierda», y exhalaba una nube de humo.

Charles también lo vio, y se dio un susto de muerte. Cloke le cogió el porro a Bram y lo apagó con el índice y el pulgar.

Afortunadamente la señora Corcoran, con sus grandes gafas de sol negras, no se percató del drama que se estaba representando a sus espaldas.

—La iglesia queda un poco lejos —dijo mientras Camila pasaba por su lado para ir a buscar a Francis—. Mack y yo iremos en la camioneta. Vosotros podéis seguirnos a nosotros o a los chicos. Creo que tendréis que ir en tres coches, aunque es posible que con dos tengáis suficiente. *¡No corráis en casa de la abuela!* —gritó a Brandon y a su primo Neale, que habían pasado corriendo por su lado en la escalera y habían aterrizado en la sala. Llevaban unos trajecitos azules con pajaritas, y sus zapatos de domingo hacían un ruido espantoso.

Brandon, jadeando, se escondió detrás del sofá.

—Me ha pegado, abuela.

—Me ha llamado «cagarruta».

—Mentira.

—Verdad.

—*Niños* —gritó la señora Corcoran—. Tendría que daros *vergüenza.* —Hizo una dramática pausa, y se quedó mirando las caras silenciosas e impresionadas de los niños—. Hoy vamos a enterrar a vuestro tío Bunny. ¿Sabéis lo que significa esto? Significa que se ha ido *para siempre.* No volveréis a verlo *nunca más.* —Los miró fijamente—. Hoy es un día muy especial. Es un día para recordarlo. Deberíais estar sentados en silencio en algún sitio pensando en todas las cosas que vuestro tío hacía por vosotros, en lugar de corretear y estropear este precioso suelo que vuestra abuela acaba de pulir.

Hubo un silencio. Neale le dio un puntapié a Brandon.

—Una vez el tío Bunny me llamó hijo de puta —dijo.

Yo no estaba seguro de si verdaderamente la señora Corcoran no lo había oído o de si lo fingía; la fija expresión de su rostro parecía indicar lo segundo, pero entonces las puertas de la terraza se abrieron y Cloke entró con Charles, Bram y Rooney.

—Oh. Pero si estáis aquí —dijo la señora Corcoran con malicia—. ¿Qué hacíais ahí fuera, con la lluvia que está cayendo?

—Hemos salido a tomar el aire —dijo Cloke. Estaba muy ciego.

Del bolsillo superior de su chaqueta salía el extremo de una botella de Visine.

Todos estaban bastante ciegos. El pobre Charles tenía los ojos hinchados y estaba sudando. Aquello era más de lo que él podía soportar: aquella luz, un adulto malhumorado.

La señora Corcoran los miró. Me pregunté si lo sabía. Pensé que iba a decir algo, pero lo que hizo fue coger a Brandon por el brazo.

—Bueno, será mejor que os mováis —dijo secamente, y se agachó para mesarle el cabello a su nieto—. Se está haciendo tarde y me han dicho que probablemente haya problemas con los asientos.

Según el National Register of Historie Places, la iglesia había sido construida en el setenta y algo. Era un edificio negruzco, con aire de mazmorra y cementerio propio, pequeño y desvencijado, en la parte de atrás. Cuando llegamos, mojados e incómodos por culpa de los asientos empapados del coche de Francis, había coches aparcados a ambos lados de la carretera, como si se celebrara un baile rural o un bingo. Estaba lloviznando. Aparcamos cerca del club de campo, un poco más abajo, y recorrimos el medio kilómetro en silencio, ensuciándonos los zapatos de barro.

La iglesia estaba en penumbra, y al entrar me cegó la luz de las velas. Cuando recuperé la visión, vi faroles de hierro, un suelo de piedra fría y húmeda, flores por todas partes. Advertí, perplejo, que uno de los arreglos florales colocado cerca del altar tenía la forma del número 27.

—¿Pero no tenía veinticuatro años? —le susurré a Camila.

—No —me explicó ella—. Ése es su número del equipo de fútbol.

La iglesia estaba abarrotada. Busqué a Henry, pero sólo vi a alguien que parecía Julian, pero comprobé que no lo era cuando se dio la vuelta. Nos quedamos un rato de pie, en grupo, aturdidos. Había sillas de metal plegables a lo largo de la pared del fondo para acomodar a la multitud, pero alguien vio un banco medio vacío y fuimos hacia allí: Francis y Sophie, los gemelos y yo. Charles, que no se separaba de Camila, estaba aterrorizado. El tétrico ambiente de la iglesia no era de mucha ayuda, y miraba a su alrededor con evidente pánico mientras Camila lo cogía del brazo e intentaba guiarlo hasta el final del banco. Marion había ido a sentarse con unos recién llegados de Hampden, y Cloke, Bram y Rooney habían desaparecido, sencillamente, entre el coche y la iglesia.

La misa fue larga. El cura, que había tomado de Corintios I sus ecuménicos y, en opinión de algunos, ligeramente impersonales comentarios del sermón de san Pablo sobre el amor, habló cerca de una hora. («¿No te pareció un texto *muy poco* adecuado?», opinó Julian, que, como buen pagano, tenía un triste concepto de la muerte, así como verdadero terror por lo no específico.) A continuación habló Hugh Corcoran («Era el mejor hermano pequeño que habría podido tener»), luego, el antiguo entrenador de fútbol de Bunny, un tipo muy vivaz que se extendió a placer sobre el espíritu de equipo de Bunny, y contó una graciosa anécdota sobre el día en que Bunny salvó el partido contra un equipo particularmente difícil de la «baja» Connecticut. («Quiere decir que eran negros», me aclaró Francis.) Terminó su historia haciendo una pausa y contemplando el atril hasta contar diez; luego levantó la cabeza, con franqueza. «No sé —dijo— mucho sobre el Cielo. Mi trabajo consiste en enseñar a los chicos a jugar un juego y a jugarlo bien. Hoy estamos aquí para honrar

a un chico al que han sacado del partido antes de hora. Pero eso no quiere decir que mientras jugara *no nos diera todo lo que tenía.* Eso no quiere decir que no fuera un ganador » Una pausa larga, llena de suspense «Bunny Corcoran —concluyó con dureza— era un ganador.»

Uno de los miembros de aquella congregación emitió un largo y solitario lamento.

No sé si he visto alguna vez, salvo en ciertas películas, una ejecución tan brillante. Cuando se sentó, la mitad de los presentes estaban llorando, incluido el entrenador. Nadie le prestó demasiada atención a Henry, que fue el último en intervenir. Subió al podio y leyó, con un tono casi inaudible y sin hacer ningún comentario, un breve poema de A. E Housman.

El poema se titulaba «Mi corazón de resentimiento está cargado». No sé por qué eligió aquél en particular. Sabíamos que los Corcoran le habían pedido que leyera algo y yo imaginaba que confiaban en que Henry elegiría algo apropiado para la ocasión. No le habría costado nada elegir cualquier otra cosa, algún texto sacado del *Lycidas* o los Upamshads, no sé, cualquier cosa menos aquel poema que Bunny se sabía de memoria. Bunny estaba muy orgulloso de aquellos ridículos poemas que había aprendido en el colegio, poemas rarísimos y sentimentales cuyos títulos y autores yo ni siquiera conocía. El resto de nosotros, que respecto a estos temas éramos muy esnobs, lo considerábamos de muy mal gusto, igual que su debilidad por los King Dons y Hostess Twinkies. Yo había oído a Bunny recitar aquel poema de Housman bastante a menudo —si estaba borracho, muy serio; cuando estaba sobrio, con más sorna—, y para mí los versos estaban inevitablemente ligados a la cadencia de su voz; quizá fue por eso que al oír aquel poema en boca de Henry, que lo leyó con su estupendo tono académico, allí, con los cirios derritiéndose y con la corriente de aire haciendo temblar las flores, y la gente llorando a mi alrededor, sufrí un dolor tan breve e insoportable como una de aquellas torturas japonesas calibradas para conseguir la mayor tristeza posible en el espacio de tiempo más breve. El poema era corto.

Mi corazón de resentimiento está cargado
Por los amigos dorados del pasado,
Por mas de una donce lla de labios rosados
Y por muchachos de pies alados
Por arroyos para saltar desmesurados
Enfermos están los muchachos de pies alados,
Dormidas las muchachas de labios rosados
En campos donde las rosas se han marchitado.

Durante la oración final (exageradamente larga) sentí que me tambaleaba, hasta tal punto que los laterales de mis zapatos nuevos se me clavaban debajo de los tobillos. El aire estaba viciado; la gente lloraba; había un zumbido persistente que se me metía en los oídos y luego desaparecía. Por un momento temí desmayarme. Entonces me di cuenta de que el zumbido procedía de una enorme avispa que revoloteaba, errática, por encima de nuestras cabezas, dibujando líneas y círculos. Francis había conseguido enfurecerla agitando inútilmente su esquela; la avispa bajó en picado hasta la cabeza de la sollozante Sophie, pero al no ofrecer ella ninguna resistencia, volvió a emprender el vuelo y se posó sobre el respaldo del banco para serenarse. Camila se inclinó hacia un lado y, furtivamente, empezó a sacarse un zapato, pero, antes de que pudiera hacerlo, Charles ya la había matado de un sonoro trompazo con el misal.

El cura, que estaba en el momento culminante de su plegaria, pegó un respingo. Abrió los ojos y miró a Charles, que todavía tenía el misal en la mano. «Que nuestro pesar no quede en meros lamentos —dijo subiendo ligeramente el tono de voz—, ni en una pena inútil, propia de los que no tienen esperanza, sino que nos ayude a acercarnos al Señor...»

Incliné rápidamente la cabeza La avispa todavía se agarraba al banco con una antena negra. La miré y pensé en Bunny, en el pobre Bunny, experto exterminador de bichos voladores, que siempre eliminaba a las moscas domésticas con un ejemplar enrollado del *Examiner* de Hampden.

Charles y Francis, que antes de la misa no se dirigían la palabra, habían hecho las paces. Después del último «amén», sin necesidad de hacerse ni un solo gesto, desaparecieron juntos por un pasillo lateral. Los vi entrar, en silencio y con prisas, en el lavabo de caballeros; Francis se detuvo un momento, nervioso, y miró atrás mientras se metía la mano en el bolsillo del abrigo. Yo sabía qué llevaba escondido, la petaca que le había visto sacar de la guantera del coche.

Fuimos saliendo al patio de la iglesia. Hacía un día triste y oscuro. Había dejado de llover, pero el cielo estaba negro y soplaba un fuerte viento. Alguien estaba tocando la campana de la iglesia, y lo hacía bastante mal, repicaba una y otra vez, sin ningún ritmo, como una campanilla de una sesión de espiritismo.

La gente se metió corriendo en los coches, sujetándose los vestidos inflados y los sombreros. Camila, a pocos pasos de mí, luchaba por cerrar su paraguas, que la hacía avanzar de puntillas. Mary Poppins con su vestido negro de entierro. Me acerqué para ayudarla, pero antes de llegar el paraguas se invirtió. Por un momento tuvo vida propia y agitó las varillas como si fuera un pterodáctilo, de pronto Camila lo soltó con un chillido e inmediatamente el paraguas salió volando y se elevó unos tres metros, dando un par de vueltas de campana antes de quedar atrapado en las ramas altas de un fresno.

—Mierda —dijo, mirando el paraguas; luego se miró el dedo, del que salía un delgado hilillo de sangre— Mierda, mierda, mierda.

—¿Estás bien?

Se llevó a la boca el dedo herido.

—No, si no es eso —me dijo, malhumorada, mirando hacia las ramas—. El paraguas es de mi abuela.

Le ofrecí mi pañuelo. Ella lo abrió y se envolvió el dedo con él *(aleteo blanco, cabello al viento, cielo oscuro),* y mientras yo observaba el tiempo se detuvo, y la memoria me jugó una mala pasada: el cielo era del mismo gris tormentoso que aquel día, hojas nuevas, el cabello de Camila al viento y un mechón atrapado entre sus labios como..

(aleteo blanco)

(en el barranco Ella había bajado co n Henry, pero subió antes que él, y el resto de nosotros nos habíamos quedado esperando, expuestos a aquel viento helado, temblando de miedo, y la ayudamos a subir, ¿muerto?, ¿está ? Ella sacó un pañuelo de su bolsillo y se limpió las manos, manchadas de b arro, sin mirarnos, con el cabello, ligero, ondulando contra el cielo y el rostro vacío de toda expresión)

—¡Papá! —gritó alguien a nuestras espaldas.

Pegué un respingo, entre sorprendido y asustado. Era Hugh. Caminaba deprisa, casi corriendo, y no tardó en alcanzar a su padre.

—Papá —repitió, y le puso una mano en el hombro.

Su padre no reaccionó. Hugh lo zarandeó un poco. Los portadores del féretro, un poco adelantado (Henry no se distinguía de los demás) estaban introduciendo el ataúd en el coche fúnebre.

—Papá —insistió Hugh. Estaba sumamente agitado—. *Papá,* escúchame un momento.

Las puertas del coche se cerraron de golpe. El señor Corcoran se volvió lentamente. Muy lentamente. Llevaba al niño Champ en brazos, pero hoy su presencia no parecía proporcionarle demasiado consuelo. Estaba absorto, embobado. Se quedó mirando a su hijo como si fuera la primera vez que lo veía.

—*Papá* —dijo Hugh—. A que no sabes a quién acabo de ver. A que no sabes quién ha venido. *El señor Vanderfeller* —le dijo, nervioso, apretándole el brazo a su padre.

Las sílabas de ese ilustre nombre —un nombre que los Corcoran invocaban casi con el mismo respeto con que invocaban el de Dios Todopoderoso—, pronunciadas en voz alta, tuvieron un milagroso efecto curativo en el señor Corcoran.

—¿Vanderfeller? ¿Aquí? —dijo, mirando a su alrededor— ¿Dónde está?

Ese augusto personaje, que en el inconsciente colectivo de los Corcoran cobraba mucha importancia, era el director de una institución benéfica —fundada por su todavía más augusto abuelo— que casualmente poseía una importante participación en las acciones del banco del señor Corcoran. Eso implicaba reuniones de la junta, y alguna que otra reunión social, y los Corcoran gozaban de un inagotable arsenal de anécdotas «maravillosas» sobre Paul Vanderfeller, de lo «europeo» que era, de lo «ingenioso», y aunque a mí no me llamaban demasiado la atención los «ingenios» que a ellos tanto les gustaba repetir (los guardas de seguridad de Hampden eran más inteligentes), conseguían que los Corcoran se rieran con simpatía y con aparente sinceridad. Una de las formas favoritas que tenía Bunny de empezar una frase consistía en decir casualmente: «El otro día mi padre estaba comiendo con Paul Vanderfeller y....»

Y allí estaba ahora, en carne y hueso, abrasándonos a todos con sus gloriosos rayos. Eché un vistazo en la dirección que Hugh le señalaba a su padre, y lo vi: un hombre de aspecto ordinario con la expresión amable de alguien acostumbrado a recibir constantes invitaciones; cerca de cincuenta años, bien vestido, nada particularmente «europeo» en él, salvo las gafas, muy feas, y el hecho de que estaba considerablemente delgado.

Una expresión de algo muy parecido al cariño se dibujó en el rostro del señor Corcoran. Le entregó el bebé a Hugh sin decirle ni una palabra y salió corriendo en dirección al señor Vanderfeller.

Quizá fuera porque eran irlandeses, o porque el señor Corcoran había nacido en Boston, pero toda la familia parecía sentir cierta misteriosa afinidad con los Kennedy. Todos intentaban cultivar aquel parecido —sobre todo la señora Corcoran, con su peinado y sus gafas a lo Jackie—, pero también tenía un ligero fundamento físico: Brady y Patrick, con su extremada delgadez, su eterno bronceado y sus grandes dientes, se parecían un poco a Bobby Kennedy, mientras que los otros hermanos, Bunny entre ellos, se parecían más a Ted Kennedy: más robustos, con facciones redondas y pequeñas apretujadas en el centro de la cara. A cualquiera de ellos habría sido fácil confundirlo con miembros secundarios del clan, primos tal vez. Francis me había contado que en una ocasión entró con Bunny en un restaurante de moda de Boston. El local estaba lleno y no había mesas libres, y el camarero les preguntó su nombre para anotarlo en la lista de espera. «Kennedy», dijo Bun, sin más, balanceándose en los talones, y al cabo de un instante la mitad del personal se afanaba por dejar libre y preparada una mesa.

Y quizá fueran aquellas viejas asociaciones las que rondaban por mi cabeza, o quizá fuera que los únicos funerales que había visto eran en la televisión, acontecimientos de Estado: en cualquier caso, la procesión funeraria —coches negros, largos, salpicados de lluvia, el Bentley del señor Vanderfeller entre ellos— me recordaba a otro entierro y a otra caravana mucho más famosa. Avanzábamos lentamente. Descapotables llenos de flores —como descapotables de una parada militar de pesadilla— avanzaban tras el coche fúnebre. Gladiolos, crisantemos, hojas de palma. Hacía mucho viento, y los pétalos de colores que se desprendían de las coronas iban a dar contra los coches, pegándose a los parabrisas mojados como confetti.

El cementerio estaba en la autopista. Aparcamos y salimos del Mustang (las portezuelas se cerraron con un ruido sordo), y nos quedamos de pie en la sucia cuneta. A menos de cinco metros, los coches pasaban zumbando a toda velocidad por la calzada.

Era un cementerio grande, llano, ventoso y anónimo. Las lápidas estaban dispuestas en hileras. El chófer del Lincoln de la funeraria salió del coche y lo rodeó

para abrirle la puerta a la señora Corcoran. Esta llevaba un ramillete de rosas, no sé por qué. Patrick le ofreció su brazo y ella lo cogió por el interior del codo con su mano enguantada, inescrutable detrás de sus gafas oscuras, tranquila como una novia.

Las puertas traseras del coche fúnebre estaban abiertas, y sacaron el ataúd, que empezó a avanzar por el campo, seguido por el silencioso grupo, surcando el mar de hierba como un pequeño bote. Las cintas amarillas de la tapa flotaban alegremente. El cielo era enorme y hostil. Pasamos por delante de la tumba de un niño adornada con una linterna de plástico en forma de calabaza sonriente.

La tumba estaba cubierta con un toldo a rayas, de los que se utilizan en las fiestas al aire libre. Me pareció insulso y estúpido, restallando allí en medio: vacío, bruto, banal. Nos detuvimos y nos quedamos de pie en pequeños grupos. Yo había esperado algo más. Esparcidos sobre el césped había restos de desperdicios chafados por los cortacéspedes. Colillas, un envoltorio de Twix. «Esto es ridículo —pensé, súbitamente presa del pánico—. ¿Cómo ha podido ocurrir?».

Los coches pasaban zumbando por la autopista.

La tumba era horrible, casi indescriptible. Era la primera vez que veía una. Era una cosa bárbara, un simple agujero arcilloso con sillas plegables para la familia dispuestas en uno de los lados, y un montón de tierra en el otro. «Dios mío», pensé. De súbito empezaba a verlo todo con una claridad insoportable. ¿Por qué se tomaban tantas molestias con el ataúd, con el toldo, con todo aquello, si lo que iban a hacer era meterlo allí dentro, cubrirlo de tierra y marcharse a casa? ¿Eso era todo? ¿Librarse de él como si fuera un desecho?

«Bun —pensé—, oh, Bun, lo siento.»

El cura no se entretuvo demasiado y ofició deprisa, con su afable rostro teñido de verde bajo el toldo. Julian nos estaba mirando. Francis primero, y luego Charles y Camila, fueron hacia él, pero yo permanecí donde estaba, atontado. Los Corcoran estaban sentados en silencio, con las manos sobre el regazo: «¿Cómo pueden quedarse ahí sentados —pensé—, junto a ese espantoso agujero, sin hacer nada?» Era jueves. Los jueves, a las diez, teníamos clase de prosa griega. Eso era lo que habríamos tenido que estar haciendo. El ataúd yacía junto a la tumba. Yo sabía que no iban a abrirlo, pero deseaba que lo hicieran. Empezaba a comprender que nunca volvería a ver a Bunny.

Los portadores se quedaron detrás del ataúd, formando una oscura hilera que me recordó al coro de ancianos de una tragedia. Henry era el más joven. Se quedó allí de pie con las manos entrelazadas; unas manos grandes, blancas, de erudito, hábiles y pulcras, las mismas manos que habían buscado el pulso en el cuello de Bunny y que le habían movido la cabeza hacia atrás y hacia delante, mientras el resto de nosotros nos asomábamos al borde del barranco, conteniendo la respiración. Incluso a aquella distancia alcanzábamos a ver el terrible ángulo del cuello roto, el zapato que se había quedado al revés, el hilo de sangre que le salía de la nariz y la boca. Henry le bajó los párpados con el pulgar, acercándose mucho, con cuidado de no tocar las gafas, que se habían quedado, torcidas, en la frente de Bunny. Un solitario espasmo le sacudió una pierna, que luego, gradualmente, fue calmándose hasta quedar quieta. Camila llevaba un reloj con segundero. Los vimos consultarlo en silencio. Henry subió la cuesta detrás de Camila, apoyando la mano en la rodilla; se limpió las manos en los pantalones y contestó a nuestros clamorosos susurros —*¿muerto?, ¿está...?* — con un breve e impersonal movimiento de la cabeza, como un médico...

«Oh, Señor, te suplicamos, que mientras lamentamos la marcha de nuestro hermano Edmund Grayden Corcoran, tu siervo, pensemos que también nosotros estamos dispuestos a acompañarlo. Danos fuerza para prepararnos para esa última hora, y protégenos de una muerte repentina e inesperada...»

No lo vio venir. Ni siquiera lo entendió; no tuvo tiempo. Tambaleándose hacia atrás como al borde de una piscina, el cómico canto tirolés, los aspavientos de los brazos. Y a continuación la sorpresa de la caída, la pesadilla. Alguien que ignoraba la existencia de una cosa llamada Muerte; que no creía en ella ni siquiera cuando la veía, que nunca había soñado que pudiera sucederle a él.

Cuervos aleteando. Escarabajos relucientes arrastrándose entre la maleza. Un retazo de cielo, eternizado en una retina nublada, reflejado —en un charco. Yuuuuu. La existencia, la nada.

«... Yo soy la Resurrección y la vida; los que creen en mí vivirán aunque mueran; y el que viviera creyendo en mí no morirá nunca...»

Los portadores bajaron el ataúd a la tumba con unas cuerdas largas y chirriantes. A Henry le temblaron los músculos a causa del esfuerzo; tenía la mandíbula fuertemente apretada. Llevaba la espalda de la chaqueta mojada de sudor.

Me palpé el bolsillo de la chaqueta para comprobar que los calmantes seguían allí. El trayecto de vuelta iba a ser largo.

Subieron las cuerdas. El cura bendijo la tumba y luego echó el agua bendita. Tierra, oscuridad. El señor Corcoran, tapándose la cara con las manos, sollozaba monótonamente. El toldo restallaba al viento.

La primera paletada de tierra. El ruido sordo que hizo contra la tapa me produjo una sensación angustiosa, negra, vacía. La señora Corcoran —Patrick a un lado, el sobrio Ted al otro— dio un paso adelante. Arrojó el ramillete de rosas a la tumba con su mano enguantada.

Muy lentamente, con una calma impenetrable, Henry se agachó y cogió un puñado de tierra. Lo sostuvo sobre la tumba y lo dejó caer por entre sus dedos. Y entonces, con una serenidad terrible, retrocedió y se frotó distraídamente la mano contra el pecho, manchándose de barro las solapas, la corbata, la inmaculada camisa blanca almidonada.

Lo miré. Lo mismo hicieron Julian, Francis, los gemelos, horrorizados. No parecía que Henry se diera cuenta de que había hecho algo fuera de lo corriente. Seguía inmóvil, con el viento despeinándole el cabello y aquella luz grisácea centelleando en las monturas de sus gafas.

CAPITULO 8

Los recuerdos que guardo de la recepción celebrada en casa de la familia Corcoran después del funeral son muy imprecisos, seguramente debido al puñado de diferentes calmantes que me tragué por el camino. Pero ni siquiera la morfina pudo aliviar completamente el horror de aquel acontecimiento. Afortunadamente, Julian estuvo allí; se paseaba por entre la concurrencia como un ángel, charlando educadamente con todos, sabiendo exactamente qué decirle a cada uno, y comportándose con semejante encanto y diplomacia con los Corcoran (que en realidad le caían muy mal, y viceversa) que hasta la señora Corcoran estuvo simpática con él. Además —el colmo de los colmos de los Corcoran—, resultó que Julian conocía a Paul Vanderfeller, y Francis, que casualmente se encontraba cerca, nos dijo que cuando Vanderfeller reconoció a Julian y lo saludó («a la europea», como la señora Corcoran le explicó a una vecina suya), con un abrazo y un beso en la mejilla, la cara que puso el señor Corcoran era digna de verse.

Los más pequeños de la familia, extrañamente regocijados por los tristes acontecimientos de la mañana, correteaban alegremente por la casa tirándose *croissants,* soltando carcajadas, persiguiéndose por entre los invitados con un juguete espantoso que emitía unos ruidos que parecían ventosidades. Los encargados del *catering* la habían fastidiado, demasiada bebida y comida insuficiente, una formula que garantizaba las complicaciones. Ted y su mujer no paraban de pelearse.

Bram Guernsev vomitó en un sofá. La señora Corcoran pasaba continuamente de la euforia a la más completa desesperación.

Al cabo de un rato, la señora Corcoran subió a su dormitorio y luego bajó con una expresión terrible en el rostro. Le susurró a su marido que alguien había cometido «un robo», y el comentario, que un oído atento le transmitió a su vecino, se extendió rápidamente por la sala generando una gran preocupación. ¿Qué era lo que habían robado? ¿Cuándo? ¿Habían llamado a la policía? La gente abandonó sus conversaciones y se acercó a la señora Corcoran murmurando, formando un verdadero enjambre. Ella evitó sus preguntas con maestría, adoptando un aire de mártir. No, dijo, no tenía sentido avisar a la policía los objetos desaparecidos eran insignificantes, su valor era puramente sentimental, y sólo ella podía utilizarlos.

Después de eso Cloke encontró una ocasión para marcharse. Y Henry también se había ido, aunque nadie hizo demasiados comentarios sobre aquello. Había recogido sus bolsas casi inmediatamente después del funeral, había subido a su coche y se había marchado, tras saludar brevemente a los Corcoran y sin decirle una palabra a Julian, que estaba deseando hablar con él. «Tiene un aspecto horrible —nos dijo a Camila y a mí (yo, dominado por el Dalmane, no supe qué responder)— Creo que debería verlo un médico » «Esta semana lo ha pasado muy mal», le dijo Camila. «Desde luego Pero creo que Henry es más sensible de lo que a nosotros nos parece. No sé si será capaz de superar esto algún día. Edmund y él estaban más unidos de lo que imagináis. —Suspiró—. ¿No os ha parecido muy raro ese poema que ha leído? Yo le habría propuesto algo del *Phaedo.»*

La reunión empezó a disolverse hacia las dos de la tarde. Habríamos podido quedarnos a cenar; habríamos podido quedarnos —si nos hubiéramos tomado en serio las invitaciones del señor Corcoran, que estaba bastante borracho (la gélida sonrisa de la señora Corcoran, sin embargo, invitaba a todo lo contrario)— indefinidamente, como amigos de la familia, y dormir en nuestros catres en el sótano. La familia Corcoran estaba dispuesta a acogernos en su seno, y a compartir con nosotros sus alegrías y sus penas cotidianas: las vacaciones, el cuidado de los pequeños, las tareas domésticas. Trabajaríamos juntos, *en equipo* (el señor Corcoran insistió mucho en eso), que era como a los Corcoran les gustaba hacer las cosas. No iba a ser una vida fácil —él era duro con sus hijos—, pero sí una vida casi increíblemente enriquecedora respecto a cosas como el carácter, el valor, la moral; respecto a esta última, el señor Corcoran daba por sentado que nuestros padres no se habrían molestado en enseñarnos nada de ella.

Cuando por fin nos marchamos eran más de las cuatro. Y ahora eran Charles y Camila los que no se hablaban. Se habían peleado por algo —yo los había visto discutir en el patio—, y durante todo el trayecto, sentados en el asiento trasero, lado a lado, miraron al frente, con los brazos cruzados exactamente en la misma postura, lo cual resultaba muy cómico, y estoy seguro de que ellos no se daban cuenta.

Parecía que me hubiera ausentado por más tiempo. Mi habitación tenía aspecto de abandonada y pequeña, como si hubiera estado vacía durante semanas. Abrí la ventana y me eché en la cama. Las sábanas olían a humedad. Estaba oscureciendo.

Todo había terminado por fin, pero me sentía extrañamente decepcionado. El lunes tenía clase: griego y francés. Llevaba casi tres semanas sin asistir a francés, y aquel pensamiento me produjo cierta ansiedad. Los trabajos. Me di la vuelta y permanecí boca abajo. Los exámenes finales. Y las vacaciones de verano a sólo un mes y medio. ¿Dónde demonios iba a pasarlas? ¿Trabajando para el doctor Roland? ¿Sirviendo gasolina en Plano?

Me levanté y tomé otro Dalmane. Luego volví a echarme en la cama. Fuera estaba casi oscuro. Oía la música de mi vecino a través de la pared: David Bowie. *«This is Ground Control to Major Tom...»*

Me quedé mirando las sombras del techo.

Y luego, en duermevela, me vi en un cementerio, no en el que habían enterrado a Bunny, sino en otro diferente, mucho más antiguo, y muy famoso —espeso, lleno de setos y árboles de hoja perenne, con pabellones de mármol cubiertos de enredaderas—. Yo caminaba por un estrecho camino de baldosas. Al doblar una esquina, las blancas flores de una inesperada hortensia —nubes luminosas flotando, pálidas, entre las sombras— me rozaron la mejilla.

Buscaba la tumba de un escritor famoso —Marcel Proust, creo, o quizá George Sand—. Quienquiera que fuera, yo sabía que estaba enterrado allí, pero había tanta vegetación que apenas veía los nombres de las lápidas, y además estaba oscureciendo.

Estaba en lo alto de una colina, en un oscuro pinar. Abajo y a lo lejos se extendía un difuso y humeante valle. Me di la vuelta y miré el lugar del que venía: agujas de mármol, lejanos mausoleos, pálidos en la creciente oscuridad. Más allá, una débil luz —quizás una linterna, o un farol— avanzaba hacia mí por entre las lápidas. Me adelanté para ver mejor, y entonces oí un ruido a mis espaldas, en los matorrales.

Era aquel niño, Champ, el nieto de los Corcoran. Se había caído cuan largo era y estaba intentando ponerse en pie; finalmente desistió y se quedó quieto, descalzo, temblando, boca arriba. Sólo llevaba puesto un pañal, y tenía unos largos y feos arañazos en los brazos y las piernas. Me quedé mirándolo, pasmado. Los Corcoran eran descuidados, pero aquello era inconcebible. «Qué monstruos —pensé—, qué imbéciles, se han ido y han dejado al bebé aquí solo.»

El niño lloriqueaba; tenía las piernas azuladas del frío. Cogía el avión de plástico que le habían regalado con su Happy Meal, y su mano, regordeta, me recordó a una estrella de mar. Me agaché para ver si estaba bien, pero al verlo oí, muy cerca, un forzado y ostentoso carraspeo.

Lo que ocurrió a continuación tuvo lugar en un instante. Miré por encima del hombro, y no tuve más que una rapidísima impresión de la figura que había detrás, pero aquel rápido vistazo fue suficiente para tumbarme, y caí, gritando, hasta que al final di contra la cama, que había subido a toda prisa en la oscuridad para recogerme. El golpe me despertó. Permanecí echado boca arriba, temblando, y luego encendí la luz.

Escritorio, puerta, silla. Volví a echarme, tembloroso. Aunque tenía el rostro magullado y estropeado con unas gruesas costras que ni siquiera con la luz encendida me gustaba recordar, yo lo había reconocido inmediatamente, y en el sueño él lo supo también.

Después de todo lo pasado aquellas últimas semanas, no era de extrañar que estuviéramos un poco hartos unos de otros. Por primera vez pasamos unos cuantos días sin vernos demasiado, con excepción de las clases y las comidas. Supongo que, ahora que Bun estaba muerto y enterrado, había menos de qué hablar, y desde luego no había motivo para estar levantados hasta las cuatro o las cinco de la mañana.

Me sentía extrañamente libre. Me iba solo de paseo, o al cine. Un viernes por la noche fui a una fiesta, fuera del campus, y recuerdo que mientras estaba en el porche trasero de la casa de un profesor bebiendo cerveza, oí a una chica hablarle sobre mí a su amiga: «Está muy apenado, ¿no te parece?» Era una noche despejada, con grillos y millones de estrellas. La chica era guapa: ojos relucientes, exuberantes, como a mí me gustan. Ella inició una conversación, y habría podido irme a casa con ella; pero me contenté con flirtear, con aquella dulzura, aquella ambigüedad con que lo hacen los personajes trágicos de las películas (veterano traumatizado por la guerra o joven viudo con hijos pequeños, atraídos por la joven desconocida pero marcados por un oscuro pasado que ella ignora y no puede compartir) y con gozar del placer de ver cómo las estrellas de la empatía brotaban de sus amables ojos; sintiendo su dulce deseo de rescatarme de mí mismo (¡oh, querida! —pensé—, ¡si supieras en qué lío ibas a meterte!); sabiendo que si quería podía irme a casa con ella.

Pero no lo hice. Porque, pese a lo que pudieran pensar los desconocidos de buen corazón, yo no necesitaba ni compañía ni consuelo. Lo único que quería era estar solo. Después de la fiesta no fui a mi habitación, sino al despacho del doctor Roland, donde sabía que a nadie se le ocurriría buscarme. Por la noche, y los fines de semana, allí se estaba maravillosamente tranquilo, y cuando volvimos de Connecticut pasé muchas horas allí, leyendo, haciendo la siesta en su sofá, haciendo su trabajo y el mío.

A aquellas horas de la noche hasta los porteros se habían ido. El edificio estaba a oscuras. Entré en el despacho y cerré la puerta con llave. La lámpara del escritorio del doctor Roland proyectaba un círculo de luz cálido y acogedor, y, después de poner la radio —la emisora de música clásica de Boston; el volumen bajo—, me instalé en el sofá con mi libro de francés. Más tarde, cuando me entrara sueño, cogería una novela de misterio y si me apetecía me prepararía una taza de té. La luz de la lámpara iluminaba las estanterías del doctor Roland, que tenían un aire misterioso y atractivo. No estaba haciendo nada malo, y sin embargo tenía la impresión de que ocultaba algo, de que llevaba una vida secreta que, por muy agradable que fuera, tarde o temprano acabaría interrumpiendo.

Los gemelos seguían enfadados. A veces se presentaban en el comedor hasta con una hora de diferencia. Yo intuía que la culpa la tenía Charles, que estaba arisco y poco comunicativo y que bebía un poco más de lo que era conveniente para él. Francis aseguraba no saber nada de aquello, pero yo sospechaba que sabía más de lo que decía.

Yo no hablaba con Henry desde el día del funeral; ni siquiera le había visto. No venía a comer y no cogía el teléfono. El sábado, durante el almuerzo, dije:

—¿Y Henry? Supongo que está bien, ¿no?

—Sí —dijo Camila, atareada con los cubiertos.

—¿Cómo lo sabes?

Hizo una pausa, con el tenedor suspendido en el aire; su mirada fue como una luz enfocada de golpe hacia mi cara.

—Porque le he visto.

—¿Dónde?

—En su apartamento. Esta mañana —me contestó, y volvió a centrarse en su comida.

—¿Y cómo está?

—Bien. Un poco cansado todavía, pero bien.

Charles, sentado a su lado con la barbilla apoyada en una mano, contemplaba furioso su plato todavía intacto.

Aquella tarde los gemelos no vinieron a cenar. Francis estaba de buen humor y muy hablador. Acababa de llegar de Manchester, cargado de bolsas, y me enseñó sus compras una por una: chaquetas, calcetines, tirantes, camisas rayadas y una fabulosa colección de corbatas, de las que me regaló una de seda verde bronce con lunares mandarina. (Francis era muy generoso con su ropa. A Charles y a mí solía regalarnos sus trajes viejos; era más alto que Charles, y más delgado que los dos, y nosotros los llevábamos a arreglar a la ciudad. Todavía llevo muchos de aquellos trajes: Sulka, Aquascutum, Gieves y Hawkes.)

También había pasado por la librería. Se había comprado una biografía de Hernán Cortés; una traducción de Gregorio de Tours y un estudio sobre asesinas victorianas, publicado por Harvard University Press. También le había comprado un regalo a Henry: una recopilación de inscripciones micénicas de Knossos.

Le eché un vistazo. Era un libro enorme. No había texto, sólo una fotografía tras otra de tablillas rotas con las inscripciones reproducidas en facsímil al pie. Algunos de los fragmentos sólo tenían una letra.

—Seguro que le encanta —le dije.

—Eso espero —repuso Francis—. Es el libro más aburrido que he encontrado. He pensado llevárselo después de cenar.

—Si quieres te acompaño.

Francis encendió un cigarrillo:

—De acuerdo. Pero no voy a entrar. Se lo dejaré en el porche.

—Muy bien —dije, extrañamente aliviado.

Pasé el domingo en el despacho del doctor Roland, desde las diez de la mañana. Hacia las once de la noche me di cuenta de que no había comido nada en todo el día, sólo café y unas cuantas galletas del despacho del Student Services, así que recogí mis cosas, cerré la puerta, y bajé a ver si el Rathskeller todavía estaba abierto.

Estaba abierto. El Rat era un anexo del bar donde servían una comida por lo general asquerosa, pero había un par de billares automáticos y una máquina de discos, y aunque ni siquiera podías conseguir una bebida decente, te daban un vaso de plástico con cerveza aguada por sólo sesenta centavos.

Aquella noche estaba lleno y había mucho ruido. El Rat me ponía nervioso. Había gente, como Jud y Frank, que se pasaba la vida allí, gente para la que aquel local era su único nexo con el universo. Los vi: estaban en el centro de una entusiasta masa de aduladores y gorrones, jugando a un juego que por lo visto consistía en intentar clavarse un trozo de vidrio roto en la mano.

Pedí una porción de pizza y una cerveza. Mientras esperaba que sacaran la pizza del horno, vi a Charles al final de la barra.

Le saludé y él se dio la vuelta. Estaba borracho: lo supe por su forma de sentarse. No era la típica postura de borracho, pero era como si otra persona —taciturna, perezosa— se hubiera apoderado de su cuerpo.

—Ah, eres tú —dijo.

Me pregunté qué estaría haciendo Charles en aquel sitio tan repugnante, solo, bebiendo una cerveza espantosa cuando en su casa tenía un armario lleno de los mejores licores.

Me dijo algo, pero con la música y los gritos no le oí.

—¿Qué? —dije, acercándome más a él.

—Si me prestas dinero.

—¿Cuánto?

Contó con los dedos.

—Cinco pavos.

Se los di. Estaba borracho, pero no tanto como para aceptarlos sin reiteradas disculpas y promesas de devolución.

—Tenía pensado ir al banco el viernes —me explicó.

—No te preocupes.

—No, en serio. —Cuidadosamente, sacó un cheque arrugado de su bolsillo—. Mi abuela me ha enviado dinero. Lo cobraré el lunes.

—Bien —le dije—. ¿Qué haces aquí?

—Me apetecía salir.

—¿Dónde está Camila?

—No lo sé.

La verdad, no estaba tan borracho como para no poder volver a su casa solo, pero faltaban dos horas para que cerraran el Rat y no me parecía conveniente dejarlo allí solo. Después del funeral de Bunny, varios desconocidos —entre ellos la secretaria del despacho de ciencias sociales— me habían abordado con la intención de sonsacarme información. Yo los había ahuyentado mediante una técnica aprendida de Henry (mirada inexpresiva, impasible, que obligaba al intruso a retirarse avergonzado); era un truco prácticamente infalible, pero una cosa era manejar a esa gente cuando estabas sobrio, y otra muy diferente cuando estabas borracho. Yo no estaba borracho, pero tampoco me apetecía quedarme por el Rat hasta que Charles decidiera marcharse. Yo sabía que cualquier intento de sacarlo de allí sólo serviría para hacer que se quedara más tiempo; cuando estaba borracho siempre se empeñaba en hacer exactamente lo contrario de lo que los demás sugerían.

—¿Camila sabe que estás aquí?

Se inclinó hacia delante, con la palma de la mano apoyada en la barra para guardar el equilibrio:

—¿Qué?

Repetí la pregunta, esta vez más alta. La expresión de su rostro se ensombreció.

—No es asunto suyo —dijo, y volvió a coger su vaso de cerveza.

Me sirvieron la pizza. Pagué y le dije a Charles:

—Perdóname, vuelvo en seguida.

El lavabo de caballeros estaba en un apestoso y húmedo pasillo perpendicular a la barra. Me metí por él y, cuando Charles ya no alcanzaba a verme, me dirigí al teléfono. Pero había una chica hablando en alemán. Esperé una eternidad, pero cuando estaba a punto de marcharme la chica colgó; introduje una moneda y marqué el número de los gemelos.

Los gemelos no eran como Henry: cuando estaban en casa, normalmente cogían el teléfono. Pero no contestaba nadie. Volví a marcar y miré la hora. Once y veinte. No me imaginaba dónde podría estar Camila a aquellas horas, a menos que hubiera salido a buscar a su hermano.

Colgué el auricular. Recuperé la moneda y volví junto a Charles. Al principio pensé que se había sentado en otro sitio, pero después de buscarlo entre los parroquianos, comprendí que no lo veía porque no estaba allí. Se había terminado la cerveza y se había marchado.

De pronto Hampden volvía a reverdecer. La nieve había matado la mayoría de las flores, salvo las que florecen tarde, madreselvas, lilas y demás, pero los árboles estaban más espesos que nunca, con un follaje oscuro, tan denso que de pronto el camino del bosque que conducía a North Hampden se volvió muy estrecho, con una exuberante vegetación a ambos lados que impedía que los rayos del sol llegaran al húmedo suelo.

El lunes llegué al Ateneo un poco pronto, y en el despacho de Julian encontré las ventanas abiertas y a Henry poniendo un ramo de peonías en un jarrón blanco. Me dio la impresión de que había adelgazado cinco o seis kilos, que para alguien de la envergadura de Henry no era demasiado, pero sin embargo me llamó la atención la delgadez de su rostro e incluso de sus manos y sus muñecas; pero no era aquello, sino otra cosa, algo inexpresable, lo que había cambiado en él desde la última vez que lo había visto.

Julian y él estaban hablando —en un latín jocoso, burlón y pedante— como un par de curas mientras ordenan la sacristía antes de una misa. En el aire había un fuerte olor a té.

Henry levantó la mirada.

—*Salve, amice* —me dijo, y una sutil alegría iluminó sus rígidas facciones, normalmente tan distantes e impenetrables— *valesne? Quid est rei?*

—Tienes buen aspecto —le dije. Era verdad.

Henry inclinó ligeramente la cabeza. Sus ojos, que durante la enfermedad habían estado nublados y dilatados, habían recuperado su azul transparente.

—*Benigne dicis* —me dijo—. Me encuentro mucho mejor.

Julian estaba retirando los restos de los panecillos y la mermelada. Henry y él habían desayunado juntos, y por lo visto abundantemente. Se rió y dijo algo que no entendí bien, un epigrama de Horacio sobre la carne, que era buena para las penas. Volvía a ser el de siempre brillante, tranquilo. Se había mostrado casi inexplicablemente encariñado con Bunny, pero le desagradaban las emociones fuertes, y a él le habría parecido exhibicionista y ligeramente sorprendente una manifestación de sentimiento normal según los estándares modernos yo estaba prácticamente convencido de que aquella muerte lo había afectado más de lo que parecía. Y sospecho que la alegre y socrática indiferencia de Julian por las cosas de la vida y la muerte le ayudaba a no estar demasiado triste a causa de nada por demasiado tiempo.

Llegó Francis, y luego Camila, Charles no apareció supuse que estaría en la cama, con resaca. Nos sentamos alrededor de la mesa.

—¿Preparados para abandonar el mundo fenoménico y entrar en el sublime? —dijo Julian cuando todos quedamos callados.

Ahora que, aparentemente, estábamos a salvo, una inmensa oscuridad desapareció de mi mente; el mundo me parecía un lugar maravilloso: verde, vital, completamente nuevo. Daba muchos y largos paseos, yo solo, hasta el río Battenkill. Lo que más me gustaba era ir a la pequeña granja de North Hampden (cuyos ancianos propietarios, madre e hijo, habían servido, según contaban, de inspiración para una célebre historia de terror de los años cincuenta) a comprar una botella de vino, y bajar a bebérmela al río, y luego me dedicaba a holgazanear, borracho, el resto de aquellas gloriosas, doradas y resplandecientes tardes, una pérdida de tiempo, por supuesto. Iba bastante atrasado tenía trabajos pendientes y se acercaban los exámenes, pero yo era joven. La hierba estaba verde y un zumbido de abejas llenaba el aire, y yo acababa de volver a la vida, al sol y al aire. Ahora era libre; y mi vida, que creía perdida, se extendía ante mí, indescriptiblemente dulce y preciosa.

Una de aquellas tardes pasé por casa de Henry y lo encontré en el patio trasero cavando un arriate. Llevaba ropa de jardinero —pantalones viejos, camisa arremangada hasta los codos— y en la carretilla había tomateras, pepinos, albahaca, fresas, girasoles y geranios. Apoyados contra la valla había tres o cuatro rosales con las raíces atadas con arpillera.

Entré por la puerta lateral. Estaba francamente borracho.

—¡Hola! —grité— ¡Hola, hola!

Henry se paró y se apoyó en la pala. Tenía el puente de la nariz ligeramente quemado por el sol.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Estoy sacando lechugas.

Hubo un largo silencio, y reparé en los helechos que Henry había cogido la tarde que matamos a Bunny. Recordé que los había llamado «spleenwort», Camila había hecho algún comentario acerca del encanto de aquel nombre que significaba «el mosto de la melancolía». Henry los había plantado en la parte sombreada del jardín, cerca de la bodega, y habían crecido densos y oscuros.

Me tambaleé un poco y me sujeté en un poste.

—¿Te quedarás aquí este verano? —pregunté a Henry.

Me miró fijamente y se limpió las manos en los pantalones.

—Creo que sí. ¿Y tú?

—No lo sé. —No se lo había contado a nadie, pero el día anterior había presentado una solicitud en el despacho del Student Services para un empleo que consistía en

cuidarle el apartamento a un profesor de historia de Brooklyn que asistía a un curso de verano en Inglaterra. Sonaba ideal: piso gratis en una zona agradable de Brooklyn, sin más obligaciones que regar las plantas y cuidar a un par de boston terriers. Mi experiencia con Leo y las mandolinas me había vuelto un poco desconfiado, pero la secretaria me aseguró que no, que aquello era diferente, y me enseñó un archivo de cartas de alumnos satisfechos que habían realizado aquel trabajo anteriormente. Yo nunca había estado en Brooklyn y no sabía nada de aquel barrio, pero me gustaba la idea de vivir en una gran ciudad —en cualquier gran ciudad, particularmente en una desconocida—, y pensar en el tráfico, las multitudes, en trabajar en una librería, servir mesas en una cafetería .. ¿quién sabía qué tipo de extraña y solitaria vida podía descubrir? Comer solo, pasear los perros por la noche, y sin que nadie supiera quién era yo.

Henry seguía mirándome Se ajustó las gafas.

—¿Sabes que es bastante temprano? —me dijo.

Reí. Sabía lo que estaba pensando primero Charles y ahora yo.

—Pero si estoy bien, tío —le dije.

——¿Seguro?

—Claro que sí.

Volvió a su trabajo, clavando la pala en la tierra, pisando fuerte a un lado de la hoja con el pie calzado en una polaina caqui. Los tirantes dibujaban una «X» negra en su espalda.

—Entonces podrás echarme una mano con las lechugas —me dijo— En el cobertizo hay otra pala.

Aquella noche, a las dos de la madrugada, la delegada de mi residencia llamó a la puerta de mi habitación y gritó que me llamaban por teléfono. Me puse la bata, casi dormido, y bajé corriendo. Era Francis.

—¿Que quieres? —pregunté.

—Richard, me ha dado un infarto.

Miré por el rabillo del ojo a la delegada —Verónica, Valerie, o como se llamara—, que se había quedado de pie junto al teléfono con los brazos cruzados y la cabeza ladeada, hondamente preocupada. Me di la vuelta.

—Seguro que no es nada —dije a Francis—. Métete en la cama.

—Escúchame —insistió el. Parecía aterrorizado—. Me ha dado un infarto. Creo que moriré.

—No digas eso.

—Tengo todos los síntomas. Dolor en el brazo izquierdo. Tirantez en el pecho Dificultad para respirar.

—¿Qué quieres que haga?

—Que vengas a buscarme y me lleves al hospital.

—¿Por qué no llamas a una ambulancia? —Los Ojos se me cerraban de sueño.

—Porque me da miedo —contestó Francis, pero no oí el resto, porque Verónica, que se había cuadrado al oír la palabra *ambulancia,* me interrumpió, muy agitada.

—Si necesitas un médico de urgencias, los de seguridad tienen el numero del CPR —dijo, ansiosa—. Están de guardia desde medianoche hasta las seis de la mañana. También tienen servicio de ambulancias. Si quieres, puedo...

—No necesito ningún médico de urgencias —le dije. Al otro lado de la línea. Francis, desesperado, repetía mi nombre.

—Estoy aquí.

—¿Richard? —Tenía la voz débil y entrecortada—. ¿Con quién estas hablando? ¿Qué pasa?

—Nada. Escucha..

—¿Quién decía no sé qué de un médico de urgencias?

—Nadie. A ver, Francis, escúchame —le dije mientras él intentaba que yo le escuchara a él—. Tranquilízate y cuéntame lo que te pasa.

—Tienes que venir, Richard. Me encuentro muy mal. Ha habido un momento en que mi corazón ha dejado de latir y...

—¿Tiene algo que ver con drogas? —dijo Verónica con tono confidencial.

—Mira —le dije—. Te agradecería que te estuvieras callada y me dejaras oír lo que mi amigo intenta decirme.

—¿Richard? —dijo Francis—. Ven a buscarme, por favor.

—Está bien —accedí—. Cinco minutos, ¿de acuerdo? —Colgué.

Cuando llegué al apartamento de Francis, me lo encontré vestido, sin zapatos y echado en la cama.

—Tómame el pulso —pidió.

Lo hice, para complacerle. Era rápido y fuerte. Francis estaba tirado como un trapo y le temblaban los párpados.

—¿Qué crees que tengo? —preguntó.

—No lo sé. —Estaba un poco sofocado, pero la verdad es que no tenía tan mal aspecto. Sin embargo cabía la posibilidad (aunque yo sabía que sería una locura mencionarlo en aquel momento) de que tuviera una intoxicación, una apendicitis o algo así.

—¿Crees que debería ir al hospital?

—Eso tienes que decidirlo tú.

—Se lo pensó un momento.

—No lo sé. Creo que sí —dijo.

—Pues si con eso vas a sentirte mejor, vamos. Venga, levántate.

No estaba tan grave como para no poder fumar durante todo el trayecto al hospital. Nos metimos en el camino de entrada y aparcamos frente a la amplia e iluminada puerta donde ponía «Urgencias». Paré el coche. Nos quedamos un momento dentro.

—¿Estás seguro de que lo quieres?

—Francis me miró con sorpresa y desprecio.

—¿De verdad crees que *estoy fingiendo?* —dijo.

—No —le contesté, sorprendido; y la verdad es que no se me había ocurrido pensarlo—. Sólo te he hecho una pregunta. Salió del coche y pegó un portazo.

Nos hicieron esperar cerca de media hora. Francis rellenó el formulario que le dieron y se quedó sentado, con cara de pocos amigos, leyendo ejemplares atrasados del *Smithsonian.* Pero cuando finalmente la enfermera lo llamó, no se levantó.

—Te están llamando —le dije.

Pero seguía sin moverse.

—Venga, Francis —insistí.

No contestó. Había algo extraño en su mirada.

—Mira, he cambiado de idea —dijo por fin.

——¿Qué dices?

—Digo que he cambiado de idea. Quiero irme a casa.

La enfermera estaba de pie en la puerta, escuchándonos con interés.

—No digas tonterías —repliqué, molesto—. Después del rato que llevamos esperando.

—He cambiado de idea.

—Pero si eras tú el que quería venir.

Sabía que aquello lo avergonzaría. Molesto, evitando mi mirada, cerró la revista y se marchó por la puerta sin mirar atrás.

Al cabo de unos diez minutos, un médico con aspecto cansado asomó la cabeza. En la sala de espera no había nadie más.

—Hola —dijo—. ¿Ha venido usted con el señor Abernathy?

——Sí.

—¿Quiere acompañarme, por favor?

Me levanté y lo seguí. Francis estaba sentado en el borde de una camilla, con la ropa puesta, hecho un ovillo y con aire desgraciado.

—El señor Abernathy no quiere ponerse el pijama —me explicó el médico—. Y no quiere que la enfermera le extraiga sangre. Si no coopera un poco, no sé cómo espera que lo reconozcamos.

Hubo un silencio. Las luces del consultorio eran muy intensas. Me sentía sumamente violento.

El médico fue a lavarse las manos.

—¿Os habéis tomado algo esta noche? —dijo distraídamente.

Noté que me ruborizaba.

—No —contesté.

—¿Un poco de cocaína? ¿O quizá algo de *speed?*

—No.

—Mira, si tu amigo se ha tomado algo, nos iría muy bien saber qué ha sido.

—Francis —dijo débilmente; pero su mirada de odio *(et tu, Brute)* me silenció.

—¿Cómo te atreves? —me dijo—. No he tomado nada. Lo sabes perfectamente.

—Cálmate —dijo el médico—. Nadie te acusa de nada. Pero no negarás que tu comportamiento es un poco irracional.

—¿Irracional? —dijo Francis después de una pausa.

El médico se enjuagó las manos y se las secó con una toalla.

—Hombre —dijo—. Vienes aquí a altas horas de la noche diciendo que tienes un infarto y luego no dejas que se te acerque nadie ¿Cómo pretendes que sepa qué tienes?

Francis no contestó Respiraba profundamente. Tenía los ojos fijos en el suelo y el rostro de un rosa intenso.

—Yo no soy adivino —dijo el médico—. Pero la experiencia me ha enseñado que cuando se presenta alguien de tu edad diciendo que tiene un infarto, pueden ser dos cosas.

—¿Qué? —le pregunté.

—Primero, sobredosis de anfetaminas.

—No es eso —dijo Francis, enojado y levantando la mirada.

—Está bien, está bien. La otra posibilidad es un ataque de pánico.

—¿Qué es eso exactamente? —le pregunté, poniendo cuidado de no mirar a Francis.

—Es algo parecido a una crisis de ansiedad. Un arrebato súbito de miedo. Los síntomas son palpitaciones, temblor, sudor frío. Puede ser bastante grave. El que lo sufre muchas veces se siente al borde de la muerte.

Francis no dijo nada.

—¿Y bien? —preguntó el médico—. ¿Crees que podría tratarse de eso?

—No lo sé —contestó Francis después de otra pausa. El médico se apoyó en el lavabo.

—¿Sientes miedo a menudo? —le preguntó— ¿Sin motivo aparente?

Cuando nos marchamos del hospital eran ya las tres y cuarto. Francis encendió un cigarrillo en el aparcamiento. Con la mano izquierda iba arrugando un trozo de papel en que el médico había anotado el nombre de un psiquiatra de la ciudad.

—¿Estás enfadado conmigo? —me preguntó una vez dentro del coche.

Era la segunda vez que me lo preguntaba.

—No —contesté.

—Seguro que sí.

Las calles estaban vacías, en penumbra. El coche llevaba la capota bajada. Pasamos por delante de unas casas oscuras, y luego por un puente cubierto. Las ruedas resonaban en las tablas de madera.

—No te enfades conmigo, por favor —insistió Francis.

No le hice caso.

—¿Piensas visitar a ese psiquiatra? —le pregunté.

—No serviría de nada. Sé lo que me pasa.

Guardé silencio. Al pronunciar el médico la palabra *psiquiatra,* me había asustado. Yo no tenia demasiada fe en la psiquiatría, pero nunca se sabía lo que un ojo atento podía descubrir mediante un test de personalidad, un sueño o incluso un *lapsus linguae*

—De pequeño me llevaron al psicoanalista —Francis hablaba como a punto de llorar—. Debía de tener once o doce años. A mi madre le había dado por el yoga, y me sacó del colegio de Boston y me envió a un sitio horrible, en Suiza. El Instituto Nosequé. Todo el mundo iba con sandalias y calcetines. Había clases de baile derviche y de cábala. Todos los del Nivel Blanco (así llamaban a mi curso, o mi grado, o lo que fuera) tenían que hacer Quigong chino cada mañana y cuatro horas de análisis Reichian a la semana A mí me obligaban a hacer seis horas.

—¿Y cómo se puede psicoanalizar a un chaval de doce años?

—Asociación de palabras, sobre todo. Y también unos juegos muy raros con muñecas anatómicamente perfectas A mí me pescaron intentado escaparme con una par de niñitas francesas (es que nos mataban de hambre, sólo nos daban comida macrobiótica); lo único que queríamos era ir al *bureau de tabac* a comprar chocolatinas, pero claro, a ellos se les metió en la cabeza que aquello tenía un claro componente sexual. No es que les importara que se tratara de eso, pero les gustaba que se lo contaras y yo era demasiado ignorante para ceder. Las niñas sabían mucho más de aquellas cosas y se habían inventado no sé qué salvaje cuento francés para complacer al psiquiatra *(ménage a trois* en un pajar, no te imaginas lo grave que les parecía que yo quisiera ocultarlo). La verdad, les habría contado cualquier cosa, si hubiera pensado que así me enviarían a casa. —Rió con melancolía— Dios mío. Todavía me acuerdo del director del instituto preguntándome con qué personaje de ficción me identificaba más, y yo le contesté que con Davy Balfour, el de *Kidnapped.*

Torcimos una esquina. De pronto, los faros iluminaron un animal enorme que había surgido en el camino. Pisé el freno con todas mis fuerzas. Por un instante, unos ojos relucientes me miraron. Luego desapareció.

Nos quedamos inmóviles, aturdidos, con el motor parado

—¿Qué ha sido eso? —dijo Francis al fin.

—No lo sé Puede que un ciervo.

—No, no era un ciervo.

—Pues un perro.

—A mí me ha parecido un gato.

—A mí también me lo había parecido.

—Pero era demasiado grande —dije.

—A lo mejor era un puma, o algo así.

—Pero si por aquí no hay animales de ésos.

—Antes los había. Los llamaban *catamounts,* gatos de montaña. De ahí viene Catamount Street.

Soplaba un viento frío. Un perro ladró a lo lejos. En aquella carretera no había demasiado tráfico por la noche.

Encendí el motor.

Francis me había pedido que no le explicara a nadie lo de la excursión a urgencias, pero el domingo por la noche estuve en el apartamento de los gemelos y bebí un poco más de la cuenta, y después de cenar, en la cocina, le conté la historia a Charles.

Charles se mostró muy comprensivo. Él también había bebido bastante, pero no tanto como yo. Llevaba un viejo traje seersucker, bastante holgado —también él había adelgazado—, y una vieja y raída corbata Sulka.

—Pobre *François* —dijo— Está chalado. ¿Tiene intención de ir al psiquiatra?

—No lo sé.

Sacó un cigarrillo de un paquete de Lucky Strikes que Henry se había dejado en la cocina.

—Yo de ti le aconsejaría que no mencionaras ese incidente a Henry —dijo, golpeando el cigarrillo contra la cara interior de la muñeca y alargando el cuello para asegurarse de que no había nadie en el pasillo.

Esperé a que continuara. Encendió el cigarrillo y exhaló una nube de humo.

—Mira, últimamente bebo un poco más de la cuenta —dijo con tono pausado—. No lo voy a negar. Pero por Dios, yo fui el que tuvo que vérselas con la policía, no él. Yo fui el que tuvo que vérselas con *Marion,* por el amor de Dios. Me llama casi cada noche. Que hable *él* con ella, y a ver qué pasa. Si a mí me diera por beber una botella de whisky diana, no sé por qué tendría que meterse él conmigo. Le he dicho que lo que *yo* haga no es asunto suyo. Y lo que tu hagas tampoco.

—¿Yo?

Me miró con expresión inocente. Y luego no.

—¿Es que no te has enterado? —dijo—. Ahora la ha tomado contigo. Dice que bebes demasiado Que vas por ahí borracho de buena mañana. Que vas por el mal camino.

Me quedé pasmado. Charles volvió a reírse al ver mi cara, pero entonces oímos pasos y ruido de cubitos de hielo, era Francis. Asomó la cabeza por la puerta y empezó a charlotear animadamente sobre no sé qué, hasta que cogimos los vasos y nos fuimos los tres al salón.

Fue una noche apacible y feliz, las lámparas encendidas, los vasos centelleando, la lluvia, intensa, azotando el tejado. Fuera la copa de los árboles se sacudían produciendo un ruido espumoso, como el de la soda burbujeando en un vaso. Las ventanas estaban abiertas y una fría y húmeda brisa se colaba por las cortinas, fascinantemente dulce e impetuosa.

Henry estaba de un humor excelente. Relajado, sentado en una butaca con las piernas estiradas, estaba fresco, descansado, y no escatimaba risas ni comentarios agudos. Camila estaba encantadora. Llevaba un vestido ajustado y sin mangas, de color salmón, que dejaba al descubierto un par de hermosas clavículas y las dulces y frágiles vértebras de la base del cuello —rodillas maravillosas, tobillos maravillosos, maravillosas piernas desnudas de fuertes músculos—. El vestido acentuaba la menudez de su cuerpo, la natural y ligeramente masculina gracia de su postura Yo la adoraba, adoraba la deliciosa forma en que pestañeaba mientras contaba una historia, o la forma en que cogía el cigarrillo (muy parecida a la de Charles), atrapándolo entre los nudillos de sus dedos de uñas mordidas.

Por lo visto, Charles y Camila habían hecho las paces. No hablaban demasiado, pero la silenciosa afinidad fraterna de siempre parecía recuperada. Se sentaban en los brazos de la butaca del otro, y compartían las bebidas (un ritual muy curioso, complejo y cargado de significado). Pese a no comprender plenamente aquellas prácticas, yo sabía que por lo general eran señal de que todo iba bien. Ella parecía la parte más conciliadora, lo cual en cierto modo contradecía mi hipótesis de que él era el culpable.

El centro de atención era el espejo que había sobre la chimenea, un viejo espejo empañado con un marco de palisandro: no era nada del otro mundo, lo habían comprado en un mercadillo, pero era lo primero que veías cuando entrabas y ahora todavía llamaba más la atención, porque estaba roto: había un agujero escandaloso en el centro, del que salían radios como si fuera una tela de araña. La historia era tan divertida que Charles tuvo que contarla dos veces, aunque en realidad lo verdaderamente divertido era su narración: limpieza general de la casa, todo lleno de polvo y él estornudando continuamente, y cayéndose de la escalera del estornudo y aterrizando contra el espejo, que acababan de limpiar y estaba en el suelo.

—Lo que no entiendo —dijo Henry— es cómo conseguiste colgarlo otra vez sin que se hiciera pedazos.

—Fue una especie de milagro. Ahora no me atrevo a tocarlo. ¿Pero no os parece que ha quedado maravilloso?

Y era verdad, eso no se podía negar; el viejo y oscuro cristal estaba completamente fragmentado, como un calidoscopio, y la habitación se reflejaba en cien pedazos.

Justo antes de marcharme descubrí, por casualidad, cómo se había roto el espejo en realidad. Estaba de pie junto a la chimenea, con la mano apoyada en el manto, y me dio por mirar hacia el interior. La chimenea no funcionaba. Había una pantalla y un par de morillos, pero los troncos que había colocados sobre éstos estaban llenos de polvo. Pero ahora, al fijarme, vi otra cosa: destellos plateados, restos afilados del espejo roto, mezclados con los cascos grandes, inconfundibles, de un vaso largo con borde dorado, idéntico al que yo tenía en la mano. Eran unos vasos viejos, muy pesados, con la base del grosor de un dedo. Alguien había arrojado aquél con fuerza desde el otro extremo de la habitación. Con suficiente fuerza como para hacerlo pedazos y para quebrar el espejo que había detrás de mi cabeza.

Un par de noches después, me despertaron unas llamadas a mi puerta. Aturdido y de mal humor, encendí la lámpara y pestañeando miré la hora. Las tres.

—¿Quién es? —grité.

—Henry.

Le abrí la puerta, de mala gana. No se sentó.

—Oye —me dijo—, siento molestarte, pero esto es muy importante. He venido a pedirte un favor.

Hablaba con precipitación. Ese tono me alarmó. Me senté en el borde de la cama.

—¿Me estás escuchando?

—¿Qué pasa? —dije.

—La policía me ha llamado hace unos quince minutos. Charles está en la cárcel. Lo han detenido por conducir borracho. Quiero que vayas y lo saques de allí.

Me recorrió un escalofrío.

—¿Qué dices?

—Iba conduciendo mi coche. Encontraron mi nombre en la documentación. No tengo idea de cómo está Charles. —Se metió la mano en el bolsillo y me pasó un sobre abierto—. Imagino que habrá que pagar algo para que lo suelten. No sé cuánto.

Miré dentro del sobre. Había un talón en blanco firmado por Henry y un billete de veinte dólares.

—Ya le he dicho a la policía que le había prestado el coche —explicó Henry—. Si hay algún problema con eso, diles que me llamen. —Estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia fuera—. Por la mañana buscaré un abogado. Sólo quiero que lo saques de allí lo antes posible.

Tardé un momento en reaccionar.

—¿Y el dinero? —dije por fin.

—Paga lo que te pidan.

—Me refiero a los veinte dólares.

—Tendrás que coger un taxi. Yo he venido hasta aquí en uno. Está esperando abajo.

Hubo un largo silencio. Yo todavía no había despertado del todo. Estaba allí sentado en calzoncillos y camiseta.

Mientras me vestía, él permaneció junto a la ventana contemplando la oscura pradera, con las manos cogidas a la espalda, ignorando el ruido de chatarra que hacía yo con los colgadores y mi torpe rebuscar por los cajones de la cómoda. Preocupado, aparentemente perdido en sus propias y abstractas inquietudes.

Dejamos a Henry en su casa, y mientras me llevaban a considerable velocidad hacia el oscuro centro de la ciudad, de pronto me di cuenta de lo poco informado que estaba respecto a la situación hacia la que me dirigía. Henry no me había contado nada. ¿Había habido un accidente? Y en ese caso, ¿había resultado alguien herido? Además, si tan importante era todo aquello —de hecho, se trataba del coche de

Henry—, ¿por qué no había venido él conmigo? Un solitario semáforo se balanceaba, colgado de un alambre, sobre el cruce vacío.

La cárcel de Hampden estaba en un anexo del edificio del Tribunal de Justicia. Era el único edificio de la plaza en que había alguna luz encendida a aquellas horas de la noche. Le dije al taxista que esperara, y entré.

Dos policías permanecían sentados en una sala amplia y bien iluminada. Había muchos archivadores, y escritorios metálicos separados por tabiques; un refrigerador de agua pasado de moda; una máquina de bolas de chicle del Civitan Club («Con tu cambio cambiamos cosas»). Reconocí a uno de los policías —un tipo de bigote pelirrojo—: lo había visto en la operación de rescate. Los dos agentes estaban comiendo pollo frito y mirando *Sally Jessy Raphaël* en un televisor portátil en blanco y negro.

—Hola —saludé.

—Me miraron.

—He venido a ver si puedo llevarme a mi amigo.

El del bigote pelirrojo se enjugó la boca con una servilleta. Era robusto y bien parecido, de unos treinta años.

—Me imagino que te refieres a Charles Macaulay —dijo.

Lo dijo como si Charles fuera un viejo amigo suyo. Y quizá lo era. Charles se había pasado bastantes horas allí abajo mientras buscaban a Bunny. Decía que los policías lo habían tratado muy bien. Le habían traído bocadillos y coca-cola.

—Tú no eres el que ha hablado conmigo por teléfono —dijo el otro policía. Era alto, apacible, de unos cuarenta años, cabello canoso y boca de rana—. ¿Es tuyo el coche?

Se lo expliqué. Me escucharon mientras comían el pollo. Eran unos tipos amables; impresionantes, con enormes 38 en la cintura. Las paredes estaban cubiertas de pósters gubernamentales: PREVENGA LOS DEFECTOS CONGÉNITOS, CONTRATE A VETERANOS, DENUNCIE EL FRAUDE POSTAL.

—Oye, no te podemos entregar el coche —dijo el del bigote pelirrojo—. El señor Winter tendrá que venir a buscarlo personalmente.

—El coche no me importa. En realidad lo que me interesa es llevarme a mi amigo.

El otro policía consultó su reloj:

—Bueno —dijo—, vuelve dentro de unas seis horas.

¿Qué era aquello? ¿Una broma?

—Tengo el dinero —le dije.

—No podemos aceptar una fianza. El juez especificará eso en la acusación. A las nueve en punto.

¿En la acusación? Me dio un vuelco el corazón. ¿Qué demonios ocurría allí?

Los policías se habían quedado mirándome con aire afable, como diciendo: ¿Algo más?

—¿Pueden explicarme qué ha pasado? —dije.

—¿Qué?

Mi tono de voz me resultaba extraño incluso a mí:

—¿Qué ha hecho exactamente?

—Lo ha parado una patrulla en Deep Kill Road —explicó el de cabello canoso. Hablaba como si estuviera leyendo—. Estaba borracho, y ha aceptado que le hicieran la prueba de la alcoholemia. La patrulla lo ha traído aquí y lo hemos metido en una celda. Ha sido hacia las dos y veinticinco.

Las cosas todavía no estaban claras, pero no se me ocurría qué preguntar.

—¿Puedo verlo? —dije por fin.

—No te preocupes, está bien —repuso el del bigote pelirrojo—. Podrás verlo a primera hora de la mañana.

Todo sonrisas, muy simpáticos. No había más que decir. Les di las gracias y me marché.

Cuando salí a la calle, el taxi ya se había ido. Me quedaban quince dólares de los veinte que me había dado Henry, pero para llamar a otro taxi habría tenido que entrar otra vez en la cárcel, y no quería hacerlo.

Así que bajé caminando por Main Street hasta una cabina que había enfrente de una cafetería. No funcionaba.

Estaba tan cansado que casi deliraba; volví a la plaza, pasando por delante de la oficina de correos, de la ferretería, del cine con su vieja marquesina: escaparates, aceras resquebrajadas, estrellas. Gatos monteses en bajorrelieve rondaban por los frisos de la biblioteca pública. Caminé bastante, hasta que las tiendas empezaron a escasear y la carretera quedó a oscuras; caminé por la cuneta de la autopista hasta llegar a la terminal de autobuses Greyhound, que a la luz de la luna ofrecía un aspecto triste. Aquélla era la primera imagen que yo había tenido de Hampden. La terminal estaba cerrada. Me senté fuera, en un banco de madera bajo una bombilla amarilla, esperando a que abrieran para entrar y llamar por teléfono y tomar una taza de café.

El empleado —un tipo gordo con ojos inexpresivos— llegó a las seis. Estábamos los dos solos. Fui al lavabo y me lavé la cara, y no me tomé una taza de café, sino dos, que el empleado me sirvió a regañadientes de una cafetera que había preparado con un hornillo detrás de la barra.

Ya había salido el sol, aunque a través de las mugrientas ventanas no se veía gran cosa. Las paredes estaban cubiertas de horarios antiguos; el linóleo estaba plagado de colillas y chicles incrustados. Las puertas de la cabina de teléfonos estaban llenas de huellas de dedos. Entré en la cabina, cerré las puertas y marqué el número de Henry, pensando que no iba a contestar; pero contestó al segundo timbrazo.

—¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado? —dijo.

Le conté lo ocurrido. Un ominoso silencio por respuesta.

—¿Estaba solo en una celda? —preguntó Henry al cabo de un rato.

—No lo sé.

—¿Estaba consciente? Me refiero a si podía hablar.

—No lo sé.

Otro largo silencio.

—Mira —le dije—, a las nueve comparecerá ante el juez. ¿Por qué no quedamos en el Palacio de Justicia? Henry no contestó inmediatamente:

—Prefiero que te encargues tú. Hay otras cosas a tener en cuenta.

—Si hay otras cosas a tener en cuenta, me gustaría saber cuáles son.

—No te enfades. Ocurre que yo he tenido que tratar bastante con la policía, nada más. Ya me conocen, y a él también. Además... —hizo una pausa— me temo que soy la última persona a la que a Charles le gustaría ver.

—¿Y eso por qué?

—Porque anoche nos peleamos. Es una historia muy larga —me dijo, mientras yo intentaba interrumpirle—. Cuando lo dejé, estaba muy disgustado. Y de todos nosotros, creo que tú eres el que está en mejores términos con él.

—¿Ah, sí? —dije, pero en el fondo el comentario me agradó.

—A Charles le caes muy bien. Eso ya lo sabes. Además, la policía no sabe quién eres. No creo que puedan relacionarte con ese otro asunto.

—No sé qué puede importar eso a estas alturas.

—Me temo que sí importa. Más de lo que imaginas.

Guardamos silencio, y me di cuenta de que con Henry era imposible llegar al fondo de las cosas. Era como un publicista, siempre se reservaba alguna información y sólo la soltaba cuando le interesaba.

—¿Qué intentas decirme, Henry?

—Ahora no es el mejor momento para hablar de eso.

—Si quieres que me encargue de Charles, será mejor que desembuches.

Habló con voz frágil y distante:

—Digamos que durante un tiempo estuvimos corriendo más riesgo del que imaginas. Charles lo ha pasado muy mal. En realidad nadie tiene la culpa, pero él ha cargado con más peso del que le correspondía.

Silencio.

—No te estoy pidiendo nada del otro mundo.

«Sólo que te obedezca», pensé mientras colgaba el auricular.

La sala del tribunal estaba al fondo del pasillo, pasadas las celdas. Había que atravesar dos puertas de batiente con ventanillas en la parte superior. Se parecía mucho a lo que yo había visto del resto del Palacio de Justicia, construido hacia 1950, con desgastadas baldosas de linóleo y paredes de revestimiento de madera amarillento y pegajoso, barnizado de color miel.

No esperaba que hubiera tanta gente. Ante el estrado había dos mesas; en una había unos cuantos policías, y en la otra tres o cuatro personajes sin identificar; un secretario con su graciosa máquina de escribir, minúscula; otros tres desconocidos en la zona del público, muy separados unos de otros, y una pobre señora, ojerosa, con una gabardina marrón, con aspecto de recibir palizas con cierta regularidad.

Entró el juez y todos nos levantamos. El caso de Charles fue el primero en ser anunciado.

Charles entró por la puerta como un sonámbulo, descalzo. Tenía el rostro embotado. Le había quitado el cinturón, la corbata y los zapatos, y parecía ir en pijama.

El juez le echó un rápido vistazo. Era un hombre de unos sesenta años, arisco, con la boca delgada y una enorme papada de bulldog.

—¿Tiene usted abogado? —pregunto con un fuerte acento de Vermont.

—No, señoría —contestó Charles.

—¿Se encuentran su esposa o sus padres en la sala?

—No, señoría.

—¿Puede pagar su fianza?

—No, señoría —dijo Charles. Estaba sudoroso y desconcertado. Me levanté. Charles no me vio, pero el juez sí.

—¿Ha venido usted para pagar la fianza del señor Macaulay? —me preguntó

—Sí.

Charles se dio la vuelta, con la boca entreabierta, tan embobado como un chaval de doce años.

—Fijo una fianza de quinientos dólares. Puede usted pagarla en la ventanilla, al fondo del pasillo a la izquierda —dijo el juez con aburrimiento—. Tendrá que volver a presentarse dentro de dos semanas y le sugiero que venga con un abogado ¿Necesita usted su vehículo para trabajar?

Uno de los desastrados hombres de mediana edad que había en las primeras filas se levantó para dirigirse al juez

—El coche no es suyo, señoría.

El juez le lanzó una furiosa mirada a Charles.

—¿Es eso correcto? —le dijo.

—Hemos hablado con el propietario. Un tal Henry Winter. Es alumno de la escuela universitaria. Dice que anoche le prestó el vehículo al señor Macaulay.

El juez soltó un resoplido y volvió a dirigirse a Charles.

—Su permiso de conducir queda suspendido hasta nueva orden, y el día veintiocho preséntese con el señor Winter.

Todo fue muy rápido, sorprendentemente rápido, y a las nueve y diez ya estábamos fuera del Palacio de Justicia.

Hacía una mañana húmeda, fría para el mes de mayo. En las oscuras copas de los árboles, los pájaros piaban. Yo estaba atontado de cansancio.

Charles se frotó los brazos:

—Menudo frío —dijo.

Las calles y la plaza estaban vacías. En el banco acababan de abrir las cortinas.

—Espérame aquí. Voy a llamar un taxi —dije.

Charles me cogió del brazo. Todavía estaba borracho, pero se le notaba más por el estado en que había quedado su ropa que por otra cosa, tenía el rostro fresco y sonrosado, como el de una criatura.

—Richard —me dijo —Qué.

—Tú eres amigo mío, ¿verdad?

No estaba de humor para quedarme en los escalones de la entrada del Palacio de Justicia escuchando aquellas cosas.

—Claro —le dije, e intenté soltarme.

Pero él me cogió aún más fuerte.

—Eres buena persona —dijo—. Me alegro de que hayas sido tú el que ha venido. Sólo quiero pedirte un favor.

—Adelante.

—Que no me lleves a casa.

—¿Qué quieres decir?

—Llévame al campo. A casa de Francis. No tengo llave, pero la señora Hatch me dejará entrar, y si no, puedo abrir una ventana. No, no. Mira. Puedo entrar por el sótano. Lo he hecho miles de veces. Espera —dijo cuando intenté interrumpirle de nuevo— Puedes venir conmigo. Puedes pasar por la escuela, coger algo de ropa y...

—Es que no puedo llevarte a ningún sitio, Charles —conseguí decirle al fin—. No tengo coche.

Su expresión cambió súbitamente, y me soltó el brazo.

—Muy bien —me dijo con repentina amargura—. Muchas gracias.

—En serio —le dije—. No tengo coche. He venido en taxi.

—Podemos ir en el de Henry.

—No, no podemos. La policía se ha quedado las llaves.

—Le temblaban las manos. Se las pasó por la cabeza.

—Pues entonces ven a casa conmigo. No quiero irme solo a casa.

—De acuerdo —accedí. Estaba tan cansado que veía moscas—. Está bien. Espera un momento; voy a llamar un taxi.

—No, no —me dijo, retrocediendo—. Vamos andando.

Del Palacio de Justicia al apartamento de Charles, en North Hampden, había un trecho considerable. Por lo menos, cinco kilómetros. Buena parte del camino había que hacerlo por la carretera.

Los coches pasaban a toda velocidad, humeando. Yo estaba agotado. Me dolía la cabeza y me pesaban los pies. Pero el aire de la mañana, fresco y limpio, había animado un poco a Charles. A mitad de camino, se paró ante la polvorienta ventana de un Tastee Freeze que había en la cuneta de la carretera, enfrente del Hospital de Veteranos, y compró una gaseosa.

La grava crujía bajo nuestros pies. Charles fumó un cigarrillo y bebió la gaseosa con una pajita a rayas blancas y rojas. Las mosquitas zumbaban alrededor de nosotros.

—Así que Henry y tú os habéis peleado —dije, por decir algo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho él?

—Sí.

—No lo recordaba. No me importa. Estoy harto de que me diga lo que tengo que hacer.

—¿Sabes qué es lo que no entiendo?

—¿Qué?

—No por qué nos dice lo que tenemos que hacer, sino por qué siempre le obedecemos.

—La verdad, a veces me pregunto si nos sirve de algo.

—No sé.

—¿Bromeas? La idea de la maldita bacanal, para empezar: ¿a quién se le ocurrió? ¿A quién se le ocurrió llevarse a Bunny a Italia? ¿Y dejar aquel diario por allí? El muy hijo de puta. Él tiene la culpa de todo. Y tú no te has enterado de lo cerca que estuvieron de descubrirnos.

—¿Quién? —pregunté, sorprendido—. ¿La policía?

—El FBI. Al final pasaron muchas cosas que no os hemos contado.

—Henry me hizo jurar que no os lo diría.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

Tiró el cigarrillo.

—Mira, se hicieron un lío. Pensaban que Cloke estaba implicado, pensaban muchas cosas. Es curioso. Nosotros estamos acostumbrados a Henry. A veces no nos damos cuenta de cómo lo ven los demás.

—¿A qué te refieres?

—No sé. Podría ponerte infinidad de ejemplos. —Rió desganadamente—. El verano pasado, cuando a Henry se le metió entre ceja y ceja alquilar una granja. ¿Te acuerdas? Lo acompañamos a ver una inmobiliaria del interior. Era todo muy sencillo. Henry tenía una idea bastante precisa de lo que quería: una casa antigua construida en el siglo diecinueve, apartada, con un terreno extenso, habitaciones para el servicio y demás. Hasta tenía pensado el precio. Pasaron dos horas hablando. La chica de la inmobiliaria llamó a su jefe y le preguntó si podía bajar a la oficina. El director le hizo mil preguntas a Henry.

—Comprobó todas y cada una de sus referencias. Todo estaba en orden, pero aun así no quisieron alquilársela.

—¿Por qué?

Charles rió.

—Es que Henry... resulta un poco sospechoso, ¿no te parece? Les costaba creer que un chico de su edad, un estudiante universitario, pudiera pagar tanto por una casa tan grande y tan aislada, para vivir solo y dedicado al estudio de las doce grandes culturas.

—¿Pero cómo? ¿Acaso pensaron que era un estafador?

—Digamos que creyeron que no era absolutamente honrado. Por lo visto, lo mismo pensaron los del FBI. No pensaban que hubiera matado a Bunny, pero sí que sabía más de lo que les había contado. Era evidente que algo les había pasado en Italia. Marion lo sabía, Cloke lo sabía, hasta Julian lo sabía. Incluso intentaron confundirme a mí para que lo admitiera, aunque yo no le dije nada a Henry. La verdad: creo que en realidad pensaban que Bunny y él habían invertido dinero en los negocios de Cloke. Aquel viaje a Roma fue un grave error. Podrían haberlo hecho sin llamar tanto la atención, pero Henry gastó una fortuna, derrochaba el dinero como un poseso. Se alojaron en un *palazzo,* imagínate. Los recordaban en todas partes adonde fueron. Mira, ya conoces a Henry, él es como es; pero tienes que mirarlo con los ojos de los demás. Su enfermedad también debía de parecer bastante sospechosa. No se le ocurre otra cosa que ponerle un telegrama a un médico de Estados Unidos pidiéndole Demerol. Y luego están los billetes de avión a Sudamérica. Va y los paga con su tarjeta de crédito; creo que ésa fue la mayor estupidez que ha hecho en su vida.

—¿Lo averiguaron? —pregunté horrorizado.

—Desde luego. Cuando sospechan que alguien está traficando con drogas, lo primero que comprueban son los movimientos de dinero. Y, madre mía, nada más y nada menos que Sudamérica. Afortunadamente, el padre de Henry tiene propiedades en no sé qué país, eso es cierto. Henry consiguió inventarse algo bastante verosímil; no es que lo creyeran, pero el caso es que no consiguieron demostrar lo contrario.

—Pero lo que no entiendo es de dónde sacaron lo de la droga.

—Imagínate cómo debían de ver ellos las cosas. Por una parte estaba Cloke. La policía sabía que traficaba con drogas a una escala bastante considerable; también imaginaron que seguramente era el intermediario de otra persona mucho más importante. No había ninguna conexión entre eso y Bunny, pero entonces aparece el mejor amigo de Bunny, que *está forrado* y no se sabe bien de dónde saca el dinero.

—Y resulta que durante los últimos meses, Bunny también ha estado gastando como un descosido. Henry era el que le daba el dinero, claro, pero ellos no lo sabían. Restaurantes caros. Trajes italianos. Y no es sólo eso. Es que Henry tiene *aspecto* de sospechoso. Su forma de comportarse. Hasta su forma de vestir. Parece uno de esos tipos con gafas de concha y brazalete de las películas de gángsters, ¿me explico?, el que le arregla los libros a Al Capone. —Encendió otro cigarrillo—. ¿Recuerdas la noche anterior a que encontraran el cadáver de Bunny? La noche en que

tú y yo fuimos a aquel bar espantoso, el que tenía el televisor, y donde yo me emborraché tanto.

—Sí.

—Fue una de las peores noches de mi vida. Todos estábamos en una situación bastante comprometida. Henry estaba prácticamente convencido de que al día siguiente iban a detenerlo.

Estaba tan sorprendido que no sabía qué decir.

—¿Pero por qué? —balbuceé.

Charles dio una honda calada al cigarrillo.

—Los del FBI fueron a verle aquella tarde —continuó—. Acababan de detener a Cloke. Le dijeron a Henry que tenían pruebas suficientes para detener a media docena de personas, incluso él mismo, bien por complicidad o por ocultar pruebas.

—¡Dios mío! —exclamé, completamente pasmado—. ¿A media docena? ¿Quiénes?

—No lo sé exactamente. Es posible que no fuera cierto, pero Henry estaba preocupadísimo. Me advirtió que seguramente se presentarían en mi casa, y tuve que irme. No podía quedarme allí sentado esperando. Me hizo prometer que no te lo diría. Ni siquiera Camila se enteró.

Hubo una larga pausa.

—Pero no te detuvieron —apunté.

Charles rió. Advertí que todavía le temblaban un poco las manos.

—Creo que eso hemos de agradecérselo a nuestro querido Hampden College —dijo—. Bueno, claro, había muchas cosas que no coincidían; eso lo averiguaron hablando con Cloke. Pero de todos modos sabían que no les estaban diciendo la verdad, y seguramente habrían insistido si la escuela se hubiera mostrado más dispuesta a cooperar.

Pero en cuanto encontraron el cadáver de Bunny, lo único que quería la dirección era silenciar el asunto. Demasiada mala prensa. Las solicitudes para el próximo curso habían descendido un veinte por ciento. Y la policía local (que en realidad era la autoridad competente) es muy comprensiva con estas cosas. Mira, Cloke se había metido en un buen lío; lo del tráfico de drogas iba en serio, habrían podido meterlo en la cárcel. Pero salió en libertad condicional, avalado por la escuela, y con una condena de cincuenta horas de servicio social. Ni siquiera lo hicieron constar en su historial académico.

Tardé un rato en encajar todo aquello. Los coches y los camiones seguían zumbando a pocos metros de nosotros.

Al cabo de un rato Charles se echó a reír otra vez.

—Es curioso —añadió, y metió las manos en los bolsillos—. Nosotros creíamos que con Henry al frente estábamos a salvo, pero de hecho si cualquiera de nosotros hubiera dado la cara, todo habría ido mucho mejor. Tú. O Francis. Hasta mi hermana. Nos habríamos ahorrado muchos problemas.

—No importa. Ahora ya ha pasado todo.

—Pero no gracias a él. El que tuvo que vérselas con la policía fui *yo*. El se ponía las medallas, pero en realidad fui yo el que tuve que pasarme horas en la comisaría tomando un café tras otro y haciéndome el simpático, intentando convencerlos de que no éramos más que un puñado de jóvenes normales y corrientes. Y lo mismo con el FBI, sólo que eso fue peor. Tenía que dar la cara por todos, imagínate, no podía bajar la guardia ni un instante, tenía que medir cada una de mis palabras y hacer todo lo posible por ver las cosas desde su punto de vista, y con ésos no te puedes despistar, no puedes cometer el menor desliz, y además tienes que intentar ser muy comunicativo y abierto y a la vez mostrarte muy preocupado, y al mismo tiempo nada nervioso, y ya te imaginas, yo apenas podía coger una taza sin temor de derramarla. Hubo un par de veces que me asusté tanto que pensé que me desmayaría o que me daría un ataque, o yo qué sé. ¿Te imaginas lo duro que fue? ¿Crees que Henry sería capaz de rebajarse a hacer algo parecido? No. *Yo* podía hacerlo perfectamente, claro, pero a él no se le podía molestar. Esa gente nunca había visto a nadie como Henry. ¿Sabes qué tipo de cosas le preocupaban? Si llevaba el *libro* adecuado, si Homero les causaría mejor impresión que santo Tomás de Aquino. Era como un

extraterrestre. Si sólo hubieran hablado con él, habríamos acabado todos en la cámara de gas. Un camión cargado de madera pasó traqueteando.

—Por Dios —dije al fin. Estaba bastante aturdido—. Me alegro de no haberme enterado de todo esto hasta ahora.

Charles se encogió de hombros.

—Bueno, tienes razón. Al final todo salió bien. Pero aun así, no me gusta que intente dominarme.

Caminamos un buen rato en silencio.

—¿Qué harás este verano? —preguntó Charles.

—Todavía no lo he pensado —dije. No había recibido ninguna respuesta acerca del empleo en Brooklyn, y empezaba a pensar que no saldría.

—Yo me voy a Boston —dijo Charles—. Francis tiene una tía que posee un apartamento en Marlboro Street. Muy cerca del Public Garden. La tía se va a pasar el verano al campo, y Francis me ha dicho que si quería podía ir.

—No está mal.

—El apartamento es grande. Si quieres puedes venir.

—Puede que sí.

—Te gustará. Francis se va a Nueva York, pero vendrá de vez en cuando. ¿Has estado alguna vez en Boston?

—No.

—Iremos al Gardner Museum. Y al piano bar del Ritz.

Empezó a hablarme de un museo de Harvard, donde había un millón de flores diferentes hechas de vidrio coloreado, y de pronto, con una velocidad alarmante, un Volkswagen amarillo dio la vuelta desde el carril opuesto y se detuvo a nuestro lado.

Era Tracy, la amiga de Judy Poovey. Bajó la ventanilla y nos lanzó una brillante sonrisa.

—Hola, chicos. ¿Os llevo a algún sitio?

Nos dejó en casa de Charles. Eran las diez en punto. Camila no estaba.

—Uf —exclamó Charles, quitándose la chaqueta. La dejó caer al suelo.

—¿Cómo estás?

—Borracho.

—¿Quieres un café?

—En la cocina tiene que haber —me dijo, bostezando y mesándose el cabello—. ¿Te importa que tome un baño?

—No, claro que no.

—Vuelvo en seguida. La celda estaba asquerosa. A lo mejor he cogido pulgas.

Tardó bastante en salir. Lo oí estornudar, manipular los grifos y tararear una canción. Me dirigí a la cocina y me serví un vaso de zumo de naranja, y puse unas rebanadas de pan de pasas en la tostadora.

Mientras buscaba el café en el armario, encontré, al fondo de un estante, un bote semivacío de leche malteada Horlick. La etiqueta me impresionó. Bunny era el único de nosotros que bebía leche malteada. La arrinconé en el fondo del armario, detrás de una jarra de jarabe de arce.

El café estaba listo, y yo me estaba comiendo la segunda tanda de tostadas cuando oí una llave en la cerradura. La puerta de entrada se abrió y Camila asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Hola —me saludó. Iba despeinada y estaba pálida y desvelada; parecía un niño pequeño.

—Hola. ¿Quieres desayunar?

—Se sentó a la mesa, a mi lado.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

Se lo conté. Ella me escuchó atentamente, cogió una tostada con mantequilla del plato y se la comió mientras yo hablaba.

—¿Está bien? —preguntó.

Yo no sabía exactamente a qué se refería.

—Sí —contesté.

Hubo un largo silencio. Se oía, muy distante, el sonido de una radio; una enérgica voz femenina cantaba una canción sobre el yogur, con un coro de mugidos de vacas.

Camila se acabó la tostada y se levantó para servirse otro café. La nevera hacía un ruido monótono. Camila se puso a revolver en el armario, buscando una taza.

—Tendrías que tirar ese bote de leche malteada —le dije.

—Ya lo sé —repuso al cabo de un momento—. En el armario hay una bufanda que se dejó la última vez que estuvo aquí. Tropiezo con ella cada dos por tres. Todavía conserva su olor.

—¿Por qué no te deshaces de ella?

—No pierdo la esperanza de que no haga falta. Siempre pienso que un día abriré el armario y habrá desaparecido.

—Me había parecido oírte —dijo Charles, que llevaba un rato, no sé si mucho o poco, en la puerta de la cocina. Tenía el cabello mojado e iba en bata, y en su voz todavía había rastros de aquella pesadez alcohólica que yo tan bien conocía—. Pensaba que estabas en clase.

—Hoy ha sido corta. Julian nos ha dejado salir antes. ¿Cómo te encuentras?

—De fábula —le contestó Charles. Entró en la cocina, y sus pies, húmedos, dejaban huellas que se evaporaban al instante en el reluciente linóleo rojo. Se acercó a Camila por detrás y le puso las manos encima de los hombros; luego se inclinó y acercó los labios a la nuca de su hermana.

—¿No le vas a dar un beso al delincuente de tu hermano?

Ella volvió un poco la cabeza, como si quisiera tocarle la mejilla con los labios, pero él la cogió por la cintura y con la otra mano le giró la cara y la besó en la boca. No fue un beso fraternal, de eso no había duda, sino un beso largo, lento, ávido, intenso y voluptuoso. La bata se abrió un poco y su mano izquierda pasó de la mandíbula al cuello de su hermana y luego a las clavículas, y sus dedos se quedaron temblando bajo el borde de su delgada camisa de lunares, sobre la cálida piel de su escote.

Yo estaba perplejo. Ella no se resistió, ni se movió. Cuando él se incorporó para tomar aliento, Camila acercó la silla a la mesa y cogió el azucarero, como si no hubiera pasado nada. La cucharilla tintineó contra la porcelana. El aire estaba impregnado del olor de Charles, un olor húmedo, alcohólico, dulce, mezclado con el de su loción de afeitar. Camila cogió la taza y bebió un sorbo, y entonces lo recordé: Camila nunca ponía azúcar en el café.

Estaba perplejo. Me habría gustado decir algo, cualquier cosa, pero no se me ocurría absolutamente nada.

Fue Charles el que finalmente rompió aquel silencio.

—Estoy muerto de hambre —dijo, anudándose la bata y dirigiéndose a la nevera. La puerta blanca se abrió con un estampido. Charles asomó la cabeza dentro, y una luz glacial iluminó su rostro.

—Creo que voy a preparar huevos revueltos —dijo—. ¿Alguien se apunta?

Aquella tarde, a última hora, después de pasar por mi casa y darme una ducha y hacer una siesta, fui a ver a Francis.

—Pasa, pasa —me dijo, haciéndome señas. Tenía el escritorio lleno de libros de griego; en el cenicero plagado de colillas había un cigarrillo consumiéndose—. ¿Qué pasó anoche? ¿Detuvieron a Charles?

Henry no ha querido contarme nada. Camila me ha explicado algo, pero ella no sabía los detalles... Siéntate. ¿Quieres una copa?

Contarle una historia a Francis siempre era divertido. Se inclinaba hacia delante y te escuchaba atentamente, reaccionando, en los intervalos correspondientes, con sorpresa, comprensión y consternación. Cuando terminé me acribilló a preguntas. Normalmente habría alargado el relato mucho más para disfrutar de un intensa atención, pero después de la primera pausa le dije:

—Ahora quiero preguntarte una cosa.

Francis estaba encendiendo un cigarrillo. Cerró el mechero y frunció las cejas:

—Adelante.

Yo había pensado en varias formas de formular aquella pregunta, pero me pareció que, en aras de la claridad, lo más adecuado sería ir directamente al grano:

—¿Crees que Charles y Camila duermen juntos?

Francis acababa de darle una calada al cigarrillo. Al oír mi pregunta, el humo le anegó la nariz.

—¿Sí o no?

Pero estaba tosiendo.

—¿Qué te ha hecho pensar una cosa así? —dijo por fin.

Describí la escena que había presenciado aquella misma mañana. El escuchó, con los ojos rojos y llorosos.

—Eso no quiere decir nada —dijo—. Seguro que todavía estaba borracho.

—No has contestado a mi pregunta.

Dejó el cigarrillo encendido en el cenicero.

—Está bien —dijo, y parpadeó—. Francamente, sí, creo que de vez en cuando se acuestan.

Hubo un largo silencio. Francis cerró los ojos, se los frotó con el pulgar y el índice.

—No creo que lo hagan con excesiva frecuencia —aclaró—. Pero nunca se sabe. Bunny siempre decía que una vez los había cogido *in fraganti.*

Lo miré fijamente.

—Se lo contó a Henry, no a mí. Me temo que no estoy al corriente de los detalles. Por lo visto, tenía la llave de la casa, y ya sabes que acostumbraba entrar sin llamar. Venga, hombre —añadió—. Ya debías imaginártelo.

—No —le dije, aunque en realidad sí lo había pensado, desde el primer día que los vi. Había atribuido aquello a mi propia perversidad mental, a cierto capricho degenerado de mi inconsciente, a una proyección de mi propio deseo, porque él era su hermano y se parecían muchísimo, y el pensar en ellos juntos despertaba, junto con los previsibles accesos de envidia, escrúpulos y sorpresa, otro, mucho más agudo, de excitación.

Francis me miraba fijamente. De pronto me di cuenta de que sabía exactamente lo que yo estaba pensando.

—Están muy celosos el uno del otro —me dijo—. Él mucho más que ella. Yo siempre había pensado que era una cosa infantil y sin importancia, ya sabes, las típicas riñas entre hermanos; hasta Julian les tomaba el pelo. Yo soy hijo único, como Henry, ¿qué sabemos nosotros de esas cosas? Siempre hablábamos de lo divertido que debía ser tener una hermana —Chascó la lengua—. Por lo visto, más divertido de lo que nos imaginábamos. No es que lo encuentre espantoso (desde el punto de vista moral), pero tampoco es una cosa casual y natural, como podría pensarse. Es más complicado, y más desagradable. El otoño pasado, cuando aquel granjero...

Se contuvo. Fumó un rato en silencio, con una expresión de frustración y de ligera irritación en el rostro.

—¿Qué? —dije— ¿Qué pasó?

—¿Concretamente? —Se encogió de hombros— No sabría decirte.

Apenas recuerdo lo que pasó aquella noche, pero en líneas generales está bastante claro... —Hizo una pausa; se disponía a retomar la conversación pero se lo pensó mejor; meneó la cabeza—. Lo que quiero decir es que después de aquella noche a nadie le quedaron dudas. No es que anteriormente hubiera muchas dudas. Pero Charles se puso mucho peor de lo que nadie esperaba. Yo...

Por un momento contempló el vacío. Luego meneó la cabeza y cogió otro cigarrillo.

—Es imposible de explicar —continuó—. Pero también puedes enfocarlo como una cosa sumamente sencilla. Ellos siempre se han gustado. Y yo no soy ningún mojigato, pero esos celos no los entiendo. Y tengo que decir que Camila es mucho más razonable respecto a eso. Puede que no le quede otro remedio.

—¿Respecto a que?

—A que Charles se acueste con gente.

—¿Con quién se ha acostado?

Cogió el vaso y bebió un largo trago.

—Conmigo, por ejemplo —dijo—. No creo que te sorprenda. Si bebieras como bebe él, supongo que también me habría acostado contigo.

Pese a la malicia del comentario, que en otro momento me habría molestado, había cierta melancolía en su voz. Se bebió el resto del whisky y dejó bruscamente el vaso en la mesa. Después de una pausa, dijo:

—No ha pasado muchas veces. Sólo tres o cuatro. La primera vez fue cuando yo cursaba segundo y él primero. Era tarde y estábamos en mi cuarto, bebiendo, y ocurrió sin que apenas nos diéramos cuenta. Nos lo pasamos en grande, pero tendrías que habernos visto a la mañana siguiente. —Rió con desgana— ¿Te acuerdas de la noche en que murió Bunny? ¿Cuando fui a tu habitación? Charles nos interrumpió en aquel desafortunado momento.

—Te fuiste con él —le dije.

—Si. Charles estaba completamente borracho. De hecho estaba *demasiado* borracho. Mejor para él, porque al día siguiente fingió no recordar nada. Charles es muy dado a esos ataques de amnesia después de pasar una noche en mi casa —Me miró por el rabillo del ojo—. Lo niega todo, bastante convincentemente, y el caso es que espera que yo haga lo mismo, que finja que no ha pasado nada. Ni siquiera creo que lo haga porque se sienta culpable. La verdad es que lo hace con una ligereza que me enfurece.

—Te gusta mucho, ¿verdad?

No sé por qué lo dije. Francis ni siquiera pestañeó.

—No lo sé —contestó fríamente, y cogió un cigarrillo con sus dedos largos y manchados de nicotina—. Supongo que sí, que me gusta bastante. Somos viejos amigos. No creas que me engaño pensando que hay algo más que eso, ni hablar. Pero me he divertido mucho con él. Creo que tú no puedes decir lo mismo de Camila...

Aquello era lo que Bunny habría llamado un disparo a quemarropa. Ni siquiera supe qué contestar.

Francis, aunque evidentemente satisfecho, no le dio excesiva importancia a su victoria. Se apoyó en el respaldo de la butaca, junto a la ventana; los bordes de su cabellera relucían de un rojo metálico, iluminados por el sol.

—Es una desgracia, pero ahí está. Nadie se preocupa por nadie más que por uno mismo. Les gusta presentarse como un frente unido, pero ni siquiera sé si realmente se quieren. No cabe duda de que disfrutan incitando a otros. Sí, Camila te incita —dijo al ver que yo intentaba interrumpirle—; la he visto hacerlo. Y lo mismo hace con Henry. Antes Henry estaba loco por ella, estoy seguro de que lo sabes; y que yo sepa, sigue estándolo. En cuanto a Charles, bueno, en principio le gustan las chicas. Si está borracho, se conforma conmigo. Pero cuando yo consigo endurecer mis sentimientos, él se vuelve dulce y cariñoso. Siempre acabo cayendo. No sé por qué. —Se interrumpió un momento—. En mi familia no nos fijamos demasiado en el físico; somos todos huesudos, narigudos y angulosos. Quizá por eso tengo tendencia a equiparar la belleza física con cualidades que no tienen nada que ver con ella. Cuando veo una boca bonita o unos ojos graciosos, me imagino todo tipo de profundas afinidades, de coincidencias privadas. No importa que haya una docena de imbéciles alrededor de esa persona, encandilados, como yo, por sus ojos. —Se inclinó y apagó el cigarrillo con gesto enérgico—. Si la dejaran, Camila se comportaría igual que Charles; pero él es muy posesivo, la lleva atada muy corto. ¿Te puedes imaginar una situación peor? La está observando continuamente. Y además es bastante pobre. No es que tenga demasiada importancia —se apresuró a decir, al darse cuenta de con quién estaba hablando—, pero eso lo avergüenza bastante. Ya sabes, está muy orgulloso de su familia, y es muy consciente de que él es un borracho. Es una actitud muy romana el poner tanta atención en la *caritas* de su hermana. Bunny no se atrevía a acercarse a Camila, ni siquiera la miraba. Decía que no era su tipo, pero creo que en el fondo sabía que no le convenía. Dios mío... Recuerdo que una vez, hace mucho tiempo, fuimos a cenar a un ridículo restaurante chino de Bennington. La Lobster Pagoda. Ahora está cerrado. Cortinas rojas de cuentas y un altar con un Buda, con una cascada artificial.

Estuvimos bebiendo copas con sombrillitas, y Charles acabó completamente borracho. En realidad no fue culpa suya; todos acabamos borrachos. En esos sitios de cócteles siempre son demasiado fuertes, y además, nunca sabes bien qué les ponen, ¿no te parece? Fuera, en el aparcamiento, un puentecillo cruzaba sobre un foso con patos de plástico y peces de colores. Sin darnos cuenta, Camila y yo nos adelantamos y esperamos a los demás en el puente. Estábamos comparando nuestras fortunas. A ella le había salido algo así como «Recibirás un beso del hombre de tus sueños», y yo no podía desaprovechar una ocasión semejante, así que, bueno, estábamos borrachos y nos pasamos un poco. Charles apareció de pronto y me agarró por la nuca; pensé que me iba a tirar por la barandilla. Bunny lo sujetó, y Charles reaccionó y dijo que sólo era una broma, pero no era ninguna broma, me hizo *daño,* me retorció el brazo a la espalda, y estuvo a punto de rompérmelo. No sé dónde estaba Henry. Seguramente estaría contemplando la luna y recitando algún poema de la dinastía T'ang.

Los acontecimientos posteriores me habían hecho olvidarlo, pero al mencionar Francis a Henry pensé en lo que Charles me había dicho acerca del FBI, y también en otra cosa relacionada con Henry. Me preguntaba si sería aquél el momento adecuado para sacar aquellos temas, pero Francis dijo bruscamente y con tono de mal agüero:

—Hoy he ido al médico.

Guardé silencio pensando que continuaría, pero no lo hizo.

—¿Qué te pasa?

—Lo mismo del otro día. Mareos. Dolor en el pecho. Me despierto a media noche y no puedo respirar. La semana pasada volví al hospital y me hicieron unas pruebas, pero no me encontraron nada. Me enviaron a otro médico. Un neurólogo.

—¿Y qué te ha dicho?

Cambió de postura, nervioso.

—No me ha encontrado nada. Estos medicuchos no se enteran de nada. Julian me ha dicho que vea a un médico de Nueva York, el que curó al Sha de Isram aquella enfermedad de la sangre. ¿Te acuerdas? Salió en todos los periódicos. Julian dice que es el mejor del país diagnosticando enfermedades, uno de los mejores del mundo. Tiene una lista de espera de dos años, pero Julian dice que a lo mejor, si él lo llama, consigue que me dé hora.

Iba a encender otro cigarrillo, y el último todavía reposaba en el cenicero.

—No me extraña que te falte la respiración, con lo que fumas —le dije.

—Eso no tiene nada que ver —replicó con irritación, golpeando el cigarrillo contra la cara interior de su muñeca—. Eso es lo que dicen estos pueblerinos. No fumes, no bebas, no tomes café. Llevo media vida fumando ¿Crees que no sé como me afecta el tabaco? El tabaco no produce calambres en el pecho. Ni la bebida. Además, tengo otros síntomas sospechosos. Palpitaciones. Zumbidos en los oídos.

—El tabaco puede producirte síntomas ciertamente raros —insistí. Francis solía mofarse de mí cuando yo utilizaba alguna expresión que a él le parecía californiana:

—*«¿Ciertamente raros?»* —dijo con sorna, imitando mi acento, vulgar, plano, hueco— *¿En serio?*

Lo miré. Estaba repantigado en la butaca, con su corbata de lunares y zapatos Bally estrechos. Tenía el rostro alargado y anguloso, y una sonrisa astuta, con demasiados dientes. Estaba harto de él. Me levanté. En la habitación había tanto humo que me lloraban los ojos.

—Sí —le dije—. Tengo que irme.

La expresión sarcástica de Francis se desvaneció.

—No te habrás enfadado, ¿verdad? —dijo, preocupado.

—No.

—Ya veo que sí.

—Te digo que no. —Aquellos repentinos y temerosos intentos de conciliación me molestaban más que sus insultos.

—Lo siento. No me hagas caso. Estoy borracho, no me encuentro bien. No lo he dicho en serio.

De pronto tuve una imagen de Francis, veinte años después, cincuenta años después, en una silla de ruedas. Y de mí mismo, también mayor, sentado con él en una habitación llena de humo, los dos repitiendo aquel diálogo por enésima vez. Hubo un momento en que me atrajo la idea de que lo sucedido nos había unido, no éramos amigos normales y corrientes, sino amigos hasta la muerte. Inmediatamente después de la muerte de Bunny, ese pensamiento se había convertido en mi único consuelo. Ahora ya no lo soportaba, pues sabía que no había escapatoria. Me había unido a ellos, a todos ellos, eternamente.

El revuelo levantado por la muerte de Bunny ya había cesado, pero aun así la escuela no había recuperado plenamente la normalidad. Y además, ahora el consumo de drogas estaba duramente perseguido. Lejos quedaban las noches en que, de regreso a casa saliendo del Rathskeller, podías encontrarte con algún profesor bajo la bombilla del sótano de la Durbinstall —Arme Wemstem, por ejemplo, el economista marxista (Berkeley, 1969), o aquel inglés chalado que daba clases sobre Sterne y Defoe.

Yo había visto a unos inflexibles guardias de seguridad desmantelando el laboratorio del sótano, sacando cajas llenas de cubetas de precipitación y tuberías de cobre, mientras el químico de la Durbinstall (Cal Clarken, un chaval menudo y con acné, de Akron) los contemplaba, sollozando, con su bata de laboratorio y sus grandes zapatillas de deporte. El profesor de antropología que llevaba veinte años enseñando «Voces y visiones, el pensamiento de Carlos Castañeda» (un curso que concluía cada año con una excursión obligatoria en la que se fumaba marihuana) anunció, de pronto, que se iba a México en año sabático. A Arme Weinstein le dio por frecuentar los bares del pueblo, donde intentaba discutir las teorías marxistas con los hostiles clientes. El inglés chalado había vuelto a su interés original: perseguir a las chicas veinte años más jóvenes que él.

En el marco de la nueva campaña de lucha contra la droga, en Hampden organizaron un concurso interescolar en que se evaluaba el conocimiento de los estudiantes sobre las drogas y el alcohol. El Consejo Nacional para la lucha contra las toxicomanías se encargaba de redactar las preguntas. Los concursos los presentaba una famosa locutora de la televisión local (Liz Ocavello) y se emitían en directo por el Canal 12.

Los concursos, contra todo pronóstico, se hicieron muy populares, aunque no en el sentido que los patrocinadores esperaban. Hampden había reunido un equipo imbatible, como uno de esos comandos de cine integrados por fugitivos desesperados, hombres que no tienen nada que perder y todo por ganar. El reparto era estelar: Cloke Rayburn; Bram Guernsev; Jack Teitelbaum, Laura Stora, y liderados nada más y nada menos que por el legendario Cal Clarken. Cal participaba con la esperanza de que lo admitieran en la escuela el trimestre siguiente; Cloke, Bram y Laura lo hacían como parte de las horas de servicio social que tenían que cumplir, y Jack se había apuntado porque sí. El resultado de tanta experiencia combinada era espectacular. Juntos consiguieron que Hampden avanzara victoria tras victoria derrotando a Wilham, Vassar, Sarah Lawrence, respondiendo con asombrosa rapidez y habilidad a preguntas como: «Nombre cinco drogas de la familia de la Thorazine», o «¿Cuáles son los efectos del PCP?» Pero, pese a que los negocios se habían reducido considerablemente, no me sorprendió enterarme de que Cloke seguía ejerciendo su oficio, aunque con bastante más discreción que en los viejos tiempos. Un jueves por la noche, antes de una fiesta fui a la habitación de Judy para pedirle una aspirina y, tras una breve pero misteriosa inquisición desde el otro lado de la puerta, cerrada con llave, encontré a Cloke con las cortinas cerradas, atareado con sus espejos y sus balanzas de laboratorio.

—Hola —dijo Cloke, haciéndome señas de que entrara deprisa y cerrara la puerta—. ¿En qué puedo ayudarte?

—No, en nada, gracias —le dije—. Estoy buscando a Judy ¿Dónde está?

—Ah —dijo, volviendo a su trabajo—. Está en el taller, creí que te enviaba ella. Judy me cae muy bien, pero es una charlatana. No tiene remedio. —Con cuidado, puso una medida de polvo en una papelina abierta. Le temblaban las manos, era obvio que había estado probando su propia mercancía a placer—. Pero después de todo aquel follón tuve que tirar mi báscula, y ya me dirás qué coño voy a hacer ¿ir a la enfermería? Se pasaba el día por ahí, frotándose la nariz y llamándome por apodos

comprometedores. Suerte que nadie sabía de qué coño hablaba, pero bueno, aun así... —Señaló con la cabeza el libro abierto que tenía al lado, *la Historia del Arte* de Janson, prácticamente hecho trizas—. Se mete hasta con las papelas. Se le ha metido en la cabeza que tengo que hacer papelas de diseño, madre mía. Las abres y dentro hay un Tintoretto. Y si recorto la foto de modo que corto un trocito de ala al cupido, se pone histérica. Tiene que quedar *justo* en el centro. ¿Qué hace Camila? —preguntó, levantando la mirada.

—Está bien —contesté. No quería pensar en Camila. No quería pensar en nada que tuviera que ver con el griego ni con la clase de griego.

—¿Le gusta su nuevo apartamento?

—¿Cómo dices?

—Se rió.

—¿No lo sabías? Se ha mudado.

—¿Ah, sí? ¿Adonde?

—No lo sé. Seguramente unas manzanas más abajo. Ayer pasé a visitar a los gemelos (pásame esa hoja de afeitar, ¿quieres?) y encontré a Henry ayudándola a meter sus cosas en cajas —Había dejado de trabajar con la báscula y estaba haciendo líneas en el espejo—. Charles pasará el verano en Boston pero ella se queda aquí. Me dijo que no quería quedarse sola en el piso y que realquilarlo era una lata. Por lo visto, este verano hay mucha gente que se queda aquí. —Me pasó el espejo y un billete de veinte dólares enrollado—. Bram y yo estamos buscando apartamento.

—Es muy buena —dije al cabo de cosa de un minuto, cuando las primeras chispas de euforia empezaron a revolucionar mis neuronas.

—Buenísima, ¿verdad? Sobre todo después de esa mierda asquerosa que estaba pasando Laura. Los del FBI la analizaron y dijeron que tenía un ochenta por ciento de polvos de talco —Se secó la nariz—. Por cierto, ¿a ti no llegaron a interrogarte?

—¿El FBI? No.

—Qué raro. Después del cuento del bote salvavidas que nos contaban a todos.

—¿Qué es eso del bote salvavidas?

—Uf, decían un montón de tonterías Alguien había organizado una conspiración. Sabían que Henry, Charles y yo estábamos implicados.

—Estábamos metidos en un buen lío, y sólo había sitio para uno en el bote salvavidas. Para el primero que hablara. —Esnifó otra raya, y se frotó la nariz con los nudillos—. En cierto sentido, las cosas empeoraron cuando mi padre envió al abogado. Si eres inocente, ¿para qué necesitas un abogado? Cosas así. El caso es que ni siquiera el mamón del abogado consiguió averiguar qué intentaban hacerme confesar. No paraban de decir que mis amigos, Henry y Charles, me habían delatado. Que *ellos* eran los culpables, y que si yo no empezaba a cantar seguramente acabaría siendo acusado de algo que ni siquiera había hecho.

El corazón me latía con violencia, y no sólo a causa de la cocaína.

—¿A cantar? —dije—. ¿Sobre qué?

—Ni idea. Mi abogado dijo que no me preocupara, que todo era un montaje. Charles me dijo que a él le habían contado la misma historia. Y mira, ya sé que a ti Henry te cae bien, pero creo que con todo aquello se puso bastante nervioso.

—¿Qué quieres decir?

—Henry es muy formal, seguro que ni siquiera ha dejado de devolver jamás un libro a la biblioteca. De pronto se le echa encima el FBI.

—No sé qué demonios les dijo, pero desde luego hizo todo lo posible para que se fijaran en los otros.

—¿En qué otros?

—Pues en mí. —Cogió un cigarrillo— Y creo que también en ti, ya que lo preguntas.

—¿En mí?

—Mira tío, yo nunca mencioné tu nombre. Casi no te conozco. Y sin embargo ellos sabían tu nombre. Lo que está claro es que yo no se lo dije.

—¿Quieres decir que llegaron a *mencionar mi nombre* ? —pregunté después de una pausa de asombro.

—A lo mejor fue Marion la que te mencionó. No lo sé Quién sabe. Tenían el nombre de Bram, el de Laura, hasta el de Jud Mac-Kenna's... El tuyo sólo lo mencionaron en una o dos ocasiones, hacia el final. No me preguntes por qué, pero yo suponía que los del FBI habían ido a hablar contigo la noche anterior al día que encontraron el cadáver de Bunny. Iban a hablar con Charles otra vez, eso lo sé, pero Henry lo llamó cuando ellos estaban de camino y él se marchó. Yo estaba en casa de los gemelos. Y como tampoco tenía ganas de verlos, me fui a casa de Bram, y supongo que Charles se metió en algún barucho del pueblo y se emborrachó.

El corazón me latía tan deprisa que pensé que iba a estallar en pedazos. ¿Era posible que Henry se hubiera asustado y hubiera intentado poner al FBI tras mi pista? Aquello no tenía sentido. No se me ocurría cómo podía ponerme en evidencia sin incriminarse él mismo. «Paranoia —pensé—, tengo que atajarla como sea.» Quizá no fuera casualidad que Charles pasara por mi habitación aquella noche antes de ir al bar. A lo mejor estaba enterado de la situación y, sin decírselo a Henry, había conseguido alejarme del peligro.

—¿Te apetece una copa? Creo que te sentará bien —dijo Cloke.

—Sí. —Llevaba mucho rato sentado sin decir nada— Sí, creo que me sentará bien.

—¿Por qué no pasas por el Villager esta noche? Hay una fiesta. Dos copas por el precio de una.

—¿Tú vas a ir?

—Va a ir todo el mundo. Oye, tío, ¿nunca has estado en las fiestas de los jueves del Villager?

De modo que acabé yendo a la fiesta del Villager, con Cloke, Judy, Bram, Sophie Dearbold y unos amigos de Sophie, y con otras personas que ni siquiera conocía, y aunque no sé a qué hora llegué a mi casa, dormí de un tirón hasta las seis de la tarde del día siguiente, cuando Sophie llamó a mi puerta. Me dolía el estómago y parecía que la cabeza me iba a estallar, pero me puse la bata y abrí la puerta. Sophie acababa de salir de clase de cerámica y llevaba una camiseta y unos tejanos viejos y desteñidos. Me traía una pasta del bar.

—¿Estas bien? —preguntó.

—Sí —contesté, pero para levantarme tuve que sujetarme en el respaldo de la butaca.

—Anoche acabaste muy borracho

—Ya lo sé —Levantarme de la cama no me había sentado nada bien. Unos puntos rojos empezaron a saltar ante mis ojos.

—Estaba preocupada Se me ocurrió pasar a ver cómo te encontrabas —Rió—. Nadie te ha visto en todo el día. Me dijeron que la bandera de la caseta de vigilancia estaba a media asta, y temí que te hubieras muerto.

Me senté en la cama, respirando hondo, y la miré a los ojos. Su cara era como el fragmento de un sueño «¿Un bar?», pensé. Sí, había estado en un bar: whisky irlandés y una partida de billar automático con Bram; la cara de Sophie, azulada, bajo la sórdida lámpara de neón. Más cocaína, las rayas hechas con una tarjeta de crédito sobre un estuche de *compact disc*. Luego, el asiento trasero de una camioneta, un letrero de Gulf en la autopista. ¿un apartamento? El resto de la noche era un misterio. Recordaba vagamente una seria y larga conversación con Sophie, de pie en una cocina, junto a un fregadero lleno de cubitos de hielo y un calendario con ilustraciones de Tolkien en la pared. Se me encogió el estómago de miedo, pero no: estaba seguro de no haber dicho nada sobre Bunny. Seguro. Repasé mis recuerdos, bastante horrorizado. Seguro, si lo hubiera hecho, ella no estaría ahora en mi habitación, mirándome como me estaba mirando; no me habría traído aquella pasta de cebolla, cuyo olor me daba ganas de vomitar, en un plato de papel.

—¿Cómo regresé a mi habitación? —pregunté.

—¿No te acuerdas?

—No. —La sangre me martilleaba las sienes.

—Pues sí que estabas borracho. Llamamos un taxi desde casa de Jack Teitelbaum.

—¿Y adonde fuimos?

—Vinimos aquí.

¿Habíamos dormido juntos? La expresión del rostro de Sophie era neutra, no me daba ninguna pista. Si así era, no lo lamentaba: nos caíamos bien mutuamente y además era una de las chicas más guapas de Hampden. Pero era una de esas cosas de las que te gusta estar seguro. Estaba pensando cómo preguntárselo discretamente cuando llamaron a la puerta. Los golpes parecían disparos de pistola. Un agudo dolor rebotaba dentro de mi cabeza.

—Está abierto —dijo Sophie.

Francis asomó la cabeza.

—Vaya, mira qué bien —dijo—. Reunión de antiguos pasajeros, y a mí no me avisa nadie. Sophie se levantó.

—¡Hola, Francis! ¿Qué tal estás?

—Muy bien, gracias. No te veía desde el funeral.

—Ya lo sé. El otro día me acordé de ti. ¿Cómo te va?

Me eché en la cama; tenía el estómago destrozado. Ellos se pusieron a hablar animadamente. Habría dado cualquier cosa por verlos desaparecer.

—Vaya, vaya —dijo Francis después de un largo paréntesis, mirándome por encima del hombro de Sophie—. ¿Está enfermo?

—Anoche bebió demasiado.

Se acercó a la cama. Me pareció que estaba un poco nervioso.

—Bueno, espero que hayas aprendido la lección —me dijo. Y luego añadió, en griego—: *Hay noticias importantes, amigo.*

El corazón me dio un vuelco. Lo había estropeado. Había hablado demasiado, había metido la pata, había dicho alguna tontería.

—¿Qué he hecho? —pregunté.

Lo dije en inglés. Francis no se mostró preocupado.

—No tengo ni la más remota idea —me dijo—. ¿Quieres un poco de té?

Intenté descifrar lo que Francis pretendía decirme. Me dolía tanto la cabeza que apenas podía concentrarme en nada. Tenía unas náuseas espantosas. Me sentía saturado de desesperación. Todo se arreglaría, pensé, si conseguía unos momentos de silencio y si me quedaba echado, inmóvil.

—No —dije—. Por favor.

—¿Por favor qué?

Una nueva oleada de náuseas. Me di la vuelta y quedé boca abajo; solté un largo y lastimero gemido. Sophie fue la primera en reaccionar.

—Vámonos —le dijo a Francis—. Será mejor que lo dejemos dormir un poco más.

Me sumí en un tormentoso duermevela del que desperté varias horas después, al oír unos débiles golpes en la puerta. Ahora la habitación estaba a oscuras. La puerta se abrió lentamente y se coló la luz del pasillo. Francis entró y cerró la puerta.

Encendió la lámpara de lectura de mi escritorio y acercó la silla a mi cama.

—Lo siento, pero tengo que hablar contigo —me dijo—. Ha pasado algo muy extraño.

Yo había olvidado el susto que me había llevado hacía poco; pero ahora lo recordé, y volví a sentirme mareado.

—¿Qué pasa?

—Camila se ha *mudado.* Ha dejado su apartamento. Se ha llevado todas sus cosas. Charles está allí, completamente borracho, casi inconsciente. Me ha dicho que su hermana se ha ido a vivir al Albemarle Inn. ¿Te imaginas? El Albemarle.

Me froté los ojos, intentando ordenar un poco mis ideas.

—Ya lo sabía —dije por fin.

—¿Qué ya lo sabías? —Francis no entendía nada—. ¿Quién te lo dijo?

—Creo que Cloke.

—¿Cloke? ¿Cuándo?

Se lo expliqué en la medida en que me fue posible.

—Lo había olvidado —dije.

—¿Que no te acordabas? ¿Cómo podías olvidarte de una cosa así?

Me incorporé un poco. Un nuevo dolor me aguijoneó la cabeza.

—¿Qué más da? —dije, un poco enfadado—. Si quiere irse, que se vaya. Charles ya se las arreglará.

—Pero es que se ha ido al Albemarle —insistió Francis—. ¿Tienes idea de lo caro que es?

—Sí, claro que lo sé —dije con irritación. El Albemarle era el mejor hotel de la ciudad. Presidentes y estrellas de cine se habían alojado en ese establecimiento—. ¿Y qué?

Francis se cogió la cabeza con ambas manos. —Richard —dijo—, estás un poco espeso. Al parecer, la juerga de ayer te ha afectado al cerebro.

—No sé de qué me hablas.

—Te hablo de doscientos dólares por noche ¿Crees que los gemelos pueden pagar eso? ¿Quién demonios piensas que lo va a pagar? Lo miré.

—Pues Henry —dijo Francis—. Fue a casa de los gemelos aprovechando que Charles no estaba y la ayudó a hacer el traslado. Al llegar a casa, Charles comprobó que Camila se había llevado todas sus cosas. ¿Te imaginas? Ni siquiera puede hablar con ella, porque se ha registrado con otro nombre. Henry no quiere decir nada. Y a mí tampoco Charles está absolutamente desesperado. Me ha pedido que llame a Henry y que intente sacarle algo, pero no he podido, claro, es como hablarle a una pared.

—¿Pero qué ha pasado? ¿A qué viene tanto secreto?

—No lo sé. No he oído la versión de Camila, pero creo que Henry está cometiendo una tontería.

—Quizá Camila tiene sus motivos.

—Ella no es así —dijo Francis, exasperado—. Conozco muy bien a Henry. Este montaje es típico de él, y te digo que ha sido idea suya. Pero aunque haya una razón de peso, no es la manera correcta de actuar. Sobre todo *ahora.* Charles está histérico. Después de lo de la otra noche, Henry no debería haberse enemistado con Charles.

Recordé con desasosiego el camino de regreso desde la comisaría.

—Quería explicarte una cosa —dije, y le conté lo del arrebato de Charles.

—Bah, siempre está cabreado con Henry —dijo Francis—. A mí me ha dicho lo mismo: que Henry le hizo cargar con toda la responsabilidad. La verdad, no me parece que Henry le exigiera demasiado. Ése no es el motivo de su cabreo. El verdadero motivo es Camila. ¿Quieres que te explique mi teoría?

—¿Qué teoría?

—Creo que Camila y Henry llevan bastante tiempo viéndose a escondidas. Creo que Charles lo sospechaba, pero no tenía ninguna prueba. Y ahora ha encontrado alguna. No sé exactamente qué —levantó una mano para impedir que lo interrumpiera—, pero no es difícil imaginárselo. Creo que es algo que descubrió en casa de los Corcoran. Algo que vio u oyó. Y creo que ocurrió antes de que llegáramos nosotros. La noche antes de que se marcharan a Connecticut con Cloke, todo estaba en orden, pero supongo que recuerdas cómo estaba Charles cuando llegamos nosotros a casa de los Corcoran. Y cuando nos fuimos ni siquiera se dirigían la palabra.

Le conté a Francis lo que Cloke me había dicho en casa de los Corcoran.

—Pues para que lo captara Cloke, debió de pasar algo gordo —dijo Francis—. Henry se encontraba muy mal, seguramente no tenía las ideas muy claras. Y cuando volvimos, se encerró en su apartamento toda la semana, y creo que Camila estaba con él gran parte del tiempo. Sé que ella estaba allí el día que fui a llevarle aquel libro de inscripciones micénicas, y creo que en un par de ocasiones hasta se quedó a dormir allí. Pero luego Henry mejoró y Camila volvió a su casa, y durante unos días no pasó nada ¿Te acuerdas? Fue cuando me llevaste al hospital.

—No lo sé —dije, y le conté lo del vaso roto en la chimenea del apartamento de los gemelos.

—Bueno, quién sabe lo que estaba pasando en realidad. En apariencia no pasaba nada. Y Henry también estaba de buen humor. Luego hubo aquella discusión, la noche que Charles acabó en la cárcel. Por lo visto nadie quiere decir exactamente *qué* fue lo que la provocó, pero me apuesto algo a que tenía que ver con ella. Y ahora esto. Madre mía. Charles esta hecho un basilisco.

—¿Crees que Henry se acuesta con ella?

—No sé si se acuesta con ella, pero desde luego ha hecho todo lo posible para convencer a Charles de que sí —Se levantó—. Le he llamado otra vez antes de venir aquí. No estaba en casa. Supongo que estará en el Albemarle. Me acercaré a ver si veo su coche.

—Tiene que haber alguna forma de averiguar en qué habitación está Camila, ¿no?

—Ya lo he pensado. En recepción no me dirán nada. A lo mejor tengo más suerte con alguna camarera, pero me temo que no soy muy bueno en esas cosas — Suspiró—. Me gustaría verla, aunque sólo fuera cinco minutos.

—Si la encuentras, ¿crees que podrás convencerla de que vuelva a su casa?

—No lo sé. Francamente, a mi tampoco me apetecería estar viviendo con Charles ahora mismo. Pero sigo creyendo que si Henry se mantuviera al margen todo iría mucho mejor.

Cuando Francis se marchó volví a quedarme dormido. Cuando desperté eran las cuatro de la mañana. Había dormido casi veinticuatro horas.

Aquella primavera hizo unas noches muy frías, aquélla era aún más fría de lo normal, y en las residencias la calefacción estaba encendida (calefacción de vapor, siempre al máximo, que creaba una atmósfera recargada, incluso con las ventanas abiertas). Las sábanas estaban empapadas de sudor. Me levanté, saqué la cabeza por la ventana y respiré hondo. El aire frío era tan refrescante que decidí ponerme algo de ropa y salir a dar un paseo.

Había luna llena, muy brillante. Todo estaba en silencio, excepto el chirrido de los grillos y las espumosas sacudidas del viento en la copa de los árboles. En el Early Childhood Center, donde trabajaba Marion, los columpios se balanceaban suavemente, y el tobogán plateado relucía a la luz de la luna.

Lo más sorprendente del parque infantil era, sin ninguna duda, el caracol gigante. Lo habían construido unos estudiantes de bellas artes, imitando al caracol gigante de cierta película. Era de color de rosa, hecho de fibra de vidrio, de más de dos metros de alto, con una concha hueca en cuyo interior podían jugar los niños. Bajo la luna, en silencio, era como una criatura prehistórica que hubiera bajado reptando de las montañas solitaria, silenciosa, esperando su momento, sin preocuparse por los objetos lúdicos que la rodeaban.

Al interior del caracol se accedía por un túnel pensado para los niños, de menos de un metro de alto, que había en la base de la cola. Me llevé una sorpresa al ver, desde el túnel, un par de pies de varón adulto que sobresalían, calzados con unos zapatos marrones y blancos que me resultaron extrañamente familiares.

Me puse a gatas y asome la cabeza por el túnel, y me invadió un intenso y amargo hedor a whisky. Unos débiles ronquidos resonaban en la oscuridad, cerrada y pestilente Por lo visto, la concha había actuado como una copa de coñac y había reunido y concentrado los vapores hasta hacerlos tan intensos que con sólo olerlos me dieron náuseas.

Alcancé a tocar una rodilla huesuda, y la agité.

—Charles —Mi voz resonó en el oscuro interior—. *¡Charles!*

Empezó a forcejear aparatosamente, como si despertara bajo tres metros de agua. Finalmente, y después de que le asegurara que yo era quien decía ser, volvió a dejarse caer de espaldas, respirando con dificultad.

—Richard —dijo con voz pastosa—. Gracias a Dios. Te había tomado por no sé qué monstruo extraterrestre.

Al principio, el interior del caracol estaba completamente a oscuras, pero ahora mis ojos se habían acostumbrado a la débil y rosada luz que atravesaba las paredes translúcidas, y ya podía ver.

—¿Qué haces aquí? —pregunté. Charles estornudó

—Estaba deprimido —contestó—. Pensé que si dormía aquí me encontraría mejor

—¿Y te encuentras mejor?

—No.

Estornudó cinco o seis veces seguidas. Luego volvió a desplomarse.

Pensé en los niños del parvulario, agolpados alrededor de Charles al día siguiente, como liliputienses alrededor de Gulliver. La señora que dirigía el Childhood Center —una psiquiatra que tenía el despacho en el mismo pasillo que el doctor Roland— parecía una persona agradable y bondadosa, pero aun así no me imaginaba su reacción de encontrarse a un borracho inconsciente en su parque infantil.

—Despierta, Charles.

—Déjame en paz.

—No puedes seguir aquí.

—Puedo hacer lo que me dé la gana —dijo, arrogante.

—¿Por qué no vienes a tomar una copa conmigo?

—No, gracias.

—Venga, hombre.

—Está bien. Sólo una.

Al salir se dio un fuerte golpe en la cabeza. Seguro que a los niños les encantaría aquel olor a Johnny Walker que encontrarían cuando fueran al colegio, al cabo de pocas horas.

Mientras subíamos hacia la Monmouth, Charles tuvo que apoyarse en mi hombro.

—Sólo una —insistió.

Yo tampoco estaba en muy buena forma, y me costó trabajo arrastrarlo escaleras arriba. Finalmente llegamos a mi habitación, y una vez allí lo deposité en la cama Charles ofreció poca resistencia y se quedó allí tendido, murmurando, mientras yo bajaba a la cocina.

Lo de la copa no había sido más que un ardid. Le eché un rápido vistazo a la nevera, pero lo único que encontré fue una botella de una especie de jarabe judío, con sabor a fresas, que llevaba allí desde la Fiesta de las Luces. Yo lo había probado en una ocasión, con la intención de robarlo, y, tras escupirlo inmediatamente, había devuelto la botella a su sitio. Habían pasado meses. La metí debajo de mi camisa; pero cuando llegué a la habitación, Charles se había dado la vuelta y, con la cabeza apoyada contra la pared, donde habría debido estar la cabecera, estaba roncando.

Dejé la botella en mi escritorio, con cuidado de no hacer ruido, cogí un libro y me marché. Fui al despacho del doctor Roland y, arropado con la chaqueta, leí en el sofá hasta que salió el sol. Luego apagué la lámpara y me dispuse a dormir.

Desperté sobre las diez. Era sábado, lo cual me sorprendió un poco: había perdido la noción del tiempo. Fui al comedor y pedí té y huevos pasados por agua; no comía nada desde el jueves. Cuando fui a mi habitación para cambiarme, hacia mediodía, Charles seguía durmiendo en mi cama. Me afeité, me puse una camisa limpia, cogí mis libros de griego y volví al despacho del doctor Roland.

Me había retrasado bastante en mis estudios, pero, como suele pasar, no tanto como imaginaba. Las horas pasaron sin que me diera cuenta. Hacia las seis sentí hambre, fui a la nevera del despacho de ciencias sociales y encontré unas sobras de entremeses y un trozo de pastel de cumpleaños. Lo comí todo en el escritorio del doctor Roland.

Como tenía ganas de bañarme, volví a casa hacia las once, pero al abrir la puerta y encender la luz, me sorprendió que Charles siguiera en mi cama. Estaba dormido, pero la botella de vino judío que había dejado en el escritorio estaba semivacía. Charles tenía el rostro sonrosado. Lo zarandeé un poco para despertarlo y me pareció febril.

—Bunny —dijo, despertando sobresaltado—. ¿Adonde se ha ido?

—Sólo era un sueño, Charles.

—Pero si estaba aquí —dijo, mirando alrededor con desesperación—. Ha estado aquí mucho rato. Lo he visto.

—Sólo era un sueño, Charles.

—Pero si le he *visto*. Estaba aquí, sentado a los pies de la cama.

Fui a la habitación de al lado a pedir prestado un termómetro.

Charles estaba a treinta y nueve y medio. Le di dos tabletas de Tylenol y lo dejé allí, frotándose los ojos y diciendo sandeces; bajé y llamé a Francis.

Francis no estaba en casa. Decidí llamar a Henry. Pero fue Francis, y no Henry, el que cogió el teléfono.

—¿Francis? ¿Qué haces ahí?

—Hola, Richard —dijo Francis con aire teatral, como si Henry estuviera escuchando.

—¿Qué pasa? ¿No puedes hablar?

—No.

—Mira. Tengo que preguntarte una cosa. —Le conté lo de Charles, e incluso lo del parque—. Creo que está bastante enfermo. ¿Qué crees que debería hacer?

—¿En el caracol? —dijo Francis—. ¿Qué lo has encontrado dentro de ese caracol gigante?

—Sí, en el Childhood Center. Oye, eso no importa. ¿Qué hago?

—Estoy un poco preocupado.

Francis cubrió el auricular con la mano. Oí una discusión, amortiguada. Al cabo de un rato Henry se puso al teléfono.

—Hola, Richard. ¿Qué pasa?

—Tuve que explicarlo todo otra vez.

—¿Cuánto dices? ¿Treinta y nueve y medio?

—Sí.

—Eso es mucho, ¿no?

—Dije que sí, que bastante.

—¿Le has dado una aspirina?

—Sí, hace un rato.

—Bueno, pues espera un poco. Seguro que le pasa.

—Aquello era exactamente lo que yo quería que me dijeran.

—Tienes razón.

—Seguro que ha cogido frío durmiendo a la intemperie. Seguro que mañana se encontrará mejor.

Pasé la noche en el sofá del doctor Roland y después del desayuno volví a mi habitación con un panecillo de arándanos y un cartón de zumo de naranja que había conseguido robar, con muchísima dificultad, del *buffet* del comedor.

Charles estaba despierto, pero tenía fiebre y se encontraba bastante mal. El estado de la cama —sábanas desordenadas, la manta caída en el suelo, el colchón asomando— me indicó que no había pasado buena noche. Me dijo que no tenía hambre, pero consiguió tragar un par de sorbos de zumo de naranja. Advertí que el resto del vino judío había desaparecido.

—¿Cómo te encuentras?

Apoyó la cabeza en la arrugada almohada.

—Me duele la cabeza —dijo, adormilado—. He soñado con Dante.

—¿Alighien?

—Sí

—¿De veras?

—Estábamos en casa de los Corcoran —murmuró—. Dante también estaba con nosotros. Iba con un amigo que llevaba una camisa a cuadros y nos gritaba.

Le tomé la temperatura, había bajado a treinta y siete, pero para ser tan temprano me pareció un poco alta. Le di unas aspirinas y anoté el teléfono del despacho del doctor Roland por si quería llamarme. Cuando se dio cuenta de que me iba, me lanzó

una mirada tan aturdida y desamparada que interrumpí mi explicación sobre cómo funcionaban las llamadas telefónicas interiores durante los fines de semana.

—Bueno, también podría quedarme aquí —dije—. Si no te importa, claro.

Charles se incorporó apoyándose en los codos. Tenía los ojos inyectados de sangre y muy brillantes.

—No te vayas —suplicó— Tengo miedo. Quédate un rato.

Pidió que le leyera algo, pero no tenía otra cosa que libros de griego, y no quiso que fuera a la biblioteca. Así que jugamos a *euchre* sobre un diccionario que él sostuvo en su regazo, y cuando nos cansamos cambiamos de juego. Charles ganó las dos primeras partidas. Luego empezó a perder. En la última mano barajó tan mal las cartas que salieron casi en la misma secuencia exacta, con lo cual habría podido ganar fácilmente la partida, pero estaba tan despistado que no supo aprovechar la oportunidad. Al ir a coger una carta del montón mi mano rozó la suya, seca y caliente. Aunque en la habitación hacía calor, estaba temblando. Le tomé otra vez la temperatura. Había subido a treinta y nueve y medio.

Bajé a llamar a Francis, pero ni él ni Henry estaban en su apartamento. Volví a subir. No había ninguna duda. Charles estaba mal. Me quedé un momento en la puerta mirándolo, y luego le dije.

—Espera un momento —y fui a la habitación de Judy.

La encontré echada en la cama, viendo una película de Mel Gibson en un vídeo que había tomado prestado del departamento de audiovisuales. Me maravilló ver que se estaba pintando las uñas, fumando un cigarrillo y bebiendo una coca-cola *light* al mismo tiempo.

—¿Te gusta Mel Gibson? —me preguntó—. Si me llamara ahora mismo y me pidiera que me casara con él, diría que sí sin vacilar.

—Judy, ¿qué harías si tuvieras treinta y nueve y medio de fiebre?

—Iría al médico —dijo sin despegar los ojos de la pantalla.

—Le conté lo que le pasaba a Charles.

—Está muy enfermo —dije— ¿Qué me aconsejas que haga? —Agitó una mano en el aire para que se secara el esmalte, con los ojos todavía fijos en la pantalla.

—Llévalo a urgencias.

—¿Tu crees?

—Es domingo. No creo que encuentres un médico. ¿Quieres coger mi coche?

—Si no lo necesitas..

—Las llaves están en el escritorio —dijo, distraída—. Hasta luego.

Llevé a Charles al hospital en el Corvette rojo. Iba muy callado y tenía los ojos llorosos; miraba al frente, con la mejilla derecha pegada al frío cristal de la ventanilla. En la sala de espera, mientras yo hojeaba unas revistas, permaneció sentado sin moverse, contemplando una vieja fotografía en color que había colgada enfrente, una enfermera invitaba a guardar silencio llevándose a los labios un dedo índice con la uña pintada de blanco. Los labios, también pintados de blanco (y en realidad todo el cartel), resultaban un poco pornográficos.

El médico de guardia era una mujer. Cuando sólo llevaba unos cinco o diez minutos con Charles salió con su carpeta; se inclinó sobre el mostrador y habló un momento con la recepciomsta, que me señaló.

La doctora se sentó a mi lado. Era de la clase de médico alegre y joven con camisa hawaiana y zapatillas de tenis que sale en las series de televisión.

—Hola —me dijo—. Acabo de examinar a tu amigo. Me parece que tendrá que quedarse en el hospital un par de días.

Dejé la revista que tenia en las manos. Aquello me había cogido desprevenido.

—¿Qué le pasa?

—Parece bronquitis. Pero está muy deshidratado. Quiero ponerle un gota a gota. Además hay que bajarle la fiebre. Se recuperará, pero necesita descansar, y una buena dosis de antibióticos, y para que le hagan efecto deprisa hay que administrárselos por vía

intravenosa, al menos las primeras cuarenta y ocho horas. ¿Sois alumnos de la universidad?

—Sí.

—¿Sabes si ha sufrido mucho estrés últimamente? ¿Está haciendo la tesis, o algo así?

—Trabaja bastante —dije, con cautela—. ¿Por qué?

—Me da la impresión de que no se alimenta muy bien. Tiene cardenales en los brazos y las piernas, que podrían deberse a una deficiencia de vitamina C, y es posible que también esté bajo de vitamina B. ¿Fuma mucho?

No pude evitarlo: me eché a reír. La doctora se negó rotundamente a dejarme ver a Charles; dijo que quería hacerle unos análisis antes que los del laboratorio se marcharan. Así pues, fui al apartamento de los gemelos a recoger algunas cosas. El piso estaba sospechosamente ordenado. Cogí un pijama, un cepillo de dientes, sus cosas de afeitar y un par de libros de bolsillo (P. G. Wodehouse; pensé que le animaría), y le entregué la maleta a la recepcionista.

A la mañana siguiente, temprano, antes de ir a clase de griego, Judy llamó a mi puerta y dijo que me llamaban por teléfono. Pensé que sería Francis o Henry —la noche anterior había intentado hablar con ellos repetidamente—, o quizá incluso Camila, pero era Charles.

—Hola —le dije—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien —contestó. Advertí en su voz cierta alegría forzada—. Esto no está nada mal. Gracias por traerme la maleta.

—De nada, tío. ¿Estás en una de esas camas que suben y bajan?

—Pues sí. Oye, quería preguntarte una cosa. ¿Puedes hacerme un favor?

—Claro.

—Me gustaría que me trajeras un par de cosas. —Mencionó un libro, papel de cartas, y una bata que encontraría colgada en el interior de la puerta de su armario—. Y una botella de whisky que hay en mi mesilla de noche —dijo al final, como de pasada—. ¿Crees que podrás traérmelo esta misma mañana?

—Tengo que ir a griego.

—Bueno, pues después de griego. ¿A qué hora crees que podrás venir?

Dije que tendría que pedir prestado un coche.

—Por eso no te preocupes. Coge un taxi. Yo lo pagaré. Me haces un gran favor, de verdad. ¿A qué hora vendrás? ¿A las diez y media? ¿Las once?

—Seguramente hacia las once y media.

—Perfecto. Oye. Estoy en una sala de recreo. No puedo hablar.

—Tengo que volver a la cama antes de que me echen de menos. Vendrás, ¿verdad?

—Claro que sí.

—La bata y el papel de cartas.

—Sí.

—Y el whisky.

—Sí.

Aquel día Camila no asistió a clase, pero Francis y Henry sí. Julian ya había llegado cuando entré, y le conté que Charles estaba en el hospital.

Julian podía mostrarse maravillosamente amable en todo tipo de circunstancias difíciles, pero a veces me parecía que no lo hacía por la amabilidad, sino por la elegancia del gesto. Pero me animó ver que se mostraba verdaderamente preocupado.

—Pobre Charles —dijo—. No será nada *grave,* ¿verdad?

—Creo que no.

—¿Sabes si se le puede visitar? Esta tarde le llamaré sin falta. ¿Se os ocurre algo que pueda apetecerle? La comida de los hospitales es espantosa. Hace muchos años, en Nueva York, una amiga mía estuvo ingresada en el Columbia Presbyterian (en el

Harkness Pavilion, qué espanto), y el *chef* del antiguo Le Chasseur le enviaba la cena cada día...

Henry, sentado al otro lado de la mesa, mantenía una expresión inescrutable. Intenté atraer la mirada de Francis; él me miró un momento, se mordió el labio y desvió los ojos.

—... y flores —continuó Julian—. Nunca había visto tantas flores juntas. Tantas, que sospeché que mi amiga se había enviado algunos ramos a sí misma. —Rió—. En fin. Supongo que no tiene sentido que pregunte dónde está Camila esta mañana.

Vi que Francis abría los ojos de golpe. También yo me sobresalté por un momento, pero comprendí que lo que Julian suponía —naturalmente, por supuesto— era que Camila estaba con Charles en el hospital.

Julian frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó.

El absoluto silencio que obtuvo por respuesta le hizo sonreír.

—No hay que ser demasiado espartano con estas cosas —dijo con tono amable después de una larga pausa; y yo me alegré al ver que, como de costumbre, proyectaba su propia interpretación, de muy buen gusto, por encima de la confusión— . Edmund era vuestro amigo. Yo también lamento muchísimo que esté muerto. Pero creo que os amargáis excesivamente, y eso no sólo no le sirve de ayuda a él, sino que os perjudica a vosotros. Y además, ¿es la muerte, realmente, algo tan horrible? Os parece horrible porque sois jóvenes, ¿pero cómo sabéis que él no está mucho mejor que vosotros? ¿O, si consideramos que la muerte es un viaje a otro lugar, que no os volveréis a ver?

Abrió su diccionario y empezó a buscar la página.

—No hay que temer aquello de lo que no se sabe nada —añadió—. Sois como niños pequeños. Os da miedo la oscuridad.

Como Francis no tenía el coche, después de clase le pedí a Henry que me acompañara al apartamento de Charles. Francis, que vino con nosotros, estaba nervioso e irritable; se quedó en el pasillo fumando un cigarrillo tras otro y paseándose arriba y abajo mientras Henry, de pie en el dormitorio, me observaba recoger las cosas de Charles en silencio, inexpresivo, observándome con una parsimonia que eliminaba por completo la posibilidad de que yo le preguntara por Camila —cosa que había decidido hacer en cuanto quedáramos solos— o por cualquier otra cosa.

Cogí el libro, el papel de cartas, la bata. Acerca del whisky tenía mis dudas.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Henry.

Volví a dejar la botella en el cajón y lo cerré.

—Nada —contesté. Sabía que Charles se pondría furioso. Tendría que pensarme una buena excusa.

Henry señaló el cajón con la cabeza.

—¿Te ha pedido que le lleves eso?

No me apetecía hablar con Henry de la vida privada de Charles.

—También me ha pedido tabaco —dije—, pero no creo que le contenga.

Francis no había dejado de pasearse por el pasillo, como un gato inquieto. Al oír aquello, se paró delante de la puerta y le lanzó una fugaz mirada de preocupación a Henry.

—Hombre, mira... —dijo, dubitativo.

—Si te ha pedido la botella —me dijo Henry—, será mejor que se la lleves.

El tono de su voz me molestó

—Está enfermo —repuse—. Tú ni siquiera le has visto. Si crees que le haces un favor llevándole...

—No pasa nada, Richard —intervino Francis, nervioso, haciendo caer la ceniza del cigarrillo en la palma de la mano—. Yo entiendo un poco de estas cosas. Cuando bebes, a veces es peligroso parar de golpe. Te pones enfermo. Hay gente que se muere de eso.

Aquello me inquietó. Nunca había pensado que el caso de Charles fuera tan grave. Pero me limité a decir:

—Bueno, si tan mal está, más le conviene quedarse en el hospital, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Francis—. ¿Quieres que le hagan un tratamiento de desintoxicación? ¿Sabes lo que significa eso?

—La primera vez que mi madre dejó la bebida, estaba fuera de sí. Tenía alucinaciones. Se pasaba el día pegando a la enfermera y berreando.

—No imagino a Charles sometido a un programa de desintoxicación en el Catamount Memorial Hospital —añadió Henry. Se acercó a la mesilla de noche y cogió la botella—. Le va a costar esconder esto —dijo, sosteniendo la botella en alto.

—Podríamos pasarla a otra más pequeña —sugirió Francis.

—Será más fácil comprar otra botella. Así no habrá peligro de que se derrame. Le compramos una de esas planas y podrá esconderla debajo de la almohada.

Llovía un poco, y el cielo estaba gris y encapotado. Henry no nos acompañó al hospital. Pidió que lo dejáramos en su apartamento —dio una excusa bastante verosímil, no recuerdo cuál— y al bajarse del coche me ofreció un billete de cien dólares.

—Ten —me dijo—. Saluda a Charles de mi parte. ¿Quieres hacerme el favor de comprarle flores o algo?

Miré el billete, atónito. Francis me lo arrancó de las manos y se lo devolvió a Henry.

—Venga, Henry —le dijo, con un enfado que me sorprendió—. Déjalo ya, ¿quieres?

—Quedáoslo, en serio.

—Sí, tío. Y le compramos cien dólares de flores.

—No os olvidéis de pasar por la tienda —dijo Henry fríamente—. Haced lo que queráis con el resto del dinero. Dadle el cambio, si queréis. No me importa.

Volvió a darme el billete y cerró la portezuela del coche, que produjo un ruido débil, pero más violento que si hubiera dado un portazo. Observé su espalda, rígida y cuadrada, a medida que se alejaba.

Compramos una botella plana de Cutty Sark, una cesta de fruta, una caja de bombones y un juego de damas chino, y, en lugar de comprar todo el *stock* disponible de claveles, compramos una orquídea Oncidium, amarilla con rayas rojizas, en un tiesto de cerámica rojo.

De camino al hospital, pregunté a Francis qué había pasado durante el fin de semana.

—Ha sido muy desagradable. No quiero hablar de ello —contestó—. He visto a Camila. En casa de Henry.

—¿Cómo está?

—Bien. Un poco preocupada, pero bien. Me dijo que no quería que Charles supiera dónde estaba, y no quiso discutir. Me habría gustado poder hablar con ella a solas, pero Henry no salió ni un momento de la habitación. —Nervioso, buscó el paquete de cigarrillos en su bolsillo—. Puede que te parezca una locura, pero te aseguro que estaba un poco preocupado. Temía que le hubiera pasado algo a Camila.

No dije nada. Aquella misma idea me había pasado por la cabeza más de una vez.

—Mira, no es que sospechara que Henry la hubiera *matado,* pero no sé, era muy extraño. Desaparecer de esa forma, sin decirle nada a nadie. —Meneó la cabeza—. No me gusta decirlo, pero a veces no sé qué pensar de Henry. Sobre todo con cosas como ésta. ¿Me explico?

Guardé silencio, aunque sabía a qué se refería. Pero era demasiado horrible para que alguno de los dos lo mencionara.

Charles compartía la habitación con otro enfermo. Estaba en la cama que quedaba más cerca de la puerta, separado de su compañero de cuarto por una cortina. Después nos enteramos de que se trataba del administrador de correos del condado de

Hampden, al que habían operado de próstata. En su lado de la habitación había muchos ramos de flores y la pared estaba llena de tarjetas cursis, y él estaba semisentado en la cama hablando con unos parientes muy escandalosos: olor a comida, risotadas, todo jovial y encantador. Detrás de nosotros entraron más visitas, que se pararon un instante para echar un vistazo a Charles: callado, solo, echado boca arriba con el gota a gota en el brazo. Tenía la cara hinchada, enrojecida y áspera. Su cabello estaba tan sucio que parecía moreno. Miraba los dibujos animados de la televisión, unos dibujos muy violentos de pequeños animales que parecían comadrejas destrozando coches y atizándose en la cabeza.

Cuando nos acercamos a la cama, intentó incorporarse. Francis corrió la cortina detrás de nosotros, prácticamente en las narices de los inquisitivos visitantes del administrador de correos, un par de señoras de mediana edad que ansiaban pegarle un buen repaso a Charles; una de ellas se había vuelto y había exclamado «¡Buenos días!» por la rendija de la cortina con intención de establecer conversación.

—¡Dorothy! ¡Louise! —llamaron desde el otro lado—. ¡Venid!

Oímos unos rápidos pasos por el linóleo y ruidosos cloqueos y gritos de saludo.

—Maldita sea —se quejó Charles. Estaba muy afónico y apenas podía hablar—. Siempre está lleno de gente. Y vienen continuamente a curiosear por aquí.

Para distraerle le enseñé la orquídea.

—¿La has comprado para mí, Richard? —Parecía emocionado. Iba a explicarle que era de todos nosotros (sin mencionar a Henry directamente), pero Francis me lanzó una mirada de advertencia y no dije nada.

Abrimos los paquetes. Yo había imaginado que se precipitaría sobre la botella de Cutty Sark y la abriría sin más, pero se limitó a darnos las gracias y puso la botella en el compartimento que había debajo de la bandeja de cama.

—¿Has hablado con mi hermana? —le preguntó a Francis con frialdad, como si estuviera diciendo: «¿Has hablado con mi abogado?»

—Sí —dijo Francis.

—¿Está bien?

—Creo que sí.

—¿Y qué dice? Ella.

—No sé a qué te refieres.

—Espero que le hayas dicho que se vaya al infierno.

Richard no contestó. Charles cogió uno de los libros que yo le había traído y empezó a hojearlo distraídamente.

—Gracias por venir —dijo—, pero estoy un poco cansado.

—Está muy mal —me dijo Francis en el coche.

—Tiene que haber alguna forma de solucionar esto —dije—. Estoy seguro de que podremos convencer a Henry de que le llame y se disculpe.

—¿De qué crees que serviría eso, mientras Camila esté en el Albemarle?

—Hombre, ella no sabe que Charles está en el hospital, ¿no? Esto es una especie de emergencia.

—No sé.

En el cruce había un policía con un impermeable dirigiendo el tráfico. Era el policía del bigote pelirrojo. Al reconocer el coche de Henry, sonrió e indicó que continuáramos. Le saludamos con la mano como si fuera un día normal y corriente, como si fuéramos un par de chavales normales y corrientes, y recorrimos un par de manzanas en un amargo y supersticioso silencio.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —insistí.

—Creo que lo mejor es mantenernos al margen.

—No me dirás que si Camila supiera lo enfermo que está Charles, no iría al hospital inmediatamente.

—Te lo digo en serio —dijo Francis—. Creo que tú y yo deberíamos mantenernos al margen.

—¿Por qué?

Pero Francis encendió otro cigarrillo y se negó a seguir hablando.

Al volver a mi habitación, me encontré con Camila sentada a mi escritorio, leyendo un libro.

—Hola —dijo, levantando la vista—. La puerta estaba abierta. Espero que no te importe que haya entrado.

Al verla experimenté una especie de descarga eléctrica. Repentinamente sentí un arrebato de ira. La lluvia mojaba la persiana y crucé la habitación para cerrar la ventana.

—¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo.

—¿De qué?

—¿Cómo está mi hermano?

—¿Por qué no lo compruebas tú misma?

Dejó el libro. «Qué encanto», pensé con desesperación; la adoraba, adoraba su imagen: llevaba un jersey de cachemira, color verde grisáceo, suave, y sus ojos grises tenían un luminoso tinte verdeceledón.

—Te imaginas que tienes que optar por un bando —dijo—, pero te equivocas.

—No opto por ningún bando. Lo único que pienso es que sea lo que sea lo que estás haciendo, has elegido un mal momento para hacerlo.

—¿Y qué momento sería bueno? Quiero enseñarte una cosa. Mira.

Se levantó el fino cabello de la sien. Debajo había una costra del tamaño de una moneda; parecía como si le hubieran arrancado el cabello de raíz. Me quedé sin habla.

—Y esto —añadió. Se arremangó el jersey. Tenía la muñeca hinchada y un poco pálida, pero lo que me horrorizó fue una diminuta quemadura en la parte interna del antebrazo: una quemadura de cigarrillo, profunda, negra y horrible en aquella carne de marfil.

Tardé un poco en reaccionar.

—¡Por Dios, Camila! ¿Ha sido Charles?

Se bajó la manga.

—¿Ahora lo entiendes? —dijo. En su voz no había emoción; la expresión de su rostro era fría, casi irónica.

—¿Cuándo empezó todo esto?

Camila ignoró mi pregunta.

—Conozco bien a Charles —dijo—. Bastante más que tú. Lo mejor que puedo hacer es mantenerme alejada de él.

—¿A quién se le ocurrió que te instalaras en el Albemarle?

—A Henry.

—¿Y él qué tiene que ver con todo esto?

—No contestó.

Una idea espantosa me pasó por la cabeza.

—No habrá sido *él* el que te hizo eso, ¿no?

Me miró sorprendida:

—No. ¿Por qué lo dices?

—No lo sé... Estoy confundido.

De pronto el sol asomó por detrás de un nubarrón, iluminando la habitación con una luz espléndida que roció las paredes como si fuera agua. El rostro de Camila se iluminó. Sentí una dulzura insoportable. Por un momento, todo —espejo, techo, suelo— me pareció inestable y radiante, como en los sueños. Sentí un deseo intenso, casi irresistible, de coger a Camila por la muñeca, y retorcerle el brazo a la espalda para hacerla gritar, arrojarla sobre la cama, estrangularla, violarla... Y entonces la nube volvió a ocultar el sol, y todo volvió a apagarse.

—¿A qué has venido? —pregunté.

—Quería verte.

—Supongo que mi opinión te tiene sin cuidado —mi voz me resultaba muy desagradable, no podía controlarla, todo lo decía con el mismo tono altivo y ofendido—, pero creo que alojándote en el Albemarle no haces más que empeorar las cosas.

—¿Y qué me sugieres?

—¿Por qué no te hospedas en casa de Francis?

Rió.

—Porque Charles y Francis se llevan fatal —contestó—. Francis tiene buenas intenciones. Ya lo sé. Pero no soporta a Charles.

—Si se lo pides, te dejará dinero para que te marches a cualquier parte.

—Ya lo sé. Me lo ha ofrecido. —Sacó un paquete de Lucky Strikes del bolsillo. El tabaco que fumaba Henry.

—Puedes coger el dinero y hospedarte donde te venga en gana —dije—. No hace falta que le digas dónde.

—Francis y yo ya hemos hablado de todo esto. —Se interrumpió—. El caso es que Charles me da miedo. Y a Charles le da miedo Henry. En realidad se trata de eso.

La frialdad con que lo dijo me sorprendió.

—¿Y ya está?

—¿Qué quieres decir?

—¿Estás protegiendo tus intereses?

—Ha intentado matarme —dijo. Sus ojos cándidos y claros se clavaron en los míos.

—¿Y Henry no le teme a Charles?

—¿Por qué lo preguntas?

—Está claro, ¿no?

Cuando comprendió a qué me refería, salió rápidamente en defensa de su hermano:

—Charles es incapaz de hacer una cosa así —me aseguró, ofendida.

—Imagínate que lo hace. Que va a la policía.

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Piensas que es capaz de incriminarnos a todos? ¿De incriminarse a sí mismo?

—A estas alturas no creo que le importe demasiado —repuse con intención de herirla, y comprobé que lo había conseguido. Me miró, aturdida.

—Es posible —admitió—. Pero no debes olvidar que ahora Charles está *enfermo.* No es el mismo. Además, creo que él lo sabe. —Hizo una pausa—. Yo le quiero, y le conozco mejor que nadie. Pero ha estado sometido a una tensión muy fuerte, y cuando se pone a beber así, no sé, se convierte en otra persona. No quiere escuchar a nadie, ni siquiera sé si recuerda la mitad de las cosas que hace. Por eso doy gracias a Dios de que esté en el hospital. Si le obligan a parar un día o dos, a lo mejor empieza a pensar con la cabeza otra vez.

Me pregunté qué diría Camila si supiese que Henry le enviaba whisky a su hermano.

—¿Y tú crees que Henry está haciendo lo mejor para Charles?

—Claro que sí —contestó, sorprendida.

—¿Y lo mejor para ti?

—Claro. ¿Cómo puedes pensar otra cosa?

—Tienes mucha fe en Henry, ¿verdad?

—Nunca me ha decepcionado.

Sentí un nuevo arrebato de ira.

—¿Y qué me dices de Charles?

—No lo sé.

—Pronto saldrá del hospital. Tendrás que verle, te guste o no. ¿Qué piensas hacer entonces?

—¿Por qué estás enfadado conmigo, Richard?

Me miré las manos. Me temblaban. Ni siquiera me había dado cuenta. Estaba temblando de rabia.

—Vete, por favor —le dije—. Déjame.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Vete, por favor.

Camila se levantó y dio un paso hacia mí. Yo retrocedí.

—Está bien —dijo—. Como quieras. —Dio media vuelta y se marchó.

Llovió todo el día y toda la noche. Tomé unas cuantas pastillas para dormir y fui al cine. Daban una película japonesa que fui incapaz de seguir. Los personajes se paseaban por habitaciones vacías, no había diálogo, y durante minutos sólo se oía el siseo del proyector y la lluvia que golpeaba el tejado. En la sala sólo había otro espectador, un hombre sentado unas filas mas atrás. En el haz de luz del proyector se veían motas de polvo en suspensión. Cuando salí estaba lloviendo, no había estrellas, y el cielo estaba tan negro como el techo del cine. Las luces de la marquesina se deshacían en la calzada mojada, formando largos rayos. Me resguardé dentro, tras las puertas de vidrio, mientras esperaba un taxi, en el vestíbulo enmoquetado, que olía a palomitas de maíz. Llamé a Charles desde la cabina, pero en la centralita del hospital se negaron a pasar la llamada, la operadora me dijo que las horas de visita habían concluido y que todo el mundo estaba durmiendo. Todavía estaba discutiendo con ella cuando el taxi se paró en el bordillo, la luz de los faros iluminaban la lluvia y los neumáticos chorreaban.

Aquella noche volví a soñar con la escalera. El mismo sueño que tenía a menudo en invierno, pero que desde entonces raramente se repetía. Estaba, una vez más, en la escalera de hierro de casa de Leo —gastada y oxidada, sin barandilla—, con la diferencia de que ahora bajaba hacia una infinita oscuridad y los peldaños eran de diferente tamaño unos altos, otros cortos, algunos tan estrechos que apenas me cabía el zapato. No había fondo a ninguno de los lados. Tenía que ir deprisa, no sé por qué, aunque me daba terror caerme. Iba bajando, bajando. La escalera cada vez estaba en peor estado, hasta que finalmente ya ni siquiera había escalera; mas abajo —y aquello, no sé por qué, siempre era lo mas terrorífico— veía a un hombre que bajaba delante de mí, muy deprisa...

Desperté sobre las cuatro y no pude dormir otra vez. Había tomado demasiados tranquilizantes y estos me alteraban el sistema nervioso. Ahora los tomaba durante el día, ya no me producían sueño. Me levanté y fui a sentarme junto a la ventana. Notaba el pulso sanguíneo en las yemas de los dedos. Más allá de los cristales, más allá de mi fantasma reflejado en ellos oía el viento en los árboles, sentía las colinas rodeándome en la oscuridad.

Me habría gustado ser capaz de no pensar en nada. Pero se me ocurría todo tipo de cosas. Por ejemplo: ¿por qué me había mentido Henry en aquello, hacía sólo dos meses (aunque parecía haber pasado años, toda una vida)? Porque ahora era evidente que su decisión de contármelo había sido un movimiento calculado. Había aprovechado mi vanidad y me había hecho creer que yo lo había averiguado todo por mí mismo («Muy bien —me dijo aquella vez recostándose en el asiento; todavía recordaba su mirada—. Muy bien, ya veo que no eres menos inteligente de lo que me pensaba»); y a mí me había enorgullecido su alabanza, cuando en realidad —en aquel momento mi vanidad me impidió comprenderlo— él me había estado manipulando con sus halagos desde el principio. Quizás —aquella idea me provocó un escalofrío— hasta mi primer descubrimiento accidental había sido tramado. El diccionario que había olvidado, por ejemplo: ¿lo había escondido Henry, sabiendo que yo volvería por él? Y el desordenado apartamento en que sin duda entraría; los números de vuelo anotados en aquel papel, deliberadamente olvidado, como ahora parecía, junto al teléfono, ambos eran detalles poco propios de Henry. Quizá quería que yo lo averiguara. Quizás había adivinado en mí esta cobardía, este repugnante instinto de rebaño que me haría seguir la corriente, sin ninguna duda.

Y no sólo se trataba de que yo tuviera la boca cerrada, pensé mientras contemplaba con desagrado mi imagen reflejada en el cristal de la ventana «Porque sin mí no

habrían podido hacerlo». Bunny había acudido a mí, y yo se lo había entregado directamente a Henry. Y ni siquiera me lo había pensado dos veces. «Tú eras la alarma, Richard —me había dicho Henry—. Yo sabía que si se lo decía a alguien, sería a ti. Y ahora que te lo ha contado, creo que los acontecimientos se precipitarán vertiginosamente.»

Los *acontecimientos se precipitarán vertiginosamente.* Se me puso la carne de gallina al recordar el tono irónico, casi cómico, que Henry había imprimido a esas palabras «Dios mío —pensé—. Dios mío, ¿por qué le escuché?» Y tenía razón, por lo menos respecto a la precipitación. En menos de doce horas, Bunny estaba muerto. Y aunque yo no había sido el autor del empujón —un detalle que en su momento me había parecido esencial—, ahora eso ya no significaba nada.

Seguía intentando reprimir el más terrible de los pensamientos, aquel que me hacía temblar de pánico. ¿Pretendía Henry que yo pagara los platos rotos en caso de que fallara su plan? Ignoraba cómo se las habría ingeniado, pero no me cabía duda de que, de habérselo propuesto, lo habría conseguido. Había muchas cosas que yo sólo sabía de segunda mano, muchas cosas que él me había contado; y en realidad había muchas más que ignoraba por completo. Y, pese a que aparentemente el peligro inmediato había desaparecido, no había ninguna garantía de que reapareciera al cabo de uno, de veinte, de cincuenta años. Yo sabía que el delito de homicidio no tenía plazo de prescripción. Si se descubrían nuevas pruebas, el caso se reabriría. Continuamente leía cosas así.

Todavía estaba oscuro. Los pájaros piaban en los aleros. Abrí el cajón de mi escritorio y conté el resto de los somníferos: pastillas de colores, como caramelos brillantes, sobre una hoja de papel de mecanografiar. Todavía quedaban bastantes, más de las que necesitaba. (¿Se sentiría mejor la señora Corcoran al saber que las pastillas que le robaron habían acabado con el asesino de su hijo?) Era tan fácil sentir cómo se deslizaban garganta abajo; pero mientras pestañeaba a la luz de la lámpara de mi escritorio, experimenté una oleada de repulsión tan intensa que fue casi una náusea. Pese a estar en una oscuridad horripilante, temía sumirme en la otra, en la definitiva, un abismo de fango. Había visto su sombra en la cara de Bunny: un estúpido gesto de terror, el mundo abriéndose de arriba abajo; su vida estallando en un trueno de cuervos y el cielo extendiéndose sobre su estómago, como un océano blanco. Y luego nada. Cepas podridas, cochinillas arrastrándose por las hojas caídas. Tierra y oscuridad.

Me estiré en la cama. Notaba los latidos del corazón y sentí repulsión hacia aquel patético músculo, asqueroso y sanguinolento, que latía contra mis costillas. Veía la lluvia golpeando los vidrios de las ventanas. El jardín estaba empapado, encharcado. Cuando salió el sol vi, a la fría y débil luz del amanecer, que las baldosas estaban cubiertas de lombrices: delicadas y asquerosas, cientos de lombrices ciegas y desamparadas retorciéndose sobre la pizarra ennegrecida por la lluvia.

El jueves, en clase, Julian comentó que había hablado por teléfono con Charles. «Tenéis razón —murmuró—. Debe de estar bastante mal. Me pareció aturdido y desconcertado, ¿a vosotros no? Creo que están dándole sedantes.» Sonrió y empezó a examinar cuidadosamente sus papeles. «Pobre Charles. Le pregunté dónde estaba Camila (quería hablar con ella, porque no conseguía entender ni una palabra de lo que él intentaba decirme), y me dijo —aquí su voz cambió un poco, y quien no le conociera podría haber creído que intentaba imitar la de Charles, pero en realidad era la voz de Julian, cultivada y ronroneante, sólo que ligeramente subida de tono, como si fuera incapaz, aun haciendo una imitación, de alterar sustancialmente su propia y melodiosa cadencia—, me dijo, con voz sumamente melancólica: Se esconde de mí. Estaba soñando, por supuesto. Lo encontré enternecedor. Y para animarlo un poco, le dije: Pues entonces tienes que cerrar los ojos y contar hasta diez, y verás cómo aparece. —Julian rió—. Pero se enfadó conmigo. Me pareció encantador. No, insistió, no aparecerá. ¿No ves que estás *soñando*?, le dije. No, me contestó, no estoy soñando. Esto es real.»

Los médicos no se ponían de acuerdo sobre Charles. Habían probado dos antibióticos en una semana, pero la infección, o lo que fuera, no remitía. El tercer intento tuvo más éxito. Francis lo visitó el miércoles y el jueves, y le dijeron que Charles estaba mejorando, y que si todo iba bien podría irse a casa el fin de semana.

El viernes, hacia las diez, después de otra noche de insomnio, fui andando hasta casa de Francis. Era una mañana bochornosa, y un viento cálido azotaba los árboles. Estaba agotado. El aire estaba pesado y cargado de zumbidos de abejas y rugidos de cortacéspedes. Las parejas de vencejos se perseguían y piaban en vuelo.

Me dolía la cabeza. Me habría gustado tener unas gafas de sol. Había quedado con Francis a las once y media, pero mi habitación estaba hecha un desastre, hacía semanas que no llevaba la ropa a la lavandería y el bochorno me obligaba a permanecer echado en mi desordenada cama, sudando e intentando no oír los graves de la cadena musical de mi vecino. Jud y Frank estaban construyendo en el jardín del Commons una estructura enorme, desvencijada y modernísima, y los martillos y los taladros se dejaban oír desde primera hora de la mañana. Yo no sabía qué era —me habían llegado varias versiones diferentes: un escenario, una escultura, un monumento estilo Stonehenge en honor del grupo de rock Grateful Dead—, pero al mirar por la ventana por primera vez, atontado por el Fiorinal, y ver los firmes postes de soporte elevándose desde el suelo, me sobrecogió un terror irracional: «Una horca —me dije—, están levantando una horca, van a colgar a alguien en el jardín del Commons...» Superé aquella alucinación, pero en cierto modo la imagen persistió manifestándose de diferentes formas, como las cubiertas de los libros de terror de bolsillo: visto desde un ángulo, un niño rubio y sonriente; visto del otro, una calavera en llamas. A veces la estructura parecía vulgar, tonta, perfectamente inofensiva; pero a primera hora de la mañana o hacia el atardecer, el mundo desaparecía y surgía el cadalso, negro y medieval, con los pájaros sobrevolándolo. Por la noche proyectaba su larga sombra sobre mis pocas horas de sueño.

Básicamente, el problema consistía en que había tomado demasiadas pastillas; ahora estimulantes mezclados con tranquilizantes, porque aunque éstos ya no me ayudaban a dormir, durante el día me colocaban, de modo que vivía permanentemente amodorrado. Me resultaba imposible conciliar el sueño sin tomar nada. Pero los tranquilizantes se me estaban acabando y aunque sabía que seguramente podría conseguir más a través de Cloke o Bram, o de alguien, había decidido tomar menos durante unos días. La idea era buena, en teoría, pero resultaba horrible salir de aquella existencia submarina y fantástica y emerger en una violenta atmósfera de luces y ruidos. El mundo era de una claridad aguda y discordante: por todas partes había verde, savia, sudor, plantas que se abrían camino por entre las grietas de las losas de las aceras; losas blancas, veteadas, levantadas y combadas por un siglo de duras heladas invernales. Aquellas losas de mármol las había hecho poner un millonario, un hombre que veraneaba en North Hampden y que en 1920 se arrojó por una ventana de Park Avenue. Más allá de las montañas, el cielo estaba cubierto y oscuro como la pizarra. Había tensión en el aire; seguramente iba a llover. En las fachadas blancas resplandecían los geranios, de un rojo fiero y amenazador.

Torcí por Water Street, en dirección norte, y al pasar por casa de Henry vi una sombra oscura en la parte trasera de su jardín. «No», pensé.

Pero sí, era él. Estaba arrodillado junto a un cubo de agua, con un trapo en la mano. Al acercarme comprobé que no estaba limpiando las baldosas, como me había parecido, sino un rosal. Estaba inclinado ante él y limpiaba las hojas meticulosamente, como un jardinero loco de *Alicia en el País de las Maravillas.*

Pensé que pararía, pero no lo hizo, y al final entré por la puerta de atrás.

—¿Qué haces, Henry? —le dije.

Me miró con parsimonia. No le sorprendió verme.

—Acáridos —dijo—. La primavera ha sido muy húmeda. Los he fumigado dos veces, pero la mejor forma de eliminar los huevos es lavarlos a mano.

Dejó el trapo en el cubo. Me fijé en el buen aspecto que tenía. No era la primera vez que lo veía así en los últimos días. Ya no tenía aquel aire tenso y triste, sino que se le

veía más relajado. Henry nunca me había parecido guapo —siempre había sospechado que, en lo referente al aspecto físico, la formalidad de su porte era lo único que lo salvaba de la mediocridad—, pero ahora que sus movimientos no eran tan rígidos y contenidos, mostraba una seguridad, una gracia felina y una soltura que me sorprendieron. Un mechón de cabellos le caía sobre la frente.

—Esto es una *reine des v iolettes* —dijo señalando el rosal—. Una rosa preciosa, muy antigua. Se introdujo en 1860. Y aquello es una *madame Isaac Pereire.* Las flores huelen a frambuesa.

—¿Está Camila? —le interrumpí.

Su rostro no reveló ninguna emoción, ni esfuerzo por disimularla.

—No —contestó, y siguió con lo que estaba haciendo—. Cuando me fui estaba durmiendo. No quise despertarla.

Me sorprendió oírle hablar de ella con semejante intimidad. Pluto y Perséfone. Observé su tensa espalda de sacerdote e intenté imaginar a los dos juntos. Las grandes y blancas manos de Henry, con sus uñas cuadradas.

Repentinamente, Henry preguntó:

—¿Cómo está Charles?

—Bien —contesté después de una incómoda pausa.

—Espero que salga pronto del hospital.

Una lona alquitranada y sucia restalló en el tejado. Henry siguió trabajando. Con aquellos oscuros pantalones de tirantes y su camisa blanca, tenía cierto aire Amish.

—Henry.

No levantó la vista.

—Henry, sé que no es asunto mío, pero confío en que sepas lo que estás haciendo. —Hice una pausa, esperando una respuesta, pero no la obtuve—. Tú no has visto a Charles, pero yo sí, y creo que no sabes en qué estado se encuentra. Si no me crees, pregúntaselo a Francis.

Hasta Julian se ha dado cuenta. Mira, he intentado explicártelo, pero por lo visto no me comprendes. Está fuera de sí y Camila no lo sabe; no sé qué vamos a hacer cuando le den el alta. Ni siquiera estoy seguro de que pueda apañárselas solo. Mira...

—Perdona —me interrumpió Henry—, ¿te importa pasarme esas tijeras?

Hubo un largo silencio. Finalmente, Henry alargó el brazo y las cogió.

—Está bien —dijo, condescendiente—. No importa. —Separó los tallos, muy concienzudamente, y cortó uno por la mitad, inclinando con cuidado las tijeras para no estropear el que había al lado, más grueso.

—¿Qué demonios te pasa? —Me esforzaba por no levantar la voz.

—Las ventanas del piso superior estaban abiertas; oí voces, una radio, pasos—. ¿Por qué te empeñas en complicarle tanto las cosas a todo el mundo? —No se volvió. Le arrebaté las tijeras y las arrojé contra la pared de ladrillo—. *¡Contéstame!*

Nos miramos fijamente. Detrás de sus gafas vi unos ojos serenos y muy azules.

Finalmente contestó con tranquilidad:

—Dímelo tú.

La intensidad de su mirada me asustó.

—¿Qué?

—A ti la gente no te emociona demasiado, ¿verdad?

—¿Pero de qué estás hablando? Claro que sí.

—¿En serio? —Henry levantó una ceja—. Creo que no. Pero no importa —añadió tras una tensa pausa—. A mí tampoco.

—¿Qué insinúas?

Se encogió de hombros.

—Nada. Sólo que mi vida siempre ha sido insulsa y gris. Muerta. El mundo siempre me ha parecido vacío. Era incapaz de disfrutar hasta de las cosas más sencillas. Hiciera lo que hiciera, siempre me sentía muerto. —Se limpió las manos, sucias de tierra—. Pero todo cambió la noche que maté a aquel hombre.

Me impresionó aquella referencia tan directa a una cosa a la que, por acuerdo tácito, nos referíamos casi exclusivamente mediante códigos, indirectas y toda clase de eufemismos.

—Fue la noche más importante de mi vida —dijo con serenidad—. Me permitió hacer lo que siempre había deseado.

—¿Qué?

—Vivir sin pensar.

Las abejas zumbaban en la madreselva. Henry volvió a su rosal y empezó a entresacar los tallos pequeños de la parte superior.

—Antes estaba paralizado, aunque no me daba cuenta —dijo—. Y era porque pensaba demasiado, vivía en un plano demasiado mental. Me costaba tomar decisiones. Me sentía inmovilizado.

—¿Y ahora?

—Ahora... ahora sé que puedo hacer lo que quiera. —Levantó la vista—. Y si no me equivoco, tú has experimentado algo bastante parecido.

—No sé de qué hablas.

—Yo creo que sí. Ese arranque de poder y de encanto, de seguridad, de control. Ese repentino descubrimiento de la riqueza del mundo. De su infinito potencial.

Se refería al barranco. Y comprendí, horrorizado, que en cierto modo Henry tenía razón. Pese a lo espantoso que había sido, no se podía negar que el asesinato de Bunny había coloreado todos los sucesos posteriores con una especie de reluciente tecnicolor. Y pese a que aquella nueva lucidez resultaba a menudo horripilante, no era una sensación completamente desagradable.

—No veo la relación —repliqué. Henry me daba la espalda.

—Yo tampoco estoy seguro de verla —dijo, comprobando el equilibrio de su rosal; luego retiró con cuidado otro tallo del centro—. Salvo que no hay nada que importe demasiado. Estos seis últimos meses lo han demostrado. Y últimamente parecía importante encontrar un par de cosas que importaran. Nada más.

Retrocedió unos pasos.

—Ya está. ¿Ha quedado bien? ¿O crees que tendría que abrirlo un poco más por el centro?

—Henry —dije—. Escúchame.

—No quiero podarlo demasiado —dijo sin prestarme atención—. Debería haberlo podado hace un mes. Si los podas tan tarde, los tallos sangran. Pero, como dice el refrán, más vale tarde que nunca.

—Henry. *Por favor.* —Estaba a punto de echarme a llorar—. ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? ¿No ves lo que está pasando?

Se levantó y se limpió las manos en los pantalones.

—Tengo que entrar —dijo.

Colgó las tijeras en un gancho y se alejó. Pensé que en el último momento se volvería y me diría algo: adiós o algo así. Pero no lo hizo. Entró en la casa y la puerta se cerró tras él.

El apartamento de Francis estaba a oscuras. La luz se colaba por las brevísimas rendijas de las persianas venecianas. Francis dormía. Olía a encierro y a humo. Varias colillas flotaban en un vaso de ginebra. En la mesilla de noche junto a su cama había una quemadura, negra y redonda.

Abrí las persianas para que entrara el sol. Francis se frotó los ojos y me llamó por otro nombre. Luego me reconoció.

—Ah, eres tú —dijo. Tenía el rostro desencajado y lívido—. ¿Qué haces aquí?

Le recordé que habíamos quedado para ir a ver a Charles.

—¿Qué día es?

—Viernes.

—Viernes. —Se desplomó de nuevo en la cama—. Odio los viernes. Los jueves también. Traen mala suerte. —Estaba boca arriba, contemplando el techo. Añadió— : ¿No crees que está a punto de ocurrir algo espantoso?

Me alarmé y mentí a la defensiva:

—No. ¿Qué quieres que pase?

—No lo sé —contestó Francis, sin moverse—. Es posible que me equivoque.

—Tendrías que abrir una ventana. Huele mal.

—No me importa. Yo no huelo nada. Tengo sinusitis. —Buscó a tientas los cigarrillos que tenía en la mesilla de noche—. Vaya, estoy deprimido. No me veo con ánimos de ver a Charles.

—Tenemos que ir.

—¿Qué hora es?

—Alrededor de las once.

Guardó silencio y luego dijo:

—Oye, vayamos a comer algo. Luego vamos al hospital.

—No comeremos tranquilos.

—Pues pidamos a Julian que nos acompañe.

—¿Para qué quieres a Julian?

—Estoy deprimido. Y siempre es agradable verlo. —Se dio la vuelta y se puso boca abajo—. O puede que no. No lo sé.

Julian abrió la puerta con precaución —como la primera vez que fui a su casa—, y al ver quiénes éramos la abrió del todo. Francis le preguntó si le apetecía comer con nosotros.

—Claro que sí. Me apetece mucho. —Sonrió—. Ha sido una mañana muy extraña. *Muy* extraña. Ya os lo explicaré de camino.

Lo que Julian definía como «extraño» solía resultar curiosamente mundano. Su contacto con el mundo exterior era tan limitado que solía considerar lo vulgar como sumamente raro: un expendedor automático, por ejemplo, o algún artículo nuevo del supermercado —cereales con forma de vampiro, o yogures que no necesitan conservarse en frío—. A nosotros nos encantaba que contara sus pequeñas incursiones en el siglo XX, así que Francis y yo insistimos en que nos explicara lo ocurrido.

—Bien. Ha venido la secretaria de la sección de lengua y literatura —dijo—. Me traía una carta. En el despacho de literatura tienen unos cestos para el correo de entrada y salida; puedes dejar cosas para que las pasen a máquina, y también recoger mensajes, aunque yo nunca lo utilizo. Aquellos con los que me interesa mínimamente hablar saben dónde encontrarme. Esta carta —la señaló; estaba abierta sobre la mesa, junto a sus gafas—, que iba dirigida a mí, acabó, no sé cómo, en el buzón del profesor Morse, que por lo visto está en año sabático.

Su hijo vino a recoger el correo esta mañana y vio que la habían dejado por error en el buzón de su padre.

—¿Y de qué trata la carta? —le preguntó Francis, acercándose más—. ¿Quién te la ha enviado?

—Bunny —dijo Julian.

El terror me atravesó el corazón como un cuchillo helado. Lo miramos, perplejos. Julian sonrió y se permitió el lujo de una dramática pausa, para que nuestra perplejidad se acrecentara.

—Bueno, en realidad *no es* de Edmund, por supuesto —dijo—. Es una falsificación, y por cierto no muy inteligente. La carta está mecanografiada y no lleva firma ni fecha. No parece muy legítimo, ¿no os parece?

Francis había recuperado el habla:

—¿Mecanografiada?

—Sí.

—Bunny no tenía máquina de escribir.

—Bueno, fue alumno mío durante casi cuatro años, y *a mí* jamás me entregó ningún trabajo escrito a máquina. Que yo sepa, ni siquiera sabía escribir a máquina. ¿Me equivoco? —Nos miró con perspicacia.

—No —contestó Francis después de una seria y meditada pausa—. Creo que tienes razón.

Yo lo corroboré, aunque me constaba —y también a Francis— que Bunny sí sabía escribir a máquina. No tenía máquina de escribir —eso era cierto—; pero a menudo le

pedía prestada la suya a Francis, o utilizaba uno de los viejos cacharros de la biblioteca. El caso era —pero ninguno de los dos tenía intención de mencionarlo— que ninguno de nosotros le entregaba trabajos mecanografiados a Julian, jamás. Y por una razón muy sencilla: era imposible escribir en griego con una máquina de escribir inglesa. Henry poseía una pequeña máquina portátil de alfabeto griego, que había comprado durante unas vacaciones en Grecia, pero nunca la utilizaba porque, como me explicó en una ocasión, el teclado era diferente del inglés y tardaba cinco minutos en escribir su nombre.

—Es muy triste pensar que a alguien se le haya ocurrido gastarme una broma como ésta —dijo Julian—. No imagino quién puede haber sido.

—¿Cuánto tiempo llevaba en el buzón? —preguntó Francis—. ¿Lo sabes?

—Ah, además eso —dijo Julian—. Pues no lo sé. La secretaria me dijo que el hijo de Morse no pasaba a recoger el correo de su padre desde marzo. Y eso quiere decir, por supuesto, que podrían haberla echado ayer. —Señaló el sobre—. Mirad. Sólo pone mi nombre, a máquina; no hay remite, ni fecha, ni sello. Esto es obra de un chiflado, evidentemente. Pero el caso es que no entiendo por qué querrían gastarme una broma tan cruel. Es como para contárselo al decano, pero después de todo el jaleo habido no quisiera complicar las cosas, desde luego.

Una vez superado el *shock* del primer momento, empecé a respirar más fluidamente.

—¿Qué tipo de carta es? —pregunté.

—Julian se encogió de hombros:

—Échale un vistazo.

La cogí. Francis la miró por encima de mi hombro. Eran cinco o seis cuartillas escritas a un espacio. Algunas se parecían a un papel de carta que tenía Bunny. Las cuartillas no eran todas del mismo tamaño. Vi que había letras impresas mitad en rojo y mitad en negro, y supe que la carta había sido escrita con la máquina del estudio de la biblioteca.

La carta era inconexa, incoherente, e incuestionablemente auténtica. La leí por encima, y recuerdo tan poco acerca de su contenido que no puedo reproducirla aquí, pero sí recuerdo lo que pensé: si Bunny la había escrito, estaba mucho más desesperado de lo que habíamos imaginado. Estaba llena de palabras soeces que parecía difícil, incluso en las circunstancias más adversas, que Bunny hubiese utilizado en una carta dirigida a Julian. No estaba firmada, pero había varias referencias inequívocas que evidenciaban que Bunny Corcoran, o alguien que pretendía suplantarle, era el autor. Contenía muchas faltas de ortografía, típicas de Bunny, pero afortunadamente a Julian no podían sugerirle nada, pues Bunny escribía tan mal que solía pedir a alguien que le corrigiera sus ejercicios antes de entregarlos. Incluso yo habría podido tener dudas acerca de la autoría de aquella carta tan truncada y paranoide, de no ser por la referencia al asesinato de Battenkill: «Es un monstruo asqueroso (Henry, claro está). Ha matado a un hombre y ahora quiere matarme a mí. Están todos implicados. Al hombre que mataron en octubre, en el condado de Battenkill (se llamaba McRee), creo que lo mataron a golpes, no estoy seguro.» Había otras acusaciones —algunas ciertas (las prácticas sexuales de los gemelos), otras no—, tan brutales que lo único que conseguían era desacreditar el conjunto. Mi nombre no se mencionaba. En general, la carta tenía un familiar tono de borracho desesperado. Más adelante supuse que debió de escribirla en el estudio de la biblioteca la misma noche que acudió borracho a mi habitación, justo antes o justo después —seguramente después—, en cuyo caso fue puro milagro que no nos cruzáramos cuando bajé al edificio de ciencias a telefonear a Henry. Sólo recuerdo otra cosa: la última frase, la única que me hizo sentir cierto remordimiento: «Ayúdame, por favor, por eso te escribo, eres el único que puede ayudarme.»

—No sé quién lo habrá escrito —dijo Francis con tono indiferente y despreocupado—, pero sea quien sea, no sabe escribir.

Julian rió. Obviamente, no sabía que la carta era auténtica.

Francis cogió la carta y le echó un vistazo, meditabundo. Al llegar a la penúltima cuartilla, de un color ligeramente distinto del resto, se detuvo y le dio la vuelta distraídamente.

—Por lo visto... —se interrumpió.

—¿Por lo visto qué? —dijo Julian con tono amable.

—Tras una breve pausa, Francis añadió:

—Por lo visto, quienquiera la escribiera necesitaba una cinta nueva.

—Pero aquello no era lo que Francis estaba pensando, ni lo que yo estaba pensando, ni lo que había estado a punto de decir, sino lo único que se le ocurrió decir cuando, al darle la vuelta a la última cuartilla, los dos vimos, horrorizados, lo que había en el dorso. Era una hoja de papel de carta de hotel, y en el encabezamiento se veía la dirección y el membrete del Excelsior: el hotel donde Bunny y Henry se habían alojado en Roma.

(Más adelante, Henry nos dijo, con la carta en la mano, que el día antes de su muerte Bunny le había pedido que le comprara otro paquete de papel de carta. Era un papel muy caro, de color crema, importado de Inglaterra; el mejor que tenían en la tienda de la ciudad. «Ojalá se lo hubiera comprado —nos dijo—. Me lo pidió una docena de veces. Pero pensé que no valía la pena, ¿entendéis?» El papel del Excelsior no era tan grueso, ni tan refinado. Henry especuló —y seguramente tenía razón— que Bunny había terminado su paquete y que encontró aquella cuartilla, prácticamente del mismo tamaño que las otras, revolviendo en su escritorio, y que le había dado la vuelta para escribir en el dorso.)

Hice todo lo posible por no mirarla, pero ella seguía asomando en los límites de mi campo de visión. Un palacio, dibujado con tinta azul y trazos alargados, como los trazos de los menús italianos. Márgenes azules. Inconfundible.

—A decir verdad —dijo Julian—, ni siquiera he terminado de leerla. Su autor, sin duda, es un perturbado No puedo asegurarlo, desde luego, pero creo que debe de haberla escrito algún estudiante, ¿no os parece?

—No concibo a ningún miembro de la facultad escribiendo una cosa así, si a eso te refieres —dijo Francis, dándole la vuelta a la hoja que llevaba el membrete. No nos miramos. Yo sabía exactamente lo que Francis estaba pensando: *¿Cómo podemos robar esta cuartilla? ¿Cómo podemos hacerla desaparecer?*

Me acerqué a la ventana para distraer a Julian.

—Hace un día precioso, ¿verdad? —dije, dándoles la espalda a los dos—. Parece mentira que hace apenas un mes estuviera nevando...

—Seguí diciendo tonterías, sin volverme

—Sí —contestó Julian cortésmente—, hace un tiempo estupendo.

Pero su voz no provenía de donde yo esperaba, sino de más allá, cerca de la librería. Me volví y vi que se estaba poniendo la chaqueta. Miré a Francis y comprendí que no lo había conseguido: estaba mirando a Julian de soslayo. Al volver éste la cabeza para toser, Francis cogió la cuartilla, pero justo entonces Julian se giró y Francis tuvo que dejarla disimuladamente donde estaba, fingiendo que había cogido la carta para ordenar las cuartillas.

Una vez en la puerta, Julian sonrió:

—¿Nos vamos?

—Sí, vámonos —dijo Francis, con más entusiasmo del que sentía.

—Dejó la carta sobre la mesa, y los dos seguimos a Julian, sonriendo y hablando. Pero noté la tensión en los hombros de Francis, y yo iba mordiéndome el labio inferior, con sensación de frustración.

El almuerzo fue triste. No recuerdo casi nada, salvo que hacía un día espléndido y que nos sentamos en una mesa demasiado cerca de la ventana. La luz no hacía más que aumentar mi desconcierto y mi desasosiego. No hablamos de otra cosa que de la carta, la carta, la carta. ¿Estaría el autor resentido con Julian? ¿O enfadado con nosotros? Francis conservaba la calma mejor que yo, pero iba vaciando los vasos de vino de la casa uno tras otro, y tenía la frente perlada de sudor.

Julian opinaba que la carta era falsa. De eso no había duda. Pero si reparaba en el membrete, todo cambiaría, porque él sabía tan bien como nosotros que Henry y Bunny se habían alojado en el Excelsior un par de semanas. No perdíamos la esperanza de que la tirara a la papelera sin enseñársela a nadie y sin volverla a examinar. Pero a Julian le gustaba la intriga, los secretos, y podía pasar vanas semanas especulando acerca de cosas como aquélla («¿En serio? ¿De verdad crees que ha sido alguien de la facultad?») Yo seguía pensando en lo que Julian había dicho sobre la conveniencia de enseñarle la carta al decano. Tendríamos que hacernos con ella a cualquier precio. Entrando furtivamente en su despacho, por ejemplo. Pero aun suponiendo que la dejara allí, en un sitio donde nosotros pudiéramos encontrarla, eso significaría esperar seis o siete horas.

Durante la comida bebí bastante, pero cuando terminamos estaba tan nervioso que en lugar de café tomé brandy con el postre. Francis hizo un par de llamadas telefónicas. Sin duda intentaba hablar con Henry, para pedirle que fuera al despacho y se apoderara de la carta mientras nosotros entreteníamos a Julian en la Brasserie. Pero, a juzgar por las tensas sonrisas que exhibía al volver a la mesa, no había suerte. Cuando volvió por segunda vez se me ocurrió una idea, si podía levantarse para telefonear, ¿por qué no salía por la puerta de atrás, cogía el coche e iba a buscarla él mismo? De haber tenido las llaves del coche, yo mismo lo habría hecho. Cuando ya era demasiado tarde —Francis había pedido la cuenta— me di cuenta de lo que habría tenido que decir: que me había dejado algo en el coche y que necesitaba las llaves para ir a buscarlo.

Por el camino de regreso a la escuela comprendí que siempre habíamos contado con la posibilidad de comunicarnos en clave: cuando se presentaba una emergencia decíamos algo en griego, disfrazándolo de aforismo o de cita. Pero con Julian aquello era imposible.

Julian no nos invitó a subir a su despacho. Esperamos a que subiera por el sendero, y cuando llegó a la puerta trasera del Ateneo y se dio la vuelta, lo saludamos con la mano. Era la una y media de la tarde.

Nos quedamos un momento en el coche, inmóviles. La amistosa sonrisa de despedida de Francis había desaparecido de su rostro. De pronto se agachó y se golpeó la frente contra el volante, con tanta violencia que me asusté.

—¡Mierda! —gritó—. ¡Mierda! ¡Mierda!

—Lo cogí por el brazo.

—Cállate —le ordené.

—Mierda —se lamentó Francis, echando la cabeza hacia atrás y con las manos en las sienes—. Mierda. Esto es el fin, Richard.

—Cállate.

—Es el fin. Se acabó. Nos meterán entre rejas.

—Cállate —insistí. Curiosamente, su pánico me tranquilizó—. Tenemos que pensar algo.

—Vámonos —dijo Francis—. Podemos llegar a Montreal al anochecer. No nos encontrarán.

—No digas tonterías.

—Podemos quedarnos un par de días en Montreal. Vendemos el coche, luego cogemos un autocar y nos vamos a... Saskatchewan. Al sitio más raro que se nos ocurra.

—Francis, cálmate, por favor. Creo que podremos arreglárnoslas.

—¿Cómo?

—Primero hemos de encontrar a Henry.

—¿A Henry? —Me miró con expresión de sorpresa—. ¿Qué te hace pensar que él puede ayudarnos? Está tan chalado que no sabe ni...

—¿No tiene Henry una llave del despacho de Julian?

—Sí, creo que sí. Por lo menos la tenía.

—¿Lo ves? Buscaremos a Henry y lo traeremos aquí. Ya se le ocurrirá alguna excusa para hacer salir a Julian de su despacho. Y entonces uno de nosotros entrará por la puerta de atrás.

El plan era bueno. Sólo tuvimos un problema: encontrar a Henry. No estaba en su apartamento, y en el Albemarle no vimos su coche.

Regresamos al campus y miramos en la biblioteca; luego volvimos al Albemarle. Esta vez, Francis y yo bajamos del coche y dimos una vuelta por el jardín.

El Albemarle, un antiguo hotel construido en el siglo XIX, era un edificio sombreado y lujoso, con postigos altos y un porche amplio y fresco, pero no era mucho mayor que una casa privada grande.

—¿Has preguntado en conserjería? —inquirí a Francis.

—No servirá de nada. Se han registrado bajo un nombre falso y creo que Henry le contó alguna historia a la recepcionista, porque la otra noche, cuando intenté hablar con ella, no pude sacarle ni una sola palabra.

—¿Hay alguna forma de entrar sin pasar por el vestíbulo?

—No lo sé. Una vez mi madre y Chris se alojaron aquí. En realidad no es un edificio muy grande. Que yo sepa sólo hay una escalera, y para llegar a ella hay que pasar por delante de conserjería.

—¿Y el piso de abajo?

—Me parece que están en uno de los pisos superiores. Camila mencionó algo de subir maletas. Puede que haya una escalera de incendio, pero no sé dónde.

Subimos al porche. Por el balcón vimos un vestíbulo fresco y oscuro; detrás del mostrador de recepción había un hombre de unos sesenta años con las gafas apoyadas en la punta de la nariz; leía un ejemplar del *Bennington Banner*.

—¿Ésa es la persona con la que hablaste? —susurré.

—No. Hablé con su esposa.

—¿Te ha visto alguna vez?

—No.

Abrí la puerta y asomé la cabeza. Luego entré. El recepcionista levantó la vista del periódico y nos miró de arriba abajo con desdén. Era uno de esos jubilados remilgados que tanto abundan en Nueva Inglaterra (se suscriben a revistas de antigüedades y se pasean con esas bolsas de lona que regalan en la televisión pública).

Le dediqué una de mis mejores sonrisas. Detrás del mostrador había un armario con las llaves de las habitaciones dispuestas en hileras, según los pisos. En el segundo piso faltaban tres llaves —2B, 2C y 2E—, y en el tercero sólo una, la 3A.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó mirándonos fríamente.

—¿Puede decirnos si nuestros padres han llegado ya de California? —pregunté.

Se mostró sorprendido. Abrió el libro de registro.

—¿Qué nombre es, por favor?

—Rayburn; señor y señora Rayburn.

—No veo ninguna reserva.

—Creo que no habían reservado habitación.

Me miró por encima de las gafas.

—Generalmente exigimos una reserva, con depósito, con una antelación de por lo menos cuarenta y ocho horas —me explicó.

—No lo consideraron necesario... en esta época del año.

—Pues no le garantizo que cuando lleguen encuentren habitaciones libres —dijo secamente.

Me habría gustado decirle que el hotel estaba prácticamente vacío y que no había gente haciendo cola para entrar, pero volví a sonreír y le dije:

—Bueno, supongo que tendrán que correr ese riesgo. Han llegado al aeropuerto de Albany este mediodía. No creo que tarden mucho.

—Bien, en ese caso...

—¿Le importa que esperemos aquí?

Era evidente que le importaba. Pero no podía decirlo. Asintió, con los labios apretados —pensando sin duda en la monserga sobre procedimientos de reserva de habitaciones que les soltaría a mis padres— y volvió a enfrascarse en la lectura del periódico con un ostentoso ruido de papel.

Nos sentamos en un exiguo sofá Victoriano, el más distante del mostrador.

Francis tenía miedo y no dejaba de mirar alrededor.

—No quiero quedarme aquí —me susurró al oído—. Podría venir la mujer.

—Ese tipo es un antipático, ¿no?

—La mujer es aún peor.

El recepcionista evitaba mirar en nuestra dirección. De hecho, estaba dándonos la espalda. Aflojé la mano en el brazo de Francis:

—Ahora vuelvo —susurré—. Dile que he ido al lavabo.

La escalera estaba alfombrada y conseguí subir sin hacer mucho ruido. Corrí por el pasillo hasta llegar a las habitaciones 2C y 2B.

Dudé un momento y me decidí por la 2C. Llamé. No contestaron. Insistí, esta vez más fuerte. «¡Camila!», dije.

Al final del pasillo, en la 2E, un perro empezó a ladrar. Ésa tampoco, pensé, pero cuando iba a llamar a la tercera puerta, ésta se abrió y una señora ataviada con una falda de golf me preguntó:

—Disculpe, ¿busca usted a alguien?

Curiosamente, había tenido el presentimiento de que estarían en el piso superior. Subí rápidamente el último tramo de escaleras. Por el pasillo me crucé con una desagradable mujer de unos sesenta años —vestido estampado, gafas de cristales gruesos, cara de caniche— que llevaba un montón de toallas dobladas:

—¡Alto ahí! —me ordenó—. ¿Adonde va?

Pero yo ya me había alejado de ella y estaba llamando a la puerta de la habitación 3A.

—¡Camila! —grité—, ¡Soy Richard! ¡Déjame entrar!

Entonces abrió, como una aparición milagrosa: iba descalza y el sol entraba a raudales en la habitación. Se quedó mirándome, sorprendida.

—Hola —dijo—. ¡Hola! ¿Qué haces aquí?

La mujer del recepcionista, que me había seguido, preguntó:

—¿Qué está haciendo usted aquí? ¿Quién es usted?

—No se preocupe —le tranquilizó Camila.

—Déjame entrar —dije casi sin aliento.

Pasé y Camila cerró la puerta. La habitación era bonita: revestimiento de madera de roble, chimenea; en el dormitorio había una sola cama, deshecha...

—¿Está Henry contigo?

—¿Qué ocurre? —Se le encendieron las mejillas—. Se trata de Charles, ¿no? ¿Qué ha pasado?

Charles. Lo había olvidado por completo. Hice lo posible por recobrar el aliento.

—No tengo tiempo de explicártelo. Tenemos que encontrar a Henry. ¿Dónde está?

—En el despacho de Julian —dijo Camila, consultando su reloj.

—¿En el despacho de Julian?

—Sí. ¿Qué ocurre? —insistió al ver mi expresión de desconcierto—. Creo que tenían una cita a las dos.

Bajé corriendo a recoger a Francis antes de que el recepcionista y su esposa tuvieran ocasión de cotejar nuestras versiones.

—¿Qué hacemos? —me preguntó Francis, una vez en el coche—. ¿Lo esperamos fuera?

—Podría escapársenos. Creo que será mejor que uno de nosotros suba a buscarlo.

Francis encendió un cigarrillo. La llama de la cerilla vaciló.

—Puede que no pase nada —dijo—. A lo mejor Henry ha conseguido cogerla.

—No lo sé. —Pero yo había pensado lo mismo. Estaba convencido de que si Henry veía aquella hoja intentaría cogerla, imaginaba que él lo haría mejor que Francis o que yo. Además, Henry era el favorito de Julian; sonaba mal, pero era la verdad. Si se lo proponía, podría coger la carta con el pretexto de entregársela a la policía, de hacer analizar la letra... ¿Quién sabe qué podría ocurrírsele?

Francis me miró de soslayo.

—¿Qué crees que haría Julian —preguntó— si se enterara de esto?

—No lo sé. —Era la verdad. Ante una perspectiva tan impensable, las únicas reacciones que esperaba de Julian eran melodramáticas y poco probables: que sufriera un infarto, que se echara a llorar desconsoladamente.

—No creo que nos delatara.

—No lo sé.

—No puede ser. Julian nos quiere.

Guardé silencio. Independientemente de lo que Julian sintiera por mí, yo le quería y confiaba en él. A medida que mis padres se habían ido distanciando de mí —un proceso iniciado muchos años atrás—, Julian se había convertido en la única figura representante de la benevolencia paternal o de cualquier tipo de benevolencia. Para mí, él era mi único protector.

—Fue un error —dijo Francis—. Tiene que entenderlo.

—Puede ser —dije.

No concebía que Julian lo averiguara, pero al intentar imaginarme a mí mismo explicándole aquella catástrofe a alguien, me di cuenta de que nos costaría menos explicársela a Julian que a cualquier otra persona. Quizá su reacción fuera parecida a la mía, pensé. Quizá considerara aquellos asesinatos como algo triste y extraño, un episodio misterioso y pintoresco («Lo he hecho todo —solía decir Tolstoi para pavonearse—; hasta matar a un hombre»), en lugar de un acto vil y egoísta, que es lo que era en realidad.

—¿Recuerdas lo que solía decir Julian? —preguntó Francis.

—¿Qué?

—Que un santo hindú podía liquidar a mil soldados en una batalla sin que fuera pecado, a no ser que sintiera remordimientos.

Se lo había oído a Julian, pero nunca había entendido lo que quería decir.

—Nosotros no somos hindúes —dije.

—*Richard* —dijo Julian con un tono que me daba la bienvenida y a la vez sugería que lo había cogido en un mal momento.

—¿Está Henry? Tengo que hablar con él.

—Julian me miró con sorpresa.

—Sí, cómo no —dijo, y me abrió la puerta.

Henry estaba sentado a la mesa donde dábamos las clases de griego. La silla de Julian estaba junto a la suya. Sobre la mesa había otros papeles, pero lo que Henry tenía delante era la carta.

—¿Puedo hablar contigo, Henry?

—Sí, claro —contestó fríamente.

Me di la vuelta para salir al pasillo, pero él no me siguió. Evitaba mirarme a lo ojos. «Maldita sea», pensé. Henry creía que yo quería retomar la conversación que habíamos interrumpido en el jardín.

—¿Puedes salir un momento? —insistí.

—¿Qué pasa?

—He de decirte algo.

—Henry enarcó una ceja:

—¿A qué te refieres? ¿Tienes que contarme algo *en privado*? Me habría gustado estrangularlo. Julian, cortésmente, fingía no oír nuestro diálogo, pero aquello despertó su curiosidad. Estaba de pie detrás de su silla, esperando.

—Lo siento —dijo—. Espero que no sea nada grave. ¿Me voy?

—No, no, Julian —dijo Henry, mirándome a mí—. No hace falta que te molestes.

—¿Va todo bien? —me preguntó Julian.

—Sí, desde luego —le dije—. Sólo quiero hablar con Henry un momento. Se trata de algo importante.

—¿No puede esperar? —preguntó Henry.

La carta, abierta, permanecía sobre la mesa. Horrorizado, vi que Henry la hojeaba lentamente, como si fuera un libro, fingiendo examinar las páginas una a una. No había reparado en el membrete.

—Es urgente, Henry. He de hablar contigo *ahora mismo.*

El tono de mi voz lo impresionó. Se dio la vuelta y me miró fijamente —ahora los dos me miraban fijamente—, y al hacerlo le dio también la vuelta a la página que tenía en la mano. El corazón me dio un vuelco. Allí estaba la hoja del Excelsior, con el membrete hacia arriba, encima de la mesa. Un palacio blanco dibujado con tinta azul.

—Está bien —accedió Henry. Y luego se dirigió a Julian—: Lo siento, volvemos en seguida.

—De acuerdo —dijo Julian, serio y preocupado—. Espero que no sea nada grave.

Me habría echado a llorar. Había conseguido que Henry me prestara atención, pero ahora ya no servía de nada. La hoja yacía sobre la mesa.

—¿Qué pasa? —dijo Henry, clavándome los ojos con recelo.

Julian también se había quedado mirándome. La carta permanecía entre ellos dos, a la vista de Julian. Con sólo agachar la cabeza la vería.

Le lancé una rápida mirada a la carta y luego miré a Henry. Henry lo entendió al instante y se dio la vuelta, sin precipitarse pero deprisa. Pero no lo suficientemente deprisa: Julian miró hacia abajo, distraídamente, como si hubiera tenido una ocurrencia tardía.

Un espantoso silencio se apoderó de nosotros. Julian se inclinó y contempló el membrete. Luego cogió la hoja y la examinó. *Excelsior. Via Veneto.* Almenas azules. Me sentí extrañamente liviano y casquivano.

Julian se puso las gafas y se sentó. Examinó cuidadosamente la cuartilla por ambas caras. Oí débiles risas de niños procedentes del exterior. Finalmente dobló la carta y se la metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Vaya —dijo—. Vaya, vaya, vaya.

Como siempre suele ocurrir en los prolegómenos de las desgracias de la vida, yo no estaba preparado para aquella situación. Y no sentía miedo ni arrepentimiento, sino una terrible y aplastante humillación, una espantosa e insoportable vergüenza que no había sentido desde la infancia. Pero lo peor fue ver a Henry, y darme cuenta de que él sentía lo mismo que yo, y más intensamente si cabe. Lo odiaba —estaba tan furioso que lo habría matado—, pero no estaba preparado para verlo así.

Nadie dijo nada. Había motas de polvo suspendidas en un rayo de sol. Pensé en Camila, que estaba en el Albemarle; en Charles, en el hospital; y en Francis, que esperaba confiadamente en el coche.

—Julian —dijo Henry—, puedo explicártelo.

—Pues hazlo —repuso Julian.

Su voz me dejó helado. Henry y él tenían en común una marcada frialdad —a veces, en su presencia te daba la impresión de que bajaba la temperatura—, pero yo siempre había considerado la frialdad de Henry como esencial e intrínseca, y la de Julian como una máscara de una naturaleza que en el fondo era cordial y cariñosa. Pero el brillo que entonces vi en la mirada de Julian era mecánico, mortal. Parecía haberse desprendido de su disfraz de cordialidad, mostrándose por primera vez cómo era en realidad: no un viejo sabio bondadoso, el indulgente y protector padre de mis sueños, sino un ser ambiguo, amoral, cuyas engañosas trampas ocultaban a un personaje implacable, caprichoso y cruel.

Henry empezó a hablar. Me resultaba tan doloroso oírlo —se le trababa la lengua; ¡a Henry!— que ni siquiera reparé en lo que decía. Empezó intentando justificarse, desde luego, pero la severa mirada que acompañaba el silencio de Julian pronto descalificó sus palabras. Y luego —todavía me estremezco al recordarlo— su voz adquirió una nota desesperada, suplicante.

—No me gustaba tener que mentir. —¡No le gustaba!, como si estuviera hablando de una corbata fea, o de una cena aburrida—. No teníamos *intención* de mentirte, pero no podíamos hacer otra cosa. El primero fue un accidente; no tenía sentido molestarte, ¿no te parece? Y luego, con Bunny... últimamente no era muy feliz. Estoy

seguro de que lo sabes. Tenía muchos problemas personales, problemas con su familia...

No paraba de hablar. Julian seguía sumido en un silencio sepulcral. Empecé a notar un molesto zumbido en la cabeza. «¡No lo soporto! —pensé—; tengo que marcharme», pero Henry seguía hablando, y yo seguía allí de pie, cada vez más enfermo de oír la voz de Henry y de ver la expresión de Julian.

No pude soportarlo más. Finalmente me volví para marcharme. Julian me vio e interrumpió a Henry bruscamente.

—Basta —dijo.

Hubo una desagradable pausa. Lo miré. «Ya está —pensé, con una especie de horror fascinado—. Ya no quiere oír más. No quiere quedarse a solas con él.»

Julian se metió la mano en el bolsillo. La expresión de su rostro era inescrutable. Sacó la carta y se la dio a Henry.

—Será mejor que guardes esto —le dijo.

No se levantó de la silla. Henry y yo nos marchamos del despacho sin pronunciar palabra. Ahora que lo pienso, resulta gracioso. Fue la última vez que lo vi.

En el pasillo, Henry y yo guardamos silencio. Salimos despacio, esquivando mutuamente nuestras miradas, como extraños. Mientras yo bajaba por la escalera él se detuvo junto a la ventana del rellano, mirando sin ver.

Al verme, Francis se asustó.

—Oh, no —dijo—. Dios mío. ¿Qué ha pasado?

Tardé unos momentos en contestarle:

—Julian la ha visto.

—*¿Qué?*

—Ha visto la cuartilla. Ahora la tiene Henry.

—¿Cómo ha conseguido cogerla?

—Se la dio Julian.

—Francis estaba alborozado:

—¿Que se la ha dado? ¿Que le ha dado la carta a Henry?

—Sí.

—¿Y no dirá nada a nadie?

—No, no lo creo.

El pesimismo de mi voz lo desconcertó.

—¿Pero qué ocurre? —preguntó con tono estridente—. La tenéis, ¿no? No pasa nada. Ya está arreglado, ¿no?

Me quedé contemplando la ventana del despacho de Julian.

—No. No lo creo.

Hace años escribí en una libreta: «Una de las cualidades más atractivas de Julian es su incapacidad de ver a alguien, o algo, objetivamente.» Y debajo, con otra tinta: «Quizás ésa es precisamente una de mis cualidades más atractivas (?).»

Siempre me ha resultado difícil hablar de Julian sin fantasear sobre él. En muchos sentidos yo lo apreciaba más que a los otros, y con él me siento tentado a embellecer, a recrear, a perdonar al fin y al cabo. Creo que eso se debe a que Julian continuamente recreaba a la gente que lo rodeaba y los sucesos que ocurrían, atribuyendo bondad, sabiduría, valor o encanto a acciones que no contenían nada semejante. Ésa era una de las razones por las que yo lo apreciaba: por la subjetividad con que me veía, por la persona en que me convertía cuando estaba con él, por lo que él me permitía ser.

Ahora podría inclinarme fácilmente hacia el extremo opuesto, decir que el secreto del encanto de Julian consistía en que se relacionaba con jóvenes que anhelaban ser mejores que los demás, que tenía un don especial para convertir los sentimientos de inferioridad en sentimientos de superioridad y arrogancia. También podría decir que no lo hacía por motivos altruistas, sino egoístas, para satisfacer sus propios impulsos. Y podría extenderme en esta dirección sin faltar a la verdad. Pero de todos modos eso

no explicaría la magia de su personalidad ni por qué sigo sintiendo —incluso a la luz de los acontecimientos posteriores— un intenso deseo de verlo tal como lo vi la primera vez: como el sabio anciano que se me apareció en una carretera vacía, con la tentadora oferta de hacer realidad todos mis sueños.

Pero esos bondadosos y ancianos caballeros con sus fascinantes ofertas no siempre son lo que aparentan, ni siquiera en los cuentos de hadas. Tendría que aceptarlo sin más, pero me cuesta, no sé por qué. Daría cualquier cosa por poder decir que el rostro de Julian se contrajo cuando se enteró de lo que habíamos hecho. Me gustaría poder decir que apoyó la frente sobre la mesa y se echó a sollozar, a sollozar por Bunny, por nosotros, por los errores cometidos y por la vida perdida; a sollozar por él mismo, por estar tan ciego, por haberse negado a ver una y otra vez.

Y el caso es que, pese a no ser cierto, tuve la extraña tentación de decir que Julian había hecho esas cosas.

George Orwell —sagaz observador de lo que ocultan las fachadas sociales o de otro tipo— conocía a Julian, y no le caía bien. Le escribió lo siguiente a un amigo suyo: «Al conocer a Julian Morrow, tienes la impresión de que es un hombre extraordinariamente simpático y cariñoso. Pero creo que lo que tú llamas su serenidad asiática no es otra cosa que la máscara de una gran frialdad. Siempre te devuelve la expresión que tú muestras en tu rostro, creando una ilusión de cariño y profundidad, cuando en realidad es quebradizo y superficial, como un espejo. Acton —al parecer se trata de Harold Acton, que también estaba en París entonces y era amigo de Orwell y de Julian— no está de acuerdo. Pero yo creo que no es una persona digna de confianza.»

He pensado mucho en este pasaje, y también en un comentario de Bunny particularmente atinado: «Julian pertenece a la clase de personas que se come los bombones que más le gustan y deja el resto en la caja.» A primera vista parece una frase enigmática, pero lo cierto es que no se me ocurre ninguna metáfora mejor para describir la personalidad de Julian. Se parece a un comentario que hizo Georges Laforgue en cierta ocasión en que yo ensalzaba a Julian: «Julian —dijo secamente— nunca será un erudito de primera fila, porque sólo sabe ver las cosas con mentalidad selectiva.»

Yo expresé mi desacuerdo enérgicamente y pregunté qué había de malo en que uno centrara toda su atención sólo en dos cosas, si esas dos cosas eran el Arte y la Belleza, y Laforgue me contestó: «No hay nada de malo en el amor a la Belleza. Pero la Belleza, salvo que vaya ligada a algo más significativo, siempre es superficial. El problema no radica en que tu amigo Julian decida centrarse únicamente en ciertas cosas muy elevadas, sino en que ha decidido ignorar otras igualmente importantes.»

Es curioso. En los primeros borradores de este libro he luchado contra la tendencia de sentimentalizar a Julian, de falsificarlo y presentarlo como un santo de modo que nuestra veneración hacia él resultase justificada y mi fatal tendencia a convertir en buena a la gente interesante pasara inadvertida. Antes dije que Julian era perfecto, pero no lo era; en ocasiones era tonto y vacío, y a menudo cruel; no obstante, y precisamente por eso, nosotros lo apreciábamos.

Charles salió del hospital al día siguiente. Francis insistió en que pasara unos días en su casa, pero él se empeñó en volver a su apartamento. Tenía las mejillas hundidas, había adelgazado mucho y necesitaba un buen corte de pelo. Estaba triste y deprimido.

No le contamos lo que había ocurrido.

Yo sentía lástima por Francis. Lo veía preocupado y disgustado por la hostilidad que mostraba Charles.

—¿Te apetece ir a comer algo? —le preguntó.

—No.

—Venga, hombre. Vamos a la Brasserie.

—No tengo hambre.

—Nos lo pasaremos bien. Te compraré una de esas pastas que tanto te gustan.

Fuimos a la Brasserie. Eran las once de la mañana. Por casualidad, el camarero nos condujo a la mesa en que Francis y yo nos habíamos sentado con Julian sólo veinticuatro horas antes. Charles apartó el menú y pidió dos Bloody Marys. Se los bebió de un tirón. Luego pidió otro.

Francis y yo, inquietos, dejamos los tenedores y nos miramos.

—Charles —dijo Francis—, ¿no te apetece una tortilla o algo así?

—Te he dicho que no tengo hambre.

Francis cogió el menú y le echó una ojeada rápida. Luego llamó al camarero.

—He dicho que no tengo hambre, *mierda* —dijo Charles sin levantar la vista. Le costaba sujetar el cigarrillo con el índice y el pulgar.

Después de aquello ninguno de los tres dijo gran cosa. Terminamos la comida y pedimos la cuenta. Mientras tanto, Charles se había bebido el tercer Bloody Mary y había pedido el cuarto. Luego tuvimos que ayudarlo a llegar al coche.

Llegó el lunes y, aunque no me apetecía mucho, asistí a clase de griego. Henry y Camila llegaron por separado, supongo que por si Charles decidía aparecer. Pero no lo hizo, gracias a Dios. Henry estaba adormilado y muy pálido. Miraba por la ventana, sin prestarnos atención ni a Francis ni a mí.

Camila parecía nerviosa; quizá el comportamiento de Henry la hacía sentirse incómoda. Estaba ansiosa por saber de Charles y nos hizo varias preguntas, pero no obtuvo respuesta. Pasaron diez minutos, y luego quince.

—Julian nunca se retrasa tanto —comentó Camila, consultando su reloj.

De pronto, Henry se aclaró la garganta. Su voz sonó ronca y extraña, como si llevara mucho tiempo sin hablar.

—No vendrá —dijo.

Lo miramos.

—¿Qué? —dijo Francis.

—Hoy no creo que venga.

En ese momento oímos unos pasos y llamaron a la puerta. No era Julian, sino el decano. Abrió la puerta y se asomó.

—Vaya, vaya —dijo. Era un hombre de unos cincuenta años, con calva incipiente y fama de impertinente—. Así que éste es el santuario secreto. El sanctasanctórum. Nunca me habían dejado subir aquí.

Lo miramos.

—No está mal —dijo—. Recuerdo que hace unos quince años, antes de que se construyera el edificio nuevo de ciencias, hubo que alojar a varios asesores aquí. Había una psicóloga que siempre dejaba su puerta abierta, porque creía que eso creaba una atmósfera más agradable. «Que tenga un buen día», le decía a Julian cada vez que él pasaba por delante de su despacho. Y Julian llamó a Manning Williams, mi feroz predecesor, y le amenazó con marcharse si no la trasladaban. —Chascó la lengua y añadió—: «Esa espantosa mujer.» Así la llamaba. «No soporto que esa espantosa mujer me aborde cada vez que paso por delante de su despacho.»

No era la primera vez que oía aquella historia, y el decano no lo había dicho todo: la psicóloga, además de dejar su puerta abierta, también pretendía que Julian hiciera lo mismo.

—A decir verdad —continuó el decano—, me esperaba algo un poco más clásico. Lámparas de aceite, lanzamiento de disco, jóvenes desnudos luchando por el suelo.

—¿Qué quiere? —le preguntó Camila con cierta brusquedad.

El decano hizo una pausa y le dirigió una sonrisa zalamera.

—He venido a hablar con vosotros —dijo—. Acabo de saber que Julian ha tenido que marcharse de la escuela repentinamente. Ha solicitado un permiso indefinido y no sabe cuándo regresará. Huelga decir —añadió con delicioso sarcasmo— que eso os pone a vosotros en una situación ciertamente interesante en términos académicos, sobre todo teniendo en cuenta que sólo faltan tres semanas para que finalice el curso. Tengo entendido que Julian no acostumbraba hacer exámenes escritos, ¿me equivoco?

Nos quedamos mirándolo.

—¿Hacíais trabajos? *¿Cantabais canciones?* ¿Cómo determinaba Julian la nota final?

—Hacíamos un trabajo y un examen oral de civilización —respondió Camila. Era la única lo bastante serena para hablar—. Y para las clases de redacción, una traducción del inglés al griego, de un pasaje elegido por él.

El decano fingió reflexionar sobre aquello. Luego tomó aliento y dijo:

—El problema al que os enfrentáis, y estoy seguro de que ya lo sabéis, es que en este momento no disponemos de ningún profesor que pueda ocuparse de vuestra clase. El señor Delgado tiene conocimientos de griego y podría corregir vuestros trabajos escritos, pero este año tiene mucho trabajo. Julian no nos ha facilitado las cosas a este respecto. Le pedí que me sugiriera algún suplente, pero dijo no conocer a ninguno.

Sacó un trozo de papel de su bolsillo.

—He pensado en tres posibilidades. La primera, que terminéis el curso el otoño que viene. Pero no estoy seguro de que el departamento de lengua y literatura esté dispuesto a contratar a otro profesor de clásicas. La asignatura tiene muy poca aceptación y la opinión general es que debería suprimirse, sobre todo ahora que intentamos abrir un departamento de semiótica.

Respiró hondo y continuó:

—La segunda, que terminéis el curso asistiendo a clase este verano. Y la tercera, que contratemos temporalmente a un profesor suplente. Quiero que tengáis en cuenta que es bastante improbable que Hampden siga ofreciendo una licenciatura de clásicas. Los que decidáis quedaros con nosotros podréis integraros en el departamento de inglés, aunque me temo que para cumplir los requisitos de ese departamento tendréis que retrasar vuestra graduación un par de semestres. En cualquier caso —agregó, consultando su lista—, estoy seguro de que ya habéis oído hablar de Hackett, la escuela preparatoria masculina. En Hackett se imparten varias asignaturas de clásicas. Esta mañana he hablado con el director, y me ha dicho que no tiene ningún inconveniente en enviarnos a un profesor dos veces por semana para supervisar vuestros trabajos. Es posible que ésta os parezca la mejor opción, pero desde luego no es la ideal, puesto que...

En ese momento Charles entró tambaleándose en el despacho.

Se quedó mirándonos. Es posible que en aquel preciso instante no estuviera teóricamente intoxicado, pero resultaba evidente que lo había estado muy recientemente. Llevaba los faldones de la camisa colgando, y unos largos y sucios mechones de cabello le tapaban la frente.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Dónde está Julian?

—¿No sabes llamar a la puerta? —le preguntó el decano.

Charles se giró, vacilante, y lo miró.

—¿Qué es esto? ¿Quién demonios es usted?

—Soy el decano de esta institución —dijo el decano dulcemente.

—¿Qué ha pasado con Julian?

—Os ha dejado. Y me atrevería a decir que en la estacada. Ha tenido que marcharse repentinamente y no sabe cuándo volverá. Me dio a entender que tenía relación con el Departamento de Estado, con el gobierno de Isram y todo eso. Creo que es un milagro que no hayamos tenido más problemas de este tipo, a raíz de la estancia de la princesa en Hampden. En situaciones así uno sólo tiene en cuenta el prestigio de un alumno como ella, y no se para a pensar en las posibles consecuencias. Aunque he de admitir que no se me ocurre qué pueden querer de Julian las autoridades de Isram. El Salman Rushdie de Hampden. —Chascó la lengua y volvió a consultar su lista—. En fin. He hablado con el profesor de Hackett. Vendrá a veros mañana a las tres de la tarde. Espero que nadie tenga problemas de horario. En cualquier caso, os agradecería que reconsideréis vuestras prioridades, ya que será vuestra única oportunidad para...

Camila llevaba más de una semana sin ver a Charles, y desde luego no estaba preparada para verlo en aquel estado, pero se quedó mirándolo no con expresión de sorpresa, sino de pánico y horror. Hasta Henry parecía sorprendido.

—... y desde luego, esto también exigirá cierto compromiso de vuestra parte, porque...

—¿Qué dice? —le interrumpió Charles—. ¿Que Julian se ha ido?

—Permítame que le felicite, joven, por su dominio del idioma.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha marchado así, sin más?

—Sí; a fin de cuentas, sí.

Charles reflexionó un momento y luego se dirigió a Henry, con voz alta y clara:

—Henry, no sé por qué, pero me huele que todo esto es culpa tuya.

Hubo un largo e incómodo silencio. Finalmente, Charles se dio la vuelta y salió a toda prisa dando un portazo. El decano se aclaró la garganta:

—Como os iba diciendo...

He de admitir que en aquellos momentos la conciencia de haber arruinado mi carrera en Hampden todavía me produjo disgusto.

Cuando el decano habló de aquellos dos semestres extra se me congeló la sangre. Yo tenía muy claro que no conseguiría que mis padres contribuyeran para pagar otro año de estudios. Ya había perdido bastante tiempo con mis tres cambios de especialidad y con el traslado de California, y todavía perdería más si volvía a pedir un traslado. Y eso, suponiendo que consiguiera entrar en otra universidad y que me concedieran otra beca, dado mi historial y mis notas, que dejaban mucho que desear. Me preguntaba cómo podía haber sido tan estúpido, por qué no sabía elegir algo y llevarlo adelante, cómo era posible que estuviera a punto de acabar mi tercer curso de universidad y que no me hubiera servido de nada.

Lo que más me molestaba, era que a los demás no parecía importarles. Desde luego, para ellos aquello no significaba nada. No les preocupaba tener que hacer un curso más, ni siquiera no poder graduarse o tener que volver a casa. Por lo menos tenían casas a las que ir. Disponían de rentas, subsidios, dividendos, abuelas chochas, tíos con influencias, familias que los querían. La universidad no era más que un apeadero, una especie de distracción. Pero para mí era una gran oportunidad, la única. Y la había desperdiciado.

Pasé dos horas paseándome frenéticamente por mi habitación —que en realidad no era «mía»; tendría que abandonarla dentro de tres semanas, y ya estaba adquiriendo un cruel aire de impersonalidad— y redactando un memorándum para la oficina de ayudas financieras. La única forma de acabar mi licenciatura —y la única forma de que en el futuro consiguiera un medio de vida mínimamente decente— era que Hampden accediera a hacerse cargo del coste de mi educación durante aquel año adicional. Señalé, con cierta agresividad, que yo no tenía la culpa de que Julian hubiera decidido marcharse. Anoté todos y cada uno de los irrisorios premios y recomendaciones que había conseguido desde octavo grado. Argumenté que con un año más de clásicas reforzaría y enriquecería mis conocimientos de literatura inglesa.

Una vez concluido mi alegato, me dejé caer en la cama y me dormí. Desperté a las once, hice algunas rectificaciones y fui al estudio de la biblioteca para pasarlo a máquina. De camino me detuve en la oficina de correos, donde tuve la grata sorpresa de encontrar una nota en que se me comunicaba que me habían asignado el empleo de Brooklyn, y que el catedrático quería entrevistarse conmigo la semana siguiente para hablar de mi programa. «Bien, el verano ya está solucionado», pensé.

Hacía una noche magnífica; había luna llena, la pradera parecía de plata y las fachadas de los edificios proyectaban sombras negras y geométricas asombrosamente nítidas. La mayoría de las habitaciones tenía las luces apagadas: todo el mundo se había ido a dormir pronto. Crucé el jardín hacia la biblioteca; más allá de los árboles vi las amarillentas luces del estudio —«La Casa del Eterno Saber», como Bunny lo había llamado en una ocasión— en el piso superior. Subí por la escalera exterior —de hierro,

como una escalera de incendios, como la de mi pesadilla—; de no haber estado tan distraído, el ruido de mis pasos me habría hecho temblar de miedo.

Vi a alguien a través de la ventana. Era Henry. Llevaba traje oscuro y estaba sentado delante de un montón de libros, pero no estaba trabajando. Recordé, no sé por qué, la noche de febrero en que lo vi de pie entre las sombras bajo las ventanas del despacho del doctor Roland, oscuro y solitario, con las manos en los bolsillos de su abrigo y la nieve cayendo entre las farolas.

Entré.

—Hola, Henry. Soy yo.

Me habló sin darse la vuelta:

—Acabo de llegar de casa de Julian.

Me senté.

—¿Y bien?

—Está cerrada a cal y canto. Se ha marchado.

Hubo un largo silencio.

—Me cuesta mucho creer que haya hecho esto. —La luz se reflejaba en los cristales de sus gafas. Tenía el cabello muy brillante y negro, y el semblante pálido—. Lo considero un cobarde. Por eso se ha ido. Porque tenía miedo.

Las persianas estaban abiertas. Un viento húmedo agitaba las ramas de los árboles. Las nubes pasaban, veloces, por delante de la luna.

Henry se quitó las gafas. Yo no estaba habituado a verlo sin ellas, a ver aquella mirada desnuda y vulnerable.

—Es un cobarde —añadió—. En nuestra situación, él habría hecho exactamente lo mismo que nosotros. Pero es demasiado hipócrita para admitirlo.

Guardé silencio.

—Ni siquiera le importa que Bunny esté muerto. Si fuera eso lo que le hace sentir así, lo entendería, pero no se trata de eso. Le tendría sin cuidado que hubiéramos matado a una docena de personas.

Lo único que le importa es no verse mezclado. Básicamente, eso es lo que me dijo anoche cuando hablé con él.

—¿Fuiste a verlo?

—Sí. No me esperaba que su reacción fuera tan egoísta. Si por lo menos nos hubiera delatado, habría demostrado cierto carácter. Pero no, no es más que cobardía. Escapar así.

Pese a todo lo ocurrido, la amargura y la decepción de su voz me llegaron al alma.

—Henry... —Quería decir algo profundo: que Julian era un ser humano, que era viejo, que la carne es débil y que llega un momento en que tienes que dejar atrás a tus maestros. Pero fui incapaz de pronunciar palabra.

Henry me miró sin verme.

—Lo quería más que a mi propio padre —dijo—. Lo quería más que a nadie en este mundo.

El viento soplaba con fuerza. Una fina lluvia repiqueteaba en el tejado. Continuamos largo rato sentados allí, en silencio.

Al día siguiente, a las tres, fui a conocer al nuevo profesor.

Al entrar en el despacho de Julian me llevé una sorpresa: estaba completamente vacío. Los libros, las alfombras, la gran mesa redonda... todo había desaparecido. Lo único que quedaba eran las cortinas y un grabado japonés que Bunny le había regalado a Julian. Camila, Francis y Henry estaban allí. Éste permanecía de pie junto a la ventana haciendo todo lo posible para ignorar al extraño.

El profesor había traído unas cuantas sillas del comedor. Era un hombre de unos treinta años, rubio y de cara redonda. Llevaba tejanos y un jersey de cuello vuelto. Tenía las manos rosáceas y en una de ellas brillaba una alianza; había también un patente olor a loción de afeitar. «Bienvenido —me dijo, y se adelantó para darme la

mano. Identifiqué, en su voz, el entusiasmo y la condescendencia de la gente acostumbrada a trabajar con adolescentes—. Me llamo Dick Spence. ¿Y tú?»

Fue una hora de pesadilla. La verdad es que no tengo ánimos para describirlo: su tono condescendiente (nos dio una página del Nuevo Testamento y dijo: «No espero que lo entendáis *todo,* por descontado; basta con que captéis el sentido») se fue transformando gradualmente en sorpresa («¡Vaya! ¡Bastante bien!») y en defensiva («Hacía tiempo que no veía estudiantes de este nivel»), para convertirse finalmente en desconcierto. Era el capellán de Hackett, y su griego, que había aprendido en el seminario, hasta a mí me resultaba elemental. Era de esos profesores de lengua que se basan en la nemotecnia *(«Agathon.* ¿Sabéis cómo recuerdo yo esa palabra? *Por Agatha* Christie.») La cara de desprecio de Henry era absolutamente indescriptible. El resto de nosotros guardábamos silencio y nos tragábamos nuestra humillación. Y para colmo, Charles entró dando trompicones, borracho, veinte minutos después de que comenzara la clase. Con su aparición se repitió la patética escena de las presentaciones («¡Bienvenido! Me llamo Dick Spence, ¿y tú?»), y aunque parezca inaudito, también el comentario sobre Agatha Christie.

Henry, con bastante frialdad y en un elegante griego ático, dijo «Sin tu paciencia, queridísimo amigo, nos revolcaríamos en la ignorancia como cerdos en una pocilga »

Al terminar la clase («¡Bien! ¡Creo que nos hemos quedado sin tiempo!», exclamó el profesor tras consultar su reloj), salimos los cinco en fila, en solemne silencio.

—Bueno, sólo quedan dos semanas —se consoló Francis una vez fuera.

Henry encendió un cigarrillo y dijo:

—Yo no vendré más.

—Sí —dijo Charles con sarcasmo—. Así se enterará.

—Pero Henry —intervino Francis—, no puedes hacer eso.

Henry le dio una calada al cigarrillo.

—Claro que puedo.

—Dos semanas. Y ya está.

—Pobre tipo —dijo Camila—. Hace lo que puede.

—Pero *a él* no le basta —dijo Charles— ¿Qué coño esperabas? ¿Que trajeran a Richmond Lattimore?

—Henry, si no vas a clase te suspenderán —insistió Francis —No me importa

—*Él* no tiene por qué coño estudiar —dijo Charles—. *Él* puede hacer lo que le dé la gana ¿Qué coño le importa que le suspendan? Su padre le seguirá enviando el cheque cada mes.

—No vuelvas a decir «cono» —dijo Henry sin levantar la voz, pero imperioso.

—¿Que no diga «coño»? ¿Pero qué pasa, Henry? ¿Nunca habías oído esa palabra? ¿No es eso lo que tocas a mi hermana todas las noches?

Una vez, cuando era pequeño, vi a mi padre pegar a mi madre sin ningún motivo. A veces también me lo hacía a mí, pero yo no me daba cuenta de que lo hacía únicamente por malhumor, y creía que sus torpes pretextos («Hablas demasiado», «No me mires así») eran la causa del castigo. Pero el día que le vi pegar a mi madre (porque ella comentó, inocentemente, que nuestros vecinos estaban ampliando la casa; más adelante, él argumentó que mi madre lo había provocado, que le había reprochado que no se ganaba bien la vida, y ella, entre sollozos, le dio la razón) me di cuenta de que la infantil impresión que siempre había tenido de mi padre era equivocada. Mi madre y yo dependíamos completamente de mi padre, que además de ser un ignorante y un iluso, era un inepto en todos los sentidos. Pero mi madre era incapaz de resistírsele. Era como entrar en la cabina de un avión y encontrarse al piloto y al copiloto borrachos e inconscientes. Al salir del Ateneo, un horror terrible e incrédulo se apoderó de mí, un horror parecido al que sentí cuando tenía doce años, sentado en un taburete en nuestra soleada cocinita de Plano «¿Quién está al mando? —pensé, desconsolado—. ¿Quién pilota este avión?»

Y el caso era que Charles y Henry tenían que presentarse ante el tribunal dentro de unos días para solucionar lo del coche de Henry.

Camila estaba muy angustiada. Nunca le temía a nada, pero ahora tenía miedo. Y aunque en cierto modo me alegraba de verla preocupada, no cabía duda de que si Henry y Charles —que cada vez que se encontraban en la misma habitación estaban a punto de llegar a las manos— tenían que presentarse ante el juez y demostrar cooperación y amistad, el resultado no podía ser más que un desastre.

Henry había contratado a un abogado de la ciudad. Camila confiaba en que la intervención de un tercero conseguiría reconciliar aquellas diferencias, y eso le había infundido una pizca de optimismo, pero el día de la citación me llamó por teléfono.

—Richard —me dijo—, tengo que hablar contigo y con Francis.

Me asusté. Cuando llegué al apartamento de Francis lo encontré a él muy afectado y a Camila llorando.

Solo la había visto llorar una vez, de nervios y de cansancio. Pero esto era diferente. Estaba pálida y ojerosa, y en su rostro se adivinaba una profunda desesperación. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—¿Qué pasa, Camila?

No me contestó de inmediato. Se fumó un par de cigarrillos y, poco a poco, fue contando la historia. Henry y Charles habían ido a ver al abogado, y Camila los había acompañado en calidad de pacificadora. Al principio pensó que no pasaría nada. Por lo visto, Henry no había contratado al abogado sólo por altruismo, sino porque el juez ante el que tenían que comparecer tenía fama de ser muy duro con los conductores borrachos y cabía la posibilidad —puesto que Charles no tenía permiso de conducir ni figuraba en el seguro de Henry— de que Henry perdiera su permiso o su coche, o ambas cosas. No obstante, Charles, al que todo aquel asunto lo martirizaba, se había mostrado dispuesto a acompañar a Henry. Y no porque sintiera afecto por Henry, como le dijo a todo el mundo, sino porque estaba harto de que le acusaran de cosas de las que él no tenía la culpa. Si a Henry le retiraban el permiso, se pasaría el resto de sus días recordándoselo.

Pero la entrevista fue una catástrofe. En el despacho, Charles estuvo callado y melancólico. Eso, por sí solo, ya era violento, pero entonces, tal vez excesivamente aguijoneado por el abogado, repentinamente perdió los estribos.

—Tenías que haberlo oído —me explicó Camila—. Le dijo a Henry que no le importaba que le quitaran el coche. Le dijo que no le importaba que el juez los condenara a los dos a cincuenta años de cárcel. Y Henry... bueno, ya te imaginas cómo reaccionó. Estalló. El abogado pensó que se habían vuelto locos. Intentó tranquilizar a Charles, hacerlo razonar. Y Charles le dijo: «No me importa lo que pueda pasarle. Por mí se puede morir. Ojalá se muera.» Me puse tan nerviosa —continuó—, que el abogado los echó de su despacho. Empezaron a abrirse puertas a uno y otro lado del pasillo. Un agente de seguros, un gestor, un dentista... Todos se asomaban para ver qué pasaba. Charles salió dando zancadas y se fue a casa, no sé si andando o en taxi.

—¿Y Henry?

—Estaba furioso —dijo Camila, desesperada—. Cuando iba a salir tras él, el abogado me detuvo y me dijo: «Mira, yo no sé de qué va todo esto, pero es evidente que tu hermano está bastante trastornado. Por favor, intenta hacerle entender que si no se calma tendrá más problemas de los que imagina. Ese juez no se mostrará muy simpático con ellos, ni siquiera si entran en la sala hechos unos corderitos. Probablemente a tu hermano lo obligarán a seguir un programa de desintoxicación, lo cual no sería mala idea, por lo que he podido observar hoy. Pero también es muy probable que el juez lo someta a libertad vigilada, y eso no es tan sencillo como parece. Incluso cabe la posibilidad de que lo metan en la cárcel o de que lo encierren en un centro de desintoxicación de Manchester.»

Camila estaba muy disgustada. Francis había palidecido.

—¿Qué dice Henry? —pregunté a Camila.

—Dice que el coche no le importa. No le importa nada. «Que lo metan en la cárcel», dice.

—¿Tú viste al juez? —me preguntó Francis.

—Sí.

—¿Cómo es?

—Francamente, me pareció bastante severo.

—Francis encendió un cigarrillo.

—¿Qué pasaría —me preguntó— si Charles no se presentara?

—No estoy seguro. Pero imagino que irían a buscarlo.

—¿Y si no lo encontraran?

—¿Qué insinúas?

—Creo que deberíamos llevarnos a Charles —dijo Francis. Estaba nervioso y preocupado—. El curso casi ha terminado. No hay nada que lo retenga aquí. Creo que deberíamos enviarlo a pasar un par de semanas en Nueva York, a casa de mi madre.

—¿Con la manera en que se comporta últimamente?

—¿Te refieres al alcohol? ¿Crees que a mi madre le puede importar? Con ella estará seguro.

—No creo que acepte ir —dijo Camila. —Puedo llevarlo yo mismo —dijo Francis.— ¿Pero y si se escapa? —intervine—. Vermont es una cosa, pero en Nueva York podría meterse en un buen lío.

—De acuerdo —dijo Francis, irritado—. Sólo era una idea. —Se mesó el cabello—. ¿Sabéis lo que podemos hacer? Llevárnoslo al campo.

—¿A tu casa?

—Sí.

—¿Y qué conseguimos con eso?

—Para empezar, será fácil llevarlo. Y una vez allí, ¿qué puede hacer? No tendrá coche. La casa está lejos de la carretera. Y desde allí no puedes pedir un taxi.

Camila le miraba con aire pensativo.

—A Charles le encanta ir al campo —dijo.

—Lo sé —dijo Francis, más contento—. Será muy sencillo. Y no hace falta que lo retengamos allí mucho tiempo. Richard y yo podemos quedarnos con él. Compraré una caja de champán. Haremos que parezca una fiesta.

Charles no abría la puerta. Estuvimos llamando un buen rato, casi media hora. Camila me había dado una llave, pero no queríamos utilizarla a menos que fuera imprescindible. Cuando estábamos a punto de hacerlo, Charles abrió la puerta y se asomó con cautela.

—¿Qué queréis? —nos preguntó. Tenía un aspecto horrible y trastornado.

—Nada —contestó Francis con toda la naturalidad de que fue capaz—. ¿Nos dejas entrar?

Charles nos miró sucesivamente y preguntó:

—¿Habéis venido solos?

—Sí —contestó Francis.

Abrió la puerta y nos dejó entrar. Las persianas estaban cerradas y el piso olía a suciedad. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra vi platos sucios, corazones de manzana y latas de sopa esparcidos por todas partes. Junto a la nevera había una hilera de botellas de whisky.

Una sombra recorrió el mármol de la cocina, esquivando con agilidad las sartenes sucias y los cartones de leche vacíos. «Dios mío —pensé—, ¿una rata?» Pero entonces saltó al suelo, meneando la cola, y vi que era un gato. Nos miró y sus ojos relucieron en la oscuridad.

—La he encontrado en un solar —nos dijo Charles. No le olía el aliento a alcohol, sino a menta, lo que me pareció sospechoso—. Es un poco nerviosa. —Se arremangó la bata y nos enseñó los arañazos que tenía en el brazo.

—Charles —dijo Francis, nervioso, haciendo sonar las llaves del coche—, hemos pasado porque nos vamos al campo. Hemos pensado que nos irá bien airearnos un poco. ¿Te apetece venir?

Charles nos miró con los ojos entrecerrados. Se bajó la manga.

—¿Os envía Henry? —preguntó.

—No, tío, no —dijo Francis, sorprendido.

—¿Seguro?

—Hace varios días que no lo veo.

Charles todavía no estaba convencido.

—Ni siquiera hemos hablado con él —dije.

Charles me miró. Tenía los ojos vidriosos y un poco hinchados.

—Hola, Richard —me dijo.

—Hola.

—¿Sabes una cosa? Siempre me has caído bien.

——Tú a mí también.

—Tú no serías capaz de engañarme, ¿verdad?

—Claro que no.

Señaló a Francis y añadió:

—Porque sé muy bien que *él* sí.

Francis abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Era como si acabaran de darle una bofetada.

—Me parece que subestimas a Francis —le dije con suavidad. Los otros solían cometer el error de intentar razonar con él de una forma metódica y agresiva, cuando lo único que él necesitaba era que lo tranquilizaran, como si fuera un niño pequeño—. A Francis le caes muy bien. Es amigo tuyo. Como yo.

—¿Como tú?

—Sí, claro.

Cogió una silla de la cocina y se sentó. La gata se acercó y empezó a enroscarse en sus tobillos.

—Tengo miedo —dijo Charles con voz ronca—. Temo que Henry me mate.

Francis y yo nos miramos.

—¿Por qué? —dijo Francis—. ¿Por qué querría matarte?

—Porque le estorbo. —Nos miró—. Es capaz. Os lo aseguro. —Señaló un envase de medicamentos, sin etiqueta, que había sobre el mármol—. ¿Veis eso? Me lo dio Henry hace un par de días.

Lo cogí. Reconocí, horrorizado, el Nembutal que yo mismo había robado en casa de los Corcoran para Henry.

—No sé qué es —dijo Charles, retirándose el sucio cabello de los ojos—. Me dijo que me ayudaría a dormir. Y lo necesito. Pero no lo voy a tomar.

Le pasé el envase a Francis. Lo miró, y luego me miró a mí con espanto.

—Y son cápsulas —añadió Charles—. No puedo saber lo que contienen.

Pero eso ni siquiera hacía falta —recordaba haberle insistido a Henry acerca de lo peligroso que podía ser mezclar aquel medicamento con alcohol

—Lo he visto merodeando por aquí de noche —continuó Charles— No sé qué se propone

—*¿A Henry?*

—Sí. Pero si intenta hacerme algo, cometerá un grave error.

Llevarlo al coche no nos costó tanto como habíamos imaginado.

Estaba aturdido, paranoico, y nuestra solicitud lo consolaba. Nos preguntó repetidamente si Henry sabía a dónde íbamos.

—¿Seguro que no habéis hablado con él?

—No —insistimos—. De verdad que no.

Se empeñó en llevarse la gata. Nos costó mucho trabajo cogerla —Francis y yo tuvimos que perseguirla por la cocina, haciendo caer platos al suelo, intentando acorralarla tras el calentador mientras Charles permanecía de pie repitiendo cosas como «Ven, gatita guapa». Al final, desesperado, la agarré de una pata trasera, negra y flacucha —el animal se retorció y me clavó los dientes en el brazo—, y conseguimos envolverla en un pequeño mantel de forma que sólo le saliera la cabeza los ojos desorbitados y las orejas pegadas al cráneo. Le dimos el fardo a Charles «Aguántala con firmeza —le iba diciendo Francis en el coche, mirando, nervioso, por el retrovisor— Cuidado, que no se escape .»

Pero se escapó, por supuesto, saltó al asiento delantero y Francis estuvo a punto de salirse de la calzada. Primero se enredó entre los pedales del freno y el acelerador —Francis, espantado, intentaba no tocarla y sacarla de allí a patadas simultáneamente —; y luego se instaló en el suelo, delante de mí, donde tuvo una fuerte diarrea. Finalmente se quedó como en trance, con una mirada feroz y el pelo erizado.

Yo no iba a la casa de campo de Francis desde la semana anterior a la muerte de Bunny. Ahora los árboles del camino estaban cubiertos de hojas y el jardín, de hierba, había abejas zumbando en las lilas. El señor Hatch, que estaba cortando césped, nos saludó desde lejos.

La casa estaba oscura y fresca. Habían tapado los muebles con sábanas, y en el suelo de madera había bolas de polvo. Encerramos a la gata en un lavabo del piso superior y Charles bajó a la cocina «a buscar algo de comida» Volvió con un bote de cacahuetes y un martini doble. Se metió en su habitación y cerró la puerta.

Durante las treinta y seis horas siguientes apenas lo vimos. Permaneció en su habitación comiendo cacahuetes, bebiendo y mirando por la ventana, como el viejo pirata de *La isla del tesoro.* En una ocasión bajó a la biblioteca mientras Francis y yo jugábamos a cartas, pero no quiso unirse a nosotros; estuvo buscando en las estanterías, con indiferencia, y finalmente volvió a subir sin haber escogido ningún libro. Por la mañana bajaba, enfundado en una vieja bata de Francis, a buscar café y se sentaba en el alféizar de la ventana de la cocina, malhumorado, mirando al jardín como si esperara a alguien.

—¿Cuántos días dirías que lleva sin bañarse? —me susurró Francis.

Había perdido todo interés por la gata. Francis le pidió al señor Hatch que comprara comida para gatos, y cada mañana y cada noche iba al baño para darle de comer («Apártate —le oía gritar—. Apártate de mí, demonio») y salía con un papel de periódico arrugado que sostenía lejos de su cuerpo.

El tercer día, hacia las seis de la tarde, Francis estaba en el desván bajando una caja de monedas antiguas que su tía le había dicho que podría quedarse, y yo estaba abajo, echado en el sofá y bebiendo té helado mientras intentaba memorizar el subjuntivo de los verbos irregulares franceses (tenía examen final dentro de unos días). De pronto sonó el teléfono de la cocina. Me levanté para cogerlo.

Era Henry.

—Así que estáis ahí —me dijo

—Sí.

Hubo un silencio largo y crepitante. Finalmente Henry dijo:

—¿Puedes decirle a Francis que quiero hablar con él?

—Ahora no puede ponerse —dije—. ¿Qué quieres?

—Supongo que Charles está con vosotros.

—Mira, Henry... ¿Cómo se te ocurrió darle a Charles aquellos somníferos?

Me respondió con un tono frío y cortante.

—No sé de qué me hablas.

—Sí lo sabes. Los he visto con mis propios ojos.

—¿Te refieres a aquellas cápsulas que me diste?

—Sí

—Si las tiene Charles, debe de haberlas cogido de mi botiquín.

—Dice que tú se las diste. Cree que quieres envenenarlo.

—Eso es una tontería.

—¿Seguro?

—Está con vosotros, ¿no?

—Sí. Lo trajimos anteayer... —No terminé la frase, porque me pareció oír un débil chasquido, como si alguien hubiera descolgado un supletorio.

—Mira —dijo Henry—, os agradecería mucho que lo retuvierais ahí un par de días. Por lo visto, todo el mundo piensa que esto debería guardarse en secreto, pero me

alegro de que me lo hayáis quitado de en medio por unos días. Charles está hecho una Lady Macbeth. Si no comparece ante el tribunal pueden condenarlo en rebeldía, pero no creo que eso sea muy grave.

Me pareció oír a alguien respirar.

—¿Qué pasa? —dijo Henry, súbitamente alarmado.

—Guardamos silencio por un momento.

—¿Charles? —dije—. ¿Eres tú, Charles?

—Charles colgó el auricular.

Subí y llamé a la puerta de Charles. No contestó. Intenté abrir, pero estaba cerrada con llave.

—Déjame entrar, Charles —dije.

No obtuve respuesta.

—No es lo que imaginas, Charles. Henry ha llamado por casualidad. Lo único que he hecho ha sido coger el teléfono.

Charles seguía sin contestar. Continué unos minutos en el pasillo; la luz del sol, dorada, iluminaba el lustroso suelo de roble.

—En serio, Charles, no seas tonto. Henry no puede hacerte ningún daño. Aquí estás completamente a salvo.

—Y una mierda —repuso Charles desde el otro lado de la puerta. No había más que decir. Bajé y volví a concentrarme en los subjuntivos.

Francis me despertó con bastante brusquedad. Debí de quedarme dormido en el sofá, y no sabía qué hora era, pero fuera todavía había luz.

—Richard —me dijo—. Despierta, Richard. Charles se ha marchado.

Me incorporé y me froté los ojos.

—¿Que se ha marchado? ¿Pero adonde?

—No lo sé. No está en la casa.

—¿Estás seguro?

—He mirado en todas partes.

—Tiene que estar por ahí. A lo mejor está en el patio.

—No está.

—Quizá se ha escondido.

—Levántate y ayúdame a buscarlo.

Subí al piso de arriba. Francis salió fuera, y la puerta de tela metálica se cerró de golpe detrás de él.

La habitación de Charles estaba desordenada, y en la mesilla de noche había una botella de ginebra Bombay del bar de la biblioteca, medio vacía. Charles no se había llevado sus cosas.

Inspeccioné todas las habitaciones y luego subí al desván. Pantallas de lámpara y marcos de cuadro, vestidos de fiesta de organdí que el tiempo había amarilleado. Suelo de tablones gastado. Por la portilla que daba a la fachada de la casa entraba un polvoriento rayo de luz.

Bajé por la escalera trasera —de apenas un metro de ancho—, pasé por la cocina y la despensa y salí al porche de atrás. Vi a Francis y al señor Hatch de pie en el camino. Hatch le estaba diciendo algo. Yo nunca había visto a Hatch hablar mucho con nadie, y noté que se sentía muy incómodo. No paraba de pasarse la mano por la calva. Me pareció intimidado, como si se estuviera disculpando.

Esperé a Francis.

—Esto no me gusta nada —me dijo—. Hatch dice que le ha dado las llaves de su camión a Charles hace una hora y media.

—*¿Qué?*

—Dice que Charles le ha dicho que tenía que ir a hacer un recado.

Ha prometido devolver el camión en seguida.

Nos miramos.

—¿Dónde crees que ha ido? —pregunté.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿Crees que se ha largado?

—Eso parece, ¿no?

Volvimos dentro —ahora la casa estaba en penumbra— y nos sentamos junto a la ventana, en un sofá como cubierto con una sábana. El aire, cálido, olía a lilas. Al otro lado del jardín, el señor Hatch intentaba poner de nuevo en marcha la cortadora de césped.

Francis tenía los brazos cruzados sobre el respaldo del sofá, y la barbilla apoyada en los brazos. Estaba mirando por la ventana.

—No sé qué hacer —dijo—. Ha robado un camión.

—A lo mejor vuelve.

—Me da miedo que tenga una avería. O que lo pare la policía. Apuesto a que está borracho. Es lo único que le faltaba, que lo paren por conducir borracho.

—¿Y si fuéramos a buscarlo?

—No sabría por dónde empezar. A estas alturas podría estar en Boston.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Quedarnos sentados esperando a que suene el teléfono?

Primero miramos en los bares: el Farmer's Inn, el Villager, el Boulder Tap y el Notty Pine. El Notch. El Four Squires. El Man of Kent. Hacía una noche agradable y tranquila, y los aparcamientos estaban llenos de camiones, pero ninguno era el del señor Hatch.

Luego fuimos a la bodega, por hacer algo. Los pasillos, relucientes, estaban vacíos. Había llamativos expositores de ron (¡Viaja al Caribe!) que competían con sombrías y medicinales botellas de vodka y ginebra. Un letrero de cartón colgaba del techo anunciando una marca de vino. No había ningún cliente, y el cajero, un viejo gordo con el tatuaje de una mujer desnuda en el antebrazo, estaba hablando con un chico que trabajaba en el supermercado de al lado.

—Y entonces —le oí decir en voz baja al pasar por su lado— el tío saca una escopeta recortada. Emmett estaba aquí, a mi lado, justo donde estoy yo ahora. «No tenemos llave de la caja», le dice. Y el tío aprieta el gatillo y los sesos de Emmett —dijo, acompañándose de gestos— volaron por los aires...

Dimos una vuelta por el campus y pasamos por el aparcamiento de la biblioteca, y luego volvimos a los bares.

—Se ha marchado de la ciudad —dijo Francis—. Estoy seguro.

—¿Crees que Hatch llamará a la policía?

—¿Qué harías tú si el camión fuera tuyo? No creo que haga nada sin consultármelo antes, pero si Charles no ha vuelto mañana por la tarde...

Decidimos ir al Albemarle. El coche de Henry estaba aparcado delante de la puerta. Francis y yo entramos en el vestíbulo con cautela, sin saber qué íbamos a decir al recepcionista, pero afortunadamente no había nadie detrás del mostrador.

Subimos a la 3-A. Camila nos abrió la puerta. Henry estaba con ella; habían llamado al servicio de habitaciones y estaban comiendo. Costillas de cordero y una botella de borgoña. Había un jarrón con una rosa amarilla.

Henry no se alegró de vernos.

—¿Qué queréis? —preguntó, dejando el tenedor en el plato.

—Se trata de Charles —dijo Francis—. Ha desaparecido.

Les contó lo del camión. Yo me senté junto a Camila. Tenía hambre, y las costillas de cordero tenían buen aspecto. Ella vio cómo las miraba y empujó su plato hacia mí distraídamente.

—Ten, come un poco —me dijo.

Acepté la invitación, y me serví un poco de vino. Henry siguió comiendo mientras escuchaba.

—¿Dónde crees que está? —le preguntó a Francis cuando éste acabó su relato.

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa?

—Puedes impedir que Hatch lo denuncie, ¿no?

—Si no devuelve el camión, no. O si lo estropea.

—¿Cuánto puede costar un camión de ésos? De todos modos, supongo que no lo ha comprado él, sino tu tía.

—Eso no tiene nada que ver.

Henry se limpió los labios con la servilleta y cogió un cigarrillo.

—Charles se está convirtiendo en un problema —dijo—. ¿Sabéis qué he estado pensando? Si nos costaría mucho dinero contratar a una enfermera.

—¿Para que deje de beber?

—Sí, claro. Lo que no podemos hacer es internarlo en un hospital.

—Pero si cogiéramos una habitación en un hotel (no en éste, desde luego) y encontráramos a alguien de confianza, quizás alguien que no hablara inglés demasiado bien...

—Pero, Henry, ¿qué quieres hacer? —dijo Camila, desconsolada—. ¿Secuestrarlo?

—Yo no lo llamaría *secuestro.*

—Temo que tenga un accidente. Creo que deberíamos ir a buscarlo.

—Hemos buscado por toda la ciudad —dijo Francis—. No creo que esté en Hampden.

—¿Habéis llamado al hospital?

—No.

—Lo que tendríamos que hacer —opinó Henry— es llamar a la policía. Preguntar si ha habido algún accidente de tráfico. ¿Crees que Hatch accedería a decir que le ha prestado el camión a Charles?

—Es que se lo ha prestado.

—En ese caso —continuó Henry— no tiene por qué haber ningún problema. A no ser que lo paren por conducir borracho, claro.

—O que no lo encontremos.

—Desde mi punto de vista —añadió Henry—, lo mejor que podría hacer Charles ahora mismo es desaparecer de la faz de la tierra.

De pronto oímos unos estrepitosos golpes en la puerta. Nos miramos.

El alivio iluminó el rostro de Camila.

—Charles —dijo—. Es *Charles.* —Se levantó de un salto de la silla y se dirigió hacia la puerta; pero no habíamos cerrado con llave, y antes de que Camila llegara se abrió de golpe.

Era Charles. Se quedó en el umbral, recorriendo la habitación con su mirada de borracho. Me llevé una sorpresa tan grande y me alegré tanto de verlo, que al principio no reparé en que llevaba una pistola en la mano.

Entró y cerró la puerta de una patada. Era la pequeña Baretta que la tía de Francis guardaba en la mesilla de noche, la que en el otoño anterior habíamos utilizado para hacer prácticas de tiro. Lo miramos, estupefactos.

—¿Pero qué haces, Charles? —preguntó Camila al fin, con una voz bastante serena.

—Apártate —le contestó su hermano. Estaba como una cuba. —Así que has venido a matarme... —dijo Henry. Seguía con el cigarrillo en la mano y no parecía muy alterado—. ¿Correcto?

—Sí.

—¿Y crees que con eso vas a solucionar algo?

—Me has arruinado la vida, hijo de puta. —Le apuntaba al pecho. Recordé lo bien que disparaba, y noté que me flojeaban las rodillas.

—No seas idiota —le dijo Henry, y sentí el primer escalofrío de pánico en la nuca. Aquel tono beligerante e intimidador podría haber funcionado con Francis, e incluso conmigo, pero emplearlo con Charles podía resultarle desastroso—. No culpes de tus problemas a los demás.

Iba a decirle a Henry que se callara, pero en ese momento Camila se interpuso entre su hermano y él.

—Charles, dame la pistola —dijo.

Charles se apartó el cabello de los ojos con el antebrazo, mientras sostenía con firmeza la pistola con la otra mano.

—Te lo advierto, Milly —dijo Charles—. Quítate de en medio.

—Charles —intervino Francis. Estaba blanco como el papel—. Siéntate. Toma un poco de vino. Vamos a dejarlo, ¿de acuerdo?

La ventana estaba abierta y entraba el estridente canto de los grillos.

—Eres un hijo de puta —dijo Charles retrocediendo, vacilante. Y entonces me di cuenta, horrorizado, de que no se dirigía a Francis ni a Henry, sino a mí—. Yo confié en ti. Le dijiste a Henry dónde estaba.

No supe qué contestar, y lo miré fijamente. —Yo ya sabía dónde estabas —dijo Henry con frialdad—. Si quieres matarme, mátame. Será la mayor estupidez de tu vida.

—La mayor estupidez de mi vida es escucharte —rectificó Charles.

Todo ocurrió muy deprisa. Charles levantó el brazo, y Francis, que era el que estaba más cerca de él, le arrojó un vaso de vino a la cara. Al mismo tiempo Henry saltó de la silla y se le echó encima. Sonaron cuatro detonaciones sucesivas, como de ametralladora. Con el segundo disparo, oí ruido de cristales rotos. Y con el tercero noté un ardiente pinchazo en el abdomen, a la izquierda del ombligo.

Henry cogió el brazo de Charles y lo levantó al tiempo que le doblaba el tronco hacia atrás; Charles intentó coger la pistola con su mano izquierda, pero Henry le dobló la muñeca y el arma cayó sobre la alfombra. Charles se agachó para cogerla, pero Henry fue más rápido.

Yo todavía estaba de pie. «Me ha dado —pensé—, me ha dado.» Me toqué el vientre. Sangre. Tenía un pequeño orificio, ligeramente chamuscado, en mi camisa blanca. «Mi camisa Paul Smith», pensé, angustiado. Me la había comprado en San Francisco por ciento cuarenta dólares. Notaba un intenso calor en el vientre. Olas de calor que irradiaban del orificio.

Henry había cogido la pistola. Tenía a Charles agarrado por el brazo y se lo dobló a la espalda —Charles se defendía con furia—; le puso el cañón entre los omóplatos y lo apartó de la puerta.

Yo seguía sin entender qué había pasado. «Será mejor que me siente», pensé. ¿Tenía la bala dentro? ¿Me estaba muriendo? Aquella idea me pareció ridícula. Era imposible. Me ardía el vientre, pero estaba muy tranquilo. Siempre había pensado que una herida de bala tenía que doler mucho más. Retrocedí cuidadosamente, hasta que choqué con la silla. Me senté.

Charles intentaba golpear a Henry con el codo del brazo, pero éste lo arrastró por la habitación hasta una silla.

—Siéntate —le ordenó.

Charles se resistió. Henry lo obligó a sentarse. Intentó levantarse otra vez, y Henry le dio una sonora bofetada. Luego se acercó a las ventanas y cerró las persianas, sin dejar de apuntar a Charles.

Me cubrí con la mano el agujero de la camisa Me incliné un poco hacia delante y sentí un dolor intenso. Imaginé que todos se quedarían mirándome, pero nadie lo hizo. Me pregunté si sería conveniente llamar la atención.

Charles tenía la cabeza apoyada en el respaldo. El labio le sangraba y tenía los ojos vidriosos.

Henry se quitó las gafas con un movimiento torpe —sostenía la pistola en la mano derecha— y las frotó contra el pecho. Luego volvió a colocárselas.

—Muy bien, Charles —dijo— Ya la has liado.

Oí ruidos en el piso de abajo pasos, voces, un portazo.

—¿Nos habrán oído? —preguntó Francis, nervioso.

—Supongo que sí —contestó Henry.

Camila se acercó a Charles, que intentó apartarla con un manotazo.

—Apártate de él —dijo Henry.

—¿Qué pensáis hacer con esta ventana? —preguntó Francis.

—¿Qué pensáis hacer *conmigo*? —pregunté yo. Todos se dieron la vuelta— ¡Me ha dado!

Mi comentario no produjo la dramática reacción que había esperado y, antes de que tuviera ocasión de entrar en detalles, oímos pasos en la escalera y llamaron a la puerta.

—¿Qué está pasando? —Reconocí la voz del recepcionista— ¿Qué ocurre ahí dentro?

Francis se tapó la cara con las manos.

—Mierda —dijo.

—¡Abran inmediatamente!

Charles murmuró algo e intentó levantar la cabeza. Henry se mordió el labio. Se acercó a la ventana y miró por una rendija de la persiana.

Luego se dio la vuelta. Todavía sostenía la pistola.

—Ven aquí —le dijo a Camila.

Ella lo miró, horrorizada. Francis y yo hicimos otro tanto. Henry le hizo señas con el brazo con que sostenía la pistola.

—Ven aquí —insistió— Deprisa.

Me sentía mareado «¿Pero qué esta haciendo?», pensé, desesperado.

Camila dio un paso atrás. Lo miró con los ojos muy abiertos, asustada.

—No, Henry —dijo— No.

Henry sonrió.

—¿Me crees capaz de hacerte daño? Ven aquí.

Camila obedeció. Henry le dio un beso en la frente y luego le susurró al oído. Nunca supe qué le dijo.

—Tengo una llave —gritó el recepcionista, que seguía aporreando la puerta.

Empezó a darme vueltas la cabeza. «Idiota —pensé—, no está cerrada.»

Henry volvió a besar a Camila

—Te quiero —le dijo. Y luego exclamó— ¡Entre!

La puerta se abrió. Henry levantó el brazo. «Los va a matar», pensé, aturdido. El recepcionista y su esposa pensaron lo mismo, porque dieron tres pasos y se pararon en seco. Oí gritar a Camila: «¡No, Henry!» Y entonces comprendí lo que Henry iba a hacer, pero era demasiado tarde.

Se encañonó la sien y disparó dos veces Dos secas detonaciones. La cabeza se ladeó hacia la izquierda. Creo que fue el impacto del primer disparo lo que desencadenó el segundo.

Henry esbozó una mueca desencajada. Al abrirse la puerta se había creado una corriente de aire, y las cortinas se adhirieron a la persiana. Luego salieron despedidas hacia dentro otra vez, con una especie de suspiro. Y a Henry, con los párpados muy apretados, se le doblaron las rodillas y cayó ruidosamente sobre la alfombra.

EPÍLOGO

Ay, pobre caballero,
no era su juventud en ruinas,
sino las ruinas de aquellas ruinas.

JOHN FORD, *Corazón acongojado*

Me libré de los exámenes de francés gracias a una excelente excusa, una herida de bala en el vientre.

En el hospital dijeron que había tenido suerte, y supongo que es cierto. La bala pasó rozando la pared intestinal y el bazo, y se instaló a un par de centímetros a la derecha del orificio de entrada. En la ambulancia, tendido boca arriba, veía pasar aquella noche de verano, cálida y misteriosa —niños en bicicleta, mariposas nocturnas alrededor de las farolas— y me preguntaba si aquélla sería la sensación de que cuando estás a punto de morir la vida se acelera. Sangraba mucho, y todas las sensaciones se volvían imprecisas. Encontraba gracioso aquel viaje al mundo de los muertos, el túnel iluminado con un letrero de Shell Oil, de Burger King. El enfermero que iba conmigo en la parte de atrás no era mucho mayor que yo; en el fondo no era más que un crío con acné y un incipiente bigotillo. Era la primera vez que veía una herida de bala. No paraba de preguntarme qué sentía, si un dolor agudo o pesado, frío o caliente. La cabeza me daba vueltas y no pude darle ninguna respuesta coherente, pero recuerdo que pensé que era como la primera borrachera, o la primera vez que te acostabas con una chica; no era exactamente como te lo esperabas, pero cuando va había ocurrido te dabas cuenta de que no habría podido ser de otra forma. Luces de neón, Motel 6, Dairy Queen. Unos colores tan brillantes que casi me herían.

Henry murió, por supuesto. Supongo que era lo único que podía hacer con dos balas en la cabeza. Sin embargo, vivió más de doce horas, una proeza que sorprendió a los médicos (yo estaba sedado, esto me lo contaron). Cualquier otro con aquellas heridas habría muerto instantáneamente. Me pregunto si eso significa que él no quería morir, y si es así, por qué se disparó. Sigo pensando que habríamos podido curarlo, pese a lo grave que estaba. No lo hizo por desesperación. Y tampoco creo que fuera por miedo. No se podía quitar de la cabeza lo de Julian; aquello lo había impresionado mucho. Creo que sentía la necesidad de realizar un acto noble, algo que nos demostrara a nosotros y a él mismo que verdaderamente era posible llevar a la práctica aquellos elevados principios que Julian nos había inculcado *deber, piedad, lealtad, sacrificio.* Recuerdo su imagen reflejada en el espejo en el momento en que levantó la pistola y se la apoyó contra la sien. Tenía una expresión de concentración, de triunfo, como la de un saltador de trampolín a punto de lanzarse: los ojos apretados, feliz, esperando el gran chapuzón.

La verdad es que pienso bastante en aquella expresión. Pienso en muchas cosas. Pienso en la primera vez que vi un abedul, en la última vez que vi a Julian, en la primera frase en griego que aprendí: Χαλεπά τα καλά. (La belleza es dura)

Finalmente me gradué en Hampden, en literatura inglesa. Y fui a Brooklyn, con el vientre vendado como si fuera un gángster («¡Vaya! —dijo el catedrático—. ¡Esto es Brooklyn Heighs, no Bensonhurst!»), y me pasé el verano dormitando en una buhardilla, fumando, leyendo a Proust, soñando con la muerte, la indolencia, la belleza y el tiempo. La herida se cerró y en el estómago me quedó una cicatriz oscura. En otoño volví a la escuela: un septiembre seco, hermoso. Aquel año los

árboles estaban muy bellos. Cielos despejados, arboledas cubiertas, y la gente susurrando a mi paso.

Francis no volvió a la escuela aquel otoño. Y los gemelos tampoco. La historia del Albemarle era sencillísima: Henry quería suicidarse, nosotros intentamos impedírselo y el arma se disparó. Él murió y yo resulté herido. En cierto modo, yo sentía que aquello era una injusticia cometida contra Henry, pero en realidad no lo era. Y me hacía sentir mejor: me imaginaba a mí mismo como un héroe, abalanzándome sobre la pistola temerariamente, en lugar de recibir un balazo por casualidad, por estar allí en medio, como el mero espectador que en realidad soy.

El día del entierro de Henry, Camila se llevó a Charles a Virginia. Fue el mismo día, casualmente, en que Henry y Charles estaban citados en el tribunal. El funeral se celebró en St. Louis. El único que asistió fue Francis. Yo todavía estaba en el hospital, delirando; todavía veía aquel vaso de vino rodando por la alfombra y el papel imitación roble de las paredes del Albemarle.

Unos días atrás había venido a verme la madre de Henry, después de ver a su hijo en el depósito de cadáveres del hospital. Me gustaría recordar mejor aquella visita, pero lo único que recuerdo es a una mujer guapa, morena, con los mismos ojos de Henry: otro personaje más de los muchos que pasaban por mi habitación y se apiñaban alrededor de mi cama a todas horas, reales e imaginarios, vivos y muertos. Julian. Mi abuelo, difunto. Bunny, indiferente, tocándose las uñas.

Me cogió la mano. Yo había intentado salvarle la vida a su hijo. En la habitación había un médico y un par de enfermeras. Vi también a Henry por encima del hombro de su madre, apostado en un rincón con sus viejas ropas de jardinero.

Cuando me marché del hospital y encontré las llaves del coche de Henry entre mis cosas, recordé algo que aquella mujer había intentado contarme. Al recoger las cosas de su hijo, había descubierto que antes de morir Henry tramitó el cambio de nombre de los papeles de su coche y lo puso a mi nombre (lo que encajaba perfectamente con la historia que nosotros habíamos contado: el joven suicida desprendiéndose de sus posesiones; a nadie, ni siquiera a la policía, se le ocurrió relacionar aquella generosidad con el hecho de que antes de morir Henry estaba a punto de perder su coche). En cualquier caso, el BMW me pertenecía. Lo había elegido ella misma, me dijo, y se lo había regalado el día que Henry cumplió diecinueve años. No quería venderlo, ni volverlo a ver. Eso fue lo que intentó decirme mientras lloraba discretamente, sentada en una silla junto a mi cama, y mientras Henry andaba a pasos quedos en las sombras; preocupado, invisible para las enfermeras, arreglando con esmero un ramo de flores.

Hubiese sido comprensible que Francis, los gemelos y yo, después de lo que habíamos pasado juntos, hubiéramos seguido viéndonos. Pero cuando Henry murió, fue como si se cortara el hilo que nos unía, y poco después empezamos a separarnos.

Francis pasó todo el verano en Manhattan, mientras yo estaba en Brooklyn. Hablamos por teléfono una media docena de veces, y nos vimos en dos ocasiones en un bar del Upper East Side, justo debajo del apartamento de su madre. Francis me dijo que no le gustaba alejarse mucho de su casa, pues las multitudes lo ponían nervioso y, si recorría dos manzanas, pensaba que los edificios se le iban a desplomar encima. Mientras jugueteaba con el cenicero, me dijo que iba al psicólogo y que leía mucho. En el bar todos lo conocían.

Los gemelos estaban en Virginia, aislados en casa de su abuela. Aquel verano, Camila me envió tres postales y me llamó dos veces. En octubre, cuando volví a la escuela, me escribió para decirme que Charles había dejado la bebida y que llevaba más de un mes sin probar una copa. Luego me envió una felicitación de Navidad. En febrero, una tarjeta de felicitación el día de mi cumpleaños —sospechosamente, no decía nada de Charles—. Y luego, durante mucho tiempo, nada.

Poco antes de mi graduación volví a tener noticias esporádicas de ellos. «Quién iba a decir —me escribió Francis— que tú serías el único que acabaría consiguiendo un diploma.» Camila me felicitó por carta y me llamó un par de veces. Tanto ella como Francis hablaron de venir a verme el día de la graduación, pero sus planes no se concretaron, lo que no me extrañó demasiado.

Yo había empezado a salir con Sophie Dearbold durante el último curso, y en el último trimestre me mudé a su apartamento (fuera del campus, en Water Street, unas puertas más allá de la casa de Henry), en cuyo patio florecían las rosas Madame Isaac Pereire (él no llegó a ver aquellas flores que olían a frambuesa). El bóxer de los vecinos, único superviviente de sus experimentos químicos, salía a ladrarme cada vez que yo pasaba por delante. Cuando terminó el curso, Sophie encontró trabajo en una compañía de baile de Los Ángeles. Creíamos estar enamorados. Hablamos de casarnos. Pese a que mi subconsciente me aconsejaba que no lo hiciera (por la noche soñaba con accidentes de tráfico, con francotiradores que disparaban a los coches, con relucientes ojos de perros feroces en aparcamientos de barrios residenciales), sólo envié solicitudes de becas para posgraduados a instituciones del sur de California.

Cuando no llevábamos ni seis meses allí, Sophie y yo nos separamos. Decía que yo era muy poco comunicativo. Que nunca sabía en qué estaba pensando. Que a veces, cuando me despertaba, la miraba de una forma que le daba miedo.

Me pasaba todo el día en la biblioteca leyendo a los dramaturgos de la época de Jacobo I de Inglaterra. Webster y Middleton, Tourner y Ford. Era una especialización difícil, pero el crepuscular y engañoso universo en que se movían —de pecados no castigados, de inocencias destruidas— me resultaba atractivo. Hasta los títulos de sus obras eran extrañamente seductores, puertas secretas que conducían a algo hermoso y perverso que discurría bajo la superficie de la mortalidad: *El revoltoso, El diablo blanco, Corazón acongojado.* Las estudiaba detenidamente, escribía notas en los márgenes. Esos dramaturgos tenían un concepto muy claro de la catástrofe. No sólo entendían el mal, sino también los extravagantes trucos con que el mal se disfraza de bien. Me parecía que llegaban a la mismísima raíz de la cuestión, a la corrupción subyacente al mundo.

Christopher Marlowe siempre me había encantado, y también pensaba mucho en él. «Kind Kit Marlowe», como lo llamaba un contemporáneo suyo, era un erudito, amigo de Raleigh y de Nashe, y el genio más destacado y culto de Cambridge. Se movía en los círculos políticos y literarios más elevados; de todos sus amigos poetas, él fue el único al que Shakespeare aludió directamente. Y sin embargo también era un falsificador, un asesino, un hombre que tenía hábitos y compañeros de lo más disoluto, que «murió blasfemando» en una taberna a la edad de veintinueve años. Aquel día se encontraba en compañía de un espía, un carterista y un «criado indecente». Uno de ellos le propinó un golpe mortal encima del ojo, «de cuya herida el mencionado Christopher Marlowe murió instantáneamente». Solía pensar en estos versos suyos de *Doctor Faustus:*

Creo que mi señor se propone morir pronto
porque me ha regalado todos sus bienes...

y también en éste, pronunciado en un aparte el día en que Fausto se presenta en la corte del emperador vestido de negro:

A fe mía que parece un mago.

Mientras escribía mi tesis sobre *The Revenger's Tragedy,* de Tourneur, recibí esta carta de Francis:

24 de abril

Querido Richard:

Ojalá pudiera decir que me resulta difícil escribir esta carta, pero en realidad no es así. Mi vida lleva muchos años en proceso de disolución y creo que ahora, finalmente, ha llegado el momento de hacer lo que tengo que hacer.

Así pues, ésta es mi última oportunidad de hablar contigo, por lo menos en este mundo. Lo que quiero decirte es lo siguiente. Trabaja mucho. Sé feliz con Sophie [Francis no sabía lo de nuestra separación.]. Perdóname por todo lo que he hecho, pero en particular por todo lo que no he hecho.

Mais, vrai j'ai trop pleuré! Les aubes sont navrantes Qué verso tan triste y tan hermoso. Siempre confié en que un día tendría ocasión de utilizarlo. Y es posible que en ese país para el que pronto partiré los amaneceres no sean tan desgarradores. Y además, los atenienses creen que la muerte no es mas que un sueño. Pronto podré comprobarlo por mí mismo.

Me pregunto si veré a Henry en el otro mundo. Si lo veo, le preguntaré por qué demonios no nos mató a todos y punto.

No te lamentes demasiado por nada. En serio.

Una sonrisa,
Francis.

Llevaba tres años sin verlo. El matasellos de la carta era de Boston, y de hacía cuatro días. Lo dejé todo y me dirigí al aeropuerto. Cogí el primer avión para Logan, donde encontré a Francis en el hospital recuperándose de dos cortes de cuchilla de afeitar en la muñeca.

Tenía un aspecto espantoso, pálido como un cadáver. Me dijo que la asistenta lo había encontrado en la bañera.

Estaba en una habitación privada. La lluvia golpeaba los cristales de las ventanas. Yo estaba contentísimo de verlo, y creo que él de verme a mí. Nos pasamos horas hablando de nada en particular.

—¿Te has enterado de que me caso? —dijo de pronto.

—No —contesté, sorprendido.

Pensé que bromeaba. Pero Francis se incorporó un poco en la cama, revolvió en los cajones de la mesilla de noche y sacó una fotografía de la chica. Una rubia de ojos azules, elegantemente vestida, con un tipo parecido al de Marion.

—Es muy guapa.

—Es muy estúpida —dijo Francis con firmeza—. La odio. ¿Sabes cómo la llaman mis primos? El agujero negro.

—¿Y por qué?

—Porque cada vez que ella entra en la habitación, la conversación se interrumpe.

—¿Y entonces por qué te casas con ella?

Francis no contestó inmediatamente. Luego dijo:

—Yo tenía un amigo. Un abogado al que le gusta beber, pero nada más. Estudió en Harvard. Seguro que te caería bien. Se llama Kim.

—¿Y qué?

—Mi abuelo se enteró, de la forma más aparatosa que te puedas imaginar.

Cogió un cigarrillo. Tuve que encendérselo, porque se había lastimado un tendón y tenía el pulgar impedido.

—Y ahora tengo que casarme —añadió al tiempo que exhalaba el humo.

—¿Y si no lo haces?

—Si no lo hago, mi abuelo me dejará sin un céntimo.

—¿No puedes ganarte la vida por tus propios medios?

—No.

Me molestó la seguridad con que lo dijo.

—Pues yo lo hago.

—Pero tú estás acostumbrado.

En ese momento la puerta de la habitación se abrió. Era la enfermera; no la del hospital, sino una enfermera particular que su madre había contratado.

—¡Señor Abernathy! —dijo jovial—. ¡Aquí hay una señorita que quiere verle!

Francis cerró los ojos un momento y luego los abrió:

—Es ella —me dijo.

La enfermera se retiró. Francis y yo nos miramos.

—No lo hagas, Francis —dije.

—No me queda otro remedio.

La puerta se abrió del todo y vi a la rubia de la fotografía, toda sonrisas. Llevaba un suéter de color rosa con un dibujo de copos de nieve, y el cabello sujeto con una cinta rosa. La verdad, era bastante guapa. Iba cargada de regalos: un oso de peluche, bombones envueltos en celofán, ejemplares de GQ. *The Atlantic Monthly, Esquire.* «Vaya —pensé—, ¿desde cuándo lee Francis revistas?»

La chica se acercó a la cama y besó en la frente a Francis.

—Cariño —le dijo—, tenía entendido que habías dejado de fumar.

Le quitó el cigarrillo de los dedos y lo apagó en el cenicero. Luego me miró, resplandeciente.

Francis se pasó una mano vendada por el cabello.

—Priscilla —dijo monótonamente—, te presento a mi amigo Richard.

Priscilla abrió aún más sus azules ojos:

—¡Hola! ¡Me han hablado mucho de ti!

—Y a mí de ti —contesté cortésmente.

Acercó una silla a la cama de Francis y se sentó, contenta, sin dejar de sonreír.

Y de pronto nos quedamos callados, como por arte de magia.

Al día siguiente Camila se presentó en Boston; ella también había recibido una carta de Francis.

Yo estaba dormitando en la habitación de Francis. Le había estado leyendo *Nuestro amigo* (ahora que lo pienso, es curioso lo mucho que se parecía el tiempo que pasé con Francis en el hospital de Boston al que Henry pasó conmigo en el hospital de Vermont). Me despertó la exclamación de sorpresa de Francis, y cuando vi a Camila bañada por la triste luz de Boston pensé que soñaba.

Parecía mayor. Tenía las mejillas un poco hundidas. El cabello diferente, muy corto. Yo había acabado considerándola un fantasma, pero al *verla* en carne y hueso, pálida pero aun así hermosa, mi corazón dejó de latir, y pensé que iba a estallar de alegría, que me iba a morir allí mismo.

Francis se incorporó y le tendió los brazos.

—Ven aquí, querida —le dijo.

Pasamos cuatro días juntos en Boston. No paraba de llover. Francis salió del hospital al segundo día, que casualmente era miércoles de ceniza.

Era la primera vez que visitaba Boston y pensé que se parecía mucho a Londres, otra ciudad que no conocía. Cielos grises, casas de ladrillo cubiertas de hollín, magnolias asomando de la niebla. Camila y Francis decidieron ir a misa. La iglesia estaba llena de gente. Los acompañé hasta el altar para recibir las cenizas, avanzando lentamente en fila india. El anciano sacerdote, vestido de negro, hizo la señal de la cruz en mi frente con el pulgar. «Polvo eres y en polvo te convertirás.» En el momento de la comunión volví a levantarme, pero Camila me cogió por el brazo y me hizo sentar. Permanecimos los tres sentados mientras los bancos se vaciaban y la larga y oscilante cola volvía a avanzar hacia el altar.

—En una ocasión —dijo Francis cuando salimos— cometí el error de preguntarle a Bunny si pensaba alguna vez en el pecado.

—¿Qué te contestó? —quiso saber Camila.

—Me dijo: «No, claro que no. Yo no soy *católico.»* Nos pasamos la tarde holgazaneando en un pequeño y oscuro bar de Boylston Street, fumando y bebiendo

whisky irlandés. Hablamos de Charles. Me enteré de que durante los últimos años había pasado varias temporadas en casa de Francis.

—Francis le prestó dinero hace unos dos años —me explicó Camila—. Fue un detalle por su parte, pero no debió hacerlo.

Francis se encogió de hombros y terminó su copa. Comprendí que aquel tema le hacía sentirse incómodo.

—Lo hice porque quise —dijo.

—Nunca te lo devolverá.

—No me importa.

Yo me moría de curiosidad.

—¿Pero dónde está Charles?

—Bueno, se las arregla —dijo Camila. Era evidente que también ella se sentía incómoda—. Estuvo un tiempo trabajando con mi tío. Luego trabajó en un bar, tocando el piano. Pero no le fue muy bien, ya te lo puedes imaginar. Mi abuela estaba desesperada. Al final le pidió a mi tío que le dijera que si no se enmendaba tendría que echarlo de casa. Y Charles se marchó. Alquiló una habitación en la ciudad y siguió trabajando en el bar. Pero acabaron despidiéndolo y tuvo que volver a casa. Entonces fue cuando empezó a venir aquí. —Y dirigiéndose a Francis, añadió—: Te agradezco muchísimo que te encargaras de él.

Francis, con la cabeza gacha, miraba el interior del vaso:

—No tiene importancia —dijo.

—Te portaste muy bien con él.

—Era mi amigo.

—Francis le prestó dinero para ingresar en un centro —me explicó Camila—, En un hospital. Pero sólo se quedó una semana. Se escapó con una mujer de treinta años. No supimos nada de ellos durante dos meses. Finalmente, el marido de la mujer...

—¿Estaba casada?

—Sí. Y tenía un hijo. El marido acabó contratando a un detective privado y los encontraron en San Antonio. Vivían en un tugurio horrible. Charles trabajaba en un restaurante, lavando platos, y ella... bueno, ella no sé qué hacía. Estaban los dos muy mal. Pero no querían volver. Decían que eran muy felices.

Hizo una pausa y bebió un poco de whisky.

—¿Y?

—Pues nada, allí siguen. En Texas. Pero ya no están en San Antonio. Primero fueron a Corpus Christi. Y lo último que supimos de ellos fue que vivían en Galveston.

—¿Y Charles no llama nunca?

Hubo un largo silencio. Luego Camila dijo:

—Charles y yo no nos hablamos.

—¿Que no os habláis?

—No. —Bebió otro sorbo—. Mi abuela está muy triste.

Estaba oscureciendo y llovía. Regresamos a casa de Francis caminando. Cruzamos un parque. Las farolas estaban encendidas.

—A veces me parece que voy a encontrarme con Henry —dijo Francis de pronto.

Aquello me inquietó un poco. Yo no lo había mencionado, pero también lo había pensado. Es más, desde que llegué a Boston continuamente me parecía verlo: en un taxi que circulaba por la calle, o entrando en un edificio de oficinas.

—El otro día estaba en la bañera y me pareció verlo —continuó Francis—. Un grifo goteaba, y todo estaba cubierto de sangre. Y él, con su bata (aquélla con bolsillos donde guardaba el tabaco), permanecía junto a la ventana, dándome la espalda, y me decía despectivamente: «Muy bien, Francis. Debes de estar contento.»

Seguimos caminando.

—Es curioso —dijo Francis—. Me cuesta creer que esté muerto. Sé que es imposible *que fingiera* morirse, pero si hay alguien capaz de resucitar, es él. Es como Sherlock Holmes pasando por las cataratas de Reichenbach. Tengo la

impresión de que en cualquier momento descubriré que todo era un truco, que cualquier día aparecerá con alguna explicación complicada.

Estábamos cruzando un puente. La luz amarillenta de las farolas se reflejaba en las oscuras aguas.

—A lo mejor sí lo viste —dije.

—¿Qué quieres decir?

—A mí también me pareció verlo —agregué después de meditar un momento—. En mi habitación. Mientras estaba en el hospital.

—Bueno, ya sabes lo que diría Julian —dijo Francis—. Los fantasmas *existen.* Eso lo sabe todo el mundo. Y nosotros creemos en ellos tanto como Homero. Lo que pasa es que ahora los llamamos de otra forma. Recuerdos. El inconsciente.

—¿Os importa que cambiemos de tema? —dijo Camila—. Por favor.

Camila tenía que marcharse el viernes por la mañana. Dijo que su abuela no se encontraba bien. Yo no tenía que volver a California hasta la semana siguiente.

Estaba con ella en el andén —ella, impaciente, daba golpecitos con el pie y asomaba la cabeza para mirar las vías— y no soportaba verla partir. Francis había ido a comprarle un libro para que se distrajera durante el viaje.

—No quiero que te vayas —le dije.

—Yo tampoco quiero irme.

—Pues quédate.

—Tengo que hacerlo.

Nos miramos. Llovía. Camila me miró con sus ojos color lluvia.

—Te quiero, Camila. Cásate conmigo. Ella tardó una eternidad en contestarme:

—Richard, sabes muy bien que no puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—No puedo. No puedo marcharme a California por las buenas. Mi abuela es muy mayor. Ya no puede apañárselas sola. Necesita que alguien cuide de ella.

—No hace falta que vengas a California. Puedo ir yo al Este.

—No, Richard, no puedes. ¿Y tu tesis? ¿Y tu carrera?

—No me importa mi carrera.

Nos miramos fijamente, hasta que ella apartó la mirada.

—Tendrías que ver cómo vivo ahora, Richard —dijo—. Mi abuela está muy mal. No dispongo de tiempo más que para cuidar de ella, y para encargarme de la casa. No tengo ningún amigo de mi edad. Ni siquiera recuerdo la última vez que leí un libro.

—Yo puedo ayudarte.

—No quiero que me ayudes. —Levantó la cabeza y me miró. Su mirada era dura y dulce, como una inyección de morfina.

—Si quieres me arrodillo —dije—. En serio.

Camila cerró los ojos; tenía los párpados oscuros, y ojeras; verdaderamente había envejecido y ya no era la niña de mirada esquiva de la que yo me había enamorado, pero seguía igual de hermosa. Ahora, la suya era una belleza que no me excitaba tanto los sentidos, pero que en cambio me encogía el corazón.

—No puedo casarme contigo —añadió.

—¿Por qué?

Creí que iba a decir: «Porque no te quiero.» Seguramente era la verdad. Pero dijo:

—Porque quiero a Henry.

—Henry está muerto.

—No puedo evitarlo. Todavía lo quiero.

—Yo también lo quería.

Me pareció que titubeaba, pero sólo un momento. Apartó la mirada.

—Ya lo sé —dijo— Pero con eso no basta.

La lluvia me acompañó durante todo el trayecto a California.. Sabía que no soportaría irme de golpe; si tenía que irme del Este, sólo podría hacerlo

gradualmente, de modo que alquilé un coche y conduje hasta que el paisaje empezó a cambiar y llegué al Medio Oeste, y lo único que conservaba del beso de despedida de Camila era la lluvia. Gotas de lluvia en el parabrisas, emisoras de radio sucediéndose. Desolados campos de maíz que se extendían hasta horizontes grises, infinitos. Ya me había despedido de ella en una ocasión, pero para despedirme de nuevo, por última vez, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano. *Hinc illae lacrimae,* de ahí las lágrimas.

Supongo que sólo falta que os cuente lo que pasó con el resto de personajes de nuestra historia.

Cloke Rayburn acabó, por extraño que resulte, estudiando derecho. Ahora trabaja en el departamento de fusiones y adquisiciones de Milbank Tweed, en Nueva York, empresa de la que curiosamente se hizo socio Hugh Corcoran. Dicen que Hugh le consiguió ese trabajo. Puede que sea cierto y puede que no, pero yo creo que sí, porque estoy seguro de que Cloke no destacó mucho allá donde se graduara. Vive cerca de casa de Francis y Priscilla, en la esquina de Lexington con la Calle 81 (por cierto, Francis tiene un apartamento fabuloso, regalo de bodas del padre de Priscilla, que posee una agencia inmobiliaria), y Francis, que todavía no duerme bien, dice que de vez en cuando se lo encuentra de madrugada en el *delicatessen* de la esquina donde ambos compran el tabaco.

Judy Poovey se ha convertido en poco menos que una celebridad. Obtuvo el título de monitora de aeróbic, y aparece regularmente —junto con un puñado de hermosas y musculosas chicas en un programa de gimnasia de la televisión por cable.

Después de la universidad, Frank y Jud se asociaron y compraron el Farmer's Inn, que se ha convertido en el local de moda de Hampden. Dicen que les va muy bien. Según un artículo publicado hace poco en la revista de la escuela, entre los empleados hay varios ex alumnos de Hampden, como Jack Teitelbaum y Rooney Wynne.

Alguien me dijo que a Bram Guernsey lo habían fichado los Green Berets, pero no me lo creo.

Georges Laforgue sigue en el departamento de lengua y literatura de Hampden, del que sus enemigos todavía no han conseguido echarlo.

El doctor Roland ha dejado la enseñanza. Vive en Hampden y ha publicado un libro de fotografías que ilustra la historia de la universidad. Varios clubes de la ciudad se lo disputan para sus charlas de sobremesa. Estuvo a punto de conseguir que no me aceptaran en el curso de posgraduados, porque en la carta de recomendación que me escribió —que por lo demás era espléndida— me llamaba repetidamente «Jerry».

La feroz gata que Charles había recogido se convirtió en una mascota bastante buena. Durante el verano se encariñó con Mildred, la prima de Francis, y en otoño fue a vivir con ella a Boston, donde sigue ahora, en un apartamento de diez habitaciones de Exeter Street. Se llama *Princesa.*

Marion se casó con Brady Corcoran. Viven en Tarrytown, Nueva York —desde ahí Brady puede viajar diariamente a Manhattan—, y tienen una niña. Ostenta la distinción de ser la primera hembra nacida en el seno de la familia Corcoran desde no se sabe cuántas generaciones. Francis dice que el señor Corcoran está prendado de ella, y que ya no presta atención a sus hijos, nietos ni mascotas. La bautizaron Mary Katherme, pero ya prácticamente nadie la llama por ese nombre, pues los Corcoran, a saber por qué, la han apodado «Bunny».

De vez en cuando tengo noticias de Sophie. Se lesionó una pierna y estuvo una temporada de baja en la compañía de baile, pero recientemente le asignaron un papel muy importante en una obra. A veces vamos a cenar juntos. Casi siempre me llama a altas horas de la noche para hablar de los problemas con su novio. Sophie me gusta mucho. Supongo que podría decirse que es la mejor amiga que tengo aquí. Pero en el fondo nunca la perdoné por hacerme volver a este lugar dejado de la mano de Dios.

A Julian no he vuelto a verlo desde aquella tarde en su despacho, con Henry. Francis consiguió hablar con él —después de muchos esfuerzos— un par de días antes del entierro de Henry. Dijo que Julian lo saludó con cordialidad, escuchó cortésmente la noticia de la muerte de Henry y luego dijo: «Te lo agradezco mucho, Francis, pero me temo que ya no puedo hacer nada.»

Hace más o menos un año, Francis me comentó el rumor —luego comprobó que era absolutamente falso— de que Julian había sido nombrado tutor del príncipe de Suaoriland, un pequeño país de África Oriental. Pese a ser falsa, esta historia adquirió vida propia en mi imaginación. ¿Qué mejor destino para Julian que convertirse algún día en el poder oculto tras el trono suaori y transformar a su alumno en un rey filósofo? El príncipe de la leyenda sólo tenía ocho años. Me pregunto qué habría sido de mí si Julian me hubiera cogido a la edad de ocho años. Me divierte pensar que tal vez él, al igual que Aristóteles, habría educado al hombre que conquistaría el mundo.

Pero como dijo Francis, puede que no.

No sé qué fue del agente Davenport —espero que siga viviendo en Nashua, New Hampshire—, pero el detective Sciola murió de cáncer de pulmón hace tres años. Me enteré por un anuncio que vi una noche en televisión. En él aparecía Sciola, demacrado y dantesco, contra un fondo negro. «Cuando veas este anuncio —decía—, yo ya estaré muerto.» Luego decía que no lo mataba su profesión, sino los dos paquetes de cigarrillos que se fumaba diariamente. Lo vi a las tres de la mañana, solo en mi apartamento, en un televisor en blanco y negro con muchas interferencias. Parecía hablar directamente conmigo. Me quedé desconcertado, presa del pánico; ¿podían los fantasmas materializarse mediante longitudes de onda, puntos electrónicos, tubos de imágenes? ¿Qué son los muertos, al fin y al cabo, sino ondas y energía? ¿Luz procedente de una estrella muerta?

Esa frase, por cierto, es de Julian. La recuerdo de una conferencia suya sobre la *Ilíada,* cuando Patroclos se le aparece en sueños a Aquiles. En un pasaje muy emotivo, él, alborozado ante aquella aparición, intenta abrazar al fantasma de su viejo amigo, y éste se desvanece. «Los muertos se nos aparecen en sueños —dijo Julian—, porque ésa es la única manera de que nosotros los veamos; lo que vemos sólo es una proyección lanzada desde la distancia, luz procedente de una estrella muerta.»

Y eso me recuerda un sueño que tuve hace un par de semanas.

Estaba en una ciudad desierta y extraña —una ciudad antigua, como Londres—, diezmada por la guerra o por una epidemia. Era de noche; las calles estaban a oscuras, abandonadas, maltrechas. Andaba sin rumbo fijo y pasaba por parques destrozados, estatuas en ruinas, jardines cubiertos de malas hierbas y edificios de apartamentos derruidos con vigas oxidadas sobresaliendo de las fachadas, como huesos. Pero aquí y allá, esparcidos entre los desolados armazones de los edificios antiguos, empecé a ver también edificios nuevos, conectados por puentes futuristas iluminados desde abajo. Fríos y alargados elementos de arquitectura moderna que surgían, fosforescentes y fantasmales, de los escombros.

Entraba en uno de esos edificios modernos. Parecía un laboratorio, o quizás un museo. Oía el eco de mis pasos sobre el suelo de baldosas. Había unos cuantos hombres, todos ellos fumando en pipa y reunidos alrededor de un objeto expuesto en una caja de cristal que relucía en la penumbra e iluminaba las caras de forma macabra, desde abajo.

Me acerqué un poco. Dentro de la caja había una máquina que daba vueltas lentamente sobre un plato giratorio, una máquina con partes de metal que se doblaban hacia dentro y hacia fuera y que se transformaba para dar lugar a nuevas imágenes. Un templo inca... las pirámides... el partenón. La Historia ante mis ojos, cambiando sin pausa.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo una voz a mi lado.

Era Henry. Su mirada era firme e impasible. Encima de su oreja derecha, tras la montura metálica de sus gafas, vi la quemadura y el oscuro orificio.

Me alegré de verlo, aunque no me sorprendió.

—Todo el mundo dice que estás muerto —dije.

Henry miró la máquina. El Coliseo... el panteón.

—No estoy muerto —dijo—. Sólo he tenido problemas con mi pasaporte.

—¿Qué?

Se aclaró la garganta.

—Mis movimientos están limitados —dijo—. Ahora ya no puedo viajar con toda la libertad que quisiera.

Santa Sofía... San Marcos...

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Lo siento, pero eso es información confidencial.

Eché un vistazo alrededor con curiosidad. Por lo visto, yo era el único visitante.

—¿Está abierto al público?

—No. Generalmente, no.

Miré a Henry. Quería preguntarle tantas cosas, decirle tantas cosas. Pero sabía que no había tiempo y que aunque lo hubiera, no tenía sentido.

—¿Eres feliz aquí? —pregunté por fin.

Henry se lo pensó un momento:

—No demasiado —contestó—. Pero tú tampoco eres muy feliz donde estás.

San Basilio... Chartres... Salisbury... Amiens...

Henry miró su reloj.

—Tendrás que perdonarme —dijo—. Llego tarde a una cita.

Se dio la vuelta y se marchó. Me quedé mirando cómo se alejaba por el largo y destellante pasillo.